



PETER

BERLING

**A LA SOMBRA DE LAS DAGAS,
EL PARAÍSO**

se

Lectulandia

Siglo XII, fortaleza de Masyaf. La misteriosa secta de los asesinos tiene su sede en este enclave estratégico en la frontera entre Antioquía y Trípoli. El gran maestro, Sheik Sinan, conocido en Tierra Santa como el Viejo de la Montaña, oculta en un lugar secreto el ansiado jardín del Paraíso, un harén donde conviven las vírgenes de mayor belleza y atractivo, por las cuales los miembros de la secta están dispuestos a entregar su vida. Víctor, hijo pequeño de un antiguo caballero templario, y Sayf, vástago del bondadoso celador del harén, comparten su deseo de convertirse en asesinos de la secta. Los dos sueñan con ser enviados a una misión sin retorno y poder así acceder al Paraíso en el que se encuentra la chica a la que ambos aman. Pero cuando alguien intenta asesinar al Viejo de la Montaña, los dos amigos descubren un comprometedor secreto que les llevará a embarcarse en una peligrosa aventura.

Lectulandia

Peter Berling

A la sombra de las dagas, el paraíso

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2019

Título original: *Das Paradies der Assassinen*

Peter Berling, 2007

Traducción: José Aníbal Campos

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Para Alexis, Asta y Kyra,
con gratitud y amor*

NEC SPE NEC METU

DRAMATIS PERSONAE

Edad de los niños en el momento en que se proclama la da'wa (1169).

LOS ASESINOS DE MASYAF Y SU ENTORNO MÁS CERCANO

Sheik Rashid ad-Din Sinan, también llamado *el Viejo de la Montaña*, jefe de los asesinos en Siria, el *hujja* o gran maestro de la secta.

An-Nasir ad-Daula, *el Eunuco*, vigilante principal del harén de Masyaf, el *kabir at-Tawashi*.

Sayf, hijo adoptivo del eunuco (nueve años), alias el caballero *Seyfert de Daula*.

Husain ad-Din Marzuban, *el Enviado*, visir de Masyaf.

Tamara, la *saida*, su esposa, alias *la Baronesa de Marzuban*.

Kira, su hija (diez años), alias caballero *Kyr du Lac*.

Shirin, su hija (doce años).

Ramón, hijo de Shirin (nacido en el año 1188).

Roger du Ferbac, caballero franco, señor de Montmor.

Aziza, su esposa, una musulmana.

Gernot de Montmor, su hijo (once años, gemelo), el Templario.

Valerian de Montmor, su hijo (once años, gemelo), el Hospitalario.

Víctor de Montmor, su hijo (ocho años), el fedayín al-Mansur.

Melusina du Ferbac, su hija (siete años), Melou.

Xenia, hija de Melou, (nacida en el año 1180), Nixe.

Timdal, el moro, criado de Tamara y, más tarde, del eunuco.

Los fedayines: Karim y Abdul, Alí y Yussuf; Omar, Tarik y Rashid (la Banda de los Tres).

LA CASA REAL DE JERUSALÉN

Almarico I, rey de Jerusalén (muerto en el año 1174).

En ese momento están:

Balduino, su hijo (trece años), lo sucede en el trono con el nombre de Balduino IV (muerto en el año 1185 a causa de la lepra).

Sibila, su hija (catorce años), en el año 1180 se casa (en segundo matrimonio) con Guido de Lusignan.

Isabel, su hija (dos años), en el año 1183 se casa (en primer matrimonio) con Humfried von Toron.

Adelaide, Emma, Guinivere, doncellas al servicio de Sibila.

PRÍNCIPES, BARONES, SEÑORES Y CABALLEROS CRISTIANOS

Raimundo de Trípoli, conde, regente del reino de Jerusalén (muerto en el año 1187), casado con Eschiva, princesa de Galilea.

Reinaldo de Chátillon, aventurero y caballero salteador (muerto en el año 1187), casado (en segundo matrimonio) con Estefanía, princesa de Ultrajordán.

Humfried von Toron, hijastro de Chátillon, primer esposo de Isabel de Jerusalén.

Conrado de Montferrat, margrave, señor de Tiro.

Reinhold de Sidonia, señor de Beaufort.

Balián de Ibelín, casado con la madre reina María de Bizancio.

Guido de Lusignan, hermano menor del condestable del reino, segundo esposo de Sibila de Jerusalén.

Plivano de Botrun, un ciudadano de Pisa, *Il Cavalier*.

Lucía, su esposa.

Tomás de Niphin, caballero salteador.

CLERO Y ÓRDENES DE CABALLERÍA

Heracio, Patriarca de Jerusalén.

Rafael de Sidonia, hermano de Reinhold, capellán en la corte real.

Titus de la Porta, visitador papal, el *magister venerabilis*.

Gerardo de Ridefort, primer senescal, luego, gran maestro de la Orden del Temple (muerto en el año 1189).

Robert de Béthune, comendador de los templarios de Tortosa.

ISLAM

Saladino, general selyúcida, más tarde sultán de Siria y Egipto.

Taki, un hijo suyo, general bajo las órdenes de su padre.

Al-Afdal, hijo de Saladino, gobernador de Banyas.

Ahmed ad-Din Tush, emir y general de Saladino.

Shams, su hijo.

Jaluddin, ilusionista y maestro de armas, alias *maestro Jaludinus*.

Shura y Badra, dos mujeres del harén, oriundas de Botrun.



SALIENDO DE LO OCULTO



LAS PROFUNDIDADES DEL LAGO

L OS TRES jinetes seguían a paso lento el curso del río Orontes. Eran dos hombres entrados en años y un mozalbete al que los otros dos, a pesar de la corta edad del joven, habían confiado su propio camello. La manera segura con la que manejaba al animal justificaba dicha confianza. El hombre enjuto que cabalgaba al frente no se molestaba en volver la cabeza ni una sola vez hacia él. Su rostro alargado, de ave de rapiña, revelaba rasgos de caballero, pero en realidad no lo era. La mirada inquieta con la que examinaba el paisaje que se extendía delante de él destilaba cierta socarronería, unida a cierta crueldad que se dejaba traslucir cuando sentía que no lo estaban observando. En cambio, el hombre que cerraba la pequeña comitiva parecía, involuntariamente, la persona escogida a propósito para contrastar con él. Era muy corpulento, un imponente gigante de rostro bondadoso que recordaba el de un fiel San Bernardo, aunque a sus ojos despiertos, coronados por dos párpados caídos y arrugados, no se les escapaba nada de lo que sucedía a su alrededor. La mayoría de las veces, sin embargo, se posaban con expresión afectuosa, casi paternal, en el delgado joven que avanzaba delante de él en su cabalgadura y que a menudo se volvía hacia atrás, sonriente. A pesar de esa relación casi filial, no era posible establecer ningún parecido entre ambos; el muchacho tenía una piel mucho más clara que aquella mole de carne que lo protegía, cuyas facciones revelaban ciertos rasgos negroides. Cuando este último, con gesto de fastidio, se quitó el turbante para enjugarse el sudor de la calva, el joven se volvió hacia él y no pudo ocultar una sonrisa.

—Hace calor, ¿eh? —rió el mozalbete con sarcasmo.

—¡Será mejor que mires hacia adelante, Sayf! —lo increpó el gordo, en tono implacable.

—Eso ya lo hace el camello por mí, tío An-Nasir —respondió el chico con desenfado, hablando por encima del hombro—, ¡y lo hace solo! —No obstante, Sayf hizo lo que el otro le exigía y azuzó al animal con ligeros golpes y gritos entrecortados, a fin de evitar que aflorara el malhumor de su tío.

Cabalgaban por el lado oriental del Orontes, aunque se mantenían a una distancia considerable de la orilla y del camino que discurría en paralelo al río, evitando las aldeas habitadas situadas en su margen. El camino a través de aquel terreno irregular condicionaba el paso lento de los viajeros, pero era el hombre enjuto de la delantera el que lo marcaba. Cuando vio que Sayf casi se ponía a su altura, gruñó de inmediato:

—¡Mantente detrás, muchacho! —A lo que añadió enseguida, a modo de explicación—: No queremos llamar la atención.

De repente, al llegar cerca de Afamija, el parco guía, sin dar mayores explicaciones, torció a la derecha y condujo al grupo en dirección al río. En el embarcadero de acceso al pequeño lugar se erguía un árbol solitario. Debajo, había un hombre sentado, que se levantó lentamente al ver a los jinetes avanzar en dirección a él.

—¿Sois el Enviado? —preguntó, dirigiéndose al hombre enjuto.

El aludido asintió con la cabeza.

—*Alhamdulillah*^[1]! —dijo el que aguardaba, suspirando—. Ya estábamos preocupados.

Desató su camello y caminó delante de ellos en dirección a la barca. El barquero se mostró aún más discreto que su nuevo guía: no cruzó una sola palabra con sus viajeros ni pidió dinero por el transbordo. Una vez en la orilla occidental, el guía le reveló al Enviado, brevemente:

—Os acompañaré hasta Chariba; allí os esperan.

Cabalgaron a través de la extensa sierra de Jabal Bah'ra, que se abría ante sus ojos. Por consideración con el guía, apenas dijeron palabra, pues hasta ese momento sólo habían hablado persa entre ellos. El único al que un ojo experto podía adivinarle su origen era el hombre al que todos llamaban respetuosamente «el Enviado». No llevaba la *djallabija*^[2], sino una *sutra*^[3] ajustada de color marrón, muy parecida a un uniforme; también su *sarawil*^[4] tenía una hechura diferente. El joven Sayf y su tío, por el contrario, vestían el fresco traje típico del país, que les permitía sobrellevar mejor el calor.

Enclavada en un barranco de la escabrosa cordillera del Jabal, se erguía junto a una ladera la fortaleza de Chariba, que debía su nombre a la aldea situada a sus pies. La cuesta era empinada, pero cuando aún no habían alcanzado las murallas, unos jinetes salieron a su encuentro para darles cordialmente la bienvenida.

—Sois Husain ad-Din Marzuban —el mayor de los hombres hizo una reverencia—, el que nos ha enviado *al athim*^[5], el excelso, el glorioso ejecutor de las enseñanzas de Ismael, el imán^[6] de Alamut^[7], el enviado de Dios.

El Enviado acogió los elogios con indiferencia e hizo que los hombres lo condujeran a él y a sus compañeros de viaje a la fortaleza.

De Chariba partieron luego hacia Qadmus, escoltados por amigos a través de la sierra. En los días despejados, podía verse el mar desde esa fortaleza. Allí también los sometieron a un exhaustivo examen; esta vez no se centraron tanto en el Enviado como en su fornido acompañante y el jovenzuelo. La mole de carne tuvo que revelar su nombre: An-Nasir ad-Daula, así como su relación de parentesco con Sayf, al que había adoptado cuando era un niño huérfano. Esa información coincidía con los datos que, por precaución, les habían hecho llegar desde Alamut, la sede central de los

asesinos^[8] de las montañas en el sur del mar Caspio. Una vez el Enviado hubo dado cuenta de su misión, ya no le preguntaron nada más, pues no les estaba permitido hacerlo. Los de Qadmus sólo sabían una cosa: ellos se ocuparían de que los viajeros arribaran sanos y salvos a la próxima fortaleza. El séquito que ahora los acompañaba iba armado hasta los dientes, pues para llegar a Kahf tenían que atravesar un territorio reclamado por igual por los templarios^[9] de Tortosa y los hospitalarios^[10] del castillo del Krak de los Caballeros^[11], y ninguna de las dos órdenes veía con muy buenos ojos a los adeptos de Ismael, aunque cobraban los tributos en los asentamientos de la secta.

Por precaución, el descenso de la sierra se hizo de noche, pero gracias a los prácticos locales llegaron a Kahf antes del amanecer, de modo que su escolta pudo emprender el camino de regreso apenas dejaron al Enviado y a su comitiva ante las puertas de la fortaleza. Sin perder tiempo, Husain hizo ver a los habitantes de la fortaleza que para el resto del camino no necesitaban guía alguno. Las instrucciones traídas desde Alamut eran tan precisas que era imposible que se perdieran antes de llegar a su destino.

Rápidamente, cambiaron sus camellos por caballos y partieron en el acto. El Enviado no quería perder ni un minuto, tenían que llegar a su destino antes del anochecer. Sin embargo, en lo concerniente al camino que deberían seguir a partir de ahora, Husain tenía que atenerse forzosamente a lo que dijera su gordo acompañante, ya que Alamut había informado de los detalles de cada tramo específico del camino sólo a uno de aquellos compañeros de viaje tan distintos entre sí. Era, quizá, una medida destinada a que ninguno de los dos compareciera solo ante el hombre al que debían visitar.

—¿Y bien, vigilante del harén? —gruñó Husain con disgusto, dirigiéndose al corpulento An-Nasir, apenas las puertas de su última estación se cerraron a sus espaldas—. ¿Hacia adónde debemos dirigirnos?

El eunuco ya había observado con mirada escrutadora el paisaje de colinas que se extendía debajo de ellos.

—Seguiremos el camino de la cresta en dirección al sur —dijo parpadeando en dirección al sol y señalando hacia la cordillera cercana situada a su izquierda.

—En ese caso, deberíamos darnos prisa, ¡no quiero caer en manos de un caballero de alguna de las órdenes que andan de paso!

Husain espoléó a su caballo y puso rumbo cuesta arriba; los demás lo siguieron a través de aquel sendero que se empinaba lentamente cada vez más. Al cabo de un rato, ya se habían adentrado en la montaña, y ahora los árboles no sólo les ofrecían sombra, sino que impedían que alguien pudiera verlos desde el valle. A pesar de ello, el eunuco continuaba azuzando a su caballo, y sus ojos buscaban la llanura oculta bajo la bruma del mar cercano.

—Allí detrás tiene que estar la torre de Khawabi —le explicó a Sayf sin prestar atención a la impaciencia del adelantado Husain—. Siempre, a la hora de la oración, se verá centellear allí por tres veces un espejo orientado hacia un punto específico de la sierra de Jabal Bah'ra.

—¿Y eso de qué nos servirá?! —lo increpó de malhumor el Enviado, que había oído las últimas palabras.

—Si el espejo nos encandila, eso significa que habremos llegado al lugar en el que tenemos que dejar el camino a través de la cresta —le explicó amablemente el eunuco.

—¿Y a partir de entonces ya no estaré a merced del saber secreto de un castrado! —bufó el Enviado—. ¡El camino que hay que seguir en adelante sólo lo conozco yo!

—Entonces, no existe ningún motivo para damos prisa. —El eunuco ya no dejaba que nada lo ofendiera ni lo sacara de sus casillas—. Lo que deberíamos hacer es no perder de vista la torre, pronto oiremos la llamada a la oración del mediodía, el *salat al dhuhur*^[12].

Apenas dicho esto, desde los minaretes de la llanura llegaron los gritos de los muecines^[13] aumentados por el eco, y desde Khawabi resplandeció un primer y tenue rayo a través de la bruma.

—¿Acaso tendré que haceros correr para que lleguéis a tiempo a sentir el deslumbramiento de vuestros ojos hinchados bajo esos párpados grasientos?! —gritó Husain, furioso; luego clavó las espuelas a su caballo y galopó cuesta arriba a través del sendero.

El eunuco y el mozalbete lo siguieron con parsimonia. Desde la llanura resonaba todavía, cada vez más alto, el canto de la *a'imma*^[14], y desde la torre partió el segundo rayo de luz, esta vez más nítido e intenso.

—Lo que no pude decirle a Husain, el Enviado —dijo el eunuco, haciéndole un pícaro guiño a Sayf— es que el paso de nuestras bestias sólo tiene que ajustarse al melódico ritmo de los suras, de ese modo llegaremos al lugar adecuado en el momento justo.

El joven sonrió con sarcasmo.

—¿Entonces el señor Husain ya se habrá pasado de nuestro destino?

—¿Y se dará cuenta y se enfadará todavía más!

Aquello no parecía importarle demasiado al eunuco, y tampoco Sayf hizo ningún ademán de querer alertar a su guía. El tercer resplandor los alcanzó de pleno, como habían predicho, coincidiendo con el momento en que se acallaron las voces. Sayf azuzó a su caballo.

—¡Aquí se abre un barranco! —anunció, orgulloso, a su padre adoptivo.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para que Husain irrumpiera de nuevo, como un bólido, en el camino de la cresta, haciendo saltar las piedras.

—¡Seguidme! —ordenó, furioso, y se internó en el tupido bosquecillo.

Pero entonces su caballo se alzó con un relincho sobre las dos patas traseras, ya que delante de ellos se abría una tronera de rocas que era preferible bajar con precaución, o incluso mejor a pie, llevando los caballos por el cabestro. Eso hicieron Sayf y el eunuco de inmediato, mientras que Husain agarraba fuertemente a su bestia por el freno y la emprendía a latigazos con ella para obligarla a superar el descenso sin necesidad de bajar de la silla. El paso empinado y descendente estaba bloqueado por grandes rocas pulidas como un espejo por el agua de un arroyo ahora casi seco, del que sólo quedaba un hilillo. En el siguiente obstáculo rocoso, el obediente animal se negó definitivamente a continuar, y Husain tuvo que bajar de la silla, pálido a causa de la ira. Bajaron en silencio a través de las grandes piedras y descendieron el barranco.

Abajo, en el fondo del valle que ponía fin a la quebrada, un arroyo de montaña tenía todavía tanta agua en su curso que cruzarlo les deparó grandes dificultades, pero eso no impidió que él Enviado siguiera avanzando con ímpetu. Detrás de él, el joven Sayf sonrió y meneó de manera involuntaria la cabeza, vuelta hacia su mentor. Éste, sin embargo, lo previno de manifestar cualquier tipo de protesta. En la otra orilla, Husain azuzó a su caballo para que continuara subiendo, pero lo que él creyó que era un camino se reveló a los pocos metros como un callejón sin salida que conducía hacia unas paredes de rocas muy empinadas. Sus compañeros ni siquiera lo habían seguido, por lo que emprendió, enfadado, el camino de regreso.

—¡A partir de ahora, An-Nasir, deberíais mostrarnos el camino correcto! —le exigió Husain al eunuco en tono irónico. An-Nasir negó con la cabeza en un gesto impasible—. ¡¿Cómo qué no?! —replicó el Enviado, furioso—. ¡¿Acaso habéis olvidado vuestras instrucciones?!

—¡Yo conozco el camino! —gritó con júbilo Sayf.

—¡¿Cómo que tú...?! —El Enviado no entendía lo que estaba pasando.

El eunuco intervino en tono conciliador:

—Nuestro noble imán quiso que se le confiara a Sayf, a quien considero un hijo, el último tramo de nuestro camino. —Contempló impasible el rostro del Enviado, enrojecido por la furiosa incredulidad que lo embargaba—. Dijo que la juventud merecía la aventura del descubrimiento.

Husain se había quedado sin palabras.

—¡Entonces, guíanos, listo jovenzuelo! —increduló al muchacho, que mantenía la cabeza gacha para ocultar su risa.

Para asombro de Husain, Sayf llevó su caballo de regreso al precario curso de agua y enfiló arroyo arriba en dirección opuesta a la corriente. Los otros dos lo siguieron cómo pudieron. A ambos lados se alzaban en vertical unas lisas paredes de roca, y ni un solo rayo de sol se perdía por entre las profundidades de aquel barranco. Husain iba el último, en actitud recelosa. Llegaron a una cueva que se abría a un lado de la pared rocosa, una entrada con la altura de un hombre. Allí, Sayf se apartó del arroyuelo sin decir palabra y desapareció con su caballo ante los ojos de sus dos

compañeros. El Enviado empujó al eunuco a un lado y arrastró el caballo tras él, adentrándose en la oscura abertura de la roca. Sin embargo, a los pocos pasos cuesta arriba, percibió el brillo de una luz y, al seguirla, se vio de repente en medio de un pequeño valle cerrado que, a diferencia del árido entorno, estaba lleno de ramas verdes y racimos de delicadas hojas que se alzaban a ambos lados de un camino, que, por lo visto, era transitado con suma frecuencia. Miró a Sayf, que ya guiaba su caballo cuesta arriba a través de los esculpidos peldaños que ascendían en espiral. Husain se negó a exigirle al mozo que lo esperara y aguardó a que llegara el eunuco.

—¡Decid a vuestro «descubridor» que no tiene autorización para ser el primero en saludar al *sheik*! —le chilló al gordo An-Nasir.

—Sayf sabe dónde acaba la aventura y dónde comienza la disciplina —respondió tranquilamente el eunuco—. Nos esperará.

Iniciaron la escalada. Una vez llegados a la cima, vieron una alfombra de flores sobre la cual un camino conducía hacia una gruta amurallada. Frente a ellos estaba sentado un hombre de cabello blanco como la ceniza, pero cuya figura no daba pista alguna sobre su edad; al contrario, de él parecía emanar una energía que alcanzaba a los recién llegados como si de rayos invisibles se tratara.

Sayf dejó que los dos hombres pasaran primero, y el Enviado se apresuró a ponerse delante del eunuco. Ambos hicieron una reverencia al anciano, que los observaba divertido. Hasta el propio Husain había comprendido que era prerrogativa del anfitrión hacer una señal para que se acercasen. Pero el hombre de pelo cano no les hizo esa señal a todos, sino únicamente al joven Sayf. Tragándose su enfado, el Enviado no se atrevió a dar un paso más; de un modo vacilante, dejó que el eunuco, que venía jadeando detrás de él, diera el primer paso. El viejo, sin embargo, no había intercambiado una sola palabra con Sayf, sólo le había indicado un sitio a su lado para que se sentara, pero el mozalbete permanecía de pie, manteniendo una respetuosa distancia.

—Vos me traéis el mensaje —dijo ahora el hombre al que iban a visitar, dirigiéndose a Husain ad-Din Marzuban. No era una pregunta, sino una confirmación que no admitía réplica alguna.

Husain se armó de valor y se inclinó una vez más, y entonces habló, a sus espaldas, An-Nasir ad-Daula:

—¡Sí, noble señor y maestro, él es el Enviado!

Con un gesto de exhortación, el maestro dirigió la mirada de sus ojos grises hacia Husain, al que casi le fallaba la voz debido a la excitación.

—¡Sheik Sinan^[15], el mensaje dice que podéis salir de lo oculto y abandonar vuestra clandestinidad!

La fortaleza de Montmor consistía en una única y ancha torre a la que se unían las murallas del patio. En el interior, algunas abandonadas dependencias de servicio

estaban adosadas a los muros, establos con tejados de paja para los cerdos y las aves de corral. El patio era un agujero de lodo, y sólo detrás del portón de entrada, donde una escalera subía hasta el adarve del muro, podían verse todavía bajo el barro los restos de un camino de baldosas que en una época anterior debía de haber conducido hasta la escalera de la torre. El cono rocoso sobre el que se alzaba Montmor, con sus agrestes arrecifes, se fundía directamente con las murallas del donjón^[16] o torreón circular que sobresalía sobre el barranco situado debajo sin permitir la visibilidad hacia él. De todos modos, un ataque por ese flanco era más que improbable. Del otro lado, donde se encontraba la puerta, el terreno caía en un ángulo menos inclinado, pero allí, en cambio, los muros eran mucho más altos, y el acceso pasaba a sus pies como un foso, dejando a todo visitante indeseado a merced de cualquier proyectil lanzado desde arriba. En el punto más profundo de ese camino agrietado y tan poco atractivo se encontraba la torre de entrada. Cualquier otro intento de aproximarse a Montmor fracasaba a causa del terreno rocoso.

El señor de Montmor era el caballero franco Roger du Ferbac, pero no podía sentirse el dueño. La orden de los hospitalarios se arrogaba todos los derechos de propiedad sobre esos muros, aunque en realidad tampoco le pertenecían. Cuando el señor Roger ocupó la fortaleza sin vacilar, ésta estaba tan deteriorada, su estado era tan ruinoso, que nadie aparte de él, en su miseria, se interesaba por el lugar. Roger du Ferbac había sido en otro tiempo caballero de la orden de los hospitalarios, un respetado miembro de esa agrupación al que todos auguraban una carrera prometedora, razón por la cual buscaban su compañía. Era un hombre valiente y devoto, desinteresado y juicioso, la viva encarnación de todas las virtudes imaginables y un hombre ejemplar en el cumplimiento de las estrictas normas de la orden. Hasta el día en el que tuvo que participar en una expedición represiva —en la que él mismo había: querido tomar parte—, dirigida contra los habitantes de una aldea que había dado alojamiento a unos beduinos salteadores, los cuales habían tendido una emboscada a dos hermanos de la orden y los habían mutilado con crueldad. Ahora toda la aldea tenía que pagar las consecuencias. La obediencia absoluta a la hora de cumplir un mandato era uno de los puntos más importantes en el juramento solemne de un miembro de la Orden de San Juan. Y contra ese juramento atentó Roger du Ferbac cuando salvó en secreto de la casa en llamas de sus recién asesinados padres a una jovencita que lloraba, casi una niña, en lugar de arrojarla de nuevo al fuego o matarla con sus propias manos. Tuvo que comparecer ante el tribunal de la Orden de San Juan y fue expulsado de sus filas. Más por terquedad que por cariño o compasión cristiana, decidió llevar a la chica consigo. Proscritos y hambrientos, vagaron por el país en busca de un sitio donde alojarse. La abandonada fortaleza de Montmor no les ofreció entonces ni siquiera un techo bajo el que cobijarse, pero sí un lugar estable y seguro, algo que necesitaban con urgencia, ya que poco después Aziza, que así se llamaba la joven, trajo al mundo gemelos, dos chicos bien robustos. Para alimentar a su pequeña familia, Roger du Ferbac salía a cabalgar

y asaltaba a mercaderes que viajaran solos. Aziza, su joven esposa, le propuso en varias ocasiones poner a salvo el considerable tesoro en monedas de oro que sus padres habían enterrado en lo profundo de su casa y que todavía debía de estar allí, oculto bajo las ruinas. Roger aplazaba esa osada empresa una y otra vez, no tanto porque no creyera en su esposa, sino porque no podía imaginar que alguien no hubiese encontrado ya el alijo en todo aquel tiempo. Aziza quedó embarazada otra vez y dio a luz otro varón, siempre con la esperanza secreta de que algún día sus hijos pudieran acompañar al padre y el bienestar, por fin, se instalase en Montmor. En los sueños de Aziza, el tesoro se hacía cada vez más grande; para Roger du Ferbac, en cambio, se volvía cada vez más irreal, y apenas tenía tiempo siquiera para pensar en eso, pues cada vez eran más las bocas que alimentar, sobre todo cuando, un año después, Aziza le regaló otro hijo, esta vez, una niña, para su decepción y tonta satisfacción de su esposo. Roger idolatraba a la pequeña, y ella le proporcionaba felicidad.

Un día, en uno de sus asaltos, Roger encontró a un anciano semidesnudo tumbado en el suelo junto a su camello muerto; el hombre tenía una herida sangrante en la cabeza. Con sus últimas fuerzas, le contó a Roger que sus propios sirvientes lo habían derribado y despojado hasta de sus ropas. En un principio, el señor de Montmor no dio crédito a las palabras del pobre hombre, pero después de mucho tiempo asaltando caminos sin ningún escrúpulo, el anciano despertó en él algo muy parecido al amor al prójimo. Le vendó la herida de la cabeza, lo envolvió en su manto, lo colocó encima de su caballo y lo llevó consigo a Montmor. Allí lo dejó al cuidado de las milagrosas manos de su esposa, que veló día y noche junto a su lecho; le cambiaba el vendaje y le refrescaba la frente al viejo, acosado por la fiebre. La pequeña Melusina siempre estaba allí, y llegó a cogerle un cariñoso afecto a aquel hombre en duelo con la muerte. Una noche, el forastero pidió que le dieran algo con que escribir y, con mano temblorosa, haciendo un enorme esfuerzo, garabateó un par de líneas en árabe. Luego hizo venir al caballero y le enseñó el papel, dedicándole una sonrisa a la niña, que, como su madre, jamás se apartaba de su cama.

—¡Llevad esto mañana por mí al cadí de Damasco! —susurró jadeante, y a continuación, metió el papel debajo de la almohada.

Esa misma noche, el anciano murió. Aziza, abatida, tomó el escrito. El forastero había dejado toda su fortuna, una suma muy cuantiosa, a la pequeña Melusina. Era la oportunidad para Roger du Ferbac de abandonar su vida de salteador y de ampliar Montmor, convirtiendo la fortaleza en una vivienda confortable para su familia; pero el caballero opinaba que todo ese dinero le pertenecía exclusivamente a Melusina, y la familia no debía coger de él más de lo que disponía para vivir cuando él todavía practicaba su infame oficio. Roger du Ferbac se volvió devoto, muy devoto, pero en Montmor seguía escaseando la comida. Aziza continuó llevando la carga sin quejarse. Ella quería al menos vivir cuando sus dos hijos mayores, los gemelos Gernot y

Valerian, alcanzaran la edad en que pudieran marcharse y desenterrar «su» tesoro, que redundaría en beneficio de todos.

Así pasaron los años. Cuando el señor de la casa no viajaba hasta Damasco para conseguir allí lo imprescindible, permanecía arrodillado en su capilla, el único lugar para cuya decoración con imágenes votivas y aperos plateados de altar Roger no escatimó ningún gasto, y donde pasaba todo el santo día. El recinto interior de la pequeña iglesia instalada en un cobertizo parecía una prendería en un bazar de Damasco, pues, entretanto, el cada vez más raro Roger du Ferbac se había dedicado a coleccionar reliquias, valiosos cofrecillos con una astilla de la auténtica cruz o la uña de un mártir, sudarios y restos de huesos, además de todo tipo de crucifijos que cayeran en sus manos. El altar se asemejaba cada vez más a un cementerio cristiano, tal era el número de cruces que lo colmaban, entre las cuales ardían cirios por todas partes en candelabros de diferentes alturas o pequeñas lámparas de aceite que arrojaban una luz espectral. El incienso y la mirra inundaban por oleadas aquel recinto más parecido a una gruta, en el cual, en otro tiempo, solían cloquear las gallinas.

Aziza llamaba a su marido, con sarcasmo «el Monje», y también sus hijos disfrutaban usando ese mote a espaldas del padre. Sólo Melusina, a la que todos llamaban Melou, seguía llamándolo por el cariñoso nombre de *peire Roger*^[17], que ella deformaba con su ceceo y pronunciaba «esperruyé».

Así las cosas, sucedía que nadie prestaba atención a Víctor, el hijo más joven. Sometido a las burlas constantes de sus hermanos mayores, el chico siempre estaba a merced de sí mismo, casi siempre se sentaba solo sobre la muralla y contemplaba fijamente el profundo abismo que lo separaba de la ruinosa fortaleza situada enfrente, la de Masyaf^[18]. La única que iba a visitarlo hasta allí era Melou. También ella era la única persona con la que hacía buenas migas.

Un día, mientras estaba sentado en la muralla, percibió ciertos movimientos en la fortaleza vecina: de detrás de las almenas medio destruidas aparecieron algunos hombres que se movían, atareados, de un lado a otro.

Con esa novedad sorprendió a su familia, que se había reunido en torno a la mesa en la planta baja del torreón, donde estaba la cocina. En cuanto su padre acabó la oración, Víctor soltó la noticia:

—¡Creo que la fortaleza está ocupada de nuevo!

Todos se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia la puerta.

—Parece que están en plena faena de construcción —dijo Valerian, con la mano sobre los ojos a modo de visera—. ¿Veis los andamios?

Roger du Ferbac, ensimismado, echó una rápida ojeada hacia aquella otra fortaleza que destacaba muy por encima de Montmor.

—Parece que los *hashashin*^[19] han regresado —murmuró, dirigiéndose a su esposa.

—¿Son éstos los fumadores de hachís? —insistió Gernot en tono de revancha. Su hermano gemelo le dirigió una mirada de advertencia.

—¡Asesinos! —añadió Roger, resoplando de rabia y pretendiendo que sus palabras sonaran desdeñosas; sin embargo, dejaron traslucir el respeto cuando añadió —: ¡Seres criminales, fríos como el hielo!

—Bueno, por lo menos tendremos de nuevo algunos vecinos en este desierto —respondió Aziza sin mostrarse impresionada.

—En cualquier caso, son mucho más sociables que los hospitalarios del Krak de los Caballeros o que los pretenciosos templarios —añadió Valerian, sólo para lanzar una puya a su hermano, gran admirador de esas dos elitistas órdenes.

—¡A la mesa! —gritó Aziza, que no quería recordar de nuevo los desmanes cometidos por los hospitalarios; además, todos esos caballeros de las órdenes eran iguales—. La comida se enfría. —Arrastró consigo a la pequeña Melusina y los otros la siguieron de inmediato.

Sólo Víctor se quedó un rato más mirando fascinado los muros y las torres situadas al otro lado. ¿Qué de nuevo le traerían esos extraños de los que se comentaban cosas tan emocionantes?

Reunidos en torno a la mesa de madera de haya, en cuyo centro había un puchero a base de pequeños peces, salvia y bulbos de hinojo silvestre, el patriarca de familia dio a conocer su opinión definitiva sobre el asunto.

—¡En primer lugar, esos ismaelitas^[20] son hombres sin fe; y en segundo lugar, esa resucitada secta de eficaces chantajistas, cuya principal moneda de cambio es nada menos que la muerte violenta, atraerá a las órdenes de caballeros como el aroma de las flores a las abejas!

—¿Debemos preocuparnos? —preguntó Gernot con insolencia—. ¿Acaso yo soy una abeja?

Roger du Ferbac dirigió una mirada fulminante a su hijo, reprobándole su falta de juicio.

—¡La miel de Masyaf no sería menos atractiva para un oso, si eso te gusta más! Las abejas asesinas son aplicadas a la hora de hacer acopio de provisiones, pero esas bestias con zarpas vestidas con las túnicas de la orden llegan y absorben los panales, y las abejas no pueden hacer nada para impedirlo.

—¡Y para mostrar los dientes con gesto amenazador, Montmor es el lugar ideal! —Valerian le demostraba a su padre, y en especial a su hermano, que no tenía un pelo de tonto, como el torpe de Gernot.

—Gernot se mearía de felicidad si los templarios escalaran con sus zarpas los muros del castillo —añadió Víctor, el más joven, con impertinencia.

—¡Para apoderarse de Masyaf con sus bien dirigidos zarpazos! —lo interrumpió Valerian, divertido, pero su padre veía las cosas de otro modo.

—¡Y una vez se hubieran marchado de nuevo, tendríamos al enjambre furioso encima de nosotros! —dijo, mirando malhumorado a su alrededor—. ¡Tenemos que dejar a Montmor fuera de todo eso...!

—Porque los asesinos seguirán siendo nuestros vecinos más cercanos —añadió Aziza diligentemente, en un intento por apaciguar los caldeados ánimos—, y no deberíamos convertirlos en nuestros enemigos.

—¡Menudos soldados de Cristo estáis hechos! —rugió Gernot, que no quería reñir con su padre, quien se volvía más iracundo a medida que envejecía y golpeaba a la primera—. ¡Por lo que parece, es preferible someterse a los musulmanes que arrimar el hombro y luchar junto a los caballeros! —Si por algún momento Gernot pensó que ése sería un argumento contundente, quedó defraudado.

—Tienes toda la razón, Víctor —respondió Valerian en tono sarcástico, lo suficientemente alto para que lo oyera su hermano gemelo—, Gernot añora fervientemente el manto blanco con la cruz roja de extremos terminados en zarpas.

—¡Es una capa! —refunfuñó el aludido—. ¡Y tú jamás llevarás el uniforme de honor de esa orden!

—¡Lo que me faltaba! —Con esa llamada al orden, el señor de la casa puso fin a la comida y a la discusión.

Víctor decidió investigar un poco más a fondo el asunto de los nuevos vecinos. Desde Montmor partían unos peldaños esculpidos en la roca hasta el barranco que separaba a esas dos fortalezas tan desiguales. De este lado sólo había una precaria torre con su patio enlodado, mientras que allí arriba había cuatro torres, una triple hilera de murallas con edificaciones sólidas, imponentes salas de altas e infinitas ventanas y ramificadas escaleras, puentes levadizos y sótanos en abundancia. En la imaginación de Víctor, las instalaciones de la fortaleza eran mucho más suntuosas que las que podían verse en ella en su estado actual. El joven de los Ferbac jamás había puesto un pie más allá del camino de la entrada; en primer lugar, se lo tenían estrictamente prohibido; y en segundo lugar —y esto último contaba más—, porque la puerta de Masyaf estaba vigilada todo el tiempo por un pastor muy poco amable que ponía a pastar sus rebaños en los amplios patios y entre las murallas. Ese pastor tenía dos perros muy fieros. A veces Víctor conseguía echar una ojeada en el interior de la fortaleza, antes de que los animales se percataran de su presencia. Además, el lugar le resultaba demasiado inquietante. Más interesante, y también más familiar, le parecía la quebrada. Allí abajo, y aun en los días más calurosos del verano, el agua fresca manaba de un arroyo de montaña y se acumulaba en una especie de cuenco excavado en la roca. Caía desde arriba en forma de refrescante cascada y se depositaba en aquella especie de estanque o lago. Los niños de Montmor pasaban allí abajo cada

minuto libre que tenían, cuando Aziza, su madre, no los llamaba para realizar alguna de las labores que siempre había que hacer en Montmor, desde limpiar las porquerizas hasta cuidar las aves de corral, ya que las águilas y los halcones sobrevolaban constantemente el patio, describiendo círculos encima de él. Además, a Roger, con sus hábitos monacales, cada vez se le ocurría con mayor frecuencia que su prole rezara con él para que el demonio no se les metiera en el alma a sus hijos. Si éstos no cumplían satisfactoriamente con aquellos ejercicios de devoción, había palizas o eran encerrados en solitario, sin comida, sólo a base de agua, en uno de los malolientes establos. Su mujer Aziza sólo horneaba el pan en los días de luna llena, con lo cual invocaba la buena suerte; pero de ese modo, las tortas de alforfón se endurecían muy pronto, y la mayor parte del tiempo estaban tan duras como una piedra. La única razón por la que nunca los retenían cuando deseaban ir hasta el barranco era la promesa de capturar peces, truchas, espinosos y, de vez en cuando, hasta un siluro grande y gordo. Al Monje le gustaba comer pescado, y sabía preparar platos riquísimos con la captura, una labor que jamás delegaba en nadie. Pero ¡ay de los chicos si regresaban con las manos o las redes vacías!

Esta vez, Víctor no prometió nada, esperó un momento a que su madre hubiese desaparecido en la torre, mientras sus hermanos mayores estaban ocupados reparando el tejado del gallinero —el Monje, como siempre, estaba rezando en su capilla—, para tomar a su hermanita de la mano y escabullirse a través de la pequeña puerta trasera del patio. Siempre avanzando delante, ayudaba precavidamente a la revoltosa Melou a bajar los empinados peldaños. Ella siempre era la mejor compañía para tales excursiones, podía trepar como una cabra y nadar como un pez, de modo que Víctor —que no tenía que cuidar de ella todo el tiempo— pudo partir despreocupadamente a uno de sus viajes de exploración. Justamente hacía poco se había visto ante una reja levadiza, un rastrillo situado en una de las cavernas que el agua había excavado en la roca, oculta tras varias vueltas del pasadizo natural profundamente metido en la piedra. No consiguió abrirla. La reja tenía, sin duda, algo que ver con la fortaleza situada arriba. ¿Una salida secreta o un acceso camuflado? Víctor quería averiguar de todos modos si no habría otro camino oculto que le permitiera superar aquel obstáculo. ¿Quizá bajo el agua? Aceleró sus pasos, mientras que Melou, liberada por fin de la molesta ayuda de su hermano, lo seguía saltando cuesta abajo los altos escalones. Una vez abajo, donde estaba el agua, compitieron a ver quién se despojaba más rápidamente de la ropa, pero Melou ganó la apuesta, pues ella no llevaba nada bajo su *kamis saghir*^[21] y se sumergió en la clara corriente antes de que su hermano hubiese podido quitarse la ropa interior. Ensimismado, Víctor contempló su cuerpo delgado bajo la superficie del agua, un cuerpo que ahora cobraba ciertos matices irreales bajo el hechizo de la luz y las olas, que avanzaba deslizándose sin ninguna prisa con amplios movimientos de las piernas. ¡Era tan claro ese cuerpo, como un *aadji a'shakel*, una figura de marfil salida de un cuento! Tan rubio y blanquecino como sus propios cabellos, que apenas podían diferenciarse de las cejas y los

párpados situados encima de sus curiosos ojos. ¡Los ojos de Melou alternaban entre el color amatista, el claro rubí y el esmeralda, sus labios eran anchos y llenos, y le otorgaban a su rostro liso el aspecto de máscara de una bailarina del templo, un aspecto intemporal y de un efecto embriagador inexplicable!

De repente, como un corcho, su torso delgado emergió del agua; braceaba enérgicamente haciendo gestos de exhortación a su hermano, y al ver que Víctor no saltaba desde la piedra con suficiente rapidez, lo salpicó con una de las manos. El joven se vengó lanzándose en un salto salvaje por los aires con las piernas abiertas y dejándose caer en el agua como una piedra. Cuando miró a su alrededor para buscar a su hermana, Melou ya había desaparecido de nuevo bajo el agua y exploraba el fondo del estanque en busca de piedras de colores; su pequeño trasero se empinaba en dirección a él. Pero entonces Víctor percibió por el rabillo del ojo un movimiento repentino. En la otra orilla había un joven de piel oscura de pie sobre la roca, un chico más o menos de su edad. Debía de estar observándolos desde hacía rato, y Víctor se sintió por un momento como si lo hubieran cogido con las manos en la masa, lo que le molestó bastante; ¡y tanto más le molestaba el hecho de que el desconocido pudiera haber visto a Melusina tal y como había venido al mundo! Víctor nadó en dirección al joven sin perderlo de vista, dispuesto a atacarlo. Sin embargo, justo al llegar al otro lado y tocar los redondos fragmentos de roca —tan imponentes que ni siquiera eran arrastrados por el arroyo durante la temporada de lluvias, cuando el hilo de agua se convertía en un vertiginoso torrente, o durante la época en que se derretían las nieves—, el jovencuelo saltó en plancha al lago por encima de la cabeza de Víctor. ¡Si en realidad pretendía ir tras Melusina, ya podría buscarla por toda la alberca! Víctor vio a su hermana trepando con destreza por las piedras que llevaban hasta la cascada, su lugar preferido. En ninguna otra parte su magia salía a relucir tanto como detrás de aquel velo centelleante de gotas de agua que borboteaban y se deshacían al caer. ¡¿Qué habría pensado ese joven?! Víctor tuvo intenciones de volverse para pedir cuentas al atrevido, pero éste emergió directamente a su lado. Llevaba un corto taparrabos y mostró una sonrisa franca y despreocupada.

—Me llamo Sayf —dijo con una voz suave y profunda.

—¿Vives allí arriba? —Víctor había olvidado de repente todo su enfado, reventaba de curiosidad.

Sayf asintió y señaló la escalera que conducía hasta Montmor.

—Y tú, seguramente, bajaste con ella por esos escalones.

—Melou es mi hermana. —Víctor se sintió en la obligación de aclarar la situación.

—Menuda suerte tienes —dijo Sayf—, yo no tengo a nadie a quien proteger.

—Tengo otros dos hermanos gemelos —informó Víctor—. Pero con ellos sólo tengo disgustos.

—¿Y padres?

Víctor asintió.

—Yo tampoco tengo padres, sólo cuento con el eunuco, que lo es todo para mí, padre y madre a la vez: un hombre muy bondadoso.

Víctor estaba confundido.

—¿Qué es un eunuco? —preguntó.

Sayf rió.

—¡El vigilante del harén!

Víctor no quiso seguir mostrando sus puntos débiles.

—¿Eres un asesino?

—Todavía no —respondió Sayf con absoluta seriedad—. Pero si el *sheik* me acepta, quiero ingresar en la comunidad de los fedayines^[22]...

—Y el *sheik*, ¿vive ahí arriba?

—Puede ser —explicó Sayf—; eso nadie lo sabe con certeza. —Miró en dirección a la cascada—. Acaba de salir de lo oculto, pero nadie lo ve.

A Víctor todo ese asunto le pareció excitante, echó una ojeada de control hacia donde estaba Melou, que ahora reinaba en su trono de hoja de loto, bajo el arrullo de la cascada, y los observaba inmóvil desde su puesto. ¿O acaso sólo contemplaba a Sayf?

—¿Lo has visto alguna vez? —dijo Víctor, sacando a Sayf de sus pensamientos, seguramente concentrados en su bella hermana.

—Se me permitió estar presente cuando vinimos en su busca y lo encontramos, que fue la misión que nos encargaron. Lo acompañamos hasta aquí, hasta Masyaf, pero sólo el eunuco y yo. Husain no nos acompañó. El *sheik* lo envió a visitar todas las fortalezas de asesinos para que vinieran a Masyaf a fin de rehabilitar de nuevo el castillo. Luego regresará a Persia.

—¿Tú también eres persa?

Sayf asintió.

—Pero ahora estoy aquí, y me gusta.

—He visto que habéis comenzado ya las labores de construcción. Debe de ser muy interesante...

—Es mucho trabajo... Por cierto, ¿cómo te llamas?

—¡Víctor du Ferbac!

—Pero sí, es muy interesante. Masyaf es una construcción muy escurridiza y misteriosa, está llena de pasadizos subterráneos y de cuevas. ¿Te gustaría verla?

Víctor no había contado con que esa oferta llegara tan pronto. Se sintió cogido por sorpresa.

—Hoy no —balbuceó—; yo... tengo que acompañar a Melou de regreso a casa. ¿Qué tal mañana?

—Muy bien —dijo Sayf, saliendo del agua—. Mañana nos vemos aquí, a la misma hora. —Se volvió una vez más—. Me alegra haberte conocido.

Víctor se sintió confuso de nuevo, pero esta vez se controló.

—¡Podemos ser amigos! —respondió, sorprendido por su propio valor.

Sayf juntó las palmas de las manos e hizo una reverencia.

—*Asa an yakabaluha Allah!* ¡Será lo que Alá quiera! —dijo con una sonrisa extrañamente delicada, y acto seguido desapareció saltando ágilmente a través de las piedras de la orilla, ¡justo en la caverna donde estaba la reja levadiza!

Víctor se volvió buscando a Melou. Hacía mucho rato que permanecía sentada al otro lado, se había puesto la camisa y enrollado el *bantalonat*^[23] de Víctor alrededor del cuello y los hombros; temblaba de frío.

—¿Es necesario que pases tanto rato agachada bajo esa cascada? —le reprochó su hermano, preocupado.

—Melou vuela como una mariposa —dijo ella, ceceando—. ¡Cuando el agua salpica, Melou puede soñar sin tener que dormir para ello!

Ambos hermanos emprendieron el camino de regreso.

La edificación mejor conservada dentro de la fortaleza de Masyaf era una torre circular que destacaba por encima de todos los demás edificios. Salía de una ancha base con pequeñas aberturas y, sólo a la altura de unos diez metros, un puente levadizo extremadamente estrecho permitía el acceso a ella. Luego la torre se iba estrechando hacia arriba, hasta llegar al final, donde se ensanchaba en una planta superior en voladizo, dotada de un número asombroso de pequeñas aberturas de ventanas en forma de troneras y coronada finalmente por una plataforma almenada. Se la conocía respetuosamente con el nombre de *busdj ayn al sama*, la «Torre de los Ojos del Cielo», y desde el principio servía como domicilio y observatorio al señor de Masyaf. Allí arriba, en su gabinete situado a una aireada altura, recibió Sheik Sinan al eunuco, rodeado de curiosos aparatos, miras y compases, trípodes ajustados con gran exactitud y tubos cónicos de cobre que sobresalían por cada una de las aberturas individuales. Al visitante no iniciado debía de parecerle raro que ninguna de aquellas troneras estuviera abierta hacia abajo, destinada a lanzar flechas o a derramar cantidades de brea hirviente, sino que todas las aberturas apuntaran hacia arriba, hacia el firmamento, aunque cada una lo hacía en un ángulo diferente. Por lo demás, la estancia albergaba una decoración extremadamente sobria, una pequeña alacena, un escritorio y, en el centro, una escalera de caracol de madera hermosamente trabajada que llevaba hasta la plataforma situada en lo alto. Sus peldaños estaban repletos de rollos de pergaminos. Sinan estaba sentado en el borde de su catre de campaña, y el único asiento, un alto escabel, lo había reservado para su huésped.

—Ninguno de nosotros sabe, mi estimado An-Nasir, cuál será el éxito y el destino deparado a nuestros esfuerzos —le dijo al eunuco, perdido en sus pensamientos. Sinan miró divertido al gordo An-Nasir, que se erguía delante de él, visiblemente incómodo y todavía jadeante por el dificultoso ascenso—. Salir de lo oculto es una cosa; pero otra muy distinta es establecer el poder de nuestra hermandad mediante el terror.

Con expresión de sufrimiento en el rostro, el eunuco intentó acoplar su ancho trasero al duro asiento.

—¿Y quién va a disputaros a vos ese poder, mi noble señor y maestro?

El *sheik* lo dejó sufrir un poco más.

—Son muchos más de los que puedes imaginar en tus peores sueños.

El eunuco hizo de tripas corazón y se levantó del taburete.

—¡Ya quisiera yo mirar a ése serenamente a los ojos!

—¡Pues mirarás y escribirás! —le anunció Sinan de forma sorpresiva—. ¡Deseo que a partir de ahora lleves al papel todo cuanto nos encontremos al paso en nuestras andaduras, con la franqueza que salga de tu boca o como fluya la tinta de tu mano!

—Pero yo... —An-Nasir intentó eludir aquel infausto encargo, pero el *sheik* no lo dejó hablar.

—¡Sé que dispones de una mente despierta y que dominas el arte de la escritura! —dijo Sinan, ahogando toda posibilidad de réplica—. Como vigilante del harén, no estarás trabajando a pleno rendimiento cuando lo hayas equipado, ya que yo, por mi parte, no pienso hacer un uso especial de ese lugar. ¡Por eso no me inhibo de disponer de tu tiempo, aunque también estoy pensando en el peligro que significaría que sigas engordando en lugar de correr y saltar en el paraíso, tan rápido como te lo permitan tus delicados pies, sólo para cumplir con tus escasos deberes! De ese modo podrás pasar razonablemente todas las horas que te queden libres sentado ante el escritorio para llevar al papel ideas espirituales con la serenidad de un gran erudito... o también para informarme, en un estilo divertido, sobre los rumores e intrigas que se cuezan por ahí.

—¡No soy ni chistoso ni tengo talento! —An-Nasir hizo un nuevo intento por escapar de aquella encerrona.

—Pues en ese caso me reiré de tu torpeza —dijo el *sheik*, descartando definitivamente aquella objeción poco convincente—. Además, la experiencia de la vida nos enseña que son precisamente los que cuidan de la tranquilidad y la paz de los demás a cuyos oídos llegan los sucesos más dramáticos, de modo que apenas tendrás tiempo para escribirlo todo. ¡Y ay de ti si me pierdo algo de importancia!

—¡Prefiero que me matéis ahora mismo! —se lamentó el eunuco, e hizo un gesto para arrodillarse ante Sinan.

—¡De eso nada! —replicó con severidad el *sheik*, impidiendo que se arrodillara—. ¡Quiero que me sobrevivas! —dijo, riendo con segundas—. ¡Y ahora, ponte a trabajar...! ¿O acaso tendré que obligarte a correr?

Cuando al día siguiente, a la hora acordada, Víctor bajó hasta el barranco donde estaba el estanque, su nuevo amigo ya lo esperaba en la otra orilla. Víctor abrigaba la esperanza de que Sayf le mostrase el secreto de aquella reja de hierro instalada en la

roca, la cual seguramente conducía hasta Masyaf, pero el joven asesino negó con la cabeza cuando Víctor encaminó sus pasos hacia la entrada de la gruta.

—No quiero introducirte en el castillo de forma secreta, como a un ladrón, sino presentarte allí como mi amigo.

—Eso me honra tanto como a ti —respondió Víctor con una pose muy estirada que ocultaba su decepción—; no obstante, lo que más me interesa son los pasadizos secretos, las escaleras ocultas y...

Sayf rió.

—Verás más que suficientes. —Arrastró al amigo con él hacia los escalones esculpidos en la roca, los cuales, como los de Montmor, conducían desde la quebrada hasta la fortaleza de los asesinos.

—¡Debemos damos prisa, pues los trabajos de construcción en el paraíso están ya tan avanzados que muy pronto comenzarán a erigir el muro que separará totalmente el jardín del resto del mundo, de modo que ninguna persona no iniciada pueda echar una ojeada sobre las valiosas maravillas que allí habitan!

Víctor se esforzaba por mantener el paso de su amigo.

—¿Es un paraíso verdadero? —insistió—. ¿Cómo puede serlo? ¿Y qué maravillas son ésas?

—¡Criaturas mágicas! —susurró Sayf, volviéndose de espaldas sin detener el paso—. Son las *huriat*, huríes^[24] que vagan bajo árboles floridos y ramas llenas de deliciosas frutas...

Víctor no quería demostrar que no era capaz de imaginar a ninguna criatura mágica con ese nombre.

—¿Y las veremos ahora? —jadeó, excitado.

—No. —Sayf acompañó su frío chaparrón con una risa cordial—. Sólo el jardín, el lugar por el que, llegado el momento, pasearán esas criaturas —le explicó a su amigo, que otra vez se sintió embaucado—. Ellas sólo llegarán cuando el paraíso^[25] esté terminado...

—Pero entonces levantarán ese muro... —Víctor había comprendido por fin la relación entre una cosa y la otra—, ¡¿y jamás las veremos?!

Sayf se encogió de hombros.

—Si llegaras a convertirte en uno de los nuestros, entonces, algún día se te concedería —dijo en un tono ambiguo que podía interpretarse de muchas maneras.

Habían llegado arriba, a la altura del primer anillo de murallas de Masyaf, y Sayf encaminó sus pasos hacia la torre de entrada. Los guardias armados dejaron pasar al chico y a su acompañante. En el interior de las instalaciones defensivas reinaba un gran ajeteo, hombres que cargaban vigas y piedras o esculpían enormes bloques; otros mezclaban la argamasa y cargaban por la escalera, hasta los andamios, los cubos y los cuévanos con los ladrillos recién cocidos; eso, cuando no formaban cadenas y se alcanzaban o lanzaban el material con gran destreza.

Víctor, que jamás había visto nada igual, intentaba detenerse a cada paso, ansioso por aprender, pero Sayf lo apremiaba para que entrase en el ya terminado edificio principal. A través de infinidad de escaleras y pasillos, llegaron a un portal guarnecido con magníficos herrajes y muy bien resguardado. Una vez más, los guardias situados a ambos lados del portal garantizaron el acceso al amigo en cuanto vieron a Sayf. Llegaron entonces a una especie de salón de gala, reconocible por los *kilims* tejidos en varios colores que ya colgaban de las paredes y por labores de repujado tanto en el artesonado del techo como en el pulido suelo de la habitación. Sin embargo, la sala aún no estaba amueblada, no disponía de un solo lugar para sentarse ni de ningún otro ornamento. Atravesaron esa sala y otras muchas habitaciones, cada cual más suntuosa que la anterior, hasta que llegaron a una puerta poco llamativa, apenas visible en un tabique de madera. Sayf llamó a la puerta: tres golpes breves y dos golpes más largos, como Víctor registró enseguida. El panel de madera emitió un crujido, y Sayf empujó con el hombro la puerta escondida. Entraron en un corredor que se hizo más oscuro cuando la puerta se cerró a sus espaldas sin hacer ruido.

—¡No te muevas! —le indicó Sayf a su amigo, en voz muy baja.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para que el suelo se abriera ante ellos con un chasquido, como si alguien hubiese descorrido un cerrojo invisible, hasta que apareció, en el otro extremo, un moro de pelo rizado con un imponente candelabro de cinco brazos en las manos. Hizo una reverencia imperceptible y caminó a pasos cortos delante de ellos. La habitación a la que entraron después de doblar infinidad de esquinas y de pasar varios rincones brillaba bajo la luz clara de los innumerables prismas de una araña de techo, y las paredes del octaedro, fabricadas a partir de maderas preciosas oriundas del Lejano Oriente, estaban cubiertas con pinturas de seda chinas en las que se veían las representaciones más osadas y acrobáticas del placer carnal. Sin embargo, los rostros de las figuras representadas no revelaban ningún tipo de ardor o pasión. Celebraban su acto de amor con absoluta frialdad, casi indiferentes y con la rigidez de una máscara. A Víctor le hubiese gustado hartarse de ver aquellas insospechadas posibilidades de unión entre los seres humanos, aun cuando le sacaran involuntariamente el sonrojo al rostro, sobre todo ahora que, en el extremo posterior de aquel templo de la voluptuosidad —¿sería eso el paraíso?—, una figura corpulenta se levantó de su diván y se acercó a ellos. Era un hombre como una mole de carne, pero su cara de luna redonda y arrugada irradiaba amabilidad y bondad.

—¡Respetable padre —dijo Sayf—, quisiera presentaros a mi amigo Víctor du Ferbac, el hijo más joven del caballero Roger de Montmor!

El corpulento gigante se mantuvo de pie frente a Víctor, que se apresuró a mostrar sus respetos con una reverencia.

—Los amigos de Sayf son siempre bienvenidos —dijo la mole de carne con voz delicada—. ¿Qué se piensa de nosotros en Montmor? —añadió casi como si charlase,

pero Víctor percibió el tono escrutador de la pregunta.

Aquel hombre imponente le inspiraba confianza, por eso decidió hablarle con franqueza.

—Se os llama «asesinos».

El eunuco soltó una risa cristalina y ruidosa.

—¡Así ha mutado la palabra *hashashin* tras repetirla tantas veces de un modo impreciso! ¿Qué imaginas tú que es un «asesino»?

Víctor se sintió incómodo, buscó el contacto visual con Sayf, pero éste sólo sonreía con cierto sarcasmo.

—¡Alevosos asesinos a sueldo que fuman hachís! —respondió finalmente—. Al menos, eso ha dicho mi señor padre.

En contra de toda expectativa, la mole de carne parecía divertirse.

—No fumamos esa hierba de los sueños más que otros —aclaró—, salvo en ocasiones especiales. Tampoco asesinamos más que otros, a menos que se trate de enemigos de la verdadera fe... o cuando lo ordena nuestro noble señor y maestro...

—¿Por qué entonces... —de repente, Víctor se armó de valor— sois tan temidos, más que cualquier otro?

El eunuco mantuvo su buen humor; quizá le gustara la sinceridad del chico.

—¡Porque anunciamos antes lo que pensamos hacer, y porque luego cumplimos lo que hemos anunciado sin que nadie pueda impedirnoslo!

—¿Nadie puede escapar de vosotros? —preguntó Víctor, algo abatido.

—No. A menos que nuestro noble señor y maestro, Sheik Sinan, perdone a esa persona y le permita vivir.

—No he querido ofenderos —se apresuró a decir Víctor—, pero ¿cómo os llamáis a vosotros mismos?

La mole de carne sacudió la cabeza.

—No tenemos ningún nombre para designarnos a nosotros mismos —a medida que hablaba, su voz se hacía más seria—; eso forma parte de la estrategia... o del misterio. Puede que el mundo nos llame fumadores de hachís, asesinos a sueldo o ismaelitas... Los nombres no son nada más que humo, ¡lo que queda es el hecho consumado!

—Me gustaría mostrarle a Víctor algo más de las labores de construcción que estamos realizando en Masyaf —dijo Sayf, tomando la palabra y asumiendo que el eunuco vería su deseo como una irrespetuosa interrupción de sus palabras; sin embargo, su tutor, con una sonrisa, pasó por alto la impertinencia de su ahijado.

—La curiosidad de saber es una prerrogativa y un deber de la juventud —dijo, desviando hábilmente su tono aleccionador hacia el terreno de la sabiduría—. Me alegra que Sayf haya encontrado a un chico de su edad con quien poder compartir experiencias. Tal vez se os concederá, si Alá así lo quiere, el compartir juntos un largo trecho del camino.

Y, dicho esto, dejó solos a los dos amigos.

—Ya han comenzado con los cimientos de la muralla. —Sayf señalaba la zanja abierta en la tierra, cavada hasta que los peones tropezaron con el subsuelo rocoso.

A derecha e izquierda de ese punto donde el muro divisorio debía unirse a la muralla ya existente, los hombres habían levantado tal cantidad de piedras que ya podían tender un hilo que los ayudaba a mantener la línea recta. Sayf y Víctor saltaron con cuidado por encima de la guía, y el joven asesino se dirigió hacia el muro situado detrás, una especie de torreta con el tejado puntiagudo. La puerta de hierro sólo estaba entornada, y puesto que no había nadie vigilándola, Sayf empujó a su amigo rápidamente hacia el interior y lo siguió.

—¡Este es el pabellón del pozo! —le susurró a Víctor cuando estuvieron en medio de la oscuridad.

Cuando sus ojos se acostumbraron a las tinieblas, Víctor percibió el antepecho circular del hueco del pozo. Sin embargo, encima de él no se encontraba el acostumbrado dispositivo que suele verse en los pozos, sino una maciza estructura de vigas con una rueda de radios en posición horizontal, lo suficientemente grande para que tuviera que ser accionada por varios hombres. Una pesada cadena de hierro corría a través de un enorme torno y se perdía en las profundidades. «Por lo visto, lo utilizaban para mover pesadas cargas», fue lo que a Víctor le pasó por la cabeza. Sayf acudió en su ayuda.

—Como habrás supuesto correctamente, la gruta excavada directamente en la roca conduce en línea transversal hasta abajo, hasta el barranco, y termina justo bajo la superficie del agua.

—Eso se me ha escapado —tuvo que admitir Víctor.

Sayf rió.

—Es fácil pasar por alto la abertura a través de la que el agua fluye en nuestra alberca; además, nadie debe descubrirla.

—Ah —exclamó Víctor, intentando llegar a una conclusión—. ¡¿Y de ese modo podéis sacar agua sin ser vistos, toda la que queráis?!

—Así es —le explicó Sayf con orgullo—. ¡Hemos colocado sobre los escalones unos troncos de árboles cepillados con garlopa, a modo de rieles!

—¿Y sobre ellos tiráis del recipiente inmenso y lleno hacia arriba? —Víctor intentaba demostrar cuán rápidamente podía aprender.

—No sólo uno —dijo Sayf en tono triunfante—. ¡De esa cadena pueden colgar varios a la vez! El torno trabaja como un sistema de poleas, aunque eso no puedes verlo, porque tendrías que bajar. —Sayf abrió una tapa casi imperceptible que estaba empotrada en el suelo. Víctor quiso poner de inmediato el pie sobre los peldaños apenas visibles, pero Sayf lo retuvo—. En otra ocasión —dijo, consolando a su amigo—, para eso necesitamos luz; aquí mismo, debajo de nosotros, se ocultan más secretos... y hay muchos otros en el edificio —añadió en tono misterioso—. ¡Bajo

nuestros pies habrá un pasadizo que parta de la Torre de los Ojos del Cielo y recorra todo Masyaf, de modo que nuestro noble señor y maestro, Sheik Sinan, pueda aparecer y desaparecer siempre en cualquier parte!

—¡Me gustaría mucho conocer a vuestro noble maestro! —dijo Víctor, mostrando el mayor respeto.

Sayf sonrió, inquieto.

—Esa decisión solamente está en sus manos. ¡Yo mismo sólo disfruto de ese honor en muy raras ocasiones, de modo que debes armarte de paciencia!

—¿Y mañana? —insistió Víctor de inmediato.

Sayf negó con la cabeza.

—¡No puedes precipitar los acontecimientos!

Víctor se tragó el rechazo sin pestañear. Sayf acompañó a su huésped —que hasta el último minuto esperó tercamente a que le mostrara el pasadizo secreto de la escalera por lo menos durante el camino de regreso—, hasta la puerta de Masyaf. Esta vez no acordaron ningún nuevo encuentro.

A la hora de la comida, el círculo de personas alrededor de la mesa de Montmor pareció congelarse por un momento cuando, en el arco de la bóveda de entrada a la habitación común de la familia, situada a ras de suelo, apareció Melusina sonriendo tímidamente y apoyada en un joven desconocido.

—Me he permitido traeros de vuelta a vuestra hija... —dijo Sayf, haciendo una profunda reverencia delante de Aziza.

—Me torcí un tobillo en la cascada —se apresuró a explicar Melou—. ¡Resbalé! —La pequeña comprobó rápidamente la expresión en el rostro de su severo padre y se dirigió de inmediato a él, por si acaso—: Sayf ha sido muy amable...

—¿Y quién es Sayf? —gritó Roger du Ferbac—. ¿Ni siquiera puede darse a conocer él mismo?

Por debajo de la mesa, Aziza puso una mano conciliadora sobre la rodilla del caballero.

—Sayf es el hijo del honorable An-Nasir ad-Daula. —Aunque con cierto retraso, Víctor sintió que debía asumir su deber como amigo—. Y es amigo mío.

El gélido silencio no podía hacer sitio a una atmósfera más desolada.

—De modo que es uno de esos... ¡un asesino! —bramó Gernot, buscando el aplauso de su padre, quien, en contra de lo esperado, cambió de parecer.

—¿No deseas tomar asiento? —dijo Roger exhortando a aquel desconocido que, al fin y al cabo, había ayudado a su hija, por lo que Aziza se atrevió a completar la frase, satisfecha, diciendo:

—¿... y comer con nosotros?

—... compartir lo poco que tenemos para ofrecer —dijo Valerían en tono punzante.

Sayf se sintió confundido e hizo una reverencia ante el señor de la casa.

—No —dijo, recuperando de pronto su entereza—; os agradezco vuestra hospitalidad, pero tengo que...

—¡De eso nada! —lo interrumpió Roger—. Al menos podrías tomar con nosotros un vaso de buen vino. —Víctor ya había dejado libre un banco de madera entre él y su madre, aprovechando que Aziza se había levantado deprisa en dirección a la cocina. El padre sirvió vino de la jarra en un vaso y se lo tendió a Sayf, conminándolo a que bebiera—. ¿O acaso tu voto te lo prohíbe?

En ese momento, afuera, unos violentos golpes resonaron contra el portón. Uno de los viejos vigilantes entró corriendo, excitado.

—¡Son caballeros hospitalarios, señor! —balbuceó.

—¿Cuántos son? —Gernot y su hermano gemelo se habían levantado de un salto al mismo tiempo.

El anciano guardia titubeaba para dar la respuesta.

—Son dos —informó por fin—; y exigen hablaros.

El caballero Roger du Ferbac se puso rojo como un tomate.

—No estoy para hablar con esa gente —gritó, furioso, dejando caer con ira el vaso de vino que tenía en la mano.

—Dejadme hablar con esos señores —propuso Gernot—. Diré que no estáis en casa.

—Idos a vuestra capilla; mientras tanto, nosotros comprobaremos la naturaleza de sus intenciones —dijo Valerian, apoyando a su hermano gemelo y empujando a su padre en dirección al establo que había acondicionado como lugar de oración.

—¡Y tú, Sayf, o comoquiera que te llames... —comenzó diciendo Gernot, que no quiso dejar escapar la oportunidad de dar a entender al inesperado huésped cuán indeseada era su presencia—, tú también deberías desaparecer de aquí, pues sólo nos faltaba que unos caballeros cristianos sospechasen que vivimos bajo el mismo techo que un asesino!

Víctor saltó, situándose en el medio, pues por un instante temió que su incontrolable hermano pudiera llegar a las manos.

—Acompañaré a Sayf hasta abajo, hasta el barranco —le dijo a Gernot con deseos de enfrentarse a él, pero el gemelo les dio la espalda y se dirigió con paso lento hacia el portón de entrada.

También Melusina se había situado al lado de su salvador.

—¡Gracias, Sayf, por no traicionarme!

El chico rió y corrió detrás de Víctor, que ya se había marchado. Echando una última ojeada a Montmor, vio cómo se abría el portón y entraban cabalgando en el patio dos caballeros con la cruz blanca de ocho puntas sobre una capa de color negro.

—Deberías cuidar más de Melou —dijo Sayf, reprendiendo a Víctor mientras bajaban—. No resbaló, sino que se lanzó de cabeza desde la roca, como una trucha, sin antes comprobar cuál era la disposición de las piedras bajo el agua. ¡Fue así como

se lastimó el tobillo! —Sayf no contó cómo había salvado a la chica, que había perdido el conocimiento a causa del dolor, que había agarrado su cuerpo blanco y alcanzado la orilla a nado con su delicada carga muy apretada en brazos. La había besado en la boca hasta que había vuelto a abrir los ojos. Avergonzado, quiso apartarse entonces de ella, pero Melou lo apretó con fuerza sin dejar libres los labios del joven.

—Tienes razón, Sayf, debo disculparme por mi familia, ¡al menos por la actitud de los varones!

—¡Si también te cuentas entre ellos, entonces acepto las disculpas!

Entretanto, habían llegado al estanque del barranco.

—¡Pues eso es, ni más ni menos, lo que la orden espera de vosotros! —Los hospitalarios eran hombres de avanzada edad, a juzgar por los duros rasgos de sus rostros, pero seguramente eran caballeros experimentados y de alta graduación.

—¿Y por qué tendríamos que prestaros servicios de espionaje aquí? —quiso saber Valerian, al que Gernot, a sabiendas de que su hermano pensaba y hablaba mejor que él, había dejado llevar la negociación—. ¡Después de la forma en que os habéis comportado con nuestro padre!

—¡Pues precisamente por eso! —le replicó uno de los hospitalarios—. El voto de la orden prevé, además de la obediencia absoluta y la castidad como requisito indispensable, la entrega de todos los bienes. Hasta ahora hemos sido generosos y no hemos hecho uso de tales prerrogativas.

—Con razón —respondió Valerian, indignado—. Roger du Ferbac adquirió Montmor sólo después de...

—Se apropió de Montmor —corrigió el caballero fríamente—. Todavía podríamos...

Su acompañante, un hombre de barbas grises, tomó la palabra:

—¡Llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes!

—¿Y qué sacaremos nosotros de ello? —bufó Gernot, tomando la palabra.

—Podrías seguir conservando Montmor; también sería posible que la comunidad de la Orden de San Juan aceptase de dos mozos tan altos como vosotros... La orden no es rencorosa.

En el caso de Gernot, esa propuesta había dado con el hombre incorrecto.

—¡Yo seré caballero templario! —espetó el gemelo, refunfuñando, al hombre de las barbas grises.

—¿Cuáles creéis que pueden ser nuestros servicios? —preguntó Valerian, en un esfuerzo por interceder—. Para espiar con éxito tendríamos que tener acceso libre y sin restricciones a Masyaf...

—¡Pues agenciáoslo! —El caballero se mostraba impaciente. Valerian no tenía ningún interés en romper con la poderosa orden ni enemistarse con ella.

—En cualquier caso, podríamos usar un intermediario —dijo, reflexionando, al menos para mostrar su buena disposición.

—¿Y qué recibiremos a cambio? —insistió Gernot, como una avispa en su panal recién hecho—. Porque eso debe quedar claro: ¡por cada información útil, recibiremos su valor en moneda contante y sonante!

El hombre de las barbas grises rió ruidosamente.

—Y por cada información inservible, recibiréis el mismo número de azotes en vuestras partes más sabias.

Eso superó las fuerzas de Gernot, que prefirió dejar el terreno libre a su hermano.

—Haremos lo posible para haceros llegar información sobre las fuerzas, los movimientos y los propósitos de los asesinos.

—Veo que nos hemos entendido —dijo el caballero amablemente, e hizo girar su caballo—. ¡Nos veremos de nuevo! —prometió al despedirse, pero se trataba de una clara amenaza.

—Nuestros saludos para Roger du Ferbac —dijo el de las barbas grises—. Ha sido una satisfacción para mí ver con mis propios ojos los dos logrados ejemplares que han salido de su mal paso.

Con gesto jovial, dijo adiós a los gemelos y salió a toda prisa detrás de su compañero.

EL OJO DE LA CERRADURA

- ¡**T**ENEMOS que ir a través de la escalera del pozo! —reveló Sayf a su amigo cuando éste salió del agua y trepó a la orilla junto a él—. ¡La muralla ha incluido ahora la construcción redonda, y la puerta de hierro ya está cerrada!

El corazón de Víctor palpitaba a causa de la excitación, por fin la misteriosa reja de la gruta se abriría para él, y podría averiguar cómo era aquel acceso ascendente hacia Masyaf. Penetraron en la cueva y avanzaron por el camino conocido, hasta que doblaron una esquina de la caverna de la roca. La reja de hierro estaba abierta.

—No volví a cerrarla —explicó Sayf ingenuamente—, pues así me ahorra tener que contarte cómo funciona el mecanismo de cierre hacia el lado del mundo exterior.

—¿Y no me lo confiarías?

—Claro, pero de este modo no nos agobiamos ni tú ni yo: tú, por saberlo, y yo, porque me está prohibido revelarlo.

Sayf cerró la reja a sus espaldas y avanzó unos pasos a través de una cavidad de la pared rocosa. Un claqueo perceptible reveló que el mecanismo invisible de cierre había funcionado. «Del lado del mundo exterior —pensó Víctor para sí—. No sería muy diferente, sólo tendría que encontrar la abertura oculta en la roca, seguramente del tamaño de una mano».

Siguieron por el pasadizo hasta el próximo desvío y se detuvieron en una gruta de mayor tamaño, cuyo centro estaba ocupado por una alberca esculpida artísticamente en la piedra. El agua borboteaba, por lo que Víctor pudo imaginar fácilmente que existía una conexión subterránea con el estanque donde se bañaban. Rodearon la alberca hasta una abertura con la altura de un hombre, también excavada en la pared de roca, donde unos escalones de piedra conducían hasta el fondo del estanque, al igual que los rodillos de madera fijados a ellos y situados a cada lado. Una doble y pesada cadena de hierro conducía también hacia las oscuras aguas y volvía a salir, para desaparecer luego escalera arriba. Para Víctor estaba claro que esa cadena discurría en una banda continua hasta abajo a través de un tambor y era igual que la que había visto arriba en el pozo, enrollada alrededor de la rueda de radios. Sayf no le daba explicaciones y Víctor lo aceptaba.

Poco después de que comenzaron a ascender por la escalera, tropezaron con la primera tinaja de madera colgada de la cadena que discurría por encima de sus cabezas. A Víctor no le costó calcular el peso del recipiente cuando fuera alzado de nuevo hacia arriba, cargado con agua.

—Es un milagro que todavía entre alguna luz aquí —apuntó Sayf, interrumpiendo su silencioso ascenso—. No debió de ser fácil perforar esas pequeñas claraboyas en la piedra.

—Comparado con la tecnología empleada aquí, ése no debió de ser el problema más difícil —respondió Víctor con aires de superioridad—. La domesticación de esas imponentes fuerzas mecánicas es una verdadera obra maestra.

A su paso, vieron todavía otras dos tinajas de agua colgando sobre sus cabezas, hasta que por fin divisaron, encima de ellos, la abertura redonda del muro del pozo y la silueta de la estructura de vigas con la rueda de radios. Todavía se encontraban bajo el suelo de la habitación en la que habían estado la primera vez. Una galería porticada rodeaba la entrada hacia la escalera del pozo, la cadena corría tensa sobre una rueda dentada de hierro fundido que parecía estar engranada con un eje reforzado a través del techo con el torno y los cables de tracción. Sayf señaló una puerta de hierro poco llamativa al fondo del pasillo.

—A través de esa puerta, nuestro noble señor y maestro puede entrar al pozo —dijo a su acompañante con cierto tono aleccionador y reverente en la voz.

Pero Víctor seguía pensando.

—Entonces, ¿éste es también su acceso al paraíso?

A Sayf la pregunta le resultó incómoda.

—Quizá. Aunque, seguramente Sheik Sinan conoce otros caminos y otros medios —repuso—. Debería bastarte con saber lo que sabes, que es mucho más de lo que estoy autorizado a revelarte —añadió el muchacho, preocupado.

Directamente bajo esa puerta de hierro, unos escalones subían en dirección al techo abovedado de la galería porticada. «La tapa del suelo», recordó Víctor. Sayf le quitó el cerrojo con la naturalidad de quien conoce bien el mecanismo y empujó la puerta hacia arriba.

Llegaron entonces al mismo lugar que habían visitado durante su primer recorrido de inspección, sólo que ahora el recinto estaba envuelto en una oscuridad casi absoluta. El acceso hacia el exterior estaba bloqueado, razón por la cual Víctor quiso cerciorarse, pero Sayf lo retuvo.

—¿Estás loco? Podrían oír tus sacudidas al otro lado —le cuchicheó en tono reprobatorio.

El único rayo de luz que penetraba en la habitación caía a través del inmenso ojo de una cerradura^[26] situada del lado que daba al aislado jardín. Víctor se dirigió de inmediato hacia allí para echar un vistazo a través de ella. Sayf no se lo impidió esta vez.

—A ti se te concede la visión del paraíso —dijo Sayf suspirando y dejándole el camino libre—; a mí, por el contrario, me está estrictamente prohibido. —Reflexionó por un momento—. Pero, eso sí, nadie te prohíbe informarme sobre lo que allí veas —dijo, apremiando a su amigo, que ya apretaba su ojo contra la abertura—. Dime, ¿qué ves?

—Veo mujeres jóvenes saliendo y entrando de hermosas cabañas, agrupadas en semicírculo alrededor del muro de la fortaleza.

—¿Están desnudas? —preguntó Sayf con la voz excitada.

—¡De eso nada! —dijo Víctor, reprobando severamente que su amigo tuviera tales pensamientos—. Tampoco van castamente cubiertas; por lo menos, no todas: hay dos tomando un baño, sus velos mojados están pegados al cuerpo, los botones de sus senos se dibujan claramente, el oscuro triángulo situado entre sus muslos reluce seductoramente a través de la fina muselina^[27]...

—¡Eres cruel por atormentarme de ese modo! —jadeaba Sayf a espaldas de su amigo—. ¿Lo hacen las chicas?

—¡Claro que no! —Víctor disfrutaba explayándose sobre lo que veía sin tener que apartar el ojo de la cerradura—. Me parece más bien que se aburren, se amartelan, riñen... ¡Oh, ahora una de ellas ha mostrado sus senos!

—¿Son hermosos? —gimió Sayf—. ¿Redondos y llenos como... dos melones?

—Son más bien puntiagudos y sólidos como limones dulces.

—Me refería a las mujeres jóvenes —balbuceó Sayf—. ¿Cómo son sus caderas, sus culos?

—Podrían gustarte —dijo Víctor, agrandando los tormentos de su amigo—. A mí me gustan más las delgadas y esbeltas, con sus largas piernas y el trasero duro, pero hasta ahora no he podido ver a ninguna así. —Su suspiro tenía la intención de consolar al pobre Sayf.

—Mi señor, el todopoderoso vigilante del harén, tiene en su mano bondadosa la responsabilidad de plantar ese jardín del paraíso con toda clase de huríes, con las que tú sólo podrías soñar.

—¿Y eso de qué nos sirve, querido Sayf? —preguntó Víctor, al tiempo que apartaba el ojo de la cerradura—. No podemos transformarnos en pequeñas serpientes para entrar deslizándonos a través de la cerradura y satisfacer a las más bellas de nuestra elección.

—Yo podría influir en el mejor de todos los padres... —soñaba Sayf.

—¿Para qué? ¿Para qué nos transforme a ti y a mí en *jinn*^[28]? —dijo Víctor en tono burlón—. ¡En ese caso no necesitaríamos siquiera tomar el escabroso camino a través del ojo de la cerradura! —Le dio una palmada a su amigo en el hombro—. Lo mejor es que no volvamos a mirar ahí dentro... ¡así sufriremos menos en el futuro!

—¡Pero soñaremos más! —admitió Sayf—. El eunuco hace bien manteniendo oculto el valioso botín que ha reunido a lo largo y ancho del país, al igual que una curandera reúne sus prometedores capullos, sus flores raras y sus hojas benignas.

—Sólo que sus jóvenes huríes azuzan más el deseo en ti, en lugar de aliviar o curar las heridas.

—¡Ese deseo quema como el fuego del infierno! —admitió Sayf con un gemido.

—¡Entonces, mete la antorcha en el agua! —dijo Víctor, evocando los sufrimientos de su amigo de un modo tan gráfico que éste tuvo que reír.

—¡Ya veremos qué cola del demonio sisea mejor! —Sayf dio un salto y corrió en dirección a la trampilla—. De todos modos, tengo que acompañarte de nuevo hasta el lago —gritó en voz baja—, ya que el único camino que puedo seguir ahora para

regresar a Masyaf es a través del portón principal. —Sayf cerró la trampilla del suelo a espaldas de Víctor y se dirigió hacia la bajada de la escalera—. En el futuro, sólo podremos encontrarlos en el lago, cuando nos bañemos —dijo por encima del hombro hacia el amigo que lo seguía—; en el castillo pululan cada vez más los fedayines que han atendido a la llamada del *sheik*. —Entonces se volvió hacia Víctor y le dijo en tono conspirativo—: A ellos sí se les permite ver a las huríes. —La voz del joven asesino se volvió seria—. ¡El primero y el último...! ¡No a nosotros, a los que todavía no se nos considera dignos de portar la daga!

—¿Es ése el precio? —Víctor adoptó un tono reflexivo.

—No —respondió Sayf sin volverse—. ¡Es la promesa!

CORAZÓN PURO, INMORAL

EL ADORMECEDOR arrullo de las palomas silvestres se interrumpió de golpe cuando una de las imponentes aves de rapiña, con sus alas extendidas, empezó a bajar planeando desde los acantilados de la cordillera de Jabal Bah'ra y deslizó su sombra sobre el follaje del bosque. También el arrendajo detuvo sus chillidos, y sólo el pájaro carpintero se mantuvo impasible ante la amenaza. Su martilleo irregular subrayaba la tensión surgida de repente en el bosque. También el caballero Roger du Ferbac se detuvo brevemente para, a continuación, dar un empujón a su hijo más joven, que avanzaba detrás de él con el carcaj y las flechas.

—¿Quién va a temer al Viejo de la Montaña? —gruñó en tono desafiante, al tiempo que observaba con esfuerzo hacia arriba, a través del ramaje, la mancha de luz sobre la que se había deslizado la sombra—. ¡Nada! —rugió, y dejó caer de nuevo el arco con la flecha ya dispuesta para el tiro—. ¡Ese hombre es un don nadie! —aseguró, volviéndose hacia Víctor, que se alegró de que la garza real hubiese volado sobre ellos con tanta rapidez y que su padre apenas hubiera tenido tiempo para reaccionar—. ¡En realidad, no sé qué es lo que puede unir a uno de mi sangre con esas miserables almas asesinas, gentuza cobarde que apuñala por la espalda y huye! —dijo Roger, acalorándose cada vez más.

Víctor guardaba cierta distancia entre él y su padre, pues sabía con cuánta rapidez su progenitor cambiaba las palabras por el puño, sobre todo cuando comenzaban a faltarle las primeras. No obstante, no quiso aceptar esa afirmación así como así.

—Los asesinos no huyen, padre —dijo con firmeza—, ¡pagan sus actos con la vida!

El señor de Ferbac contempló a su hijo con desánimo.

¡Si ése es tu objetivo, podría matarte ahora mismo, al menos así no causarías ningún daño!

Víctor había retrocedido, pero no quería demostrar temor.

—¡Entonces habríais manchado vuestras manos con un acto sangriento! —dijo en tono severo—; ¡mientras que a mí me haría guiños el paraíso!

Roger luchaba por dominarse, pero entonces examinó a su hijo y soltó una risa estridente.

—¿Es eso lo que crees?!

—En ello confío —susurró Víctor, pero no estaba seguro de que su padre lo hubiera oído.

Habían llegado bajo los muros de la fortaleza de Qadmus, en la que el caballero Roger solía pasar la noche cuando salía de caza, aunque sabía perfectamente que la fortaleza se hallaba en manos de la secta del Viejo de la Montaña. Conocía al alcaide^[29] desde hacía mucho tiempo, y allí solía dormir despreocupadamente la borrachera después de uno o varios vasos de vino. Las murallas se levantaban frente a

ellos entre los altos cedros y abetos; el puente levadizo estaba bajado. En el patio encontraron dos extrañas literas, varios siervos se ocupaban de los caballos con suntuosas bridas.

—¡Vienen desde muy lejos, y es un enviado de Alamut! —Con esas palabras, sin rodeos, recibió el alcaide al caballero, como a un viejo amigo—. Tiene el título de Enviado —le confió a Roger—, y viaja con su mujer y sus dos hijas.

—Mi hijo Víctor no recibirá nada de comer —ordenó el caballero con palabras breves y concisas—; ¡se irá a descansar de inmediato!

El siervo al que llamaron acompañó al muchacho al interior de la fortaleza, mientras el alcaide y Roger se dirigían abrazados hacia la bodega de los vinos.

Mientras Víctor seguía al sirviente por los pasillos de la fortaleza, al tiempo que reflexionaba cómo eludir la alcoba que ahora lo esperaba, tropezaron con un hombre alto que salía por la puerta de una habitación con unos desahogados pantalones de montar y una chaqueta muy ajustada. El curioso mozalbete no pudo ver su rostro, porque el extranjero les daba la espalda y en ese momento estaba saludando a un encapuchado que, por lo visto, había estado aguardándolo. Le pareció demasiado indiscreto darse la vuelta hacia ellos cuando pasaron por el lado de los dos hombres, por esa razón siguió al sirviente, que continuó su paso rápido después de hacer una respetuosa reverencia. Pero Víctor logró escuchar claramente las voces a sus espaldas.

—... en cumplimiento de mi misión, exigir del Enviado la legitimación que lo autoriza...

—Y la recibiréis —lo interrumpió el otro con una voz chirriante, para de inmediato pasar a un susurro incomprensible para Víctor, que en ese momento ya se alejaba.

El sirviente quitó el cerrojo a una puerta de baja altura; con gesto inflexible, empujó al joven que le habían confiado al interior de la habitación oscura y pasó de nuevo el cerrojo a sus espaldas. Transcurrió algún tiempo antes de que los ojos de Víctor se adaptasen a la oscuridad. Arriba, en lo alto del techo, una débil luz caía a través de una estrecha ranura, una especie de tronera. No había ninguna ventana. ¡Adiós a su sueño de poder trepar y salir de aquel sitio al aire libre, de escapar a través de los tejados! Compungido, se sentó en el camastro de piedra. ¡Era la mazmorra de una prisión! Sentía su estómago sonar a causa del despecho. Sacudió furioso el cerrojo, y cuando ya se disponía a expresar su protesta golpeando con sus puños la madera, la puerta cedió sin problemas a la presión y se abrió. El sirviente había sentido compasión del chico y, en realidad, no había pasado el cerrojo. ¡Un buen hombre! Como un bólido, Víctor salió de la estancia.

De inmediato se puso a buscar la cocina. Atravesó varias salas abovedadas y galerías; trotaba en lugar de deslizarse con sigilo, y subió y bajó infinidad de escaleras. Se sentía en todo su derecho de apaciguar su hambre. Entonces oyó aquella voz chirriante encima de él, una voz que le pareció enseguida muy familiar. Tenía que

ser la de uno de aquellos dos hombres con los que habían tropezado antes en el pasillo. Peldaño tras peldaño, fue subiendo lentamente, con paso felino, pues su curiosidad era mayor que su hambre.

A través de una balaustrada de piedra pudo mirar hacia el interior de una habitación iluminada por varias antorchas. Allí estaban de nuevo aquellos dos caballeros, el de los pantalones desahogados y el de la capucha, al que el hombre de la voz chirriante, por lo visto, pensaba ofrecerle una demostración, pues se volvió de un modo ostentoso a dos fedayines situados a ambos lados, reconocibles por su anchos cinturones en forma de chal y los típicos turbantes altos que les cubrían la cabeza.

—¡Habéis reconocido la señal! —exclamó sin poner de manifiesto ningún cambio en su estado de ánimo—. ¡Y ahora conocéis vuestra misión! —concluyó serenamente.

Los dos hombres asintieron, sacaron sus dagas en silencio y saltaron simultáneamente sobre el encapuchado. Las hojas de sus dagas relucieron sólo por un breve instante, antes de hundirse en el cuerpo que cayó al suelo con un golpe seco.

A Víctor debió de escapársele algún grito de horror, pues el hombre de la voz chirriante se volvió bruscamente en busca del lugar de dónde provenía el ruido, y Víctor se vio observado por la mirada punzante de un par de ojos que amenazaban con quemarlo. Fuera de sí, el chico bajó la escalera a trompicones y regresó corriendo a su alcoba. No se hizo encerrar. Pasó el resto de la noche insomne, a causa del miedo, y por la mañana se deslizó hasta donde estaban los siervos y se mezcló entre ellos con la ayuda de su tácito amigo, hasta que por fin vio a su padre tambaleándose por el patio de la fortaleza. ¡Cuánto amó en ese momento al caballero Roger du Ferbac!

Un buen día, el Enviado apareció de nuevo en Masyaf. Husain ad-Din Marzuban iba esta vez acompañado de su esposa y de sus dos hijas, Shirin y Kira. Ambas muchachas eran un poco mayores que Sayf y Víctor —una novedad que este último supo de inmediato por boca de su amigo—, y las dos eran criaturas muy atractivas. Shirin, la mayor de las hermanas, era la más juiciosa y dulce de las dos, con un modo de ser casi maternal, le dijo Sayf, con grandes senos y un trasero igual de imponente.

—En ese caso te gustará, como si fuese una blanda y cálida almohada en la que podrías hundir tu cabeza, feliz como un bebé, ¿o no?

Sayf ya conocía a Víctor desde hacía suficiente tiempo como para pasar por alto su tono burlón.

—¡Kira, en cambio, parece una musculosa gacela de montaña, como las que tú tanto aprecias, con largas piernas, pechos planos y un modo de ser atrevido! ¡Una criatura salvaje a la que no conseguirás domar, y escapará tan pronto la pierdas de vista!

Víctor rió con aire de superioridad.

—¡Mientras no me dé una cornada!

—¡Para eso, primeramente, tendrías que llamar su atención!

Sayf insistía en los encantos de esa tal Kira, ¿o quizá sólo pretendía afilar los sentidos de Víctor por su cuenta, frotándolos contra la indócil muchacha para, en el futuro, poder disponer de Melou para él solo?

—Son provocadoras con los hombres... ¡hasta la sangre!

—¿Querrás decir con un pañuelo rojo? —Víctor se burlaba de su compañero—. Tú has escogido la parte más cómoda, bien situada entre los robustos muslos y los senos ondulantes...

—¡Estás exagerando! —se defendió Sayf tímidamente—. Además, ¿quién te ha dicho que yo quiero a esa Shirin?

—Pero sí que te gusta calentarme como a un león en celo sobre ese animal de pezuñas llamada Kira —dijo Víctor con una indignación divertida—. Lo mejor será que las convenzas a ambas para que bajen hasta nuestro estanque, y entonces veremos quién le gusta a quién.

—Eso no será tan fácil —lo aplacó Sayf de inmediato—. Seguramente recordarás que yo no sentía una particular simpatía por el Enviado después de que nos dejó tras encontrar al *sheik*. Pues ahora me parece todavía más autoritario y malhumorado... Husain ha traído la *da'wa*^[30] desde Alamut.

—¿Y eso qué es?

—Si lo entendí correctamente —admitió Sayf con franqueza—, debe de tratarse de una especie de orden que sumió a todo el castillo en una profunda consternación; algo terrible, de lo que nadie habla abiertamente, pero que flota sobre Masyaf como una oscura nube de pestilencia maligna...

—¿Es contagioso?! —preguntó Víctor, alarmado.

—Puede ser. —La información de Sayf no sonaba demasiado tranquilizadora.

—¿Y qué dice de ello tu honorable An-Nasir ad-Daula?

—A mí no me ha dicho nada, pero también él se siente inquieto... Al parecer, todo depende de la aceptación o el rechazo del noble señor y maestro...

—De modo que, entonces, ¿Sheik Sinan decide si os sometéis a esa *da'wa* u os enfrentáis a ella? —corroboró Víctor con interés.

—Sí —asintió Sayf con orgullo—. Nuestro destino está en sus justas manos. Él es amo y señor sobre nuestra vida y nuestra muerte. ¡Nosotros seguimos ciegamente la orden del gran maestro!

Víctor conocía esa suerte de énfasis en su amigo.

—Entonces deberías ocuparte de que antes podamos disfrutar juntos de la vida bañándonos en ese estanque... Llevaré a Melou.

—¡Pero, por favor, no traigas a los gemelos! —Sayf no hacía de su corazón un antro de asesinos.

—No hay ningún peligro —le explicó Víctor riendo—. Tienen miedo del agua.

*Informe del eunuco a su excelso señor y maestro,
Sheik Sinan*

No he podido leer la da'wa, ya que Husain ad-Din Marzuban, que todavía se hace llamar «el Enviado», insistió en entregároslo de inmediato a vos y sólo a vos. Al parecer, ésa era la misión que traía, aunque sospecho que ese hombre está en condiciones de interpretar una orden sólo en la medida en que su realización encaje en sus propios planes, ya que tampoco quiso darme información alguna sobre el contenido de la da'wa, y en nuestra fortaleza ya circulan, como un enjambre de mosquitos en una noche de verano, las más extravagantes suposiciones, temores y descabelladas expectativas sobre la forma y el alcance de la medida tomada en Alamut, una medida que en realidad nadie debería conocer. Sin embargo, ya se sabe: ¡no puede haber humo sin fuego! Y puesto que ese hirviente caldero de rumores tenía que tener alguna fuente de origen, me he permitido dar tema de conversación a la persona que me pareció más lógico: ¡una mujer, por supuesto! Se trata de la saida^[31] Tamara, la esposa de Husain ad-Din Marzuban, una cristiana georgiana convertida al islam. Por ella me enteré de las cosas terribles que vos, noble señor y maestro, ya sabéis, y que culminan con la supresión de la sha'ria^[32]. Ella me contó que en Alamut el imán introdujo la costumbre de no rezar con la cara vuelta hacia La Meca, sino el trasero; y que el adulterio ya no se castiga con la lapidación de la esposa infiel, sino al contrario, se hace una llamada a la felonía^[33], al abuso infantil y al incesto. Teniendo en cuenta que no puedo prohibirle nada a la esposa del Enviado, le imploré que no divulgara en voz alta nada sobre esos incidentes tan lamentables y de una aberración moral sin igual, pero tal vez lo haya hecho demasiado tarde. Esa Tamara no sólo es indiscreta, sino que me parece extremadamente entusiasmada con las posibilidades que se abren para ella aquí, en Masyaf, con el cumplimiento de la da'wa... Es libidinosa y lujuriosa como suelen serlo determinadas mujeres... y pienso en los muchos jóvenes fedayines que ahora, siguiendo su orden, noble señor y maestro, acuden en masa hasta aquí, con el corazón puro y llenos de ímpetu, dispuestos a entregar sus vidas por nuestra fe, a cambio de las promesas del paraíso, y entonces temo que mujeres insaciables como ella —¡de las cuales hay más de las que podemos imaginar!— puedan causar daños terribles, sólo porque la experiencia del placer carnal nahfadu Allah, (que Alá nos proteja), o aun si ese placer es ofrecido y reconocido como posibilidad real, pueda disminuir de un modo considerable la atracción del paraíso con sus

angelicales huríes, si es que no la deshacen del todo. Como vigilante de las flores más valiosas de vuestro jardín, ¡os ruego que hagáis valer claramente vuestra autoridad contra la incipiente ruina de las costumbres! Puede que esa da'wa tenga sentido en Persia; de lo contrario, el imán —¡que Dios bendiga sus intenciones!— no la hubiese introducido en Alamut. Pero aquí, en suelo sirio, inculcaría una imagen errónea de la doctrina y la transformación vital de los ismaelitas en el corazón de nuestros adeptos y en el mundo que nos rodea, ya sean los adeptos de la Sunna^[34] (¡que Alá los condene a quemarse en el infierno!) o de esos cristianos (¡que Alá les muestre el camino correcto hacia la verdadera fe o los destruya también!), todos proclamarían: «¡Mirad a esos hipócritas ismaelitas! ¡Son más perversos que cualquier demonio!». Masyaf necesita una palabra esclarecedora de su hujja^[35] sobre esa da'wa y su ferviente contenido, más peligroso de provocar incendios que el propio fuego de los griegos^[36], y que no puede admitirse más bajo nuestro techo.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Todavía no he conseguido reunir la deseada cifra de veintiuna huríes, pero otorgo un valor enorme a la noble figura y la belleza de las almas.

El agua del lago del barranco salpicaba y chocaba contra la orilla pedregosa, debido a la gran cantidad de jóvenes cuerpos que saltaban desde la roca. Los mozos, por su parte, lo hacían para mostrarse varoniles delante de las muchachas; y estas últimas, por el contrario, para ponerse a salvo de los primeros. Víctor no había conseguido ocultar a sus hermanos Gernot y Valerian la noticia del encuentro en el estanque. A los gemelos, que en realidad se sentían demasiado mayores para esos placeres infantiles, les llamaron la atención los misteriosos aspavientos de su hermano menor. Pero el hecho de conocer a Shirin y a su hermana Kira les hacía sentirse más que recompensados. Valerian, el más blando y más inteligente de los dos, se mantuvo instintivamente cerca de la tímida Shirin, pues de inmediato olió el peligro que emanaba de la exigente Kira. Sin embargo, Gernot, al que en realidad hubiesen atraído más bien las insinuantes y suaves curvas de la hermana mayor, se fijó, para bien o para mal, en Kira. De forma precipitada, con su manera de pensar tan simplona, creyó que la disposición de la joven para medirse con él en una competencia era su consentimiento para tocarla al menos bajo el agua. Cuando vio que no conseguía motivar a las hermanas para que hicieran lo mismo que Melou, que

en su condición de niña solía nadar todavía con los pechos al desnudo, Gernot intentó tocar a Kira protegiéndose en la oscuridad del profundo lago. Es cierto que él nadaba más deprisa que ella, gracias a sus potentes brazadas, pero en cuanto la joven se sumergió, no tuvo tiempo de rozarla ni siquiera con la punta de los dedos. Rodeando a aquel cateto como un delfín juguetero, ágil como un prestidigitador, ella se divertía a su costa, a sabiendas de que la tela que la cubría se pegaba a su cuerpo bajo el agua y hacía que todo se transparentara. Gernot gesticulaba como un loco con los brazos, pataleaba, hasta que la falta de aire le hacía salir de nuevo a la superficie, jadeante; mientras tanto, Kira emergía en otra parte y se mostraba indiferente. Su comportamiento provocó que Víctor y Sayf, que hasta entonces sólo se habían estado ocupando casi exclusivamente de Melou, se unieran más a la exitosa buceadora. A Víctor le parecía que Sayf había descrito a esa Kira de un modo insuficiente; y Sayf no quería en ningún modo dejar a la chica en manos del estúpido de Gernot. Y puesto que ambos eran diestros cazadores bajo el agua, el gemelo casi pasó por alto sus avances, pero no la siempre alerta Kira. No quería ser la presa de nadie tan fácilmente, y mucho menos de esos mozalbetes fisgones. Ella se sumergía cada vez más profundo, hasta que a ambos les retumbaba la cabeza. Se dieron media vuelta, derrotados, cuando Melou, de la que se habían apartado hacía poco, pasó junto a ellos en dirección a lo profundo, riendo irónicamente con su boca ancha y su melena rubia, casi blanca.

Su hermana tenía algo de medusa, o al menos eso le parecía a Víctor; esas criaturas cristalinas e ingravidas de largos tentáculos y aspecto tan frágil, pero a la vez tan peligrosas. ¡Bastaba una caricia para que la piel ardiera como el fuego! Pero entonces Sayf comenzó a preocuparse por el paradero de aquella ninfa de cabellos llameantes como serpientes. Miró a su alrededor con disimulo, escudriñando el lago y la orilla. No quería demostrarle a Víctor su temor creciente, pero fue este último, precisamente, quien le señaló de repente, como petrificado, la espuma de la cascada.

Detrás de la cortina perlada, estrechamente abrazadas, estaban la musculosa Kira y la delicada Melusina, mujer y niña, hechizada y hechicera una de otra al mismo tiempo.

En lo alto del lago, en el bastión más alejado, estaban el Enviado y su mujer, la *saida* Tamara, contemplando abajo el ajeteo de los niños. Desde allí arriba no podían ver los detalles —*alhamdulillah*^[37]!—, tal era la diferencia de altura, pero por lo menos Husain ad-Din Marzuban se mostraba algo interesado. No era consciente en ningún modo de lo que la *da'wa* traída por él a Masyaf había provocado en los corazones de sus hijas y de sus compañeros de juegos.

—Son futuras huríes del paraíso —le dijo en un gruñido a la *saida*—, deberían mantenerse alejadas de los chicos jóvenes. De lo contrario, perderían atractivo y encanto para nuestros fedayines.

—Hasta ahora habéis otorgado poco valor a ese asunto, Husain —respondió jadeante Tamara—. ¡Dejad crecer a Kira y a Shirin como dos jóvenes novias por las que cualquier hombre pudiera interesarse! ¡También se podría haber pensado en un matrimonio normal para ellas!

—¿Cómo es eso de que se «podría haber pensado»? —Husain se sentía inseguro—. ¡¿Acaso ya han perdido su virginidad?! —Husain se estremeció sólo de pensarlo, sintió cómo la rabia afloraba en él—. ¡A partir de ahora les prohibiré ir allí... —dijo señalando con el dedo índice hacia el barranco— y entregarse a tales diversiones!

Tamara consiguió dominarse.

—¡Al único que le corresponde disponer sobre el destino de las huríes del paraíso es al *kabir at-Tawashi*^[38] An-Nasir ad-Daula, el vigilante jefe del harén del noble *hujja*! —le respondió ella, finamente—. Ateneos a ello...

El Enviado se dio media vuelta de repente y emprendió el camino de regreso. La *saida* no tardó en seguirlo. Ella tenía en su poder la llave del corredor abierto hacia arriba a lo largo del muro del harén, más allá del edificio del pozo. A cualquiera que usara aquel pasillo se le vedaba igualmente cualquier mirada hacia el interior del paraíso, por eso el antepecho interior del muro eran tan alto. El acceso al bastión sólo estaba previsto en caso de guerra. En el futuro, no le permitiría a su esposo mirar tampoco hacia el lago.

Sayf se apresuró en ir hasta la orilla hacia la única roca plana sobre la que uno podía acomodarse. Allí ya estaban sentados los gemelos, que escuchaban los cuentos de horror que les narraba Shirin de Alamut.

—La *da'wa* también trajo como consecuencia que, alrededor de las aldeas, los hombres... —Shirin guardó silencio, turbada, cuando Sayf y Víctor se les unieron.

—¿Qué hacían los hombres? —dijo Valerian, exigiendo con atención que continuara con la historia.

—Les habrán enseñado a sus mujeres que en la propia casa el garrote... —vociferó Gernot, interponiéndose.

—¡Falso! —lo interrumpió Sayf con total acritud—. Y tampoco demasiado original. Lo gracioso no es hacerlo con la mujer de uno, sino con la del vecino...

—¡Fue aún peor! —dijo Shirin, indignada—. Los hijos... No, no quiero decirlo. —En ese momento se refugió en un tono de lamento.

—Los hijos se acostaron con sus madres... —dijo Kira, completando impasible la frase de su hermana—, o eran traídos por éstas a la cama. ¡Los padres montaron a sus hijas, las hermanas lo hacían con sus hermanos, todos se entregaban a la borrachera del vino como sufíes^[39] ebrios, fornicaban en público, como los perros en las calles, danzaban desnudos en torno a una fogata, aprovechando el ímpetu de sus instintos liberados!

Todos guardaron silencio, afectados, sólo Gernot agarró a Shirin e intentó atraerla hacia sí.

—¡Eso me gusta! —gimió con lascivia, pero la resuelta Kira lo golpeó con la rodilla en los genitales, de modo que Gernot soltó a la hermana reprimiendo un grito de dolor.

Valerian se había puesto en pie de un salto, y apartó de un empujón a su hermano gemelo, que de inmediato quiso arrojarse sobre aquella atrevida joven. Pero Gernot vio que todos estaban en su contra, y emprendió encolerizado el camino de regreso a Montmor.

—¿Os habíais imaginado algo así? —preguntó Víctor, estremecido, dirigiéndose a las dos hermanas—. ¡Jamás se ha visto cosa igual!

—¡Pues recuerda Sodoma y Gomorra! —replicó Kira en tono de burla, pero Valerian le respondió, exaltado.

—¡¿Entonces también sabrás lo que le sucedió a la mujer de Lot?! ¡Lo mismo te pasará a ti si tu boca sigue contando esas mentiras calumniosas!

—¿Y si es la verdad? —dijo Víctor, corrigiendo a su hermano mayor—. ¿Y si así estuviera escrito en la *da'wa* y mañana el *sheik* os lo ordena? —se dirigía ahora a Sayf y a las dos hermanas.

—¡En ese caso, lo haremos! —graznó desde el fondo Melou, que hasta ese momento había permanecido escuchando con los ojos resplandecientes—. Yo duermo a menudo con mi madre —añadió, nerviosa—, pero ¿qué es eso de «norficar»? ¿Es lo que hacen los perros cuando follan?

—¡Pues eso es! —respondió Kira, con lo cual minimizaba otras preguntas de la más pequeña. Y entonces Sayf acudió en su ayuda.

—No creo que nuestro noble señor y maestro, Sheik Sinan, tenga ninguna voluntad de dar rienda suelta a ese libertinaje contra natura.

—¿Y si es así? —le espetó Víctor a su amigo.

—En ese caso tendremos que... —Sayf incluía a Shirin y a Kira— obedecer su orden.

—Entonces, ¿tendré que «norficar» con mi querido «esperruyé», con Gernot, con Valerian y contigo? —Melusina no parecía muy entusiasmada con la perspectiva cuando se acomodó junto a su hermano Víctor—. ¿O también una puede desearlo?

—¡Puedes escogerlo! —la consoló la bondadosa Shirin—. ¡Y ahora, nos vamos! —le anunció enérgicamente a Valerian que, con esa noticia, quedó un poco perturbado—. ¡Las muchachas virtuosas como nosotras se deben al paraíso! —El codazo lo dirigió ahora a su hermana más joven, Kira, que lo aceptó de inmediato con cierto tono de burla.

—¡Sin embargo, las depravadas como yo podemos imaginar cosas más agradables!

Melou extendió los brazos hacia Sayf.

—Yo sé lo que deseo —le susurró, lo que a Víctor le provocó una punzada en el corazón; pero en ese mismo instante Kira cayó sobre él como un torbellino y lo besó en la boca; sin embargo, al momento, aquella joven salvaje había desaparecido.

La *saida* Tamara se encontraba en la habitación octogonal del eunuco, a quien la unía una amistad casi cómplice. A través de una de las rejas empotradas en el suelo, el *kabir at-Tawashi* observaba el regreso de aquellas ninfas del baño a sus aposentos.

—¿Os ha pedido el Enviado... —preguntó Tamara, refiriéndose a su marido— que otorguéis menos libertades a sus hijas?

La bondadosa bola de grasa sonrió con discreción.

—¡Le he respondido que esa plaga de lascivia llamada *da'wa* que él ha traído hasta aquí nos recomienda a los ismaelitas cosas muy distintas!

Con una sonrisa tonta en el rostro, el *kabir at-Tawashi* se dejó caer en uno de los cojines.

—También le pregunté si la «nueva proclamación» no valía para él y para los miembros de su familia.

—¡Pues ahora se está friendo en su propio aceite! —dijo la *saida* en tono divertido.

En realidad, An-Nasir hubiese querido hacerle algunos reproches a la imprudente Tamara, ya que había sido su indiscreción la que los había metido en problemas, no sólo a ella, sino también a él, al vigilante del harén, pero el frente común abierto contra el Enviado le había hecho desistir.

—Ese desenfreno, por lo visto bastante bien acogido, ya ha penetrado en el país hasta las aldeas de adeptos que nos rodean. Lo percibo porque cada vez son más las madres preocupadas que envían a sus hijas a Masyaf, pues, al parecer, ya ni siquiera existe seguridad dentro de sus propias casas.

—Y no lo dicen porque se avergüenzan —dijo la *saida* en tono triunfal—, sino porque son los hombres dentro de las propias familias quienes representan una amenaza para la inocencia de sus hijas. Estoy muy contenta de que aquí, en Masyaf, hayamos asegurado el harén con gruesas murallas; no obstante, una idea terrible me asalta durante la noche y no me deja dormir, ¡y es que la chispa de esa horrenda *da'wa* puede contagiar a nuestros jóvenes fedayines!

—¡Se produciría una revuelta, se amotinarían y asaltarían el paraíso a la fuerza! ¡Una pesadilla para este fiel servidor, a quien ha sido confiada la integridad del harén!

—Como habéis podido comprobar, la integridad de los hímenes de mis dos hijas puedo garantizarla yo misma.

—Con ellas habremos alcanzado la cifra de huríes estipulada para el paraíso...

Tamara abandonó la habitación contoneándose, y ya no pudo oír el resto de la frase que el eunuco dijo a sus espaldas:

—Y yo os emplearé como la gobernanta de la moral y el buen comportamiento... ¡y del cuidado del jardín!

Gernot y Valerian, borrachos por el vino de las barricas de su padre —los gemelos habían descubierto las reservas de Roger du Ferbac, celosamente guardadas en una mazmorra del sótano situado bajo el torreón—, se habían presentado en la puerta de Masyaf y exigido que llamaran a Shirin y a Kira. En un principio, los guardias, extrañados, quisieron espantar de allí a los dos borrachines, pero éstos enseguida hicieron ademán de armar camorra y gritaron a voz en cuello que las hijas de Husain eran sus prometidas. Los guardias llamaron entonces a la señora Tamara —el Enviado estaba fuera del castillo—, y ella les ordenó estrictamente que echaran a los mozos de allí y que, en caso de necesidad, usaran las armas para expulsarlos.

No mucho tiempo después de ese incidente, la señora Aziza oyó en el patio de Montmor un curioso canturreo proveniente de uno de los establos. Ella no quiso permitir que eso la estorbara en sus labores, razón por la cual terminó de limpiar con agua y una escoba la porquería del gallinero. Se trataba sin duda de los gemelos, sus dos hijos mayores. Se gritaban mutuamente, repitiendo siempre las mismas palabras: «*Da'wa, da'wa!*», como si intentaran animarse mientras realizaban un trabajo muy pesado. «*Da'wa, da'wa!*». Aziza sabía que ambos se abalanzaban en secreto sobre las barricas de vino de su marido, pero siempre hacía como si no se hubiese dado cuenta. Seguramente estarían otra vez borrachos, y no tenía ganas de enfrentarse a ellos en ese estado indigno.

En el interior del establo de las cabras estaba Melusina, sentada en el madero más alto del vallado mientras contemplaba a sus hermanos. Se había refugiado en ese punto elevado cuando los gemelos irrumpieron de repente en el establo, se abrieron las braguetas y se sacaron sus penes erectos. Acto seguido, comenzaron a acosar a la pequeña, bramando y riendo, mientras tomaban sus badajos con una mano y los hacían oscilar al grito de «*Da'wa, da'wa!*». Cada vez que Melusina intentaba ponerse a salvo de uno, el otro se interponía en su camino gritando «*Da'wa, da'wa!*», blandiendo a modo de broma su miembro y espantando a la chica ante la vista de la pieza que adornaba la entrepierna del gemelo. Melusina no sabía a ciencia cierta si aquello debía parecerle gracioso o amenazador. Pensó en la «norficación» de los perros, y no le pareció nada apetecible. Por eso había trepado ágilmente por el vallado, dejando a Gernot y a Valerian allí abajo, con sus colas en el puño, como si quisieran competir a ver quién se masturbaba más deprisa, dando voces de «*Da'wa, da'wa!*» entre risas y jadeos, cuando, de pronto, su madre entró en el establo. Aziza llevaba el cubo de agua en una mano y una escoba de ramas secas en la otra. Sólo se quedó petrificada por un momento, cuando se dio cuenta de cuál era la situación en la que se encontraba Melusina. En vista de que los gemelos, en el afán empleado en dar gritos para asustar a la pequeña Melusina, no se preocuparon lo más mínimo por la

presencia de la madre, Aziza agarró el cubo y vertió con gesto furioso su frío contenido en los genitales del hijo que se encontraba más próximo a ella, Valerian, que, cual perro mojado, miró hacia donde estaba Melou con ojos llenos de reproche, mientras Aziza ya había echado mano a la escoba y golpeaba el trasero de Gernot con las ramas. Entonces Melusina comenzó a reír a carcajadas, gritando también «*Da'wa, da'wa*», se deslizó de la viga donde estaba sentada y salió corriendo del establo. Valerian tenía los pantalones empapados y, abochornado, y metió su miembro flácido de nuevo en la bragueta. Gernot se puso a salvo de los golpes propinados con las ramas secas por la encolerizada Aziza saltando por encima del vallado y cayendo en medio de las cabras que balaban y se empujaban unas a otras. Aziza arrojó a un lado la escoba, salió al exterior y cerró la puerta del establo. Entonces pensó que era mejor no contarle nada a su esposo acerca del incidente y, preocupada, salió en busca de su hija pequeña.

—¡No quiero que me encierren donde los asesinos! —le gritó Melou a Víctor, su hermano preferido—. ¡¿Por qué tengo que pagar yo ahora porque los estúpidos gemelos hayan querido «norficar»?!

—Se dice «fornicar», y es una palabra indecente, son cosas que hacen los perros. —Víctor se esforzaba por apaciguar la furia de su pequeña hermana.

—¡Tu querida Kira lo dijo, y entonces pareció gustarte! —le respondió Melou—. ¡Yo no iré a Masyaf sólo por culpa de esa *da'wa*, algo peor que dos perros follando!

—¡Deberías avergonzarte!

—¿Y por qué siempre tengo que ser yo?

—Escucha, Melusina... —Víctor comprendió que por esa vía no llegaría muy lejos—. Allí vivirás en un jardín maravilloso, bajo palmeras y árboles florecidos que darán frutas jugosas y dulces dos veces al año, entre fuentes hechas de mármol y con olor a rosas, y además...

—¡Pero yo quiero bucear en nuestro lago, y soñar bajo el agua que soy una mariposa!

—Cuando seas hurí, no sólo podrás soñar con el paraíso cada vez que tengas ganas de hacerlo, sino que podrás vivir en medio de cascadas de hojas de flores...

—¿Y cuánto tiempo tendré que permanecer allí?

—Hasta que llegue un caballero, te alce en su caballo y te secuestre, llevándote a su castillo...

—¡Prefiero cabalgar yo misma! Además, Sayf dijo que él no se convertiría en caballero, sino en fedayín.

—¿Y acaso sabes lo que significa ser un fedayín?

—¡Oh, sí que lo sé! —gritó Melou con entusiasmo—. Son hombres jóvenes y osados que arriesgan su vida a causa de un gran amor, por añoranza del paraíso...

—¡Ya lo ves, Melou, como hurí tú serás el paraíso! ¡Te convertirás en la mariposa más bella de ese jardín lleno de flores!

Melusina hizo un esfuerzo para reflexionar.

—Sólo lo haré si tú vienes conmigo.

Víctor sintió una oleada de frío y calor al oír la propuesta.

—El paraíso está vedado para mí.

—¡Podrías convertirte en fedayín, entonces siempre estarías cerca de mí, y en mis sueños serías una mariposa, como yo!

Víctor guardó silencio; luchaba consigo mismo. Observó los ojos brillantes y enigmáticos de Melou, vio sus labios anchos y llenos ligeramente abiertos... todo en ese ser mágico lo atraía de un modo irresistible.

—Bien —dijo Víctor—, le pediré a Sayf que interceda por mí para que me acojan en Masyaf como fedayín.

Melou rodeó el cuello de su hermano con los brazos, le agarró cariñosamente el pelo y atrajo su cabeza hacia sí. Ella no le ofreció sus labios, lo besó como ninguna otra chica lo había besado jamás, ¡cómo quizá no volverían a besarlo nunca! Víctor se sentía todavía perturbado, pero Melou ya había salido a toda prisa del establo. Trastornado, recogió los huevos, que para eso Aziza los había enviado a él y a su hermana al gallinero. ¡De ese mismo modo había abrazado a Sayf! Víctor se juró no dar cabida a los celos que sentía de su amigo. Sólo alguien como Melou podía estar tan loca como para amar a dos hombres. «Ella es capaz de lograrlo», se dijo en un susurro, mientras buscaba entre la paja otros huevos recién puestos. Tal vez incluso era bueno que fuera Sayf y no otro.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Ha llegado a Masyaf, sin avisar, una delegación de los templarios: un grupo de veinte hombres con ocho caballeros de la orden bajo el mando de un joven comendador^[40] y sus portaestandartes. Los restantes eran turcopolos^[41]. Puesto que vos no deseabais ningún sobresalto y habéis permanecido invisible, habéis dejado el recibimiento y la negociación en manos del Enviado. Husain ad-Din Marzuban, por su parte, me pidió que lo acompañara y cubriese el acta protocolar. Yo me tomé la libertad de llevar conmigo a Sayf, mi hijo adoptivo, con la esperanza de verlo participar en una misión de honor. Debido a que la delegación de los templarios había aparecido portando el beauséant^[42], una señal del valor otorgado al carácter oficial de su misión, propuse que nuestra comparecencia se guiara por el impresionante ritual con el cual procuramos insuflar el miedo y el

terror sobre todo entre nuestros enemigos. Husain me dio toda la libertad, por tanto, ordené que lo primero que entrase en el salón de audiencias hacia el cual nuestro emisario había conducido a los huéspedes fuese una doble fila de nuestros fedayines. De los dos chicos que desfilaron en la delantera, uno llevaba consigo tres magníficas dagas como si fueran cirios consagrados. La hoja de cada una de esas dagas iba metida en la funda de la otra, con lo cual demostramos que, por cada asesino muerto en el cumplimiento de su misión, otro ocupará su lugar y que nadie puede escapar a la muerte ordenada por vos. El otro hombre que avanzaba en primera fila llevaba doblado en el brazo un paño de basto lino, a fin de recordar que la muerte que vos ordenáis es tan inevitable que el condenado sólo podrá verse a sí mismo como un cadáver viviente, el sudario como símbolo del período de tiempo restante entre el momento en que se extinga su vida y su sepelio. Hubiese deseado que Sayf asumiera el papel del primer fedayín y que así se familiarizase con sus misiones futuras, para lo cual hubiese preferido las dagas de la acción al paño blanco de la muerte. Pero el Enviado le negó ese honor diciendo que Sayf aún no había sido aceptado por vos en la comunidad de los fedayines y, por tanto, en su condición de rafiq^[43], todavía no le correspondía ese papel tan destacado. Sobre todo teniendo en cuenta que había otros fedayines aguardando con ansiedad poder cumplir esa misión, hombres que matarían por ocupar ese sitio de honor en la vanguardia. Para no despertar la mala sangre de sus camaradas, no insistí más en el asunto. Cuando las dos filas tomaron posición a derecha e izquierda de las paredes de la sala, entró en el recinto Husain ad-Din Marzuban, seguido de cuatro da'i^[44] más veteranos. En último lugar entré yo, vuestro fiel servidor. El Joven comendador, cuyo nombre es Robert de Béthune, se mostró impasible en el momento de ser presentado al Enviado, y comenzó las negociaciones leyendo las demandas de la orden de los templarios a la secta de los asesinos. El escrito, dirigido a vos, estaba supuestamente redactado por el propio gran maestro de la orden. A mí, en realidad, me cuesta imaginar que sea así, pues no contenía nada más que algunas exigencias banales como, por ejemplo, la de exigir a todos los asesinos sirios un impuesto de cuya recaudación, por ser vuestra sede, noble señor y maestro, se encargaría la fortaleza de Masyaf. Con frases extremadamente arrogantes se describían a continuación las sanciones que tendríamos que sufrir en caso de no pagar el tributo regular y puntualmente ante el tesorero de Tortosa, como garantía de lo cual se prevé la captura de rehenes de vuestro entorno familiar más cercano. ¡A todo eso le llamaban un amistoso acuerdo de protección!

En ese momento se demostró cuán sabio fue por vuestra parte no comparecer ante esos templarios mal educados y arrogantes, pues eso puso

al Enviado ante la situación de mostrarse en extremo amable y servicial, y hasta un poco agradecido por la merced a nosotros concedida. Husain pudo prometerles con celeridad y contención que os presentaría la generosa oferta inmediatamente después de vuestro regreso, con lo cual consiguió transmitir la impresión de que no le costaría absolutamente ningún esfuerzo convencerlos de las ventajas de un pacto de amistad de tal índole. No podría juzgar si el joven comendador creyó o no esto último. Robert de Béthune, por más señas, comandante de la fortaleza de los templarios en Safita, es el tipo de normando de nariz demasiado larga, ojos azul claro como el agua que irradian poco más que una infinita crueldad, cara de caballo con colmillos salientes, pelo rubio revuelto y voz nasal. Se trata del hijo de una de esas primeras familias de cruzados que ven Siria como una tierra heredada, y a la población nativa como a la suya propia; es de los que consideran que una comunidad de fe como la nuestra es un mal molesto del cual —gracias a nuestra especialidad tristemente célebre— podrían servirse en una ocasión apropiada, pero al que hasta ese momento es preciso exprimir como a una naranja.

Después de esta jugada de Husain, en la cual habéis guiado seguramente la mano y el espíritu del Enviado, al comendador no le quedó más remedio que emprender la retirada. Lo hizo con la promesa de volver, quizá con una delegación más numerosa, ocasión en la cual esperaba encontraros personalmente para que pudieran sellar el acuerdo, dicho lo cual se marcharon orgullosos sobre sus cabalgaduras.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Ahora cabe reflexionar sobre las fuerzas con las que podríamos aliarnos, unas fuerzas capaces de protegernos de un eventual ataque de los templarios y para las que, por otra parte, una alianza con nosotros conlleve un interés equivalente. Excluidos quedan los caballeros hospitalarios de la Orden de San Juan, pues con ellos iríamos a peor, pasaríamos del depósito de agua de lluvia al desagüe de una cisterna.

MAGISTER VENERABILIS

LA SOLITARIA fortaleza se hallaba en medio de un desierto de peñones apilados en la región situada encima del mar Muerto. Su silueta tampoco podía distinguirse desde el sinuoso sendero que se extendía a todo lo largo del declive que se encontraba junto a aquel lago de agua salada, de aspecto tan pesado como el plomo, ya que las piedras de sus muros se habían adaptado al entorno como la piel de un camaleón. Alrededor predominaba el silencio de un calor sofocante que no admitía sonido alguno, como el zumbido de las abejas o el canto de las aves. También en silencio estaba el patio del alcázar con sus losas de piedra; en la fortaleza no parecía haber ni una alma, hasta que en las pasarelas ubicadas en los adarves de las murallas aparecieron algunos guardias y se apostaron entre las almenas, como estatuas con la vista clavada en la región desierta situada a sus pies. Todos tenían sus espaldas acorazadas vueltas hacia el patio, cuando de pronto se abrió una puerta y nueve hombres salieron en una larga fila que atravesó la plaza cuadrada en silencio, bajaron por una escalera que había en uno de los extremos y desaparecieron en las oscuras profundidades del sótano abovedado a través de una arcada. Todos llevaban atuendos blancos, con largos mantos que culminaban en unas capuchas altas y puntiagudas, únicamente interrumpidas por las negras ranuras de los ojos. Sólo los dos últimos hombres de la fila iban con la cabeza descubierta. Eran Robert de Béthune, el comendador de los templarios... y Husain ad-Din Marzuban, el Enviado.

La persona que inició la sesión de encapuchados blancos en aquella sala abovedada redonda y baja no se distinguía en nada de los otros, ni por su estatura ni por ninguna insignia especial. Lo único que, a lo sumo, llamaba la atención, era su sonora y desagradable voz metálica.

—El priorato de Santa Magdalena^[45] se ha reunido hoy —comenzó diciendo aquel hombre, apenas el círculo hubo tomado asiento en el arco exterior de una mesa de piedra en forma de media luna—, pues me cabe el honor, en mi condición de vuestro maestro, de presentaros a dos nuevos miembros de nuestra hermandad, los cuales han sido elegidos por el «círculo íntimo». —Él mismo estaba sentado en el centro de la hoz, flanqueado por el templario y por Husain—. Robert de Béthune es comendador de la Orden del Temple en Tortosa —continuó, señalando al hombre al que hacía referencia con un breve movimiento de la mano—. Husain ad-Din Marzuban, por su parte, ocupa el segundo rango más alto en la comunidad de los asesinos sirios. —El Enviado se identificó a sí mismo con una ligera inclinación de cabeza, y el *magister venerabilis*^[46] continuó de forma rutinaria—: Lo que tenemos que discutir en esta ocasión lo analizaré con estos dos caballeros en privado, de modo que no necesitamos más vuestra presencia —añadió, impasible, y esperó a que los

presentes, exhortados de ese modo a abandonar la sala, se pusieron en pie y se retiraron guardando el mismo silencio con el que habían entrado. Ni siquiera les dedicó una última mirada, sino que emitió un suspiro de alivio que daba a entender claramente lo molesto que le resultaba cumplir con esa obligación—. Estoy satisfecho —dijo entonces en un tono más relajado, que hacía más soportable su voz metálica— de que el hermano Husain haya respondido de inmediato a mi llamada para acudir aquí.

—El *beauséant* del hermano Robert me mostró vuestro anillo secreto, el de la «virgen negra»... y aquí me tiene ante vos, como acordamos, transcurrido exactamente el mes de plazo —respondió el Enviado con un inconfundible tono de orgullo.

—Pero eso no significa, querido hermano Husain —en lugar de responder quien hasta entonces había presidido la ceremonia, esta vez hablaba el templario, que hasta ese momento había seguido el procedimiento con el rostro impasible—, que la exigencia hecha a vos, los asesinos de Masyaf, por parte de mi orden no valga nada; lo dicho sigue vigente, y el color de la piel de «Nuestra Amada Virgen» no deroga nada.

—¡La respuesta os la dará el noble *hujja* cuando él lo estime conveniente! —ladró el Enviado en respuesta, indignado por la desvergonzada arrogancia del templario.

—¡Queridos hermanos! —dijo el *magister venerabilis* en un esfuerzo por aplacar la disputa que estaba a punto de iniciarse—. ¡Os ruego que mantengáis fuera del propósito común que nos ha unido las confrontaciones de vuestras respectivas órdenes! ¡No estáis aquí sentados como sus representantes, sino como *electi*, personas elegidas sobre las que recaerá una tarea mucho mayor!

El templario se tragó la reprimenda y volvió a adoptar cierta expresión de arrogancia que podía ser entendida erróneamente como una sonrisa. Husain, sin embargo, se levantó de un salto; estaba furioso.

—¡Yo estoy aquí como visir del *sheik* de todos los asesinos del país! —dijo, y dirigió una mirada fulminante al encapuchado—. Me correspondería el grado de senescal^[47], o por lo menos el de mariscal^[48] de una orden de caballeros...

Una vez más, Robert de Béthune usurpó el turno para responder.

—¡Como vos mismo habéis dicho, para vos sólo cuenta la palabra de Sinan! ¡Yo, en cambio, tengo voto en el *capitulum*^[49]!

—*Silentium*^[50]! ¡Señores míos! —tronó esta vez la voz del encapuchado, como las trompetas de Jericó—. ¡Cada uno de vos ocupará el lugar que el priorato os adjudique! ¡Vuestra intervención se limita a mostraros dignos de ello! —El encapuchado les dejó tiempo para que reflexionaran sobre la amenaza velada que acababa de hacerles. En vista de que ambos guardaron silencio, retomó el hilo de su discurso con voz obsequiosa—: Ahora veamos en más detalle nuestro *opus magnum*^[51], el proyecto secreto del priorato: la creación de un Estado independiente en forma de orden que incluya al islam y al cristianismo...

—¡Sin judíos! —ladró Robert, interrumpiendo la exposición del encapuchado, que pasó por alto el reparo.

—... y que permita a todos sus miembros, bajo el patronato de su respectiva deidad protectora, el libre despliegue de energías vitales de cada fe individual...

—Eso es aún peor que la doctrina de los infieles, es una herejía impía la que vos... —protestó el Enviado, con tal vehemencia que perdió la voz.

—¡¿Acaso vos, los ismaelitas, no pretendíais convertirlos al cristianismo?! — lanzó el templario en medio de aquella sofocación general, pero Husain se recompuso enseguida.

—¿Y qué pasa cuando vuestra Orden del Temple se somete por ello a las promesas del «imán oculto»?

—¡Dejad las cuestiones religiosas a los sabios del priorato! —les reprendió con asombrosa suavidad el *magister venerabilis*, oculto bajo su capucha—. ¡Se trata del poder, del poder terrenal! Lo que se espera de nosotros es que creemos las condiciones territoriales...

—¡Empezando por el territorio que los asesinos de Masyaf consideran su ámbito de poder! —acotó Robert de Béthune en tono provocador, dispuesto a atajar la respuesta del Enviado.

—¡En ese caso, Safita y Tortosa serían las primeras garantías que vuestra orden nos debería!

La sonora risa del encapuchado hizo callar a ambos.

—¡Hermanos míos! —lamentó aquella voz, que normalmente no dejaba entrever ningún sentimiento—. Todavía os quedan muchas oportunidades de haceros sangrar las narices antes de que comprendáis que el camino trazado por el priorato es el sendero de la luz y, a la larga, constituye la senda inevitable. ¡En lo que respecta a vuestras personas, ya habéis emprendido ese camino y no podéis volver atrás! —su voz cobró un tono severo y un frío glacial recorrió el recinto abovedado—. ¡El priorato no prevé la dimisión de ninguno de sus miembros, sólo su muerte! —Tras decir esto, el encapuchado se levantó y abandonó el recinto.

Enfundado en un atuendo sencillo, Sayf condujo a Víctor arriba, en dirección a la fortaleza de los asesinos, para que fuera acogido allí como *rafiq* por parte de la comunidad de los ismaelitas creyentes. Pero ya en el propio portón de entrada a Masyaf, ambos fueron recibidos por dos fedayines enviados por Husain que les hicieron saber que Sheik Sinan no tenía tiempo en ese momento para efectuar el acto de iniciación previsto, sobre todo teniendo en cuenta que, en el caso de un cristiano, ello requería una verificación especial. A Víctor du Ferbac se le permitiría permanecer en el castillo de Masyaf en condición de *mustajib*^[52], el rango inferior de un candidato, hasta que el *hujja* decidiera. Víctor no se dejó amilanar por el frío recibimiento y ocupó un alojamiento junto a Sayf con el firme propósito de someterse

a las pruebas exigidas. El único que lo recibió con amabilidad fue el eunuco, An-Nasir ad-Daula, el padre adoptivo de su amigo, que intentó explicar al decepcionado aspirante que en ese momento el noble señor y maestro tenía otras preocupaciones, aunque dejó entrever que, para él, la supuesta actitud de rechazo o de vanas promesas de Sheik Sinan era una arbitrariedad del Enviado.

De ese modo, los dos amigos comenzaron a vivir muy cerca del *kabir at-Tawashi*, el vigilante del harén. Conocían sus aposentos, decorados con gusto exquisito, recibían permiso para estudiar los escritos de los ismaelitas en su amplia biblioteca, ya que había un punto en que el eunuco daba la razón a su oponente, Husain ad-Din Marzuban, y era que, en su condición de cristiano, Víctor tenía que adquirir aún muchos conocimientos y estudiar algunas cosas antes de efectuar su conversión no sólo al islam tradicional, sino a la doctrina bastante específica y en muchos sentidos hereje de la *shiat*^[53], y en particular, debía despertar la credibilidad entre los ismaelitas.

—En Alamut están furiosos debido a la actitud vacilante de Sheik Sinan a la hora de introducir la *da'wa* en Siria y de imponerla acorde con lo dispuesto —les confió el eunuco a sus dos protegidos—; ¡el imán, el jefe de todos los ismaelitas, ve en esta negativa una insubordinación que él no quiere ni puede tolerar!

—¿Y cómo pretende obligar a Sheik Sinan a seguir un mandamiento de esa índole, que va contra toda moral? —dijo, indignado, Sayf.

—Va contra la moral que nos enseña el profeta^[54] y que está escrita en el Corán —dijo Víctor, diligente, con el propósito de demostrarle a su mentor que ya conocía muy bien algunos elementos esenciales del islam. El eunuco hizo un gesto silencioso de aprobación—. ¿Es ésa la preocupación que agobia a nuestro noble señor y maestro?

An-Nasir asintió, afligido.

Ambos amigos tenían acceso ilimitado a todos los recintos del castillo, salvo al gabinete de trabajo del vigilante, una habitación situada encima del harén, que se adentraba en el paraíso como la proa de un barco. Sayf y Víctor aprovechaban la libertad de la que gozaban para explorar Masyaf en cada uno de sus rincones, pasadizos subterráneos y escaleras ocultas. Pero no les era posible echar ni siquiera una ojeada en el jardín del paraíso desde ningún punto. Víctor, sin embargo, tenía un enorme interés en dar una señal a Melou para que supiera que él había cumplido su promesa. Tampoco encontraron ninguna huella desde el corredor secreto que, supuestamente, se extendía desde el observatorio del *sheik* hasta el edificio del pozo situado bajo la fortaleza... Sin embargo, ambos sabían que ese corredor debía de existir, pues habían visto con sus propios ojos la puerta de hierro detrás de la cual acababa ese pasillo. Por lo demás, ambos se esforzaban por conocer en Masyaf a sus futuros compañeros, los *rafiq*, para que éstos no los consideraran unos intrusos privilegiados. Pronto conocieron los rostros de todos y cada uno de los fedayines reunidos en Masyaf.

En sus excursiones, Víctor y Sayf no consiguieron acercarse ni una sola vez a la zona que rodeaba a la Torre de los Ojos del Cielo, como llamaban comúnmente los fedayines al observatorio. Era como si hubiera un círculo maldito invisible alrededor de la sede del *hujja*: apenas uno pisaba el amplio corredor que conducía a los aposentos del *sheik*, se interponían unos guardias que impedían el avance a cualquier persona. En una ocasión, los amigos vieron cómo fueron rechazados con rudeza dos fedayines que lo habían intentado sin sospechar nada. Se decía que esos guardias dejarían libre el camino sólo si el propio *hujja* en persona así lo exigía. Una invitación de esa índole la transmitían únicamente sus ayudas de cámara, y ellos mismos eran los encargados de ir a buscar al visitante y conducirlo hasta el final. Aquellos dos fedayines debían de haber llegado recientemente a Masyaf, ya que Víctor y Sayf jamás los habían visto antes en la fortaleza. Puesto que siempre andaban juntos y mantenían cierta distancia respecto a los otros *rafiq*, quizá porque se encontraban en una situación parecida a la de los dos amigos, buscaron entablar conversación con ellos. Ambos eran bastante parcos en palabras en lo referente a la información que aportaban sobre sí mismos, pero a Sayf le llamó la atención que ninguna de sus palabras pusiera de manifiesto el más mínimo interés por el paraíso o sus huríes. Por lo general, ése era el único tema que daba alas a la imaginación de cualquier *rafiq* y cuya materialización era esperada por todos con ansiedad: echar un vistazo en el paraíso, la promesa manifiesta, si bien inexpresada, de una hurí celestial, exhortaba a los fedayines a pasar a la acción que se le había ordenado con el ánimo alegre.

—¡Un fedayín que ha crecido en la castidad no puede tener tal grado de madurez en los aspectos sexuales! —se asombraba Víctor.

—A menos que en Qadmus, de donde vienen los dos, sea más fácil tener mujeres —respondió Sayf con una sonrisa.

—¿Qadmus?

Víctor recordó de repente la escena, hacía mucho tiempo olvidada, vivida en aquella fortaleza de asesinos situada en el norte; una figura extraña para él, pero dotada por lo visto de la máxima autoridad, que obligó a dos fedayines a jurar la comisión de un asesinato que de inmediato llevaron a cabo. ¿O acaso no fue ésa la verdadera misión, sino una prueba de aptitudes? Entonces, ¿la misión real estaba todavía por hacer? ¿Contra quién? Víctor se mordió la lengua. Si ahora esos dos fedayines aparecían justamente allí, eso sólo le provocaba una sensación de sospecha en el estómago.

—O quizá son realmente dos tipos de rompe y rasga, ante quienes todas las mujeres se convierten en presa fácil —dijo Sayf, concluyendo su idea.

Víctor asintió en silencio. Decidió no hacer partícipe a Sayf de sus sospechas, pero los ojos penetrantes del hombre que había impartido aquella orden lo persiguieron durante el resto del día.

Sólo varios días después Víctor y Sayf tropezaron con los dos extranjeros, que esta vez les comunicaron espontánea y casi indiscretamente que ese día serían recibidos por el propio *hujja*, el gran Sheik Sinan, y que depositarían en su mano el juramento que los consagraba como fedayines, pues hasta ese momento no eran más que los habituales *mustajib* a la espera, al igual que Víctor y Sayf. Disgustado por tal preferencia, Sayf les preguntó qué les había proporcionado ese honor por delante de todos los demás. De ese modo, los amigos se enteraron de que ambos forasteros se habían ofrecido para despachar al otro mundo al gran maestro de la Orden del Temple. Esa perspectiva inesperada hizo que el honorable Husain ad-Din Marzuban les consiguiera la tan deseada audiencia con Sheik Sinan, pues si algo deseaban los dos con ansiedad era recibir las dagas personalmente de las propias manos del *sheik*. Después de esa solícita información, los dos forasteros se marcharon llenos de alegre excitación.

No obstante, Víctor tenía aún clavada aquella espina de malestar. Los dos amigos se dirigieron al eunuco y le comunicaron a éste sus observaciones y sus sospechas: le hablaron del llamativo desdén de ambos jóvenes por el paraíso y la indiferencia mostrada hacia las huríes; también le dijeron que jamás habían deseado saber nada sobre la misteriosa cerradura, ¡mucho menos, atreverse a echar un vistazo a través de ella!

—¡Algo se traen entre manos! —dijo Víctor, que todavía estaba inseguro sobre si debía o no expresar su tremenda sospecha.

El eunuco no quiso dar crédito a su confusa historia, pero cuando oyó que el Enviado había tomado cartas en el asunto, se dirigió —todavía un poco en contra de su voluntad y con el temor de quedar en ridículo— en compañía de sus dos protegidos hacia donde se encontraban los guardias que custodiaban el paso a través del gran corredor de acceso a los aposentos de Sheik Sinan. Los sirvientes ya habían salido en busca de los dos jóvenes descritos.

—Allí van —le dijo el capitán de la guardia, un *da'i* de pelo cano al servicio directo del *sheik*, señalando al fondo del pasillo.

Incitado por su hijo adoptivo, An-Nasir consiguió que los guardias fueran a por los dos jóvenes y los trajeran de vuelta para practicarles un cacheo que no se había realizado en su momento. Bajo la enérgica protesta de los dos mozos vestidos solemnemente para la ocasión, ambos fueron arrastrados hasta el local de la guardia, mientras los sirvientes del *sheik* manifestaban en voz alta su desagrado sobre las suposiciones del eunuco. Pero entonces el capitán de la guardia también insistió en un registro minucioso de la vestimenta de los quizá injustamente sospechosos: los arrojaron al suelo, y las manos de los guardias descubrieron en ambos unas dagas de doble filo fijadas tan hábilmente en la parte interior de los muslos que el mango podía parecer una parte del órgano sexual. Encadenaron a los dos forasteros y los

entregaron a Husain ad-Din Marzuban, a quien habían mandado llamar y se había presentado en el sitio con una rapidez asombrosa. Con un gesto imperceptible, Husain hizo que sus hombres se llevaran a los dos jóvenes, y entonces su mirada se posó en Víctor, que vio los mismos ojos punzantes que lo habían mirado fijamente aquel día en Qadmus.

El *sheik* ordenó a sus sirvientes que llevaran junto a él a los dos *mustajib* Sayf y Víctor. Los recibió en una sobria habitación sin ventanas situada en la Torre de los Ojos del Cielo, en la que sólo unas curiosas troneras dejaban pasar la luz del día. Después de subir aquellos imponentes escalones, Víctor estimó que la habitación redonda debía de encontrarse en la sección central del observatorio. El *sheik* estaba sentado detrás de su escritorio, en un sillón con un respaldo muy alto, y observaba en especial a Víctor con unos ojos penetrantes que a la vez irradiaban una bondad infinita; Sayf ya lo conocía, si bien su encuentro durante la «salida de lo oculto» se remontaba varios años atrás.

—Víctor... ya sabrás, seguramente con orgullo, lo que significa tu nombre: ¡el victorioso! ¡En árabe sería al-Mansur! ¡Ése será a partir de ahora tu nombre como fedayín! —El *sheik* hablaba pausada y claramente, como si no quisiera decir una palabra de más. Con un breve movimiento de la mano les hizo señas para que se acercaran.

»Os acogeré a ambos en nuestra comunidad; a ti, y también al hijo de mi fiel An-Nasir, que se lo ha ganado. Puesto que ambos habéis mostrado vuestra manera de pensar inteligente y el buen criterio de vuestras acciones, os pondré directamente bajo mis órdenes. —Había pronunciado estas últimas palabras justo cuando el Enviado entraba en la habitación. Su rostro se ensombreció cuando tuvo que oír el favor especial que el *sheik* otorgaba a los dos fedayines al concederles esa distinción. Una sonrisa socarrona surcó el rostro del venerable *hujja*.

»¡Ahora, podéis iros! —dijo dirigiéndose a los dos nuevos acogidos, y Sayf y al-Mansur abandonaron la habitación radiantes, después de una breve reverencia.

El pesado eunuco entró en el gabinete de trabajo del *sheik* justamente cuando este último formulaba al Enviado la siguiente pregunta:

—¿Qué intenciones tenían esos dos chicos al querer presentarse ante mí con dos dagas tan bien ocultas? —Sinan irradiaba una tranquilidad indiferente al hacer la pregunta, sólo Husain parecía enfadado con la entrada de An-Nasir. Intentó en vano ignorarlo, mientras que Sinan tomaba nota de la llegada del eunuco con una breve inclinación de cabeza.

—¡Han confesado que los enviaron desde Alamut con la misión de mataros, noble *hujja*! ¡Todo en castigo por su retraso en hacer valer la *da'wa* como se le ha

ordenado!

—Quiero hablar con esos hombres —dijo el *sheik*.

—Eso ya no será posible —respondió Husain, haciendo un esfuerzo visible por parecer indiferente también—; cumpliendo mis órdenes, los han arrojado desde las murallas.

El *sheik* lo miró, pensativo. Entonces dijo:

—Puedes retirarte, Husain ad-Din Marzuban. No te necesito más por hoy.

Cuando se quedaron solos, Sinan le rogó al eunuco que tomara asiento y salió de su sitio detrás del escritorio para sentarse junto a él.

—Me has exhortado en reiteradas ocasiones para que adopte una postura clara con respecto a la *da'wa*, a fin de evitar, o al menos aplacar, ciertos excesos engorrosos —el *sheik* hablaba con prudencia y se tomaba su tiempo—; y tú te has asombrado, y quizá hasta dudado de mí, mi fiel An-Nasir, por el hecho de que me haya envuelto en el mutismo. —Miró abiertamente el rostro de su interlocutor, con sus innumerables arrugas provocadas por la vejez y los ojos despiertos de quien ha mantenido un corazón joven—. Las conclusiones sacadas de todo ello por ciertas personas débiles que no han sabido comportarse ante las libertades supuestamente nuevas de la *da'wa* no revelan en ningún modo el núcleo esencial de la misma. La derogación de la rígida ley de la *sha'ria* es sólo la consecuencia inevitable de un osado proyecto de nuestro imán Muhamed Hasan de Alamut. —Sinan tomó de la mano a su confidente para llevarlo por la línea de pensamiento de la instancia superior de todos los ismaelitas—. La *da'wa* que me ha traído el Enviado contiene en clave la noticia de la resurrección, de la reencarnación del desaparecido imán por el que llevamos esperando tanto tiempo.

—¿Quiere decir eso que ha comenzado la época de la dicha eterna, la que precede al regreso del imán? —preguntó An-Nasir.

—Más bien se trata de una falsa exposición del concepto de felicidad eterna —respondió Sinan. El eunuco se esforzaba en mostrarse digno del honor y la confianza que el *sheik* le demostraba al aguardar en silencio—. En la actualidad, Muhamed Hasan ha vuelto a abandonarnos —Sinan bajó la voz con respeto—, y su sustituto ha heredado su proclamación sin haber comprendido el significado verdadero de la misma, sin saber a ciencia cierta qué hacer con ella; por tanto, la ha degradado a esos aspectos exteriores que tú conoces tan bien.

—¡Dios mío! —suspiró el eunuco, superado por la información que ahora se vertía sobre él como un torrente.

—Con ello, más tarde o más temprano, se tergiversará el mensaje verdadero de la *da'wa*, pero también puede suceder que esos malentendidos sean divulgados y llevados por todo el país por personas no iniciadas o por estúpidos ignorantes. Ya verás cómo el dar la espalda a La Meca y la propagación de la inmoralidad irán disminuyendo pronto por sí solas y desaparecerán finalmente del todo. ¡Por eso he

guardado silencio! —dijo el *sheik*, y su mirada recorrió las troneras situadas en lo alto, escudriñando el cielo de la noche.

—¿Y qué haremos nosotros ahora? —preguntó An-Nasir, demostrando que a fin de cuentas no era capaz de seguir los pensamientos de su noble señor y maestro.

El *sheik* sonrió.

—Esperar a que el imán oculto regrese de nuevo y de forma definitiva; ¡él nos guiará por fin para salir de este valle de tinieblas hacia las iluminadas alturas de la montaña de la luz!

El eunuco asintió.

—Entonces la *da'wa*, si lo he entendido bien, ¿es una promesa?

—¡Ella sigue siendo, en primer lugar, nuestra esperanza, pero al mismo tiempo es también nuestro flagelo! —dijo Sinan, poniéndose en pie: la señal para que el eunuco dijera adiós, con una breve reverencia, a la Torre de los Ojos del Cielo.

EL ILUSIONISTA



EL ASNO NO ES UN ASNO

GERNOT y Valerian aparecieron frente a las puertas de Masyaf exigiendo urgentemente ver a su hermano Víctor. Los guardias los condujeron ante Husain ad-Din Marzuban, quien fue el primero en indicarles con cierto tono sarcástico que ahora Víctor llevaba el nombre de al-Mansur y que, en su condición de fedayín, estaba sujeto a las normas de la secta, razón por la cual no siempre estaba disponible para hablar con cualquiera al arbitrio de cada uno.

—Esa... —«Esa ignominia» era la frase que Gernot tenía en la punta de la lengua, pero que reprimió por evitar cualquier afrenta delante del Enviado, que estaba de pie ante ellos en una actitud que infundía temor—. ¡Esa información ya ha llegado hasta nuestros oídos! —respondió en tono pertinaz—; pero se trata de...

—¡Nuestro padre, el suyo...! —lo interrumpió Valerian, nervioso—. ¡Yace moribundo y reclama ver a su hijo menor por última vez!

Tales palabras no dejaron de causar impresión en el Enviado, que mandó a un criado que trajera al joven cuya presencia se reclamaba. Al-Mansur apareció, asombrado y receloso a un tiempo al ver a los gemelos en Masyaf en compañía de una persona tan temida y de la que esperaba cierta predisposición hacia él. Hasta ese momento, Husain no había dado a entender con palabra alguna que reconocía en al-Mansur al joven de ojos estupefactos a quien había mirado en Qadmus. El chico por entonces llamado Víctor había sido un testigo poco oportuno, y ahora al-Mansur debería estar alerta. Pero cuando este último oyó por boca de Valerian que su padre luchaba con la muerte, la noticia lo afectó como un mazazo. Se sintió profundamente perturbado, y le pareció que la rabia se apoderaba de él cuando Husain comenzó a poner objeciones sin mostrar compasión alguna. El recién llegado Sayf se dio cuenta enseguida del sufrimiento por el que estaba atravesando su amigo.

—¡Yo respondo de él!

Ni el Enviado ni los gemelos prestaron atención alguna a tal oferta. El Enviado, por su parte, que sí percibía con goce la rabia apenas contenida de ambos amigos, transigió:

—¡Muy bien, acepto esa garantía, y espero su regreso a Masyaf antes de la puesta de sol!

Con esas palabras, el vástago más joven del caballero Roger du Ferbac recibió su permiso y abandonó la fortaleza de los asesinos con la cabeza gacha. Caminaba deprisa detrás de sus hermanos.

—¿Y Melou? —les preguntó, pero Valerian negó con la cabeza.

—¡Una inquilina del harén jamás puede abandonarlo! —le dijo, pero sus palabras sonaron en los oídos de al-Mansur como un reproche, si bien habían sido ellos, los gemelos, los que habían provocado que su hermana terminara sus días allí.

—¡Nuestro padre amaba a Melou —insistió—, y seguramente a ella le habría gustado abrazar por última vez a su amado «esperruyé»!

—¡Eso deberíais haberlo pensado antes! —resopló Gernot—. ¡Tú y mamá! Alcanzaron Montmor a paso rápido.

—¡Tu padre te espera en su capilla! —le gritó Gernot a su hermano, que se adelantó impetuosamente, corrió desesperado a través del patio cubierto de barro y abrió de golpe la puerta del cobertizo que Roger se había acondicionado como lugar de oración.

Entonces, a la luz de los cirios, vio al supuesto enfermo de muerte arrodillado en su banco de oraciones frente al altar. Antes de que pudiera abordarlo, la puerta se cerró de golpe tras él y unas manos fuertes lo agarraron, le sostuvieron las manos a la espalda y encadenaron al joven, que se había quedado sin palabras a causa del miedo. Los siervos lo arrastraron y lo llevaron delante de su padre.

Roger du Ferbac ni siquiera se dignó mirar a su vástago más joven, tampoco se puso de pie.

—¿Creíste acaso que permitiría que mi hijo se convirtiera en un asesino?! —murmuró de un modo casi incomprensible. Al-Mansur se mordió la lengua, negándose a responder a su padre—. ¡Lleváoslo de aquí! —gruñó el caballero, y sus dóciles lacayos arrastraron a su víctima fuera de la capilla.

Una anciana mujer subía con paso cansado el empinado camino que llevaba hasta la fortaleza de los asesinos. Vestía ropas sencillas, como las campesinas de los alrededores. Un pañuelo en la cabeza y un *hidjab*^[55] ocultaban su rostro. Aziza había envejecido de la noche a la mañana desde el momento en que fue testigo de la manera en que había actuado su marido, el Monje, con su hijo Víctor, el más joven de todos. De nada sirvieron los ruegos y las súplicas, se lo arrebataron de sus manos y lo metieron en una caja de basta confección, como las usadas para transportar a los cerdos al mercado.

Una vez llegada a la cima, les pidió a los guardias de la entrada que la llevaran ante el honorable An-Nasir ad-Daula, el vigilante del harén. Los guardias accedieron a su ruego y la dejaron en manos de Timdal. Con pocas palabras, Aziza le contó al moro la historia, y ésta provocó tal alarma en aquel hombre bajito que el criado la acompañó sin demora hacia el lugar donde se encontraba su maestro An-Nasir. Ya el eunuco había temido la inminencia de algún acontecimiento grave cuando Sayf le contó la sorprendente visita de los gemelos a Masyaf, y sobre todo cuando, poco después, los fedayines enviados por Husain acudieron en busca de su hijo adoptivo; entonces comprendió que se había puesto en marcha un complot en su contra. El mensaje del Enviado despejó sus últimas dudas: Sayf se había ofrecido en garantía por su amigo al-Mansur, que no había regresado esa noche de Montmor, tal y como habían acordado, por tanto, él se veía obligado a tomar la palabra a Sayf y hacerle

cumplir la pena de reclusión que acarreaba tal indisciplina. An-Nasir había mirado entonces en dirección a Sayf con ojos interrogantes, y éste le había dado a entender, con un gesto de asentimiento, que el Enviado tenía todo el derecho de formular tal exigencia. De ese modo, el eunuco se vio despojado de un solo golpe de sus dos protegidos, pero, de todas maneras, ¿eso qué importaba ahora, ante el dolor de una madre? Aziza, desesperada, luchando con sus manos nerviosas, le había pedido poder llevar su ruego hasta el propio *hujja* en persona, a fin de que éste hiciera algo para salvar a su hijo de un destino incierto. El eunuco tuvo que rechazar esa petición, ya que todavía no había informado al *sheik* sobre lo sucedido. Remitir a la mujer al Enviado no serviría de nada; sólo aumentaría innecesariamente las penas de la madre de Víctor. An-Nasir sintió compasión de Aziza y le permitió, como medida excepcional, solicitar ayuda o apoyo ante Tamara, la mujer del Enviado. Ella era la única a la que los oídos de Husain prestaban atención; la única también que podía moverse libremente entre la fortaleza y el paraíso. En ese preciso instante, Tamara se encontraba en el harén con sus hijas, y él, An-Nasir, asumiría la responsabilidad de garantizarle a ella, la persona ajena, acceso al lugar mientras durase la entrevista. Lo hacía solamente porque Aziza era la madre de Víctor, el mejor amigo de su hijo adoptivo Sayf y al que todos en Masyaf apreciaban mucho bajo su nuevo nombre de al-Mansur. Eso sí, en esta ocasión Aziza tendría que renunciar a encontrarse con su hija Melusina. La muchacha no paraba de preguntar si su querido hermano estaba en Masyaf, tal y como él mismo le había prometido, y enloquecería si tuviera que oír lo sucedido a Víctor. Quería ahorrarle ese trago amargo tanto a Melusina como a su propia madre. Aziza estuvo de acuerdo, y Timdal la condujo abajo, hasta el harén, a través de varias escaleras secretas.

Mientras Aziza hacía todas esas cosas por su hijo, al-Mansur se encontraba ya muy lejos de Montmor y de Masyaf, camino del sur. Los lacayos de su padre lo conocían desde que era un crío y sintieron compasión de él. Le permitieron salir de aquella sucia caja para cerdos y lo pusieron sobre un caballo, aunque todavía llevaba las manos atadas y uno de sus pies había sido firmemente fijado al estribo. Al menos, de ese modo no tenían que cargarlo, y causaría una mejor impresión al llegar a la corte en la que debían entregarlo con su verdadero nombre, el de Víctor du Ferbac. Así, poco a poco, al-Mansur se fue enterando de todo: lo trasladaban a la corte del reino de Jerusalén, donde asumiría la posición de paje. Los criados también llevaban consigo la correspondiente carta de recomendación escrita por el caballero Roger du Ferbac. Víctor les pidió fervorosamente que no lo entregaran de ese modo allí, como a un prisionero, pero los siervos no se atrevieron a soltarle las cadenas por miedo a que el joven pudiera escapárseles.

Aziza estaba sentada sobre unos cojines de seda en el recargado saloncito de la *saida* Tamara, rodeada por ésta y sus hijas Shirin y Kira. Acababa de describirles con

lujo de detalles la severidad paterna de la que había sido víctima su hijo más joven.

—¡Y todo eso, sólo porque Víctor se presentó como candidato a fedayín sin el consentimiento ni el conocimiento de su padre, un convencido cristiano! —decía la madre entre sollozos—; ¡y porque luego adoptó el nombre de al-Mansur!

—Sayf podría ayudar —dijo Shirin—, ¡él no vacilaría en buscar a su amigo, encontrarlo y ponerlo en libertad!

—Precisamente por esa razón —le dijo en tono aleccionador su madre Tamara—, el Enviado no lo dejará libre antes de tiempo. ¡Conozco a mi esposo!

—Pero nosotras podríamos liberarlo —propuso Kira, para de inmediato ser atajada por su madre.

—¡Olvídalo, hija! No existe ningún camino por el que tú puedas llegar hasta la fortaleza, donde los ojos de los fedayines puedan verte. En ese caso, lo mejor sería que te escaparas.

—Entonces me escaparé —explicó Kira sorprendentemente, no tanto por lealtad como por su enorme deseo de aventura.

—¿Y dónde pretendes buscarlo? —preguntó Shirin, asustada.

—¡Aun cuando consiguieras escapar —dijo Tamara, descartando la idea—, te echarían en falta enseguida y te atraparían de inmediato!

—Deberíamos confeccionar una muñeca que se te parezca, Kira —propuso Shirin—, y antes de que descubrieran el engaño, tendrías que...

—¡¿Y si fuera yo la que estuviese dispuesta a hacerlo?! —Aziza, susurrando por el nerviosismo, tomó la palabra—. Si en verdad deseas asumir esa arriesgada empresa, yo podría ocupar tu lugar...

—Quizá deberíais intercambiar vuestros vestidos —propuso Shirin, poco convencida; pero en ese instante intervino Tamara.

—Diré que tienes una enfermedad contagiosa —le dijo a Kira, explicándole su plan—, y meteré a Aziza en la cama, bien tapada hasta las orejas...

—¡Ah, madre! —comenzó a decir Shirin en tono pusilánime, pero Tamara no se dejó interrumpir.

—Luego el eunuco acompañará a su huésped, la mujer que lo visitó hoy, hasta el portón de entrada, pasará junto a los guardias y se despedirá de... Kira disfrazada de campesina...

—Pues yo prefiero que me acompañe Timdal y que cargue una cesta de regalos que luego me servirán como provisiones. —Kira ardía de entusiasmo, pero eso no le hacía perder su prudencia—. ¡Ahora sólo necesito un caballo! —precisó.

Tamara acudió en su ayuda:

—¡Te daré mi asno, y el moro podrá traerlo de vuelta cuando hayas encontrado un caballo!

—¡Gracias, madre! —gritó Kira, y rodeó con sus brazos el cuello de Tamara.

—No sé cómo podré agradeceréoslo —dijo Aziza con el rostro lleno de lágrimas, dirigiéndose a la madre y a sus hijas.

—Ya llegará el momento en que nos maldigáis, buena mujer —respondió Tamara riendo—, cuando estéis encerrada en el harén, sudando y con fiebre, y no sepáis cómo volver a salir de aquí. —Shirin le enjugó cariñosamente las lágrimas del rostro—. ¡Para mi hija Kira, por el contrario, es la gran aventura siempre ansiada, y yo la envidio mucho por ello!

Víctor había visto muy poco de la fortaleza de los reyes de Jerusalén. En el último momento, los criados de su padre le habían quitado las cadenas de las manos y los pies, y él quizá podría haber aprovechado ese instante para escapar entre la muchedumbre de comerciantes y caballeros, de estibadores y prestidigitadores, de peregrinos, monjes y sacerdotes, pero se sentía demasiado débil a causa del largo viaje, y no estaba seguro de que no cambiaría las cosas a peor si se lanzaba ahora a una aventura semejante, sobre todo teniendo en cuenta que no conocía a nadie en la ciudad. Apenas hubo tomado la decisión de ser el primero en renunciar a su querido sobrenombre de al-Mansur, los siervos de su padre lo entregaron a un viejo mandoble refunfuñón con un solo brazo, antiguo compañero de batallas de Roger du Ferbac, quien, a su vez, lo dejó de inmediato en manos de un vanidoso mayordomo. Este último le ordenó vestirse y lo destinó al servicio de las mesas de los caballeros allí hospedados. Fueron sus elegantes movimientos, más que su destreza con las jarras, los que llamaron la atención del trinchante de la mesa real. Lo pescó de aquel enjambre de pajes ágiles que cargaban bandejas y lo destinó, después de una breve instrucción sobre el comportamiento y las normas, a la mismísima sala del rey, a la mesa de las princesas. Allí, la figura predominante era la princesa Sibila, quien, dando rienda suelta a sus estados de ánimo, reinaba sobre sus primas y medias hermanas, sobre sus sobrinas y sus tías, algunas mayores que ellas y otras mucho más jóvenes; al fin y al cabo, ella era, después de su hermano más joven, Balduino, la heredera al trono y tal vez la futura reina. Sibila solía vejar al personal de servicio con todas las maldades de que es capaz una niña malcriada, hasta que un día su mirada se posó en Víctor. Hizo que él le sirviera el vino, y lo obligó a acudir una y otra vez, ya que en cada ocasión derramaba la bebida debajo de la mesa y espantaba al hermoso paje, hasta que, en una ocasión, éste tropezó y vertió todo el contenido de su jarra sobre el vestido de la princesa. Se armó un griterío de indignación al que se sumaron de inmediato todas las primas, tías y sobrinas. Sibila, que se había levantado de un salto, luchaba aún consigo misma, indecisa sobre si debía azotar en persona al paje tumbado en el suelo, entre los restos de cristal, o si debía dejarlo en manos de un mayordomo; lo primero que se le ocurrió fue pisar fuertemente la mano torpe de Víctor, pero en ese momento recibió un fuerte golpe en las costillas; su hermano, un año más joven que ella, la miró fijamente lleno de furia, mientras extendía su mano en señal de ayuda al joven Víctor, que hacía esfuerzos por levantarse. El trinchante, que había acudido a toda prisa, se apresuró a acompañar a Víctor hasta la mesa del

sucesor al trono por orden expresa de éste, y allí lo presentó ante los preceptores, maestros y amigos del príncipe. Así fue como Víctor fue acogido en el círculo más íntimo del joven Balduino.

Sólo mientras el camino se mantuvo llano, el asno de Kira pudo llevar su carga a ambos lados del cuerpo: de un lado estaba la cesta con las provisiones, y del otro había una gran espuerta de mimbre en la que iba metido el moro, del que sólo sobresalía su cabeza de pelo ensortijado. Cuando el camino era cuesta arriba, Timal tenía que andar al lado, y si éste se hacía más agreste y empinado, también Kira debía bajar del lomo del animal y arrastrarlo tras de sí, siempre con la esperanza de que la ruta emprendida los llevara algún día hasta Jerusalén. Durante los primeros días en la montaña no tropezaron con nadie a quien preguntar. Para la muchacha era mucho más importante alejarse todo lo posible de Masyaf. Es cierto que Aziza le había insinuado que el padre de Víctor, en conversación con los dos gemelos cómplices, había gritado algo sobre «Sacarle todas esas patrañas de la cabeza» y «Prestar servicios de paje en la corte», lo que de inmediato Tamara, mujer de mundo, había asociado con la corte del reino en Jerusalén. Pero también podía ser Antioquia o Armenia, o incluso Trípoli. Kira, sin embargo, se había decidido por Jerusalén.

Llegaron a una aldea. En la plaza del mercado, un *saffa*^[56] había desplegado su tienda, un aireado pabellón que portaba un pomposo baldaquín situado entre cuatro pilares que se elevaban en posición inclinada y estaba protegido de cualquier mirada indiscreta hacia el interior por varias cortinas. El ilusionista dormitaba frente a la tienda bajo el sol, era mediodía y no se veía ni un alma. Cuando vio a Kira junto al moro y al asno, se puso de pie a toda prisa, dio uno, dos, tres saltos mortales en el sitio y preguntó cortésmente:

—¿En qué puedo servirla, hermosa dama? —Luego, después de echar una ojeada a la canasta de provisiones y a la alfofa vacía, cambió de parecer—: ¡Yo podría necesitaros! Pero ¿qué necesitáis vos?

—¡Un caballo! —respondió Kira con desfachatez.

—Podría solucionarse, pero bajo ciertas condiciones.

—¡Puedo pagaros! —se apresuró a decir Kira, para no causar falsas impresiones.

—¡Eso atentaría contra el honor profesional del célebre maestro Jaluddin! —protestó el ilusionista de inmediato—. ¡Además, reporta muy poco placer! ¿Dinero? ¡Bah!

El enjuto mozo de largos brazos escupió en la arena con desdén. A Kira le parecía un mono recién escapado de la jaula con su torso ancho y velludo y su cabeza rapada salvo por una larga trenza tejida.

—¡Pues, os escuchamos! —propuso Kira y entró en la tienda. Jaluddin cerró de nuevo la cortina a sus espaldas. Esparció con precaución algunas migajas negras entre las brasas del *nargilah*^[57] y les sirvió a sus huéspedes el *shai ma nana*^[58].

—Os ruego que me escuchéis atentamente sobre la manera en que obtendremos ese caballo...

Y, diciendo esto, le explicó a Kira, con pocas palabras, las etapas del espectáculo que pensaba ofrecer esa noche a su venerado público y en el que tanto a Kira como al asno y al moro correspondería un papel específico. Jaluddin tenía una idea muy precisa del desarrollo exitoso de la acción, de modo que Kira decidió involucrarse en la aventura.

—¡Lo importante, únicamente, es que jamás dudéis de mis facultades, que nunca titubeéis ni os tambaleéis... tenéis que estar siempre tranquilos, con gracia y dignidad, como si hubieseis nacido princesa! —Kira asintió como se le había pedido, con gracia y dignidad—. Ahora, descansad hasta la noche. —Jaluddin señaló los grandes cojines que había en la tienda—. Yo me ocuparé de vuestro moro y del asno.

La situación de Víctor en la corte había cambiado de un modo radical desde la intervención de Balduino, el príncipe heredero que tenía su misma edad. Ahora dormía muy cerca de los aposentos reales, y aunque los preceptores del joven príncipe se preocupaban constantemente de que el nuevo paje estuviera siempre disponible desde las tantas de la madrugada hasta bien entrada la noche, su vida allí le parecía un cuento de hadas en comparación con la vida en Montmor; en ocasiones veía incluso pasar en persona al rey Almarico en compañía de sus consejeros y de importantes dignatarios, rodeado de su guardia personal y de los capellanes de la corte, seguido por un racimo de sirvientes de toda índole. A veces a Víctor le sorprendía lo poco que pensaba en quien había sido su compañero hasta entonces, Sayf, y hasta el recuerdo de Melou, su hermana, aparecía a menudo como algo de fondo o desaparecía tras una pared de niebla, por no hablar de la manera en que la atrevida Kira se le aparecía todavía en sus sueños. Los preceptores de Balduino exigieron —tal vez por expreso deseo del príncipe— que el paje también tomara parte en las clases, de modo que ahora Víctor podía adquirir con mucho esfuerzo conocimientos de los que jamás había oído hablar en Montmor, como la caligrafía y el latín, conocimientos sobre la Antigüedad clásica y su mitología, geometría y poesía. Sin embargo, la única disciplina en la que sabía brillar asombrosamente, muy por encima de su condiscípulo de la realeza, era en el arte de las armas y en las técnicas de defensa. Tanto en la fabricación de catapultas y de otras máquinas de asedio, como en la construcción de fortalezas o en la instalación de pozos y galerías subterráneas, Víctor desarrollaba una mezcla de imaginación y práctica que entusiasmaba a sus preceptores, tanto más cuanto ese interés se contagiaba también al joven príncipe. En una ocasión, durante las clases, apareció de repente el rey en persona y se mostró la mar de contento al ver que su hijo se ocupaba de cuestiones relacionadas con el arte de la guerra. Ese día le regaló a Víctor una medalla de oro con su efigie, y no transcurrió mucho tiempo hasta que el joven Du Ferbac fue

relevado de su condición de paje y ascendido a la categoría de *commilito*^[59]. Esto trajo como consecuencia que a partir de entonces Víctor pudo participar en igualdad de condiciones en los ejercicios militares, en las competiciones de lucha, de esgrima y en los torneos hípicas, en los cuales sólo a los hijos de la alta nobleza les estaba permitido entrar en contacto físico con el príncipe heredero.

Entre esas pruebas de fuerza y de valor había algunas que no formaban parte del plan de estudios, entre las que se contaban, por ejemplo, la competencia secreta de torcerse el brazo, la lucha de dedos, el sacarse del *ring* y la interesante cuestión de ver quién aguantaba más tiempo el dolor cuando el otro le clavaba las uñas con toda su fuerza en el antebrazo. Algunos hasta se las afilaban con ese propósito. A Víctor no le interesaba mucho aquel juego, la llamada «garra del diablo», pero Balduino insistía en medirse con él. Fue así que decidieron arremangarse las camisas, ponerse de acuerdo sobre la sección del brazo que ambos querían agarrar y comenzar a clavar las uñas en la carne del otro. El dolor era endemoniado, Víctor aumentó la presión sobre Balduino con la esperanza de reducirlo a él primero, pero el príncipe aguantó. En Víctor aparecieron las primeras gotas de sangre en la piel maltratada, y tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor; Balduino, por su parte, no mostraba ni un solo gesto. Aquella lucha silenciosa no sólo atraía a los condiscípulos reunidos alrededor de la mesa, frente a los cuales se habían colocado los competidores, sino también al maestro de armas e instructor de lucha cuerpo a cuerpo con y sin daga. Todos miraban fijamente, como extasiados, al hijo del rey, cuyo brazo iba cobrando un color blanco como la nieve en la región atacada. Finalmente, el más viejo de ellos, un mongol que era capaz de colgarse pesos de hierro en el garfio del antebrazo y clavar puntas en un tablero con la única fuerza de sus puños, le puso de repente coto a todo aquello. Con sumo cuidado, separó a los dos hombres enzarzados, puso a Víctor al cuidado de un médico que le roció mercurio^[60] en la herida —algo que quemaba como el demonio—, mientras los preceptores, preocupados, sacaban al príncipe heredero Balduino fuera de la sala de ejercicios.

Por la noche se difundió que un gremio de médicos convocado con urgencia había determinado sin lugar a dudas que el príncipe estaba afectado por el peor flagelo enviado por Dios: la incurable lepra. Tanto la corte como muy pronto también el pueblo se sintieron sobrecogidos por la noticia; el rey, por su parte, se derrumbó a causa de la aflicción. Víctor no paraba de hacerse reproches, pero el médico que había atendido su insignificante herida lo absolvió de toda culpa.

—Es mejor que lo hayamos sabido ahora —le confió a Víctor—, ¡pues algún otro día habríamos tenido que enfrentarnos a ello!

—¿La princesa Sibila? —preguntó Víctor ágilmente, comprendiendo la nueva situación.

—Es inevitable —le respondió aquel hombre que tantos años llevaba al servicio de la corte.

En la plaza del mercado de la aldea de montaña, el pabellón del «¡Maestro de todos los maestros, el ilusionista más grande de cuantos existen, el inigualable Jaluddin!» (pues así era como se anunciaba a sí mismo el pregón del mago) se iluminó con la luz de infinidad de antorchas. Las cortinas estaban todavía cerradas. Alrededor se hallaban sentados, en semicírculo, los habitantes del lugar, pero también mucha otra gente que había acudido desde los pueblos cercanos. Jaluddin se dirigió a Tímdal, el moro, que se había situado con su asno en un lugar al margen de la muchedumbre.

—¿Qué queréis por vuestro caballo? —le preguntó en voz alta. Tímdal protestó, indignado.

—Éste es mi asno.

El público comenzó a reír.

—¡Os equivocáis, es un maravilloso caballo! —insistió Jaluddin. Tímdal se resistió.

—¡Es un asno! —gritó para que todos escucharan, y miró a su alrededor en busca de ayuda.

La gente reía, algunos gritaron:

—¡Caballo! ¡Caballo!

Jaluddin sacó su abultada bolsa de dinero.

—¡Os pagaré un buen precio por vuestro caballo, tres veces más que por un asno!

Sacudió las monedas de oro en una mano, la gente enseguida se mostró muy atenta; a Tímdal se le saltaron los ojos, contempló las monedas con codicia y miró vacilante a su asno. Finalmente, hizo un esfuerzo cuando Jaluddin dejó caer más monedas de oro de la bolsa, dio un salto hacia adelante y a punto estuvo de arrebatarle el oro de las manos a Jaluddin. La gente se divertía, estaba muy excitada. Tímdal se metió el dinero en los bolsillos e hizo ademán de marcharse.

—¡Deteneos! —gritó Jaluddin—. ¡Todavía os necesito como testigo!

De repente, un silencio expectante se apoderó nuevamente de la plaza. Jaluddin caminó con paso ceremonioso en dirección al pabellón, tirando del asno a sus espaldas. Dio una vuelta alrededor de la carpa y apareció de nuevo —esta vez sin el asno— frente a su público hechizado; entonces, abrió lentamente las cortinas: dentro, sobre una torre de cajas apiladas, vistiendo un atuendo de gala rutilante y muchas joyas por todo el cuerpo, estaba sentada Kira, en posición rígida y con rostro sonriente.

—¿Veis a la princesa? —Jaluddin esperó a que se acallaran las expresiones de asombro y se situó de nuevo frente a la muchedumbre—. Yo necesito un caballo —dijo—, y quiero hacer una apuesta con su dueño. ¡Si yo pierdo, él recibirá de vuelta su caballo y, además, obtendrá también el caballo que acabo de comprarle a ese señor de allí! —dijo señalando al moro.

—¿Y cuál es la apuesta?! —vociferó un gordo que había tomado asiento en la primera fila y que, por lo visto, estaba entre los ricos del pueblo.

—¡Prestadme primero el caballo —respondió Jaluddin—, luego escucharéis mi oferta y sólo entonces tendréis que apostar!

El gordo hizo una seña a su sirviente, que llevó hasta la plaza un magnífico caballo de pelaje negro y blanco. Jaluddin lo asió de las bridas y lo condujo al pabellón. Una vez allí, se dio media vuelta de nuevo y preguntó, esta vez dirigiéndose al gordo:

—¿Habéis visto a la princesa?

Con un soplido, Kira lanzó al gordo un beso que gravitó por todo el espacio. Jaluddin cerró la cortina y se llevó al caballo detrás del pabellón; luego volvió a aparecer solo al otro lado y abrió la cortina: la princesa estaba sentada sobre el animal. La gente aplaudió, Jaluddin avanzó hasta quedar justo frente al gordo.

—Os aseguro que haré que la princesa se duerma sentada sobre la cabalgadura. —Hizo una pausa para que todos pudieran oírlo—. Y después, sin que ella se dé cuenta, le retiraré el caballo de debajo de su cuerpo y seguirá allí sentada como la veis ahora. ¡Ésa es mi apuesta!

La gente, incrédula, comenzó a cuchichear y a murmurar:

—No lo conseguirá, se dará cuenta.

—¡La princesa se caerá! —gritó algún impertinente.

—¡Nunca jamás! —dijo el gordo, de buen ánimo—. ¡Acepto la apuesta!

Timdal ya se había abierto paso hacia adelante.

—¿Lo habéis escuchado? —le preguntó Jaluddin en voz alta—. ¡La apuesta está en pie!

La multitud aplaudió y comenzó a inquietarse cuando Jaluddin regresó a la tienda abierta. Kira seguía lanzándole insinuantes besos con la mano al hombre que esperaba impaciente, pero entonces el maestro de maestros se le acercó, movió las manos en un gesto de conjuro contra ella y el caballo, describiendo artísticos arabescos, círculos y fulminantes movimientos cada vez más lentos, hasta que la princesa se quedó rígida, con la mano grácil que lanzaba el beso frente a la boca entreabierta. Un silencio sepulcral se apoderó de la plaza cuando Jaluddin, caminando de puntillas, se deslizó hacia ellos, agarró con cuidado al caballo por la brida y tiró de él muy despacio. El lomo del animal se deslizó por debajo de Kira, y la princesa no movió ni una pestaña. El trasero del caballo salió a la luz, dio un golpe con la cola, mientras Jaluddin lo llevaba ante el pabellón y lo apartaba a un lado para que todos pudieran ver a la princesa flotando en el aire encima de la silla. Cuando la tensión se elevó hasta lo indecible, el mago volvió a cerrar las cortinas, y todos prorrumpieron en un aplauso de júbilo. Jaluddin hizo una modesta reverencia, mientras Timdal estrechaba la mano del consternado gordo.

—¡Habéis perdido la apuesta! —dijo, asintiendo de un modo visible para todos. Entonces el moro se dirigió a Jaluddin, hizo también una reverencia y dijo—:

¡Inigualable y gran maestro! —gritó con fuerza—. ¡Habéis ganado la apuesta! ¡El caballo es vuestro!

Jaluddin se encogió de hombros, como si todo aquello fuera la mar de obvio. Sacó del bolsillo de la silla un pañuelo de seda que, cuanto más tiraba de él, más largo se hacía. Luego le tendió un extremo al moro para que lo sostuviera y arrojó la tela blanca sobre el caballo, que desapareció por completo debajo de ella.

—Quiero devolveros vuestro caballo, hombre valiente —le dijo a Timdal, que de inmediato comenzó a quejarse de nuevo.

—¡Se trataba de mi querido asno! —protestó—; ¡mi asno, un asno! —y se echó a llorar. La gente volvió a prestar atención.

Jaluddin mostró su buen corazón y apoyó una mano en el hombro del moro.

—¡Si vos tenéis razón, tendréis vuestro asno de vuelta y, además, podréis conservar el dinero que os he pagado por vuestro caballo!

Timdal se arrodilló y le besó a Jaluddin las dos manos. El prestidigitador se apartó, llevó al caballo oculto bajo su vestido blanco a un lateral del pabellón y tiró con todas sus fuerzas para que el animal lo siguiera; por último, la bestia cedió y desapareció a través de la cortina lateral, mientras Jaluddin aparecía al otro lado, tirando aún del cabestro, hasta que por fin el caballo, todavía cubierto por la tela blanca, volvió a aparecer. Parecía ligeramente cambiado en su aspecto y en su forma, pero antes de que el público tuviera tiempo para apasionarse, Jaluddin ya había llevado el animal hasta el lugar donde esperaba el moro.

—¡Aquí tenéis vuestro caballo! —gritó Jaluddin, y retiró de un tirón la tela: ¡allí estaba el asno! La gente reía, contenta.

—¡Mi asno! —gritaba Timdal, inmensamente feliz—. ¡Mi querido asno!

Jaluddin meneó la cabeza ante tanta incompreensión.

—¿Es esto un caballo? —dijo gritando al gordo sentado al otro lado, que le respondió gritando también: «¡Un asno!», y todo el público le dio la razón: «¡Un asno! ¡Un asno!».

Entonces Jaluddin, con ademán de quien sabe perder, entregó la brida del asno al moro, que se marchó de allí de inmediato; luego se inclinó una y varias veces ante su público, la plaza se vació, y Jaluddin apagó las antorchas.

Cuando el maestro ilusionista recogió en su carro a Kira, que cabalgaba delante de él sobre el caballo, y a Timdal, que lo hacía en su asno, no les quedó más remedio a los tres que reír a carcajadas, sobre todo cuando recordaron los impresionantes movimientos «hipnóticos» de las manos de Jaluddin en el momento en que éste ataba a la «princesa» con las delgadas cuerdas hechas de intestinos de pescado, infinitamente resistentes, las cuales, invisibles para todos los ojos, colgaban de los cuatro postes de la carpa y le permitían a Kira «flotar» en el escenario.

—Sentí un miedo tremendo a que se partieran y me golpeará el trasero —admitió Kira.

—¡Lo he probado miles de veces! —se vanaglorió el maestro Jaluddin—. ¡Hacemos un trío tan perfecto que podríamos hacernos ricos con ese número!

—¿Cómo comerciantes de caballos? —dijo Kira en tono burlón, pero adoptando de inmediato una expresión seria—. ¡Me habéis prometido llevarme a Jerusalén y conseguirme un puesto como doncella en la corte!

—¡Ningún problema! —respondió Jaluddin—. ¡Tengo buenas relaciones con la familia real! Sin embargo... —el maestro de maestros aún no se daba por vencido— en el camino hasta allí podemos...

—¡De eso nada! —repuso la princesa sin rodeos—. ¡Timdal tiene que llevarle el asno de vuelta a mi madre, y yo quiero cumplir la misión que me han encomendado lo más rápidamente posible!

—¡Qué pena! —murmuró el inigualable Jaluddin—. ¡Una tremenda pena!

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Vuestro fiel servidor tiene que disculparse por el descuido que provocó que Aziza, la esposa de Roger du Ferbac, señor de Montmor, pudiera colarse en vuestro harén, lo que permitió la fuga del paraíso a la hija menor del Enviado, la tal Kira. Todo sucedió a raíz de la confusión surgida cuando vuestro fedayín al-Mansur fue secuestrado por sus hermanos, momento a partir del cual se le impide regresar donde nosotros, porque quizá haya sido llevado a un lugar desconocido, tal y como me confió, entre lágrimas, su desesperada madre cuando le indiqué que tenía que marcharse de Masyaf una vez descubierto el embuste. Mi hijo adoptivo, Sayf, se había ofrecido como garantía por su amigo, y el Enviado lo hizo encerrar en los calabozos. He conseguido que salga de nuevo en libertad. Vos me habéis concedido el honor de confiarme una misión de muchísima responsabilidad. Es cierto que en los últimos tiempos se han acumulado algunos rumores de que nosotros, los asesinos, mostraríamos cierta inclinación hacia el cristianismo. No sé en qué medida podemos atribuir tales rumores a la da'wa llegada desde Alamut, pero en todo caso puede que algunos sacerdotes de la iglesia católica^[61], de un modo tonto pero llenos de buena fe, hayan visto en la anunciada reaparición del imán oculto algo comparable a la resurrección de su profeta, Jesús el Nazareno. Quizá el motivo para tales suposiciones pueda encontrarse en nuestro rechazo de la Sunna, algo que los francos conocen pero no entienden, ¡si bien nosotros, los ismaelitas, no seguimos por eso la

tradicional shiat de Alí! Nuestro propio camino para la salvación parece en todo caso alentarlos en la grotesca suposición de que estamos dispuestos a convertirnos a su fe. Por tanto, vuestra idea de emprender negociaciones con los cristianos del reino de Jerusalén sobre este punto es una jugada genial, pues una alianza con los francos, en contra de los señores que gobiernan Siria y nos desean el mal, el sultán de los selyúcidas, podría revelarse como una gran ayuda. En esa ocasión también deberíamos pedirle al rey Almarico de Jerusalén que nos libere de las presiones que los templarios ejercen sobre nosotros de una manera cada vez más desvergonzada.

»¿Él debe de tener poder para eso? Por eso asumo vuestra misión con alegría en el corazón y la certeza de que la cumpliré a vuestra plena satisfacción, aun cuando el Enviado arda en deseos de viajar a Jerusalén al frente de esa delegación. Sé que este asunto está conmigo en buenas manos.

Vuestro devoto servidor.

AN-NASIR

PD: Llevaré conmigo a mi hijo adoptivo Sayf, dando por sentado siempre vuestro generoso permiso. Él me alegra el corazón y estoy seguro de que en mí compañía no podrá sucederle nada malo.

FAVOR Y SERVIDUMBRE

UNA VEZ llegados a la ciudad de Jerusalén, el ilusionista Jaluddin llevó el carro con todo el *atrezzo* necesario para su espectáculo, así como un cesto lleno de vestidos —desde el fino traje de gala de la «princesa» hasta los trapos del personaje de la «vieja curandera»—, a una caravana situada en el barrio judío de la calle Josafat, donde encontró alojamiento para él y para Kira. Allí, el maestro engalanó a su protegida en la forma que prometía el mayor éxito para asumir su papel como doncella: ¡de un modo sencillo, pero con gran elegancia! ¡Para ello también hacían falta joyas, algunas incluso auténticas! El gran Jaluddin no escatimó nada: el brazalete, el broche y, a modo de corona, una cadena de perlas trenzada en el cabello levantado en un alto tupé, hacían que Kira apareciera en su mejor aspecto. ¡Casi como una dama! Luego, el propio Jaluddin se disfrazó de noble con intenciones de introducir a una pariente en la corte. Él y Kira se hicieron llevar a su destino, pasando antes por la iglesia del Santo Sepulcro y por la torre de David. Kira estaba nerviosa, y Jaluddin, con gesto tranquilizador, le acariciaba la mano adornada con las pulseras. Era cierto que el maestro de maestros tenía muchas relaciones en el palacio real, si bien algunas de ellas eran bastante curiosas. Atravesaron el portón de entrada al palacio del rey bajo los testimonios de honor de la guardia. Jaluddin solicitó de inmediato ver al mayordomo de la corte, ya que una persona como él no trataba con un mayordomo común y corriente. Subieron la gran escalinata que conducía a los salones de la primera planta; a Kira le palpitaba el corazón. En el último escalón los aguardaba el alto funcionario de la corte que habían solicitado ver. Este último se alegró sobremanera de volver a ver al maestro y se mostró encantado con la gracia que irradiaba Kira.

—¡Será para delicioso provecho de su majestad! —rió de un modo suficiente, y mandó llamar de inmediato al ayuda de cámara.

Éste examinó a Kira con mirada de experto y le susurró algo a Jaluddin en tono conspirativo:

—¡Podríamos introducirla en la alcoba real antes de la cena... Eso incrementa el apetito por la comida que vendrá a continuación! —había cierto respeto en su voz sonora.

Kira estaba estupefacta con el papel que, al parecer, le habían adjudicado, y mostró su malestar quitándose decididamente el brazalete y arrojándoselo al perplejo Jaluddin.

—¡Os agradezco vuestros servicios, gran maestro! —le gritó, jadeante y ruborizada, al tiempo que se aferraba al brazo del ayuda de cámara—. ¡A partir de ahora analizaré los pasos que haya que seguir únicamente con este señor! —dijo, al tiempo que arrastraba consigo rápidamente a aquel hombre entrado en años y mostraba su indignación.

En el momento en que desaparecieron en la galería porticada, el mayordomo dijo con sarcasmo:

—¡Estáis perdiendo facultades como mediador de mujeres obedientes, maestro de maestros! ¡O bien os estáis haciendo demasiado viejo o esa joven y enérgica dama os ha hecho perder la cabeza!

Jaluddin, todavía desconcertado, siguió con la mirada a los dos que se marchaban.

—¡No he tenido tiempo de deciros... —dijo tartamudeando, pero continuando enseguida— que esa muchacha no tiene ningún interés en compartir el lecho del rey, sino que se le ha metido entre ceja y ceja servir como doncella en la corte, pues es lo que más desea...!

El mayordomo soltó una carcajada y no lo dejó terminar.

—¡En ese caso, ha apostado al caballo equivocado, ya que el ayuda de cámara es harto conocido por su predilección unilateral por los jóvenes mozos!

Jaluddin se esforzó por tomarse esa noticia con el mayor aplomo.

—¡Ahora soy, a sus ojos, un alcahuete! —dijo, compungido—. Deberíais poner orden en ello, es una muchacha de categoría... ¡No debería quedarse con una imagen tan fea de vos, estimado amigo!

El mayordomo inclinó la cabeza, pero enseguida se recompuso.

—Sé que la princesa Sibila está buscando una doncella —murmuró, para de inmediato añadir, con suspicacia—: Nadie aguanta mucho a su servicio, sobre todo desde que sabe que la corona le hace guiños.

—¡La noble señorita Kira du Paradis sabrá manejarse con ello! —lo tranquilizó Jaluddin—. ¡Ocupaos de que la resuelta dama gane una buena reputación por parte del estimado señor ayuda de cámara!

Los dos hombres se abrazaron como dos viejos amigos y se separaron rápidamente.

Balduino, el único heredero varón de la corona, estaba marcado por la peligrosa lepra, una enfermedad que pondría fin a su vida. Todavía no sufría, tampoco se hablaba sobre el tema en su presencia, pero la neutralidad de sus compañeros de juegos, casi todos de su misma edad, había terminado. Ellos evitaban tocarlo o medirse con él en las competiciones. Sólo Víctor, todavía lleno de remordimientos por haber sido el iniciador de ese amargo conocimiento, buscaba su cercanía y hacía todo cuanto estuviera a su alcance para apartar al desgraciado hijo del rey de sus sombríos pensamientos. Salía a cabalgar en su compañía, practicaba la esgrima con él —los médicos le habían prohibido todo tipo de lucha o de boxeo— o iban a nadar al estanque de Siloah. Para llegar hasta ese lugar, un tanto alejado de los muros de la ciudad, tenían que salir del palacio y atravesar el barrio armenio, un trayecto que ambos disfrutaban gracias a los bazares, con su gran variedad de colores y olores, al regateo de sus comerciantes y sus avariciosas cocineras. Salían de la Ciudad Santa a través de la puerta de Sion. Nunca estaban solos, pues una escolta montada acompañaba al príncipe, que siempre corría peligro fuera de las murallas a causa de

los beduinos salteadores que por allí deambulaban. Esta unión poco habitual, tan llamativa para la corte, despertó la curiosidad de la princesa Sibila. En los últimos tiempos se había acostumbrado a visitar con mayor frecuencia a su hermano.

—¡Es porque quiere asegurarse de que yo no le haga una jugarreta a la muerte! — solía bromear Balduino.

Cuando se enteraba a tiempo de tales visitas, Balduino se escondía rápidamente y dejaba que Víctor se las arreglara con su hermana. Pero Sibila comprendía enseguida que ambos estaban confabulados, y, cada vez más furiosa, intentaba pagarla con Víctor, en ocasiones con amenazas, en otras, con indecibles insultos. Cuando Víctor demostró ser inmune a ambas cosas, Sibila cambió su táctica y comenzó a adularlo, a dirigirle sonados cumplidos e, incluso, a acosarlo físicamente. Pero su deseo creciente provocaba en el «paje» —como ella solía llamarlo despectivamente en cuanto perdía los estribos— un mayor retraimiento, y esto, a su vez, desataba en Sibila un acaloramiento mayor y una pasión más desenfrenada. A veces las cosas iban tan lejos que la princesa, en el calor de la disputa y por algún «descuido», dejaba al desnudo uno de sus senos o se sentaba en el sillón más próximo frente al objeto de su deseo, adoptando una pose descarada, con las piernas abiertas, intentando atraerlo hacia sí; cuando su intento fracasaba, le ordenaba con voz descompuesta al paje que se arrojara delante de ella. Balduino, que se divertía soberanamente en su escondite, mostraba a veces comprensión e intercambiaban los papeles. En esos casos, Sibila recorría como una furia la habitación, en la que solía irrumpir sin avisar, y buscaba al maldito paje debajo de la cama o dentro de los armarios. Todo eso terminó cuando Balduino, de acuerdo con sus médicos, se metió en su cama, tras gruesas cortinas de gasa, y Víctor comenzó a recibir en la puerta a la inoportuna visitante con ademán de congoja, los dedos significativamente colocados delante de los labios compungidos, y comunicándole a Sibila que su hermano había vuelto a sufrir otro ataque de su grave enfermedad y que las cosas no pintaban bien para él. A partir de entonces, Sibila renunció enseguida a sus intenciones de verlo.

—Es probable que ahora esté llorando en sus aposentos —decía Balduino con sarcasmo—, ¡esperando la triste noticia de mi deceso!

En adelante, Balduino y su fiel compañero sólo abandonaban el palacio en secreto, a través de un pasadizo subterráneo que desembocaba en la cripta de la iglesia contigua dedicada al descreído santo Tomás, o a través de una olvidada puerta situada en la muralla, colindante con la ciudadela.

Las doncellas de la princesa Sibila trataban a la recién llegada con abierto desprecio, pues existía una especie de orden de picoteo en la que Kira ocupaba el eslabón más bajo de la cadena del gallinero. Ni siquiera la dejaban participar de su cacareo, algo que comenzaba cada vez que la señora salía de sus aposentos.

—Ahí va a acosar de nuevo al paje de Balduino —dijo entre risitas Guinivere—, que debe de ser un atildado mozo.

—¿De sangre noble? —preguntó Adelaide con mordacidad.

—¡Es poco probable, a juzgar por el nombre! —le comunicó Emma con petulancia—. ¡Será esa nobleza rural de endeble abolengo!

—¡Hasta donde yo sé —dijo Adelaide, afilando la lengua—, tu abuelo fue responsable de los establos hasta que el duque de Burgundia le otorgó el bien sonoro nombre de «d’Etrier» y le regaló una vida destinada a pagar tributos! ¡Señorita «del Enchufe»!

—¡Y el tuyo, que era un bandido! —replicó Emma.

—¡Pero pescó una heredera adinerada! —terció Guinivere con su risa borboteante.

De repente, la puerta se abrió y la princesa Sibila irrumpió en la habitación.

—¡Cambiadme de ropa! —ordenó a sus gallinas—. ¡El vestido de gala de terciopelo rojo con el cuello de damasco bordado en oro!

Las doncellas se habían puesto en pie de un salto y revoloteaban desorientadas por todo el recinto. Kira, en cambio, sabía dónde estaba el vestido, y se lo alcanzó a la princesa sin decir palabra. En lugar de decirle alguna frase de reconocimiento, Sibila sólo la increpó:

—¡No te quedes ahí parada como una estúpida y haz el favor de ayudarme!

La princesa ya había dejado caer el atuendo que llevaba puesto hasta ese momento, y ahora estaba completamente desnuda. Kira retiró el vestido; entretanto, Emma y Adelaide se abalanzaron sobre la princesa, apartando a un lado a la nueva doncella.

—Ha llegado una delegación de los asesinos —dijo la princesa en tono alegre y sin mayores rodeos, mientras las dos doncellas le metían el estrecho vestido por la cabeza—. ¡Ay! —La princesa dio a Emma un puntapié en la espinilla—. ¡Presta atención, imbécil!

Guinivere se arrodilló y tiró del vestido hacia abajo para que se acomodara sobre las anchas caderas sin arrugarse.

—¿Se trata de esos asesinos a sueldo? —preguntó Guinivere sobriamente.

—¡Los de nuestra condición no deberían sentarse a una misma mesa con éstos! —dijo Adelaide en tono venenoso—. ¡Cuando uno menos se lo espera, zas, tienes un puñal clavado en la espalda!

—No se puede confiar en ellos. —Emma se frotaba la adolorida espinilla—. ¿A saber con quién la habrán tomado? Quizá con el rey, o con vos, la heredera de la corona.

—¡Todavía no lo soy! —rugió Sibila—. ¡Pero estaré atenta ante esa pérfida prole de fanáticos ávidos de sangre!

Kira no pudo contenerse por más tiempo.

—Los ismaelitas tienen un elevado sentido del honor, y sólo matan cuando éste es violado de una forma grosera...

—¡Vaya! ¡La nueva se hace oír! —refunfuñó Adelaide, furiosa—. ¡Por lo visto, pretende santificar a esa escoria traicionera!

—¡Ésos matan donde y cuando quieren! —habló la princesa, aleccionando con mirada reprobadora a la impertinente Kira, pero ni siquiera eso evitó que esta última continuara.

—Jamás una delegación de asesinos violaría el principio de la hospitalidad...

—¡Cerradle la boca a ésa de un golpe! —aulló Emma con intenciones de arrojarse sobre Kira.

—¡Callad! —le ordenó Sibila con destellos de furia en la mirada, y luego se dirigió a Kira—: ¡Y tú, no te atrevas a contradecirme de nuevo! —Kira se mordió la lengua e hizo ademán de retirarse—. ¡Y mírame a los ojos cuando te hablo! —Kira miró a la princesa tercamente a la cara y guardó silencio con obstinación. Los ojos de Sibila ardían de ira, pero de repente rió con estridencia—. ¡Adelaide, Emma, Guinivere, vosotras me acompañaréis! —dijo a sus doncellas, que de inmediato empezaron a alborotar—. ¡El rey ofrece un banquete de gala a sus huéspedes! —dijo ronroneando como una gata en dirección a Kira.

Ésta no se hizo esperar mucho tiempo.

—¿Y por qué yo no puedo acompañaros? —También Kira podía comportarse con suavidad, consiguió incluso mostrar una mirada suplicante. Llegar hasta el salón de ceremonias del rey era su única oportunidad de comprobar si Víctor se encontraba en la corte o si se estaba dejando vejar en vano allí.

Sibila disfrutaba de su poder.

—¿Y qué te atrae hasta la mesa de nuestros queridos huéspedes? —De repente, adoptaba el tono de una amiga digna de confianza.

Kira no cayó en su trampa. No se dejaría sacar ni una sola palabra acerca de Víctor. Adoptó entonces un tono ingenuo. —Me gustaría deleitarlos— respondió amablemente.

La princesa tragó en seco.

—¿Deleitarlos? ¿Acaso pretendes cantar para ellos? ¿O bailarás en su presencia?

Kira miró a su torturadora abiertamente a la cara.

—¡Lo haría con el mayor placer! —respondió.

Sibila sintió que le tomaban el pelo.

—¿Has echado una ojeada a tu ropa? ¡¿Crees que se puede ir a al salón de banquetes con esos despojos?! —La princesa daba rienda suelta a su sarcasmo—. No esperarás tener un sitio en mi mesa...

Las doncellas, recién acicaladas, entraron excitadas y en tropel en los aposentos, con el propósito de recoger a su señora para ir a la recepción del rey. Tras ellas apareció el mayordomo con sus sirvientes, cuya tarea consistía en acompañar hasta el salón a la princesa y a su séquito.

Fría y con dominio de sí misma, la princesa se dirigió al mayordomo:

—La señorita Kira du Paradis desea hacer algo para deleitar a los huéspedes del rey. ¡Llevala abajo, a la cocina! —La princesa saboreó su maldad como si de un dátil azucarado se tratara—. ¡Podrá contribuir a saciar los hambrientos estómagos lavando verduras! —Los sirvientes tomaron a Kira por los brazos—. ¡Espero que esta persona desaparezca para siempre de mi vista!

Kira se dejó conducir sin decir palabra.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

El recibimiento de nuestra delegación en Jerusalén superó mis más osadas expectativas. Es cierto que no recibimos los vítores del pueblo en las calles, pero tampoco notamos ningún tipo de animadversión. Más bien nos admiraban, como si pocas veces tuvieran oportunidad de ver ejemplares de animales salvajes, como los elefantes, las cebras y las jirafas. Predominaba una gran curiosidad, algunos incluso aplaudieron al paso de nuestra comitiva hacia el palacio del rey. Allí se habían reunido todos los grandes barones del reino, así como el alto clero, suntuosamente ataviados, con el patriarca a la cabeza.

El rey Almarico nos esperó en la sala de honor de la corona. Estaba sentado en su trono, rodeado de consejeros y funcionarios de la corte. Sólo las delegaciones de ambas órdenes de caballeros contemplaban el espectáculo furiosos y con expresión sombría. El rey, en cambio, sonreía, y nos hizo señas para que nos acercáramos, atendiendo a todas las normas de una acogida digna. En un discurso muy atinado, transmití vuestros saludos al soberano e hice que desplegaran ante él todos los regalos traídos, que tuvieron un gran éxito en aquella corte, sobre todo entre las damas, algo que el rey agradeció cordialmente, y luego nos pidió que tomáramos asiento en los bancos allí dispuestos.

Entonces ordenó evacuar la sala, de modo que quedamos solos frente al Gran Consejo del reino. Fue en ese momento cuando entraron en el salón los grandes maestros de los templarios y los hospitalarios y ocuparon sus asientos. Debo decir que me sentí la mar de contento por haber rechazado la insistente recomendación del Enviado, que quería que dos fedayines se colocaran a mi lado, ¡con las dagas y los sudarios! ¡Tal manera de presentarnos hubiese tenido sin duda un efecto amenazador, envenenando de un modo irreparable la atmósfera pacífica del inicio de las negociaciones! En su lugar, y una vez el rey me cedió la palabra, hablé de los profundos

sentimientos de paz que nosotros, los asesinos, albergábamos para con los cristianos, y de lo importante que sería para nosotros una alianza. En este punto, el patriarca me interrumpió y quiso saber sin más preámbulos si era cierto que teníamos intenciones de convertirnos a la fe cristiana. Aunque yo ya estaba preparado para esa delicada pregunta, una vez formulada allí me provocó cierta inquietud en las entrañas.

Una cosa es tratar esa maniobra ficticia con vos, noble señor y maestro, en una conversación privada, y otra, muy distinta, es «considerar» dar un paso así ante el consejo real de un reino cristiano que escucha con escepticismo y ansiedad. Espero haber actuado de un modo correcto, pues no quería causar la impresión de estar intentando librarme de un peligro con ardides. Entonces dije: «¡Según el deseo de la élite dirigente de los ismaelitas, queremos decir sí a una alianza duradera y fiable con el gobernante de Jerusalén!». El comportamiento de nuestro pueblo, es decir, el de los miembros de nuestra comunidad de fe, depende en lo esencial de la manera en que la Iglesia cristiana se comporte frente a los asesinos. En ese aspecto, se apela a las virtudes vividas, no a las virtudes predicadas en la doctrina de Cristo.

Tal vez con ello dejé un poco helado al patriarca, que no encontró de inmediato una réplica a mis palabras, pero eso le dio al rey la oportunidad de apartarse de las escabrosas cuestiones de fe y pasar al punto que nos interesaba tanto a él como a nosotros: la alianza contra el sultán de los selyúcidas, el conquistador de Siria.

Yo dije entonces: «Estamos dispuestos a fortalecer vuestra retaguardia en el norte, amenazando a Alepo, pues sé que su majestad desea avanzar sobre Egipto». Mi osado discurso provocó cierta inquietud en la sala, y entonces tomó la palabra el gran maestro de los caballeros hospitalarios.

—Se trata más bien de que vosotros saquéis provecho de nuestra protección cuando el sultán os ataque —dijo—, pues vosotros sois para él como una espina clavada en el ojo...

—Una mano lava a la otra —intervino el rey—; ¡sobre todo entre buenos amigos! ¡De modo que decidnos ahora lo que esperáis de nosotros para que esta alianza tenga lugar!

Almarico, por tanto, daba la bienvenida a nuestra oferta; entonces yo dije, con absoluta modestia:

—También entre buenos amigos es habitual que, en una alianza, ambas partes participen del cumplimiento...

—Eso se sobreentiende —respondió el rey, algo disgustado.

—Pero también sucede —continué— que los templarios nos agobian con el pago de tributos...

—¿Es eso cierto, maestro Felipe de Naplusa? —El aludido asintió con gesto descarado y echó hacia adelante la mandíbula—. ¿Estaríais dispuestos a renunciar a esos pagos de nuestros amigos, por lo menos mientras dure este acuerdo de alianza que estamos a punto de cerrar?

El gran maestro siguió mostrándose tozudo.

—Eso, majestad, es como si vos pidierais dinero en efectivo a nuestra orden.

—¿Y los pobres caballeros de vuestra orden no pueden renunciar a ello ni una sola vez? —lo acusó el rey—. ¿Aun cuando con ello esté en juego el bienestar del reino?

Todos miraron entonces al gran maestro, pero éste se mantuvo en sus trece.

—¿Podríais demostrarme primero que una campaña contra Egipto es real y forzosamente algo necesario?!

En ese momento, su rival, el gran maestro de los hospitalarios, le dio un codazo en el costado.

—Aquí todos conocemos las repugnantes relaciones de negocios que mantiene vuestra orden con la corte de El Cairo —dijo el gran maestro Gosbert, pero enseguida alzó la voz—; ¡¿y por eso ahora todos tenemos que bailar al son de vuestra flauta dorada?!

—¡Nada de riñas, mucho menos ante personas ajen...! ¡Ante buenos amigos! —gritó el rey, enfadado; y entonces, dirigiéndose a mí, dijo—: ¡Arreglaré esto con el señor Felipe en privado!

—¡Es una desvergüenza... —gritó alguien del bando de los templarios— que esta gente... —dijo, apuntando con el dedo índice en dirección a mí— venga aquí a mancillar nuestra orden! —Y continuó bufando: ¡Deberían estar contentos de que todavía no hayamos arrasado Masyaf!

Yo guardé silencio; aquel hombre, en definitiva, hablaba contra sí mismo, pues entonces el rey dijo:

—Tenéis nuestra más absoluta confianza; nos habéis dado vuestra palabra, y eso nos basta.

El templario salió furioso de la sala. A continuación, aliviados, firmamos —el rey, dos barones del Consejo Real y otros dos en calidad de testigos, ya que el patriarca se había negado a estampar su firma— los documentos preparados por los escribas, estampamos nuestro juramento en ellos y luego pusimos nuestro sello debajo.

Ahora tengo que terminar, pues esta noche el rey ofrece a nuestra delegación un banquete oficial, en el cual —así me lo aseguró en tono campechano y visiblemente satisfecho con el resultado— alzaremos nuestras copas por nuestra alianza y su éxito.

Vuestro devoto servidor,

PD: En el tiempo que esperábamos por los escribas, se acordó además que muy pronto una delegación del rey nos honrará visitándonos en Masyaf para sellar nuestra alianza no sólo de iure^[62], sino también de facto^[63]. Os envío este informe por anticipado con un emisario, para que estéis informado sobre el feliz término de la misión. El ejemplar del acuerdo lo llevaré conmigo, bien pegado al pecho, para asegurarme de que os lo entregaré personalmente en Masyaf. Os agradezco una vez más la confianza depositada en mí.

Cuando Sayf entró en el salón de ceremonias, detrás del eunuco, fue conducido por los sirvientes del rey a una mesa de honor destinada a la delegación visitante, donde también tomaron asiento los otros *rafiq*. La mesa no estaba muy distante de la mesa del rey, algo más elevada, en la cual se pidió la presencia de An-Nasir ad-Daula como jefe de la delegación y de los otros cuatro *da'i* de mayor edad que lo acompañaban. Mientras traían los primeros manjares, la mirada de Sayf recorrió el salón en busca de algo. Desde su partida de Masyaf, se había preguntado cada vez con mayor frecuencia si algún día vería de nuevo a su compañero. Y ahora venía a encontrar a Víctor justamente allí, donde menos lo esperaba. Su amigo tenía un sitio al lado de Balduino, el príncipe heredero, quien, como su hermana Sibila, presidía uno de los flancos que se extendían a ambos lados de la larga mesa de la familia real. Sayf intentó hacer notar su presencia, pero Víctor estaba sumido en una animada charla con su vecino; reían, y por lo visto mantenían una relación de gran familiaridad. Puesto que el eunuco, en efecto, se encontraba lejos del entorno del príncipe, pero de todos modos estaba situado cara a cara no sólo con el rey, sino también con Víctor, Sayf supuso que también su padre adoptivo había reconocido a al-Mansur desde hacía rato, pero no dejaba entrever nada. Tenía que hablar con Víctor antes de que partieran al día siguiente. Y si éste no quería regresar a Masyaf, él respetaría su decisión, pero entonces el mundo de los asesinos cobraría un cariz muy diferente, pues empezaría a cuestionarse incluso su propio futuro como fedayín. Aunque ese tipo de comportamiento no era el debido, Sayf se levantó de su sitio y caminó con paso seguro en dirección a An-Nasir. Decirle cualquier cosa al oído habría sido ir contra las buenas costumbres en la mesa del rey, por esa razón le habló al eunuco en términos totalmente oficiales:

—Mi bueno y querido padre, quizá podríais satisfacer a un indigno como yo con un deseo que parte de mi corazón si me presentarais al príncipe heredero —dijo sencillamente, y An-Nasir comprendió de inmediato.

Aguardó la primera oportunidad hasta estar seguro de que el rey lo escuchaba para decir:

—Majestad, vos llenaríais de alegría mi corazón de padre si permitierais que a mi único hijo, la niña de mis ojos, le fuera concedido el honor de ser presentado a vuestro hijo Balduino.

A Almarico le importaba muchísimo demostrar su amistad a los asesinos; por eso, le hizo una señal a Sayf para que se acercara y se dirigió a su hijo.

—Habéis llamado la atención especial del hombre más joven en la delegación de nuestros amigos; ¡os ruego que deis la bienvenida a Sayf y le pidáis que se siente con vosotros!

El príncipe heredero asintió con obediencia y buscó con rápida mirada la anuencia de Víctor, casi incapaz de ocultar su excitación cuando reconoció a Sayf en el joven que se acercaba a ellos.

—Puede que no sea poco peligroso eso de atraer la atención de un joven asesino —bromeó Balduino con naturalidad—. ¡Deberías cachearlo en busca de armas, quizá una daga escondida!

Pero Víctor ya se había puesto en pie de un salto y se ocupó de que Sayf tomara asiento en el banco situado entre él y el príncipe. Sayf se sentía bastante cohibido, y prestó atención a Balduino sólo para mantener la etiqueta.

—¡Me pregunto —dijo con las mejillas sonrojadas— cuándo a un hombre de mi pueblo le fue deparado estar en presencia del futuro rey de Jerusalén en el ambiente pacífico de una fiesta, y no en la desagradable situación de la lucha armada!

Dicha frase contó con la aprobación de Balduino, que tomó su copa y preguntó:

—¿Tenéis permiso para beber? —La pregunta había sido hecha a la ligera; Balduino sostenía su vaso en señal de exhortación a su huésped, pero Víctor se apresuró a responder.

—Un fiel fedayín puede hacer todo lo que le apetezca, siempre y cuando no pierda de vista la promesa del paraíso.

Sayf había entendido el mensaje, y el príncipe levantó su vaso.

—¡Por la amistad!

Los tres bebieron.

—Mañana abandonaré esta hospitalaria casa —dijo Sayf en tono ceremonioso—. Y lo haré con la esperanza o, mejor dicho, con la certeza firme de llevarme conmigo algo más de lo que he traído a mí llegada: un amigo que comprende mi pensamiento.

Sayf hizo una reverencia frente a Balduino antes de levantar también su vaso en dirección a Víctor, a quien la frase ofrecía ocasión ahora de dar una noticia, envuelta en el ropaje de un brindis.

—Ésa es la esencia de una verdadera amistad —dijo—, la certeza, cuando el amigo se marcha, de que el otro ha ganado algo y de que el que se queda ha servido bien al que viaja.

—Bien dicho, Víctor —lo alabó Balduino—, ¡así debemos comportarnos entre amigos! —Balduino rió sin malicia y añadió, reflexionando brevemente—: ¡No retenerlo, sino agasajarlo, pues así uno se agasaja a sí mismo!

Satisfechos, el rey y el eunuco observaban a aquellos jóvenes tan bien avenidos.

La chica de la cocina había oído decir, por supuesto, que arriba, en el palacio, se alojaba una delegación de los asesinos en calidad de huéspedes del rey, y ni las cocineras, ni las sirvientas, ni las limpiadoras, ni las criadas como Kira, encargadas de limpiar las verduras, paraban de hablar desde hacía días acerca de esos extraños visitantes. En realidad, no tenían el aspecto de asesinos a sueldo, pero quién podía saber qué otra cosa ocultaban entre sus pantalones, aparte de una daga envenenada. A Kira le hubiese gustado saber de inmediato de dónde provenían esos asesinos, si de Alamut o de Masyaf, pero ninguna de las parlanchinas sirvientas del salón supo decírselo; le habría gustado intercambiarse en secreto con alguna de ellas para echar una ojeada en el salón de banquetes, pero eso era absolutamente imposible. Por una parte, el jefe de la cocina no le quitaba el ojo de encima, pues al hombre no se le había escapado su estrepitosa caída desde los aposentos de la princesa hasta las catacumbas de las calderas hirvientes y los fuegos chisporroteantes, de las salpicaduras de grasa y de las parrillas giratorias. Por otra parte, ninguna de aquellas criadas arrogantes hubiese estado dispuesta a hacer ese tipo de sacrificios, pues lo cierto era que todas confiaban en que algún día un príncipe les echara el ojo y diera un giro feliz a sus vidas de cenicienta. Además, aquél era el día en que la delegación era despedida con un banquete de gala. Llevaban horas y horas sirviendo, y aquello no parecía tener fin. Kira lavó una cuba de acelgas en agua helada; tenía las manos rojas y escaldadas por el frío, y había todavía un saco de guisantes amarillos esperando a que ella los pelara y les sacara el fruto de sus semillas. Kira se cortó un dedo. El jefe de la cocina la ahuyentó del lado de las vainas, pues la sangre goteaba sobre ellas. La joven se escabulló entonces hasta donde estaban los sacos de harina y se arrastró entre estos últimos, pero en lugar de echarse a llorar, que era lo que tenía ganas de hacer, cayó rendida de cansancio en un profundo sueño.

Fue en horas tempranas de la mañana cuando Víctor encontró en el hueco de debajo de la escalera las prendas de ropa, la faja y el pañuelo con los cuales podría hacerse un turbante. Tal y como habían acordado, Sayf lo había dejado todo allí. Víctor subió la escalera hasta el tejado y se ocultó a toda prisa tras un rincón del muro. En el este, el sol se levantaba como oro líquido y rojizo sobre la Ciudad Santa de Jerusalén. Tenía que apresurarse para no perderse la partida de los asesinos, pues ellos querían abandonar las puertas de la ciudad antes de que amaneciera. Ya sería de por sí bastante complicado mezclarse entre los viajeros sin que lo reconocieran. Por eso

corrió de nuevo escalera abajo y fue a parar, directamente... a los brazos de la princesa Sibila, que, al no reconocer a Víctor, tuvo intenciones de gritar de inmediato. Él le tapó la boca con la mano, pero ella se la mordió.

—¿A qué viene esa pinta, querido? —le dijo ella, en un arrullo; Sibila llevaba puesta solamente una túnica muy transparente; quizá habría estado, como todas las mañanas, en celo bajo la escalera.

Víctor lo apostó todo a una sola carta.

—¿Acaso vos me recibiríais con este atuendo, mi dulce amada? —Había conseguido imprimir a sus palabras un tono que era una mezcla de amante soñador y malvado pirata.

Sibila se vio superada por la sensación de felicidad.

—Siempre —dijo, jadeante—. Pero dadme tiempo hasta que suenen las diez campanadas.

—Llamaré a vuestra puerta y daré dos golpes largos y tres golpes cortos —le comunicó Víctor—, y lo haré dos veces; ¡eso ya hacen las diez campanadas!

Radiante, la princesa se marchó de allí, probablemente con la intención de rociarse con agua de rosas y frotar entre sus dientes dos hojas de menta; al menos, eso era lo que pensaba Víctor mientras continuaba su camino escalera abajo.

Cuando Kira despertó en aquella artesa, la cocina estaba vacía; la mañana asomaba ya, y los últimos leños se apagaban entre las cenizas. Avanzó a tientas por la cocina, somnolienta y más maltratada por la incómoda posición entre los sacos que por la vejación del trabajo. En la estancia situada junto a la puerta que daba acceso al patio, roncaba el jefe de la cocina. Si era cierto que la delegación se marchaba ese día, partiría, a más tardar, antes de que despuntara el día. Era cierto que todavía no había encontrado a Víctor, pero de lo que sí estaba segura era de que no quería quedarse allí ni un minuto más. Cuando abrió la puerta con suma precaución, vio al gordo eunuco, que cabalgaba el último, saliendo por el portón. Entonces Kira gritó:

—¡An-Nasir, An-Nasir, esperad! —Pero, al parecer, el eunuco no la oyó, a pesar de que había detenido brevemente su caballo y mirado hacia atrás, pero no a ella—. ¡An-Nasir! —volvió a gritar Kira, y esta vez tuvo intenciones de echar a correr, pero entonces una potente garra se aferró a su hombro (ella creyó sentir unas zarpas) y la zarandó: tenía frente a sí al jefe de la cocina, medio dormido todavía, con el pelo revuelto y maloliente.

—¿Qué? ¿Se ha marchado tu amado? —inquirió en tono burlón—. ¡An-Nasir! ¡An-Nasir! —dijo, imitando la voz desesperada de Kira mientras la empujaba en dirección a la cocina—. ¡Seguramente se trata de un mozo elegante! —continuó burlándose—. ¡Y ahora sin duda derramarás muchísimas lágrimas! —Obligó a Kira a sentarse en su banco y le plantó delante una caja de cebollas sobre la mesa de faena—. ¡Ahora, las pelás y las cortas hasta que suene la décima campanada!

El cocinero se marchó arrastrando los pies hasta su habitación, pero esta vez dejó la puerta abierta. Kira había empezado a llorar antes incluso de haber cortado la primera cebolla.

LAS PERFIDIAS DE LA ORDEN

EL EUNUCO se había dado media vuelta porque esperaba a Sayf y, muy especialmente, a Víctor. Quizá se hubiesen retrasado. Si alguien los descubriera a los dos juntos, Sayf podría tener problemas, y ésa era la preocupación que comenzaba a aflorar en la mente de An-Nasir cuando divisó a los dos amigos. Ambos quisieron echar a correr hacia él, pero el eunuco les hizo señas para que avanzaran a paso lento y precavido. De ese modo, llamarían menos la atención. Sin embargo, llegaron hasta él sin ser molestados. Los tres partieron rápidamente con el propósito de dar alcance a los restantes miembros de la delegación, pero sobre todo para poner la mayor distancia posible entre ellos y el palacio del rey. Pasaron por la Puerta de San Esteban, situada al norte, y cabalgaron junto al foso de la fortaleza situado por debajo de la iglesia de Abraham, justo al lado de la sección de la muralla donde tuvo lugar el primer asalto enemigo durante la conquista de la ciudad por los cristianos. En cuanto alcanzaron el terreno abierto, una zona con bastantes colinas, y divisaron de nuevo la caravana que avanzaba delante de ellos, Sayf y Víctor se dejaron caer hacia atrás, pletóricos de contento. Tenían muchas cosas que contarse, y de eso se daba cuenta su paternal amigo.

La delegación envió un jinete para decirles que esperarían por ellos, pero el eunuco informó al emisario de que no podrían mantener su ritmo y que podían seguir avanzando, que ellos encontrarían solos el camino hasta Masyaf; en caso de que no lo hicieran, que los esperaran, que él, An-Nasir, estaría pisándoles los talones.

Así subieron a lo largo del río Jordán hasta que vieron aparecer el lago de Genesaret. Luego cruzarían a la otra orilla a través del vado de Jacobo, lo que además tenía la ventaja de no tener que pasar frente a las fortalezas de los cruzados, ya que cualquier caravana despertaba de inmediato cierta codicia. Describiendo un gran arco, habían rodeado la ciudad de Tiberiades, situada en la orilla oeste del lago, y se dirigieron hacia el vado a través de la colina. Hasta ese momento nadie los había molestado.

Ahora, sin embargo, un carromato situado en medio del estrecho sendero abierto entre las rocas cubiertas de árboles de la sierra interrumpía el paso a los tres rezagados. El vehículo parecía pertenecer a un hombre sencillo del pueblo nómada, estaba engalanado con banderines de colores y largas varas pintadas que sobresalían de la cubierta de la tienda, y era como los muchos carros que deambulaban por todo el país de un mercado a otro.

El propietario, que por lo visto era un ilusionista o alguien del circo, estaba tumbado debajo el carro, martilleando el eje. Cuando salió, arrastrándose, vieron que se trataba de un hombre de largos brazos, como un mono, y el pecho velludo, al que cualquiera podría imaginar cómo un tragafuegos, un doblador de varas de hierro o quizá un tragasables o un faquir que se clavaba leznas de zapatero en la carne. En

cualquier caso, se trataba de un hombre salvaje, con la cabeza calva y el poco pelo que le quedaba atado en una trenza. Su frente alta y sus ojos claros revelaban algo más que inteligencia, eran el testimonio de una larga experiencia vital. Todo eso le pasó por la cabeza a An-Nasir cuando el hombre se acercó a él.

—¿Sois miembros de la secta de los asesinos? —preguntó cortésmente, incluyendo en su pregunta a Sayf y a Víctor, que ahora se acercaban a él. El eunuco quiso ser prudente en su respuesta y asintió de un modo impreciso, lo que incitó al hombre a explicarse con mayor claridad—. ¿Sois de Masyaf?

—¿Y si así fuese? —dijo Víctor entrometiéndose en la conversación.

—Hace algunas semanas tuve el honor de acompañar hasta Jerusalén a una joven dama... Su nombre era Kira du Paradis.

—¿Kira, rumbo a Jerusalén? —preguntó Sayf, mirando a su padre adoptivo con expresión interrogadora.

El eunuco se sentía visiblemente incómodo con la situación.

—Es posible —reveló—. Poco después de que al-Mansur desapareció... ella huyó del paraíso, se marchó con rumbo desconocido...

—Yo le conseguí un puesto como doncella en la corte del rey, pues la joven estaba buscando a un amigo que había sido secuestrado —añadió el desconocido—. Me llaman Jaluddin, el maestro de maestros —aclaró el ilusionista, seguro de sí mismo—, y no solamente poseo muchísimas habilidades, sino también excelentes relaciones con personas de alto rango, como, por ejemplo, la princesa Sibila... —añadió.

—¡Eso no puede ser! —lo interrumpió Víctor, desconfiado—. ¡Si de verdad fuese doncella de la princesa, yo la hubiera visto!

—¡Es cierto, por lo menos durante la cena de gala de nuestra despedida! —afirmó Sayf—. La princesa estaba allí, rodeada de sus doncellas, y Kira no estaba entre ellas.

—Eso ahora no importa —replicó Víctor, acalorado—. Kira se introdujo en el palacio del rey para buscarme, como habéis dicho. —Víctor tomaba a Jaluddin como testigo—. ¡Dondequiera que esté, mi deber es sacarla de allí! —Entonces se dirigió al eunuco—: ¡Cabalgaré de vuelta!

Antes de que éste pudiera expresar su opinión sobre esa delicada cuestión (que, de hecho, tampoco lo era tanto), Jaluddin intervino.

—¡Le será difícil conseguirlo! —dijo el ilusionista señalando hacia arriba, al bosque situado sobre el flanco de la montaña que se levantaba frente a ellos. Entre los árboles se distinguían claramente las capas de diversos templarios, las puntas de algunas lanzas que brillaban de vez en cuando a la luz del sol—. ¡Al parecer —dijo Jaluddin sin el más mínimo asomo de inquietud—, los templarios la han tomado con vosotros, los asesinos!

Entonces, el eunuco se dio cuenta enseguida; recordó la salida brusca y furiosa del gran maestro cuando se abordó el tema del pago de tributos de los asesinos.

—¡Tenemos que alertar a los demás!

Jaluddin miró brevemente por encima del hombro.

—¡Ahora debemos ponemos a salvo nosotros! —Tanto Víctor como Sayf reconocieron detrás de ellos la cabalgada en descenso de los caballeros de la Orden del Temple, con las lanzas a punto y las viseras bajadas.

—¡Marchémonos de aquí! —dijo el maestro de maestros, empujando al corpulento An-Nasir del camino en dirección al arrecife cubierto de bosque.

Sayf y Víctor los siguieron a toda velocidad.

—¿Y el carro? —preguntó Víctor, preocupado.

—¡De todos modos, ya nos han visto! —Jaluddin empujaba a los tres hombres delante de él en dirección al bosque de la montaña—. ¡Ahora lo importante es no cruzamos en su camino, de lo contrario, te derribarían al pasar con sus caballos! —Obligaba al eunuco a trepar a una roca, pues ya los dos amigos se habían escondido.

Jaluddin consiguió hacer lo mismo cuando los primeros dos caballeros aparecieron en el bosque, buscándolos. El carro dejado atrás era un indicio más que suficiente para averiguar dónde más o menos se habían ocultado los fugitivos.

—¡Puedes hacerlo solo! —dijo él hombre que cabalgaba detrás del caballero más adelantado, que ya se había adentrado en la ladera, y se dirigió a donde el resto de sus camaradas, que seguían llegando deprisa al camino.

El primer templario descubrió a Víctor y a Sayf en una caverna de la roca de la que no había forma de escapar.

—¡Salid de ahí! —ordenó, desenvainando su espada con gesto amenazador; con el ansia de matar reflejada en los ojos, el templario se acercó a ellos, pues ninguno de los dos se movía—. ¡Me da igual la forma de pasaros a cuchillo! —dijo en tono burlón, enfadado por aquella pérdida de tiempo.

Ya había llegado a la baja gruta y se agachó, justo en el momento en que Jaluddin le saltó encima, lo derribó al suelo, le dobló la cabeza hacia atrás y le atravesó la garganta al caballero con su daga.

—¡Echadme una mano! —gritó Jaluddin a los dos jóvenes amigos, que lo observaban, perplejos—. ¡El cadáver tiene que desaparecer antes de que regrese uno de ellos!

Tomó al muerto por debajo de las axilas, mientras Sayf y Víctor lo agarraban por las piernas, y lo arrastraron hasta el rincón más intrincado de la cueva. Jaluddin le arrancó del cuerpo la impecable capa manchada de sangre y la ocultó debajo del cadáver; luego le arrojó algunas ramas encima y abandonaron el lugar del crimen después de haber bajado de la roca al eunuco, al que le temblaba todo el cuerpo. Esperaron junto al carro durante un rato, pero no oyeron nada: ni pasos de caballos ni relinchos. Finalmente, con sentimientos de temor, se pusieron de nuevo en marcha.

El valle estaba completamente en calma, no se oía el trinar de ningún pájaro, ni siquiera el rumor del viento agitando las hojas. Una vez dejaron atrás el bosque y doblaron en el siguiente saliente rocoso por encima del lecho del río seco, una imagen terrible se ofreció a sus ojos: tendidos entre las piedras yacían los cuerpos de los

asesinos, toda la delegación con la que habían viajado a Jerusalén. Golpeados o apuñalados, allí estaban los honorables *da'i* con los cráneos partidos en dos. Por lo visto, algunos de los jóvenes fedayines habían tratado de ofrecer resistencia empuñando sus dagas, pero contra ese ejército de caballeros acorazados no habían tenido la más mínima oportunidad. Ya sobrevolaban el lugar los primeros buitres.

—¿No vamos a enterrarlos? —preguntó Sayf a su padre adoptivo, en tono vacilante.

—*Ehmed Allah!* ¡Alabado sea Alá, hijo mío...! —murmuró el eunuco, conmovido—. ¡Debemos dar gracias porque nosotros no estemos entre ellos! —Entonces, An-Nasir miró pensativo a Jaluddin—. ¡A este valiente hombre debemos aquí, en la tierra, el hecho de que sigamos con vida!

El ilusionista hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Mi insignificante intervención sólo ha impedido que uno de esos criminales deje de respirar —se lamentó—. Es un resultado bastante modesto para un maestro de maestros que conoce muy bien el arte en el buen manejo de la espada y la daga —dijo Jaluddin, inclinándose de un modo teatral ante el eunuco—. ¡Lo mejor es que nos marchemos de aquí! Los templarios no son los únicos asesinos que regresan al lugar de sus crímenes. En lo que a los muertos respecta, ¡los buitres se ocuparán de eso con mayor rapidez y eficiencia que nosotros!

A Víctor la sola idea lo hizo estremecerse, pero a An-Nasir se le había ocurrido otra idea.

—Al ver a estos hermanos masacrados —dijo el eunuco dirigiéndose al maestro de maestros—, se me ocurre que la catástrofe no habría sido tan terrible, al menos no en esta magnitud, si alguien hubiera enseñado a estos hombres a manejar el escudo y la espada. ¿No os gustaría venir con nosotros a Masyaf, y allí, en vuestra condición de maestro de armas...?

Jaluddin se inclinó nuevamente.

—Es un gran honor para mí aceptar vuestra oferta, pero antes tendría que resolver algo. ¡Os prometo que me presentaré ante vos cuando llegue la próxima media luna!

—¡Qué pena! —dijo Víctor—. Sayf y su amigo al-Mansur están ansiosos por aprender de vos, el maestro de maestros, el buen manejo de la espada.

—¡De todo tipo de armas! —aclaró Jaluddin—. ¡Al-Mansur y Sayf serán los primeros discípulos del maestro!

Así se separaron. Los únicos tres supervivientes de la delegación de los asesinos continuaron avanzando hacia el norte, mientras Jaluddin, dando media vuelta a su carro, tomó de nuevo el camino que lo llevaba de regreso a Jerusalén.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Es muy probable que vos tengáis razón, sabio hujja, como siempre: fue un error poner al desnudo de esa forma a los templarios en la persona de su gran maestro y en presencia del rey y de todos los nobles barones, hasta el punto de hacerlos reaccionar como niños tercos y llenos de odio, y provocando que sumaran a su injusticia este nuevo acto de crueldad. No fui capaz de prever una reacción tan desproporcionada, pues soy más bien un hombre moderado, quizá, incluso, demasiado simple en mi forma de pensar. En ese sentido, apenas me resulta un consuelo en la desdicha el hecho de que el rey, al conocer este acto criminal de la orden, se mostrara fuera de sí por la rabia, pues con ello no sólo se anulaba del todo el resultado de las negociaciones, sino también se ponía en juego su propio honor; y es que también para los cristianos, la integridad de un emisario y de sus acompañantes es tan sagrada como las normas de la hospitalidad. El rey ordenó al gran maestro de la orden que le entregara a los culpables, y cuando éste se negó a hacerlo, aludiendo para ello al derecho de los templarios a rendir cuentas únicamente ante el papa, el rey Almarico se encaminó a toda prisa hacia Sidonia, consiguió entrar por la fuerza en la ciudad y en la ciudadela, apresó al malhechor que era, por cierto, el comendador de la orden, Robert de Béthune, y lo hizo encerrar en Tiro. Esta noticia la he recibido hoy, y me la ha traído un hombre de toda mi confianza, quien también me ha dicho que el rey es de la opinión de que con ello se ha hecho justicia y espera que vos también lo veáis así, noble señor y maestro. Y si, a pesar de todo, a pesar de mi franca y admitida valoración errónea de los templarios, vos me permitís un consejo, creo que debemos aceptar esa disculpa. Ella os da la posibilidad —al igual que al rey Almarico— de retomar las negociaciones sin perder nuestra imagen pública y llevarlas a un exitoso fin. En los próximos días os será entregada personalmente una carta oficial del rey a este respecto. El hombre al que debo estas informaciones llegadas desde el palacio real en Jerusalén es, por cierto, ese multifacético Jaluddin, sobre cuya valiosa y prudente intervención ya os previne en su momento, y al que le ofrecí un puesto como maestro de armas en Masyaf, pues necesitamos ganar en experiencia en el manejo de herramientas de guerra de todo tipo, ya que las dagas, por sí solas, no bastan para la batalla en campo abierto, ni siquiera para una escaramuza, un asalto o una emboscada... como ya hemos podido comprobar.

Jaluddin regresó por sus propios medios a Jerusalén, allí liberó a Kira, la hija del Enviado, de su miserable situación y la trajo de vuelta a Masyaf. En vista de todas las circunstancias, de su probado valor y de las amargas experiencias que han sido castigo suficiente para ella —y previa aprobación vuestra—, la he perdonado y le he permitido entrar de nuevo a vuestro

harén, una vez comprobada, como era mi deber, su intacta virginidad. Su padre no ha sabido absolutamente nada acerca de su fuga, su viaje a Jerusalén y su feliz regreso, ¡y tampoco tiene por qué enterarse!

La próxima vez os presentaré con mucho gusto a este Jaluddin. Podemos emplearlo muy bien como guardaespaldas, pero en principio le he confiado el adiestramiento de esos dos jóvenes tan cercanos a mi corazón y al vuestro: al-Mansur, a quien hemos reencontrado felizmente, y su amigo Sayf, mi hijo adoptivo.

También me tomo la libertad, noble señor y maestro, de expresaros el testimonio de mi infinito respeto y mi más profunda admiración por la manera en que habéis manejado el reciente intento de Alamut de eliminaros mediante la infiltración de otros dos terroristas. Para el imán debe seguir teniendo máxima prioridad el no ver a los asesinos sirios bajo vuestra guía. A vos, y sólo a vos, deben esos dos falsos fedayines que, bajo los nombres de guerra «Karim» y «Abdul», se introdujeron en la fortaleza durante mi ausencia de Masyaf el no haber sido arrojados desde los muros del castillo por los hombres del Enviado; y eso deberían agradeceréoslo por toda la eternidad... ¡al menos durante todo el tiempo que vos tengáis a bien hacer durar esa eternidad! Soy consciente de que, si decidierais enviarlos de vuelta a Alamut, eso significaría para ellos un fin inexorable e ignominioso, aunque quizá sería en extremo útil rogar al imán, de un modo cortés, que se abstuviera de seguir enviando a tales hombres.

Me he permitido, además, poner por el momento en manos de Jaluddin a Karim y a Abdul. Una buena formación en la lucha cuerpo a cuerpo no viene nada mal. Además, los aplicados mozos les sirven a al-Mansur y a Sayf como útiles contrincantes en los ejercicios en grupo que organiza nuestro maestro de armas. Después de los peligros superados conjuntamente durante el camino de regreso de Jerusalén, percibo que nuestros dos jóvenes sienten cada vez más deseos de reafirmarse a sí mismos cumpliendo para vuestra satisfacción cualquier misión que se les encomiende. Sé muy bien, noble señor y maestro, que os reserváis a al-Mansur y Sayf para misiones de mayor envergadura, pero me parece importante confiarles de vez en cuando alguna que otra misión, a fin de que no duden en ningún momento de sus facultades ni de sí mismos; ¡ni para que tampoco los embargue la sensación de que se han olvidado de ellos!

Vuestro fiel servidor,

AN-NASIR

PD: Es posible que tengamos por delante algunos años difíciles. Un tal Salah ad-Din Yussuf, hijo del merecido general selyúcida Ayub^[64], ha

realizado notables hazañas en Egipto por encargo de su sultán; fue él, de hecho, el que contribuyó a acelerar el fin del largo dominio de los fatímidas^[65] en el trono de ti Cairo. ¡Con ello, nuestro movimiento de fe que sobreviene después de la shiat pierde también ese centro de poder en favor de los odiados sunitas! Y entretanto, este «Saladino» —que así lo llaman incluso sus enemigos, lo que atestigua su enorme popularidad— comienza a ocupar algunas posiciones clave en Siria. Nosotros, combativos ismaelitas —casi siempre calumniados injustamente con el nombre de asesinos—, muy pronto nos convertiremos en una paja en su ojo.

LA TERCA VIDA DEL SULTÁN



LA AMENAZA

LA CEREMONIA de entrega de las dagas a los fedayines Karim y Abdul no tuvo lugar en el patio central de la fortaleza de Masyaf, sino en el aposento de la torre del observatorio. El Enviado se lo había pedido al *sheik*, ya que, de lo contrario, podría provocarse la mala sangre de los *rafiq* que llevaban mucho tiempo esperando su nombramiento, o al menos podría crearse un malentendido sobre por qué aquellos extranjeros recién llegados recibían ese trato preferencial. Para la ceremonia, Sheik Sinan había convocado a al-Mansur y a Sayf a través del eunuco, pues quería que ambos participaran al lado de los dos dichosos iniciados en calidad de *shuhud al tameed*, es decir, de padrinos, y que los acompañaran en cada uno de los pasos, desde el previo *inthur il al dianna*, la mirada en el paraíso, hasta el *rahil el abtal*, su salida como héroes. De ese modo, a los dos amigos les sería concedido por primera vez el honor de llevar las tres simbólicas dagas enfundadas una dentro de la otra y el blanco sudario. Para ambos, aquello no sólo significaba un inmenso honor, sino una dura prueba para demostrar su propia paciencia. Aparte de ellos, nadie más participaría en la ceremonia de iniciación, y de ese modo nadie más sabría contra quién actuarían los asesinos. En esta ocasión, el *hujja* de cabellos plateados pronunció un breve discurso dirigido a los «elegidos»:

—Un ángel de Alá se me apareció en sueños y me dijo: «La grandeza del poder de *sheitan*^[66] debe su inquietante expansión, única y exclusivamente, a la apatía y la indolencia de los hombres. Tropiezan con sus huellas cuando el mal todavía es pequeño y frágil, cuando aún se comporta de un modo inofensivo y decente, pero ni siquiera entonces se lo toman en serio ni lo consideran peligroso, coquetean con su figura agradable y se mofan de sus fingidas debilidades y errores. Arrogantes, superficiales e indolentes se muestran los hombres, mientras que el demonio, por su parte, ríe taimadamente y crece sin cesar, al principio como un tumor, luego como un pulpo, ¡hasta que llega un momento en que ya no existe poder opuesto alguno ante el cual tenga algo que temer y puede tragarse a cualquiera a su antojo!». —Sinan parecía haber contado esta parábola más bien para reconfortarse a sí mismo y no como un discurso de introducción. Pero entonces sus palabras se hicieron más concretas—: El jefe de los ejércitos de los selyúcidas, Saladino, ha conquistado Damasco y ha obligado al sultán a reconocerlo como visir. Ahora se encuentra a las puertas de Alepo, y si esa ciudad cae, su poder abarcará desde Siria hasta Egipto, y su próximo paso será imponer la Sunna como doctrina en las mezquitas, y todos los que se le opongan serán destruidos a fuego y espada. ¡Es el momento de clavar nuestra daga en la garganta de ese demonio! Los ismaelitas tienen que deshacerse de Saladino antes de que sea demasiado tarde. ¡Entrad en su tienda y apuñaladlo, atravesadlo con vuestras afiladas hojas hasta que no quede ni un aliento de vida en su cuerpo!

Karim y Abdul se sentían impresionados y emocionados al mismo tiempo por la importancia de su misión. Cogieron las dagas con reverencia —hacía mucho que habían olvidado que, en realidad, habían viajado desde Alamut con el propósito de enviar a la muerte al *sheik* disidente—, se arrodillaron ante el *hujja*, besaron sus manos, inclinaron sus cabezas y comenzaron a orar en silencio con los ojos cerrados. Sinan había abandonado la habitación. Sayf les hizo una señal a ambos para que se pusieran de pie, y los dos siguieron los pasos de al-Mansur escalera abajo, en dirección a las profundidades de la planta situada en el zócalo. En silencio, los dos amigos condujeron a los elegidos a través de interminables pasillos subterráneos hasta el edificio del pozo, sin que tropezaran con nadie en el trayecto. Se asombraron cuando vieron que al llegar al final de aquel camino totalmente desconocido para ellos, tenían que salir de la fortaleza a través de una puerta levadiza camuflada que los condujo fuera del alto muro que aislaba el paraíso del mundo exterior. También encontraron abierta la puerta de hierro de acceso al pozo, y un paño colgado delante del *thukb al muftah*, el «ojo de la cerradura». Sayf señaló en silencio la abertura a través de la cual incidía la luz, un rayo frío que cortaba la oscuridad del recinto como la hoja afilada de un cuchillo.

De repente, a través del hueco del pozo, apareció Timdal. Ignoró a los dos amigos y entregó a los dos elegidos un pequeño almirez abierto hecho con maderas preciosas. Dentro de él había un grumo redondo cuyo aroma se expandió de inmediato por todo el recinto del pozo. Dos boquillas de bambú sobresalían a cada lado del recipiente. Karim y Abdul parecían conocer el procedimiento, pues enseguida tomaron las boquillas y aspiraron simultáneamente el humo con los ojos cerrados. Karim entregó el recipiente a Abdul y fue el primero en acercarse a la abertura, pegó el ojo sobre ella y miró fijamente durante largo rato. Lo hacía en silencio, pero de un modo insaciable, o al menos eso parecía. Luego se separó, tomó la cachimba de manos de Abdul, que fue de inmediato a ocupar su lugar. Fumar, mirar, dar una nueva y larga calada, soñar... así se sucedieron las cosas durante largo rato, mientras que a los dos amigos, excluidos de aquel ritual, todo les parecía durar una eternidad y lo sentían cada vez más como un castigo.

El Enviado despidió a los tres fedayines frente a las puertas de Masyaf; eran los tres hombres a los que se consideraba sus incondicionales. Husain designó a Rashid, el mayor en edad, como acompañante de los *rafiq* que debían infiltrarse en el campamento del sultán para matar a Saladino, mientras, al mismo tiempo, enviaba a Omar y a Tarik en dirección a Tiro con un encargo que ni siquiera Rashid debía escuchar, razón por la cual Husain lo retuvo mientras los otros dos partían. Rashid recibió la misión de esperar a la entrada del barranco.

En el pozo, al-Mansur tuvo que morderse la lengua para no interrogar a los agraciados, para no pedirles que describieran con exactitud a las mujeres que habían visto. Al-Mansur ansiaba ver a Melou aunque fuera a través de los ojos de terceros (¿o quizá pensaba más bien en Kira?, ¿o en ambas?). Sus ansias de amor no se redujeron lo más mínimo por el hecho de que esos dos personajes femeninos, ambos de gracia enigmática y noble figura, se confundieran de tal modo en su ánimo turbado. Ambas mujeres —por muy diferentes que fueran— le resultaban extrañas. Melusina era la mujer hechizada por un poder misterioso, un ser cada vez más inalcanzable cuanto más él se consumía en deseos por ella. ¡Sin embargo, ella era también la hechicera incorregible! En ese momento miró a Sayf, pues sabía que su amigo estaba padeciendo algo similar. Sayf pensaba en Kira, la joven que se había tomado la libertad de vivir de una manera tan libre como él y Sayf hubiesen sido capaces de hacerlo, pero para lo cual no habían encontrado el ánimo suficiente. Esa joven era más fuerte que él, más fuerte que al-Mansur. Por eso la deseaba, aunque temía a la mirada contra la cual fracasaría su intención de cortejarla. Tampoco su amigo lo estaba pasando mejor. Se tambaleaba como un junco al viento. De un modo inconsciente, al-Mansur dio un paso hacia adelante, pero de inmediato sintió la presión de la mano de Sayf sobre su brazo, que intentaba retenerlo. Al-Mansur sintió vergüenza a causa de su debilidad, y el amigo puso fin a aquel asunto.

—Es hora de emprender el camino de Alepo —dijo, carraspeando para que lo oyeran, a la espalda de los dos fedayines que aún no se habían hartado de mirar y que, por el contrario, parecían sumamente excitados.

Karim y Abdul se apartaron del *thukb al muftah* y se abrazaron en silencio. Luego siguieron a Sayf y a al-Mansur, que todavía los acompañaron durante un trecho del camino.

Una vez llegados abajo, al pie de Masyaf, se tropezaron, a la altura del barranco, con el hombre de confianza del Enviado. Rashid era el encargado de acompañar a los dos fedayines hasta Alepo y de introducirlos en el campamento de Saladino. Víctor los siguió con la mirada lleno de envidia, aun a sabiendas de que no volvería a ver a aquellos dos agraciados.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Ha muerto el sultán de los selyúcidas, y no sé si debemos alegrarnos o lamentar la muerte del sabio gobernante. Con su muerte, queda abierto el camino para su sobrino Saladino, el visir y ahora controvertido gobernante de Egipto, después de haber sobrevivido a nuestro atentado ante las puertas de Alepo. Rashid, el hombre de confianza del Enviado, tuvo la osadía de

estar presente en la tienda de Saladino para cerciorarse personalmente del éxito del atentado. Karim se había infiltrado entre algunas personas que esperaban una audiencia, pero apenas sacó su daga, y a pesar de su violenta resistencia, cayó bajo los golpes y las puñaladas de la guardia personal. Ésa era la señal para que Abdul, que esperaba al acecho detrás de la tienda, entrara en acción. Con un rápido corte que nadie notó en medio del tumulto, abrió la pared de la tienda y consiguió colocarse en la espalda de Saladino. Pero su golpe, dirigido a la nuca, chocó contra la cota de malla que Saladino llevaba puesta debajo del turbante. Y fue entonces cuando también lo hicieron pedazos a él. Después de este incidente, lo primero que hizo Saladino fue levantar el sitio de Aleppo, pero sólo con el propósito de conquistar, una tras otra, todas las demás ciudades sirias. Y poco después — y esto nos afecta a nosotros con dureza— falleció el rey Almarico, el único príncipe cristiano que siempre se esforzó honestamente por mantener amistad con nosotros. Lo sigue en el trono su hijo y heredero Balduino, pero ya conocemos la terrible enfermedad que lo aqueja. A la lepra le sigue inevitablemente la muerte, después de largos sufrimientos. Depende únicamente de la voluntad de Alá cuánto habrá de prolongarse esa muerte lenta. Por esa razón, se ha designado al conde Raimundo de Trípoli como regente del joven e impedido rey. Este hombre habla fluidamente el idioma árabe y goza de cierta reputación a los ojos de Saladino, lo que, sin duda, no será para ventaja nuestra. En la actualidad se busca urgentemente un esposo para la hermana mayor del rey, Sibila, pues es bastante improbable que Balduino esté en condiciones de tener descendencia. ¡Y la hermana pequeña, llamada Isabel, es todavía una niña! Después de todo, no resulta un punto de partida demasiado favorable para el reino de Jerusalén^[67], ni para los cristianos de Palestina o de Siria, y mucho menos, con toda probabilidad, para nosotros, la más molesta e incómoda de todas las minorías chiíes del país del futuro sultán Saladino. Insh'allah Allah yuwafikana, ¡si Dios así lo quiere, que también nos otorgue la gracia el éxito!

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Las cosas para Saladino han mejorado al menos en otros dos aspectos con estas muertes ocurridas por voluntad de Alá. Si hasta ahora tenía que temer constantemente los enérgicos y peligrosos ataques de los cristianos en tierras de Egipto en medio del delta del Nilo, tal y como le demostró el rey Almarico, que en una ocasión pudo instalar un cuartel en el mismo palacio del sultán de El Cairo, ahora el reino habrá de temblar ante

la perspectiva de un mundo del islam unido, sobre todo teniendo en cuenta las constantes luchas internáis que tienen lugar entre las diferentes órdenes y las repúblicas marítimas^[68] rivales. Sólo cabe esperar que vuelvan a manifestarse cuanto antes las antiguas enemistades entre Alepo y Damasco, entre Siria y Egipto, para que nosotros, los ismaelitas, no seamos aplastados junto a los cristianos ante el gran poder de Saladino, un poder que ya se perfila claramente.

En las mazmorras de Tiro encontraron asesinado al comendador Robert de Béthune. El crimen se nos atribuye a nosotros, por supuesto, a pesar de que todavía nadie ha visto a un asesino frente a frente. Ese comportamiento poco honorable lleva la firma del Enviado. Los templarios imputaran la pérdida del comendador al rey, lo cual, a su vez, liara aún más difícil nuestra ya de por sí frágil relación con el reino de Jerusalén.

En el saloncito de la *saida* Tamara, el único lugar, además, desde el cual existía una conexión estrictamente vigilada con las demás secciones de la fortaleza de Masyaf, algunas huríes se habían reunido en torno a la *saida*, pero sobre todo alrededor de su hija Kira, y entre las allí reunidas también se encontraban su hermana Shirin y Melusina du Ferbac, la hija del señor de Montmor. Lo que ninguna de ellas sabía era que el vigilante An-Nasir podía ver desde arriba cada habitación del harén y escuchar cada palabra que allí se pronunciara. Debido a su aspecto exterior condicionado por su raza albina, un aspecto resaltado por su cuerpo de ninfa, sus ojos enigmáticos y su boca sensual, lo que la convertía en la reina indiscutible del paraíso, Melusina era casi siempre el centro de todo el interés, pero desde que Kira había regresado de su novelesco viaje, después de su fuga y su misteriosa reaparición, los cuentos que la hija del Enviado narraba sobre un mundo lejano de palacios y nobles caballeros estaban entre los entretenimientos predilectos de las jóvenes en medio de la monotonía del harén. Las huríes, aisladas del mundo, no podían saber cuánto le gustaba a Kira exagerar e inventar libremente sus vivencias.

—... por último, la princesa, mientras los enviados de toda Europa buscaban una apropiada y voluntariosa compañera para el matrimonio —narraba Kira de manera fluida y sugestiva—, se había enamorado del joven Ibelín, pero éste cayó prisionero de los musulmanes. Sibila le escribía a diario al calabozo para dar fe segura de su amor. Finalmente lo pusieron en libertad y el príncipe salió alegre en pos de su prometida. Ella lo recibió fríamente: el dinero que todavía tenía que pagar como fianza lo convertía en un hombre endeudado. —Kira mantenía en vilo a sus oyentes con algunas pausas dramáticas—. Decepcionado y presa de la desesperación, Ibelín

vijó a Constantinopla y le pidió al emperador Manuel^[69] que lo apoyara. El emperador le regaló el total de la suma necesaria. Triunfante, el feliz novio regresó a Palestina, pero sólo para enterarse de que entretanto Sibila se había casado con otro...

—¡Qué mujer tan despiadada! —dijo, indignada, Shirin—. ¡¿Y a ésa le serviste tú cómo doncella?!

—Conmigo la princesa era la mar de cariñosa —mintió Kira descaradamente—. Quería emparejarme incluso con el novio que ella había dejado plantado.

—¡Entonces, ahora serías princesa de Beirut! —le dijo su madre, riendo—. ¡Pero eso, naturalmente, no satisface las exigencias de mi hija!

—¡Era un aburrido y tenía mal aliento! —dijo Kira, concluyendo su discurso.

»Pero la princesa Sibila salió de algo malo para caer en algo peor —continuó Kira—. Su familia cortó por lo sano. Dispuso un matrimonio sin contar con ella con un experimentado hombre de guerra, el marqués de Montferrat, quien sin duda será un rey muy capaz. ¡En eso también hay que pensar!

—¡Pero si el pobre Balduino todavía está vivo! —se compadeció Melou—. ¡Qué destino tan cruel! ¡Si alguien pudiera ayudarlo, al menos!

—¡Lo mejor sería que te transformaras en una horrible tortuga! —le propuso Kira a la bella Melusina—. ¡Él te besa... y la enfermedad cae de él como la caspa!

—¡Más bien se le caerá otro dedo! —dijo con sarcasmo Tamara—. Se dice que Sibila estaba horrorizada con el aspecto y las maneras de ese vejstorio. Con todo el respeto que se merece, lo que es un enigma es cómo va a tener un hijo de él.

—¡Sibila es una mujer adicta al poder, y hallará la manera de hacerlo! —dijo Kira, resumiendo—. ¡En ese aspecto, los hombres no desempeñan un papel más noble que el toro que se usa para preñar a la vaca! —En tales palabras podía notarse que su relación con la princesa no podía ser tan íntima—. ¡Mucho más cómica es la historia sobre la manera en que la Orden del Temple eligió a su nuevo senescal! —Kira se aseguró de la atención de sus oyentes—. Un día llegó un caballero surcando el mar, un versado hombre de armas. El conde Raimundo de Trípoli lo tomó a su servicio y le prometió la mano de la heredera del próximo feudo que quedara libre. Gerardo de Ridefort se batió valientemente en todas las batallas libradas por el conde. Entonces murió el anciano señor de Botrun, y dejó todas sus posesiones a su única hija, Lucía, pero cuando el conde se disponía a cumplir su promesa, apareció un rico comerciante oriundo de Pisa, sentó sin un ápice de galantería a la heredera en su balanza de cereales y ofreció su peso en oro puro. El conde Raimundo no fue capaz de resistirse a tal oferta. ¡El burlado Ridefort ingresó en la orden de los templarios y sin duda llegará mucho más lejos que el asesinado comendador!

—¡Eso me gusta! —exclamó jubilosa Melou—. ¡El amor verdadero se pone de manifiesto en el valor que se paga por él! —Sus palabras obtuvieron una mirada de reproche de la buena de Shirin, pero Tamara estuvo de acuerdo con su euforia. En el caso de Melusina, ella todavía sabía muy bien a qué atenerse.

—¡No es necesario decir —habló Kira, poniendo fin a su entretenida historia— que, al faltar a su palabra, Raimundo se ha creado para siempre un enemigo enconado y lleno de odio!

Tamara dio unas enérgicas palmadas y las jóvenes mujeres se dispersaron, cada una en dirección a sus aposentos privados, con vistas y salida a los jardines del paraíso.

UN PANECILLO RECIÉN SALIDO DEL HORNO

SALADINO, que entretanto se había hecho nombrar sultán de Siria y Egipto — una jugada en la que el califa de Bagdad se apresuraba a ratificarlo en el título y el cargo—, no les había perdonado a los asesinos el fallido atentado de Alepo. Con un ejército mucho más nutrido, se adentró en la sierra con el propósito de dar su merecido a Masyaf. Avanzó a buen paso, aunque, al venir desde la dirección mar, se vio detenido por la resistencia de las fortalezas situadas en la sierra de Jabal Bah'ra. El sultán no se sentía muy a gusto con tal empresa, pero tras su anuncio, ahora se veía obligado a llevarla con éxito a su fin. La preocupación también embargaba a los hombres reunidos alrededor del Sheik Sinan.

El *hujja* recibió al Enviado y al eunuco en el recibidor circular situado en la Torre de los Ojos del Cielo, justo debajo de su despacho de trabajo, repleto a más no poder de instrumentos astronómicos. An-Nasir había obtenido un permiso para llevar a esa reunión al maestro de armas Jaluddin, sin embargo, le fue denegada su solicitud de llevar también a sus dos hombres favoritos, al-Mansur y Sayf. El eunuco comprendía las razones de esa negativa, pues de lo contrario Husain ad-Din Marzuban hubiese aparecido allí con toda su gente.

—¡Deberíamos mandarlo al infierno cuanto antes! —maldijo de inmediato Husain—. ¡Cuanto más se acerque, tanto más rígidas serán las medidas destinadas a defenderse de nosotros!

—Tanto más —dijo el *sheik* en tono sarcástico— como que tú le has demostrado que ni siquiera una cárcel ofrece protección alguna contra las dagas que tú, obrando por tu cuenta...

El Enviado titubeó sólo un instante, el tiempo necesario para comprender que no tenía sentido negar nada ante alguien como Sinan.

—La Orden del Temple debe entender que también existen ciertos límites para ella...

—¡Pero por lo visto no para ti! —lo reprendió el *hujja*—. ¡El asesinato de un hombre que no está en condiciones de defenderse es un acto cobarde e indigno de la comunidad de los asesinos!

—Por eso asumí personalmente la responsabilidad... —se defendió el Enviado—. A sabiendas de que vos no deseabais mancharos las manos.

El *sheik* se mostraba cada vez más enfadado por la rebeldía de Husain ad-Din Marzuban.

—Hasta un ciego podría ver que fuimos nosotros... ¿O acaso dejaste alguna nota diciendo que no era así? —El *sheik* estaba dejando que Husain se friera en su propio aceite, el tiempo necesario para cocinar un filete en la sartén—. ¡Volvamos a Saladino! —El *sheik* miró a su visir con rostro pensativo—. ¡Mucho más efectivo que

cualquier otro intento de asesinato sería dejarle claro a ese gobernante que no podrá protegerse del poder de los asesinos!

—¿Y cómo pretendéis conseguir eso, noble señor y maestro? —Aunque lo hacía en contra de su voluntad, la voz del eunuco An-Nasir ad-Daula sonó un tanto apocada, y eso enfurecía a Husain en su contra.

—Si, por el contrario, conseguimos matarlo —respondió Husain con acritud—, la temible fama de los asesinos se extenderá más allá de cualquier frontera.

—¡Pero no para la mayor gloria de Alá! —replicó en voz baja Sinan—. Ese Saladino es un hombre devoto, el pueblo lo ama, él constituye la esperanza del islam para expulsar a los cruzados de nuestras tierras... Además, es un hombre capaz, ¡de lo contrario no habría llegado a ser sultán!

—¿Pretendéis esperar a que él...?

—¡No! —respondió Sheik Sinan con firmeza—. ¡Pero si lo matamos, su sucesor recibirá todo el apoyo para destruirnos definitivamente!

—¡Eso no lo conseguirán! —dijo el eunuco, armándose de valor.

—En cualquier caso, eso significaría una guerra y una persecución sin fin —dijo Sinan, retomando el hilo de sus palabras—. ¡De modo que no podemos ponemos en su contra! ¡Ningún musulmán lo entendería!

—¿Y qué pensáis hacer para detener su avance? —El Enviado no pudo ocultar su sarcasmo—. ¿Enviaréis a nuestras huríes a su encuentro?

—¡Husain ad-Din Marzuban, te ruego que demuestres ser un hombre cuyo espíritu le permite comportarse de acuerdo con la situación! —Sheik Sinan sonreía compasivamente, una expresión mucho más preocupante que cualquier arranque de ira—. Las amenazas vacías serían tan poco fructíferas como las estúpidas. Tenemos que demostrarle que, en efecto, su vida está en manos de Alá, pero que nosotros estamos en condiciones de retirarle esas manos. Es preciso que nos tema sin que lo hayamos amenazado de un modo demostrable... Ni con una carta, ni con las palabras de un emisario...

—¡Con un gesto simbólico! —dijo el eunuco, a quien de pronto se le había ocurrido una idea—. ¿Os acordáis, noble señor y maestro, de la tradición persa de los adeptos del islam oculto? ¿La del panecillo recién salido del horno sobre el pecho del condenado, en señal de última advertencia?

—¡Sí! —gritó el Enviado de inmediato—. ¡Y la daga todavía cimbreante clavada en la madera del cabecero de su cama!

—De ese modo —resumió Sinan—, el hombre que acaba de despertarse sabe quién ha estado junto a su lecho mientras dormía, y que esa persona invisible ha tenido la oportunidad de enviarlo a la muerte durante el sueño.

—¿Y quién va a dejar un mensaje de esa índole en la tienda del sultán adormecido? —Por lo visto, Husain se sentía tan perdido como el propio An-Nasir, el autor de la propuesta.

—¡Yo! —dijo de repente Jaluddin con la tranquilidad de quien se siente muy seguro de sí mismo—. Yo me comprometo a dejar esa advertencia...

—¿Mientras el sultán duerme? —An-Nasir, que estimaba muchísimo a Jaluddin, inclinó pensativo su gorda y arrugada cabeza—. ¿Y los guardias?

—¡Confiad en mí! —dijo el maestro de armas, dirigiéndose a Sinan—. ¡No tenéis otra opción! —Entonces le dedicó una sonrisa a An-Nasir—. ¡Decid a vuestro noble señor y maestro que sólo el gran Jaluddin está en condiciones de coronar con éxito una empresa de esa índole!

El *sheik* lo miró fijamente a los ojos.

—*Allah maak*^[70]! —exclamó.

El maestro de maestros partió ese mismo día. A ese fin había sacado su carro de los establos de la fortaleza y ahora estaba empaquetando sus elementos de *atrezzo* con el mayor cuidado. Al-Mansur y Sayf le insistieron al eunuco para que les permitiera acompañar a Jaluddin en su viaje, pero An-Nasir se negó, primero, dándole largas al asunto, pero después con absoluta vehemencia, sobre todo cuando se lo consultó al maestro de armas y éste le respondió que estaba loco al pretender endosarle a esos dos.

—No servirían ni pizca de ayuda a la empresa, sólo podrían hacerla peligrar... ¡y en ese caso es mi cuello el que está en juego!

Jaluddin, en cambio, sí solicitó como ayudante a otra persona muy distinta, alguien que, según dijo, era incluso imprescindible: ¡la chica albina!

En un primer momento, el eunuco protestó, asustado, pero luego se dio cuenta de que Jaluddin no haría una cosa así. An-Nasir comprendió que la misión ordenada por el *sheik* estaba por encima de todo lo demás, por encima incluso de las normas del harén y del secreto tan celosamente guardado por él sobre las huríes del paraíso. Melusina era la niña de su corazón, el sueño encarnado del paraíso, la hurí perfecta, como si hubiese sido creada por el propio *sheitan*. Poner voluntariamente su vida en peligro, e incluso más, provocar su destrucción, le parecía al eunuco un crimen horrible, una prueba de Alá. An-Nasir no podía preguntarle a nadie ni hablar con nadie sobre su cargo de conciencia; tanto al-Mansur como Sayf lo estrangularían con sus propias manos si se enterasen de algo. Tenía que asumir él solo la responsabilidad. Envió a Timdal abajo para que fuera en busca de Melou y lo citó en su despacho. El eunuco le habló a la joven con absoluta claridad, sin restarle la más mínima importancia a los peligros a los que se exponía. Aquella muchacha enigmática, en cambio, sólo supo sonreír y preguntar despreocupada:

—¡¿Por qué no?!

Ella también se mostró conforme con que Jaluddin la sacara de la fortaleza en un cesto, ya que el eunuco, temeroso, quería evitar que nadie supiera las libertades que se estaba tomando y los riesgos que corría.

Eran ya las últimas horas de la tarde cuando el carro bajó la colina del fuerte de Masyaf y se perdió en las colinas boscosas situadas al otro lado del arroyo.

Durante mucho tiempo no se oyó hablar de ellos dos ni tampoco regresaron a Masyaf. Luego aparecieron algunos emisarios de las fortalezas de asesinos de Kahf y Khawabi que habían estado apostados en las laderas de la sierra de Jabal Bah'ra y en aquellos lugares por donde había pasado el sultán con su ejército, y contaron excitados que, de un día para otro, Saladino había interrumpido el ya iniciado sitio a Qadmus y se había retirado casi despavorido hacia las llanuras del litoral. El *sheik*, que había insistido en escuchar personalmente a los emisarios, aun cuando Husain y el eunuco estuvieran presentes, quiso saber si los mensajeros hallaban alguna coherencia o punto de partida para ese cambio repentino en la mente de Saladino... o si acaso todo no era más que una artimaña, una maniobra para que Masyaf, su verdadero objetivo, se creyera segura. Los emisarios, un poco cohibidos y amedrentados por la presencia en cuerpo y alma del *hujja*, dijeron que en realidad no lo sabían.

El *sheik* despidió a los mensajeros y ordenó al Enviado que los recompensara y alimentara generosamente antes de que emprendieran el camino de regreso junto a sus valientes *rafiq* en la sierra de Jabal Bah'ra.

Husain ad-Din Marzuban consideró que esa tarea era indigna de él, además de absolutamente innecesaria.

—¡Sin la abnegada resistencia de nuestros hermanos de Kahf y Khawabi —dijo el *sheik* en voz baja a fin de dar una lección al hombre que se consideraba su visir—, hace mucho tiempo que hubiésemos tenido a Saladino ante las murallas de Masyaf!

Sólo cuando estuvo a solas con el eunuco, Sinan se atrevió a preguntar, de pasada: —¿Y aún no tenemos noticias de nuestra Melusina y del maestro de armas?

An-Nasir sintió como si su corazón grasiento fuera a dar un vuelco y a caer en el *sirwal*, pues siempre imaginó que había conseguido sacar a Melou de Masyaf sin que nadie lo notara. Preocupado, negó con su arrugada cabeza.

A raíz del misterioso incidente ocurrido en su propia tienda, en medio de su campamento y rodeado de su escolta personal, Saladino no quiso correr ningún riesgo más. Se hizo construir de inmediato una atalaya para dormir, hecha de madera y provista de escalera plegable y púas de hierro, con el propósito de poder dormir despreocupadamente las únicas horas libres que, en su condición de general, tenía para descansar. Al mismo tiempo, redactó una carta de amenaza al *sheik* de los asesinos en la cual lo exhortaba a la rendición incondicional, de lo contrario arrasaría Masyaf y pasaría a espada a todos sus habitantes sin excepción. A decir verdad, el sultán se sintió entonces más inseguro que nunca antes, durmió mal y, en cada jirón

de niebla aparecido en las horas que mediaban entre la noche y el amanecer, vio misteriosas figuras que subían a su atalaya, sombras informes que se le acercaban y lo agarraban con sus manos provistas de dagas. Ordenó que encendieran antorchas y dispuso que un apretado anillo de arqueros vigilara los postes de madera de su refugio. Con las primeras luces del día, el fantasma desapareció, y Saladino envió un emisario a Masyaf para que entregara la carta al Sheik Sinan.

—¿Tienes alguna idea, Timdal, sobre los motivos por los que Jaluddin y Melou aún no han regresado a donde nosotros? —preguntó el eunuco, suspirando. El moro estaba de pie junto a la ventana, distraído mientras contemplaba al heraldo del sultán subiendo la pendiente que conducía a Masyaf, un hombre reconocible por la verde bandera del profeta que el portaestandarte alzaba con orgullo. Timdal se guardó el dato para sí e hizo como si no hubiese oído la pregunta—. El hecho de que aún no hayamos sabido nada de ellos no quiere decir... —El eunuco se aferraba ya a cualquier cosa—. ¿Habrán conseguido salir con vida?

El moro no pensó ni por asomo comunicarle al eunuco su vieja sospecha de que Jaluddin había hallado por fin otra «princesa» con la que podría realizar en las aldeas el remunerado número de la silla de montar que flotaba en el aire.

—Tal vez —murmuró Timdal—. En todo caso, tanto amigos como enemigos se refieren al Sheik Sinan como «el Viejo de la Montaña» —por fin el moro se dignaba abrir la boca—, ¡y lo hacen aterrorizados! —Timdal miró de nuevo hacia abajo; el heraldo del sultán había llegado, entretanto, a la puerta de Masyaf.

El ultimátum de Saladino desató en Masyaf un terror enorme. Aún mayor fue el miedo repentino sentido por el eunuco al pensar que algo podía haberles sucedido a Jaluddin y a Melou. El Enviado propuso que, a fin de ganar tiempo, apaciguaran al sultán enviándole algunos regalos y algunas de las hermosas huríes del paraíso. El eunuco se mostró horrorizado, y el *sheik* rechazó el plan del Enviado; en su lugar, Husain debería ponerse en marcha hacia el campamento del sultán y dejarle bien claro, de una vez por todas, que no podía ganar su batalla contra los asesinos.

Husain no podía eludir esa orden, y de inmediato le vino a la mente la horrorosa visión de Saladino usándolo a él, el portador del mensaje, para establecer un ejemplo ante una oposición tan tenaz: vio su cabeza regresando a Masyaf clavada en una lanza. En un ataque de sorda desesperación, exigió que al-Mansur y Sayf lo acompañaran en aquella misión, con la débil esperanza de que el eunuco hiciera todo cuanto estuviera a su alcance para no poner en peligro a sus protegidos.

—¡En caso de duda, ellos compartirán mi destino! —amenazó con cierto tono sombrío.

Sus cálculos, sin embargo, no salieron bien. Los dos amigos se mostraron fervientes de entusiasmo cuando oyeron que podrían formar parte de la delegación que visitaría al sultán Saladino. Con ello, el Enviado veía esfumarse su última oportunidad de escaquearse de una misión que él consideraba una condena a muerte. Rechinando los dientes, dio órdenes a los dos fedayines de hacer todos los preparativos necesarios.

En medio de esa inquietud e incertidumbre se produjo el tranquilo y casi inadvertido regreso de Jaluddin y Melou. El maestro de armas mantenía oculta todavía a la «princesa» bajo la lona del carro para averiguar primero con el eunuco cómo andaban las cosas por la fortaleza y si se había ganado algún disgusto por su larga ausencia.

—¡Disgustos no, pero sí preocupación!

Durante la noche, Melou fue introducida de nuevo en el harén. El eunuco recibió la cesta e hizo salir de inmediato a la joven. El pesado vigilante, que en realidad ya no tenía curiosidad por nada en la vida, sentía que se lo comían los deseos de saber, como un joven semental.

—¿Cómo os las habéis arreglado? —fueron las palabras que salieron de su boca—. Debe de ser tremendamente difícil...

Melusina hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¡En otra ocasión! —dijo, sin aliento—. ¡Estoy agotada! —La joven sonrió al ver el rostro decepcionado de An-Nasir—. Resulta agotador mirar todo el tiempo y con ánimo relajado las afiladas hojas de las *scimitars*... —dijo Melou con un bostezo— que los escoltas del sultán... —Melou bostezaba una y otra vez, y su voz se hacía cada vez más débil— blanden delante de tus narices...

—¡Qué emocionante! —exclamó el eunuco—. Anda, cuéntame solamente... —Entonces se dio cuenta de que la joven se había quedado dormida. Con la ayuda de Timal, la llevaron en brazos hasta el harén.

Entonces el eunuco se dirigió a Jaluddin.

—Y ahora, maestro de maestros, cuéntame qué trucos empleasteis para...

El ilusionista rió brevemente.

—¡Guardar los secretos es la virtud máxima de cada una de las célebres habilidades en las que soy un maestro! —le comunicó Jaluddin al vigilante, hizo una amplia reverencia y abandonó la habitación con los tapices de seda chinos.

El eunuco An-Nasir ad-Daula estaba en su despacho de forma octogonal, en medio de las frías representaciones de unión camal sumamente acrobáticas, escuchando lo que se decía en el saloncito de la *saida* Tamara, donde las huríes se habían reunido alrededor de la señora de la casa. El pesado vigilante podía entender cada palabra que

se hablara en el harén, pero sólo escuchaba a medias. Estaba sumamente contento de que su pequeña Melou hubiese regresado sana y salva al paraíso.

—... para demostrar al joven rey Balduino su agradecido reconocimiento por haber conseguido mantener a Saladino alejado de Alepo, el asediado sultán de los selyúcidas liberó al caballero Reinaldo de Chátillon del calabozo donde había tenido que padecer durante dieciséis años de su vida.

—¿No es ése el mismo pobre joven que ahora acaba de contraer nupcias con la viuda del príncipe de Antioquia? —preguntó la conmovida y bondadosa Shirin de inmediato.

—¡Sí! ¡Y para asombro de todos los barones del reino! —Su madre Tamara le dirigió una mirada divertida—. ¡Justamente ése, un hombre díscolo y sin escrúpulos!

—¡Un hombre, al fin y al cabo! —dijo Kira, provocando a su madre y a su hermana mayor.

—¡De Chátillon se casó de inmediato con Estefanía, la desdichada heredera de la región de Oultre-Jourdain^[71]! —dijo Tamara, poniendo fin al creciente entusiasmo de su hija más joven, tan ávida de aventuras—. Y sin dilación alguna, comenzó a asediar con fuerza a Saladino desde sus nuevas fortalezas. Asaltaba cualquier caravana que llegara procedente de Egipto o Damasco y trataba de dar un rodeo a la defendida ciudad de Jerusalén de los cristianos...

Al fondo del recibidor, envuelta en el más fino paño de Mosul, apareció, como una sonámbula, la misteriosa Melusina.

—¡... Saladino estaba furioso, ya que había acordado una tregua con el reino!

Pero eso ya no le interesaba a ninguna de las huríes.

—¡Melou! ¡Melou! —exclamaron todas, lanzándose sobre la delicada ninfa—. ¡Melou, cuéntanos de una vez cómo fue todo con Saladino en la tienda del sultán!

Melusina ocupó con ademán modesto un sitio junto a Tamara, como si buscara su protección. La *saida* le sirvió *shai ma nana*, ella bebió un sorbo y cerró los ojos. De inmediato se hizo un respetuoso silencio entre todas las vocingleras huríes.

—Hay algunas cosas que vosotras no entenderéis —dijo Melusina entonces, abriendo de nuevo los ojos para observar el círculo de jóvenes a su alrededor; Kira se sintió aludida por esas palabras y le devolvió la mirada meditabunda—. Pero no me interrumpáis por eso, pues yo tampoco conozco las respuestas a todas las preguntas. —Melou bebió otro trago del cuenco hirviendo y comenzó—: Cuando algunos pastores de paso nos dijeron que el campamento de Saladino ya no estaba muy lejos del lugar donde nos encontrábamos, nos detuvimos, el maestro me entregó un hermoso vestido, una fina daga y un *chubs*^[72] recién horneado. Me dijo que ocultara la daga en un sitio donde nadie pudiera encontrarla, para lo cual sólo existe un lugar en el cuerpo de una mujer. También me recomendó con insistencia que introdujera primero el mango. —La mera descripción bastó para provocar un cuchicheo de excitación entre las huríes; sólo Tamara sonreía a sabiendas de lo que se hablaba—. Le dije que tenía miedo de cortarme, y él lo hizo por mí. —Esta idea, invocada por

Melou con voz impasible, dejó sin aliento a sus oyentes—. El maestro utilizó el *chubs* para envolver la hoja, de modo que su filo no pudiera causar ningún daño. Así llegamos al campamento de Saladino, y Jaluddin, que estaba seguro de encontrar allí a alguna persona conocida, se tropezó de inmediato con un *haqawati*^[73] bastante entrado en años al que conocía de Damasco. Ese hombre era el narrador de cuentos de Saladino, tenía acceso a la tienda del sultán y se sintió muy conmovido con la propuesta del maestro de dar una función privada para el gobernante, pues a Saladino le encanta rodearse de artistas, ilusionistas y músicos para que lo entretengan. Así las cosas, el hombre se reunió con el *ouazir al-khazna*^[74], el gran ayuda de cámara, y acordó para esa misma noche una presentación de las artes del maestro Jaluddin.

»De modo que esperamos... A mí me pareció una eternidad, sobre todo teniendo en cuenta que apenas me atrevía a moverme a causa de la daga, cuya punta sobresalía de mi cuerpo. Yo, estremecida por la duda y el miedo, trataba de convencerme una y otra vez de todo aquello, mientras que el maestro irradiaba una serenidad increíble. —Por lo visto, Melusina disfrutaba en secreto de torturar a sus oyentes; cada vez que surgía algún cuchicheo, miraba con gesto afligido en esa dirección, y el murmullo cesaba de inmediato. Bebía su té a pequeños sorbos.

—¿Melou?! —se animó a decir Kira—. ¿No pretenderás tenernos esperando todo el tiempo que tuviste que esperar tú?

Melou no estaba interesada en llegar a ningún acuerdo con las impacientes huríes.

—En realidad, no vendría mal —dijo, rechazando las palabras de Kira—. Una cosa es esperar la narración de un hecho mientras se bebe té, y otra muy distinta esperar enfebrecida el momento de realizarla en un campamento enemigo...

—Bien... ¡No te detengas, Melou! —le insistió Kira, impasible, sin intenciones de entrar en el juego—. ¿Entrasteis esa noche en la tienda del sultán?

—Primero nos cachearon tres veces en busca de armas ocultas, luego el *haqawati* y el ayuda de cámara nos condujeron hasta el trono del sultán. Todavía tuvimos que armarnos de paciencia, pues las tamborileras y las bailarinas estaban actuando ante Saladino. Una vez ellas cosecharon su aplauso y fueron ricamente recompensadas, Jaluddin se acercó al trono a una altanera señal del gobernante.

»—¿Qué pensáis ofrecerme? —preguntó Saladino en un tono bastante amable.

»—¡No podréis disfrutar de la función que hoy tengo para ofreceros, porque antes os habréis sumido en un profundo sueño!

»Saladino frunció el ceño en un gesto malhumorado.

»—¡El sultán es siempre dueño de su vigilia y de su sueño! —le dijo el gobernante al atrevido ilusionista, pero éste no se dejó desconcertar por sus palabras.

»—Os ofrezco una apuesta, excelso señor de todos los hombres de fe; apuesto que hoy, vos os levantaréis y os acostaréis antes de pronunciar la oración de la noche.

»Saladino volvió a fruncir el ceño.

»—Apostar es cosa del Maligno, como nos enseña el profeta; además, tampoco estoy demasiado cansado.

»Saladino lo miró con cierto enfado, pero el prestidigitador no se dejó amilanar tampoco esta vez.

»—Yo podría renunciar a la apuesta, poderoso sultán, pero deberíais indicar a vuestro séquito que saliera ahora mismo de la tienda para que no sea testigo de cómo haréis exactamente lo que os he anunciado.

»La expresión afectuosa había desaparecido por completo del rostro de Saladino.

»—Me habláis con un lenguaje muy osado, maestro —dijo el sultán, conteniendo su ira—, y eso me induce a aceptar vuestra oferta, *yaafu Allah an abdeh*, y que Alá perdone a éste su servidor. He aquí una bolsa con besantes de oro^[75]; serán vuestros si tenéis razón. La única persona que permanecerá aquí será aquel nubio que veis allí. Él se encargará de separar vuestra cabeza del tronco si oye de mi boca el último sura de la oración de *al-Fatiha*, la llamada de Alá.

»Jaluddin aguardó a que todos hubiesen abandonado la tienda hasta que sólo quedó el nubio con su ancha cimitarra, cuya hoja brillaba, amenazadora, a la luz de las titilantes lámparas de aceite. Entonces hizo que me apartara de su vista, espantándose como a una cucaracha molesta y señalando, como quien no quiere la cosa, en dirección a la cortina que separaba la tienda del resto de la habitación. El maestro se presentó ante Saladino, le mostró la palma de sus manos y lo miró a los ojos. En lugar de comenzar con la oración, el sultán, que no me quitaba los ojos de encima, dijo lo siguiente:

»—¿Qué hace vuestra ayudante detrás de la cortina?

»Yo me llevé un susto de muerte, pues en un instante en que no me sentí observada, me había colado a través de la rendija y había llegado hasta el mismísimo lecho del sultán. La voz del maestro sonó tranquilizadora; era la misma voz con la que se le habla a un niño:

»—¡Os está horneando un pastel!

»¡Ésa era la contraseña acordada!

»El sultán comenzó a orar en voz baja:

»—*Al-hamdulillah rabbi al-alamin*^[76].

»Con suma precaución, fui sacando la daga poco a poco de mi cuerpo mientras oía la voz monótona de Saladino:

»—*Ar-rahmani ar-rahimi máliki yaumi ad-dini*.

»Con cuidado, liberé la hoja de la daga del *chubs*, sin estropear el panecillo, y luego clavé la daga en el cabecero de madera de la cama.

»—*Iyyákka na'budu wa iyyákka nasta inu indinás siráta'l mustaqim*.

»Coloqué el panecillo húmedo y todavía caliente sobre la palma de la mano y regresé sin prisas, con paso moderado, a la tienda principal. La voz de Saladino era ahora tan baja que ni siquiera el nubio, con sus grandes orejas al acecho, podía entender palabra alguna, pero es muy probable que todavía flotara en el recinto cierto aliento del versículo siguiente:

»—*Sirata al-ladhína an'amta alaihim ghairi al-maghdübi alaihim wa-la ad-dalin*

»Terminado éste, se hizo un absoluto silencio en la tienda. Jaluddin asintió sin apartar la vista de Saladino, y ésa fue la señal para que yo me presentara con el panecillo. Jaluddin me lo quitó de las manos y lo colocó sobre el pecho del sultán.

»—¡El panecillo está caliente! Ahora podéis levantaros, pero pensad en el *chubs*, mantenedlo caliente cuando cabalguéis lentamente hacia vuestro campamento...

»Jaluddin dio unos pasos atrás frente a Saladino, yo le sostuve la cortina y la dejé caer de nuevo cuando el sultán hubo pasado. El nubio soltó un ronco bramido de advertencia y sus blancos glóbulos oculares se salieron de sus órbitas, pero entonces el maestro volvió a aparecer ante la cortina, la apartó y le permitió al nubio, que se había acercado con gesto amenazador, echar una ojeada a su amo y señor. El criado se convenció de que el sultán dormido respiraba, colocándole delante de la boca y la nariz la mortal hoja de la cimitarra, cuyo acero de Damasco se empañó de inmediato. Satisfecho, el escolta tomó la bolsa con las monedas de oro y me la puso en la mano con una amplia sonrisa infantil. Jaluddin y yo echamos una nueva ojeada al hombre que dormía apaciblemente y vimos cómo yacía allí con el *chubs* muy apretado contra su pecho. Entonces, el maestro y su ayudante salieron de la tienda. —Dicho esto, Melusina se estiró para desperezarse y bebió de un trago su *shai ma nana*, que entretanto se había enfriado.

Sus compañeras la contemplaron como a un ser llegado desde otro planeta, ninguna se atrevió a formular ninguna pregunta a la enigmática joven, y abandonaron en silencio el camarín de la *saida* Tamara.

LA NOCHE DE LAS CAPUCHAS BLANCAS

LA FORTALEZA de Kahf, uno de los alcázares de asesinos situados más al sur, estaba enclavada en las estribaciones de la sierra de Jabal Bah'ra, del lado del mar, no muy lejos de la ciudad de Tortosa, bajo control de los templarios. El Enviado había solicitado esa nueva reunión del priorato y asumido la responsabilidad por la discreción y la seguridad del lugar propuesto. Husain había llegado en compañía de los dos fedayines Sayf y al-Mansur, quienes sólo constituían para él una molestia, por no decir una carga repugnante, a pesar de que él mismo había exigido la participación de ambos en esa misión. Fuera como fuese, el Enviado tenía que hacer una parada obligatoria en Kahf para recibir las últimas informaciones sobre Saladino, cuyo ejército estaba acampado todavía en las llanuras del litoral.

Poco después de su llegada a la fortaleza arribaron también los otros dos jinetes esperados. Ambos hicieron acto de presencia sólo después del anochecer, y los dos iban vestidos, como era de esperar, con capuchas blancas. Su nutrido séquito quedó fuera de las puertas del alcázar. El Enviado los recibió en persona y los acompañó solícitamente hasta el sótano abovedado donde estaba previsto llevar a cabo la reunión. Husain había dejado en manos de los *rafiq* de Kahf el cuidado de sus dos acompañantes, Sayf y al-Mansur.

Los dos encapuchados tomaron asiento. Sólo por su voz cortante, Husain había reconocido de inmediato al *magister venerabilis* del priorato, pero sentía curiosidad por saber quién se ocultaba bajo la otra capucha blanca. Sin embargo, no era de su incumbencia formular tal pregunta.

—El hermano Gerardo de Ridefort —dijo el *magister*, satisfaciendo de inmediato sus ansias de saber— ha ingresado recientemente en la Orden del Temple. —Hizo una pausa muy significativa y luego continuó—: El priorato se ha ocupado de que este eficiente caballero ocupe en un plazo muy breve el puesto de senescal. Con ello ya nada podrá interponerse en su carrera futura —dijo con desenfado, pero de sus palabras podía inferirse el valor que otorgaba a que éstas fueran acogidas con la debida atención—. Ahora decidme, hermano Husain, ¿cuánto habéis avanzado en servicio de nuestro *opus magnum* común? ¿O acaso debería decir de vuestras propias ambiciones?

Al Enviado no le gustaba en lo absoluto que alguien lo tomara del brazo.

—¡Estoy aquí por encargo de mi orden, en calidad de emisario y camino de encontrarme con Saladino, para aclararle al sultán de una vez por todas que no puede hacer nada contra los asesinos y que haría mejor en disculparse con nuestro *hujja* por haber atacado nuestro territorio! —Orgullo y amor propio era lo que dejaba traslucir cada palabra de Husain.

—¡Los asesinos no se atreverían a usar ese lenguaje tan osado con los templarios! —dijo, sin mucha convicción, el nuevo hermano Gerardo—. ¡Pero me gusta!

—¡Eso me llena de gozo! —resonó la voz del *magister venerabilis*—. Sólo desde el respeto mutuo podremos establecer una colaboración fructífera.

—Lo que todavía debemos verificar —explicó secamente el hermano Gerardo— es cómo habrá de insertarse la secta de los asesinos en nuestro Estado futuro formado por las órdenes.

El Enviado se había quedado sin habla ante este giro de la conversación, por lo que el *magister* puso una mano apaciguadora sobre su brazo, pues conocía muy bien la naturaleza explosiva de su interlocutor.

—¡El hermano Gerardo es a veces muy amigo de las bromas pesadas! —dijo—. ¡Es su manera de acaparar el reconocimiento! —el *magister* acalló el murmullo de protesta del templario—. Al hablar de un «Estado formado por las órdenes» se refiere, por supuesto, al dominio soberano del priorato —con la otra mano, dio unas palmaditas de ánimo en el hombro del templario recién acogido en la hermandad—; ¡y puesto que ahora prefiero explicarle esto en privado a nuestro amigo, el hermano Husain, os recomiendo, hermano Gerardo, que os toméis un momento y contempléis la luna sobre las murallas de esta hermosa fortaleza en la que sois huésped de la secta de los asesinos! —En vistas de que el estirado Ridefort todavía no parecía sentirse muy a gusto con esa sugerencia, el *magister* añadió fríamente, con el tono de un maestro que expulsa a su atento alumno de una sesión de ejercicios espirituales—: ¡Ahora podéis dejarnos a solas!

Mascullando algo entre dientes, pero con la cabeza erguida, el templario reprendido salió del sótano abovedado de Kahf.

Sayf y al-Mansur eran el centro de atención de los jóvenes *rafiq* de Kahf. El solo hecho de ser oriundos de Masyaf, miembros de la comunidad de elegidos a los que, con ayuda de la suerte, les eran confiadas «misiones» de envergadura —la aspiración máxima de cualquier fedayín—, los rodeaba con el aura de los héroes, y el hecho de que, por si fuera poco, ahora estuvieran camino de reunirse con Saladino (algo a lo que los dos amigos intentaban restar importancia) les parecía a sus oyentes como un milagro hecho realidad. Algunos intentaron tocarlos como si de dos talismanes se tratase. Pero el júbilo no tuvo límites cuando Sayf sacó de su equipaje el basto rollo de paño y extendió lentamente ante los ojos de sus jóvenes admiradores el «sudario» de lino y, por último, les mostró las tres dagas enfundadas una dentro de la otra. Ninguno se atrevió a tocarla por puro respeto. Al-Mansur tuvo que cogerlas en sus manos y demostrar ante ellos la manera en que se las presentaría al sultán. Sayf acababa de colocarse junto a su amigo, con el sudario anunciador de la muerte doblado sobre el brazo —un instante en que todos los presentes contuvieron la respiración—, cuando una silueta vestida de blanco apareció en el fondo con una alta capucha puntiaguda que le ocultaba íntegramente el rostro, excepto los ojos.

—¡Es un *jinn*, un espíritu! —murmuraron algunos, temerosos, pero Gerardo de Ridefort no tenía absolutamente ningún interés en ser visto como un fantasma, sobre todo teniendo en cuenta que había visto aquella escena como una rara charada, cuyo sentido, al no estar familiarizado todavía con los ritos de los asesinos, le resultaba oscuro. El templario no sólo era un hombre sin miedo, sino alguien a quien le gustaba atacar de inmediato con la palabra.

—¿Qué os proponéis hacer con esos cubiertos de mesa? —preguntó aquella voz ronca, señalando sin respeto alguno las tres dagas.

En ese momento debió de escapársele el efecto de su propia mascarada, pues en lugar de indignación lo que cosechó de Sayf fue una sonora carcajada.

¡Son las dagas que clavamos en el corazón de nuestro enemigo! —le explicó al-Mansur, con voz solemne, al hombre vestido de blanco—. ¡Si la primera falla su objetivo, aparecerá la segunda! —Mientras lo decía, al-Mansur no perdía de vista, a la figura encapuchada; la risotada se había diluido y dado paso a cierta tensión.

—En muy raras ocasiones —añadió Sayf—, es necesario hacer uso de la tercera daga, a menos que se trate de templarios demasiado obstinados —dijo sosteniendo a la altura de las oscuras aberturas de los ojos del intruso el sudario de lino—. ¡Pero incluso ellos tienen asegurado su sudario!

Gerardo no sabía cómo reaccionar; ninguno de aquellos jóvenes podía haberlo reconocido, no obstante, no se sentía a gusto embutido en aquel disfraz. Era cierto que él mismo había insistido en llevarlo, pues no deseaba ser visto como miembro de la Orden del Temple en una fortaleza de asesinos. Sin embargo, ahora tenía que admitir que lo despojaban de su identidad, pues le habría gustado presentarse ante aquellos mozalbetes como caballero templario y les habría censurado esas atrevidas expresiones en lugar de permitir que lo cubrieran de escarnio como a un espantajo. Para gran alivio suyo, un *rafiq* se acercó entonces a al-Mansur y le susurró algo que el templario pudo oír muy bien: él y Sayf debían acompañar al huésped de regreso a la bóveda a la que todos los habitantes de Kahf tenían estrictamente prohibido acercarse debido al encuentro planeado por Husain. Sin decir palabra, casi con sentimientos de culpa, se inclinaron ante la blanca figura, que los siguió sin poner ninguna objeción.

Dejaron al extraño huésped en la entrada de la bóveda subterránea, y ya se disponían a emprender el regreso cuando Sayf tiró de la manga a su amigo y le señaló una escalera de piedra que al parecer conducía a un pasadizo oculto situado tras los pilares de aquel recinto. En efecto, a través de ese pasillo llegaron a un lugar en el que había una abertura en el techo que, si bien no les permitía la visión en el interior de la habitación situada debajo, sí les dejaba oír con claridad cualquier palabra que allí se dijera.

—El territorio que hemos elegido —dijo una voz desconocida y metálica que denotaba que su dueño era una persona acostumbrada a dar órdenes en lugar de recibirlas— se extiende desde las fronteras de Antioquia y abarca toda la sierra de

Jabal Bah'ra y una buena parte del Líbano, incluidos los territorios situados ante las propias puertas de Beirut...

—Con lo cual habréis derrocado *de facto* al actual condado de Trípoli —constató el Enviado con gran objetividad, aunque, a juzgar por su voz, no parecía muy reconfortado—, eso os acarrearé algunos enemigos, y el primero de ellos...

La voz que impartía las órdenes lo interrumpió con acritud.

—Los enemigos no cuentan —dijo, aleccionando al Enviado—, ¡sólo cuenta la voluntad del Creador! —El hombre hizo una profunda inspiración para dejar salir su malhumor—. Ocupaos primero, hermano Husain, de que los asesinos de Masyaf no sigan siendo dominados por ese jeque de los constantes equilibrios y rodeos, sino por un hombre cuya ambición...

—De mí no vendrán las dificultades —dijo Husain, esforzándose por recoger el guante—. El actual *hujja* es un obstáculo fácil de eliminar.

Los dos amigos se miraron significativamente. Ambos escuchaban sin aliento la extraña conversación que se desarrollaba entre aquellos hombres.

—Pero también el nuevo miembro —dijo una voz ronca que Sayf y Víctor reconocieron de inmediato como la de su «fantasma»— tiene que tener claro que los templarios jamás...

—Hermanos míos —dijo el que por lo visto llevaba la voz cantante, reprimiendo la disputa que estaba a punto de aflorar de nuevo—, todavía transcurrirá algún tiempo hasta que el hermano Husain haya ocupado el lugar de Sheik Sinan y vos, hermano Gerardo, hayáis sido elegido como sustituto del actual gran maestre^[77] en funciones...

—Nuestra nueva estructura de Estado, que se apoya en dos fuerzas que no han tenido el mismo desarrollo histórico, debe ser capaz de mostrar las cualidades del camaleón: según sea la situación política, el priorato pondrá de manifiesto o bien el aspecto cristiano o el islámico. Pero antes tenemos que acercamos un paso más al territorio necesario para ello.

—En ese caso, quizá el hermano Husain debería ocuparse de erradicar de una vez por todas a todo el clan dominante en el condado de Trípoli —propuso el fantasma con una voz aparentemente amable.

—Mi misión actual me llevará en los próximos días hasta el sultán Saladino —respondió el Enviado, rechazando la propuesta—, y desafortunadamente ni siquiera el priorato puede echarnos una mano en ello, a menos que se ocupe de que los templarios no nos sigan...

—¡El caso fue llevado ante el consejo de sabios! —interrumpió el hombre de la voz metálica el lamento que se avecinaba, pero Husain no se dejó sacudir tan rápidamente.

—Entonces decidme, por favor, cuál es en realidad el mérito de los templarios si ni siquiera... —el tono del Enviado se volvía cada vez más cortante.

—*Silentium!* —resonó la voz del otro, como una fanfarria—. ¡No me forcéis a dar por terminada esta reunión!

Los dos amigos ya no pudieron oír si la amenaza tuvo por fin su efecto. Para no ser descubiertos si se daba el caso de una retirada repentina de los participantes en el encuentro, al-Mansur y Sayf descendieron los escalones sin hacer ruido y se alejaron del lugar. El Enviado debía encontrarlos durmiendo en sus catres, pues el plan era continuar al día siguiente bien temprano el viaje al campamento de Saladino.

A primera hora de la tarde, el Enviado fue llevado ante el sultán Saladino. Lo flanqueaban, en esa ocasión, al-Mansur y Sayf. Ambos llevaban, llenos de orgullo, las insignias de un emisario de los asesinos: las tres dagas enfundadas y el sudario doblado, pero cuando traspasaron el umbral de la tienda del sultán y divisaron a los imponentes guardias de la escolta, que al verlos empuñaron las relucientes cimitarras con lentitud autosuficiente, sintieron miedo. Husain ad-Din Marzuban no dejó entrever la tensión que lo embargaba, y se inclinó ante Saladino en silencio y con un gesto discreto. Al sultán le pareció apropiado dirigir la palabra a Husain, y lo hizo pasando revista brevemente y con una mirada irónica a sus dos acompañantes.

—Veo que vuestro *sheik* por fin ha comprendido mi invulnerabilidad, de lo contrario, sus amenazas vacías no se hubiesen limitado a los símbolos de su antiguo poder...

—Si aludís, noble sultán, a las líneas que os han...

—¡... a lo que ha dejado un infame ilusionista! —lo interrumpió Saladino con acritud desdeñosa—. ¡Y cuyo contenido no conoce nadie que ame su lengua!

—Las vías y los recursos de los que se sirve nuestro *sheik* se ajustan a las circunstancias modestas de que dispone el *hujja* de los asesinos. —Husain no se dejaba amedrentar, aunque al principio así lo pareciera.

Satisfecho, el sultán se apoyó en el sillón de campaña que le servía de trono.

—Yo, en cambio, que estoy al mando de un ejército invencible, puedo fiarme de la incondicional... lealtad de mi escolta —dijo señalando con complacencia a la media docena de hombres musculosos armados con cimitarras que lo rodeaban formando una media luna—. ¡Estos hombres cortarían en pedazos a cualquiera que se atreviese a levantar su mano contra mí!

Dicho esto, miró al Enviado al rostro con gesto desafiante, pero el observado le sostuvo la mirada.

—Yo en su lugar, noble sultán, no estaría tan seguro —Husain hablaba serenamente, con precaución—, ¡y no me fiaría de nadie!

Saladino sonrió con cierta compasión hacia el Enviado y su pequeño séquito.

—Si queréis una prueba de la fidelidad de estos hombres, podéis echar mano a una de esas tres dagas que os han permitido introducir en mi tienda.

En ese momento también el Enviado se permitió esbozar una sonrisa.

—¡Nada de eso es necesario! —dijo, apartando su mirada de la escolta—. Permittedme tan sólo que haga una pregunta a los hombres que os protegen...

El sultán asintió con un gesto, no sin cierta arrogancia, y miró fijamente a aquel atrevido que osaba dudar de su palabra.

—¡Que levante su espada quien esté dispuesto a matar al sultán aquí mismo! —ordenó Husain con voz serena.

Sin vacilar, tres cimitarras se alzaron silbando en el aire, mientras el resto de los hombres de la escolta quedaban como petrificados. ¡Saladino sintió un miedo terrible! Profundamente asustado, buscó las palabras apropiadas. Entonces les ordenó a todos los consejeros que salieran de la tienda, antes de seguir hablando.

—Informad a vuestro Sheik Sinan de que le pido perdón —dijo, e hizo una breve pausa para reflexionar—, y si bien no puedo ni deseo reclamar su amistad, sí quiero, a partir de ahora, no hacerle más la guerra... ¡Y confío en que él me pague con la misma moneda!

El Enviado hizo una respetuosa reverencia.

—Os aseguro, noble sultán, que mi señor, Sheik Sinan, recibirá con alegría este mensaje y se atenderá a lo que vos le proponéis —Husain se dio media vuelta con intenciones de marcharse; hizo una señal a los tres escoltas que habían atendido a su pregunta y les pidió que abandonaran la tienda del sultán con él y con sus acompañantes. Tranquilos, atravesaron el campamento y emprendieron el camino de regreso a la fortaleza.

A la mañana siguiente, Saladino interrumpió su campaña y se retiró de las montañas de los asesinos. Masyaf podía tomarse un respiro.

En el observatorio de la Torre de los Ojos del Cielo, el *hujja* recibió a su recién nombrado visir Husain ad-Din Marzuban. Sinan se había dejado convencer de buena gana para otorgar este título; en primer lugar, para honrar la sin duda exitosa misión del Enviado, y en segundo lugar, porque con ese título sustituía el estatus especial de un «Enviado» de Alamut por un rango cuyo otorgamiento estaba única y exclusivamente en sus manos.

—Ahora existe un acuerdo de protección mutua entre nosotros y el sultán Saladino —Husain comenzaba presentando sus consideraciones al *sheik*—. Pero ese acuerdo sólo incumbe a su integridad física, y quizá también la de su corte. —Sinan lo dejaba hablar—. Pero no al visir de su enemigo, el sultán Malik^[78] de Alepo. Sin embargo, sabemos que ese hombre conspira en secreto con Saladino.

La mirada de Husain ad-Din Marzuban reclamaba el reconocimiento de su *sheik*, pero éste se mostraba muy poco interesado. El Enviado, sin embargo, no desistió.

—Si Alepo, por el contrario, estuviera en manos del sultán Saladino, eso lo convertiría en el amo indiscutible de Siria, y nosotros seríamos su presa fácil... ¡Con alguna que otra tregua!

Husain no estaba completamente seguro de esa conclusión, y Sheik Sinan dedicó una sonrisa al hombre que dudaba.

—¿Y ante ese hombre quieres inclinarte, Husain? —El rostro del *hujja* no reveló si compartía o no la opinión del Enviado—. ¿Por qué iba el sultán a olvidar la lección que tú mismo le has dado?!

—¿Y por qué deberíamos nosotros perdonar a un visir de cuyos planes no podemos esperar nada bueno?!

—Porque de ese modo podríamos poner a Malik en nuestra contra —le informó el *sheik*—, a menos que tengas pruebas de las maniobras traidoras de su más alto dignatario.

Husain guardó silencio.

—Creo, Husain ad-Din Marzuban, que tu empresa crea una mayor preocupación y probablemente todavía nos depare algunas contrariedades, en lugar de esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

El Enviado cedió, pero no sin mostrar su decepción.

—Bien, si opináis que es imprescindible actuar ahora, ¡tenéis plena libertad!

Husain miró con asombro y admiración a su *sheik* y sonrió con sarcasmo.

—¡Os agradezco la confianza depositada en mí! —dijo, inclinándose brevemente, y salió del observatorio.

Sinan abrió una puerta en el panel y dejó entrar al eunuco, que resollaba.

—Te conozco bien, viejo amigo, y sé que no se te ha escapado ni una sola palabra.

—Husain estaba tan seguro de su victoria —dijo An-Nasir, resoplando— que se acercó a Sayf y al-Mansur y les propuso participar también en la expedición a Alepo.

—Ni soñarlo —replicó el *hujja* de inmediato con absoluta severidad, y el gordo se apresuró a asentir.

El viejo *kabir at-Tawashi* estaba satisfecho.

—Para ese atentado al visir de Alepo que vos acabáis de autorizar sin dar el visto bueno para ello —continuó An-Nasir—, el Enviado empleará a los tres fedayines del círculo más íntimo de la escolta del sultán a los que les pidió revelar su identidad como asesinos.

—¿Por qué no? —dijo el *sheik*, y con esas palabras despidió al eunuco.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Tal como ha planeado nuestro señor visir, los tres escoltas desenmascarados, después de haberles sido negada la oportunidad de derramar la sangre de Saladino, ahora tienen por lo menos una ocasión de

demostrar su habilidad y su entrega como vuestros fieles y devotos fedayines con un hombre de confianza del sultán. Estos tres agraciados entraron en Alepo por separado, hallaron una forma de entrar en el palacio del visir y, en las tempranas horas de la mañana, cuando el gobernante todavía dormía, se deslizaron en sus aposentos y lo apuñalaron. Los centinelas, que se dieron cuenta demasiado tarde, consiguieron matar a uno de los fedayines después de una feroz resistencia de éste, mientras los otros dos eran reducidos y apresados. El gobernador de la ciudad, que jamás ha sentido una especial simpatía por nosotros, ordenó que al día siguiente los torturaran y ejecutaran públicamente, para de ese modo dar una oportunidad a Malik, su señor, de cambiar de parecer respecto al modo de actuar con los malhechores.

Malik aplazó el proceso durante tres días, no con el propósito de indultar a nuestros hombres, pero le hizo saber a su gobernador que debía renunciar a la tortura, no fuera a ser que los dos torturados confesaran en público que el sultán Saladino había promovido su fechoría. Los tres condenados aprovecharon muy bien este aplazamiento la noche antes de la ejecución, sobre todo a la vista de los instrumentos de tortura que les fueron mostrados tanto a ellos como al público presente.

Esa noche el Enviado puso en práctica un plan que seguramente no acordó con vos. Envió otra tropa de asesinos a Alepo. No sé cuál era su propósito. Cuando conozca el resultado de este paso que a mí me parece bastante irreflexivo, os informaré de inmediato al respecto.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

Desde hacía varios días, Sayf y al-Mansur estaban acampados junto a otros *rafiq* elegidos por el Enviado en un bosquecillo no muy lejos de Alepo, después de que consiguieron mezclarse con otros fedayines que partían de Masyaf. El Enviado, por supuesto, lo sabía, y para él significaba un triunfo no poco significativo el haber conseguido burlar a An-Nasir, su viejo detractor. Todavía rabioso por los acontecimientos en la ciudad, que no habían transcurrido como él había imaginado, Husain controlaba personalmente su reserva oculta.

—¿Qué? ¿Estáis satisfechos?! —preguntó dirigiéndose a los dos amigos, que permanecían en estado de alerta apartados del resto. Su voz no dejaba traslucir ningún afecto, y para no dar pie a ninguna falsa impresión, añadió con mordacidad—: Como bien sabéis, el hecho de que participéis en esta empresa corre por vuestra cuenta y riesgo —les dijo—, ¡pues no ha sido algo acordado con el *hujja*!

Al-Mansur sólo había levantado la vista brevemente hacia él.

—Ésa es, quizá, una de vuestras debilidades más conocidas, Husain ad-Din Marzuban —le respondió al-Mansur, esforzándose por escoger muy bien sus palabras —, la de involucraros en empresas que no han recibido la aprobación de Sheik Sinan —en ese momento, al-Mansur bajó la voz—, sino que van dirigidas contra su liderazgo y contra su persona.

—¡Estáis atentando contra la vida del *hujja*, Enviado! —estalló Sayf, que a diferencia del sereno al-Mansur, se había puesto en pie de un salto, alterado.

Husain observó a los dos fedayines enojados como una mangosta alerta contempla a una cobra que silba. En vistas de que la mano de Sayf no empuñó la daga que siempre llevaba dispuesta en su faja, el visir se limitó a dirigirle una mirada llena de odio y mantuvo la cabeza despejada.

—¿Cómo se te ocurre tal cosa?! —preguntó, impaciente, dirigiéndose a al-Mansur, no porque lo estimara más, sino porque era el único que se había mantenido tranquilo—. ¿Me gustaría saber qué te ha hecho abrigar esa absurda sospecha!?

—¡Os gustaría ver cómo nos arrojan de las murallas! —dijo Sayf, indignado, pues se daba cuenta de que se había precipitado de un modo peligroso, y ahora se mordía la lengua para no revelar nada de lo que habían oído en Kahf.

Los dos amigos guardaron silencio.

El Enviado balanceó sin darse cuenta su cabeza cuadrada, mientras las ideas de venganza comenzaban a dar vueltas en su cerebro.

—Está bien... Olvidaré este incidente —dijo en un tono como el que se percibe en algunos enfermos mentales—, y lo atribuiré a la tensión con la que todos esperamos aquí el momento de entrar en acción. —Se dio media vuelta para marcharse—. ¡Partiremos en cuanto se ponga el sol!

Con cierta preocupación, al-Mansur tomó nota de que el mando de la tropa de Husain estaba a cargo de tres fedayines ciegamente devotos del Enviado: Omar, Tarik y Rashid, a los que llamaba su Banda de los Tres. Con la ayuda de los numerosos miembros de la comunidad de ismaelitas que vivían clandestinamente en la ciudad, los elegidos del Enviado aprovecharon la circunstancia de que tanto la guarnición como el pueblo estaban distraídos por el anunciado espectáculo de la ejecución, y se infiltraron en Aleppo de noche y sin llamar la atención.

—¿Imagino que tendrás claro, querido Sayf, que el peligro que nos amenaza no es tanto el de ser atrapados por los guardias y los esbirros de Malik, como que seguramente la Banda de los Tres ha recibido órdenes de ocuparse de que nos quedemos en el camino?!

Sayf le dio la razón a su amigo.

—¡Tenemos que estar alertas!

En vistas de que la extrema vigilancia impedía que los tres condenados pudieran ser liberados con un golpe, se dio la orden de provocar incendios en varios puntos de la ciudad, los cuales amenazaron de inmediato con propagarse rápidamente formando una devastadora tormenta de fuego. En medio de la agitación y el alboroto, Sayf y al-Mansur se sintieron acosados todo el tiempo por Omar, Tarik y Rashid, quienes los obligaban a adentrarse en rincones oscuros, una encerrona que fue aumentando cada vez más, ya que, por lo visto, sus perseguidores tenían planes de cumplir definitivamente con su encargo. En esa terrible situación, a los dos amigos no les quedó otra alternativa que meterse en la mismísima boca del lobo: la ciudadela de Alepo. Al gobernador de la ciudad, que de inmediato captó las intenciones de aquellos agresores invisibles de crear la confusión general para luego apoderarse de los candidatos a muerte, no se le ocurrió en ningún momento que alguien pudiera estar tan loco como para encaminar sus pasos voluntariamente hacia las proximidades del verdugo. Así las cosas, se había duplicado el número de hombres en las murallas de la fortaleza, situada en un cono montañoso en medio de la ciudad, pero no se había extremado la vigilancia en el edificio de la puerta de entrada, que contaba con triple protección y se la consideraba inexpugnable. De ese modo, Sayf y al-Mansur llegaron adentro sin que nadie se percatara de su presencia, y marcharon con paso decidido por el interior de la ciudadela. Alcanzaron el patio de la prisión justamente cuando el gobernador, que ya no tenía ganas de correr riesgos innecesarios, ordenó deshacerse sin más demora de los condenados. Ante los ojos de los dos amigos, el verdugo les separó las cabezas de los cuerpos a ambos *rafiq* de la escolta del sultán. Cuando más tarde se dio la orden de iniciar sin tardanza la cacería de los asesinos y los incendiarios que habían penetrado en la ciudad, Sayf y al-Mansur decidieron permanecer en ese lugar seguro hasta que hubiese pasado la tormenta. Lamentando grandes pérdidas, los hombres del Enviado fueron expulsados de nuevo de Alepo y se batieron en retirada de regreso a Masyaf. Como Rashid le había informado a su señor de que los dos fedayines perseguidos no habían vuelto a salir de la ciudadela, el lugar hacia donde los habían obligado a escapar, el Enviado dio por sentado que Sayf y al-Mansur habían caído en manos del gobernador y que habían pagado —por fin— su imprudencia con la vida. A medida que imaginaba cómo disfrutaría comunicándole al eunuco este infortunio en tono respetuoso, los dos hombres perdidos regresaron de repente a Masyaf, para gran enfado de Husain.

EL CASTIGO

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Ha sido hoy cuando me he visto obligado a constatar, incitado por el Enviado, que al-Mansur y Sayf no habían obedecido vuestras órdenes y habían participado en esa expedición. Husain ad-Din Marzuban se hizo el desentendido, y tuvo incluso la desfachatez de denunciar la participación de los jóvenes ante vos.

Puedo entender, noble señor y maestro, que tenéis que exigir una obediencia y una disciplina incondicionales, sobre todo ahora que, una vez más, pesa sobre nosotros una exigencia aún más drástica de los templarios para que paguemos nuestros tributos. ¡Por si acaso no ha llegado aún hasta vuestros oídos quién nos trajo esa carta de la orden, debo deciros que fue Gernot du Ferbac, uno de los dos gemelos de Montmor y hermano mayor de nuestro al-Mansur! Ingresó hace poco en la Orden de los Caballeros del Templo de Salomón^[79], y parecía más que satisfecho de poder hacer llegar personalmente ese ultimátum.

Entiendo que al-Mansur y Sayf deben ser castigados por su manera de proceder, pero yo pregunto: ¿es necesario que sea precisamente el Enviado el hombre a quien se ha confiado poner en práctica ese castigo? Teniendo en cuenta el papel ambiguo que ha desempeñado en todo este asunto, debemos temer seriamente que ahora irá demasiado lejos a la hora de aplicar el castigo de esos dos atrevidos. Como vos y yo sabemos, noble y justo señor y severo maestro, el corazón del Enviado, si bien no de odio, sí está lleno de envidia y de celos respecto a al-Mansur y a Sayf, y no dejará escapar la oportunidad de torturarlos y humillarlos hasta el límite mismo de lo soportable... ¡Y yo sólo puedo apelar a vuestro buen criterio y vuestra infinita bondad!

Vuestro devoto servidor,

An-Nasir

PD: Entiendo que vos estéis buscando una salida para eludir la amenaza de los templarios que pesa sobre Masyaf, pero sé incluso algo más. Me parece una jugada genial apostar por Raimundo de Trípoli, ya que él no es solamente el regente del reino del joven Balduino, sino también un acérrimo enemigo de los templarios. También puedo entender los motivos por los que me habéis elegido a mí para llevar a cabo esa misión, después de que hayáis cambiado un ápice vuestra disposición respecto al castigo de

al-Mansur y de Sayf y tampoco os hayáis dejado conmovido por vuestro fiel servidor. ¡Quizá responde a la sabiduría de Alá que yo no esté presente en este momento, en que mi corazón se encoge dolorosamente y pesa demasiado sobre mi alma!

Me consuela que queráis protegerme en mi viaje y que «no sea reconocido». ¡Sin embargo, el anuncio de comparecer como emisario oficial me dota de todas las insignias del poder del «Viejo de la Montaña», pues si en algún momento tuvierais el deseo de «salir de lo oculto», yo quisiera ofrecer un radio de acción que sea digno de vos! Siguiendo vuestra sugerencia, me haré acompañar por Jaluddin. El conde Raimundo ha fijado su residencia en Acre, una fortaleza de la orden de los hospitalarios. ¿Podríamos confiar quizá en que la elección del lugar para este encuentro secreto es un indicio de solución de nuestros problemas?

Husain ad-Din Marzuban yacía junto a su mujer, o más bien estaba sentado junto a ella, con la cabeza apoyada en un cojín, mirando fija y pensativamente la llama del *misbah*^[80] de tres brazos.

Tamara había intentado dormir, pero debido a la inquietud de su esposo, no pudo conseguirlo, aunque se había apartado hecha un ovillo hacia un lado para evitar que la luz la molestara.

—¿Qué voy a hacer con esos chicos? ¡El viejo lo tiene fácil volviéndose otra vez «invisible» y dejándolo todo en mis manos! —así se quejaba el Enviado, más por su propia situación que por los remordimientos sobre la forma y la dureza del castigo. Quizá a su mujer se le ocurría alguna idea útil.

—Encerradlos en los calabozos, con poca comida y, sobre todo, separados el uno del otro —murmuró la *saida* de mala gana—. ¡Eso sería un castigo más que suficiente para ambos!

—¡Eso no le haría nada ni a Sayf ni a ese tal al-Mansur! —dijo el Enviado, rechazando la propuesta de Tamara—. Aun si hiciera que los azotaran —dijo en tono sombrío—, aceptarían el castigo con alegría como muestra de veneración por su *sheik*, porque saben que no carecerán de respeto, y por ello están dispuestos a sacrificarse.

—¡Haced, entonces, que el castigo sea más suave, de lo contrario, muy pronto el castrado os reprochará de nuevo motivos personales! ¡Además, no es una cosa digna de vos, no por su excesiva severidad, sino porque es algo absolutamente falto de imaginación! —Tamara desistió de poder dormir en un tiempo prudencial, por eso se incorporó—. ¡Además, vuestras propias hijas os convertirían la vida en un infierno!

—¡De eso sólo tú tienes la culpa, mujer! —gruñó Husain—. Has convertido el harén en un *mak'ha shai*, un indiscreto salón de té en el que las jóvenes, en lugar de

convertirse en virtuosas huríes, se transforman en mujeres ávidas de aventuras y de mente ligera, con la cabeza llena de pájaros, ¡y de hombres!

—¿Y qué hacer cuando su dueño y señor, nuestro *hujja*, no hace uso de la oferta que el harén pone a su disposición? —Tamara se mostraba rebelde, pero el Enviado no quería comenzar ahora con esa discusión.

—¡Y cómo iba a hacerlo! ¡Toma el ejemplo de tu hija menor, esa vergüenza de mi casa! ¿Acaso no la aman dos hombres a la vez? ¿No me digas ahora que Sayf y su compinche no se vuelven locos por ella, tan depravada cómo es?

Tamara lo miró fríamente.

—Jamás os habéis merecido tener una hija como Kira, eso sí es cierto —respondió con sarcasmo—. ¡Nunca os habéis mostrado digno de ser el padre de una hija tan extraordinaria! ¡Yo estoy orgullosa de Kira! —añadió en tono triunfal—. Aun cuando no corresponde a los hechos eso de que ella vuelva locos precisamente a esos dos fedayines, ya que tanto al-Mansur como Sayf están perdidamente enamorados de otra, obsesionados con...

—¿Con quién? —insistió Husain con expresión inquisitorial, pues le tocaba su honor de hombre que alguien pudiera preferir a otra en lugar de a una mujer de su propia sangre.

—¡Melusina du Ferbac!

El Enviado habría esperado cualquier otro nombre, pero no el de esa criatura tan extraña y singular que, en realidad, no era una mujer propiamente dicha.

—¡Pero si es hermana de al-Mansur! —dijo con indignación, pues se sentía realmente asqueado.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Tamara en tono burlón—. Si yo tuviera hijos... hombres de verdad, fuertes... —El Enviado no sabía nunca cuán en serio hablaba su mujer.

—¡Tamara! —ladró—. ¡Eres la verdadera serpiente del deshonor en ese paraíso!

Husain no estaba realmente indignado, mucho menos afectado; conocía a su mujer, y a ella le encantaba provocarlo hasta que le hirviera la sangre. Él aceptaba el juego para satisfacerla, pero en realidad sus pensamientos comenzaban a circular lentamente, como un camello alrededor de la rueda de un molino, bajo la cual los granos individuales de lo que había experimentado hasta entonces debían ser aplastados y convertidos en una corrosiva e indigesta papilla venenosa. La contentadiza bestia de labores comenzaba a trabajar a plena capacidad, ¡no en balde él llevaba el apodo de «el Enviado» como un título! Husain se apartó de su cojín, dio la espalda a su mujer y esperó a que le llegara la inspiración correcta.

Los tres *sayadun*^[81] del Enviado, la Banda de los Tres, como la *saida* Tamara llamaba a los tres fedayines incondicionales a su marido, Omar, Tarik y Rashid, capturaron primero a al-Mansur y luego a Sayf, en el momento preciso en que los dos no estaban juntos, y los llevaron por separado a los calabozos situados en las profundidades del castillo; todo esto sin dar ninguna explicación. Cada uno de los dos

amigos era consciente de que el «castigo» del Enviado había comenzado y que ahora sólo podían enfrentarse a él con serenidad y hasta con contento. Aunque los habían encerrado en celdas diferentes, estaban a una distancia que les permitía hablar entre sí, con lo cual bromeaban y se daban ánimos mutuamente. ¡Husain ad-Din Marzuban no se atrevería a torturarlos, pues todavía estaban bajo la protección del Viejo de la Montaña!

En el pasillo que conducía a los aposentos del eunuco, Husain ad-Din Marzuban se lanzó sobre el inocente moro como un buitre se lanza sobre su presa. El Enviado había estado buscando a Tindal. Lo llevó consigo hasta la corona de la muralla, a un sitio desde el cual podía verse, a través de las almenas, la miserable fortaleza de Montmor. En Masyaf las paredes tenían oídos, especialmente porque Husain no sabía si el Viejo de la Montaña todavía residía en la fortaleza o si, como se había anunciado, estaba recorriendo el país.

—El viejo caballero de ahí enfrente —dijo el Enviado señalando Montmor—, el caballero Roger du Ferbac, se lleva bastante mal con su familia. Su hijo más joven y su única y amada hija huyeron de allí y acudieron a nosotros, y aquí fueron acogidos como fedayín y hurí del paraíso, respectivamente. En cuanto a los dos hijos mayores, los gemelos, uno de ellos, el corpulento Gernot, se ha puesto al servicio de los malditos templarios, mientras que el otro, el más débil y a la vez astuto Valerian, le ha hecho la faena a su padre al plantearle su deseo de alistarse precisamente en la orden de los hospitalarios. ¡El anciano se puso tan furioso que lo molió a palos!

Hasta ese momento, el moro había escuchado a Husain con escepticismo.

—¿Y cómo sabéis lo que sucede en Montmor?

El Enviado siempre tenía una respuesta a mano, pero le molestaba tener que dar explicaciones al moro.

—Aziza, la esposa del caballero, suele venir a menudo a llorar en el hombro de mi esposa. ¡Y es que cuando el señor Du Ferbac se enfurece, ella tampoco tiene muchos motivos para reír!

—Él le pega —confirmó Tindal— cuando no consigue tener a mano a Valerian.

Husain asintió, casi con satisfacción, o al menos así se lo pareció al moro.

—Ahora, la *saida* Tamara desea visitar a la pobre y vapuleada Aziza en su desolado hogar. —El Enviado fue al grano—. ¡Y yo quiero que tú la acompañes y la protejas!

—¿Y qué podría hacer este hombre pequeño contra un hombre enfurecido tan fuerte como un oso? —rehusó Tindal, apocado—. ¡Si ni siquiera su hijo mayor puede reducir al anciano y se deja apalear como el último de los siervos!

Husain lo miró, pensativo, como si sólo ahora fuera consciente de ese problema; pero entonces sugirió, con hipocresía:

—Quizá podría echársele algo en el vino que evite esos ataques de furia... — Husain había disfrazado la idea que tenía en mente en forma de pregunta—. ¿O acaso se te ocurre algún recurso más eficaz?

—A lo mejor es un hombre pacífico, ¿o no? —Timdal intentaba deshacerse de aquel lazo. Husain rió con cinismo.

—En ese señor, eso puede cambiar de un plumazo; entonces pasa de ser un devoto colono a una bestia salvaje; así lo ha contado entre lágrimas la pobre Aziza, sometida a tan duras pruebas. ¡No quiero que mi amada esposa corra ese riesgo! —el Enviado se mostraba ahora extremadamente cariñoso y diligente—. Me informaré con nuestros *saydalanjun*^[82] sobre las hierbas que podrían provocar el efecto deseado. Después, los farmacéuticos te prepararán el remedio en un matraz^[83]. — Husain contempló una vez más el rostro del moro con mirada escrutadora y le guiñó un ojo—. ¡En todo caso, nunca estará de más! —Timdal, en efecto, no parecía muy entusiasmado con todo aquel propósito, pero si a su señora Tamara se le había metido algo entre ceja y ceja, lo haría—. Te avisaré con tiempo cuándo tendrá lugar esa visita.

Con esas palabras, Husain despidió al moro.

—¡Menudo aspecto tienes! —fueron las palabras de bienvenida de Kira a Melou cuando ésta entró en el saloncito; la hija del Enviado apenas pudo contener la risa. Melusina iba maquillada de tal forma que su bello rostro se asemejaba a la máscara de una bailarina del templo, un ritual de culto extraño, seguramente oriundo del Lejano Oriente—. ¡La Gran Meretriz de Babilonia... —dijo a continuación, en son de burla, para poner a las que se reían de su parte— encarnada en una niña de trece años!

—¡... una niña que ya no lo es! —dijo Shirin, preocupada—. ¡No puedes andar por ahí así, Melou! —añadió en tono de reproche.

Melou torció su ancha boca en una triste sonrisa que le hizo parecerse a un payaso, ya que sus hermosos ojos habían sido resaltados particularmente con unas anchas cejas que por naturaleza no tenía. Se sintió decepcionada por la forma en que era acogida, aunque se había fiado plenamente de las habilidades del moro.

Timdal había logrado convencer a la joven para que se confiara a sus expertas manos, le había encasquetado una imponente peluca de cabellos rojos como el fuego sobre su pelo rubio, casi blanco, lo que le confería el aspecto de una leona salvaje, algo que a Melou le gustó muchísimo; había destacado aún más la prominencia de sus labios, haciéndolos parecer más brillantes y voraces; le había colocado unos lujosos pendientes y le había entretejido en el pelo una diadema de perlas que hacía juego con los profusos ornamentos que llevaba sobre el pecho. ¡Melou se encontraba a sí misma divina!

¡En cambio, ahora no había recibido nada más que escarnio de esas envidiosas! Melusina se dio media vuelta y regresó furiosa a su camerino. Se sentía ofendida, pero no quería llorar bajo ningún concepto, no por culpa de esas estúpidas que se conformaban con acicalarse día tras día del mismo modo. No se dejaría quitar aquella obra de arte realizada por el moro, ¡le daba igual que se les entumeciera la lengua de tanto hablar!

La *saida* Tamara cabalgaba sobre su asno en dirección a la fortaleza de Montmor, seguida de Timdal, que caminaba a su lado. El asno llevaba en el cesto numerosos regalos, costosos paños de Damasco, tejidos finos de Mosul y, como algo muy especial, algunas cintas de seda llegadas del remoto país de Catay^[84], en el Lejano Oriente. El hijo de la señora Aziza, el gemelo Valerian, dio la bienvenida a la huésped en la puerta de la fortaleza y acompañó a Tamara y a su asno a través del patio lleno de barro. En la bóveda situada debajo del torreón, Aziza ya la esperaba con algunos pasteles rebosantes de miel amasados por ella misma, e higos rellenos con una pasta de almendras molidas y agua de rosas. Por ninguna parte se veía al señor de la casa, el caballero Roger. Probablemente estuviera de nuevo en su capilla, de modo que era innecesario que el fisgón de Timdal preguntase por él. Tamara le ordenó al moro que le mostrara a Aziza los regalos que habían traído. La poco mimada señora de la casa se mostró fuera de sí por la alegría y la conmoción, y Tamara acogió con una sonrisa las balbuceantes muestras de agradecimiento.

Luego, las damas se sentaron para tomar el té amargo, pues con tantas cosas dulces se pusieron de acuerdo para dejar a un lado incluso la infusión de menta. Valerian se acomodó a un lado, sentado en cuclillas en los peldaños de la escalera de acceso al patio.

—El chico sufre terriblemente —se quejó Aziza— porque su padre le impide desde hace años hacerse miembro de la Orden de San Juan. —Y añadió, buscando comprensión—: ¡Sobre todo desde que su hermano goza de gran prestigio sirviendo como caballero de la Orden del Temple!

—A al-Mansur, quiero decir, a vuestro hijo Víctor, le va estupendamente —dijo Tamara rápidamente para cambiar de tema, sobre todo al ver que el caballero Roger du Ferbac atravesaba el patio arrastrando los pies y se acercaba al torreón con la cabeza gacha—, goza del favor especial de nuestro noble Sheik Sinan... ¿Melusina? —preguntó Aziza justo en el momento en que entraba el señor de la fortaleza, después de haber espantado a un lado a su despreciado hijo con una patada que falló su objetivo.

—Vuestra hija os envía saludos, señor Roger —anunció Tamara—. ¡Si la vieseis ahora, no la reconoceríais, de lo hermosa que está!

—¿Cómo hurí en el jardín de vuestro jeque? —gruñó Roger con desdén, y se dejó caer en un banco.

Tamara no tuvo necesidad de hacerle ninguna señal a Timdal; en cuanto el moro vio al caballero, cogió de la cesta la jarra con aquel vino fuerte y de color rojo azulado y llenó el vaso. Con la maña de un sirviente, le alcanzó el vaso al señor Du Ferbac.

—En fin... Por lo menos, Víctor ha conseguido ser algo, aunque sea un asesino. ¡Puf! —El anciano caballero bebió un trago, malhumorado—. ¡Podría haber hecho una carrera brillante en la corte del reino! —dijo, bebiendo otro sorbo de vino—. A veces me pregunto de qué sirven tantas oraciones.

Tamara dedicó una sonrisa a aquel cascarrabias en ademán apaciguador.

—Vuestro hijo está poniendo gran empeño y algún día seguirá vuestro ejemplo.

Roger dejó caer el vaso.

—¿De modo que el *sheik* le permite hacer esa elección? —rugió.

—En cada instante de su vida tendrá la libertad de decidir —mintió la *saida*—. ¡Él os ama muchísimo!

—¡Entonces debería regresar! Os lo cambio por Valerian.

Timdal sirvió otro vaso al caballero.

—Dejad que la fruta madure —respondió Tamara con agudeza—. ¡Y tanto mayor será la alegría de vuestra vejez!

—¡Hermosa esperanza! —suspiró Aziza, y colocó una mano apaciguadora sobre el brazo de su esposo, pero éste la apartó y bebió otro trago.

Tres hombres enmascarados entraron sin hacer ruido en los aposentos que ocupaba Melusina. La joven se había tumbado en el lecho y se había quedado dormida. Omar, Tarik y Rashid habían entrado por la puerta entornada provenientes del jardín del paraíso. Uno de ellos le tapó con fuerza la boca a la joven sorprendida antes de que pudiera gritar. Luego, la propia joven desistió de hacerlo, pues sintió bajo su garganta el frío acero de una daga. Los tres desconocidos la ataron a la cama sobre la que estaba tumbada. En un primer instante, pensó que iba a perder su virginidad, y le dolió haber perdido la oportunidad de sentir esa sensación sin duda excitante con Sayf. Entonces se propuso pensar en su cuerpo musculoso y moreno, en su piel aterciopelada. Ya había intentado en vano en otras ocasiones evocar esa imagen de Sayf, sobre todo cuando Jaluddin confió a su vientre aquella daga. ¡En esas ocasiones, la embargaba primero el miedo, luego la vergüenza y, finalmente, la ira! Sin embargo, no sucedió nada de lo que ella había imaginado, ninguno de los tres hombres le levantó el vestido, y las manos que sentía recorriendo su cuerpo no tenían otro objetivo que atar bien las cuerdas que habían traído. Le deslizaron una por debajo del pecho y alrededor de la cama y de su cuerpo, mientras la otra pasaba por encima, por debajo de las axilas, y estaba aún más tensa. No podía moverse ni incorporarse. Ni siquiera por las voces podía reconocer a los tres hombres a merced de los cuales se encontraba en ese momento, pues ninguno había pronunciado hasta el

momento ni una sola palabra. Entonces los tres hombres alzaron la cama y la sacaron al jardín del paraíso. Luego dirigieron sus pasos hacia el edificio del pozo, y Melou se dio cuenta de que allí había una puerta en el muro que jamás había visto antes y que ahora estaba ligeramente entornada. Fue precisamente allí donde los tres enmascarados depositaron en el suelo su carga y se marcharon sin volverse ni una sola vez a través de la puerta que ni siquiera se dignaron cerrar. ¿Qué debía hacer? ¿Gritar? ¿Pedir auxilio? Tal vez allí, en la oscuridad del edificio del pozo, habría alguien agazapado esperando ese momento con una daga en la mano. Melou no se atrevió a gritar, y en su lugar comenzó a tirar con cuidado de las amarras, pero por mucho que se sacudiera, por mucho que intentara incorporarse, la cuerda la mantenían sujeta como si de unas abrazaderas de hierro se tratase. Melou comenzó a patear, pero lo único que consiguió con ello fue que se le levantase el vestido. Por esa razón, también dejó de hacerlo.

El señor de Montmor había bebido una gran cantidad de vino, y ahora estaba sentado a la mesa, meditabundo y con la cabeza hundida, murmurando cosas para sus adentros. A la *saida* Tamara le pareció que ya era hora de marcharse, sobre todo teniendo en cuenta que Aziza comenzaba a avergonzarse por el estado de su marido. Tamara se reprochaba ser la culpable de la borrachera del señor de la casa por haber llevado aquel vino, y le hizo al moro una señal para que dispusiera la partida. Mientras las damas se abrazaban a modo de despedida el moro sacó el matraz del bolsillo de su bata y vertió todo su contenido en la jarra, la sacó de la cesta y la colocó delante del caballero con un gesto de exhortación. Ambos abandonaron Montmor a toda prisa y bajaron cabalgando hasta la hendidura del valle —Timal tuvo que hacerlo a pie— y luego emprendieron el ascenso a través del serpenteante camino que los conducía hasta Masyaf.

La *saida* Tamara se retiró de inmediato a su saloncito, mientras que el moro salía en busca del señor Husain. Para su sorpresa, Tamara encontró a todas las huríes reunidas en sus aposentos como si fuesen gallinas alborotadas. ¡Alguien las había encerrado allí y cerrado la puerta de acceso al jardín!

—¿Quién? —preguntó la *saida* con acritud.

—¡Tres hombres enmascarados! —corearon aquellas voces en desorden.

—¿Y no los habéis reconocido?

—No, llegaron sin hacer ruido...

—¡... nos amenazaron con sus dagas!

—Sentimos miedo de que...

—¿Y nadie notó nada? —maldijo Tamara—. Aquí, en Masyaf, pululan los fedayines inútiles... y ninguno de ellos... —Con paso enérgico, Tamara caminó hasta la puerta por donde había entrado, ¡que ahora estaba cerrada!

Un seco «¡Ajá!» salió de la garganta de la *saida*. A continuación, volvió a reinar el silencio en el gallinero. Tamara descartó la posibilidad de sacudir la puerta. Regresó al asiento acolchado que le correspondía y se dejó caer en él.

—¿Dónde está Melou? —preguntó a todas las presentes, pero un silencio embarazoso fue cuanto obtuvo por respuesta. Esta vez, la expresión de «Ajá» no llegó a salir de los labios de la *saida*.

—¿Y eso qué quiere decir? —dijo Roger, jadeante, incitado por el vino—. ¡¿No quieres?! ¡¿Te niegas a entregarte a mí?! —Manténla aprisionada a su mujer contra el borde de la mesa y trata de tomar posición entre sus blandos muslos. Ella lo golpeaba a ciegas mientras él intentaba en vano sostener sus brazos—. ¿Acaso no soy tu marido, el hombre a quien uniste tu vida ante los ojos de Dios, tu dueño y señor? —Aziza intentaba golpearle sin decir palabra y con obstinación—. ¡Me perteneces! —gritó Roger, jadeando—. ¡Siempre que tenga ganas y donde se me antoje! —dijo, pero sin conseguir reducir aquel cuerpo que se retorció ni lograr arrojarla encima del tablero de la mesa, donde podría vencer su resistencia...

Hacia rato que Valerian había dejado su sitio sobre los peldaños, pues no quería ser testigo por más tiempo de la vejación a la que el «Monje» sometía a su madre en la bóveda del torreón circular. ¡Una verdadera ignominia! Con el propósito de huir de la furia de aquel hombre que imponía la ley, se dirigió al borde de la baja muralla, al sitio donde los acantilados caían en vertical hacia el barranco. ¡¿Y ese hombre pretendía ser su padre?! ¿Reclamaba el derecho de educarlo y de prohibirle determinadas cosas?

De repente, una mano le aferró el cuello y lo arrojó al suelo. Le colocaron una daga en el pecho, y entonces vio una máscara de lana negra en la que sólo se podían distinguir unos ojos. Valerian alcanzó a ver algunos de aquellos encapuchados atravesando deprisa el patio en dirección al torreón, antes de que lo arrojaran a uno de los establos y lo encerraran. De inmediato se repuso, espió a través de las rendijas del establo y pudo ver cómo el señor Roger era arrastrado por varios hombres a través del patio, mientras bramaba y golpeaba a ciegas a su alrededor. Por mucho que se enfureciera e intentara resistirse con brazos y piernas, los hombres pasaban cada vez más cuerdas en torno a su cuerpo, tensándolo en su red como una araña de jardín a un tábano recalcitrante. Arrastraron a su víctima a través de los portones que conducían abajo, en dirección al barranco del estanque. Sólo cuando estuvo seguro de que se habían marchado, Valerian se lanzó contra la puerta de madera hasta que ésta se hizo añicos y cedió. Salió corriendo en busca de su madre.

En las mazmorras, Sayf y al-Mansur fueron cuidadosamente encadenados en sus respectivas celdas. Los enmascarados que realizaron ese trabajo en silencio no eran

los mismos que los habían asaltado y llevado hasta allí. Los amigos creían haberlos reconocido entretanto, por lo menos estaban de acuerdo en que no podía tratarse de nadie más que de la «Banda de los Tres» de Husain, los fedayines Omar, Tarik, y Rashid, los malvados cómplices del Enviado. Eso sí, también estos que ahora les ataban los brazos a la espalda y les pasaban firmes cuerdas por los tobillos, sujetando todo su cuerpo para que no pudieran moverse, pero sin dejar que los lazos pasados por sus cuellos los estrangularan, sabían hacer su trabajo con eficiencia. Tenían que ser fedayines, como ellos, pero los dos amigos habían acordado no intercambiar ninguna palabra con sus torturadores. Convertidos en dos hatillos indefensos, fueron llevados sobre unas parihuelas a través de largos y oscuros pasillos y depositados finalmente ante una puerta de hierro, donde los dejaron solos.

—Creo —dijo Sayf— que nos encontramos del otro lado de aquella puerta situada bajo el edificio del pozo y que suponíamos era la puerta del *sheik*...

—Por lo visto, el *hujja* ya no es el único que tiene la llave... —Al-Mansur cobraba conciencia de lo que podría significar para él si sus suposiciones fueran ciertas—. Ni siquiera sabemos dónde está.

—Ni si piensa regresar a Masyaf.

El último comentario de Sayf provocó en ambos un apesadumbrado silencio que se cernió sobre ellos como un agujero oscuro.

La Banda de los Tres había hecho que sus ayudantes trasladaran a Roger du Ferbac, amordazado y atado como la larva de una oruga, hasta el barranco del estanque, donde una primitiva balsa los esperaba en la orilla rocosa. Ellos mismos se encargaron entonces de cruzar el estanque y del arduo traslado del cuerpo hasta la entrada de la gruta. La reja levadiza estaba abierta; Omar, Tarik y Rashid metieron entre los tres al furioso caballero en uno de los cangilones de madera que colgaban de la cadena. Luego subieron deprisa los escalones y comenzaron a accionar el torno. A pesar del sistema de poleas, les costó bastante esfuerzo llevar la pesada y oscilante carga hasta arriba, hasta el borde del pozo, y a continuación realizar la doble faena de trasladar al caballero, que entretanto echaba espumarajos por la boca y resoplaba con dificultad, hasta la puerta con la cerradura que ellos mismos habían dejado abierta con ese propósito. Ahora sólo faltaba liberar al señor Roger de sus ataduras. El caballero estaba tan rabioso que, apenas se vio libre de la última cuerda, buscó rápidamente el camino de la libertad a través de la puerta entornada, en lugar de abalanzarse sobre ellos como un cerdo macho al que alguien ha azuzado. Lo único que no le habían quitado era la mordaza. Entonces le dieron un empujón para que entrara tambaleándose al paraíso, y Rashid aprovechó la oportunidad para retirarle la última cuerda con un rápido corte.

A continuación, cerraron la puerta a sus espaldas: ¡el toro estaba en el ruedo! ¡Entonces oyeron un bramido ronco, un agudo grito! Ninguno de los tres

enmascarados tenía permiso para deleitarse ahora con el resultado de sus esfuerzos. ¡Aún no habían terminado su labor! Rashid cogió la llave que llevaba en el jubón y abrió la puerta de hierro que daba acceso al «pasillo del *sheik*». Ante ellos yacían, inmóviles, al-Mansur y su amigo Sayf.

—¡Cuidado! —gritó Rashid—. ¡Podría ser una estratagema! —Propinó una fuerte patada a al-Mansur en un costado, lo que provocó en éste un grito de dolor. Si hubiese conseguido zafarse en secreto de sus ataduras, el joven habría saltado de inmediato al cuello de su torturador. Desde fuera, del lado del paraíso, se oían otros gritos muy diferentes. El gimoteo de Melusina y los furiosos resoplidos y jadeos del caballero Roger quedaban solapados ahora por el alboroto de indignación y el penetrante griterío de las mujeres encerradas en el saloncito de la *saida* Tamara, que intentaban en ese momento derribar a la fuerza el enrejado de las ventanas.

La Banda de los Tres no se dejó impresionar por ello. Trasladaron las dos parihuelas al interior del edificio del pozo y las levantaron con la ayuda del varillaje del torno de la cadena; por tanto, ataron las camillas y a los encadenados a la estructura de izamiento, verificaron por última vez la solidez de las amarras y la orientación, apuntando hacia la puerta de acceso al paraíso. Fuera se había desatado un infierno; las mujeres retenidas en el saloncito daban rienda suelta a su rabiosa impotencia con agudos chillidos y estridentes lamentos.

Rashid abrió de par en par la puerta que daba al jardín: ante los ojos atónitos de al-Mansur y Sayf, que apenas tuvieron tiempo de adaptarse a aquella claridad cegadora, tenía lugar un espectáculo horrendo que los llenó de repugnancia, ¡una pesadilla que los paralizó a ambos!, pues apenas podía oírse nada del suceso que tenía lugar ante sus propios ojos, ya que el aire del paraíso estaba colmado con los gritos ensordecedores de las mujeres. A los dos amigos no les quedaba más remedio que presenciar lo que el demente de Roger le hacía a la pelirroja hurí o, de lo contrario, tenían que cerrar los ojos. Tiraron de sus ataduras, provocando que las cuerdas se les clavaran en las carnes o los estrangularan, aceptando aquella tortura con placer, como si su sufrimiento pudiera mitigar los tormentos de la joven. Aquella chica pelirroja con el rostro irreconocible por el maquillaje se enfrentaba a su torturador con una callada desesperación. Entonces, de repente, la peluca roja cayó al suelo, y los amigos contemplaron, estupefactos, los cabellos blancos de Melou. ¿Se habría dado cuenta el Monje, borracho hasta el delirio por el vino servido por Husain, inspirado por fuerzas demoníacas, que aquella joven a la que montaba era de su propia sangre?!

Al-Mansur contempló el cuerpo mancillado de su hermana, miraba fijamente el falo erecto de su progenitor, ¡un hombre al que odiaba con todas sus fuerzas! ¡Lo odiaba! Vio los muslos blancos de Melou, su delicado vientre, todo aquello con lo que jamás se había atrevido a soñar; ¡todo eso lo hacía ahora aquel cerdo con ella!

Los chillidos y los llantos de las mujeres fueron perdiendo fuerza, pero las embestidas de Roger du Ferbac se fueron haciendo cada vez más bruscas, más espesas, más humillantes. Escandalizado, Sayf contemplaba ahora el rostro de aquella

mujer que de pronto le resultaba sumamente extraña. Era cierto que la joven que se escondía debajo de aquel maquillaje era Melou. Parecía congelada. ¿Acaso deseaba la muerte? ¿Podría salvarla todavía con su amor? ¿Podría amarla todavía? Antes de que la autocompasión y los deseos de venganza ocuparan del todo la mente de los dos amigos, la puerta del paraíso fue cerrada delante de sus narices.

Sayf y al-Mansur fueron llevados de vuelta a sus celdas subterráneas, donde quedaron solos con sus pesadillas.

FALSOS ALIADOS



NO TODO CRIMEN PUEDE VENGERSE

LA TERRIBLE historia ocurrida con Melou todavía tenía revuelto el harén y dominaba los ánimos de las huríes del paraíso. No obstante, cualquier disputa era sostenida entre susurros, pues había mucho miedo a que pudieran ocurrirles lo mismo a cada una de ellas. Y el miedo era tanto mayor cuanto que ninguna sabía quién se ocultaba detrás de todo aquello, aunque muchas sospechaban que no se trataba en absoluto del asalto de unos bandidos, sino de una medida cuya planificación y realización habían sido llevadas a cabo allí, en el interior de los muros de Masyaf, originalmente concebidos para su protección.

Las jóvenes estaban sentadas juntas en el saloncito de la *saida* Tamara, y habrían preferido incluso quedarse a dormir allí, pues, aunque hubieran pasado el cerrojo a las ligeras puertas que conducían afuera, al jardín del paraíso, muchas de ellas temían regresar de noche a sus camerinos, ya que los barrotes de hierro situados delante de las puertas sólo podían cerrarse desde fuera, ¡y las consecuencias de eso ya se habían visto en lo sucedido a Melusina!

Desde el incidente, Melusina guardaba cama, por lo menos no salía nunca de sus aposentos. Tanto Shirin como algunas de las otras huríes habían asumido la labor de cuidarla y llevarle comida, pero aparte de eso no podían hacer mucho más por la joven. Melou no hablaba con nadie, y Shirin no podía deshacerse del temor de que la pobre chica atentara contra sí misma, razón por la cual las jóvenes se turnaban constantemente para cuidarla, sobre todo a la hora de velar por ella. Como una nube amenazadora, pesaba sobre todas la oscura sospecha de que Melou pudiera estar embarazada, ya que desde entonces había desaparecido su período lunar. Nadie hablaba del «malhechor» en su presencia, pero el tema también había quedado excluido de las conversaciones en el saloncito de Tamara desde que la *saida* hizo valer su autoridad y dijo que tampoco al padre cabía en realidad culpa alguna, ya que en el momento de cometer su monstruosidad, no sólo había perdido el juicio, sino que era un instrumento involuntario en manos de quienes, por lo visto, despreciaban los mandamientos divinos y se entregaban a las costumbres y las leyes del demonio. Tamara sentía cómo entre ella y la chica se iba erigiendo un muro de desconfianza. Ella misma tuvo que hacerse varias veces la desagradable pregunta sobre si existía o no alguna conexión entre la charla que había mantenido recientemente con su esposo en el lecho y el terrible incidente que había estremecido al jardín del paraíso y en el que Melusina había sido la triste protagonista.

—Lo que a mí me interesa es saber cómo se siente la señora Aziza —insistió Kira—. ¿No fuiste a verla hace poco?

Transcurrió algún tiempo hasta que Tamara asimiló la pulla. —¿Cómo crees que debe de sentirse una mujer que tiene a un hombre zafio y bruto por marido?!— Había soltado su frase con mucha ligereza, pero se dio cuenta demasiado tarde.

—¿Y tú cómo te sientes, madre? Es cierto que tu marido posee maneras refinadas, es culto y hábil... —Kira dejó la frase inconclusa.

Tamara le lanzó una mirada llena de furia.

—¡Debería haber imaginado que no dejarías pasar esta oportunidad de ponerme en la picota!

—Si no es ése el sitio que te corresponde, madre... —respondió Kira, tajante—, entonces ponte del lado de los que desean esclarecer ese acto criminal y, sobre todo, de los que se ocupan de que no se repita una arbitrariedad de tal índole. —Kira cogió aire, pero parecía como si se hinchara de repente—. ¡Entre nosotros, los ismaelitas, no debería existir esa sucia tiranía con secuestros, torturas y violaciones, ya tenemos bastante con la mala reputación de chantajistas y asesinos a sueldo! Si no conseguimos mantener la pureza de nuestro...

—¡No fanfarronees tanto! —exclamó Tamara, interrumpiendo con enfado el patético manifiesto de su hija—. ¡¿Sabes acaso a quién te enfrentas?!

Kira se puso en pie de un salto y se precipitó fuera del saloncito sin responder.

En las mazmorras subterráneas de Masyaf, Sayf y al-Mansur eran los únicos prisioneros en dos celdas separadas. Les habían llevado la comida y habían vuelto a dejarlos solos en aquel silencio, aislados de todos los ruidos provenientes del mundo situado sobre sus cabezas. El monótono goteo del techo de la bóveda minaba más el ánimo de Sayf que el paso ocasional de alguna rata.

—Sea lo que sea lo que se ha propuesto el Enviado con este péfido «castigo» —gritó al-Mansur hacia la oscuridad más allá de las rejas—, ahora me siento más fuerte que nunca. —Golpeó con la cuchara el cuenco de madera—. ¡No ha conseguido romper nuestra amistad, y el amor que tanto tú como yo sentimos por Melou sobrevivirá al dolor que nos ha causado! —Sayf permanecía en silencio—. Por lo menos, mi amor ardiente —continuó al-Mansur, chasqueando la lengua mientras comía— triunfará sobre el daño sufrido... ¡Pero eso sí, jamás perdonaré al hombre que me ha hecho esto!

—Tu ira va dirigida contra la persona equivocada —respondió Sayf—. ¡Si quieres que tu odio persiga a alguien, entonces dedícate a perseguir únicamente a Husain ad-Din Marzuban!

—¡Roger du Ferbac debe de haber reconocido a su hija...!

—Lo dudo —replicó Sayf en voz baja—; el Enviado debió de arreglárselas para robarle la conciencia y la memoria y rebajarlo a la condición de un manojito de carne indefenso, con piel, pelo, músculos y tendones, como él hizo con Melusina. ¡Ambos fueron víctimas!

—¿Y yo? ¿Y nosotros? ¡¿Acaso no fuimos también víctimas, al ser torturados y humillados a conciencia?! ¡El Enviado quiso hacernos daño!

—Pero contigo no lo logró, al-Mansur —la voz de Sayf dejaba entrever el sarcasmo—, a juzgar por tus propios juramentos. Ese hombre destruyó a la chica y al anciano..., ¡mientras tú lamentas tus penas!

Al-Mansur, ofendido, dejó de golpear y raspar el cuenco de la comida.

—¡Sayf! —gritó hacia la oscuridad—. ¡No toleraré que nuestra amistad se vea afectada por tales maniobras ni que tú la pongas en duda!

—¿Sólo porque llamo tu atención para decirte que no eres tú el único que sufre con todo esto? —Sayf estaba indignado—. ¡Tú saboreas el dolor de tu alma, te sientes estupendamente..., como si lo que le han hecho a Melou fuese una representación teatral en tu honor! ¡En lugar de sentir tristeza, compasión o piedad, te deleitas con tus sublimes ideas de venganza!

Todos estos reproches hicieron que al-Mansur guardara silencio durante largo rato. Quizá su amigo tuviera razón. ¡A él no podía perderlo! De modo que le preguntó, vacilante:

—¿Sayf?... ¿Amas a Melou tanto como yo...?

El lejano amigo tardó bastante en responder.

—¡No, no como tú, al-Mansur!

En sus aposentos, Husain caminaba inquieto de un lado a otro a espaldas de su esposa. Tamara estaba ocupada intentando mantener su rostro impecable, aplicándose y quitándose, una y otra vez, cremas y ungüentos de olor penetrante.

—¡¿Qué otra cosa podía hacer?! —razonaba el Enviado—. ¡Sólo podía hacerles daño destruyendo la imagen de la que ambos se han enamorado!

—Yo no estaría tan segura... —Tamara estaba demasiado ocupada para volverse hacia su señor esposo—. Quizá hayáis conseguido justamente lo contrario, despertando su obstinación...

—¡Pues también la destruiré! —bramó Husain sin dejar de andar—. ¡O me ganaré su afecto de otra manera! —añadió con un tono significativo, pero Tamara no se dio cuenta de ese cambio en su tono de voz.

—Desgraciadamente, amo y señor mío, todo el esfuerzo invertido para alcanzar únicamente ese objetivo os ha situado en la arriesgada proximidad de la insubordinación, algo que será interpretado como un intento de golpe de Estado.

—¡Eso sólo sucederá si el anciano regresa!

—¡Regresará! ¡Ése no se retirará de la escena tan mansamente!

—Entonces yo me encargaré de tranquilizarlo, Tamara. —El Enviado rió con segundas—. Si yo, un hombre, conseguí amaestrar a una bestia como tú, entonces también lograré...

—¡Eso también me permito dudarlo! —Tamara se dio por satisfecha con ese comentario—. ¡Los recursos que empleáis no están en proporción sana con vuestro objetivo!

Husain se detuvo.

—¿Desde cuándo consideras que tengo una mente sana?! —Comenzó a caminar de nuevo, pero esta vez lo hacía más lentamente—. ¿Acaso te he subestimado alguna vez? —La pregunta debía parecer elogiosa, pues todavía necesitaba la complicidad de su esposa, mucho más de lo que normalmente le dejaba entrever—. Tienes razón, mis reflexiones fueron mucho más lejos; el objetivo verdadero que persigo es la creación de una hurí eternamente joven, la juventud eterna del paraíso en criaturas totalmente idénticas, cuya fascinación sea tan irresistible para cualquier fedayín que sometan espontánea y abnegadamente su voluntad a su amo y señor. Así crearé una combativa tropa de jóvenes invencibles.

Tamara había dejado de ocuparse de sus arrugas.

—Siempre sospeché que no estabais muy bien de la cabeza. Sin embargo, ni siquiera puedo reprocharme no haberme dado cuenta de que ya había primeros síntomas de locura. ¡Y es de tal envergadura que supera todo lo imaginable! —Al decir esto, Tamara se dio media vuelta y se rió en la cara del Enviado—. ¡Temía que estuviérais planeando un golpe de Estado, pero no es eso! ¡Pretendéis destronar al mismísimo Alá, *Allah al gauil*! ¿O acaso es el oscuro poder de *sheitan* el que os mueve? ¡El señor quiere crear una nueva Melusina! ¡Vaya, vaya! ¡Pero si ni siquiera sabéis si la antigua Melusina ha quedado embarazada!

El Enviado contempló a su mujer, arrepentido.

—¡Sí que te había subestimado! —murmuró con rabia, y salió de la habitación.

Timdal, el moro, vagaba sin rumbo por los pasillos de la fortaleza. Evitaba encontrarse con su ama, la *saida* Tamara, pues no quería caer en manos del Enviado. Su consuelo y su refugio, el eunuco, todavía no había regresado, ni tampoco Jaluddin, el ilusionista, con el que tan bien se entendía. Al moro lo torturaba su conciencia. Todos habían visto lo que provocaba aquel vino servido por él al caballero Roger en el castillo de Montmor, pero sólo él —aparte del Enviado— sabía lo de las gotas añadidas a la jarra. Ni siquiera la *saida* sabía nada de ese asunto. Y el hecho de que fuera él el único que estaba al tanto, podía significar una considerable reducción de su tiempo de vida. Pero ¿con quién podía hablar?

Repasó mentalmente todas y cada una de las personas con las que podía arriesgarse a entablar una conversación franca y sincera. Melou estaba descartada, ella todavía yacía derrotada en el lecho y, además, en ese sentido no tenía la conciencia precisamente limpia. En realidad, debería haberse preguntado por qué el Enviado había insistido tanto en que cambiara de un modo tan radical el aspecto de Melou, que le maquillara el rostro de tal manera que nadie pudiera reconocerla. El moro sentía una profunda vergüenza por el papel que le había tocado desempeñar; su desesperación era cada vez mayor. Pero ahora no podía perder la cabeza. En realidad, sólo le quedaba Kira. La había visto actuar con sangre fría y valentía. ¡Ella sabría

darle un buen consejo! Timdal era consciente de que el vigilante, cuyo gabinete de trabajo octogonal se encontraba situado encima del harén, podía ver cada uno de los camerinos de las huríes más importantes. En cada una de las esquinas había una fina rejilla a través de la cual el eunuco podía escuchar todo lo que se hablaba o sucedía allí abajo. Y si se podía escuchar, también se podría hablar, se dijo el moro, dirigiéndose de inmediato a los aposentos de ese amigo paternal a los cuales tenía acceso. También encontró rápidamente el camerino de Kira, en el que esta última habitaba junto con su hermana Shirin. Ambas dormían. Timdal retiró la rejilla y arrojó unas semillas de girasol a la joven dormida. Kira no reaccionó con histeria, pero necesitó algún tiempo para comprender que no se trataba de una salamandra extraviada caída del techo, sino que era Timdal, que le tiraba cosas. De inmediato se despertó del todo.

—Tengo miedo del Enviado —susurró el moro sin mayores preámbulos—. Me eliminaré por ser su cómplice, por ser el único que lo sabe todo.

—En ese caso lo tendrías bien merecido, moro estúpido —respondió Kira, levantándose—. Sobre mí pesan otras amenazas. ¡Huyamos juntos!

Para no despertar a la hermana que dormía, de inmediato el moro le dio a entender por gestos que estaba dispuesto a hacerlo; luego volvió a cerrar la tapa y regresó, dando brincos de alegría, al caos de pasillos de Masyaf.

En el siguiente rincón, un sirviente lo llamó a capítulo para decirle que la *saida* Tamara deseaba verlo con urgencia. Consciente de que lo azotarían si hacía esperar demasiado a la *saida*, se apresuró a acudir a los aposentos de su señora. Ella, sin embargo, lo recibió con ánimo indulgente, casi ronroneando de amabilidad. Le dijo al moro que llevara la carta que sostenía en la mano a los guardias de las mazmorras, para que éstos liberaran de inmediato a los prisioneros Sayf y al-Mansur.

Timdal echó una rápida ojeada a la firma.

—¡Eso tiene un precio! —le explicó son osadía.

La *saida* se mostró tan sorprendida que en lugar de levantar la mano para castigarlo sólo dejó escapar un atónito «¡¿Cómo?!».

Timdal no tenía nada que perder.

—¡La firma de vuestro esposo ha sido falsificada!

—¿Ah, sí? —respondió Tamara en voz baja y amenazadora—. ¡¿Y cuál sería ese precio, gnomo desvergonzado?!

—¡La llave! ¡La de la puerta de hierro del *sheik*!

Nada más oscurecer, Timdal se encaminó a toda prisa hacia la puerta secreta situada bajo la Torre de los Ojos del Cielo, donde debía comenzar la galería subterránea. La llave entró perfectamente en la cerradura; probablemente, con ella el *sheik* podría abrir todas las puertas de Masyaf. Timdal recorrió el pasillo hasta llegar al edificio del pozo. La llave también entró en el *thukb al muftah*. Allí lo esperaba Kira, a la que

tomó de la mano, y juntos bajaron la escalera del pozo. También encontraron el cerrojo de la reja levadiza de la gruta, y se vieron de inmediato ante el estanque.

—Creo que deberíamos subir hasta Montmor y allí ocultarnos en alguna parte —le dijo Kira al moro, que miraba constantemente a su alrededor, preocupado—. ¡Nos perseguirán!

—¡Pero yo no sé nadar! —tartamudeó Timdal, apocado.

—¡Yo sí! —lo consoló Kira, y cargó al pequeño Timdal a su espalda. Jadeando ligeramente, pero felices por haber conseguido escapar, ambos salieron del agua por las grandes piedras y comenzaron a subir hacia la fortaleza, bajo la luz de la luna, por los escalones esculpidos en la roca.

El moro hizo de tripas corazón.

—¿Por qué queráis huir en realidad? —le preguntó a la joven, que le sacaba dos palmos de altura—. ¡Teníais una vida magnífica en el harén, y el eunuco es un patrón bondadoso!

Kira miró divertida a su enano salvador.

—Pero no estaba en su puesto cuando lo necesitamos con urgencia —le respondió, seria—. ¡Además, él tampoco podría haber hecho nada! ¡Aunque sea viviendo en un «paraíso», no soporto estar a merced de los caprichos de quienes ejercen el poder actualmente! —Timdal parecía tener algún peso en el alma, y Kira se contuvo para escuchar lo que tenía que decir, pero el moro guardó silencio—. Quiero decir la verdad —dijo Kira, después de reflexionar un momento—. ¡Es algo que ni siquiera he revelado a mi madre! ¡El Enviado tenía la idea descabellada de que me dejara embarazar por un templario!

—¡Pero eso atenta contra la regla de castidad! —exclamó el inteligente Timdal—. Ningún miembro de la orden...

—¡*Opus magnum* era el nombre que daba a su plan! —Kira rió con amargura—. Desgraciadamente, creo a mi padre muy capaz de disponer de mi cuerpo en contra de mi voluntad...

—O de emborrachar al templario... —se le escapó a Timdal, pero enseguida se mordió la lengua; Kira, sin embargo, no insistió en averiguar.

—¡Los templarios están siempre borrachos! —respondió, asqueada—. Husain, en cambio, vive embriagado con sus propias ansias de poder; ¡y no tiene escrúpulos! —Furiosa, admitía su miedo y su impotencia—. ¡Mientras el *sheik* no vuelva a tomar las riendas, no me quedaré esperando en esa jaula! —dijo Kira, poniendo una mano apaciguadora en el hombro de Timdal—. La señora Aziza se alegrará de poder acogernos.

—No lo sé —balbuceó Timdal—. No quisiera convertirme en una carga para nadie. —Dicho aquello, miró hacia lo alto, hacia las murallas de Montmor—. Cuando llegemos arriba, nuestros caminos se separarán. Me las arreglaré... ¡Saldré en busca de Sheik Sinan!

—¡Sois un joven muy valiente! —dijo Kira, y besó al perplejo moro en la frente.

Tarde por la noche, los dos jóvenes liberados por Timdal, al-Mansur y Sayf, se reunieron también en la salida de la gruta junto al lago. Habían acordado abandonar el castillo por separado y, una vez estuvieran a salvo, se pondrían de acuerdo sobre la manera de proceder en adelante. Por esa razón Sayf, que se había dado prisa para asegurarse de llegar primero al barranco, se sintió desconcertado —más que decepcionado— cuando la luz de la luna cayó sobre el arma mortal que al-Mansur llevaba consigo: era el brillo de la hoja de una hacha.

—¡No tienes derecho a decidir por tu cuenta si tomas o no venganza! —increpó a su amigo—. ¡Melou es también asunto mío...!

—Es demasiado tarde para hacer el papel de noble héroe. ¡No hemos podido salvarla, por eso, lo menos que podemos hacer es vengarla!

Sayf no respondió a sus palabras, sino que se sumergió en el lago en calma. Al-Mansur estaba todavía en la orilla, indeciso, con el hacha en la mano.

—¡Ven! —lo exhortó Sayf—. No permitas que nada te detenga al hacer que la justicia salga vencedora. —Remando con los brazos, esperaba a que al-Mansur se decidiera—. Ven, derramemos la sangre de un anciano, no te preocupes por el llanto de Aziza, todavía no han sucedido suficientes desgracias... —decía Sayf, que continuaba provocando a su amigo—. ¡Tiembla, Montmor! ¡Se acerca al-Mansur, el vengador de tu honor!

Sayf no estaba tan lejos de la orilla como para que un ataque de furia de su amigo no pudiera alcanzarlo, pero de repente al-Mansur, tomando impulso, lanzó el hacha al lago, muy lejos de Sayf, y saltó al agua.

—¡Es mi padre! —le gritó a Sayf, desesperado, cuando emergió a su lado—. ¡No el tuyo...! ¡Y podría estrangularlo con mis propias manos!

Sayf nadó en silencio delante de su amigo y lo esperó sentado sobre las piedras en la orilla opuesta. Al-Mansur se lanzaba hacia atrás en el agua, como si tuviera necesidad de refrescar su cabeza acalorada. Finalmente, trepó también por el borde rocoso del estanque y se sentó junto a Sayf.

—¡Creo que no podría encontrármelo y hacer como si no hubiese pasado nada!

—Para el caballero Roger du Ferbac, ése será, seguramente, el peor de los castigos —reflexionó Sayf—. De ese modo, le estará negado justificarse ante ti, y tendrá que seguir cargando solo con el dolor infernal de haber causado esa humillación a su familia y a sí mismo...

—¡Ha mancillado a Melou! —exclamó al-Mansur, acalorándose de nuevo—. ¡Mi hermana! ¡La hermana que amo por encima de todas las cosas!

—¿Y tú? ¿Acaso nunca en tus sueños...?

Al-Mansur sepultó la cabeza entre las manos.

—¡Pero no así! —murmuró—. ¡Tengo que matarlo!

Sayf lo miró de reojo y se puso en pie.

—¡Entonces, hazlo! De lo contrario, no sé por qué debemos subir a Montmor.

Al-Mansur siguió a su amigo en silencio, peldaño tras peldaño, sus pasos se hacían cada vez más pesados, pero Sayf avanzaba deprisa delante de él.

—¡Espera! —gritó débilmente, nada más llegar arriba. Estaban en el patio enlodado de la fortaleza. Al fondo, en la ventana del establo que le servía al monje como capilla, vieron titilar una luz.

—¡Ve tú! —dijo al-Mansur, conminando a Sayf—. ¡Comprueba qué está haciendo!

Sayf dejó a su amigo solo, se deslizó a través del patio y estuvo largo rato espiando a través de la pequeña ventana. Luego regresó a paso lento.

—Yace desnudo frente al altar y reza. Tiene la espalda cubierta de latigazos sangrantes.

Al-Mansur no sintió nada al pensar en esa imagen, ni lo reconciliaba con su padre ni lo incitaba en su contra. Tristeza fue lo único que consiguió sentir.

—Vayamos a ver a mi madre Aziza —propuso a modo de solución; los dos amigos pusieron rumbo al torreón, ambos se sentían cohibidos e inseguros.

La puerta no estaba cerrada con llave. En la cocina estaban Aziza y Kira. Ambas mujeres estaban abrazadas, llorando.

Esta vez fue al-Mansur quien, con gesto silencioso, se apresuró a emprender la retirada. Se deslizaron de nuevo a través del patio en dirección a la muralla y bajaron a duras penas, bajo la luz engañosa de la luna, la escalera de piedra que los llevaba hasta el barranco.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Como seguramente ya sabéis desde hace tiempo, nuestras negociaciones con Raimundo de Trípoli no dieron como resultado el deseado fortalecimiento del antiguo acuerdo con el reino. Su posición como regente del joven rey —ciertamente aquejado en el aspecto físico, pero enérgico y valeroso de espíritu— es demasiado débil para querer o poder propiciar una decisión de esa índole. Y es que, desgraciadamente, la corte de Jerusalén está separada por una profunda escisión: de un lado están el propio rey Balduino, la mayoría de los barones de mayor arraigo y los caballeros hospitalarios; del otro lado están Sibila —la hermana del rey y candidata directa al trono—, junto a su nuevo marido, Guido de Lusignan, un hombre débil de baja condición; el indócil Reinaldo de Châtillon, un salteador y un intrigante con muy mala reputación, así como los templarios bajo las órdenes de su senescal, Gerardo de Ridefort, un enemigo irreconciliable del

conde de Trípoli. El señor Raimundo se quejó ante mí y me manifestó su pena, pues se siente como un asno que tira de un carro de oro, y en cuanto él adopta un rumbo, el cochero del partido opuesto le da un latigazo. Por lo demás, lo único que hizo fue retenernos durante varios meses, siempre con nuevas promesas, de las cuales al final ninguna se cumplió. Eso sí, nos trató a cuerpo de rey —quizá porque todo corría a costa de los anfitriones, los hospitalarios de Akkar— y no permitió que nos faltara absolutamente de nada. Quizá sentía vergüenza de no poder establecer algo tan sencillo como retomar las relaciones amistosas. Cada vez que me ofrecía para regresar a casa —y doy fe de que siempre lo hice sin ningún rencor—, él siempre hallaba una nueva «solución» para retenerme. Finalmente, aproveché el tiempo para trabar amistad con los caballeros hospitalarios. A ellos también les parecieron exageradas las exigencias que nos hicieron los templarios, y alardearon de que con su protección todo nos saldría mucho más barato, sobre todo si los ayudábamos a recuperar bajo su mando la «antesala» de Masyaf (así la llamaron), la fortaleza de Montmor. Intenté explicarles que no teníamos ninguna pretensión sobre ese castillo y que en un futuro tampoco la tendríamos. En mi opinión, noble señor y maestro, nos haríamos un flaco favor si ahora, a cambio de las aves de rapiña de los templarios, metiéramos en nuestro nido a las ladronas urracas de la Orden de San Juan. En su opinión, deberíamos meditarlo. ¡Pero yo pienso que tiene poco sentido!

Después de tanto tiempo sin veros, todo el tiempo que ha durado mi misión —aunque, a decir verdad, en varias ocasiones he creído sentir vuestra presencia—, he regresado a Masyaf. Durante vuestra ausencia y la mía han tenido lugar aquí cosas terribles que sólo os relataré de forma oral y en presencia de todos los testigos. Pues seguramente vos recibiréis una descripción del Enviado que, con toda probabilidad, será muy diferente de la escuchada por mí. Sólo os diré que el harén ha sido mancillado de un modo increíble por ciertos fedayines que sólo escuchan y responden ciegamente a Husain ad-Din Marzuban; una hurí ha quedado embarazada y otra ha escapado, al parecer, porque ya no soportaba aquellas circunstancias. Bajo las órdenes de su visir predomina un régimen de pura tiranía. Ha desaparecido incluso el pequeño Timdal, ese moro que me era tan útil. También el castigo exigido por vos, el de los dos mustajibs al-Mansur y Sayf, fue llevado a cabo por las personas encargadas y sus ejecutores, pero sobrepasó con creces la medida de lo tolerable. Para no exponer a esos dos chicos a mayores peligros para su cuerpo y su alma, he dispuesto que no se dejen ver más por Masyaf hasta vuestro regreso. ¡Es hora ya de que volváis a «salir de lo oculto»!

Vuestro devoto servidor,

PD: «El fracaso» de mi misión, pues es así como lo ve el Enviado, le ha dado motivos a Husain para practicar la política, algo que supuestamente sabe hacer mejor que cualquiera de nosotros, al menos mejor que este vuestro devoto servidor, puede que eso sea cierto, pero al menos me permito dudar de su punto de vista, ya que su propósito es reunirse precisamente con Guido de Lusignan, el marido de la intrigante Sibila, un hombre carente de todo poder. Y puesto que le hablé de las magníficas cualidades de nuestro maestro de armas, Jaluddin, quien durante mi misión se convirtió en un oportuno compañero de viaje y guardaespaldas, Husain ha exigido que Jaluddin también lo acompañase. A mí eso ahora me conviene, pues me pondrá en situación de entregaros un informe de primera mano sobre esa «misión secreta». Por razones que aún no he podido averiguar, también llevarán consigo a Valerian du Ferbac; puede ser que su madre Aziza así lo haya pedido, ya que, por lo visto, la situación en Montmor ha ido de mal en peor. En cualquier caso, han partido la víspera. Tampoco me han revelado dónde se efectuará ese encuentro con Guido de Lusignan.

Tal vez, noble señor y maestro, vos regreséis a tiempo para que podáis haceros una imagen de todo por vos mismo. En cuanto tenga en mis manos el primer informe de Jaluddin, el maestro de armas, os lo haré llegar sin hacer comentario alguno y sin demora.

LOS CONJURADOS

EN LAS colinas cercanas a Masyaf, todavía visibles desde la propia fortaleza o desde el castillo de Montmor, dos guerreros galopaban enfrentados el uno contra el otro, cruzaban las hojas de sus espadas, produciendo un rechinante sonido metálico que hacía saltar chispas, y luego pasaban de largo como un trueno. Al-Mansur y su compañero Sayf aprovechaban los meses que el Enviado pasaba fuera de Masyaf en una misión elegida por él mismo, y en la que lo acompañaba su severo maestro de esgrima, el ilusionista Jaluddin. Ambos amigos disfrutaban arremetiendo a su antojo el uno contra el otro, ejercitando algunas fintas y, sobre todo, dejándose llevar rápida y hábilmente por sus caballos todavía no adiestrados. Sin permitirse tomar ni un respiro, continuaban luego en tierra sus sudoríficos ejercicios de esgrima, hasta que ambos, jadeantes, decidían parar.

—Espero que el eunuco sepa guardar el secreto —gimió al-Mansur.

—Alégrate de que el bueno de An-Nasir haga la vista gorda —respondió Sayf, respirando con fuerza—. ¡A fin de cuentas, tendrá que asumir sobre su calva conciencia la responsabilidad por habernos permitido cabalgar! ¡Y eso no le gustará ni al propio anciano!

—¡Yo me refería a otra cosa! —replicó al-Mansur, agobiado—. ¡Su silencio con respecto al rumor de que Melou está embarazada!

—¿Y eso te sorprende? —La pregunta de Sayf puso de malhumor a su amigo, que evitó responderla.

—Me pregunto si el *hujja* —fue lo único que se le ocurrió en ese momento—, después de todo lo que hemos padecido, nos enviará por fin a una misión.

Sayf examinó a su compañero de lucha con desconcierto.

—¿Padecido? No hemos causado una impresión precisamente buena. ¿O tú ves las cosas de otro modo? —Sayf no ocultaba su disgusto por la actitud mostrada por su amigo, pero al-Mansur era tozudo.

—¡Pues precisamente por eso! —gruñó el rebelde.

—¡Pero dime, por favor, ¿contra quién sería esa misión?! —Tampoco Sayf quería dar su brazo a torcer—. ¡Eso, suponiendo de antemano que el *sheik* sienta el deseo de recompensarnos! Al-Mansur rió brevemente.

—¡Los grandes maestros de las dos órdenes de caballería se vanaglorian con altanería de seguir aún con vida! —exclamó a modo de propuesta, dejando ver francamente cuán en serio se tomaba el asunto.

—Una idea especialmente genial. —Sayf aprovechó aquella absurda oferta, pues no le importaba nada tener una desavenencia con su amigo—. ¡Al *sheik* no se le hubiese ocurrido jamás! —dijo en son de burla—. ¡Quizá porque sabe que a los dragones les salen cabezas siempre que les cortas una!

A al-Mansur no le quedaba otra opción que seguir defendiendo la línea argumental que había iniciado.

—Pues entonces dejemos en manos del *hujja* encontrar algo adecuado para nosotros —propuso con magnanimidad—. ¿Qué tal ese previsible rey de Jerusalén, el tal Guido?

—¡Sí, claro! —dijo Sayf, vertiendo sobre al-Mansur otro de sus sarcasmos—; ¡o incluso Raimundo de Trípoli, el único sostén de ese lamentable reino! —Con lento ademán, Sayf blandió de nuevo su arma—. ¿Por qué ahora, de repente, tus objetivos son únicamente los cristianos? —le preguntó, desafiante—. ¡¿Acaso te aqueja la enfermedad típica de todos los renegados?! —Sayf se levantó de repente y se puso en guardia, listo para batirse de nuevo, asegurándose así cierta ventaja—. ¡Renegado! —dijo, mofándose del amigo embaucado—. ¡Renegado! ¡Renegado! —Furioso, al-Mansur le lanzó desde su sitio una peligrosa estocada que Sayf sólo consiguió esquivar con gran esfuerzo—. ¿Qué? ¡¿Quieres matarme?! —dijo, bufando en broma en dirección a su rival, y de inmediato se vieron enfrascados de nuevo en un encarnizado intercambio de golpes.

A pesar de la rivalidad, prestaban la mayor atención a un único objetivo supremo: no causar ninguna herida al amigo; esto era para ellos más importante que cualquier posible golpe certero. A fin de cuentas, se conocían muy bien y conocían los límites de cada uno, lo suficiente como para evitar ese tipo de disgustos.

—¡No es mi intención distraerte, Sayf! —gritó al-Mansur—. ¡Pero por ahí viene Timdal, el moro!

Sayf se cuidó muy bien de caer en la trampa, y no pensó ni por un instante en volver la cabeza; pero al cabo de un rato el moro estaba frente a ambos.

—¡El Viejo de la Montaña ha regresado! —les dijo, radiante, pues no en balde él mismo había ido en su busca; aunque esto último se lo calló, haciendo gala de su modestia—. ¡El *kabir at-Tawashi* me ha pedido que os dijera que Melusina du Ferbac ha traído al mundo una hija sana, y os pide encarecidamente, en aras de mantener la disciplina general, que regreséis! —Timdal había cumplido su misión con tal amabilidad que los amigos se rindieron a las evidencias sin rechistar.

—¿Y Kira? —preguntó Sayf al moro, que había corrido todo el tiempo hasta encontrarlos—. ¿También ella ha regresado?

El pequeño, compungido, negó con su cabeza cubierta de rizos. Sayf le permitió que se acomodara en la grupa de su caballo.

El patio del alcázar de Qal'at Subeibe brillaba bajo la luz titilante de un sinfín de antorchas. Para despedir a la delegación de los asesinos se había organizado, al anochecer, una cena de gala en la que había participado incluso la princesa Sibila en compañía del gran maestro de los hospitalarios. El de los templarios no había acudido, pues era demasiado grande la afrenta con la que Guido se había puesto por

encima de las prerrogativas de la orden al prometerles a los asesinos que los eximirían de todos los pagos tributarios. En compensación, el Enviado les había asegurado que los suyos neutralizarían a cualquier aspirante al trono. La princesa Sibila se sintió de inmediato seducida por la galante comparecencia del Enviado y por su manera de rodearse de cierta aura de misterio y magia. En cualquier caso, Husain vio enseguida en Sibila una partidaria del propósito de Valerian du Ferbac de ser acogido en la orden de los caballeros hospitalarios.

—Lo decisivo es, sin duda, que a la princesa le convenga tener a un hombre de su confianza en las filas de una orden que, en lo esencial, está predispuesta hacia ella — explicó el mundano Jaluddin, tapándose la boca con la mano, al visir, un hombre probablemente no muy familiarizado con las interioridades de los cristianos—. ¡Y es que normalmente los hospitalarios están del lado de los barones y sus derechos, no de parte del poder exclusivo del «rey»!

Fue entonces cuando el Enviado, que en su arrogancia había imaginado ser el único hombre de la noche con el que la princesa flirteaba, tuvo que ver cómo ésta seducía sin tapujos al gran maestre Roger de Moulins, quien, para congraciarse con Sibila, mandó llamar de inmediato al joven Du Ferbac y lo incluyó en su séquito de caballeros. Valerian se sintió desbordante de felicidad cuando le colocaron por primera vez sobre el pecho la túnica roja con la cruz de color blanco.

Satisfechos con el resultado, los asesinos emprendieron el camino de regreso. A Valerian le hubiese gustado acompañarlos aunque fuese por mera gratitud, pero Jaluddin le aconsejó que permaneciera arrimado al asta de ese estandarte al que tanto había deseado servir.

A la altura de Ba'albek, los espías locales contratados por el precavido maestro de armas, veloces jinetes beduinos, les informaron de que detrás de ellos se acercaba un nutrido destacamento de templarios armados para la batalla. Jaluddin recordó de inmediato el desastre ocurrido cuando regresaban de Jerusalén, donde, aparte de él, sólo quedaron con vida el eunuco, el honorable An-Nasir ad-Daula, y los dos *mustajibs* Sayf y al-Mansur. Decidieron entonces refugiarse rápidamente en las ruinas del templo. Husain apremió al maestro de armas a que intentara llegar hasta la fortaleza de los hospitalarios más próxima en busca de refuerzos, pero Jaluddin, el maestro de maestros, le hizo saber al Enviado que en esa región todas las fortalezas de los alrededores pertenecían a los templarios. Cualquier empresa como la propuesta estaba perdida de antemano, por mucho que Jaluddin deseara salvar la vida.

La delegación ya había arribado a Ba'albek, y apenas habían conseguido atrincherarse cuando vieron acercarse a los caballeros del Temple. Los guerreros de la orden avanzaban en dirección a los asesinos formando un amplio frente; las mortales lanzas levantadas ofrecían una visión bastante tenebrosa, lo que hacía que la amenaza que ahora se cernía sobre los asesinos caídos en la trampa pareciera el acoso de un gran gato negro a un pequeño ratón que no conseguía encontrar su madriguera.

Los ismaelitas se prepararon para enfrentarse a sus horas finales; aparte de algunos pocos arcos, sólo disponían de una cimitarra cada uno, y la mayoría contaban incluso con una daga. Los templarios disminuyeron el galope y comenzaron a desplegarse en semicírculo. ¡No tenían intenciones de dejar escapar a nadie! Pero entonces, de repente, la maniobra de rodeo se detuvo y cierta inquietud se apoderó de sus filas; los que formaban el flanco se replegaron y se agruparon en torno al *beauséant*. Jaluddin se atrevió a salir de su escondite para observar el campo de ruinas en busca de una explicación: proveniente del norte se acercaba, en cerrada formación, un escuadrón de caballeros hospitalarios, tan superior por su número de hombres que podría permitirse el lujo de dividirse en tres columnas sin interrumpir la impetuosa cabalgada. Los templarios —cuyo rechinar de dientes uno creía poder oír— llevaron a cabo un ejemplar giro y se marcharon de allí sin aspavientos, pero a todo galope.

Los hospitalarios venían desde Akkar. Al interrogar a su comandante, éste explicó que su amigo, el eunuco An-Nasir, les había pedido antes de partir de regreso a Masyaf que vigilaran la delegación del visir, pues se sentía inquieto al saberlos en territorio dominado por los templarios. El Enviado escuchó esas palabras con visible malestar, pero de todos modos la precaución del eunuco les había salvado la vida a él y a todos los demás. El comandante le asignó a la delegación una escolta para que los acompañara con paso seguro hasta Masyaf.

Si ninguno de los adeptos del Viejo de la Montaña había notado su regreso a Masyaf, eso cambió, a más tardar, el día en que, después de la oración del mediodía, les ordenaron reunirse a todos en el patio superior de la fortaleza. Era allí, a la sombra de la Torre de los Ojos del Cielo, donde el *hujja* solía convocar sus reuniones. Así, los fedayines se apresuraron a ocupar los jerarquizados sitios en las graderías de piedra, en las que los *mustajibs* sólo tenían derecho a ocupar los puestos posteriores, mientras que delante se acomodaban los *da'i* de pelo cano. Los dos puestos más extremos, situados directamente junto al pasillo central, eran ocupados normalmente por el Enviado, a un lado, y por el eunuco, en el otro. Junto a An-Nasir estaba también Jaluddin, el maestro de armas. El eunuco, por cierto, era el único que sabía de la llegada del *sheik* a su fortaleza, pues con él, al que nadie había visto llegar, había regresado también el pequeño moro. Ahora bien, ni siquiera An-Nasir sabía que el moro también había dado claras indicaciones para que los dos inseparables amigos, al-Mansur y Sayf, acudieran a esa reunión. El propio Timdal les había pedido guardar silencio al respecto. Los dos jóvenes fedayines se habían plantado arriba, junto la puerta de dos batientes que estaba a punto de abrirse. Esperaban poder ser testigos de primera mano del momento en que el tan añorado *hujja* reapareciera y bajara a

reunirse con sus fieles. Sus miradas contemplaron los altos *tarbush*^[85] de los hombres reunidos a sus pies, y luego se posaron en el eunuco, que en ese momento le hacía una señal a Jaluddin. El maestro de armas caminó hasta la puerta que conducía a los aposentos del harén y por ella salió, guiada por el moro, ¡Melusina! El tenue murmullo de los presentes fue subiendo de tono, todos los *tarbush* se volvieron hacia el lugar donde la joven del velo ocupaba un sitio al lado del eunuco An-Nasir. Melou llevaba a su hija en brazos y no dedicó a los reunidos ni una sola mirada, teniendo en cuenta que los crecientes murmullos y cuchicheos se debían a su mera presencia. ¡Una mujer en medio de todos aquellos hombres!

Arriba, en la plataforma del observatorio, izaron la bandera verde del *sheik*, lo cual significaba que era hora de guardar silencio absoluto. A pesar de su edad, Sheik Sinan descendió por los bajos escalones con paso firme y ligero, se dirigió a su trono, que se alzaba en el estrado situado a sus espaldas, solitario entre los hombres reunidos y la alta muralla, tomó asiento y contempló en silencio los rostros de sus fieles seguidores. En lo alto de la corona de la muralla situada detrás traían a tres hombres encadenados. Les habían quitado los turbantes, y los guardias los condujeron hasta el borde de los muros y allí se detuvieron. Los dos amigos los reconocieron de inmediato: eran Omar, Tarik y Rashid, la temida Banda de los Tres del Enviado. La muralla de Masyaf no tenía almenas del lado del patio. Una empinada escalera de piedra situada en la esquina del cuadrante conducía hasta la corona del muro.

—Siempre fue mi esperanza —dijo el *sheik* con una voz clara que no dejaba entrever emoción alguna— que, durante el tiempo que permaneciera oculto, aquí la vida continuaría su curso de acuerdo con las reglas sin que fuera necesaria mi presencia para hacerlas cumplir. —Hablaba lentamente, y cuando se dio cuenta de que muchos de los presentes bajaban las cabezas, conscientes de su propia culpa, no lo dejó entrever—. Sin embargo, han sucedido cosas que atentan contra las normas, y ahora los culpables esperan su castigo... —Los rostros se alzaron de nuevo y miraron perturbados a los condenados que esperaban arriba—. Husain ad-Din Marzuban —continuó el *sheik*, impassible, pero con un tono de mandato que nadie pudo pasar por alto— llevará a cabo personalmente la ejecución. —Al Enviado no le quedó más remedio que ponerse en pie, inclinarse con gesto petrificado ante el *sheik* y subir los peldaños de la empinada escalera. El silencio surgido entonces no era sepulcral, de esos que cortan el aliento, sino todo lo contrario; era una respiración pesada y contenida que acompañó cada uno de los pasos del Enviado, peldaño a peldaño. Una vez arriba, Husain se colocó presuroso tras uno de los tres hombres. Con un rápido movimiento, el guardia allí apostado puso un lazo alrededor de la cabeza del condenado y Husain lo empujó hacia el abismo con un golpe del puño en la espalda. Una sacudida recorrió la cuerda de un extremo a otro y el hombre ejecutado quedó colgando de las almenas con el cuello roto. El Enviado ya se había situado detrás del segundo hombre, y esta vez su golpe coincidió con el lazo recién echado sobre el

cuello de Tarik. El hombre tropezó hacia adelante y cayó en posición transversal al muro. Cuando la cuerda se tensó, su cuerpo se mantuvo oscilando como un péndulo durante largo rato, mecido por el soplido de un viento imperceptible para los espectadores. Husain avanzó hacia donde estaba Rashid, el último miembro de su Banda de los Tres; el guardia colocó la cuerda de una manera poco diestra, y ésta quedó colgando sobre la nariz del condenado. Entonces Rashid se apartó a un lado y escupió en el rostro de Husain. Éste lo tomó por los hombros con ambas manos y lo arrojó desde la muralla. La cabeza se salió del lazo y el cuerpo de Rashid golpeó contra el pavimento de piedra del patio.

Ni siquiera ese acontecimiento imprevisto, que arrancó a los presentes una sorda exclamación de espanto capaz de sofocar el ruido de la colisión contra el suelo, movió al *sheik* a darse media vuelta y mirar a sus espaldas; no pestañeó siquiera. Sinan se levantó y subió de nuevo, muy erguido, aquellos bajos escalones dispuestos de tal manera para que pudiera subirse a caballo por ellos. Con actitud resuelta, el Viejo de la Montaña había mostrado a sus adeptos por qué era él, y no otro, quien aún mantenía las riendas del poder. Sólo después de que hubo desaparecido tras la pesada puerta de madera, la muchedumbre se puso en movimiento y el murmullo afloró otra vez de un modo vacilante. Sin embargo, nadie se atrevió a abandonar su sitio antes de que el Enviado bajara del adarve. ¿Un hombre afligido? Cualquiera que lo conociera tan bien como An-Nasir se cuidaría mucho de dar tal cosa por sentado. El eunuco examinó con la mirada a Husain, pero éste tenía la vista fija al frente.

En todo ese tiempo el moro, acompañado por Jaluddin, había conducido fuera a la joven madre y a su hija. El eunuco los siguió al cabo de un rato.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Honrado por la confianza depositada por vos en mi visión de las cosas, os describo un panorama sobre el estado y el desarrollo de la situación: el sultán Saladino consolida su poder en Siria; Damasco se ha convertido desde hace mucho en su segunda capital, en la cual pasa mucho más que en El Cairo; por lo visto, ha puesto a Egipto en manos de representantes de su confianza, cuyo gobierno le permiten esas prolongadas ausencias. Sin embargo, hasta ahora no ha conseguido apoderarse de Alepo, sobre todo teniendo en cuenta que este último punto de apoyo del sultanato de los selyúcidas en Siria, el cual, de todos modos, sigue siendo la antigua capital, puede contar con el apoyo de Mosul. En este sentido, las oportunidades para Saladino no serían nada despreciables, ya que Antioquia, su enemigo más peligroso en el bando de los cristianos en el norte, se encuentra involucrada

en un conflicto permanente con sus vecinos armenios, mientras que con el reino de Jerusalén mantiene una tregua cumplida hasta ahora por ambas partes. ¡Según mi valoración del asunto, este pacto de no agresión es vital para los cristianos!

¡Tanto más incomprensibles me parecen, por esa razón, las maniobras de Reinaldo de Chátillon, no impedidas hasta ahora por ninguno de los suyos! Por lo visto, el nuevo señor de Ultrajordán no muestra ninguna voluntad —o quizá no está en condiciones— de aceptar la cautelosa política del rey y, sobre todo, del regente Raimundo de Trípoli. La tregua construida con tanto esfuerzo por el conde —un hombre que habla fluidamente el árabe— prevé que las caravanas de ambas partes puedan atravesar sin restricción alguna el territorio del bando opuesto. Al parecer a Reinaldo, un aventurero y caballero salteador, debió de llenarle de un profundo disgusto el ver pasar tan cerca de él, sin ser molestadas, las caravanas ricamente cargadas de los musulmanes. El señor de Chátillon no pudo resistirse a la tentación, asaltó —para los afectados fue como algo caído del cielo— una caravana de comerciantes que viajaban de Damasco a La Meca y se llevó consigo todas las mercancías. Saladino, que en ese momento se encontraba en Egipto, envió de inmediato tropas a la región de Ultrajordán, pero ya Reinaldo había puesto a buen recaudo su botín y los egipcios no se sintieron lo suficientemente fuertes para sitiar su poderosa fortaleza de Kerak.

Saladino presentó sus quejas ante el rey Balduino por la ruptura del acuerdo y exigió una compensación. Balduino comprendió la legitimidad de su exigencia y se disculpó en nombre del autor de aquella fechoría, quien ni siquiera se sintió en el deber de mostrar arrepentimiento, mucho menos de indemnizar al sultán. El rey, en su debilidad, que ahora se veía enfrentado al poderoso grupo reunido en torno a su hermana Sibila y a los belicosos templarios, desistió enseguida de dar seguimiento al asunto. Raimundo de Trípoli ha estado también en permanente discordia con el mismo grupo al que pertenecen, además de Chátillon, el marido de Sibila, Guido de Lusignan, y Gerardo de Ridefort, el senescal de la Orden del Temple. Sólo así puede explicarse que la corona de Jerusalén no haya retomado las negociaciones iniciadas con nosotros, tal y como ahora se ofrecía: teniendo a Alepo por aliada, y probablemente también con una participación de los selyúcidas en la retaguardia, Jerusalén podría haber puesto en práctica, con nuestra colaboración, un frente común contra Saladino. Ya ni siquiera con el propósito de llevar adelante una guerra contra el sultán de El Cairo y de Damasco, sino para moverlo a desistir de sus esfuerzos por extender su poder en el norte de Siria a través de Damasco, con lo cual amenazaría de nuevo la región central del reino.

Es precisamente con el tal Reinaldo de Chátillon con quien Husain ad-Din Marzuban pretende llegar ahora a un acuerdo; pues, como ya me hizo saber con cierto tono sarcástico, en su opinión nosotros habíamos negociado con el hombre equivocado, refiriéndose a aquel momento en que vos, noble señor y maestro, me encomendasteis reunirme con el conde Raimundo de Trípoli. Supongo —y confío con todas mis fuerzas que así sea— que vos hayáis encomendado al Enviado esta nueva misión, por muy cuestionable que a mí me parezca. No me quedó más remedio que dudar de la oportunidad de la misma cuando le propuse al Enviado, también esta vez, que lo acompañara nuestro probado Jaluddin, pero él rechazó la oferta de un modo tajante. Quería asumir la misión él solo. ¿Es que acaso alguien como el Enviado puede sentir de repente la necesidad de hacer penitencia por todas las culpas que pueden atribuírsele? ¡En cualquier caso, ante el imprevisible Chátillon, Husain corre el peligro de que le corten la cabeza o de pasar el resto de sus días en la más recóndita mazmorra de Kerak! ¿Por qué alguien que ha probado tener ese carácter va a sentirse de repente propicio al acuerdo precisamente a un asesino, por muy elevado que sea su rango?

Husain ad-Din Marzuban partió ayer en compañía de una comitiva muy reducida, pero portando todas las insignias de un emisario oficial. Yo me he permitido, en esta ocasión, enviar de inmediato a Jaluddin para que lo siga. Su misión es pisarle los talones sin ser descubierto y, de ser posible, averiguar cuáles serán los términos de sus negociaciones de esos dos hombres, si es que, en realidad, se produce alguna. A fin de cuentas, no es asunto de Husain ad-Din Marzuban el sellar en vuestro nombre, noble señor y maestro, compromisos que no se correspondan con vuestros deseos. Os mantendré al tanto de todo en cuanto reciba informes de nuestro fiel maestro de armas.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: He olvidado daros las gracias por vuestro generoso obsequio al haberle comprado a la salida Tamara el moro Timdal y haberlo confiado a mis cuidados. Como el moro ha sido circuncidado de acuerdo con las normas, nada se interpone para que podamos usarlo en el perímetro de vuestro harén, y ahora que mi vejez avanza con paso firme, el moro constituirá sin duda un excelente apoyo.

Pasó mucho tiempo hasta que la confianza y la seguridad retomaron de nuevo al harén. Melou y su pequeña hija se habían convertido en el admirado centro de atención del saloncito de la *saida* Tamara; la hermosa niña y su madre se parecían como dos gotas de agua. Sin consultarlo con nadie de Masyaf, mucho menos con alguno de los de Montmor, Melou anunció que su hija se llamaría Xenia. La *saida*, quizá apremiada por su marido, el Enviado, había determinado que la niña llevara también el nombre de su madre, de modo que Melusina también constara como apelativo adicional de la pequeña, pero Melou se negó a ello y la llamaba «Nixe». Las otras huríes adoptaron con entusiasmo esa palabra extraña y tierna, sobre todo porque Melou la pronunciaba con un ceceo inigualable, pero también porque «Nixe» derivaba de «Xenia», y de ese modo ellas también podían ofrecer su amor casi tonto a aquella niña encantadora, ¡y lo rica que era! A la joven madre, sin embargo, le importaba mucho que su hija no creciera con su nombre, un nombre que Melou, teniendo en cuenta su destino, no consideraba de buen presagio. Cuánto le habría gustado a ella ser todavía una niña pequeña e inocente.

—¡Imaginaos! ¡La reina madre ha nombrado a su amante, el arzobispo Heraclio, patriarca de la iglesia ortodoxa! —dijo la *saida*.

—¡Ese hombre no es griego ni ha servido jamás para el puesto de arzobispo! —la interrumpió su propia hija Shirin—. ¡Es un mal sacerdote, un *mauclerc*^[86] de la región de Auvernia que no sabe ni leer ni escribir!

De todos modos, Shirin no podía igualar tan fácilmente a Tamara.

—¡¿Entonces, seguramente sabrás cómo se lo agradeció a la anciana señora?! ¡Nada más conseguir el cargo y el título, se echó una joven concubina llamada Paschia, la mujer de un comerciante de telas de Naplusa!

—¡Una mujer a la que ahora todos en la corte de Jerusalén conocen con el nombre de «*madame la Patriarchesse*»! —añadió Shirin.

Las jóvenes que entendían francés rieron.

Como siempre, las huríes escuchaban con cortesía los relatos de Tamara. Pero la que a ellas les interesaba realmente era la desaparecida Kira. Por desgracia, la *saida* Tamara había prohibido hablar sobre la fugitiva, pues hasta entonces había conseguido ocultar con éxito al Enviado la desaparición de su hija, pero la desbordante fantasía de las muchachas en aquella cotidianidad del harén, en la que apenas sucedía nada, siempre hacía florecer nuevas historias sobre las posibles aventuras de la joven fugada.

—¡Ese Reinaldo de Chátillon... —dijo la *saida*, lanzando al ruedo el nombre del tristemente célebre caballero salteador— no sólo hace frente al sultán, sino también al rey! —Tamara intentaba desviar el interés hacia otros temas pero, salvo Shirin, y en ocasiones también Melou, apenas encontraba oyentes interesadas, lo que hacía que la madre echara tanto de menos a la sagaz y a veces rebelde Kira—. Ese hombre incorregible parte de su fortaleza de Kerak para saquear a comerciantes musulmanes —continuó Tamara—. Pero un buen día sucedió que una flota con centenares de

peregrinos cristianos a bordo se vio obligada a buscar protección en el delta del Nilo debido al mal tiempo, y el sultán Saladino los hizo encadenar a todos y luego le comunicó al rey que sólo los liberaría si Reinaldo devolvía las mercancías robadas.

—¡Apuesto a que no lo hizo! —dijo Melou.

—¡Los pobres peregrinos! —exclamó Shirin, compadeciéndose—. Gente inocente...

—¿Qué quieres decir con «inocente»?! —protestó Melou—. ¡Si alguien peregrina hasta Jerusalén es porque tiene suficientes pecados sobre su conciencia!

—¡Querrás decir deudas! —rió la *saida* Tamara—. ¡Para un viaje de peregrinación así, es necesario empeñar la casa y el ajuar!

—¡Para terminar finalmente en el mercado de los esclavos! —Melou parecía alegrarse de ello—. ¡A los ojos de Dios, eso está mejor visto como expiación de los pecados que el lloriqueo ante el Santo Sepulcro!

—¡No tienes corazón, Melusina! —se lamentó Shirin—. ¡Alá no puede desear algo así!

—¡Y tú qué sabes! —replicó Melou—. ¿Qué sabes tú sobre la voluntad de Alá?

Tamara vio que la disputa derivaba hacia derroteros poco prometedores, por eso se apresuró a retomar su historia sobre Reinaldo de Chátillon:

—¡Tenías razón, Melou! Con la negativa de Reinaldo la guerra se volvió inevitable: Saladino reunió su ejército para librar una guerra contra el reino de los cristianos, partiendo desde Egipto.

—¿Y no hubo ninguna voz que le gritara al despedirlo que no volvería a ver la ciudad de El Cairo? —Las excitadas palabras de Shirin destilaban temor.

Tamara sonrió en un gesto de aprobación; se notaba que su hija mayor adoraba esas anécdotas conmovedoras.

—¿Estás escuchando, Nixe? —Melou apretó a la pequeña contra su cuerpo y la besó—. Ahora vendrá el gran Saladino y se quedará a vivir entre nosotros. —Lo dijo riendo sarcásticamente mientras miraba a la enfadada Shirin—. Porque si las circunstancias no le permiten regresar a Egipto, lo tendremos encima de nosotros durante los próximos años. ¡A menos que el diablo se lo lleve pronto!

—¿A quién? —preguntó una voz desde la puerta del jardín, y de repente, Kira hizo su entrada en el saloncito de la *saida* Tamara, proveniente del paraíso.

—¡Kira! ¡Kira! —exclamaron jubilosas las huríes, que se habían levantado de un salto, mientras que la joven durante tanto tiempo desaparecida abrazaba primero a su madre y después a su hermana. Luego se volvió hacia Melou, la besó en la frente y tomó de sus brazos a la pequeña Nixe. Alzó la niña hacia lo alto, mientras la pequeña chillaba de gusto.

—Y bien, ¿a quién se llevará el diablo? —dijo Kira riendo, retomando el final de la última frase, pero fue Tamara la que respondió en lugar de Melou:

—¡A Saladino!

El maestro de maestros había hecho el viaje más rápidamente que el Enviado y se había instalado en el vestíbulo del fortificado castillo de Kerak cuando por fin vio llegar a Husain. Recibieron al visir dos personajes extrañamente encapuchados; el recién llegado dio instrucciones a su séquito para que lo esperara entre las dos imponentes hileras de murallas y siguió a los hombres hacia el interior a través del portón casi invisible. Sin demorarse mucho, Jaluddin tomó el mismo camino. Los dos hombres vestidos totalmente de blanco, con sus capuchas puntiagudas, eran como dos farolas andantes que le mostraban el camino a su perseguidor en la oscuridad de aquel sótano. Pero cada vez eran más las figuras encapuchadas que salían de todas partes y tomaban el rumbo seguido por los tres hombres que caminaban delante. El instinto cazador se despertó en Jaluddin.

Vio que una de aquellas personas se apartaba a un lado, y, como pudo comprobar por el hedor, intentaba aprovechar unas de las cloacas abiertas para hacer sus necesidades. Jaluddin lo siguió; sus fuertes garras se aferraron al cuello del hombre agachado y lo estrangularon hasta que perdió la conciencia. Rápidamente, el maestro de armas le arrancó la túnica blanca del flácido cuerpo, que luego arrojó de un empujón a aquel lodo pestilente, de tal modo que, con un poco de suerte, el hombre no tuviera que ahogarse en la mierda. El maestro de maestros se puso la capa blanca y la capucha que le ocultaba el rostro y siguió a los otros con paso presuroso.

Jaluddin llegó justo a tiempo para no llamar la atención y oír la voz del Enviado, que se había situado en medio del círculo y pedía disculpas por su retraso a la figura que, al parecer, llevaba la voz cantante en aquella reunión.

—¡... sólo por vos he asumido la responsabilidad de esta misión! —Husain, como los demás allí reunidos, también estaba cubierto con la misma túnica blanca.

—Lo habéis hecho, y así lo espero, en beneficio del priorato —lo reprendió la voz cortante de un hombre, el único que estaba sentado frente al círculo de encapuchados, a lo que el vecino más próximo del Enviado respondió:

—Y habéis hecho bien, pues nuestro amigo y anfitrión no sería realmente un mal asociado en nuestro empeño común.

—¡Si por lo menos no tuviera esa tendencia constante a los arranques de impulsividad! —gruñó Husain de un modo desafiante para que todos lo oyeran—. Cierta carácter previsible, *magister venerabilis*, debería...

—¡Reinaldo de Chátillon ha sido y sigue siendo un buen cristiano! —Le bufó el hombre que estaba a su lado—. ¡Es un contrapeso para que yo pueda comprometerme con vos!

—¡Hermanos míos! —dijo la voz metálica, reprendiendo a aquellos dos gallos de pelea, pero Husain necesitaba terminar su idea.

—El príncipe de Ultrajordán apenas abogaría por el pretendido Estado del priorato, pues sus propios intereses...

El *magister* lo cortó:

—¡No obstante, él podría asegurar el flanco sur, como hacen los templarios en el norte, cuando podamos decir que el actual condado de Trípoli ya es nuestro!

Eso provocó una nueva intervención del hombre situado junto al Enviado.

—¡Nadie debe preocuparse por la fiabilidad de la orden a la que tengo el honor de pertenecer! —Si bien esas palabras introductorias iban dirigidas al *magister venerabilis*, las que vinieron a continuación eran en todo caso un abierto ataque al visir—. ¡Raimundo de Trípoli todavía está vivo! —le ladró el templario—. ¡Eliminarlo, y eso bien lo sabe Dios, sería una misión mucho más sensata para vos, los asesinos, que negociar con Guido de Lusignan en contra nuestra! ¡Pero, en fin, si ni siquiera sois capaces de libraros del Viejo de la Montaña!

—¡Hermanos! —tronó el *magister* en tono preventivo, pero conciliador—. Muchos tendrán que morder el polvo todavía hasta que hayamos alcanzado nuestro objetivo supremo, pero en este caso nuestro hermano tiene razón: ¡sería útil cerrar para siempre los labios y los ojos de ese perturbador y sumiso lacayo de Saladino! —El *magister* miró en dirección al Enviado con gesto exhortativo, y éste asintió de un modo imperceptible.

Jaluddin ya había visto suficiente. Sin llamar la atención, fue avanzando hasta las últimas filas y se escabulló de allí sin ser visto. Aún tuvo la osadía de echar una ojeada en la cloaca y colocar la túnica muy bien doblada en el borde. Su víctima parecía dormir todavía en la zanja.

—¿Supongo que no sentís un especial afecto por el regente del reino, el conde Raimundo? —dijo el Enviado dirigiéndose al hombre que estaba sentado frente a él, el señor de Kerak, Reinaldo de Chátillon.

Reinaldo, que hasta ese momento había estado alerta, observándolo, se dio cuenta de que su interlocutor no era amigo de los circunloquios cautelosos o no conocía bien las reglas del juego. Sonrió con ironía.

—¡Yo puedo coexistir con el señor de Trípoli! ¡Él sólo irrita a mis mejores amigos!

—¿Y entre ellos se cuenta también el senescal de los templarios, Gerardo de Ridefort?

—También él... —admitió Reinaldo, todavía con expresión divertida.

—¿Pensáis que vuestra influencia sobre él podría motivar a la orden...?

En ese punto, Chátillon lo interrumpió con brusquedad:

—¡No tengo que pensarlo, sino desearlo! —esto lo dijo sin tanta agresividad—. ¡No pienso enfrentarme con los templarios, ni con el senescal en persona ni con la orden en su conjunto!

Husain aceptó ese rechazo, pues le permitía adelantarse con su propuesta.

—¿Y qué tal si yo os traigo la cabeza de Raimundo servida en bandeja de plata?!

Reinaldo rió con tosquedad.

—Entonces os entregaré su peso en oro y el de la bandeja, lo que es mucho más de lo que tenéis que pagar todos los años en forma de tributo a los templarios, o incluso, en el futuro, a los hospitalarios... ¡O a ambos! —Chátillon se regodeaba en el malestar del asesino—. ¡De todos modos, la cabeza del conde no es más que algo accesorio!

—¡Los asesinos no se venden! —rechazó Husain, ofendido, o quizá sólo fingía su indignación.

—¡Pues entonces empezad a venderos! —repuso Chátillon—. ¡Matad a Saladino! —En tono seductor, y con un encanto cada vez mayor, añadió—: ¡Entonces, con Guido coronado rey, él os garantizará un Estado propio que abarcará desde Montferrat, la fortaleza de los hospitalarios del norte, hasta las ruinas de Ba'albek en el sur! —Como una serpiente dispuesta a estrangular a su presa, que antes la examina según el volumen de sus huesos del cráneo, así observaba ahora Reinaldo a su interlocutor—. ¡Os podríais llamar «Gran Príncipe del Líbano» y escoger una sede para vuestro gobierno! —El señor Reinaldo había valorado bien la ambición personal del Enviado, pero incluso a este último le pareció demasiado tal grado de ignorancia política.

—¿Y por qué no ponéis ya de inmediato a nuestro servicio el Krak de los Caballeros como palacio de gobierno?! —dijo Husain con sarcasmo—. ¡¿O es que acaso los hospitalarios no han comenzado ya con la venta de sus fortalezas?!

Reinaldo rió irónicamente.

¡Esos valientes caballeros seguirán siendo para vos el poder de una orden! —fue la recomendación exhortativa de Reinaldo—. ¡Ellos valen el dinero que vos les pagáis! —Chátillon notó la mirada pensativa del Enviado—. Pero no nos repartamos la piel del oso antes de que hayáis despachado por fin a ese Saladino con vuestras dagas, lo que, hasta donde yo sé por lo menos, es algo que sí está en vuestras manos... —Reinaldo se consideraba a sí mismo un buen conocedor de los hombres, pero también creía que podía situarse por encima de todas las normas y los acuerdos.

Husain ya conocía las condiciones, y creía que nadie sabría aprovecharlas mejor que él.

—¿Y si el sultán no viene? ¡¿Tendríamos que enviar a nuestros hombres hasta Egipto?!

Chátillon se daba cuenta de que el pez había mordido el anzuelo.

—Saladino vendrá —dijo, tranquilizando al hombre que dudaba—. ¡Yo me ocuparé de ello!

Ahora el anzuelo estaba bien clavado en la carne de Husain ad-Din Marzuban, pero la presa todavía se agitaba un poco.

—¡Entonces procuradme también el firme compromiso del señor Guido de Lusignan o, aún mejor, el de la futura reina Sibila! —exigió Husain astutamente.

Reinaldo de Chátillon se puso en pie y estrechó la mano del Enviado.

—¡Podréis tenerlo! —le aseguró fríamente, y acompañó a su extraño huésped hasta la puerta. En la antesala esperaba el pequeño séquito del Enviado, también los dos fedayines con las dagas y el sudario.

—¡Qué original! —comentó Reinaldo en señal de admiración, pero sus palabras sonaron como si hubiera dicho algo «muy chistoso», mientras que los fedayines se esforzaban por mirar al frente con expresión enconada—. ¡Os deseo una buena ejecución de vuestros planes, príncipe! —dijo Chátillon a modo de despedida, y Husain emprendió el camino de regreso a Masyaf.

Decidió no informar absolutamente de nada a Sheik Sinan sobre esa oferta tan extraña y a la vez tan fascinante. Si la oportunidad existía, no quería de ningún modo que se le escapase de las manos.

—«¡Gran Príncipe del Líbano!». Eso significaría un título, poder y riqueza, algo más que apropiado para él, Husain ad-Din Marzuban, algo que también le gustaría indeciblemente a la *saida* Tamara. Para ello, sólo tenía que desaparecer alguien que desde hacía mucho tiempo era como una espina clavada en su corazón: ¡el Viejo de la Montaña! La eliminación del conde Raimundo, por el contrario, hasta donde él creía haber entendido, sólo representaba para la empresa una pequeña muestra. A fin de cuentas, podría llevarse a cabo con relativa facilidad, ya que los asesinos mantenían muy buenas relaciones con el señor de Trípoli gracias a las gestiones del molesto pero a la vez tonto eunuco. ¡El Enviado no se sentía para nada insatisfecho con el curso que habían tomado las cosas, estaba muy orgulloso de sí mismo!

VENDIDA COMO ESCLAVA

JALUDDIN se había mezclado de nuevo con el ajetreo de los comerciantes y la multitud del casi inabarcable bazar que funcionaba de modo permanente entre los dos anillos de fortificaciones. Ese ajetreo le daba la seguridad de no llamar la atención, pues para ello no perdía de vista ni un momento la puerta del muro ni el estrecho puente que conducía hasta el portón principal. Aquella fortaleza realmente inexpugnable comenzaba justo detrás de ese único acceso fácil de defender, y en ese foso amurallado, situado entre la pared exterior y las empinadas murallas de la fortaleza, ningún posible asediador podría emplazar catapultas o arietes para preparar un ataque. Jaluddin fue sacado bruscamente de sus reflexiones cuando vio salir por el puente, escoltada por una nutrida guardia, una litera negra, seguramente portadora de una importante personalidad, aunque la siniestra carcasa no mostrara insignia alguna. «Podría ser tanto el *magister venerabilis* como un importante dignatario de la Iglesia», fue lo que le pasó por la mente al gran observador que era Jaluddin. ¿O acaso se trataba del demonio en persona?

Por la pequeña puerta ya habían salido varios hombres que muy probablemente hubiesen participado encapuchados en aquel encuentro secreto del priorato, pues muchos de ellos llevaban incluso las blancas capas dobladas bajo el brazo. Más tarde habían sacado a otra persona cubierta con el sudario blanco, el cual tendría que oler terriblemente mal, porque toda la gente se reía y se tapaba la nariz en un gesto obsceno, ¡quizá porque el pobre hombre todavía estuviera vivo!

Jaluddin ya no pudo gastar un pensamiento más en esa persona, pues por fin apareció en el puente de la puerta principal el séquito del Enviado. Husain, acompañado por su gente y sin volverse, cabalgó deprisa fuera de la fortaleza. Jaluddin decidió entonces esperar un poco más antes de acudir a su cita con el señor de Kerak.

El senescal de los templarios estaba sentado en la habitación de la torre del tristemente célebre príncipe de Transjordania, tomando un vino con su amigo Reinaldo. Ambos, relajados, cotilleaban sobre las palabras y las personas que acababan de participar en aquella reunión de encapuchados en los sótanos del castillo de Kerak.

—¡No tengo muchas esperanzas en los devaneos sobre ese llamado «Priorato de la Santa Magdalena»! —le hizo saber Reinaldo de Chátillon a Ridefort—. En lo particular, el *magister venerabilis* me resulta bastante sospechoso. ¡No puedo quitarme de la cabeza que él es el único que está detrás de todo esto, nadie más!

—¡En ese caso, ese cabrón merece aún más mi respeto! —Con una risa estrepitosa, el templario se dio unas palmaditas en los muslos—. ¡De pronto un día

me otorgó el segundo puesto de la orden! ¡Eso es un indicio de su poder... o de sus poderes mágicos!

Reinaldo bebió un largo trago y se lamió la punta de la barba, saboreándose.

—Puede ser que no tengan nada mejor que hacer en casa, en la despistada región de Languedoc⁸⁷¹ o en la espiritual Borgoña, que inventarse tales quimeras. —Reinaldo no quería dejar helado a su amigo y fiable compinche y por esa razón ocultaba su total rechazo—. Tampoco es una estupidez ir en busca de vez en cuando de un territorio propio, soberano para la orden a la que ahora vos pertenecéis. ¡Pero de lo que sí estoy seguro es de que ese lugar no es Trípoli! ¡Los condes occitanos están demasiado emparentados con los normandos de Antioquia!

—¿Y entonces qué induce al *magister* a defender sus ideas con tanto ahínco? —preguntó Ridefort, un hombre mucho más simple en su intelecto.

En esta ocasión, Reinaldo soltó una sonora carcajada.

—¿Acaso no habéis conocido nunca a nadie que dé por verdaderos todos sus delirios y que parezca tan convencido en su locura que le sobre el poder sobre recursos y hombres? ¡Sin embargo, una persona así nunca consigue sus objetivos! ¡Fracasa antes, y casi siempre lo hace por su propia culpa!

—¿Y el *magister* pertenece a esa clase de gente? —preguntó Gerardo, que se sobresaltó cuando llamaron a la puerta y un sirviente quiso saber si el príncipe estaba dispuesto a recibir a un emisario de Masyaf.

—¿Otra vez?! —se le escapó a Reinaldo, divertido y sin dar a entender si estaba o no dispuesto a recibir de nuevo a los asesinos. El senescal dio media vuelta en ademán de marcharse—. ¡Podéis quedaros! —lo invitó Reinaldo—. ¡No tengo nada que ocultar ante vos!

—¡Pero a mí me basta con un encuentro por día con ese Husain! —gruñó Gerardo—. ¡Preferiría veros más tarde! —dijo, y se marchó, mientras Reinaldo daba órdenes para que pasara el emisario.

—¡Pero no es el mismo caballero! —le susurró el criado devotamente, aunque ya el templario había salido de la habitación, y Jaluddin pudo entrar después de que los guardias lo cachearon de pies a cabeza en busca de alguna arma escondida.

El maestro de maestros se presentó como un «emisario especial en misión secreta», que debía encontrarse allí con el Enviado para emprender juntos el camino de regreso a Masyaf.

—¡Entonces llegáis con demasiado retraso! —le hizo saber, con enfado, el señor del castillo—. Ese Enviado, un caballero bastante extraño, nos dejó esta mañana muy temprano. —La sonrisa de satisfacción de Jaluddin por su comentario adicional hizo que el tristemente célebre guerrero le otorgara cierta confianza a su huésped—. ¿Qué función desempeña en realidad este Husain ad-Din Marzuban en el imperio del Viejo de la Montaña?

El maestro de maestros no se hizo de rogar mucho más tiempo, pero se expresó de un modo vago.

—El Enviado vino a Siria cumpliendo órdenes del jefe de los asesinos, el imán de Alamut, para acudir en ayuda de Sheik Sinan. ¡Es él quien se ocupa de la formación y el uso de los fedayines, y tiene rango de visir!

—Pero su ambición parece tener objetivos más distantes y elevados —respondió Chátillon, como alguien que ya ha hablado demasiado, razón por la cual cambió de tema—. ¿Y es cierto que esos fedayines, de los cuales el Enviado trajo consigo a dos ejemplares capaces de insuflar bastante miedo, se dejan cortar en pedazos con tal de cumplir sus misiones? —quiso saber Reinaldo de Chátillon.

—La obediencia ante cualquier orden del venerable *hujja* es absoluta e incondicional; a cualquiera que entregue su vida en cumplimiento de su misión le espera el paraíso con su hurí —le respondió Jaluddin, explicándole el secreto del poder de los asesinos.

El caballero Reinaldo estaba impresionado.

—¿Y estaría dispuesto el Viejo de la Montaña a poner a mi disposición a dos de esos fedayines cómo escoltas?

El «emisario especial» no había contado para nada con esa pregunta, de modo que salvó la situación respondiendo con otro interrogante en el que le preguntaba a Reinaldo qué servicios estaría dispuesto a prestar a cambio, ya que su deseo no era precisamente habitual.

—Arreglaría vuestras dificultades con los templarios. —El viejo zorro se corrigió enseguida—: En todo caso, durante el tiempo que vuestro excelso maestro mantenga a mi disposición esa escolta.

—¡Suena factible! —le hizo saber Jaluddin en tono servicial—. Yo mismo me ocuparé del asunto.

—Resulta razonable hablar con vos —lo alabó Chátillon—. ¡Las cosas tienen pies y cabeza! —Rió con camaradería—. ¡El tal Enviado se ofreció a entregarme la cabeza del regente en bandeja de plata y ni siquiera parece tener miedo de Saladino!

Reinaldo rió, y Jaluddin lo secundó en su risa, pero enseguida dio la vuelta al asunto:

—¿Portaban los dos fedayines que venían con él las tres dagas enfundadas unas en otras y el sudario doblado sobre el brazo? —Jaluddin impregnó su pregunta de cierto tono de preocupación. Entonces Chátillon asintió, inseguro de repente—. ¡Eso quiere decir... —continuó el maestro de maestros con una seriedad mortal, pero con animado desenfado— que nadie escapa a la muerte, que si la primera daga no acierta, acertará la segunda o la tercera; la tela, por su parte, no es otra cosa que el sudario de la persona señalada por el Excelso!

—¡Sin embargo, no me amenazó ni me formuló exigencia alguna! —dijo defendiéndose Reinaldo, cada vez más furioso—. ¡No deseo tener nada que ver con vos, los asesinos!

El «emisario especial» le dedicó una larga y significativa mirada.

—Es demasiado tarde, mi caro señor, habéis solicitado dos guardaespaldas y habéis hecho determinadas afirmaciones a cambio...

—¿Y para qué? ¿Para qué esos dos fedayines me asesinen aquí, en mi propia casa?

—¡A fin de cuentas, eso pueden hacerlo los asesinos en cualquier momento! —lo tranquilizó—. No tendréis nada que temer mientras mantengáis vuestro acuerdo, esos hombres os defenderán a riesgo de sus propias vidas. ¡El Viejo de la Montaña, como vos lo llamáis, siempre cumple su palabra, para bien o para mal!

Reinaldo de Chátillon, algo ofendido, forzó cierta expresión de alegría.

—¡Así sea! —dijo con valentía—. Al fin y al cabo, todos tenemos que morir. —Se puso en pie de un salto y empujó a su extraño huésped hasta la puerta—. ¡Vos estáis posiblemente más cerca del demonio que yo! —Reinaldo de Chátillon insinuó irónicamente una reverencia—. ¡Este encuentro con vos ha sido para mí una experiencia deliciosa!

Jaluddin ya se encontraba en la escalera cuando Reinaldo volvió a llamarlo.

—De modo que estamos de acuerdo: dos escoltas... —bajó la voz, probablemente para que no lo oyera su esposa Estefanía— y una de esas huríes del paraíso.

Con esta última petición, sorprendió incluso al maestro de maestros. El «emisario especial» no debía mostrarse apocado ahora, por tanto, respondió con brevedad:

—¡Nunca se ha hecho una exigencia igual! —dijo inclinando la cabeza para mostrar la profundidad de sus pensamientos—. ¡El Viejo de la Montaña debe de sentir un gran afecto por vos si se muestra de acuerdo en satisfacer esa descarada solicitud!

Reinaldo tragó saliva dos veces, hasta que decidió emitir una breve risita.

—¡Sois muy valiente, mi estimado Jaluddin! —le dijo a modo de despedida al maestro de maestros, quien respondió, sonriente:

—¡Cierta dosis de peligro constituye la sal de la vida!

Reinaldo asintió con cierta frialdad.

Se despidieron como dos amigos que saben a qué atenerse el uno con el otro.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Como ya sospechaba de antemano, el señor visir me ha preguntado si tengo alguna objeción a que se lleve consigo a al-Mansur y Sayf a la inminente misión que ha de cumplir ante el conde de Trípoli. Por lo visto, el Enviado espera lograr mucho más allí de lo que me fue dado a mí conseguir. Desde que vos, noble señor y maestro, os negáis a tratar con el Enviado —y seguro que vuestras razones tendréis—, de repente Husain busca cada vez

más cubrirse las espaldas conmigo. Para ganar tiempo, le dije que analizaría la pregunta con vos, y que en principio no veía ninguna razón en contra de tal solicitud. En realidad, tuve que actuar con suma presteza, pues los dos amigos al-Mansur y Sayf arden en deseos de ser enviados por fin a una «auténtica» misión oficial. De ese modo, el Enviado abriría de golpe las puertas a sus propósitos si sólo les insinuara a los dos jóvenes la posibilidad de participar en una misión así. Y para que Husain no pudiera agarrarlos, los envié fuera con el recién regresado Jaluddin. Nuestro maestro de armas los alojará a corto plazo en Montmor hasta que reciba otras indicaciones vuestras, o mías, sí lo anterior no fuera posible. Nuestro diligente maestro de maestros me ha comunicado el deseo del príncipe de Ultrajordán de que pongamos a su disposición a dos auténticos fedayines y a una hurí de nuestro paraíso. A cambio, él nos garantizará que los templarios no nos molesten más en adelante. Considero que se trata de una negociación con un excelente resultado, y propondría como fedayines a Sayf y a al-Mansur. Porque en principio no me parece mal asunto enviarlos a ambos a donde un viejo defensor y guerrero como Reinaldo de Chátillon, a pesar de su triste celebridad. Sayf y al-Mansur han perdido hace tiempo la costumbre de manejarse con la daga y con la espada, de modo que un severo tamrin^[88] en condiciones de lucha reales no puede venirles nada mal, para que el día de probar su destreza no se muestren incapaces de matar a alguien con sus propias manos.

Espero, noble señor y maestro, que estéis de acuerdo con mis reflexiones. En lo que respecta a la hurí solicitada, también he encontrado una solución: ¡el Enviado se ha enterado entretanto de que su hija Kira ha escapado por segunda vez del harén! Él maldijo a la saida como una madre incapaz y juró tomar directamente en sus severas manos las riendas de la educación de esa rebelde. Cualquiera que conozca su manera de castigar se pondría de inmediato en alerta. De modo que yo, en mi condición de vigilante jefe del harén, haré que la fugitiva salga del paraíso —sea o no con su consentimiento— y la trasladaré a un lugar que sólo conozcamos vos, Jaluddin y yo. Y eso ha de suceder con suma rapidez. Si no llegara a comunicarme con vos, ¡tendré que pagar mi error con mis ya perdidos testículos!

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Por desgracia, Jaluddin no le preguntó a Reinaldo qué solicitó el Enviado a cambio de esas ilustres y nobles cabezas que ofreció; o quizá el señor de Chátillon haya conseguido superar con éxito ese escollo... ¿Puede

tratarse únicamente de la renuncia de los templarios a cobrar tributos? Ni el maestro de armas ni yo podemos creer en esa modestia del visir Husain ad-Din Marzuban. ¡Y tampoco, por lo visto, el señor de Chátillon!

En vista del largo viaje que acaba de hacer, sólo le pediré al maestro de maestros que ponga en el buen camino nuestros obsequios para el señor de Chátillon, pero sin que tenga que acompañarlos hasta su destino definitivo.

La pequeña tropa había atravesado a duras penas la meseta de Beka'a hasta que los viajeros divisaron por fin las ruinas del templo de Ba'albek. El maestro de armas, que los había guiado hasta allí, hizo que se detuvieran. Su atenta mirada examinó una vez más la pieza clave del transporte: una litera más parecida a una jaula colgante que los viajeros de aquella caravana cargaban al final de la pequeña comitiva. Jaluddin se dirigió a Sayf y a al-Mansur:

—A partir de ahora, seguid el curso del Jordán por su orilla izquierda, continuad por el inhóspito valle al pie del monte Hermón, pasad Banyas, con su alcázar de Qal'at Subeibe, que destaca en todo aquel desierto lugar, y llegaréis finalmente al vado de Jacob. —El maestro de maestros se cercioró de que ambos amigos comprendieran bien sus instrucciones—. Al llegar al vado, casi todos los viajeros provenientes del norte giran a la derecha atravesando el río —les explicó a los dos fedayines—, pues ahí termina el poder del reino, ¡si no deseamos incluir en él al señor de Transjordania! —Hizo un gesto de asentimiento y de ánimo a al-Mansur y a Sayf sin poder ocultar cierta sonrisa sarcástica por el mal ajeno—. ¡Con ello ya estaréis muy cerca de vuestro destino, pues habréis entrado entonces en el territorio dominado por Reinaldo de Chátillon!

Al-Mansur señaló hacia la litera cerrada que viajaba atada a un dromedario al final de la pequeña caravana.

—Si pretendéis dejamos ahora en manos de nuestro propio destino, entonces, ¿también esa caja queda a nuestra disposición?

Antes de que el maestro de armas pudiera responder, Sayf intervino:

—Mejor nos decís de inmediato quién es la persona desdichada a la que llevamos con nosotros. Debe de tratarse de una mujer, puesto que la habéis protegido tan cuidadosamente de nosotros durante todo el viaje, ¿me equivoco?

Jaluddin sonrió con picardía.

—¡La persona que viaja ahí es una hurí, un regalo de los huéspedes para el incorregible príncipe! Vuestra amiga —su sonrisa irónica fue aumentando— no ha emprendido este viaje de forma voluntaria. Por tanto, dejadla salir cuando yo haya desaparecido, preferiblemente en medio del desierto, para que no se os escape en el último momento, ¡pues es una mujer capaz de hacerlo!

—¡Entonces sólo puede ser Kira! —exclamó Sayf, y Jaluddin asintió.

—Vuestro camino continúa luego junto a la orilla oriental del lago de Genesaret en dirección al sur, hasta que hayáis llegado al río Jarmak. Seguid su curso durante cuatro días, hasta que hayáis llegado al oasis de Habis Jaldak. Allí fue visto ese hombre inconstante por última vez...

—Gracias, maestro de maestros —respondió al-Mansur, ligeramente conmovido—. ¡Confiad en que no os haremos quedar mal como guardaespaldas!

—¡Primero seréis «guardianes de una mujer»! —reprendió en broma el maestro a sus discípulos.

—¡Espero —lo interrumpió Sayf— que perfeccionemos por fin las artes aprendidas de vos!

Jaluddin ya había hecho dar media vuelta a su caballo.

—¡Mis saludos para el caballero Reinaldo! —les gritó—. ¡Y disculpadme ante la señora Kira!

El maestro de armas clavó las espuelas a su bestia, y pocos minutos después había desaparecido.

El Enviado, que en ese momento preparaba su viaje a Trípoli para encontrarse con el conde Raimundo, fue informado por la guardia de la puerta de la visita de un tratante de esclavos que estaba de paso con su caravana y deseaba hablar con el maestro de maestros Jaluddin. La curiosidad por saber qué tipo de relación unía al para él no del todo simpático maestro de armas con un tratante de esclavos hizo que Husain ordenara que trajeran al hombre a su presencia. Pero su tono brusco se hizo de inmediato más servicial cuando el rico comerciante le contó que varias veces le había dejado jóvenes doncellas a muy buen precio, y que éstas luego habían servido a Jaluddin como «princesas» en su lucrativo «número de la jinete flotante». ¡Los planes del Enviado maduraban en su interior con suma rapidez, y mucho más rápidamente se dio cuenta de la oportunidad que ahora se le ofrecía!

—Por desgracia, vuestro amigo Jaluddin se encuentra haciendo un largo viaje por el sur —le comunicó amablemente al hombre—, y yo no me siento capacitado para efectuar una compra de esa índole en su lugar.

—¡Conozco sus gustos! —dijo el comerciante, confiado, ya que no quería aceptar de ningún modo haber dado en vano todo aquel largo rodeo hasta Masyaf.

El Enviado, en cambio, lo atrajo hacia sí. Ya había olvidado todas sus fantasías sobre la hurí del paraíso que se renueva una y otra vez. Ahora veía la posibilidad repentina de jugarle una mala pasada a Sayf y al-Mansur, dar una buena patada en la espinilla al gordo del eunuco y hacer rabiar al propio *sheik*.

—Sin embargo, yo podría conseguir la estrella más reluciente del paraíso —le susurró Husain—, mucho más famosa que la legendaria rosa del Sáhara, *wardatu' a' sahra*, la más hermosa entre todas las compañeras de Alilat^[89], la diosa de la luna, con una piel tan blanca que brilla como la luz tenue de las estrellas...

El astuto comerciante hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¡Si pretendéis endilgarme a una hurí del Viejo de la Montaña, no la aceptaría aunque me pagarais dinero extra! —dijo, y acto seguido dio media vuelta para marcharse—. ¡Amo demasiado mi cuerpo bien alimentado para verlo temblar durante el resto de mi vida por temor a las dagas de los asesinos!

—Nadie se enterará del costoso regalo que os hago —lo sedujo el Enviado con la voz ronca por la excitación—. ¡Dadme treinta monedas de plata y es vuestra, y también os doy a una niña de siete años que nada tiene que envidiarle a una joven mujer por el atractivo de su cuerpo!

El tratante de esclavos frunció el ceño.

—¡Quince! —dijo, impasible—. ¡Diez por la hija y cinco por la madre!

Husain aceptó la oferta.

—Esperad al pie de Montmor y ofreceos a llevarla hasta la fortaleza en la mejor de vuestras literas. ¡El resto es cosa vuestra!

El tratante de esclavos se despidió con frialdad.

—¡Si hay algún problema, el vuestro será diez veces mayor, y no podréis poner jamás un pie fuera de esta fortaleza, pues lo que hacen vuestros fedayines también lo saben hacer, y mucho mejor, mis beduinos! —Con el gesto de cortarle el cuello, el comerciante de esclavos le dejó bien claro al Enviado lo que le esperaba.

Apenas hubieron cruzado el vado de Jacob, al-Mansur ordenó a los beduinos que los acompañaban que pusieran de rodillas al dromedario y abrió la cerradura de la litera. El puño que salió de inmediato a través de la puerta lo agarró por la mandíbula. Al-Mansur trastabilló hacia atrás y fue a caer en los brazos de Sayf.

—¡Qué hermosa parejita! —dijo jadeante la joven dama, con desdén. Kira rechazó bruscamente la mano que Sayf le ofrecía y abandonó de espaldas su estrecha prisión. La joven se irguió frente a los dos amigos y les puso delante de los ojos sus manos atadas—. ¡Cortadlas! —le ordenó a al-Mansur, y al ver que éste no reaccionaba, se dirigió a Sayf—: ¡¿Queréis entregarme indefensa a ese bruto?!

Sayf hizo como si no la entendiera y se encogió de hombros.

—He escuchado todo lo que Jaluddin, ese miserable ilusionista, os ha dicho. ¡Me ha secuestrado, me ha mentido y embaucado! ¡Pretendía ensayar un nuevo número de circo! —jadeó Kira—; ¡yo debía hacer el papel de princesa raptada que se libera por sus propios medios, abre su jaula desde dentro y se fuga del harén!

—¡¿Y acaso no ha funcionado?! —se burló Sayf, riendo entre dientes y sacando con un gesto rápido las afiladas dagas de las fajas de los dos beduinos, a las que Kira ya tenía intenciones de echar el guante. Eso puso a la mujer aún más furiosa.

—¡O me dais ahora mismo un caballo o...! —le ordenó a al-Mansur.

—Podéis cabalgar en el segundo dromedario si queréis —le explicó Sayf, muy sereno—. ¡Pero como el animal es también nuestro proveedor y es el que carga el

agua, se quedará así, bien atado a la cola del otro!

—¡Así se debería proceder con vos! —se burló Kira.

—Sólo os quitaremos las ataduras cuando estéis segura en manos del hombre que os recibirá, para que no tengamos que presentarnos ante ese Reinaldo de Chátillon como dos absolutos idiotas. —Sin duda, al-Mansur era el más precavido de ambos amigos.

Kira le dio la espalda con desdén, pero también con Sayf tuvo que morder el polvo.

—Kira... —le dijo este último, amablemente—. Sólo podéis escoger para recorrer el resto del camino entre la litera, los sacos de avena o los depósitos de agua en el otro dromedario. Además, es bastante considerado de nuestra parte no dejaros viajar sola a través del desierto.

Kira vio que tenía que cambiar de táctica.

—¿Y qué es lo que mueve a dos fedayines, a dos héroes incapacitados, por si fuera poco, a someterse a los caprichos de un caballero salteador de tan mala fama? —les preguntó, casi como una cómplice—. ¡Un hombre que os puede dar palizas a su antojo o humillaros!

—Tal y como dice vuestro calificativo para su rango: asalto de caminos y caballería. ¡Es la gran última aventura en este país perdido! —dijo Sayf con el pecho hinchado de orgullo—. Eso es lo que espero del tal Chátillon, y vos, Kira, deberíais verlo todo desde ese punto de vista, tampoco os resulta tan ajena la vida salvaje.

Kira lo miró.

—Sacaré el mejor partido de todo ello —dijo a continuación, cambiando de repente de parecer—. ¡Todo iría muy mal, Sayf, si os sacara los ojos con las uñas o si le cortase a al-Mansur los huevos, que en definitiva no parece necesitar!

Más importante que su pronta partida hacia Trípoli, al Enviado le parecía ahora llevar a cabo sin contratiempos su malvado plan. Nada proporcionaba mayor satisfacción a su ego que el perfecto entramado de cada detalle en una buena intriga. Así pues, Husain se apresuró a eliminar del camino los últimos obstáculos que podrían resultar molestos a sus propósitos. Envió emisarios a An-Nasir, el *kabir at-Tawashi*, y a su propia mujer, la *saida* Tamara. Ambos eran esperados en el observatorio del *hujja* para analizar con el *sheik* algunas cuestiones relacionadas con el futuro del harén y del paraíso. En cuanto Husain se hubo cerciorado de que el camino estaba despejado, mandó a buscar a Melou. Ella apareció, tal y como había esperado, en compañía de Xenia, su pequeña hija.

—Melusina... Tu madre, Aziza —empezó diciendo con voz empalagosa—, reclama tu presencia y la de tu hija para verte antes de partir hacia un largo viaje. —A Melou esas palabras introductorias le metieron el miedo en el cuerpo, era como el

anuncio de una pronta muerte, pero entonces recordó la robustez de Aziza y se sintió sobrecogida por una repentina sospecha.

—¿Adónde? —preguntó, recelosa—. ¡Ella normalmente no viaja a ninguna parte!

Ciertamente el Enviado no entendía muy bien de qué se trataba, pero sí sabía del tesoro de oro que Aziza creía sepultado entre las ruinas de su aldea natal.

—Pero esta vez... —respondió con agudeza— ¡viajará a Tel Bound!

—*Insh'allah!* —se le escapó a Melou—. ¡¿No estará pensando en volver a aquellos días...?!

—¡Os ha mandado incluso al pie de Montmor la litera con la que la caravana la llevará hasta ahí! —dijo el Enviado para suavizar la situación.

—¡Uy, uy! —exclamó, entusiasmada, Xenia.

La mirada de Melusina alcanzó al Enviado como si fuera él el que ya no estuviera en su sano juicio.

—¡No necesito litera! —gruñó, enfadada—. Todavía soy capaz de subir andando hasta Montmor...

—¡Bah! —Xenia mostraba claramente su decepción—. ¡Qué pena!

Melou tomó a Xenia enérgicamente de la mano y salió con ímpetu de los aposentos de Husain ad-Din Marzuban, cruzó el patio y se dirigió hasta la puerta del castillo con un paso que el Enviado apenas podía seguir. Ella tampoco esperaba que la siguiera, así que Husain subió hasta las troneras de la barbacana con el tiempo justo para ver cómo Melou era llevada con su hija en la litera, y cómo ésta era cerrada luego con llave desde fuera. El Enviado podía imaginar la furia de ambas dentro de esa trampa. Se frotó las manos: ¡no podía hacer una jugarreta peor a las favoritas del viejo! Satisfecho, Husain siguió con la mirada la caravana que se alejaba, antes de emprender él mismo su viaje. Tanto mayor sería su deleite cuando los dos supuestos héroes regresaran a Masyaf y Melusina ya no estuviera. El Enviado se alegraba ya ante la perspectiva. ¡No quería perderse ese instante por nada del mundo!

Mientras Jaluddin recorría la boscosa cordillera de Jabal Bah'ra de regreso a Masyaf, repasó de nuevo en su mente todo lo que había experimentado en Kerak. Su regreso a la fortaleza de los asesinos se había organizado de un modo tan intempestivo porque el eunuco le había pedido salir de nuevo para acompañar a Kira, a Sayf y a al-Mansur en su camino a encontrarse con Reinaldo de Chátillon y a protegerlos del Enviado. Por eso no había tenido oportunidad de contarle al *sheik* con lujo de detalles todo lo que había oído allí. Y hacía falta mucha prudencia, ya que la maldad y las intrigas del visir no podían tomarse a la ligera. Cualquier acusación que él, el maestro de armas, hiciera contra un asesino de rango tan elevado, debía tener pies y cabeza. Sin embargo «no tenía pruebas» y una descripción de las circunstancias gracias a las cuales había obtenido la información sonaría tan ridícula que el Enviado podría rechazarlas fácilmente como las delirantes fantasías de un narrador de cuentos.

Pero ¿quién o qué era ese «priorato»? Creía fervientemente que uno de ellos, al que había oído hablar bajo la capucha puntiaguda, era un alto cargo de la orden de los templarios. Probablemente se tratara del nuevo senescal de la orden, Gerardo de Ridefort. Pero ¿quién era el portavoz con ese terrible órgano del habla que sonaba como una trompeta mal afinada? Por su manera de hablar se trataba incluso de un hombre culto, alguien que desempeñaba un papel fundamental en una ambiciosa hermandad. En realidad, sólo podía tratarse de un hombre de la *ecclesia catolica* de los cristianos, un alto miembro de la curia romana. Pero ¿qué motivos podían llevar precisamente a la Iglesia a perseguir esos planes que, para Jaluddin, en efecto, no estaban claros del todo, pero que sin duda no tendrían como objetivo consolidar el dominio del crucificado en esas tierras? Tenía grabada en su oído la voz de ese tal *magister venerabilis*, se había fijado en su cabeza como el tono desagradable de una fanfarria metálica. ¡La reconocería de inmediato, y había todas las probabilidades de que él, el maestro de maestros, se encontrase en otra ocasión con ese hombre! De ello se ocuparían las incesantes maniobras del Enviado.

En Masyaf era habitual enfrentar a unos contra otros. El engaño a Kira, para el que él mismo había prestado su apoyo voluntario, o al menos no había opuesto ninguna resistencia, le demostraba su propia impotencia. Aquella chica rebelde le daba lástima, pero se consolaba con la certeza de que, tal y como la conocía, ella saldría airosa de la situación.

A Sayf y al-Mansur, sin duda, sólo podría beneficiarles el salir por fin de ese nido de protección y tener que enfrentarse a la vida real. Eso garantizaba el servicio a Chátillon con toda seguridad.

Sólo se lamentaba al pensar en Melou, que estaba tan apegada a esos dos jóvenes, pero esa criatura, que siempre le había resultado tan extraña y a la vez tan fascinante, tenía sobre todo a su pequeña hija, a la que quería por encima de todas las cosas. La existencia de ese ser mágico, a imagen y semejanza de su hermosa mamá, daba fuerzas y sostén a Melusina du Ferbac. Además, el *hujja* extendía su mano protectora sobre ambas. Esa imagen fue consolidando en el maestro de maestros una decisión que había ido madurando en su interior: la de no intervenir en los asuntos de Masyaf. Fuera lo que fuese lo que pasase por la cabeza del Enviado, sólo el destino determinado por Alá tendría una respuesta adecuada para sus planes subversivos y destructivos. Así las cosas, Jaluddin decidió en primer lugar guardarse sus conocimientos y sus sospechas para sí. ¡Hasta ahora, el noble *hujja* había demostrado ser dueño de cualquier situación!

UNA JUGADA INFELIZ

EL ENVIADO se había marchado de Masyaf extremadamente contento. Había desaparecido ya la ira de que fue presa cuando tuvo que constatar que por lo visto el eunuco había conseguido hacer desaparecer a tiempo a los dos candidatos que había escogido para su misión. La genialidad con Melou había compensado con creces a Husain por la iniquidad sufrida. Por esta razón, no tomó a nadie para que lo acompañara en el viaje, salvo algunos sirvientes y siervos; en cualquier caso, renunció expresamente a elegir a otros fedayines. Quería solucionar solo la tarea que se había propuesto, y si era necesario, por sí mismo. ¡De ese modo se veía liberado de todo tipo de coacción! Quizá en la conversación con el regente se abrirían otras perspectivas muy distintas, y en ese caso era innecesario dar el último paso. Husain ad-Din Marzuban había olvidado conscientemente el destino de la mayoría de los asesinos, quienes, con el golpe mortal a la víctima escogida, casi siempre terminaban dándose muerte a sí mismos.

A medida que avanzaba hacia el sur, tanto más soñaba con la posesión de la «Tierra Prometida», algo conseguido únicamente con la mosca que Chátillon le había puesto detrás de la oreja casi a modo de broma. Husain disfrutaba de la vista de la fértil llanura costera con sus blancas ciudades a orillas del mar, cuya brisa fresca y el sabor de la sal aspiraba por la nariz con avidez. El Enviado viajaba disfrazado de rico comerciante. Para que el camuflaje fuera perfecto, había encontrado en la cámara del tesoro de Masyaf una cuidadosa selección que lo revelaba como un conecedor y un amante de las alhajas especialmente bellas, lo cual debía facilitarle también el acceso a personalidades de alto rango. Aparte de eso, Husain no tenía una idea muy clara de cómo enfocar la conversación en caso de que se produjera un encuentro con Raimundo de Trípoli; estaba tan obnubilado con el brillo radiante de sus ideales que lo de materializarlos le parecía algo secundario.

En la puerta principal de la ciudad de Trípoli, los sueños de vigilia del Enviado sufrieron una primera decepción. El conde no estaba en la ciudad, se había marchado para cumplir con una invitación de su vasallo, el señor de Botrun. Su castillo estaba a unas pocas horas a caballo más al sur, cerca de la costa. Aunque se había preparado para un encuentro en Trípoli, Husain no se dejó contrariar por ese hecho y se puso de nuevo en camino.

Sayf y al-Mansur esperaron pacientemente a que la prisionera se conformase con su situación. Kira comprendió enseguida que no recibiría ninguna ayuda de sus viejos amigos de juventud. Había pasado a formar parte de una obra de aventuras, y a los ojos de los dos amigos era el precio de la entrada en un ruedo completamente abierto.

¡Ya se la cobraría en otra ocasión, cuando le llegara su turno y esos dos héroes dependieran de ella!

Kira dejó que los dos beduinos la ayudaran a subir a la bestia de carga, tomó las riendas del animal chasqueando la lengua y con las dos manos todavía atadas, lo que no hizo moverse ni un ápice al dromedario. Sólo cuando el animal que iba delante con la litera se levantó del suelo, el otro se dignó seguir su ejemplo.

—¡La cola une! —dijo bromeando y en tono desafiante en dirección a Sayf.

Éste rió con gesto atrevido y al-Mansur, un poco enojado, increpó a su amigo:

—¡Y un cuerno! —Debió de comprender que aquello era ridículo, y entonces lo hizo aún más grotesco—. ¡No vuelvas a poner tu ojo atrevido en la hurí de nuestro señor!

Entonces los dos viejos amigos comenzaron a reír, pero no era una risa liberadora. Demasiado incierto parecía todo lo que tenían por delante. Habían llegado a suelo transjordano. ¡La aventura podía comenzar!

Cuando arribaron al oasis de Habis Jaldak, junto al río Jarmak, allí ya se oía por todas partes que el príncipe de Ultrajordán, el terrible Reinaldo de Chátillon, se había trasladado hacía unos días con su ejército a Bosra. Por muchos ojitos que la dama Kira puso a su amigo de juventud, Sayf no se dejó ablandar para liberarla de sus molestas ataduras, al menos no por el momento, que estaban en medio del desierto; además, el renuente al-Mansur vigilaba con ojos de Argos que ninguno de los dos se acercara demasiado al otro. Fue un largo viaje a través del calor sofocante del Hauran, pues Bosra estaba justo en el borde de la sierra de Jabal al-Druz, y en otros tiempos había servido a los romanos como capital de su provincia de Arabia. En la extensa ciudad, en la que se alzaban los bien conservados edificios del período romano como monumentos de un antiguo esplendor, pululaban los beduinos con sus caravanas de camellos, como en un inmenso bazar. Debajo de los palcos del estadio en el que en otros tiempos los carros de combate escenificaron sus asesinas carreras, se apilaba la madera para labores de construcción, y las caravanas traían cada vez más troncos que eran elaborados, alisados con ayuda de las hachas y serrados para hacer largos tablones. Allí se perforaba y se espigaba, se labraba la madera con el buril y el cepillo de carpintero.

—¿Qué estáis haciendo aquí, que necesitáis tanta madera? —quiso saber al-Mansur preguntándole a uno de los peones. La respuesta fue sorprendente:

—¡Barcos!

«¿Barcos? ¿En medio del desierto?», al-Mansur sintió que le estaban tomando el pelo.

—Yo ya me había imaginado, honrado conde Raimundo —dijo el Enviado en tono de superioridad y con muy buenas maneras—, que vos podríais hacer poco con las propuestas del bueno de An-Nasir. —De repente, la satisfacción mostrada por Husain se transformó en malevolencia—. Al eunuco le falta la visión desde lo alto, ¡la perspectiva de lo grande!

Raimundo de Trípoli no deseaba irradiar menos serenidad, pero estaba totalmente furioso con aquellas poses innecesariamente intrigantes y pomposas.

—¿Y qué es lo que os capacita a vos, Husain ad-Din Marzuban, aparte de ese extraño título de «Enviado»?

La pregunta incomodó sobremanera a Husain.

—Detrás de mí está Alamut, el imán supremo en persona. —Saboreó aquella impresionante revelación antes de continuar hablando—. ¡Soy del criterio de que los asesinos podrían obtener mejores resultados presentando sinceramente sus deseos, sobre todo en una conversación con el hombre más poderoso del rey, su regente!

Raimundo reaccionó malhumorado.

—¡Ya no seré por mucho más tiempo el cerebro y el brazo del rey! —Husain tuvo la impresión de que el conde sufría bastante por su retirada cuando añadió, preocupado—: El señor Balduino ha elegido a otro regente...

El Enviado se llevó un chasco, o en todo caso fingió de un modo muy creíble su pena por esa noticia.

—Ha cometido una injusticia —susurró Husain, mostrando compasión—. Vos le habéis servido con lealtad y con la mirada puesta en la equidad.

Raimundo quiso dar explicaciones de buena gana.

—La enfermedad del rey no sólo lo ha despojado de su visión, sino también del uso de los brazos y las piernas... y de ese modo...

—De ese modo se verá en manos de malos consejeros... —al Enviado le importaba demostrar que conocía el tema, que tenía contactos—, como Guido de Lusignan o Gerardo de Ridefort.

—¿Y por qué no mencionáis al señor Reinaldo, a quien habéis visitado recientemente? —Esa aguda pregunta intercalada hizo que Husain perdiera el hilo de sus ideas. ¿Cómo se conocía en Trípoli esa visita?

—Sí, es cierto, de vez en cuando intercambiamos algunas impresiones...

—¿Y para ello cabalgáis durante varios días a través del desierto, para ir a Kerak a...? —Raimundo intentó restar sarcasmo a su voz—. ¿Qué quería Reinaldo de vos?

—¡Que os quitara de en medio! —Husain había comprendido que el ataque representaba ahora su única defensa.

—No es una mala idea, ¿no os parece? —Raimundo sintió que tomaba de nuevo las riendas.

—¡Superfluo! —rechazó el Enviado con gesto aburrido, aunque sabía que estaba sentado sobre ascuas—. Es una decisión que apenas se puede defender...

—¿Y qué os ofreció él a cambio?

—Mucho y poco al mismo tiempo. —Husain intentaba restarle valor al asunto, no dejar entrever la tentación—. ¡Muchas más espinas que rosas! Más o menos, toda la tierra de Marqab en el norte hasta Ba'albek, en el sur, sin acceso a la costa y excluyendo las fortalezas en poder de las grades órdenes de caballería...

Raimundo bajó la voz.

—¿Sabéis a quién pertenece realmente por derecho esa tierra llena de espinas? —Su voz se hizo entonces más aguda, no podía ocultar su indignación—: ¡Son mis posesiones por herencia!

El Enviado se comportó como si jamás se le hubiese ocurrido tal cosa.

—¡Eso no tiene por qué ser un impedimento! —fue su respuesta impasible—. ¡Unidos podríamos enfrentarnos a Saladino!

Ese viraje hacia lo obvio superó las fuerzas del propio conde Raimundo.

—¿Y entonces por qué no os pide que eliminéis a Saladino? Husain había recobrado su seguridad.

—Esa propuesta también se hizo, es algo que vale la pena considerar...

Raimundo comenzó a hervir por dentro ante tanto descaro.

—¿Y cómo os imagináis el futuro inmediato, honorable señor Husain ad-Din Marzuban? ¿Me imagináis en la condición de vasallo vuestro...?

—Eso sería demasiado pedir, pero sí, quizá, vasallo del excelso imán...

El conde Raimundo se había puesto en pie. Una sonrisa amable recorrió sus rasgos.

—Deberíais pensar bien vuestras propuestas —dijo con cariño—. Ello requiere de tiempo y de calma. —Colocó su pesada mano en el hombro del Enviado, que en ese momento también pretendía ponerse en pie—. Y a mí me gustaría daros ambas cosas...

A espaldas del Enviado, los guardias habían entrado silenciosamente en la habitación; agarraron con rapidez a Husain por los brazos y se los ataron a la espalda, a pesar del intento del huésped por levantarse.

—¡Registradlo! —les ordenó el conde—. ¡No hay nada más peligroso que un loco que desconoce su enfermedad!

Los guardias cachearon a Husain meticulosamente. Las encontraron en la caña de la bota. Las partes de la pantorrilla estaban trabajadas de tal modo que servían de funda a ambos lados a dos afilados *khanjar*^[90], que abarcaban desde encima del talón de Aquiles hasta el mango, situado debajo de la rodilla.

—¡Tomadlo bajo custodia! —le ordenó el conde Raimundo al señor de Botrun, que en ese momento había entrado en la habitación—. No deseo que nuestro huésped resulte herido durante la hospitalidad que vos le ofreceréis aquí en Botrun.

—*Agli ordini, signore mio*^[91]! —gritó el pisano alegremente, y el Enviado fue llevado a un calabozo.

EL TERRIBLE CHATILLON



BARCOS EN EL DESIERTO

AL-MANSUR y su amigo Sayf entraron en Bosra encabezando su pequeña comitiva. Habían cubierto a Kira con un aireado velo de muselina desde que la vieron en el extenso oasis.

Preguntaron por Chátillon y les indicaron que fueran en dirección al teatro romano, que sobresalía como un monolito oscuro en medio de las casas de una sola planta pintadas con revoque blanco. A la construcción semicircular le habían añadido en la fachada dos macizas torres, y en el interior de la cávea^[92] habían levantado depósitos y cisternas y convertido aquel antiguo centro de diversión en una fortificada ciudadela. El señor Reinaldo estaba dando instrucciones en el patio interior bajo un calor sofocante. Los mensajeros montaban en sus caballos, los maestros albañiles y los ingenieros desenrollaban sus pergaminos llenos de dibujos; los esclavos sostenían en unas varas un toldo inmenso y abanicaban con grandes hojas de palmera a sus señores sentados debajo. Delante del grupo estaba, levantado sobre unos tacos, el modelo en madera de un barco que servía a los constructores para discutir los últimos detalles.

Ya antes de entrar en esa plaza fortificada Sayf le había indicado a Kira que ocupara su sitio en la litera, pero a cambio de ello le había cortado las amarras. Los centinelas de la puerta habían mandado llamar de inmediato a un funcionario de la corte del príncipe, y éste se había ocupado de que los criados llevaran la litera hasta donde estaba el señor Reinaldo, pues a él estaba destinado, sin duda, su contenido. El *secretarias* le susurró al oído a su señor la noticia sobre la llegada de la dama de Masyaf, y a continuación ordenó colocar la litera en alguna parte. Luego se corrigió y les dijo a los sirvientes que la llevaran a sus aposentos. A Sayf y al-Mansur, por el contrario, los obligó a presentarse de inmediato, y al parecer quedó muy satisfecho con su aspecto.

—Sayf y al-Mansur —les explicó casi en tono rutinario—, podéis refrescaros primero después de tan larga cabalgata; vuestro servicio comienza mañana, cuando partamos para transportar el material.

Con esas palabras los dos amigos quedaban libres, para decepción de ambos, pues de algún modo habían esperado más. Como albergue, los sirvientes les indicaron el mismo amplio edificio adicional usado por ellos.

—¡Supongo que tu amiga Kira... —comenzó diciendo con falsa compasión en la voz al-Mansur, dirigiéndose a Sayf, que ya intentaba acomodarse en el duro lecho— descansará en superficies más suaves que la nuestra!

—¿Y por qué de repente es «mi» amiga? —respondió Sayf—. ¡De niño siempre quisiste poseerla, y en cambio no me confiaste nunca a tu hermana!

—¿Acaso un hombre no puede desear a dos mujeres? —se defendió débilmente al-Mansur.

Hacía calor. Su mirada desde la habitación de la torre donde los habían alojado recorrió la ciudad de Bosra, pero luego reparó en dos hombres situados debajo de ellos a los que no les interesaban para nada los antiguos palacios. Ambos practicaban con una ballesta que habían conseguido tensar con sumo esfuerzo, y ahora la dirección del tiro apuntaba por encima de las graderías del teatro hacia el gran escenario, justo allí donde el señor Reinaldo estaba con sus oficiales de albañilería.

—¡Sayf! —gritó, nervioso—. ¡¿No son éstos nuestros dos beduinos, los que traían el dromedario con Kira...?! —Sayf estaba cansado y no mostró ningún interés en lo que conmocionaba a su amigo de esa forma. En cualquier caso no pensaba levantarse—. ¡Sayf, están empezando a tensar el arco! —Al-Mansur observó indignado el ajetreo que tenía lugar a sus pies—. ¡Sayf, Sayf! ¡Creo que pretenden matar al señor Chátillon!

—¡¿A quién?! ¿A nuestro señor? —Sayf se había levantado de un salto, como un rayo.

Arrastró a al-Mansur consigo, ambos corrieron escalera abajo, bajaron a largos saltos las graderías y llegaron hasta el escenario, justo en el lugar donde estaba el grupo; se abalanzaron sobre Reinaldo y lo arrojaron al suelo. Entonces algo siseó por el aire, el disparo mortal pasó de largo a toda velocidad, rasgó el toldo y clavó con un chasquido su punta de hierro en el mismo lugar del escenario donde había estado de pie el señor Reinaldo. El flechazo le había destrozado la pierna a uno de sus consejeros, cuya sangre salpicó a Sayf y al-Mansur, que cubrían a Chátillon para protegerlo con sus cuerpos. Todos se incorporaron de inmediato, la escolta emprendió la caza de los terroristas, mientras el señor Reinaldo se sacudía el polvo de la ropa y gruñía a los dos amigos:

—¡¿No podíais esperar para salvarme la vida, eh?!

Pero dicho esto, les dio unas palmaditas de reconocimiento a cada uno en los hombros y los presentó a sus hombres más importantes, no sin señalar con cierto orgullo que el Viejo de la Montaña los había puesto a su disposición para su protección.

—¡Son auténticos asesinos!

—¡Eso se ha notado! —dijo a modo de alabanza uno de los comandantes, y todos rieron de buena gana.

Cuando estuvieron dispuestas todas las piezas del barco y los ingenieros responsables las hubieron numerado, fueron confiadas a las caravanas de camellos y cargadas en los animales. Reinaldo de Chátillon sabía que el sultán se encontraba en el extremo norte, en la región de los Artúquidas, más allá del río Tigris, y podía estar seguro de que Saladino no regresaría tan pronto desde allí. No obstante, tomó una medida para asegurar su plan largamente acariciado. Envío a la imponente caravana de camellos por anticipado en dirección al sur, para que pasaran junto a sus dos fortalezas, la de

Kerak y la de Montreal, mientras él mismo se mantuvo durante mucho tiempo vagando por la zona de Hauran hasta que su persona, observada celosamente por los espías del sultán, no pudo ser asociada de ningún modo con aquel llamativo transporte de madera.

—¡Para atraer la atención de los delatores del sultán única y exclusivamente hacia la figura del malvado Reinaldo, debería interponerse ahora en nuestro camino una hermosa caravana de ricos comerciantes! —explicó Chátillon, satisfecho y orgulloso al mismo tiempo, a sus nuevos guardaespaldas y a la dama, que, para su grata sorpresa, había exigido cabalgar junto a él llevando una almilla de cuero y unos pantalones. Eso le gustó sobremanera, más que nada porque Kira, ya en la primera noche, había resaltado todo el tiempo que hasta ese momento había sido virgen... y después de lo sucedido allí ni siquiera un exitoso hombre de rompe y rasga como Reinaldo lo habría sospechado.

Cabalaron a la cabeza de la pequeña comitiva; los ingenieros y los constructores de barcos habían sido enviados delante con el material de construcción, pero por mucho que intentaban avistarlos, no se veía absolutamente ningún viajero pudiente que viajara desde el Nilo a través del Sinaí o que viniera del mar Rojo y cabalara en dirección a Jerusalén o a Damasco. Sólo en la ciudad de beduinos de Amán encontraron inmensos rebaños de ovejas que eran llevadas al mercado.

—Normalmente no desprecio a esos útiles animales —le hizo saber a Kira el señor Reinaldo con una amplia sonrisa—, pero ahora sólo significarían una carga para nosotros, y no vale la pena orquestar un robo espectacular por un par de cabritos para la cena.

—Comprádselos a esas gentes por una buena suma de dinero y luego invitadlas a cenar y a celebrar con nosotros —le propuso Kira, sonriente—. Ésa sería una buena y poco habitual noticia sobre el gran señor Chátillon, y con los beduinos tales noticias vuelan rápidamente a todas partes.

Reinaldo la observó, divertido; eran las últimas horas de la tarde, pero él aceptó la propuesta y dio orden a sus hombres de hacer un alto y proceder en consecuencia. Se montaron las tiendas, se encendieron grandes fogatas y muy pronto los cabritos chorreantes de grasa ya estaban dando vueltas en los asadores. Fue una gran fiesta, los trovadores cantaron a la gloria del noble señor Reinaldo, y los escuderos y pajes sirvieron vino bajo la mesa para los soldados cristianos, pues nada debía enturbiar el buen ánimo de los huéspedes musulmanes. No obstante, a todo aquel que pudo conciliar su conciencia con el Corán y solicitó beber de ese caldo de uvas se le sirvió también de buena gana, aunque con medida. Los beduinos agradecieron el gesto con dos docenas de ovejas lecheras, de modo que durante la continuación del viaje, a la mañana siguiente, algún caballero malhumorado vio que tenía a su lado, junto al escudo y la lanza, o incluso sostenida cariñosamente entre sus brazos, una bola de lana que balaba.

En la abandonada fortaleza de Le Vaux Moise, justo al lado de la ciudad de Petra, totalmente excavada en la roca, volvieron a encontrarse a los adelantados camellos de carga que habían llevado a través del desierto todos los tablones, los cabos y las quillas, los mástiles, las velas y los remos de los barcos divididos en piezas, y continuaron juntos el viaje hasta Aila o la vecina Aqaba, lugar preferido por los cristianos. La ciudad se entregó de inmediato a Reinaldo, pero el caballero no la hizo incendiar ni saquear, ya que éste era el lugar donde quería armar sus barcos y echarlos al agua. Para ambas cosas necesitaba la provechosa colaboración de la población, sobre todo de los voluntarios locales. Bajo la dirección de los ingenieros y de los demás expertos, comenzaron las labores ya practicadas junto al mar Muerto, todo funcionaba a pedir de boca y a toda prisa.

No muy lejos de allí, en el golfo de Aqaba, estaba la fortificada ile de Graye. La guarnición egipcia rechazó en efecto el intento de ataque por sorpresa, pero ya no tuvo tiempo de enviar emisarios que pudieran alertar sobre la presencia repentina de la flota de Reinaldo. Chátillon se quedó detrás con dos barcos para sitiar la isla, todos los demás buques salieron a toda vela hacia el mar Rojo, contando con la ayuda de piratas allí asentados que actuaban como prácticos. Con Reinaldo se quedaron, por supuesto, la dama Kira y sus dos guardaespaldas. Sayf y al-Mansur estaban decepcionados por esa decisión, habrían preferido irse a hacer aquel gran viaje con el resto de los hombres, adentrarse en la aventura salvaje, sobre todo teniendo en cuenta que nunca habían estado en el mar.

Kira disfrutaba en silencio la pequeña venganza de ser el centro de atención de Reinaldo, de disputarse ella sola la diversión con el guerrero. A fin de cuentas, sólo podía ver a sus dos viejos amigos de juventud con cierto desdén. Como concubina del guerrero le estaba prohibida cualquier familiaridad con los súbditos, y hubiese bastado con dejar entrever que se conocían de antes para despertar sospechas e incluso dar rienda suelta a los celos, situaciones bajo las cuales su posición hubiese sufrido, poniendo en peligro, además, la seguridad de los dos escoltas. Kira se había propuesto sacar el mejor provecho de su destino, y hasta ahora lo había conseguido: como hombre, Chátillon le parecía excitante, y la trataba con el mayor cariño posible. ¡Reinaldo jamás había encontrado una mujer como aquélla! Kira era una hembra magnífica, y sabía excitar su sensualidad; al mismo tiempo, y eso le parecía fabuloso, no sólo se comportaba como una dama cuando era provechoso para su reputación, sino que por lo general no tenía ningún capricho, más bien era una alegre compañera de batallas y una sensata consejera.

Atacar la ile de Graye con los dos barcos allí apostados no tenía ningún sentido. Al contrario, los dos navíos siempre tenían que estar alertas para no quedar al alcance de las pesadas catapultas, pues la guarnición de la isla sólo estaba a la espera de acertar con algún disparo feliz. Por otra parte, tampoco podían alejarse demasiado

para que ninguna pequeña barca de pesca —aprovechando la protección de la noche — consiguiera fugarse mar afuera o llegar hasta la costa. Cuanto más tiempo el hecho permaneciera oculto para El Cairo, con tanta más seguridad podría actuar la flota en el mar Rojo, sobre la cual no oyeron nada hasta que un rápido velero llegó con un mensajero y anunció con orgullo que habían recorrido toda la costa africana hasta abajo y asaltado y saqueado al paso varias pequeñas ciudades, hasta que finalmente atacaron Aidib, el gran puerto nubio situado frente a La Meca. Allí habían saqueado varios buques de comerciantes cargados de riquezas provenientes de Adén y de la India. Sus comandantes habían enviado a Reinaldo las mejores piezas del botín para que su señor viera cuán exitosa transcurría su empresa. Chátillon hizo trasladar de inmediato a su barco las arcas y los cofres repletos de seda de la India y de especias de Yemen, los estuches de joyas llenos de anillos y diademas labradas, los cinturones adornados con piedras preciosas y los valiosos collares de perlas. El mensajero le contó que una tropa había llegado incluso a desembarcar en la costa, se había adentrado en el interior del país y conseguido asaltar a una caravana totalmente despistada que viajaba a través del desierto procedente del valle del Nilo. También en ese caso el botín había sido impresionante y no habían quedado testigos, ya que habían neutralizado a toda la tripulación. Cuando él había partido desde Aidib, los otros barcos ya se habían hecho a la mar para trasladarse a la costa árabe. Reinaldo alabó al mensajero y lo agasajó ricamente, pero también le ordenó no regresar a la flota, sino quedarse allí a su disposición con el velero traído, pues se hacía cada vez más difícil mantener en jaque los intentos de fuga de la isla con tan sólo dos barcos.

Melusina du Ferbac y su hija Xenia no se habían conformado de ningún modo con su destino, pero sí, quizá, con el hecho de que no tenía mucho sentido perder la voz gritando y golpeando con los puños las duras paredes de la litera. Aquella caseta no estaba en absoluto pensada para el viaje cómodo de una dama, sino para el transporte de esclavas. Pero eso sólo lo habían notado cuando la puerta se cerró tras ellas. No había ninguna posibilidad de sentarse, sólo un agujero en el suelo a través del cual los viajeros podían hacer sus necesidades. Los aros de hierro en las paredes mostraban que su situación podía ser peor, sacudidas por el paso oscilante de los camellos. Tanto más liberador les resultó a la madre y a la hija el recibimiento que se les ofreció en su destino.

El tratante de esclavos, quizá por su amistad con Jaluddin, sintió de repente ciertos escrúpulos a la hora de subastar a las dos mujeres adquiridas a buen precio en el mercado de esclavos más próximo, donde podía contar con unas altas ganancias, pero donde tanto la madre como la hija corrían grave peligro de ser separadas por la fuerza. Por esa razón, después de varios días de indeciso vagabundeo, decidió poner rumbo a Botrun, cuyo gobernante, un acomodado comerciante oriundo de Pisa y de nombre Plivano, era conocido junto a su esposa por comprar preferentemente hijos de

familias cristianas, sobre todo de procedencia europea, cuyos padres hubiesen muerto o desaparecido; no lo hacían tanto por caridad como por su propia diversión, ya que su matrimonio no había conseguido tener hijos. Los chicos se ocupaban de pequeñas labores domésticas, de modo que tampoco se pasaban de la raya ni abusaban de sus privilegios. La fascinación de Melusina y el encanto y la frescura de Xenia conmovieron de inmediato al matrimonio en favor de las dos recién llegadas, y eso sucedió en cuanto la madre y su hija, hecha a su imagen y semejanza, salieron disparadas como una leona y su cachorro de aquella jaula oscura. El comerciante fue recompensado de un modo principesco, fue alabado por su consideración, sobre todo cuando les contó espontáneamente cómo había conseguido esas dos piezas.

Husain ad-Din Marzuban podía hablar de suerte que el tratante no considerara digno de mencionarle al señor de Botrun ni su nombre ni el papel infame que había desempeñado en aquella transacción. Por esa razón, a los Plivano ni se les ocurrió establecer ningún tipo de nexo entre las recién llegadas y el inquilino de las mazmorras de Botrun, al que mantenían prisionero por órdenes de su señor, el conde Raimundo. Además, tampoco era habitual que su nueva adquisición estuviera todo el día con ellos ni hubiera mucho espacio para sostener conversaciones sobre las circunstancias que habían llevado a su personal a Botrun. Y, por otro lado, Melusina otorgaba poco valor al trato familiar con los amos, pues ella veía su estancia en todo caso como un episodio temporal.

Tarde en la noche, a la luz de las antorchas, Reinaldo hizo abrir las arcas y los cofres y le regaló a Sayf y al-Mansur una cara túnica de gala a cada uno, un *libas alhafl*, además de un turbante, un fajín, botas ricamente adornadas y una funda de espada cubierta de piedras preciosas, con las hojas de las cimitarras labradas en el acero más excelente. Luego él mismo escogió un elegante vestido de señora para Kira, la cubrió de alhajas, cadenas y anillos brillantes, pero la dama sólo le pidió una cosa muy diferente. Con mirada segura había descubierto un peto de plata, así como unos guardabrazos y unas grebas de su talla, un yelmo con brillo dorado que hacía juego con ellos, además de una coraza de láminas de acero finamente trabajadas. ¡Para ella eso sería mucho más importante que cualquier túnica, por hermosa que ésta fuese!

—¡Mi caballero Kyr du Lac! —Chátillon sonrió satisfecho y no permitió que nadie lo sustituyera a la hora de ponerle a su dama la armadura. También la dejó escoger entre aquellas armas que le sentaban mejor en la mano. En ese momento, Sayf dio un grito de alarma.

Aprovechando la oscuridad de la noche, unos corsarios a sueldo provenientes de la ile de Graye habían saltado por la borda para apoderarse del barco. Al-Mansur se arrojó sobre el primero de ellos, que ya blandía su hacha de abordaje; Reinaldo

empezó a dar voces para reunir a sus hombres y sacó su espada de la funda. No obstante, una daga lanzada le habría alcanzado en la espalda de no haber sido porque Kira, a falta de un escudo, no hubiese interpuesto el yelmo dorado que intentaba colocarse precisamente en ese instante. Los cuatro se batieron con vehemencia, y eso sorprendió a los atacantes.

—¡Permaneced juntos! —gritó al-Mansur—. ¡Eso nos protege de los proyectiles!

No obstante, no podrían haberse defendido durante mucho más tiempo de aquellos hombres que los superaban en número si en ese momento no hubiesen intervenido la tripulación y los hombres de Reinaldo. Los últimos corsarios quedaron acorralados contra la pared de la borda o cayeron al agua heridos. Al-Mansur levantó hasta la barandilla una pesada piedra, pensada para ser usada como proyectil de la catapulta del barco, y la dejó caer en el último momento en medio del bote de remos que se disponía a zarpar y con el que los enemigos se habían deslizado hasta la embarcación. La piedra atravesó los bancos y la base del bote, que se hundió enseguida, arrastrando consigo a algunos de los agresores. Incluso los que lograron escapar prefirieron ahogarse en el oleaje o convertirse en presa de los tiburones ávidos de sangre que intentar salvarse a bordo.

El porqué de esto pudieron verlo a la mañana siguiente los habitantes desde la isla. Todos los corsarios que habían sido capturados a bordo con vida, una media docena de ellos, colgaban ahora de cabeza desde la borda con el pelo rozando el agua.

—¡Deberíamos colgar también a los guardias que hoy cubrieron el servicio de noche! —bramó Chátillon; pero Kira le hizo desistir de esa medida de castigo.

—Apenas tenemos víctimas que lamentar y, sobre todo, necesitamos cada hombre de a bordo.

Transcurrieron entonces varios días y noches en vela, pues cada vez que anochecía encendían antorchas para iluminar sólo el entorno más inmediato del barco, pero eso, a su vez, les permitía a los de la isla ver con exactitud dónde se encontraban situados los botes de bloqueo, resultándoles más fácil escapar de Chátillon hacia el mar abierto. Era obvio que algunos habían conseguido hacerlo, y se notaba en el número cada vez menor de botes de pescadores en el puerto de la ile de Graye.

—Tenemos que contar con que, entretanto, en El Cairo ya estén informados —fue la conclusión que de mala gana sacó Reinaldo de Chátillon—. Por tanto, no tardará mucho tiempo...

Kira señaló un punto oscilante en el horizonte.

—Un velero —dijo, protegiéndose los ojos con la mano—. ¿Y tal vez podría ser uno de los nuestros...?

—La vela está hecha jirones, y las estructuras están en muy mal estado. —Sayf tenía una vista aguda—. Vienen hacia nosotros, sus hombres reman con todas sus fuerzas.

El barco fue acercándose lentamente, las jarcias se encontraban en un estado deplorable, el mástil estaba astillado y atado a duras penas con cabos y maderos para que se mantuviera erguido. Los hombres de a bordo parecían haberse librado por los pelos de una dura batalla, apenas había uno que no llevara una venda ensangrentada, y todos estaban tirados sobre la cubierta, atormentados por el hambre y la sed.

Reinaldo ordenó que el barco fondeara a un lado e hizo llamar al capitán, que apenas podía hablar a causa de la debilidad, por lo que Kira le dio un vaso de vino.

—En la costa de Arabia —comenzó informando el hombre con voz entrecortada—, prendimos fuego a todos los barcos que encontramos, tanto en al-Haura como en Yambos, los puertos de Medina, penetramos hasta la rada de ar-Raghib, que es un puerto de la propia Meca, y allí hundimos un barco de peregrinos que habíamos capturado con toda su tripulación, no se salvó ni el gato; pero entonces, ¡entonces llegó la flota de los egipcios! —El agotado capitán se reconfortó con otro largo trago de vino—. No sólo eran superiores a nosotros en número, sino también por su organización, planificada hasta en los detalles más mínimos. Con una parte de la flota bloquearon la salida hacia el océano y luego fueron aproximándose poco a poco; era como durante una matanza, sólo que en esta ocasión éramos nosotros los acorralados, como atunes listos para ser masacrados. Poseían suficientes galeras de combate muy bien pertrechadas y capacidad para rodearnos ampliamente... Entonces di la orden de abrir una brecha antes de que se cerrara la red. Fuimos el único barco que consiguió escapar —dijo el capitán, poniendo fin a su informe—. ¡Me temo que vos tampoco podréis estar seguro aquí por mucho tiempo! —añadió dirigiéndose a Chátillon.

—¡Pienso que no debemos perder ni un minuto más! —objetó al-Mansur sin que le preguntaran.

—¡Sí que debemos perderlo! —replicó Sayf secamente, señalando la cercana costa de Aila—. ¡Porque ya nos esperan!

En efecto, algunos botes se habían trasladado desde la isla hasta la playa, y allí habían desembarcado los hombres armados que debían impedir a Chátillon una retirada a tierra. Algunos sectores de la población de la ciudad parecían hermanarse con esos soldados; en cualquier caso, llegaban refuerzos a través de las puertas de la ciudad y formaban una larga cadena.

—Correcto, Sayf —lo alabó gruñendo el señor Reinaldo—. ¡Sólo podremos partir bajo la protección que nos brinde la noche! Los cuatro barcos avanzarán a toda marcha, muy juntos, hacia un punto del litoral. ¡El factor sorpresa unido a una fuerza concentrada! —Chátillon parecía haber encontrado de nuevo su buen humor, pues le hizo una seña a Kira para que fuera con él y ambos desaparecieron en su camarote, situado en la popa. Sus guardaespaldas tomaron posición junto a la escalera que conducía arriba.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

El ataque a los puertos de los lugares sagrados del islam y el cruel hundimiento de un barco lleno de peregrinos desataron en todo el mundo islámico un clamor de espanto, de indignación y de rechazo. El asesinato de alguien que se encuentra camino de su hach^[93] es considerado un crimen de la peor calaña, y representa para cualquier musulmán un acto de crueldad insuperable. El hermano de Saladino, al-Adil, gobernador de Egipto, envió de inmediato una flota encabezada por el almirante Lulu. Sorprendió a los piratas en al-Haura, destruyó sus barcos, pero se cuidó mucho de preservar la vida de los tripulantes. Una parte de los prisioneros fue enviada a La Meca, donde fueron ejecutados en la plaza de sacrificios de Mina a la primera oportunidad festiva; la otra parte fue enviada por barco a El Cairo y puesta en manos del furioso populacho. Lulu se apresuró a avanzar hasta Aila, pero Chátillon ya se había adentrado en el interior del país con las tropas restantes. Así las cosas, el sultán pidió al rey Balduino una satisfacción y la entrega inmediata de esos canallas. Balduino, sin embargo, no pudo ni quiso darle al sultán esa satisfacción. Cualquier proceso contra el señor Reinaldo provocaría el resquebrajamiento del reino. Saladino se enfureció, y juró solemnemente que nunca le perdonaría a Reinaldo esa vileza. ¡Los cristianos pagarían por ello!

A mí me preocupan, noble señor y maestro, los tres jóvenes nuestros de Masyaf que pusimos a disposición de Chátillon: Sayf, al-Mansur y la hurí Kira. Si Reinaldo cae en manos del sultán, este último no tendrá muchos miramientos con su entorno más cercano.

La ira del sultán era tan inmensa que partió de Damasco con un imponente ejército, acampó al sur del lago de Genesaret atravesando el río Jordán y entró en Palestina. Los habitantes de la cercana ciudad de Beisan huyeron hacia las murallas de Tiberíades, la herencia vitalicia^[94] de la esposa del conde Raimundo de Trípoli. Esa amenaza repentina unió a las divididas fuerzas del reino. El actual regente Guido de Lusignan consiguió reunir bajo una misma bandera tanto a templarios como a hospitalarios, así como a los señores de Ibelín, de Cesárea, de Sidonia y hasta al propio Raimundo de Trípoli. Reinaldo de Chátillon ni siquiera se molestó en echar una ojeada a su fortaleza de Kerak, sino que se apresuró a partir de su castillo meridional, el de Montreal, donde se recuperaba de sus aventuras por el mar Rojo, y marcharse sin demora a Jerusalén, donde se había concentrado con su ejército el regente Guido. Ordenó que su joven hijastro, Humfried von Toron, guiara a sus propias tropas hasta allí. A esa

concentración se sumaron también el duque de Brabante y un contingente de Aquítania llegados recientemente a Tierra Santa.

El sultán, entretanto, había saqueado el convento griego situado sobre el monte de Tabor, dejando que mancillaran a sus devotas hermanas, pero las murallas del convento latino situado en la cima de la montaña resistieron el ataque. Los cristianos condujeron a su ejército hasta los pantanos de Goliath, pero no pudieron impedir que Saladino les apretara las clavijas y los rodeara muy pronto con su ejército infinitamente superior en número. Sólo el hecho de que en esas charcas se puede pescar en abundancia los salvó de morir de hambre. Cada uno de ellos esperaba que el otro bando comenzara con el ataque. Los franceses, y también el irresponsable Reinaldo, por supuesto, insistían en comenzar de inmediato el ataque, pero tanto Raimundo como los señores de Ibelín impidieron esa insensatez, ya que en tales situaciones el atacante siempre está en desventaja.

Durante cinco días estuvieron los dos ejércitos frente a frente. Antes, Reinaldo había intentado en vano motivar a su concubina para que se alejara de su ejército y de él, le ofreció a sus dos guardaespaldas como escolta, pero Kira no se dejó embaucar. Ella quería resistir esa batalla a su lado o sucumbir con él, le dijo. Reinaldo se mostró conmovido cuando la vio ponerse la armadura de plata y las grebas. Kira había ocultado su cabello bajo un pañuelo de cabeza. Con el yelmo puesto, tenía realmente el aspecto de un joven guerrero.

—¡Amazona mía! —le gritó el señor, admirado, y la besó en la boca.

De todos modos, jamás llegó a producirse la batalla tan deseada por algunos y tan temida por muchos otros. ¡La minoría no podría haber resistido una lucha cuerpo a cuerpo, y la mayoría no hubiesen soportado aquella larga espera!

Tal y como había previsto el sensato conde de Trípoli, al cabo de cinco días el sultán levantó su campamento y condujo a su ejército de vuelta atravesando el río Jordán.

Muy pronto se produjeron las desavenencias entre el rey Balduino, enfermo de muerte, y su cuñado Guido, sobre todo cuando el rey le ofreció cambiar Jerusalén por la ciudad de Tiro, perteneciente a la dote de su hermana Sibila, ya que el aire del mar le haría bien. Guido rechazó la oferta de una manera grosera. El rey convocó de inmediato una reunión del consejo de la corona e hizo que depusieran a Guido de su cargo de regente. A continuación, este último le retiró a la corona toda su lealtad y su apoyo, y se refugió en su condado de Jaffa, que el rey hizo ocupar de inmediato a modo de respuesta, obligando a Guido a refugiarse en Ascalón, en el sur. Los grandes maestros de los templarios y los hospitalarios, en una rara demostración de unanimidad, defendieron al rebelde contra viento y marea.

Balduino, en un arranque de ira, los desterró a ambos de su corte. Y aunque ya no está en condiciones de moverse sin ayuda ajena, pues ni siquiera es capaz de estampar su propia firma, el rey Balduino asumió las riendas del reino. No obstante, la destitución de Guido fue una victoria indiscutible para el partido en torno al conde de Trípoli. Sin embargo, el bando opuesto, cuya cabecilla es sin duda Sibila, la mujer de Guido, ya se había preparado para contraatacar. Su pequeña media hermana, Isabel, se acerca sospechosamente a la edad de contraer nupcias. Sus pretensiones al trono no se pueden negar. Para apaciguarla, Sibila debe de estar planeando casarla cuanto antes con alguno de los hombres de su bando que sea de absoluta confianza, antes de que su mano sea pretendida por otro caballero que quizá —lo cual es muy probable— pueda representar una amenaza para ella o para Guido en lo referente al trono.

Mi noble señor y maestro, vendrán tiempos muy agitados en los cuales la razón habrá perdido hace mucho su voz.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Como no ha habido noticias sobre pérdidas cuantiosas, y sobre todo no se ha sabido nada nuevo acerca del señor Chátillon, imagino que Sayf y al-Mansur están bien. Gracias a algunas fuentes que me han informado sobre una nueva compañera de Chátillon, joven y muy hermosa, infiero que la hija de Tamara y de Husain ha asumido a las mil maravillas su nuevo papel como compañera de cama y de batallas del señor Reinaldo. Seguramente ese hombre tiene un gran interés en no divulgar la auténtica condición de esa persona. En lo que atañe al padre de Kira, nuestro Enviado, lo único que puedo decir es que ha desaparecido de la faz de la tierra desde que se marchó a su última misión donde Raimundo de Trípoli. Entenderéis las razones de por qué no haré nada de forma espontánea para esclarecer ese asunto. Lo único que me inquieta es que inmediatamente después de su partida nadie más ha visto a nuestra Melusina y a su pequeña hija. Hasta donde sé, no existe ninguna relación. Se ha comprobado que el visir dejó Masyaf sin ella, y ni siquiera se llevó consigo en el viaje a ninguno de nuestros fedayines.

Los guardias de la puerta, a los que he Interrogado personalmente, me contaron que Melusina no había regresado de una visita que hizo a su madre en el castillo de Montmor. Después de preguntarle a la propia Aziza, he averiguado que ella nunca apareció por allí, tampoco su hija Xenia. ¡La historia me resulta un enigma!

CORAZÓN OPRIMIDO

DESPUÉS de aquella confrontación con final feliz junto a los pantanos de Goliath, Reinaldo de Chátillon se retiró con su ejército hacia la región de Transjordania. Su rostro, sin embargo, se ensombrecía cada día que pasaba. Cabalgaba con la dama Kira y con sus dos guardaespaldas al final de la comitiva que encabezaba el joven Humfried.

—Decidme, mi señor y amante, ¿acaso no haber podido escenificar la batalla os ha abatido el ánimo? —Kira intentaba de ese modo animar un poco al avinagrado Chátillon—. ¡Pienso que sobre las suaves almohadas de Kerak podremos librar otras batallas muy distintas!

Reinaldo se dejó arrastrar a aquella conversación de muy mala gana.

—¡Es que la señora Sibila acaba de elegir precisamente a Humfried como esposo de la joven Isabel!

—*Insh'allah!* —exclamó Kira, divertida—. ¡Pero si ese joven se siente, con vuestro permiso y sin querer ofenderos como padre, mucho más inclinado al propio sexo, por no decir que es un redomado maricón!

—¡Soy su padrastro! —gruñó Chátillon—. ¡Y una hurí como vos no debería usar ese vocabulario!

—¡Ex hurí! —replicó Kira, excitada, sin tener en cuenta el mal humor de su señor—. ¡Y no os permito que me prohibáis nada que yo tenga que decir!

Todo parecía indicar que Reinaldo iba a transigir, pues él mismo comenzó espontáneamente a dar una explicación, aunque lo hizo gruñendo:

—Lo que esos dos hagan la noche de bodas no constituirá ningún problema; probablemente no hagan nada, la princesa acaba de cumplir once años... —y de inmediato continuó—: Pero me han encargado a mí organizar la boda, ¡y para colmo debe celebrarse en Kerak!

—¡Pero eso es una noticia maravillosa! —dijo Kira, entusiasmada—. ¡Prepararemos una animada fiesta para esos críos!

Reinaldo la miró meditabundo, casi preocupado, o al menos ésa fue la impresión que dio.

—¿Prepararemos? —soltó por anticipado, en tono amenazador—. ¡Kira, creo que os habéis hecho demasiado mayor para mí! —afirmó con rudeza—. Cuando lleguemos a Kerak no quiero teneros más a mi lado.

Kira sintió de pronto que se la tragaba la tierra. ¡Menuda humillación! Y en presencia de al-Mansur y Sayf.

—*Comment j'ai mérité cette disgrâce*^[95]?! —balbuceó, desconcertada y con los ojos llenos de lágrimas.

Chátillon no volvió a dedicarle ninguna mirada: le clavó las espuelas a su caballo y galopó hacia el frente, a la cabeza de la comitiva.

—Yo que tú, no me preocuparía demasiado —le dijo al-Mansur, afligido y poco oportuno. Pero lo único que obtuvo a cambio fue la mirada iracunda salida de los brillantes ojos de su amiga de juventud.

Sayf le cogió cuidadosamente la mano.

—Él todavía te ama —le dijo intentando consolarla—. Quizá lo que sucede es que en Kerak la señora del castillo, su mujer Estefanía, no permitirá la presencia de una concubina de su esposo, mucho menos en una ceremonia oficial como la boda de su amado hijo Humfried, celebración a la que estarán invitados todos los dignatarios del reino. —Sayf le acarició la mano para aliviarla—. ¡Y eso no puede ser! —concluyó.

—¡Eso saldría terriblemente mal! —exclamó al-Mansur, reafirmando las explicaciones de su amigo.

—¡Y por qué me dice que estoy demasiado mayor... —sollozó Kira—, en lugar de explicarme honestamente las circunstancias...! ¡¿Acaso soy una ballesta a la que después de mucho uso...?!

—No dejes que se te note nada —la interrumpió al-Mansur, implorante, y le alcanzó un pañuelo—. Ahí viene.

Reinaldo de Chátillon se acercó desde la cabecera de la comitiva acompañado de su hijastro Humfried, un mozalbete muy apuesto, de rasgos suaves. Llevaba un pesado saco de cuero que le entregó a Kira con una cortés reverencia. Ella apenas podía sostener aquel peso, por lo que Sayf acudió en su ayuda.

—¿Deseáis abandonarnos? —le dijo el joven en tono amable—. Mi padre adoptivo tiene un gran interés en entregaros estos obsequios, a pesar del gran dolor que os ha causado. Tomadlo como un recuerdo de las gratas horas que ha pasado a vuestro lado.

Kira estaba confundida, le regaló a Humfried una sonrisa de gratitud, no tanto por los valiosos regalos, sino por las palabras de consuelo que parecían salirle del corazón al joven. Kira se atrevió a mirar de refilón a Reinaldo, pero éste tenía la vista clavada en el aire. ¿Brillaban sus ojos? Ella creyó percibir ese brillo, y se apresuró a apartar la mirada.

Chátillon les hizo una señal a sus dos escoltas para que se acercaran.

—Vosotros me habéis servido magníficamente, y no existen razones para reteneros conmigo. Pero sí quiero pedirlos que acompañéis a la dama de mi corazón durante su regreso a Masyaf y que veléis por que llegue sana y salva. ¡Lo deseo de todo corazón! —Los miró a ambos a los ojos y los dos jóvenes asintieron en señal de aprobación—. Si Dios me concediera sobrevivir después de la batalla decisiva que tendrá lugar más tarde o más temprano, me consideraría un afortunado de tomaros de nuevo a mi servicio. —Reinaldo dio una larga bocanada de aire, pues la despedida de aquellas tres personas que habían compartido con él tantos peligros y alegrías le minaba el ánimo—. He ordenado que, para vuestro regreso, os carguen un carro que

os ruego llevéis con vos, en señal de reconocimiento, aunque éste sea insuficiente, porque, ¿cuánto puede valer una vida salvada?!

Al-Mansur se sintió tan conmovido que no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada. A Sayf, en cambio, le habría gustado responderle a Chátillon que esa vida valdría lo que uno fuera capaz de hacer con ella, pero también comprendió rápidamente que no era el momento oportuno para esa respuesta. Ambos guardaespaldas, acompañados por Humfried, se dispusieron a llevar el carro, mientras Reinaldo se quedaba un rato más junto a Kira. Cuando los otros regresaban con el vehículo cargado, vieron desde lejos cómo los dos amantes se separaban. Cuando Chátillon pasó junto a ellos, lo saludaron con gesto mudo, pero él ya no les devolvió el saludo.

—¡No volveremos a verlo! —dijo al-Mansur antes de llegar al lugar donde esperaba Kira.

Como si la amenaza de Saladino no estuviera vigente, los invitados a la boda viajaron desde todos los confines del reino en dirección a Kerak, algunos incluso desde los países más distantes situados en el norte o en el oriente, y con ellos llegaron también los saltimbanquis, los bufones, los músicos trashumantes y los bailarines. En realidad, el eunuco sólo le había pedido al maestro de armas Jaluddin que se trasladara a Kerak y que, una vez allí, intentara liberar a Kira, al-Mansur y Sayf de las garras de Chátillon. Y es que en Masyaf todos eran conscientes de la tormenta que estaba a punto de desatarse.

La fortuna quiso que Jaluddin se encontrara allí, en medio del hormiguero de viejos conocidos, con el tratante de esclavos que en algunas ocasiones lo había ayudado a conseguir una criatura hermosa e inteligente. Por él se enteró de lo último que había hecho el Enviado para jugarle una mala pasada al gordo An-Nasir y a sus jóvenes preferidos, pues ése había sido el único propósito de Husain cuando vendió a Melou. ¡Al Enviado le importaba un bledo la joven, sólo le enfadaba su posición privilegiada dentro del paraíso! Ahora, Jaluddin al menos sabía que Melusina y su hija se encontraban sanas y salvas en Botrun.

El sultán, por su parte, no había olvidado las fechorías de Chátillon ni el fracaso sufrido en los pantanos de Goliath. Si entonces hubiese sabido que el buscado Reinaldo se encontraba entre las filas de los cristianos, se habría atrevido a iniciar el ataque costara lo que costase. Ahora, sin embargo, el malhechor parecía estar cavando su propia tumba, de la cual no se escaparía esta vez.

Las festividades hacía varios días que duraban cuando de repente llegó a Kerak la terrible noticia de que el sultán había salido de Damasco y estaba en camino con un enorme ejército. En realidad, en el momento de la noticia, hacía días que Saladino

había alcanzado la orilla norte del mar Muerto, y las tropas egipcias —a las que se les transmitió la orden de acudir con la ayuda de palomas mensajeras— ya habían penetrado en la ciudad baja durante las primeras horas del amanecer.

Reinaldo, que ingenuamente estaba allí con la intención de inspeccionar el estado de las fortificaciones, estuvo a punto de caer en sus manos. Sólo gracias al arrojo de Jaluddin pudo poner su pellejo a salvo en su castillo en el último minuto. El maestro de maestros defendió solo el estrecho puente situado sobre el foso de la fortaleza, hasta que éste fue derribado a sus espaldas y la puerta del castillo quedó cerrada. Sin embargo, en el mismo segundo en que el último fragmento del arco de unión se desplomaba a las profundidades y se abría un abismo insalvable, el ágil espadachín dio tres impresionantes saltos mortales de espaldas y desapareció en la rendija salvadora del batiente de la puerta que se cerraba.

Mientras tanto, continuaban como si tal cosa las festividades en los salones y los patios de Kerak, y en ese momento, ciertamente, el despecho hacía que fueran mucho más desbordantes. Saladino había empleado nueve grandes catapultas que lanzaban sin cesar sus pesados pedruscos contra las sólidas murallas, mientras dentro la gente seguía deleitándose con las danzas y los cantos, bebía vino y se hacía la corte a las mujeres hermosas, se aplaudía a los cantores populares y se celebraba a los trovadores.

Jaluddin, el maestro de maestros llegado por sorpresa, honró y alabó a Chátillon en ocasión de cada brindis. Sus bromas contribuyeron en gran medida a lograr una atmósfera relajada. Sin embargo, nadie sabía cómo terminaría aquella boda.

En Masyaf, por otra parte, la *saida* Tamara acababa de regresar de un largo viaje. Tras la falta de noticias sobre su esposo, Husain ad-Din Marzuban, se vio obligada a suponer que su marido había encontrado la muerte, que habría sido asesinado y enterrado por bandidos o que sus huesos estarían pudriéndose en algún calabozo; sin embargo, jamás había llegado ninguna exigencia de pagar un rescate. Por eso la *saida* había decidido vivir plenamente la vida, en su nueva condición de viuda. Desde hacía mucho tiempo, acariciaba planes para realizar un viaje por el país hasta Jerusalén, pero ahora tenía la libertad y los medios suficientes para tal empresa. ¡Pues estaba claro que ella quería presentarse allí como gran dama! Antes de su partida, había acariciado brevemente la idea de llevarse a Aziza consigo en calidad de dama de compañía y ayuda de cámara, pero luego la descartó rápidamente. En su lugar, se llevó a Tindal.

Tamara había comunicado a Aziza, en Montmor, la noticia de que poco después de la partida del Enviado también Melusina y su hija habían desaparecido de Masyaf de un modo inexplicable. La madre de Melou, sin embargo, mostró preocupación únicamente por la nieta. Tamara se vio obligada a prometerle que durante su viaje

mantendría los ojos y las orejas bien abiertos para ver si en alguna parte se ofrecía cierta pista sobre el paradero de la pequeña.

Mientras tanto —y eso no lo sabían ni Tamara ni ninguna otra persona—, el Enviado se encontraba todavía en uno de los calabozos de Botrun. Allí lo trataban bien, del mismo modo que se trata en un hospicio a las personas que sufren alucinaciones y que por esta razón son encerradas bajo llave por sus familiares. En el caso concreto de Husain, la custodia le había sido encargada al señor de Botrun por su señor feudal, el conde Raimundo. El único inconveniente de la cuestión era que el conde Raimundo, también a causa de los turbulentos acontecimientos de los últimos años, se había olvidado lisa y llanamente de su prisionero. Al principio su padre confesor se lo había recordado en algunas ocasiones, pero luego el propio sacerdote olvidó el destino del encarcelado, con lo cual el Enviado quedó enterrado en vida en una de las costas más agradables del condado.

El hecho de que Melusina y su hija Xenia vivieran en el mismo lugar, justamente en la soleada parte superior de la fortaleza situada junto al mar, podría ser por lo menos un acto de justicia compensadora para cualquiera que se interesara por su destino. Sin embargo, a ella le amenazaba otro tipo de olvido. Los dos jóvenes que estaban locos por ella y a los que ella, a su manera, también amaba ardiente y profundamente, estaban todavía muy lejos de los acontecimientos, no era posible que supieran nada, pues de lo contrario habrían acudido de inmediato en su ayuda. Melou estaba segura de ello, y también lo estaba Xenia. En Masyaf, por lo demás, su desaparición no le importaba en realidad a nadie más. An-Nasir lo había asumido como una burda jugarreta del Enviado, y la noticia lo había incitado a salir de su habitación octogonal y acudir a una supuesta charla con el *hujja*, pero éste no estaba allí, como enseguida se supo. La *saida* estaba más bien ocupada con sus propias aventuras, y Jaluddin, que entretanto era el único que conocía el paradero de Melusina, se encontraba en algún punto entre Transjordania y algún lugar de la *terra sancta*^[96], aquejada por infinidad de disturbios y cargada con una tensión provocada por ella misma. ¡Por otra parte, nadie sabía dónde estaba el excelso *hujja*, que siempre lo veía y lo oía todo!

La poderosa fortaleza de Kerak resistía de un modo asombroso los ataques de Saladino. De vez en cuando los huéspedes, eufóricos, subían hasta las murallas y observaban divertidos el ajeteo de los sitiadores. La señora Estefanía, la madre del novio, preparó con sus propias manos algunas bandejas y fuentes de plata del banquete de bodas y se las envió al sultán con las mejores recomendaciones. Saladino se vengó de una manera galante informándose sobre cuál sería la torre en la que pernoctaría la joven pareja y dándoles a sus hombres la orden de que exoneraran esa parte del edificio de los disparos de las catapultas. A pesar de ese cortés intercambio, se tomaba mortalmente en serio la conquista del castillo, y si bien las murallas

todavía no mostraban ninguna fractura, los hombres de la vanguardia ya casi habían nivelado el foso del castillo y empezado a perforar un túnel bajo los muros.

En cualquier caso, antes de que el asedio fuera perfecto, algunos emisarios habían conseguido escabullirse hasta Jerusalén para pedir refuerzos al rey. Éste no vaciló ni un instante, convocó al ejército y lo puso bajo las órdenes del conde Raimundo de Trípoli, pero insistió en viajar en persona con ellos en una litera. En una apresurada marcha, avanzaron hasta el mar Muerto a través de Jericó.

Cuando Saladino se enteró de que se aproximaban, levantó el asedio y se retiró a Damasco dando un gran rodeo a través de Bosra. El rey fue llevado en brazos triunfantes hasta la fortaleza, y en ese momento la fiesta alcanzó su clímax y su final al mismo tiempo. Raimundo de Trípoli fue el único que se negó a entrar en Kerak, pues no deseaba encontrarse con Châtillon. Por esa razón, se quedó junto a su ejército en la ciudad baja.

Ya no había ningún obstáculo para que los huéspedes emprendieran el regreso a sus hogares. Jaluddin, por cierto, que se había enterado por las agrias palabras de Reinaldo que las personas buscadas lo habían abandonado, no creyó ni por un instante que una aventurera como Kira regresaría ahora a Masyaf, y conocía muy bien la influencia que la joven ejercía en Sayf y al-Mansur como para atraerlos a los dos a donde ella fuera. Pero ¿adónde irían? Decidió mantener las orejas bien atentas durante el viaje para averiguar el paradero del carro y de aquel trío que lo acompañaba tan bien pertrechado. ¿Hacia adónde se dirigiría él, el maestro de maestros, si estuviera en su situación? ¡Probablemente a la capital, a Jerusalén!

La *saida* había intentado llevar un diario durante su viaje, pues a su regreso deseaba entretener con sus vivencias a las muchachas del saloncito. Durante el camino, había practicado la lectura en voz alta de sus apuntes, pues también le importaba mucho convertirse en un admirado y envidiado ejemplo para las chicas.

Por eso se ocupaba ahora de que todas estuvieran presentes, por lo menos su propia hija Shirin, sobre todo después de haberse visto obligada a renunciar a su otra hija, Kira, y de haber perdido a Melusina y a la hija de ésta de una manera tan extraña. Con fingida modestia, Tamara leyó el título:

—*Diarium itineris*^[97] de la *saida* Tamara... Durante las pasadas noches os he leído acerca de mi excitante viaje hasta Jerusalén —comenzó diciendo, segura de sí misma, y sin dejarse estorbar cuando el eunuco entró en la habitación, acompañado de Timdal, y tomó asiento silenciosamente entre las huries que escuchaban expectantes. Con satisfacción, la *saida* tomó nota de la entrada de An-Nasir—. También os conté cómo conseguí agenciarme el acceso a la corte, después de haber encontrado alojamiento en la ciudad vieja, no lejos del palacio. ¡Imaginaos cuál era el nombre que ese albergue, uno de los más antiguos de Jerusalén, mostraba en su

cartel! ¡El Último Clavo! —Tamara disfrutó las risitas de asombro de sus ingenuas oyentes.

»Timdal —dijo haciendo un gesto de reconocimiento al moro— había conocido a un joven sacerdote que se ocupaba de un muchachito enfermo, pues aparte de él nadie lo hacía. El chico, sin embargo, era el hijo de Sibila, que lo veía como una molestia, hasta el punto de desearle la muerte. Yo me ofrecí para asumir el cuidado del niño y él aceptó con gratitud mi cariño y las alegrías proporcionadas por el moro. Su nombre era Balduino, como su tío, el rey... pero su estado de salud era tan lamentable que Rafael de Sidonia, el joven sacerdote que lo cuidaba, me confió no sin cierto humor negro que no apostaría nada sobre cuál de los dos iría primero a la tumba, si el pequeño o el rey. Tras su temeraria intervención en la boda de Kerak, la lepra se había instalado firmemente y de un modo irrevocable en su lecho de muerte, y ya ni siquiera podía levantarse. Sin embargo, su espíritu osado de rey aún no lo había abandonado del todo. Le pidió entonces a su primo Raimundo de Trípoli que fuera a verlo, y le ofreció asumir de nuevo el cargo de regente. Balduino estaba tomando todas las medidas necesarias para cuando llegara el momento de su deceso. Convoco a los barones y les informó sobre sus últimas disposiciones. Como él mismo no había tenido hijos, su sobrino debía sucederle en el trono. Los barones escucharon con satisfacción que era Raimundo, y no otro (¡en ningún caso, el tal Guido!), quien asumiría la regencia del reino hasta la mayoría de edad del sobrino del rey. Los allí reunidos juraron solemnemente que cumplirían la voluntad de su soberano.

»Entre ellos se encontraba también Gerardo de Ridefort, el nuevo gran maestre de La Orden del Temple, recién elegido después de la tempestuosa confrontación. Sin embargo, también él, un conocido y antiguo enemigo del conde de Trípoli, reafirmó con el juramento su aprobación. Sobre mí recayó la honrosa tarea de llevar en mis propios brazos hasta la iglesia del Santo Sepulcro al joven Balduino, tan debilitado por la enfermedad. Allí, el patriarca lo coronó rey. —La *saida* Tamara sonrió orgullosa y agotada en dirección al círculo de las oyentes y a continuación añadió—: ¡Eso será todo por hoy!

Pero entonces tomó la palabra su hija mayor, Shirin.

—¿Y qué sucedió con la pequeña Isabel, a la que casaron con el apuesto Humfried?

Tamara pudo tranquilizarla y corregirla a la vez:

—¡Humfried no sólo es considerado un joven hermoso, sino que todos celebran su amplia cultura y su enorme erudición!

La respuesta, sin embargo, provocó la protesta de Shirin, que rara vez contradecía a su madre.

—Eso no me dice nada sobre la dicha o la desdicha de la pobre Isabel en ese matrimonio forzado...

Tamara no se dejó provocar, pero tampoco se dejó quitar su pequeña ventaja.

—De acuerdo con sus inclinaciones, Humfried von Toron se comporta de un modo delicado y respetuoso con su infantil esposa, ¡y ella lo ama muchísimo!

Durante su relato, la *saida* omitió que en su viaje de regreso a Masyaf había hecho una parada en Niphin, un pequeño lugar fortificado con un alcázar situado tierra adentro, no muy lejos de Botrun. No le pareció lo suficientemente importante. Había querido continuar viaje hasta Botrun, pero en vista de que el señor Thomas, el amo de la fortaleza de Niphin, la había tratado con tanto afecto, la «baronesa de Marzuban» decidió aceptar su invitación para pasar allí la noche. Timdal había conformado con sumo cuidado la caravana y el personal acompañante, se había ocupado tanto de los caballos como del carro y la tienda. Era la comparecencia de una princesa, y como tal se sentía la *saida*. El moro, cedido a ella —si bien a regañadientes— por el cada vez más viejo An-Nasir, fue también, gracias a sus habilidades en el arte de maquillar, quien garantizó que ella apareciera, además, como una belleza digna de ser deseada. Sólo la decepcionó un poco el hecho de que el señor de Niphin no aprovechara su presencia durante la noche. Durante la temprana comida que hicieron para su restauración antes de continuar el viaje, tocó el tema de Melusina y de Xenia, y lo hizo más por su mala conciencia de no haber pensado en las dos pobres criaturas hasta ese momento, y mucho menos haberlas buscado. Para Tamara estaba claro que sobre todo su viejo amigo An-Nasir tenía puesto en ella un ápice de esperanza en todo lo relacionado con ese asunto ya de por sí bastante misterioso. Fue así como empezó a hablar con entusiasmo y sin previo aviso sobre el tema, especialmente de Melou y de su hija Xenia, con su atractivo y floreciente cuerpo de muchacha, una niña sensata y fresca que se parecía a su madre como una gota de agua a la otra. El señor Thomas se mostró profundamente impresionado, y durante algún tiempo la imagen de la bella Melusina estuvo dándole vueltas en la cabeza, mucho tiempo después incluso de que la baronesa de Marzuban hubiese partido rumbo a Masyaf.

LA HERMANDAD DE KARLEMAN

PARA salir cuanto antes de la región gobernada por el príncipe de Ultrajordán, el caballero Kyr du Lac y sus dos acompañantes, al-Mansur —que ahora se llamaba de nuevo Víctor de Montmor— y el caballero Seyfert de Daula —nombre con el que Sayf quiso honrar a su padre adoptivo, el eunuco— habían escogido el camino que bordeaba el extremo meridional del mar Muerto. Un territorio bastante agreste y un sendero muy poco transitado que pasaba junto a las fortalezas bíblicas de Masada. A la altura de Eyn-Gedi se desató finalmente la discordia que desde hacía algunas horas venía gestándose. Tanto Víctor como Sayf se negaron a entrar en Jerusalén como séquito de Kira en la comitiva que avanzaba delante; después de tanto tiempo, la joven había estado coqueteando con la idea de vestirse otra vez con ropas de mujer y dejarse admirar por todos, todavía con la callada esperanza de que allí, en la corte, su camino pudiera cruzarse de nuevo con el de Reinaldo de Chátillon, con lo que le resultaría más fácil volver a conquistar su corazón. Eso, sin embargo, no coincidía en absoluto con los planes concebidos por los dos caballeros de poder conseguir algo en la corte. Muy pronto la controversia empezó a girar también en torno al carro con los regalos de Chátillon. Kira hizo valer que la dote, casi un ajuar completo, le pertenecía en primer término a ella, o que por lo menos a ella se lo debían. La discusión no giraba tanto acerca de cómo debían repartirse equitativamente aquellos tesoros, sino sobre quién podría llevarse el impresionante carro en caso de que se separaran. Más tarde se encontrarían de todos modos —para bien o para mal— en la hospedería El Último Clavo. Para demostrarle a Kira que con su terquedad no conseguiría nada de ellos, los dos amigos la dejaron brevemente sola en aquel desierto, ella se refugió a la sombra del vehículo, se «disfrazó de mujer», como le dijo Sayf en tono burlón, y ésa fue la ocasión que ambos aprovecharon para trepar hacia lo alto de aquellas extravagantes formaciones rocosas, ya que habían visto en una de las cúpulas de roca un monasterio solitario de apariencia inaccesible y que quizá fuera una fortaleza. Los muros se levantaban sobre la pendiente montañosa situada enfrente, aunque más bien colgaba sobre el profundo valle como el erizado nido de una ave de presa. Allí abajo comenzaba también el sendero que subía en serpentina hasta el fortificado monasterio, y allí, ¡como un milagro!, doblaron justo en ese momento dos, tres dromedarios que abandonaban el lecho del río y entraban exactamente en ese sendero. A los animales les pesaba la carga que llevaban encima, barriles y arcas cuyos herrajes brillaban a la luz del sol.

—¡Nuestra salvación! —exclamó al-Mansur, excitado, dirigiéndose a su amigo—. ¡Apuesto a que éstos tienen todo lo que necesitamos para independizarnos de Kyr du Lac!

—¡No sé cómo se te ocurre algo así! —protestó Sayf, pero al-Mansur tropezó y resbaló por la grava de la pendiente, hasta el punto de que él, para bien o para mal,

tuvo que seguirlo—. ¡¿Para qué necesitamos vino?! ¡¿Qué vamos a hacer con...?! — Sayf perdió el equilibrio y cayó, rodó cuesta abajo hasta que lo frenó un espinoso arbusto.

Mientras tanto, al-Mansur se reía de la lamentable pinta que presentaba su amigo.

—¡Pronto tendremos tal aspecto que nos tomarán por espantapájaros! —se burló.

—¡O por siervos desleales que han abandonado a una dama! —lo increpó Sayf con una mueca de dolor.

—... ¡de los que sólo se pueden esperar cosas malas! —bromeó al-Mansur.

Ambos se refugiaron en una enorme carcajada cuyo eco fue devuelto de inmediato por las paredes rocosas. Pero de repente la risa se les quedó atragantada.

Delante de ellos estaban de pie y en silencio tres caballeros vestidos de blanco, cuyas capas, echadas por encima de la cota de malla, no tenían nada salvo una sencilla cruz negra con una llave sobre el cuadrado de la tela. Llevaban sus pesados yelmos con forma de olla bajo el brazo, pero habían desenfundado sus espadas, y los mohines de aquellos hombres de barbas rubias con sus fríos ojos grises no prometían nada bueno, por lo menos ninguna compasión.

—¡¿Qué sois, una sarta de bandidos?! —preguntó uno de ellos para congraciarse con sus compañeros, pero en realidad no se trataba de una pregunta. Por su aspecto, parecían hermanos.

—¡Sarta de bandidos! —dijo el segundo.

A al-Mansur el corazón se le bajó de pronto a los pantalones raídos. Si el tercero de los hombres llegaba al mismo veredicto, entonces estaban perdidos. Sayf, sin embargo, se mantuvo sereno.

—¡Somos Seyfert de Daula y Víctor de Montmor! —anunció, muy envarado—. ¡Nos hemos escapado de las mazmorras de Bosra!

Los tres caballeros los miraron de un modo significativo.

—¿Saladino? —preguntó el primero.

Sayf asintió.

—¡Cuatro meses y once días! —dijo al-Mansur.

—¿Y quién es esa mujer a la que habéis abandonado allí abajo?

—No conocemos su nombre —se apresuró a decir Sayf—. Acabamos de encontrárnosla.

—Deseaba que la acompañáramos a Jerusalén —confirmó al-Mansur.

Los caballeros fruncieron el ceño. Entonces el primero de ellos, que también era el más bajito, anunció lo siguiente:

—¡Obviamente, la escolta de una dama que viaja sola la asumiremos nosotros!

Sus hermanos, más altos, lo miraron un poco asombrados, pero entonces el segundo aclaró:

—¡Por supuesto! Eso forma parte de las encomiendas a las que nos compromete nuestro juramento.

El tercero de los hombres hizo rechinar los dientes.

—¿Y quién es vuestro señor?

Al-Mansur había conseguido dominarse.

—¡El caballero Roger du Ferbac, señor de Montmor! —informó orgullosa y rápidamente, antes de que Sayf pudiera decir algo equivocado.

—¡Jamás lo he oído! —dijo el segundo—. ¿Dónde queda eso?

—¡Es una fortaleza que tiene a la vista el castillo de los asesinos de Masyaf! —explicó Sayf con serenidad—. Estamos en el camino de regreso a casa...

—¡Muy interesante! —dijo el tercer caballero a sus acompañantes—. ¡Sed, por favor, nuestros huéspedes de la Hermandad de Caballeros de Stade^[98] en la fortaleza de Karleman!

Por lo visto, ése era el que llevaba la voz cantante. Y así fue como los dos amigos siguieron a los alemanes hasta su refugio en la roca.

Entretanto, en Botrun, Melusina y su hija se habían adaptado tan bien a las nuevas circunstancias que disfrutaban de la vida cotidiana en aquella pequeña ciudad junto al mar. Para desconcierto de sus anfitriones y para asombro de la población, iban hasta la playa y se lanzaban en el oleaje del mar para bucear y dejarse llevar bien lejos por la marea sin ahogarse. Únicamente el señor Plivano, llamado por todos *Il Cavalier*, disfrutaba de aquel espectáculo, mientras que su mujer, Lucía, se moría mil veces cada vez que tenía que verlo. Sin embargo, su mala conciencia con respecto a Xenia y su hermosa madre, que por lo visto eran ambas de sangre noble, no la dejaba intervenir, sino todo lo contrario: las trataba a las dos cada vez con mayor afecto, hasta el punto de que uno llegaba a creer que era ella la criada mientras que Melou y Xenia, que parecía la hermana pequeña de su madre, eran las princesas. A Nixe le encantaba aquello. Correteaba por el castillo y a través del mercado de Botrun; la gente la adoraba y la mimaba. Melusina se oponía a aceptar ningún pago de su «negrero» —una expresión que ella le había enseñado a su hija para espanto de las buenas gentes de Botrun—, pues sabía que algún día le causaría un dolor enorme a Plivano y a su demasiado solícita mujer, cuando con toda certeza se marcharía de aquel lugar. Sus amigos Sayf y al-Mansur irían a buscarla. Sin embargo, las cosas sucedieron de un modo muy diferente.

Para subrayar su condición de sirvienta, Melusina insistió en llevar a diario desde el pozo hasta la mesa de su «señoría» un cubo lleno de un agua de muy buen sabor, para lo cual cargaba el recipiente en la cabeza como hacían todas las mujeres... Xenia, a su graciosa manera, la imitaba con una tina un poco más pequeña. Aquel día Melusina parecía emocionada y excitada, pues la conversación había estado girando en torno a algo que jamás se había mencionado antes: el prisionero que languidecía desde hacía tanto tiempo en uno de los calabozos por órdenes del conde de Trípoli. *Il Cavalier*, que jamás se había ocupado del preso, creyó recordar de repente que el hombre se llamaba Husain y quizá era la misma persona —fue su conclusión

posterior— a la que Melusina debía su infortunio. Pues en todo ese tiempo transcurrido ella le había contado las circunstancias a causa de las cuales había caído en manos de aquel tratante de esclavos y expresado sus sospechas de que el único que podía estar detrás de todo aquello era el Enviado.

—¡El Enviado! —La señora Lucía había oído bien—. Sí, así se hacía llamar —dijo, para añadir a continuación—: ¡Pero no daba la impresión de ser tan inhumano! Se comportaba más bien como un señor.

El señor Plivano no quiso cambiar de opinión e hizo llevar al prisionero a su presencia con el propósito de confrontarlo con su víctima. Entonces Melusina salió corriendo del castillo, y Xenia la siguió. Sólo se tranquilizaron de nuevo cuando llegaron al pozo y sacaron agua de él. Entonces se sintió indecisa sobre si el encuentro con Husain sólo podía ser desagradable, y en ese caso Melusina quería apartarse de su camino. ¿Qué podía reportarle tener que mirarlo a la cara y ocuparse luego de que ese hombre cruel desapareciera de nuevo en el mismo agujero donde había estado hasta el momento? Ninguna de las dos se dio cuenta de la llegada de la pequeña tropa de jinetes desconocidos que comenzó a rodear el pozo. Ellas eran las últimas, las demás mujeres habían regresado hacía rato a la ciudad. Cuando el círculo se cerró, ya era demasiado tarde. El primer jinete agarró a Xenia al pasar y la alzó hasta su silla. Melusina se había quedado de piedra, ni siquiera fue capaz de emitir un grito. Sin voluntad alguna, se dejó atrapar. Los bandidos no hacían ningún esfuerzo por ocultar sus objetivos. En el cercano castillo de Niphin se oían a menudo cosas terribles sobre las mujeres en el pozo, pero Melusina jamás se había tomado en serio esas habladurías. Los jinetes eran súbditos del señor Tomás, quien verificaba el éxito del asalto desde una altura cercana. Había estado observando a la madre y a la hija desde hacía días, pues la primera vez que las vio junto al pozo supo enseguida que se trataba de las mismas de las que con tanto entusiasmo le había hablado la tal baronesa. ¡Dios era testigo! ¡Ella tenía razón! ¡De modo que esperó con impaciencia una ocasión favorable y aquel día dio el golpe!

Después de que Melusina y Xenia no regresaron, en Botrun enseguida temieron lo peor, un rapto a manos de beduinos que pasaban. Nadie había visto de dónde procedían aquellos jinetes. Lucía se consoló con la posibilidad de que los amigos de Melusina, de los que ella hablaba de vez en cuando, hubiesen acudido a buscarla para «liberarla», en lugar de ir a recogerla con todas las formalidades y acompañarla a casa. El señor Husain, interrogado agriamente por el señor del castillo, rió ante dicha suposición. Melusina du Ferbac siempre había sido una criatura salvaje sin educación ni moral. ¡Probablemente había huido de Masyaf de un modo tan culpable e irresponsable como ahora de allí! Si había osado afirmar que él, el Enviado y visir responsable de Masyaf, tenía algo que ver con su «secuestro», entonces había mentado deliberadamente. La señora Lucía le creyó enseguida, y acosó a su marido, *II*

Cavalier, hasta que éste accedió a no meter de nuevo a Husain en el calabozo y a ofrecerle un arresto domiciliario en la fortaleza dando antes su «palabra de hombre de honor».

La pequeña comunidad de los hermanos de Stade se reunía en el refectorio de Karleman para la oración de *ad vespers*^[99] antes de la frugal cena.

—*Deus in adiutorium meum intende*^[100] —murmuraban los hermanos para, a continuación, terminar con un sonoro «*dixit Dominus*^[101]!».

El hombre bajito de pelo cano, según se habían enterado los amigos, era el abate del fortificado monasterio, y los exhortó a servirse cuando empezaron a pasar las bandejas y las cestas de pan.

—Es arenque salado del mar del Norte, nuestros amigos de Bremen nos lo ofrecen para nuestra mesa dos veces al año —dijo el hombre, alabando aquel pescado de fuerte olor—; luego nuestro hermano el maestro de cocina lo lava cuidadosamente, lo conserva en aceite y lo sazona con las especias de aquí; se trata de un bocado excelente, ¡delicado como el trasero del niño sagrado!

Seyfert vacilaba en servirse de aquel pescado de aspecto crudo.

—Tomadlo con nuestro pan —lo animó el segundo caballero, que estaba sentado junto a Seyfert en el largo banco de madera—. *Frater Pistorius* lo cuece a partir de los granos de diferentes cereales, mezclando luego la harina con nueces, pasas y semillas de pistachos.

—¿Y qué vino espumoso es ese que el hermano *cellularius*^[102] saca de la barrica? —preguntó con tono atrevido al abate, lo que provocó la risa de todos.

—¡¿No iréis a decirme que no habéis visto nunca una cerveza?! —se burló incrédulo el primer caballero, mientras el segundo se golpeaba los muslos y reía—. Tenéis que probarla de inmediato, *stante pede et ex*^[103]!

—*Ex! Ex!* —vociferaron los otros.

Víctor tuvo que levantarse, y de inmediato le alcanzaron una jarra inmensa. Bebió un largo trago, pero la mayor parte era espuma. Tosió y volvió a depositar la jarra sobre la mesa.

—¡Nuestro vino me sabe mejor! —explicó franca y abiertamente al pequeño abate.

Éste dio un puñetazo sobre la mesa.

—*Silentium!* —exclamó, y de inmediato se apagó toda risa— ¡Seyfert de Daula y Víctor de Montmor son nuestros huéspedes! —Era imposible pasar por alto el tono de reprimenda dirigido a los otros hermanos de la orden—. Ellos nos contarán algo acerca de una secta sobre la que todos hemos oído hablar pero de la que en realidad no sabemos nada: ¡los asesinos del Viejo de la Montaña!

En ese instante se hizo un silencio sepulcral, y Seyfert comenzó a hablar; pero entonces se dio cuenta de que su amigo luchaba todavía con la espumosa cerveza que

se le había atragantado.

—Se trata de la comunidad de fe de los ismaelitas dentro de la *shiat* —anticipó de forma correcta—. Se consideran a sí mismos la punta de lanza del islam, y de ahí se arrojan el derecho de matar tanto a disidentes como a enemigos.

Un murmullo de asombro se levantó en el grupo de bebedores de cerveza.

—¿También matan a los cristianos? —insistió de inmediato el combativo abate.

—¡En principio, no! —se inmiscuyó Víctor, después de haber calmado su hipo con un pedazo de arenque, gracias al consejo del hombre sentado a su lado—. ¡Los peores enemigos de los asesinos son los suníes, que no le dan ninguna importancia a la descendencia del profeta Mahoma!

—Pero ¿acaso nosotros no somos los enemigos del islam y del Profeta? —preguntó, dubitativo, el caballero sentado junto a él.

—A los no creyentes no les afecta la diferencia entre los chiíes y los adeptos de la Sunna —explicó Seyfert—. Nosotros, en Montmor —afirmó con osadía—, cultivamos las buenas relaciones de vecinos con los habitantes de Masyaf.

De nuevo se produjo un murmullo de curiosidad entre los miembros de la orden.

—¿Es cierto que fuman hachís?

—Cuando llega su momento —respondió Víctor, muy serio—, cuando la añoranza por el paraíso...

—¿Y qué pasa en ese paraíso? —se animó a preguntar uno—. Se dice que hay allí veintiuna vírgenes...

Surgió una borboteante risita; pero el abad volvió a reprender a sus hermanos:

—¡Más respeto, hermanos!

Víctor retomó el hilo de sus palabras.

—Eso nadie lo sabe —explicó a sus oyentes—, ya que todavía nadie ha estado allí, al menos nadie de entre los vivos.

—Es una promesa —completó Seyfert—, ¡la esperanza de los que consagran su vida a la muerte!

Un silencio de afectación se produjo entonces, un silencio que el abate se encargó de interrumpir para el *completorium*^[104].

—*Noctem quietam* —inauguró la oración nocturna—. *Ad finem perfection concedat nobis dominus omnipotens*^[105].

Todos se pusieron en pie, y tampoco los amigos tuvieron dificultades para unirse a la oración en un murmullo, como los obedientes cristianos que fingían ser. Por lo visto, nadie dudó de su fe. Luego todos se fueron a cama. A Seyfert y a Víctor les habían asignado una celda común. Ambos estaban cansados y se quedaron dormidos en el acto.

Si soñaron con Masyaf, con su paraíso o con Melou, cada uno guardó el secreto, un secreto que los dos solían compartir cada vez menos. Tal vez se les aparecería

también el Viejo de la Montaña para requerirles que regresaran por fin a casa, para decirles que estaba preocupado por ellos, que los añoraba, mientras ellos se avergonzaban por haber olvidado tan fácilmente al anciano que siempre había sido como un padre. O tal vez fuera su temerosa conciencia, porque conocían la amenaza que Husain, con su avidez de poder, representaba para su venerado *hujja*, y ellos se lo habían callado. Sin embargo, no les vino a la mente la idea de que su propia vida corría peligro desde el momento en que aquel oscuro poder, el oscuro priorato con su frío *magister venerabilis* se enteró de que aquella noche en el castillo de Kahf ellos habían escuchado la reunión de los conjurados.

Inmediatamente después de despedir a su escolta formada por los tres caballeros de la Hermandad de Stade, la gran cantidad de oro y los generosos regalos de Chátillon pusieron a Kira en situación de contratar bajo su propia responsabilidad a criados y siervos y de proporcionarse lo imprescindible. Sin embargo, muy pronto tomó distancia de su proyecto de aparecer en la capital del reino como una gran señora, sobre todo cuando, después de llegar a Jerusalén, vio a algunas de las conocidas damas de la corte de Sibila. Se alegró de que esas horribles personas no pudieran descubrirla oculta como estaba tras el toldo de su carro, y decidió entonces meterse cuanto antes de nuevo en la seguridad que le daba su papel como caballero Kyr du Lac.

Buscó alojamiento en la cercana hospedería El Último Clavo, no lejos del palacio real, donde el parlanchín patrón enseguida le contó con pelos y señales acerca de las nobles damas y caballeros que habían hecho uso de sus servicios para la plena satisfacción de esos clientes, entre ellos, recientemente, una señora algo madura, la baronesa de Marzuban, que había estado allí con su criado particular, un moro llamado Timdal. Esa señora, se enteró Kira para su absoluta tranquilidad, había partido desgraciadamente después de la coronación del pequeño rey. Confundido se quedó aquel repulsivo hospedero cuando vio que la reputada y encantadora dama de noble cuna ocupaba la habitación y poco después salía de ella un joven caballero.

El refectorio^[106] de Karleman estaba a oscuras después de que los últimos monjes caballeros hubieron salido hacia la medianoche tras cumplir con la vigilia^[107]. Sólo el abate estaba sentado todavía silencioso en su oración, hundido en su asiento en la sillería. En cualquier caso, ésa era la impresión que daba, pero sus ojos y sus oídos estaban bien alertas, y percibieron a la perfección la blanca figura que apareció poco después con un quinqué y una vela en la mano, se levantó ligeramente la capucha y apagó la luz para, de inmediato, tomar asiento a su lado. No había pasado mucho tiempo cuando apareció en el pasillo otra luz titilante, la figura se acercó; también iba

vestida de blanco y llevaba la cara cubierta, y tomó asiento a su vez. Entonces los tres esperaron, pero ya no vino nadie más desde la oscuridad.

—Ahora comienzo —dijo finalmente una voz metálica—, pero compruebo que el hermano Husain se ha ausentado sin justificación.

Los otros tomaron nota de ello en silencio.

—Tenemos que obrar con mayor precaución en nuestros encuentros —dijo Gerardo, el gran maestro de los templarios, dirigiéndose al *magister*—. En Kerak, después de nuestra reunión, se encontró a un hermano que había muerto en circunstancias indignas y no sin ayuda de una mano ajena. Sin embargo, su capa y su capucha no mostraban ningún rastro de suciedad —continuó Ridefort sin mayor alteración—; debieron de ser usadas por otra persona que se coló entre nosotros de forma secreta y sin ser reconocida.

El aludido se sumió en un silencio pensativo, lo que el abate aprovechó para insistir de nuevo:

—¿Cuán fiable es ese hombre que fue elegido por los sabios del priorato como representante de los asesinos, el tal hermano Husain? —Una vez más, el *magister* quedó a deber la respuesta—. A mí me da más bien la impresión de que el Enviado —el templario se dirigía una vez más al venerable— persigue en primer término sus propios objetivos y no los de los asesinos. —Ridefort se esforzaba visiblemente para no parecer polémico—. ¿Fue por eso por lo que lo nombrasteis miembro del priorato?

Por fin, el *magister venerabilis* dejó oír una contestación.

—Apostamos por él, precisamente, porque es obvio que tiene ambiciones propias que nosotros podemos controlar y quizá incluso apoyar. —Al decir esto, miró a Ridefort de un modo tan penetrante que éste fue consciente de repente de que en su caso las cosas tampoco eran diferentes—. Si un día el hermano Husain —continuó el *magister* cautelosamente, sin prestar atención al malestar causado al gran maestro— llegase a «reemplazar» al Viejo de la Montaña, eso significaría que ascendería a la condición de *hujja* de los asesinos, y en ese caso no sólo estará comprometido con nosotros, sino que será como cera en nuestras manos. —El *magister* rió para sus adentros—. ¡Eso debería contentar al nuevo gran maestro de los templarios!

El hermano Gerardo no tuvo oportunidad de posicionarse sobre eso último, ya que el abate se sintió excluido.

—Aquí, en Karleman, tenemos a dos caballeros como huéspedes que provienen de una fortaleza que se alza a la vista del castillo de los asesinos en Masyaf. Nos han dado interesantes puntos de vista sobre la actuación de esa secta de asesinos —concluyó el abate—, e incluso mostraron tener algunas simpatías hacia ellos.

—Yo conocí personalmente en la fortaleza de Kahf a dos de esos llamados fedayines, y también eran mozalbetes «simpáticos» —dijo el templario—. Lo malo de los asesinos es que nunca sabes si son asesinos a sueldo disfrazados de caballeros cristianos o canallas comunes y corrientes que se presentan como adeptos del Viejo

de la Montaña. ¡No me fío de ninguno de esos hombres provenientes del turbio círculo de Masyaf! ¡Todos dan asco!

—¡Si fuera así de sencillo, querido hermano Gerardo! —El *magister* sonrió con malicia—. Volvamos a ese inmundo incidente en Kerak, quiero decir, a la misteriosa caída en la cloaca; ¡en lo que atañe a nuestra vigilancia, no podemos fiamos únicamente de nuestras narices! ¡Si sospechamos que alguien es un espía, es mejor que asestemos el golpe y no perdamos tiempo en preguntar! —La advertencia del *magister venerabilis* iba muy en serio—. En eso podemos aprender de los asesinos.

—¿Puedo presentaros mañana temprano a los dos caballeros?! —propuso el abate, dispuesto a ayudar—. Quizá surja algo de interés...

—¡Quiero dormir! —se dejó oír el templario, reprimiendo un bostezo.

—¡No sé qué pueden saber vuestros huéspedes que no sepamos ni yo ni el priorato! —Y con esta altiva actitud del venerable se descartó la oferta del abad.

Al mismo tiempo, el *magister* puso fin a la reunión, y los tres caballeros abandonaron en silencio el refectorio con sus linternas, mientras la sala de alto puntal volvía a quedar bajo la oscuridad de la noche.

Seyfert y Víctor seguían durmiendo en Karleman hacia la hora de laudes. La oración de la mañana se llevaba a cabo todavía a oscuras, razón por la cual era necesario estar acostumbrado a despertarse a esa hora. Así los había instruido el hermano que los acompañó hasta su alojamiento nocturno con su lámpara de aceite. Tanto más echaron de menos los dos amigos en sus sueños el abrazo cálido y cariñoso de la amada lejana, la suavidad del cuerpo juvenil de Melou. Ella se acurrucaba en ellos, con la cabeza y el pelo posados sobre su pecho de respiración agitada, sus cálidos labios lo rozaban, y ellos se iban calentando cada vez más y más, el beso tan deseado encendía su piel, ardía e iba penetrando con su ardor cada vez más intenso, ¡hasta el corazón! Ambos se despertaron jadeantes casi al mismo tiempo, casi simultáneamente —el uno, vacilante, dispuesto a acariciarlo; el otro, agitado—, y agarraron el sitio donde estaba la amada, donde debería haber estado. Sin embargo, las manos de ambos no se cerraron en el vacío, sus dedos rodearon algo caliente, que despedía calor; lo tocaron asustados, lo tomaron con el corazón palpitante y lo contemplaron incrédulos a la luz de la lámpara de aceite: ¡era un panecillo recién salido del horno!

—¡El Viejo de la Montaña! —gritó Víctor, asustado.

Y Sayf, como si acabara de despertar de una pesadilla, exclamó:

—¡Estaba allí! —Se levantó de un salto de su cama y corrió hasta la puerta de la celda, que estaba entornada—. ¡Noble Sinan! —bramó en dirección al pasillo, y salió corriendo. Pero ya en la siguiente esquina se tropezó con el abad de pelo cano, que le tapó enérgicamente la boca con la mano.

—*Silentium ante laudes*^[108]!

—¡El Viejo de la Montaña ha estado aquí! —decía jadeante Víctor, que también había salido de la celda detrás de él—. ¡Hace un momento estaba precisamente aquí! ¡El *sheik* nos ha dejado una señal!

—¿Una señal? —insistió el abad, dubitativo, pues no podía soportar la histeria—. ¿Qué tipo de señal? —preguntó otra vez en tono severo.

Seyfert señaló temblando el panecillo que tenía en la mano.

—¡Ésta!

El abate miró entonces a Víctor, que también sostenía en su mano un pequeño bollo. ¿Acaso estaba tratando con locos y no había notado la enfermedad durante la noche? Entonces, una sonrisa sarcástica recorrió su rostro; entretanto, otros hermanos de la orden habían salido de sus celdas.

—Nuestro hermano Pistorius —explicó el abad con la amabilidad con que se habla con los niños— tiene la encomiable costumbre de llevar por las mañanas a la cama de todo hermano un panecillo recién horneado para que nadie vaya en ayunas a la oración matutina^[109]. No es obra del diablo ni ninguna magia misteriosa, ningún *monitum in obscuro*^[110] —concluyó el abad con un tono suave y aleccionador—, ¡sino uno de los muchos beneficios de nuestro horno! ¡Y ahora, hermanos, volvamos a la *meditatio*^[111]!

—Pero... —Seyfert no se dejó embaucar—, ¡el pan estaba sobre mi pecho!

El abad lo miró, condescendiente.

—¡Una pequeña broma de nuestro Pistorius!

—Pero el *sheik* —comenzó a decir de nuevo Víctor, pero el comendador gritó, fuera de quicio:

—*Síilentum absolutissimum*^[112]!

Después de laudes, los dos caballeros con los que se habían tropezado al principio les dijeron a los amigos, con cierta cortesía severa, que una orden como Karleman sólo podía alojar a los profanos como ellos por un corto período de tiempo.

—¡Tened...! ¡Os lo envía el *frater* Pistorius como provisión para el viaje!

Cada uno de ellos recibió un pequeño saco con una barra de aquel exquisito pan de cereales, una tira de tocino y un pedazo de queso.

El Enviado estaba sentado a la luz del sol en una terraza situada por encima del mar azul, una ancha sombrilla arrojaba su suave sombra sobre él y sobre su carcelero, el señor de Botrun. Estaban jugando al ajedrez.

—Sois un jugador inusualmente perseverante, Husain —lo alabó de mala gana el alcaide de la fortaleza mientras ponía su reina a resguardo.

—*Gardez-vous, chevalier*^[113]! —sonrió el Enviado y, con su caballo, puso una vez más en dificultades a la reina—. ¡Estáis maniobrando hacia una situación sin salida!

Con un suspiro, el comerciante de Pisa elevado a la condición de caballero sacrificó su alfil.

—¡Debería encerraros de nuevo en las mazmorras! —dijo en son de broma mientras el Enviado seguía limpiando el tablero.

—¿Y vos estáis dispuesto a entregaros allí abajo a vuestra pasión por el juego? —respondió Husain, impasible, pero ya no resumió su disposición con palabras.

—No hay por qué llegar a eso entre nosotros —se apresuró a asegurarle *Il Cavalier* a su huésped—; al contrario, yo deseaba pedir os que protegierais mi casa, pues todo parece indicar que mi señor, el bueno del conde Raimundo, me llamará muy pronto a filas.

—Es casi inevitable, sobre todo después de que el «bueno» del conde, a quien debo el hecho de haberos conocido, ¡así como varios años de humedad en un calabozo!, se ha entendido de nuevo con el señor Guido.

A *Il Cavalier* no le importó en absoluto mostrarse entusiasmado.

—Entiendo que no podré aparecer ante Lusignan con las manos vacías —se quejó el pisano con cierta rabia contenida—, pero ¡¿por qué tengo que ser precisamente yo, a quien le repugna la guerra, quien tenga que encasquetarse una armadura, subir a un terco jamelgo y tomar en la mano una espada herrumbrosa, sólo para convertir a mi querida mujer en una viuda?!

—¡Jaque mate! —dijo el Enviado sin compasión, y sonrió.

—Si yo no fuera tan bajito y tuviera menos tripa, quizá vos podríais sustituirme fácilmente.

Husain lo miró poco entusiasmado con la perspectiva.

—¿Creéis entonces que el conde de Trípoli no se acordará de mí?

—De eso estoy más que seguro, pero de mí no va a creer que mi flácido cuerpo de saco de patatas haya cobrado de repente una figura esbelta.

—Gracias por el cumplido, pero, en consecuencia, eso hace inevitable que os tengáis que engalanar *in personam*^[114] con los laureles de un heroico guerrero.

Il Cavalier pareció resignarse con su triste destino.

—¡En ese caso sólo puedo pedir os que permanezcáis aquí y os ocupéis de mi pobre esposa si llegase la noticia de que he tenido que pagar la gloria del héroe con mi vida...!

—Tal vez... —dijo el Enviado, dándole consuelo— sólo caigáis prisionero, y en ese caso, a modo de revancha, os dejaré pudrir os durante algunos meses en un calabozo antes de liberaros...

—El dinero no es problema —se apresuró a decir *Il Cavalier*—, mi mujer tiene todos los poderes...

—¿Hay tanta confianza? ¡En las manos de vuestra propia esposa! ¡Os aseguro que eso es lo peor que os puede pasar! —rió Husain de un modo estridente, lo que no tranquilizó precisamente a *Il Cavalier*—. Os prometo que haré todo cuanto esté a mi alcance para relevar os cuanto antes de esa existencia como vuestro sustituto.

—Lucía no es una mala mujer... —protestó *Il Cavalier*, pero el Enviado le hizo una señal de generoso rechazo.

—Yo ya estoy casado, y una mujer como mi Tamara ya me alcanza para el resto de la vida.

Los dos caballeros se estrecharon la mano y comenzaron a ordenar las fichas en el tablero para iniciar una nueva partida.

EL OJO QUE VE



INTRIGAS PALACIEGAS

DESPUÉS de la estancia forzosa en el castillo de Karleman de la curiosa Hermandad de los Caballeros de Stade —y de su posterior expulsión—, Sayf y al-Mansur aún no habían avanzado mucho en su camino a Jerusalén cuando vieron que tras ellos cabalgaba un jinete solitario que azuzaba su caballo con violencia y gesticulaba enérgicamente con ambos brazos. Era el maestro de maestros, que no se mostró menos sorprendido que Sayf y al-Mansur de encontrar a sus dos pupilos en aquel desierto.

—¡Os suponía hace tiempo en Jerusalén! —los saludó Jaluddin, casi sin aliento—. ¿Dónde está Kira du Paradis?

—Se adelantó —gruñó al-Mansur—. Kyr du Lac estaba ansiosa por llegar al lugar donde piensa conquistar de nuevo a su amado...

—Chátillon tiene otras cosas que hacer en lugar de andar vagando por la corte —comentó el maestro de maestros, impaciente—. Y si Kira se dejase ver por allí...

—¡Como princesa Kira de Marzuban, o sea cual fuere el nombre con el que se presente esta vez! —lo corrigió Sayf con malicia.

Eso no le gustó nada a Jaluddin.

—Vuestra amiga Melou y su hija fueron vendidas por Husain a un tratante de esclavos, ¡y muy por debajo de su precio!

—¡¿Qué?! —dijo Sayf, acalorado—. ¡¿Y lo decís tan tranquilo?! Y nosotros todavía por aquí...

—¡Calma, calma! —intentó apaciguarlo en vano el maestro.

—¡¿Adónde la llevaron?! —gritó Sayf—. ¿Tú qué crees, al-Mansur? —le dijo a su amigo, pues le parecía que éste se tomaba la espantosa noticia con demasiada indiferencia.

—A Botrun —explicó Jaluddin—. ¡Allí está bien cuidada! —Jaluddin los apremiaba para que continuaran.

—Si vos no venís —se acaloró Sayf—, entonces iré yo solo y la salvaré.

Miró a al-Mansur con gesto interrogador, pero éste hizo un gesto de rechazo.

—¡Es mucho mejor cabalgar hasta Jerusalén! —le dijo a su descontrolado amigo—. No deberíamos precipitar los acontecimientos...

—¡Pues yo no esperaré! —lo interrumpió furioso su compañero—. ¡Es ahí donde se demuestra el verdadero amor! —soltó en tono triunfal—. ¡Liberaré a Melou...! ¡Aunque me cueste la vida! —Hizo dar media vuelta a su caballo y salió disparado en dirección al norte.

Al-Mansur —convertido otra vez en el caballero Víctor du Ferbac— y su maestro de armas Jaluddin llegaron poco después a Jerusalén y encontraron enseguida a la infeliz

Kyr du Lac en el albergue, pues ésta no había conseguido nada en la corte salvo enterarse de que el señor Reinaldo de Châtillon todavía estaba de viaje en sus correrías por algún lugar.

Los tres se dirigieron a la corte. Víctor recordó al altivo trinchante^[115] de la mesa real que en su época allí le había facilitado acceder como paje a las proximidades del futuro rey y ganarse su amistad. En ese momento Balduino estaba agonizante, carcomido y corrupto por la implacable lepra que habían descubierto mientras competían. El patrón de su hospedería se lo había contado por la mañana. Todo Jerusalén esperaba afligido el final inevitable de su querido rey, y por tal razón pesaba tanto sobre los habitantes de la ciudad la preocupación sobre lo que vendría después: ¿una reina Sibila con ese imbécil de Guido por marido, ese cobarde? ¿Podría ese hombre defenderse del poderoso sultán Saladino?

El trinchante se había convertido entretanto en un hombre anciano y amargado, pues desde que se había desatado la enfermedad de Balduino no se habían organizado más cenas de gala en las que corriera a raudales el vino. Avergonzado, pero codicioso, aceptó el dinero que Víctor le había metido en el bolsillo para que les facilitara el acceso al lecho de muerte de Balduino.

Les dijo a sus compañeros Kyr y Jaluddin que esperaran en el corredor. El joven rey yacía bajo un baldaquino envuelto en una fina gasa, el olor de sus pústulas purulentas contaminaba todo el recinto, los médicos y los monjes de la Orden de San Lázaro rodeaban su lecho, así como los secretarios, que apuntaban aplicadamente lo que aquel cadáver viviente les decía con su voz débil; los consejeros asentían o descartaban sus deseos negando con la cabeza. Pero cuando Balduino vio a Víctor con sus turbios ojos, sus rasgos desencajados se iluminaron de repente.

—¿Víctor? —susurró—. Has venido... Eso me alegra... —dijo y, a duras penas, le tendió una mano. Aun tras la gasa que atenuaba la visión, Víctor pudo ver que le tendían un troncho de hueso, sólo dos dedos podían distinguirse todavía en el muñón. Hizo un esfuerzo para no dejar notar su espanto, y a través de la red tomó la mano que le ofrecían e insinuó un beso sobre aquellas pústulas—. Sí —dijo Balduino—, algo me falta —y retiró el brazo con esfuerzo—. ¡Muy pronto lo habré superado! — Víctor guardó silencio tras haber susurrado un piadoso «mi querido rey», y Balduino se incorporó una vez más e hizo señas a un secretario para que se acercara—. ¡Víctor es mi huésped! —ordenó de un modo claramente comprensible, antes de volver a hundir, exhausto, la cabeza en la almohada. De puntillas, Víctor volvió a salir de aquel recinto de muerte.

El regente Raimundo de Trípoli convocó una vez más a los barones para escuchar sus opiniones sobre el tipo de política que serviría mejor al reino en el futuro. Las lluvias del invierno nunca llegaron y amenazaba con producirse una hambruna. Raimundo explicó que el país no podía permitirse una nueva campaña militar sin la ayuda de

una nueva cruzada de Occidente. Entonces les pidió su aprobación para establecer una nueva tregua de cuatro años. Los barones autorizaron su propósito, y Raimundo consiguió realmente llegar a un acuerdo en ese sentido con Saladino. Pero entonces comenzó a acelerarse el fin del rey Balduino. Para asombro de sacerdotes y funcionarios de la corte, el rey había pedido ver a Víctor otra vez. Éste se apresuró a acudir al lecho de muerte, pero los médicos le pidieron que no se acercara demasiado al soberano. Víctor había llevado consigo a Kira, y Balduino, que por lo visto había reconocido de inmediato a la mujer tras la armadura del caballero Kyr du Lac, susurró:

—¡Qué hermosa pareja hacéis...! Os deseo... —pero ya no se pudo entender nada más.

Los sacerdotes lo apremiaron para que se apartaran, y Víctor y Kira abandonaron el recinto. Pocas horas después, Balduino era redimido de los tormentos de su enfermedad. Acababa de cumplir veinticuatro años.

El cadáver del rey aún no había sido enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro, cuando ya Sibila asumía el poder en el palacio, Tanto Kira como Víctor tenían numerosos motivos para no encontrarse con ella. Mientras que Víctor apremiaba para que abandonaran de inmediato la ciudad, Kira se mantenía en sus trece. Ella quería quedarse en el reino costara lo que costase, siempre con la esperanza de volver a ver a Chátillon.

Jaluddin y al-Mansur no deseaban perder tiempo y la dejaron hacer su voluntad. Víctor corrió a la hospedería, pero justo cuando pretendía entrar en el edificio fue visto por algunas de las damas de la corte de Sibila, entre ellas, las antiguas doncellas Adelaide y Guinivere.

—¿No fue ése el paje que le tomó el pelo a nuestra señora? ¡Y su amigo estaba en la delegación de esos...! ¡Probablemente los dos sean asesinos! —cuchichearon excitadas y corrieron de vuelta al palacio.

Sin embargo, lo primero que hicieron no fue informar a su señora, sino que se dirigieron al capitán de la escolta personal de Lusignan. Éste se mostró de inmediato solícito con las dos damas. Y cuando Víctor se disponía a cargar su equipaje en el carro, entraron los soldados de Guido y lo detuvieron. Llevado al palacio real, los guardias de la puerta se mostraron asombrados al ver bajo arresto a un amigo del rey fallecido, pero como entonces nadie tenía tiempo para ocuparse de un asesino prisionero, al-Mansur desapareció de repente en los calabozos.

El caballero Kyr du Lac no se había enterado de nada acerca de ese suceso. Anduvo muy orondo por los corredores del palacio, hasta que por fin, cuando ya no lo esperaba siquiera, oyó una voz harto conocida. Era Reinaldo de Chátillon, y no estaba solo. Por esa razón, Kyr se dominó enseguida, aunque las piernas le temblaban por este reencuentro que en definitiva había sido inesperado.

—¿Qué puedo hacer por vos, noble amigo? —preguntó Reinaldo esforzándose por mostrar naturalidad, a lo que el caballero Kyr respondió:

—¡Conseguíme un puesto junto a Guido de Lusignan, y de ese modo podré estar cerca del poder y de vos!

Chátillon miró a Kyr extrañado, pero luego tuvo a bien intervenir.

—¡Podéis contar conmigo, joven amigo! —dijo con la voz tomada, y continuó su camino.

—¿Quién era ése? —preguntó su acompañante, un joven sacerdote llamado Rafael de Sidonia, hijo de una noble familia del reino.

—*Quelqu'un qui va faire carrière*^[116]! —respondió Reinaldo con cierto desdén perceptible en la voz.

Al-Mansur podía darse por satisfecho de que Sibila tuviera la mente ocupada en otras muchas intrigas en lugar de dar crédito a las habladurías de sus damas de compañía. ¡Formaba parte de su carácter permitirse una venganza posterior del paje que había osado huir de ella y rechazarla!

El acuerdo conseguido por Raimundo con el sultán proporcionaba a todo el reino un alivio, pero esa calma falaz desapareció muy pronto cuando —poco después de su tío— murió en Acre el niño del mismo nombre que, en realidad, debería haberle sucedido en el trono.

Sibila actuó de inmediato como la nueva señora del palacio real en Jerusalén, a sabiendas de que su dominio aún no estaba del todo asegurado. La mayoría de los barones apoyaban a Raimundo de Trípoli, y él daría la prioridad a su joven hermana Isabel con el único propósito de impedir que Guido llegara a reinar. Fue entonces cuando Jaluddin se enteró de cómo el senescal había timado al regente Raimundo. Ambos habían estado presentes junto al lecho de muerte del pequeño rey en Acre. El senescal, de un modo afectuoso, se ofreció a Raimundo para asumir la tarea de trasladar el cadáver a Jerusalén, mientras que Raimundo debía convocar a los barones a su sede en Tiberíades para poner en vigor lo dispuesto por Balduino. Raimundo cayó en la trampa y se trasladó a Tiberíades, y allí reunió a todos los hombres en torno a él. Pero aquellos que respondieron de inmediato a su invitación eran en definitiva los de su bando. El senescal, por su parte, no tenía ninguna intención de ocuparse del traslado del cadáver, sino que envió tropas de su confianza a Tiro y a Beirut y ocupó con un golpe de mano ambas ciudades portuarias. Simultáneamente, mandó mensajes a Sibila y a Reinaldo para que acudieran al sepelio en Jerusalén.

Cuando Raimundo descubrió que lo habían engañado valiéndose de un ardid, ya había perdido Beirut. Furioso, convocó al alto tribunal del reino en Naplusa. Esta vez acudieron todos los que tenían voz y voto: allí estaban Humfried von Toron con su

joven esposa Isabel; la madre de ésta, la antigua reina María de Bizancio^[117], acompañada de su esposo Balián de Ibelín, uno de los barones más influyentes del reino. El único que no se dejó ver por allí fue, por supuesto, Reinaldo de Châtillon. Antes de que el tribunal empezara su sesión, todos los presentes recibieron la demanda de Sibila de que acudieran a Jerusalén para su coronación. Los barones, en respuesta, encargaron a dos sabios cistercienses para que les recordaran a los disidentes conjurados en la capital el juramento que habían hecho ante el rey. Sibila se negó a recibir siquiera a los emisarios. Ella tenía Jerusalén en su poder, y los puertos de mar, las tropas del senescal y las del condestable^[118], que era hermano de Guido, estaban de su parte; a ellos se unían Reinaldo de Châtillon, el patriarca Heraclio, antiguo amante de su madre Agnes, y el gran maestro de los templarios, Gerardo de Ridefort, quien se unía a cualquiera que estuviera en contra de Raimundo de Trípoli; Sibila, además, contaba con la simpatía del pueblo de Jerusalén. La gente veía un único inconveniente en su marido, al que nadie soportaba.

El patriarca y los caballeros templarios cerraron las puertas de la ciudad y situaron a sus hombres en las murallas con el propósito de resistir cualquier ataque de los barones reunidos en Naplusa. Luego hicieron los preparativos necesarios para la coronación. Las insignias reales estaban guardadas en una caseta con tres candados, cuyas tres llaves se hallaban una al cuidado del patriarca, y las otras dos en manos de los dos grandes maestros de las órdenes de caballería. El de los hospitalarios se negó con firmeza a entregar la suya para una acción que consideraba lesiva de su juramento, y terminó arrojándola con furia por la ventana. Ni él ni los caballeros de su orden participaron luego en las ceremonias. Jaluddin se enteró de ese hecho a través del caballero hospitalario Valerian du Ferbac, quien se mostró muy orgulloso de su gran maestro por haber demostrado una vez más a los templarios cuál era la manera de comportarse acorde con la justicia y con la ley. Jaluddin no dijo nada para apartarlo de esa fe en el bien en un mundo esencialmente malvado.

En vistas de la creciente impopularidad de Guido, el patriarca coronó únicamente a Sibila. Sin embargo, había una segunda corona al alcance de la mano de la nueva reina. Ésta le ordenó a Guido que diera un paso adelante y se arrodillara ante ella. Con sus propias manos, le puso la corona en la cabeza. A continuación, la sociedad allí reunida prestó el juramento de lealtad ante la reina y el rey. En esa ocasión, el maestro de maestros volvió a ver al caballero Kyr, quien no pudo evitar ser uno de los primeros en rendir homenaje al rey. Cuando se levantó de nuevo, Jaluddin oyó al príncipe de Transjordania gruñir lo siguiente:

—¡Lleváis una vida muy peligrosa, estimado Kyr!

A lo que recibió como respuesta:

—¡Eso me mantiene mucho más joven de lo que soy a vuestros ojos, estimado Reinaldo!

El maestro de maestros tuvo que darse por satisfecho con que Kira lo viera y supiera que él todavía estaba en la corte. Lo único que debía comunicarle era que

al-Mansur estaba aún en el calabozo del palacio.

En su cabalgata hacia el norte, en dirección a Botrun, Sayf hizo su primer descanso en la ciudad de Naplusa, situada en el camino. Era cierto que había perdido su parte de los regalos de Reinaldo debido sobre todo a su acalorada decisión, pero él —¡viejo zorro, por lo menos más astuto que al-Mansur!— había metido la mano en la caja cuando comenzó la riña con Kira junto al mar Muerto y —¡alabado sea Alá!— se había provisto de tal manera con moneda contante y sonante que pudo presentarse allí acorde con su rango. También había escondido de inmediato en las alforjas de su silla de montar la costosa ropa y la armadura que le habían tocado en el reparto. Gracias a su atuendo, el caballero Seyfert de Daula tuvo acceso a todas partes, incluidas las sesiones del gran tribunal.

El gran tribunal de Naplusa podía hacer poco contra la coronación consumada. Pero muchos de sus miembros proclamaron en voz alta que no deseaban seguir viviendo en un país gobernado por un rey así; ¡era como si, en realidad, pudieran emigrar y declarar independientes sus respectivas ciudades! Raimundo, sin embargo, no se dio por vencido. En definitiva, con él se encontraban la princesa Isabel y su marido, Humfried von Toron. ¡Era necesario coronarlos y llevarlos a Jerusalén! ¡Los usurpadores jamás podrían sostenerse contra los ejércitos unidos de todos los barones, excluido el infame Chátillon, mucho menos si se contaba con el apoyo de los hospitalarios! Y Saladino, por su parte, mantendría la tregua mientras Raimundo fuera regente, de modo que, aunque se desatara una guerra civil, eso no pondría en peligro la existencia del reino. Todos estuvieron de acuerdo con Raimundo y juraron no claudicar ni vacilar hasta que hubieran conseguido ese objetivo. ¡Sin embargo, habían hecho su jugada sobre el tablero de ajedrez del poder sin contar con la figura del rey elegido por ellos! A Humfried von Toron, el valor se le fue a los pies cuando oyó lo que se proponían hacer con él. ¡No quería ser rey por nada del mundo! Durante la noche, se escabulló del edificio donde se había reunido el tribunal y bajó a los establos. Pero los siervos estaban atentos y quisieron saber si tenía intenciones de abandonar Naplusa. Desanimado, Humfried pensó de inmediato en desistir, entonces se tropezó con el caballero Seyfert, un hombre tan joven como él. Humfried le cogió confianza, reunió todo su valor y le pidió que le dejara su caballo.

—¡No puedo prometeros un reino a cambio, noble caballero, pues estoy a punto de rechazar el que me ofrecen!

Sayf no entendió de inmediato de qué se trataba. Había ido al establo para suministrar a su bestia el alimento necesario para la noche y cubrir sus necesidades más esenciales.

—Si me dejáis vuestro caballo, os entregaré en oro...

—¡No me ofendáis! —lo interrumpió el caballero Seyfert, con orgullo.

—Si venís a Toron y enseñáis este *signum* —dijo Humfried, quitándose una valiosa joya del cuello—, allí recibiréis tres caballos y todo lo que pidáis. —El señor Humfried abrazó a Sayf con absoluta sinceridad—. ¡Esta cadena es ahora vuestra!

Sayf se sintió tan conmovido con las maneras caballerescas del joven señor de Toron que se mostró de acuerdo con todo. Humfried saltó sobre el caballo y continuó su viaje partiendo de Naplusa en dirección a Jerusalén como si lo persiguiera el diablo. Sólo cuando su caballo hubo desaparecido de su vista, Sayf recordó que había olvidado vaciar las alforjas.

Un impertinente rayo de sol cayó sobre el rostro de la «baronesa Tamara de Marzuban» y la hizo despertar en aquel lecho extraño, algo ya habitual en ella. La *saida* pestañeó. A través de la ventana abierta en el suelo, su mirada se posó abajo en las olas que se enroscaban ligeramente por el efecto del viento. Estaba en Tiberíades, una apacible ciudad situada a orillas del lago de Genesaret, el también llamado mar de Galilea. Tamara se desperezó con placer en sus almohadas de seda. Había llegado a la fortaleza la noche anterior, durante su camino hacia Jerusalén.

La princesa de Galilea se había convertido en una buena amiga suya desde que se conocieron durante el primer viaje de la *saida* en una recepción celebrada en el palacio real. Sólo que esta vez no se había encontrado con la distinguida dama, pues ésta había viajado a Naplusa para visitar a su marido, el conde Raimundo, tal y como le explicó a Tamara el viejo alcaide de la fortaleza. Eso, sin embargo, no le impidió al hombre recibir y dar alojamiento a la señora baronesa como una apreciada huésped. Los aposentos que le ofrecieron, por lo visto, estaban destinados a reyes o a cardenales que estuviesen de paso. Tamara disfrutaba del lujo. Timdal, su moro, entró de puntillas en la estancia y la acompañó hasta el baño cubierto de mosaicos y de baldosas de mármol. En la superficie del agua templada flotaban olorosos pétalos de rosa. Tamara, desnuda, se dejó caer suavemente en la bañera y puso su cuerpo en las hábiles manos del moro, que lo mimaba con aquellas esencias de tan agradable aroma.

En realidad, a la *saida* le habría gustado preguntarle a la princesa sobre el paradero de su marido Husain, que había partido hacía mucho tiempo hacia Trípoli para hacer una visita al conde Raimundo y estaba desaparecido desde entonces. Ella no sabía que el Enviado había querido asesinar al conde y que podía darse por satisfecho de que sólo hubiese ido a parar a un calabozo. No se trataba de que Tamara echara particularmente de menos a Husain, sino que sólo se había avivado brevemente su curiosidad femenina, pero de inmediato olvidó otra vez esa cuestión aún por esclarecer.

Timdal le dio unos masajes en el cuello y en la nuca con aceites etéreos y acarició sus pechos con un fino pincel. Había estado escuchando a los músicos hasta tarde en la noche, todos eran hombres de avanzada edad, llenos de fervor, que sacaban

seductores sonidos a sus instrumentos. Las bailarinas que los acompañaban movían con entrega unos cuerpos que, a juzgar por su aspecto y figura, la *saida* muy bien podría acoger en su paraíso. A los tres jóvenes presentes, unos mozos apuestos, hijos del alcaide, el padre los mandó a la cama con palabras ásperas, antes de acompañar personalmente a su distinguida huésped hasta sus aposentos.

Tamara salió del baño. Las mujeres que acudieron de inmediato con sus suaves toallas de lana previamente calentadas parecían ser las mismas que la noche anterior habían actuado como bailarinas. Frotaron con cuidado el cuerpo a ellas confiado para secarlo bien, y le hicieron comentarios a Tamara sobre lo hermoso que era. Luego lo envolvieron en un magnífico vestido.

Antes de partir, el hospitalario alcaide le había preparado a la baronesa una merienda en la cual participó también el moro, ya listo para emprender el viaje.

Sin preámbulos, Tamara comenzó una charla en la que le decía que para su viaje a Jerusalén podría prescindir de sus servicios.

—Sólo unos pocos días de viaje me separan de mi destino, mi buen Timdal, y en todos los casos recorreré regiones seguras, pertenecientes a amigos queridos; además, gracias a tu precaución y al magnífico séquito reunido por ti, todo está perfecto para mí comodidad.

El silencio sarcástico de Timdal parecía obstinado.

—¡Ninguno de éstos es un argumento que me convenza para dejaros sola! —se dignó decir el moro por fin, a modo de toma de posición.

—¡No me estropees el buen humor oponiéndote a mis deseos, moro!

—¡Yo siempre he leído cada uno de vuestros bellos ojos, señora!

—¡¿Crees que son «bellos» sólo por tus artes?! —le dijo, fulminándolo con la mirada.

—¡No, no! —exclamó Timdal, respondiendo ágilmente con una evasiva—. ¡Ellos irradian vuestro propio brillo interior sin que yo intervenga para nada! Yo sólo los enmarco.

Tamara se puso en pie de repente y se dispuso a marcharse.

—No permitiré que te me acerques más, no hablaré más contigo —lo amenazó mientras salía a toda velocidad—. ¡Te expulso de mi séquito!

—¡Aun si me espantáis arrojándome piedras, cabalgaré detrás de vos, ya que me lo debo a mí mismo! —respondió el moro serenamente, pues ya estaba acostumbrado a esos cambios de humor de la *saida* Tamara, y al día siguiente clamaría por él de nuevo.

El palacio real vivió su próxima conmoción cuando de repente, en medio de la noche, hizo su aparición el joven Humfried von Toron. Llegó empapado en sudor, sin Isabel ni ningún tipo de séquito; tocó a las puertas del castillo y exigió hablar con la reina. Sibila se había tomado muy a mal que él y su hermana hubiesen comparecido ante el

alto tribunal de Naplusa, y lo más seguro era que no permitiera que ahora ese traidor le estropeará su sueño. Por eso le dieron a entender a Humfried que debía presentarse al día siguiente.

Jaluddin se ocupó del joven señor de Toron y le consiguió una habitación acorde con su rango. A cambio le preguntó sobre las razones que lo habían movido a aparecer allí, en el palacio de la reina Sibila, en medio de la noche. Poco a poco le fue sacando todo lo sucedido en Naplusa. Pero entonces Humfried se quedó dormido, exhausto por la larga cabalgata.

Durante la audiencia matutina Sibila lo trató como a un solicitante habitual y le hizo sentir su desdén obligando a esperar de un modo descortés a quien, después de todo, era su cuñado. Sin embargo, a pesar de toda su timidez, Humfried era un mozo muy obstinado. Finalmente, Sibila le permitió exponer sus propósitos, y apenas la reina hubo comprendido cuán importante era la desertión de Humfried para su bando, lo llevó rápidamente de la mano a donde estaba Guido, ante el cual prestó de inmediato su juramento.

La traición de Humfried echó por tierra todos los planes de los barones. Uno tras otro, fueron encaminando sus pasos a Jerusalén y presentando sus honores al rey Guido.

Sólo Raimundo se retiró a las tierras de su esposa en Galilea, con lo cual aceptaba con resignación, por segunda vez, su deposición del cargo de regente. En compensación por la pérdida ciudad de Beirut, Bohemundo de Antioquia le ofreció a Raimundo la ciudad de Trípoli, pues tampoco el príncipe de Antioquia tenía la intención de reconocer al nuevo rey, mientras que, por otra parte, jamás había ocultado en absoluto sus simpatías por Raimundo.

La suerte para todos fue que Saladino mantuviera la tregua, ya que el reino bajo las órdenes de Guido hacía pensar en todo menos en la posibilidad de rechazar exitosamente un ataque masivo.

Tamara, la baronesa de Marzuban, pasaba con su séquito bajo la montaña de Tabor; el día se aproximaba ya al atardecer y ella estaba pensando en pernoctar en una hospedería situada junto al camino, al borde de los pantanos de Goliath, cuando vio avanzar hacia ellos, a través del camino empedrado, a un caminante solitario de paso cansado. El sol bajo arrojaba ya unas sombras alargadas, por eso su figura delgada parecía transformada por alguna poderosa magia. Tamara vio acercarse a la figura llena de expectativas, pero entonces reconoció de inmediato aquel rostro: era Sayf, el hijo adoptivo de su viejo amigo An-Nasir. Ella ordenó parar y le dijo al joven, todavía confundido por aquel encuentro, que subiera a su carro. Sayf estaba contento de poder descansar sus agotados miembros durante un rato. La *saida* ordenó que el

carro tomara la dirección del albergue, que en ese momento más que nunca le parecía el lugar idóneo para pasar la noche. En su agotamiento, Sayf ni siquiera notó el cambio de dirección, y al cabo de muy poco tiempo se había quedado profundamente dormido con la cabeza apoyada en el hombro de la mujer. Llegaron a la hospedería cercana a la célebre fuente del Jordán, y Tamara hizo que sus criados levantaran con cuidado al durmiente y lo llevaran al interior de la casa. Ella misma se ocupó de que lo colocaran en la cama mejor y más grande de la hospedería. Luego los envió a todos fuera de la habitación y comenzó a desnudarlo con delicadeza; ni siquiera entonces Sayf dio la más mínima señal de querer despertarse. La *saida* acarició el delicado cuerpo, lo sacudió primero suavemente, luego con más fuerza, pero no sucedió nada; Sayf estaba profundamente dormido. Tamara fue entonces a la cocina y cogió una jarra de vino tinto, con el cual le frotó primero el pecho, luego los brazos y las piernas, y rápidamente pasó a la entrepierna.

Sin embargo, antes de agarrar su miembro viril, lo meditó un poco. Se quitó rápidamente el vestido, apagó la luz y se acostó desnuda junto al joven. Sólo entonces comenzó a palpar su flácido miembro, que enseguida comenzó a crecer entre sus manos. Un gemido le reveló que Sayf parecía percibir sus esfuerzos por despertarlo. De repente, sintió que las manos del joven se aferraban a sus caderas como tenazas de acero y atraían su trasero hacia él con energía; entonces, satisfecha, Tamara sintió cómo la verga calentada por sus manos penetraba en su cuerpo. Sayf se incorporó, sus dedos se deslizaban por el cuerpo entero de la *saida*, sin excluir sus senos, mientras sus poderosas embestidas hacían que la mujer se fuera desplazando hacia adelante. Ella escuchaba su jadeo, su cálida respiración le rozaba la nuca, y hacía todo lo posible para que el pene cada vez más palpitante no se saliera de su culo empinado; con habilidad, se mantenía pegado a él, sus movimientos eran tan enérgicos como los suyos, y así fue mientras estuvo consciente. La agitación dentro de su cuerpo era cada vez mayor, la desbordaba, pero entonces el cuerpo trepidante del hombre cayó sobre sus espaldas. Con una sensación agradable, soportando gustosamente su carga, la *saida* estiró su cuerpo procurando siempre no perder su verga. Sayf apenas se movía, hasta ese momento no le había dicho ni una sola palabra. «Querido», le susurró Tamara, y quedó a la escucha. La respiración profunda de Sayf le reveló que el joven se había quedado dormido de nuevo. Empujando su hermoso trasero de buena gana hacía él, la *saida* se acurrucó junto al cuerpo del muchacho.

Cuando la despertó el sol de la mañana, el sitio en la cama junto a ella estaba vacío. Tamara bajó a toda prisa al comedor, envolviendo su cuerpo en una ligera *djallabija*. Aparte de Sayf no había allí ninguna otra persona. El joven había cogido pan y un trozo de carne seca del armario de la cocina, y también una jarra de agua. Tamara

tomó asiento a su lado, mientras Sayf, que por lo visto tenía una hambre voraz, masticaba su frugal desayuno.

—Tengo que continuar mi camino —dijo con la boca llena—. ¡Buscar a Melou!
—Tamara acogió sus palabras con una sonrisa.

—¿Y dónde piensas encontrarla? —preguntó, interesada.

—¡En Botrun! —fue la breve respuesta de aquella boca que todavía masticaba. Un centelleo recorrió los ojos de Tamara, pero Sayf no lo vio.

—Necesitas un caballo —le dijo ella.

—No tengo dinero —respondió él, tajante.

Tamara se puso en pie y cogió su alforja de viaje; luego sacó una bolsa llena de monedas.

—Podría darte esto —dijo pausadamente, a sabiendas de que la luz hacía traslucir claramente su oscura entrepierna a través de la ligera muselina de su caftán.

Sayf la miró fijamente a sus ojos brillantes, se metió el último trozo de comida en la boca y se levantó. Sin decir palabra, dobló el cuerpo de ella sobre la mesa maciza, levantó la *djallabija* por encima de los muslos y del trasero, dejó caer sus pantalones y se colocó detrás de la *saida*. Antes de hacerle sentir de nuevo a Tamara el poder de su verga, cogió la bolsa de su mano. Temblando de excitación, Tamara le entregó la bolsa al joven.

Reinaldo de Chátillon había regresado a Ultrajordán poco después de la exitosa coronación de Sibila, pero en ningún momento fue a despedirse de Kira. Eso, sin embargo, no cambió en nada el amor que la joven sentía por él. También el rey Guido veía con preocupación la manera en que Chátillon se había marchado. Temía, y con razón, que las acciones de saqueo del caballero pudieran poner en peligro la tregua con Saladino. Y en efecto, no pasó demasiado tiempo hasta que Chátillon volvió a abrir ciertas heridas que habían sido suturadas y tratadas a duras penas por el conde Raimundo. Con motivo de esos acuerdos, el tráfico comercial entre Damasco y Egipto atravesaba como antes el territorio de los francos, algo que a Reinaldo, como ya sucedía antes, le irritaba en la misma medida que representaba para él una tentación permanente. En una ocasión en que una inmensa caravana procedente de El Cairo atravesaba el Moab, protegida por una pequeña escolta egipcia contra los ataques de los beduinos, Chátillon ya no pudo contenerse más y la atacó, asesinó a los soldados y encerró en la fortaleza de Kerak a los comerciantes junto con todos sus bienes. ¡El botín era el mayor que había conseguido reunir en toda su vida como salteador!

Saladino, temblando de rabia, conservó las formas. Envió un emisario a Jerusalén y presentó sus quejas ante el señor Guido. A éste el incidente le resultaba sumamente penoso, por esa razón quiso enviar a alguien a donde Reinaldo para que el señor de Transjordania devolviera en el acto a los prisioneros y el botín. El rey le preguntó al

caballero Kyr du Lac si deseaba asumir ese encargo, teniendo en cuenta que él mantenía una buena relación con Chátillon. Kyr respondió que ese viaje podía hacerlo cualquier otro emisario real, ya que Chátillon desoiría la demanda del mismo modo que había hecho con muchas otras que se le habían formulado con anterioridad. El rey Guido descargó toda su rabia contra Reinaldo en la figura del insubordinado Kyr du Lac: ¡podía irse al diablo de inmediato, antes de ponerse a darle consejos! Con una muda reverencia, el caballero abandonó el servicio en la casa real y salió en busca del maestro de maestros.

No es necesario decir que el emisario enviado en su lugar regresó con las mismas noticias de Kerak predichas por Kyr du Lac. Guido sentía desde hacía ya tiempo que había cometido una injusticia al descargar su ira contra el caballero, y por eso intentó pedirle que entrara de nuevo a su servicio, pero en esa ocasión ya no pudo encontrar a Kyr du Lac por ninguna parte.

En medio de la noche, al-Mansur fue arrancado de su sueño en la dura cama de su calabozo. Kira no se anduvo con rodeos.

—Te libero, querido Víctor, pero con una única condición. —Kira ya había metido la llave en la cerradura de la puerta de barrotes y le había dado la vuelta—. Tienes que prometerme que regresaremos con Reinaldo y que retomarás tu servicio como guardaespaldas de su escolta. —A continuación, le contó brevemente lo que había sucedido.

»¡Tienes que acudir a él! —le rogó Kira—. ¡Tengo mucho miedo!

—Yo también lo tendría —refunfuñó al-Mansur—, ¡precisamente por eso me uniré a él!

—¡Gracias, Víctor! —dijo, abriendo a toda prisa la reja—. Abandona rápidamente el palacio real y la ciudad de Jerusalén; hazlo hoy mismo, y dirígete sin vacilar hacia el castillo de Kerak. —Kira abrazó a su amigo—. ¡Un caballo te espera en el establo de la hospedería El Último Clavo!

Kyr y Jaluddin eran ambos de la opinión de que debían alejarse cuanto antes del palacio y de la ciudad.

Jaluddin sabía en qué remesa se encontraba el carro en el que Kyr du Lac había llegado en su momento a Jerusalén, el cual había sido decomisado en el momento en que apresaron a Víctor. Según Jaluddin, al caballero Kyr du Lac, con su autoridad, le resultaría bastante fácil recibir de vuelta el carro entonces confiscado. Kira soltó una carcajada.

—Si estáis pensando, maestro de maestros, en que volveré a colgarme para vos de ese delgado intestino de pescado, disfrazada de princesa flotante, prefiero daros calabazas ahora mismo. ¡Esos tiempos ya han quedado atrás! —Jaluddin se mostró muy defraudado, pues habría deseado con toda su alma dedicarse de nuevo a esa vida de ilusionista. Pero Kira se encargó de devolverlo bruscamente de nuevo a la realidad

—. De modo que no necesitamos ese carro, cuyo contenido, por otra parte, fue saqueado hace mucho tiempo. ¡Nos bastarían dos caballos!

Después de una ardua cabalgata, el joven caballero Seyfert de Daula arribó a la fortaleza de Toron, situada a medio camino entre el lago de Genesaret y la ciudad portuaria de Tiro. Había perdido mucho tiempo tras el incidente en Naplusa, ya que primero tuvo que conseguir un caballo, pues el señor Humfried había desaparecido con el botín de dinero que se encontraba en la alforja de la silla. La *saida* Tamara lo había ayudado a salir de esa situación miserable. El recibimiento en Toron fue de una amabilidad enorme. Cuando Isabel vio la cadena de oro, colmó al joven huésped con todas las atenciones posibles. Aunque éste sólo solicitó cuidados para él y para su caballo, ya que le urgía llegar cuanto antes a Botrun, ella lo obligó a descansar esa noche en Toron antes de que continuara cabalgando en busca de su amada. A Isabel le pareció encantadora la historia sobre esa tal Melou, que había sido vendida como esclava. Un caballero así, capaz de sumergirse en una aventura por salvar del peligro a su adorada dama, correspondía del todo a su gusto. Ella misma estaba furiosa por la cobardía de su débil marido, y después de la partida de Humfried se había retirado de golpe y porrazo a Toron.

Mientras charlaban animadamente, anunciaron la llegada del señor Balián de Ibelín, su padrastro. El esposo de la reina madre María de Bizancio llegó a Toron acompañado de un pequeño séquito de jinetes armados.

—¡¿Está ella aquí?! —gritó a los guardias de la puerta.

Los hombres asintieron con gesto silencioso e indicaron a los recién llegados que llevaran sus caballos por la brida al interior de la fortaleza. Poco después Balián compareció ante su hijastra Isabel, una criatura tan extraña como obcecada que lo recibió en compañía de su padre confesor, Rafael de Sidonia, un hombre maduro de gran estatura.

—Isabel, ¿cuál pensáis que será la impresión que habrá causado el hecho de que hayáis huido del lado de vuestro marido como una niña malcriada? —dijo Ibelín, esforzándose por iniciar la conversación en un tono paternal.

A Isabel el rostro se le puso de inmediato rojo de ira, pero una mirada tímida al sacerdote que la observaba con gesto suplicante la hizo cambiar de opinión.

—¿Y cuál pensáis, padre, que ha sido la impresión que me ha causado a mí el hecho de que el esposo a mí confiado se pase a las filas de mi enemiga declarada y esté ahora al servicio de un papanatas como Guido, en lugar de defender mis intereses tal y como habéis hecho vos, mi honrado padre?

Balián se sintió completamente impotente ante esa respuesta, y ésa fue la ocasión aprovechada por el sacerdote:

—La princesa escogió con cuidado este lugar, pues en todo caso se trata de la fortaleza insignia de la casa de Toron, por tanto, es también la sede del hombre al que

ama —aclaró—; ¡de ese modo evita cualquier sospecha de haber sido desleal a su matrimonio!

Muy poco podía oponerse también a ese argumento, pero a pesar de eso Balián se dirigió una vez más a su hijastra:

—La representación de vuestros intereses, así como la imposición de los mismos en el momento oportuno está, como habéis reconocido ya amablemente, en las manos de otros hombres. ¡Vuestro esposo Humfried, y de eso también os habéis dado cuenta, no es la persona adecuada para ello!

—¡¿Entonces no me está permitido decir lo que pienso sobre su comportamiento?! —exclamó, acalorada, la princesa—. ¡En todo caso, él no debería seguir a ese rey como un perrito faldero, después de aquel otro penoso gesto de sumisión! —Isabel miró a su padrastro furiosa—. ¡Yo también podría considerar que su comportamiento es una traición!

—¡Podríais, pero no deberíais! —respondió Balián de Ibelín—. Estoy de acuerdo con vuestra madre en que fue una debilidad. Pero Humfried tiene una ventaja sobre otros muchos hombres: ¡él sabe lo que no puede hacer! ¡Y él no quiere ser rey, y ése es vuestro problema, querida Isabel, mantener a la vista ese objetivo!

La princesa rió.

—¡Por esa clara conclusión ahora podría abrazaros, querido padre! ¡Es una lástima que ya estéis casado con mi madre, pues con vos a mi lado hace mucho tiempo que sería reina!

—¡O estaríais muerta! —acotó Rafael de Sidonia—. Mientras Sibila esté viva, jamás renunciará al trono.

—¡Justamente! —dijo Ibelín, dirigiendo una mirada de agradecimiento al sacerdote—. Hasta que llegue ese momento, resulta estúpido, cuando no peligroso, mostrar o siquiera insinuar las ambiciones propias. Razón por la cual ahora regresaréis conmigo a Jerusalén y os reconciliaréis de inmediato con Humfried...

—¡Nosotros no estamos peleados! —se opuso débilmente Isabel—. ¡Yo sólo quise hacerle comprender que ya no soy esa niña pequeña a la que sólo se la puede tratar con suavidad y dulzura para que mantenga la boca cerrada obedientemente! ¡También tengo una cabeza para pensar!

—¡Y una hermosa cabeza, por cierto! —rió el señor de Ibelín, queriendo mostrar abiertamente su orgullo por su hijastra—. ¡Por eso, venid conmigo! —dijo, y a continuación se dirigió a Rafael de Sidonia—: ¡Y a vos, monseñor, no puedo dejar de deciros que la reina se ha tomado muy a mal vuestra complicidad o vuestra tolerancia en esta fuga!

—¡Como hombre de Dios y de su iglesia, sólo tengo que hacer lo que me dicte mi cristiana conciencia, y eso no podrá doblegarlo ni siquiera la reina Sibila! —declaró, e hizo una reverencia ante padre e hija—. El deber de cuidar a Isabel ha sido un verdadero placer para mí.

El monseñor Rafael de Sidonia salió del castillo de Toron antes que ellos, y bajó hasta el lago en dirección a Tiberíades. También Ibelín apremió a todos para que partieran.

Nada más dejar atrás las puertas del alcázar, se tropezaron con una caravana de jinetes armados hasta los dientes que subían hacia el castillo.

—Soy *Il Cavalier* Plivano —dijo el guía, presentándose—. ¡Soy el señor de Botrun, y estoy en camino para encontrarme con mi rey! —Aquel hombre tenía un curioso aspecto marcial, pero Sayf había escuchado con mucha atención, y a pesar del disgusto de Balián de Ibelín, se adelantó unos pasos y se dirigió directamente a aquel hombre en un tono descortés.

—¡Pues tendréis que probar mi espada, miserable, pues mantenéis a mi amada Melusina du Ferbac como vuestra esclava!

—¡Ni siquiera el presente «mantenéis» sería acertado! —lo corrigió el bondadoso caballero, que acogió con serenidad su desafío a sostener un duelo—. Mi esposa Lucía y yo hemos acogido a vuestra Melusina como a una hija —suspiró—, pero por desgracia la hemos perdido —dijo mirando con tristeza el rostro de Sayf—. ¡Llegamos a pensar incluso, buen joven —añadió con cierto tono de lamento en la voz—, que habíais sido vos quien había acudido a liberarla innecesariamente!

—¡Pues eso pretendo! —afirmó con contundencia Sayf, que ya en ese momento comenzó a sentir que la tierra se lo tragaba.

—¡Entonces ha sido raptada! —dijo el señor Balián, poniendo fin a aquella disputa que se había diluido en el aire—. En ese caso, no existe ningún motivo para que vos, caballero Seyfert de Daula, eludáis el servicio de guerra convocado por el rey y dirigido a todos los hombres del reino en edad militar. ¡Uníos, pues, al noble señor Plivano de Botrun, también a modo de disculpa por la ofensa infligida, y venid con nosotros a la gran batalla contra el sultán Saladino!

A Sayf no le quedó más remedio que aceptar aquella amonestación.

Después de partir de Jerusalén, el caballero Kyr du Lac y su maestro de armas Jaluddin habían puesto rumbo en dirección al norte. Era cierto que Kira no se sentía decidida sobre si quería regresar o no a Masyaf, pero el maestro de maestros quiso cumplir al menos su misión de trasladarla a casa, sobre todo teniendo en cuenta que se había visto obligado a renunciar a hacerlo con Sayf y al-Mansur.

Durante una breve estancia en Naplusa oyeron hablar de las cada vez más enconadas desavenencias entre el rey Guido y su antiguo regente Raimundo de Trípoli. El conde había acordado una tregua por separado con el sultán, en la cual había incluido expresamente los territorios de su mujer, la princesa de Galilea y señora de Tiberíades. Esos territorios, sin embargo, estaban bajo la jurisdicción del reino. Furioso, Guido convocó a su ejército para atacarlos. Ya estaba remontando el Jordán a la altura de la fortaleza de Belvoir, cuando el gran maestro de los hospitalarios le dio alcance y lo increpó diciéndole que era un necio y un loco. A la vista del peligro inminente que los amenazaba, provocado por su debilidad frente a

Reinaldo de Châtillon, ahora pretendía poner en su contra también a los sostenes más importantes del reino. En contra de la fuerte resistencia de Gerardo de Ridefort, el templario convenció con éxito al rey para que enviara de inmediato una delegación donde Raimundo para reconciliarse de nuevo con él. Para darle credibilidad a la misión, los dos grandes maestros debían formar parte de la misma. Gerardo de Ridefort aceptó hacerlo a regañadientes, y entonces la gran comitiva de caballeros se puso en marcha.

Kyr du Lac y Jaluddin llegaron a Beisan. Los habitantes del lugar se mantenían ocultos en sus casas, pues habían recibido un aviso del conde Raimundo en el que los alertaba sobre una gran caravana de mamelucos^[119] que atravesaría en gran número ese territorio. No tenían nada que temer, pero debían evitar cualquier enfrentamiento. En el marco de la tregua acordada con al-Afdal, uno de los hijos más jóvenes del sultán, éste había solicitado del conde la autorización para recorrer esos territorios, autorización que recibió. Raimundo oyó hablar de la delegación del rey y de inmediato envió unos emisarios para que le advirtieran sobre el peligro que corría.

El caballero Kyr du Lac y su maestro de armas acababan de dejar atrás las ruinas del castillo de La Féve y cabalgaban a mediana altura cuando fueron alcanzados por el desolado galope de un jinete solitario. El hombre sangraba por varias heridas, y su capa con la cruz roja de los templarios también estaba hecha jirones y cubierta de sangre. El jinete tampoco detuvo su tempestuoso paso, sino que les vociferó algo cuando pasó junto a ellos:

—¡Ha sucedido una desgracia espantosa! —Su grito se convirtió en un aullido—. ¡Al cielo clama esta traición! —y dicho eso, la figura pasó de largo como si todos los demonios la persiguieran.

—¿Lo habéis reconocido? —le preguntó a Jaluddin con desánimo el caballero Kyr du Lac—. ¡Era Gernot, el templario! ¡Uno de los gemelos de Montmor!

—Una mala señal —le respondió el maestro de armas justo en el momento en que divisaron a los mamelucos que atravesaban el valle situado más abajo. ¡Cabalgaban en una formación muy ordenada, pero en sus lanzas levantadas podían verse las cabezas de varios caballeros templarios!

EL DIABLO EN EL MONTE TABOR

A UNA altura media del monte Tabor, en el cual habían buscado refugio, Jaluddin y Kyr du Lac se tropezaron con las ruinas calcinadas del convento de las monjas griegas, el mismo que Saladino había hecho incendiar durante su última campaña bélica. Así pues, continuaron subiendo por el sendero hasta la cima de la montaña, desde cuyo empinado acantilado de rocas se levantaban los muros del monasterio latino que había resistido todos los ataques. Jaluddin y su joven acompañante encontraron en el monasterio un estado de claro nerviosismo, aun cuando el avance de los mamelucos se reveló enseguida como una disciplinada caravana de paso que había dejado ya de lado la montaña de Tabor. Por lo demás, la acogida por parte de los hermanos de San Lázaro fue cordial, aunque desconcertada, ya que en los tiempos que corrían eran muy pocos los visitantes que se perdían por allí y subían hasta su monasterio. Allí, en efecto, el maestro de maestros era un desconocido, pero eso le importaba poco a Jaluddin. En muy poco tiempo el maestro, que se presentó como un «cronista», había convencido al prior para que les permitiera a él y a su acompañante, el caballero Kyr du Lac, pasar un tiempo allí, con el propósito de escribir su crónica sobre la batalla final entre la cruz de Cristo y la media luna otomana, es decir, ¡sobre la última fase antes del Apocalipsis y el Juicio Final! Y es que la batalla final era inminente, ¡y se celebraría en breve en ese lugar!

Esos argumentos convencieron al prior, y éste le prometió a Jaluddin presentarle al *visitor*^[120] de la orden, que se había quedado colgado allí durante su camino a Jerusalén: se trataba del *frater superior*^[121] Titus de la Porta. En ese momento, el hermano, desafiando todos los riesgos, había corrido en compañía de otros hermanos hasta la fortaleza de La Féve con la intención de encontrar algunos supervivientes, aliviarles sus heridas y, en caso de necesidad, otorgarles también el sacramento de la Iglesia. Luego los dos recién llegados también se enteraron por boca del prior, un hombre con una imperiosa necesidad de comunicarse, de que en ese lugar había tenido lugar una masacre tremenda, pues uno de los pocos caballeros hospitalarios supervivientes había conseguido abrirse paso hasta la montaña de Tabor.

—Lo encontré completamente perturbado entre las ruinas del convento de las monjas griegas, a las que Saladino ordenó primero vejar y luego masacrar, llevándose sólo a las más jóvenes consigo...

—¿A quién? ¿Al hospitalario? —quiso saber Kyr du Lac de aquel prior que tanto divagaba.

—Sí, yo lo encontré. Se había escondido como un animal herido de muerte, ¡y estaba cubierto de heridas! A punto estuvo de morir de miedo cuando nos vio. Nos dijo balbuceando que un hermano gemelo suyo servía en las filas de templarios, y no sabía si aún estaría vivo. Yo pude insuflarle pocas esperanzas...

—¡Ah! —suspiró Jaluddin—. ¡Los gemelos son a menudo como un trébol de cuatro hojas! ¡Se dan suerte mutuamente!

—¿Y dónde quedó ese último héroe de los caballeros de San Juan? —quiso saber Kyr du Lac, en tono mordaz.

—¡Su nombre es Valerian, y tenía intenciones de regresar con su mamáita! —se burló el prior.

—¿Y quién puede tomárselo a mal? —dijo el maestro Jaluddin—. ¡Tampoco nosotros queremos robarle más tiempo a un hombre tan importante de la Iglesia, y añadiremos sin falta vuestro valioso relato a nuestra crónica!

—¡Eso nos honra, maestro! —respondió el hombre de San Lázaro, orgulloso—. Porque, ¿cuándo se ha visto que un *homo litterarius*^[122] tome parte en la labor sacrificada de un pequeño monje? —Sin embargo, para su decepción, el maestro Jaluddin y el caballero Kyr du Lac ya no continuaron la interesante charla con él, sino que se retiraron a una clausura rigurosa.

Dos días después regresó el *visitor* con las manos vacías. El prior lo había dispuesto todo con el propósito de recibir por lo menos a algunos heridos y prestarles los cuidados necesarios, tal y como le confió al caballero Kyr du Lac, que en ese momento estaba a su lado. Jaluddin se hallaba encerrado en su celda de clausura trasladando sus conocimientos al pergamino. Kyr du Lac fue presentado al superior Titus de la Porta como un *adlatus*^[123] del Maestro Jaludinus. El visitador papal era un hombre pálido que llamaba poco la atención, era de mediana edad y estaba lleno de pecas, y su escaso cabello era de un llameante color cobrizo. Al amargado *visitor* no le pasó por alto la impresión que causaba el atractivo cuerpo de Kyr du Lac, y enseguida le cogió confianza al joven. Fue así como Kyr du Lac supo por Titus, sin necesidad de preguntarle, todo lo que había sucedido en La Féve:

—La advertencia del conde Raimundo había llegado a tiempo a la delegación. Pero cuando los caballeros, tanto los templarios como los hospitalarios, atravesaban juntos la cima de las montañas situadas detrás de Nazaret, vieron abajo, en el valle, a los mamelucos que cabalgaban en la dirección de la corriente junto a las fuentes de Cresson. A la vista de aquella cantidad de hombres infinitamente superior, el gran maestre de los hospitalarios aconsejó la retirada, pero el gran maestre del Temple se enfureció.

»—¡Apreciáis demasiado vuestra cabeza como para perderla! —dijo con sarcasmo.

»Entonces, al hospitalario se le hincharon las venas del cuello.

»—¡Venderé cara mi vida! —le gritó al templario—. ¡Pero vos preservaréis la vuestra poniendo pies en polvorosa como un cobarde! —Diciendo esto, clavó las espuelas a su caballo y detrás de él partieron todos los caballeros de su orden, pero

también la totalidad de los templarios, y todos irrumpieron en el valle en medio de las filas de mamelucos.

Durante el relato de los acontecimientos, la voz del *visitor* fue haciéndose cada vez más estridente.

—¡Fue más una carnicería que una batalla! El gran maestro de los caballeros hospitalarios fue uno de los últimos en ser víctima de aquella superioridad numérica mientras repartía con furia golpes y estocadas a diestro y siniestro. Casi todos los caballeros templarios, así como los pocos hospitalarios que acompañaban a su maestro, fueron asesinados... Sólo tres hombres pudieron salvar sus vidas. —El *visitor* tenía una forma de narrar los acontecimientos que sus oyentes creían que él mismo había estado presente en aquel tumulto—. Se trataba de Gerardo de Ridefort y de otro templario que quedó gravemente herido y que, según aseguró el propio gran maestro, logró escapar de allí muy perturbado, así como un hospitalario a través del cual supe la secuencia exacta de esos terribles sucesos... —así terminó su relato Titus de la Porta, una narración que todavía lo hacía temblar de indignación—. ¡Sin la pérfida traición de Raimundo de Trípoli jamás habría ocurrido una fechoría de esta magnitud! —Su sonora voz amenazó un momento con quebrarse.

—Sí —dijo fríamente el caballero Kyr du Lac—. ¡Eso sucede siempre! ¡Cuando los caballeros cristianos creen que es hora de descargar su rabia contra los musulmanes, todo se convierte en un crimen horrendo!

A Titus de la Porta le irritó ese comentario, pero el hermoso caballero no dejó entrever con claridad cuál había sido exactamente su intención al decirlo, y entonces el *visitor* se mostró precavido y cambió de tema.

—Como cristiano, creí que era mi deber bajar desde aquí en compañía de algunos de mis hermanos —dijo haciendo alarde de su conmiseración—; nuestro propósito era poner nuestra compasiva mano sobre la frente enfebrecida de los heridos y los moribundos y sostener la cabeza de los muertos. ¡Pero no encontramos ni uno solo! —Hizo una pausa muy hábil para impresionar al joven caballero—. ¡Les habían cortado la cabeza a todos y se las habían llevado como trofeos!

—¿Sin cabezas? ¡Entonces hay pocas perspectivas de alcanzar el paraíso! —dijo la voz de Jaluddin con seco pesar. El maestro de maestros había entrado sin llamar la atención, proveniente de su clausura de cronista.

La expresión le gustó aún menos al *visitor*.

—¡Bienaventurados sean! —exclamó con afán de iniciar una polémica—. ¡Pues a ellos pertenece el reino de los cielos!

El maestro Jaluddin se había quedado muy atento escuchando la voz de Titus de la Porta. No cabía ninguna duda: era la voz inconfundible del hombre que había conocido en los sótanos de la fortaleza de Kerak asumiendo el papel de *magister venerabilis*. Daba igual que el prior hubiese anunciado al *visitor* como alguien recién llegado a *terra sancta*; ¡o bien los hermanos de la Orden de San Lázaro estaban confabulados con aquel priorato, o bien no sabían nada al respecto!

—¡Esa promesa de alcanzar el paraíso a cambio de una voluntaria muerte como mártir me resulta bastante conocida, venerable visitador! —Jaluddin buscaba la provocación, y no lo hacía mediante el tono, sino con la selección de las palabras—. ¿Es posible que os haya conocido antes, quizá entre los invitados a la famosa boda celebrada en Kerak?

—¡No conozco ese castillo! —respondió Titus, rechazando aquella insinuación, pero de inmediato se corrigió—. ¿Os referís tal vez al matrimonio de la joven princesa Isabel con el hijastro de Reinaldo de Chátillon, un hombre poco apropiado para establecer un matrimonio cristiano, en cuyo castillo? ¡Ah, sí, es cierto, el sitio se llamaba Kerak!

—¡¿Vos no estabais allí en compañía de Gerardo de Ridefort, quien entretanto se ha convertido, con la ayuda de Dios, en gran maestre de la Orden del Temple?! —Mientras, el maestro ya había recuperado el dominio de sí.

—Puede que sí y puede que no... ¡Eran tantos los huéspedes! —se defendió el visitador con gesto de rechazo, para de inmediato darle un giro al asunto—. ¿Y cómo es posible, estimado maestro Jaludinus, que yo no os haya visto allí? ¿O acaso no estabais invitado?

Jaluddin se dio cuenta del peligro.

—Es fácil pasar por alto la presencia de un modesto cronista entre tantas ilustres personalidades como vos, hermano Titus.

—*Frater superior!* —rectificó Kyr du Lac, sonriente, sin sospechar absolutamente nada sobre el cruce de espadas entre los dos hombres. Jaluddin ya se disponía a añadir a sus palabras un «¡Venerable!», en un último arranque de osadía, cuando de nuevo lo interrumpió el joven caballero—: Pero al menos tenéis que conocer al templario —le dijo directamente a Titus—. ¿O acaso no habéis hablado hace un momento de las informaciones que os confió el gran maestre después de haber sido el único en escapar a la carnicería?

El visitador comenzaba a enfadarse, pues no estaba acostumbrado a responder a ese tipo de preguntas inquisitoriales, así que pasó al ataque:

—¿Conocéis quizá vos al visir de los asesinos del Viejo de la Montaña, un tal Husain ad-Din Marzuban?

—¿Al Enviado? ¡Pues claro que lo conocemos! —admitió Jaluddin con placer. Le hubiese gustado señalar a Kyr du Lac y decirle al visitador: «¡Permitidme presentaros a su hija!». Pero eso habría sido demasiado para Titus, por eso sonrió para sus adentros—. ¿Por qué? ¿Queréis conocerlo? —preguntó el maestro en tono servicial—. En ese caso, podría ayudaros —se ofreció amablemente—. ¡Para mí no constituye ningún problema!

—¡No, no! —rechazó Titus—. ¡No es necesario!

—Si podemos hacer algo por vos... —comenzó a decir Kyr du Lac, comprendiendo por fin las reglas del juego.

—¡No deseo reteneros más, estimado maestro Jaludinus! —se apresuró a decir el visitador, buscando una salida honorable para su persona—. ¡Espero en otra ocasión poder profundizar en un mejor conocimiento de vos y de vuestro entrañable *adlatus*!

Y salió presuroso de allí como una sulfurosa nube de tormenta.

—¡Debe de haberse dado cuenta de que no somos auténticos cristianos! —rió Kyr du Lac—. Probablemente nos ha tomado por perversos herejes...

—Pero en ningún momento nos tomó por gente del Viejo de la Montaña —lo secundó el maestro de maestros—. A partir de ahora, querido Kyr, será tarea vuestra servir todos los días a este hombre nuevas versiones sobre mí, sobre este oscuro *magister Jaludinus*, y cocinárselas a fuego lento, pues deseo averiguar quién es realmente este *frater superior* Titus de la Porta y qué tipo de pacto tiene con el diablo.

Tarde en la noche, el Viejo de la Montaña recibió al vigilante de su harén, el eunuco An-Nasir, en la plataforma superior de la Torre de los Ojos del Cielo. El *sheik* trabajaba con el único instrumento que, por su tamaño, estaba colocado a cielo abierto, una armazón de madera artísticamente labrada de la que colgaba un tubo de hojalata finamente cincelado, cubierto de cifras y símbolos mágicos, y que por su aspecto parecía una larga tuba de metal apuntando al cielo. Corría el rumor de que en el medio de ese tubo cónico se encontraba un cristal muy pulido de un tamaño muy singular y de absoluta pureza. Pero nadie lo sabía con exactitud, ya que Sinan manejaba todo eso con un gran secretismo y nadie excepto él estaba autorizado a mirar a través del tubo.

—¿Cuál es la disposición de las estrellas para con nosotros, noble señor y maestro? —con estas palabras el eunuco, que había entrado sin hacer ruido, se atrevió a anunciar su llegada.

El *sheik* apartó el paño negro que le cubría la cabeza y retiró lentamente el ojo de la abertura. Era una noche clara y estrellada, y miles de millones de chispas luminosas relucían desde el firmamento.

—No está nada mal para Masyaf —dijo el *sheik* en voz baja—. Pero al reino de Jerusalén lo amenazan peligros insuperables.

—El conde Raimundo de Trípoli —dijo el eunuco con cautela—, al que todos, empezando por los templarios, insultan tildándolo de infame traidor, se hace graves reproches a causa de esa desgracia.

—¡Puede que se sienta inocente o que se muera de vergüenza, puede hacer lo que quiera, pero jamás podrá quitarse de encima esa ignominia! —opinó el *sheik*, impasible—. Pero eso no cambia nada en la constelación de la *maximae fortunae adversae*^[124] que sobrevendrá inexorablemente sobre la *terra sancta*, como el trayecto de los planetas en sus órbitas. —Sinan dio unos golpecitos con el dedo en el pecho del eunuco, y cuando éste abrió la boca, el *sheik* le inspeccionó los dientes que

le quedaban con la meticulosidad de un *medicus*—. El incidente mencionado por ti, mi querido, viejo y gordo servidor, no es más que un mal menor, me parece, extraíble como una muela que supura.

—¡Mientras uno mismo no sea la muela! —dijo An-Nasir, intentando bromear también, pero Sinan no le siguió la corriente.

—¡Estimado amigo, a pesar de todos los inconvenientes que te causa el tiempo, creo que no deberías descuidar el paraíso!

—¡¿Cómo?! —exclamó el eunuco, asustado—. ¿Les ha sucedido algo a las huríes?

—¡No exactamente! —respondió sonriente el *sheik*—. ¡El cannabis! ¡Crece como la mala hierba! —El tono de Sinan no era de queja, pero el mero hecho de que lo mencionara le demostraba a An-Nasir que era necesario poner remedio a esa situación. No obstante, rehusó aceptarlo.

—Las huríes cuidan esa aromática planta con la mayor entrega...

—¡Pero nunca la podan, la dejan crecer de un modo silvestre en lugar de arrancar solamente los brotes más fuertes! —El *sheik* era un entendido en el cultivo del hachís, pero el eunuco no. Sentía, además, que eso iba más allá de sus fuerzas.

—¿Y qué debo decir a las chicas para que cumplan con vuestro deseo? ¿Queréis que cojan las plantas sobrantes y las...?

—¡Sencillamente que las arranquen! —lo interrumpió riendo el *sheik*—. ¡No tenemos que abastecer a ejércitos de miles de hombres con esa hierba! ¡A menos que consigas que los templarios acepten todos los años unos centenares de sacos como tributo!

El *kabir at-Tawashi* ya no sabía a esas alturas si aquello era una broma o si el *hujja* estaba valorando realmente dar semejante paso. Fuera como fuese, tuvo a bien cambiar de tema una vez más.

—¡El conde Raimundo —se apresuró a decir—, le hizo saber al rey que rompería su incómodo acuerdo con el sultán, y Guido lo perdonó de inmediato!

—¡Sólo que el rey no puede hablar en nombre de los templarios; el gran maestro Gerardo de Ridefort seguirá siendo un implacable enemigo del conde! —El *sheik* le puso al eunuco su pesada mano sobre el hombro—. ¡Pero nada de eso le interesa a Saladino, o sólo le interesa en la medida en que tales querellas debiliten aún más a los cristianos! —Llevó al eunuco hasta la bajada de la escalera que daba acceso a la plataforma y conducía al interior de la Torre de los Ojos del Cielo—. En fin, querido, pon unas hoces en manos de tus huríes... ¡Deben ponerse a trabajar de inmediato!

—¿Y luego lo quemamos todo? —preguntó el *kabir at-Tawashi*, por si acaso.

—*Insh'allah!* —exclamó el *sheik*, ahora menos divertido—. ¿Qué pretendes? ¿Qué caigamos todos en un delirio a causa del humo? ¿Qué nos asfixiemos? —Y para que el eunuco comprendiera por fin que no se trataba de una broma, añadió—: ¡Están muy verdes todavía! ¡Deberéis arrojarla desde los muros!

La calva del eunuco se movió en gesto pensativo. Con un osado salto de ideas se salvó de la situación volviendo a Saladino.

—¿No veis entonces ninguna otra oportunidad de evitar el enfrentamiento?

El *hujja* miró a su *kabir at-Tawashi* con severidad.

—¡El sultán no querrá reconciliación alguna, aun cuando alguno de los barones le llevase en bandeja de oro la cabeza cortada de Chátillon!

An-Nasir se introdujo en el hueco de la escalera suspirando y con gesto pensativo.

—Quizá tengáis razón, mi noble señor y maestro. Tengo algunos informes que indican que Saladino está reuniendo ejércitos enteros provenientes de las provincias más remotas de su reino...

—Pero se tomará su tiempo, pues para él esta vez también la cuestión es de todo o nada... ¡Sin embargo, a ti, mi buen anciano, te queda por delante la limpieza total del paraíso!

En el monte Tabor, en el monasterio de aquellos monjes que habían dedicado sus vidas para servir al cuerpo achacoso del prójimo en nombre de san Lázaro, tanto Jaluddin como su joven acompañante Kyr du Lac conseguían liberarse cada vez con menos frecuencia de la importunidad del visitador Titus de la Porta. Cada vez que el viejo cabronazo con su barba roja de chivo los veía a los dos, se esforzaba de inmediato por atraerlos a una conversación.

—Gracias a la tregua rota de tan múltiples maneras, ahora los cristianos tienen la guerra dentro de su propia casa. —Con esta afirmación Jaluddin intentó en vano aclarar su distancia respecto de los inminentes acontecimientos ante el hombre en el que había creído reconocer al *magister venerabilis* del misterioso priorato. Su éxito, sin embargo, fue escaso.

—¡Mi estimado maestro Jaludinus, habláis como si no pudierais permitirnos adoptar una posición clara en tales cuestiones en favor de la causa de Nuestro Señor Jesucristo! —le espetó el viejo zorro a modo de crítica.

Kyr du Lac acudió presuroso en ayuda de su maestro, sacando a relucir la misma objetividad.

—¡La cuestión es saber únicamente cuándo esa enemistad, abundante en los dos bandos, se pondrá de manifiesto en hechos concretos cuando llegue la hora de librar la batalla decisiva...!

El visitador comprendió que no podría clavar al singular cronista y a su bello *adlatus*, por lo menos no podría fijarlos a la cruz.

—El territorio que ha tenido que servir a menudo para tales confrontaciones es sin duda el triángulo situado tierra adentro entre Acre, el lago de Genesaret y los pantanos de Goliath en el sur. —Esas palabras dejaban a Titus por lo menos en posición de demostrar sus conocimientos sobre el tema. El maestro Jaluddin también estuvo de acuerdo con él.

—Por lo menos, los francos lo preferirán, ya que ofrece la protección de los flancos del lado del mar, gracias a los puertos de Acre, Haifa y Cesárea, así como un número suficiente de castillos en los alrededores que están en posesión suya.

—En efecto, pues todos los días aumentan los rumores de que Saladino está trasladando su ejército de Damasco a Hauran y a Bosra, mientras que el rey Guido convoca a sus vasallos de la corona y a los confederados del norte para que se reúnan en torno a él en Acre —confirmó Kyr du Lac.

—Ambas cosas hablan en favor de mi teoría —anunció con vanidad el visitador—, y los monjes de nuestra caritativa orden aquí en Tabor han confirmado mis suposiciones.

—Como la comunidad de monjes siempre está de viaje por el país —comentó irónicamente Kyr du Lac—, y aunque ahora muchos retornan a la probada protección detrás de estos muros, vos, como visitador, os enteráis de todo con bastante rapidez aquí arriba, en la pacífica seguridad de la montaña. —El maestro de maestros sonrió con sarcasmo y entre dientes al oír el tono atrevido de su compañero—. ¡Y lo hacéis justo como si vos mismo hubieseis vendido caro vuestro pellejo!

Titus lo observó pensativo.

—¡A veces eso es, en efecto, mucho más sano que andar curioseando o metiendo las narices en todas partes! —dijo con su voz metálica, pero fue Jaluddin el que se sintió aludido esta vez.

ORGULLO EN LA DESVENTURA

LOS CRISTIANOS todavía estaban deliberando en Acre. El conde Raimundo de Trípoli advertía que era necesario esperar, pues en esa época calurosa del año cualquier ejército extranjero en la tierra reseca se encontraba en clara desventaja. La mayoría de los barones reunidos compartían su opinión, pero Reinaldo de Chátillon y Gerardo de Ridefort, el gran maestro de los templarios, lo llamaron cobarde y lo acusaron de haber sido ¡comprado por Saladino! Con sumo esfuerzo, el señor Balián de Ibelín y el rey pudieron evitar que esos eternos gallos de pelea no se arrojaran mutuamente al cuello. El rey Guido, que reclamaba el mando supremo, aunque hubiera otros hombres más experimentados en el reino, como el senescal, el condestable o el propio señor Balián de Ibelín, se plegó a los deseos del bando que siempre había destacado por ser partidario de la guerra. Todo eso se vio obligado a constatar con extrañeza al-Mansur, que ahora actuaba otra vez bajo el nombre de Víctor du Ferbac al lado de Chátillon. Aunque mantenía la palabra dada a Kyr du Lac, cada día lamentaba más tener que servir a aquel belicoso príncipe, tan amante de la guerra. No era tanto el gusto que sentía Reinaldo por tratarlo a menudo como a uno de sus guardaespaldas, sino porque a Víctor le enfadaban las absurdas medidas que Reinaldo adoptaba en confabulación con su cómplice, el gran maestro de los templarios. Tampoco las cosas se le hacían más fáciles por el hecho de que tuviera que soportar a su hermano Gernot, que servía como ayudante de Gerardo de Ridefort. Los hermanos no intercambiaban ni una sola palabra. Actuaban como si jamás se hubieran visto en la vida. Eso no cambió en lo absoluto cuando el maestro de la Orden del Temple le preguntó a Chátillon si sabía que tenía a su lado a un asesino al acecho. En realidad, Reinaldo había reaccionado bien.

—¡No hay mejor guardaespaldas que alguien que espera alcanzar el paraíso tras su muerte!

Así las cosas el ejército se puso en marcha rumbo a Seforia.

Mientras tanto Saladino avanzaba a toda prisa por la orilla del Jarmak en dirección al lago de Genesaret. Ya en Habis Jaldak colocó a sus ejércitos en formación de batalla: él en persona comandaba las tropas del centro y su sobrino Taki dirigía el ala derecha; así avanzó hasta el extremo meridional del lago, pero sin llegar a cruzar el Jordán.

Los monjes de San Lázaro y sus huéspedes pudieron observar la marcha de todos los ejércitos del reino hacia Seforia; al menos pudieron ver la gran nube de polvo que dejaron a su paso, visible desde el monasterio situado en el monte Tabor, que destacaba por encima de la llanura. El caballero Kyr du Lac, que todavía mantenía su identidad como acompañante de Jaluddin —¡los monjes no habrían permitido jamás

la estancia de una mujer en el monasterio!—, apremió a su maestro para que bajaran hasta allí.

—¡Veamos este acontecimiento de cerca! —fueron sus palabras, con lo cual acertó a dar en el punto débil del maestro de maestros, que arrojó con placer el molesto manto del cronista Jaludinus para, por fin, entregarse de nuevo a la aventura. Sin detenerse mucho en dar largas explicaciones al visitador, consumó su transformación en Jaluddin, el maestro de armas, y lo hizo con tal vehemencia y rapidez que no le dio tiempo al caballero Kyr du Lac para rogarle de nuevo que partieran. De inmediato pusieron rumbo a Seforia.

El sultán levantó su campamento, cruzó el Jordán a la altura de Sennabra y volvió a establecerse con sus principales fuerzas a cinco millas más allá del lago, en Kafr Sebt. Al mismo tiempo, envió a Taki con sus tropas con la orden de atacar Tiberíades. La princesa se enteró a tiempo del ataque y le pidió a su primo lejano, el sacerdote Rafael de Sidonia, que en ese momento era su huésped, que se dirigiera hacia el campamento de los ejércitos del reino e informara de todo a su marido, el conde Raimundo. En ese mismo momento, los francos habían llegado a Seforia y se instalaban en los jardines con sus tiendas.

—¡Un lugar excelente para establecer un campamento de guerra, con abundante agua y una verde tierra de pasto para los caballos! —manifestó al caballero Seyfert de Daula— *Il Cavalier* Plivano, siempre pensando en su comodidad. Al bonachón señor de Botrun no le importaba lo más mínimo saber que tenía a su lado a un auténtico fedayín de los del Viejo de la Montaña; todo lo contrario.

—¡Os pido que antes de caer en manos del cruel enemigo, saquéis vuestra daga y pongáis un rápido fin a mi vida! —le rogó a Seyfert.

La alarmante noticia llevada por el recién llegado Rafael de Sidonia sumió el campamento de los cristianos en un estado de inquietud e inseguridad sobre la manera de proceder. El conde Raimundo le aconsejó al rey que se quedara en Seforia, lo mismo que se había hecho en los pantanos de Goliath. ¡Saladino no arriesgaría un ataque, el territorio era favorable a ellos en todos los sentidos, y esta vez el ejército del rey era en esencia mucho más fuerte!

—¡En esas circunstancias, el sultán jamás lanzaría su ejército a una batalla!

La gran mayoría de los barones aprobaron las explicaciones de Raimundo. Pero precisamente en ese instante llegó todo agitado un mensajero de la reina de Galilea:

—¡Las tropas de Saladino habían irrumpido en la ciudad de Tiberíades, hasta ese momento ella había conseguido mantener y defender la ciudadela, pero debido a su pequeña guarnición no podría resistir mucho tiempo más el sitio que ahora se avecinaba!

El destino de la valiente princesa conmovió el corazón de los caballeros. Sus hijos, que formaban parte del ejército de su padre, le pidieron entre lágrimas que, por

Dios, salvara a la madre que tan desesperadamente resistía allí abajo, junto al lago. Muchos de los barones apoyaron sus ruegos. Entonces el conde Raimundo se puso de pie.

—¡Sería un disparate renunciar a nuestra posición actual y, en su lugar, emprender una peligrosa marcha con este calor a través de esa árida región montañosa! —dijo, y cuando vio que eran los sentimientos y no la razón los que comenzaban a preponderar, añadió con palabras claras y agrias—: ¡Tiberíades es mi ciudad, y su defensora, la princesa de Galilea, es mi esposa! ¡Pero prefiero perder Tiberíades con todo lo que alberga en lugar de ver sucumbir el reino! —Sus sinceras palabras convencieron incluso al rey. Hacia la medianoche se separaron, decididos a no moverse de Seforia.

Después de que los barones se hubieron retirado a sus alojamientos, Gerardo de Ridefort se deslizó hasta la tienda de Guido. Sólo se había llevado consigo a Gernot, al que hizo esperar frente a la tienda del rey para que nadie interrumpiera aquella conversación.

—¿Pretendéis confiar acaso en un traidor cómo Raimundo? —le preguntó a Guido.

El rey no quiso aceptar dicha insinuación.

—Hemos perdonado a Raimundo de Trípoli y nos hemos reconciliado con él. —El rey Guido, en su precaria situación, se esforzaba por emplear el *pluralis maiestatis*^[125] en contra de los propios templarios—. ¡De lo contrario, el conde no estaría aquí en este ejército con todos sus caballeros, como vos y como yo!

El gran maestro no cedió.

—Ya no se trata de que vos o yo renunciemos a algo, pero ¿no os parece ignominioso que dejemos en manos del enemigo una ciudad tan importante situada a un tiro de piedra? —Guido vaciló y el templario aprovechó la ocasión para montársele encima—: ¡Os lo digo: nosotros, los Caballeros del Templo de Jerusalén, preferimos abandonar la orden a dejar pasar la oportunidad única de vengarnos de los incrédulos! ¡Al infierno con ellos!

Guido no estaba a la altura del gran maestro, y cuando el templario abandonó la tienda del rey, había conseguido su objetivo. En ese mismo momento, Guido envió a sus heraldos a que recorrieran el campamento en medio de la noche: «¡Partimos cuando salga el sol!», era el mensaje.

El maestro de maestros y Kyr du Lac no habían cabalgado todo el tiempo; habían pernoctado en Kana'a porque Jaluddin tenía cada vez menos prisa por aproximarse al ejército. La gente de Kana'a estaba muy inquieta porque su aldea se encontraba situada justamente entre los dos frentes. Fue entonces cuando el maestro de armas cobró conciencia de que cuanto más avanzaran, con el ejército del sultán a las espaldas, irían aislándose cada vez más del salvador monte Tabor. Sin embargo, a Kyr

du Lac nada podía detenerlo. Antes de que rompiera el día, Kira ya estaba apremiando para que continuaran la marcha, y cuando aún no había divisado la ciudad de Seforia, en la depresión del valle volvieron a alzarse las nubes de polvo al paso del ejército cristiano. Se dirigía al lago, hacia la ciudad de Tiberíades, sólo un poco más al norte de allí. Pero entonces Jaluddin ya no se mostró de acuerdo en seguir exponiéndose a una amenaza cada vez mayor sólo para satisfacer la curiosidad de su acompañante.

Con rudeza, le comunicó al joven caballero:

—¡Kyr du Lac, daré media vuelta ahora!

—Pero ¿¿por qué?! —dijo Kira, indignada—. ¡Si pronto lo Habremos conseguido!

—Kyr —respondió Jaluddin, haciendo un esfuerzo por ganarse su confianza—, ¡si se produce la batalla, los enfrentamientos se difunden hacia todas partes debido a la huida y las persecuciones, y de repente podemos vemos en medio de ella!

Kira miró al maestro con curiosidad, tal vez asombrada de que no pensara como ella. De inmediato, le hizo saber al maestro cuál era su estado de ánimo.

—¡Pues es justo ahí donde quiero estar! —exclamó de un modo enfático—. ¡A su lado! —y diciéndolo, hizo girar su caballo y galopó a campo traviesa siguiendo la nube de polvo.

LOS CUERNOS DE HATTIN

DESDE por la mañana no corría ninguna brisa en aquel calor temprano cuando el ejército de los cristianos dejó atrás los verdes jardines de Seforia para continuar su marcha a través de la desolada dorsal montañosa en la que no se veía ni un solo árbol. No pasó mucho tiempo hasta que los hombres comenzaron a padecer sed, y los caballos avanzaron a duras penas, en un tormento, sobre todo teniendo en cuenta que los francotiradores enemigos no dejaban ni un instante de lanzar auténticas granizadas de flechas sobre las tropas que pasaban.

—¡Por Cristo Nuestro Señor! ¿Qué le ha pasado al rey para dejarse arrastrar por esos dementes de los templarios a toda esta mierda? —se quejaba *Il Cavalier* Plivano; pero acto seguido él mismo se respondió—: También Chátillon tendrá parte de culpa en todo esto.

—Tal vez el señor Reinaldo, de repente, habrá querido acabar su vida siendo un mártir cristiano —añadió Sayf, arrancando de su escudo una flecha que acababa de clavarse en él—. ¡Pero nunca se termina de aprender!

Por la tarde, el ejército cristiano alcanzó la llanura situada encima de la aldea de Hattin. Todavía una cumbre rocosa les impedía la vista hacia abajo, en dirección al lago. Esa roca, que mostraba en el centro una especie de silla de montar y luego caía en dirección a la aldea en vertical, era conocida en el lenguaje popular como los «Cuernos de Hattin^[126]». Fueron precisamente los templarios los que le hicieron saber al rey que ese día no se veían en condiciones de continuar la marcha. Algunos barones, como por ejemplo, Balián de Ibelín, que comandaba la retaguardia, apremiaron a Guido para que no se dejara llevar por esa proposición y continuara la marcha en línea recta hacia el lago; ¡aun cuando se tropezaran con alguna resistencia! Sólo de ese modo podía garantizarse a los hombres y a las bestias lo que ahora —y sobre todo mañana— necesitarían con tanta urgencia: ¡agua!

—¡Agua! —gimió al-Mansur, pero sólo obtuvo a cambio una mirada de desdén de Reinaldo de Chátillon.

—¡En el paraíso que os espera, caballero Víctor du Ferbac, tendréis suficiente agua!

Sin embargo el rey, que también estaba exhausto, cedió a los requerimientos de Gerardo de Ridefort y ordenó levantar allí el campamento para pasar la noche. Rafael de Sidonia, el sacerdote, fue testigo de esa irreflexiva decisión. Su hermano Reinhold se sintió tan furioso por la misma que amenazó con negarse a seguir al rey. Luego exhortó a su hermano a que se le uniera. Pero fue precisamente esa exhortación la que llevó a Rafael a tomar la decisión de quedarse junto al rey y de prestarle asistencia espiritual sucediera lo que sucediese.

Cuando el conde Raimundo, que en su condición de gobernante tenía el privilegio de encabezar la vanguardia, se enteró de esa fatídica decisión, salió disparado hacia la

retaguardia y apremió a Guido para que retirara la orden de nuevo; de lo contrario, hubieran perdido desde ese día la batalla que habría de librarse al día siguiente. Allí, en aquella posición, sin posibilidad alguna de escapatoria, estaban a merced de la ruina. Pero el rey no lo oyó.

—El conde tiene razón —dijo al-Mansur, adoptando cierto tono de queja al dirigirse a su protegido, el señor Reinaldo—. ¡Estamos perdidos si nos quedamos! —Al decir esto, sin embargo, provocó su ira.

—¡Si estáis pegado a mí sólo para lamentaros, podéis ir al infierno mientras todavía haya tiempo! —lo exhortó de un modo grosero—. ¡De lo contrario, volved a donde la dama que me habéis endilgado!

Al-Mansur estaba furioso de ver tanta terquedad.

—¡No penséis que os libraréis de mí tan fácilmente! ¡Nosotros, los fedayines, podemos soportar la sed, aunque en muy pocos casos soportamos la maldad! ¡Pero también sabemos morir más dignamente que por una innecesaria escasez de agua!

Al sacerdote Rafael de Sidonia no le quedó más remedio que poner en manos del Señor el destino de aquel hombre débil. Estuvo orando toda la noche junto al rey. Luego se despojó de sus hábitos de sacerdote cristiano y se puso la armadura.

Saladino, que estaba abajo, en el verde valle junto al lago, estalló de júbilo cuando sus espías le informaron sobre la decisión tácticamente absurda de los cristianos. ¡Había conseguido la mitad de la victoria! ¡Por fin había llegado la oportunidad por la que tanto tiempo había tenido que esperar!

El ejército cristiano pasó una noche terrible; ninguno de los que partieron en secreto en busca de agua regresó. ¡Estaban rodeados!

—¡Si todavía queréis salvar vuestro pellejo, Víctor du Ferbac, y transmitir a la dama un último saludo, entonces es hora de que os marchéis! —gruñó Reinaldo de Chátillon a su guardaespaldas—. ¡Cerca de mí tendréis pocas oportunidades de sobrevivir!

—¡Mi cometido es protegeros y procurar que no sufráis una muerte violenta! —Al-Mansur podía ser por lo menos tan terco como su señor.

Pero Chátillon insistió:

—¡Pero no podéis ni debéis impedirme que yo busque y encuentre esa muerte!

Para minar aún más la moral y las fuerzas de los francos, los soldados del sultán prendieron fuego a todos los matorrales secos que había en los alrededores, de modo que la fuerte humareda y el calor desatado empeoraron aún más la situación de los cristianos. Protegidos por la oscuridad y las columnas de humo, Saladino hizo que una parte de sus tropas avanzara durante la noche y se aproximara al enemigo, mientras que abajo, en el valle, todavía se oía la música árabe y los cantos

provenientes de su campamento, un sonido que en parte arrullaba a los cristianos, pero en parte también los enfurecía, ya que ni siquiera tenían la oportunidad de pegar ojo.

El ataque de los musulmanes comenzó al amanecer, de un modo ordenado y disciplinado, con una granizada de proyectiles sobre las tiendas de los cristianos, justo a la hora en que ellos caían rendidos de cansancio con los ojos hinchados. Los hombres de la infantería sólo tenían una cosa en mente: ¡agua! Las masas desenfrenadas de hombres rodaron por la cuesta con la intención de romper el cerco y llegar hasta el lago, que les hacía guiños desde abajo como una promesa. Corrían, entraban dando tumbos en las trampas que los musulmanes mantenían abiertas en algunos puntos mediante un desplazamiento elástico de las líneas del frente, las cuales eran luego cerradas y todo lo que estaba dentro era apaleado, apuñalado o descuartizado. Sólo muy pocos sobrevivieron a la carnicería.

Los caballeros situados en la altura lograron abrirse paso de un modo magnífico, aunque con la osadía característica de los desesperados. Sayf se mostró sorprendido por la bravura con la que se batía y luchaba el grueso *cavalier*. ¡Lucharon hombro con hombro! Los francos rechazaban un ataque tras otro, pero al precio de muchas pérdidas; Saladino, en cambio, tuvo siempre a mano nuevas fuerzas, mientras que las de los cristianos iban mermando lentamente. El rey, que contra todo pronóstico se mostró como un magnífico combatiente, le pidió a Raimundo a gritos que intentara romper el cerco enemigo antes de que fuera demasiado tarde, pues todos sentían cómo iban mermando sus fuerzas a la hora de mantenerse sobre el caballo o de golpear y dar estocadas.

—¡Mi enemigo favorito —dijo burlonamente Chátillon al oír eso—, para mí también es la última oportunidad de librarme de vos, querido Víctor! —Tiró del caballo de su guardaespaldas por la brida y con un golpe en la grupa espantó a la bestia y al jinete en medio de la muchedumbre de soldados de Raimundo de Trípoli, que se lanzaba al ataque.

El conde descendió la colina a la cabeza de sus tripolitanos y se lanzó con todas sus fuerzas sobre el ala derecha comandada por Taki, el hijo de Saladino. Taki, sin embargo, ordenó a sus tropas que se abrieran, los jinetes atravesaron tronando el cerco, pero las filas de soldados musulmanes volvieron a cerrarse tras ellos. La carga de los tripolitanos fue la primera y la última ocasión en que Sayf y al-Mansur se vieron las caras durante la furibunda batalla, y sólo fue un instante. Ninguno de los dos sabía de la presencia del otro ni de su participación en la contienda. Después de eso, ni a Raimundo ni a sus hombres les fue posible regresar con sus compañeros de infortunio.

Arriba, en la meseta, en medio del tumulto de la batalla, el hospitalario Valerian se tropezó también con su hermano gemelo, el templario Gernot. Las graves heridas sufridas en La Féve, aún no cerradas del todo, no impidieron que Gernot se batiera hombro con hombro con los hermanos de su orden. Era cierto que vacilaba con cada estocada, sus heridas habían vuelto a abrirse y apenas podía sostenerse sobre la silla del caballo. Valerian intervino sin decir palabra, se inclinó hacia su hermano y le arrancó las bridas de las manos.

—¡Permíteme el honor de morir como un templario! —le dijo Gernot, con un bufido, sin fuerzas ya para enfrentarse al caballero hospitalario, que, dando golpes a diestro y siniestro, iba arrastrando el caballo con su hermano fuera de la zona de peligro. Fue justo en ese momento cuando Raimundo y sus hombres pasaron barriendo el terreno como en una loca cacería en dirección al valle.

—¡Sigámoslos! —gritó Valerian, pero Gernot se soltó e hizo ademán de dejarse llevar de nuevo hacia el tumulto del combate, allí donde los templarios se batían y donde la lucha era más vehemente. Valerian había puesto todo su empeño en retener a aquel terco que ni siquiera estaba en condiciones de sostener la brida.

—¡Hemos perdido una magnífica oportunidad, maldito obstinado! —le reprochó Gernot, furioso—. ¡La próxima vez me sigues, de lo contrario yo...!

El templario se aferraba al cuello de su bestia en el momento en que avanzaron otros dos grupos de soldados del conde de Trípoli, advertidos a tiempo por Valerian. Eran los caballeros de los señores Reinhold de Sidonia y Balián de Ibelín, que confiaron en que su carga tampoco tropezaría con una resistencia insuperable. Sin embargo, lo cierto era que ninguno de los generales del sultán había contado con ellos, razón por la cual las filas de Taki no se separaron como en las ocasiones anteriores, por tanto, los soldados cristianos se abrieron un sangriento callejón a través de los sorprendidos jinetes beduinos de Ahmed ad-Din Tush. Casi estuvieron a punto de chocar con el propio Saladino. Ésa fue también la razón por la cual se los dejó pasar prácticamente sin sufrir pérdidas, pues todos los emires se dirigieron deprisa a la tienda del sultán para proteger ante todo su persona. Y así fue como los gemelos pudieron escapar, uniéndose a aquella cabalgada que se disipó más allá del campo de batalla.

El obispo de Acre había sido asesinado, y la «cruz sagrada» de los cristianos había caído en manos de los musulmanes. La tienda roja del rey se vino abajo, Guido yacía sin fuerzas en el suelo, rodeado por los caballeros que habían luchado junto a él hasta el último momento. En esa lucha se habían distinguido particularmente el señor de Botrun, *Il Cavalier* Plivano y su compañero de lucha, el joven Seyfert de Daula. Aunque ellos formaban parte del grupo de tripolitanos, todos se habían negado a abandonar al rey. Fueron apresados junto a él. Entre los prisioneros se encontraban también Gerardo de Ridefort y Reinaldo Chátillon, así como Rafael de Sidonia, que no quiso dar a conocer su identidad de sacerdote. Fueron conducidos desatados a la

tienda del sultán; allí se encontraron con el hermano del rey, el condestable Almarico y el señor Humfried von Toron.

Mientras que los caballeros de los fugitivos señores de Ibelín y de Sidonia cabalgaban en dirección a Acre, Valerian no tenía en mente otra cosa que abrirse paso hasta la fortaleza de los templarios en Safed en compañía de su hermano Gernot, que sangraba por todas las heridas y estaba muy debilitado. Safed vigilaba el vado de Jacob al norte del lago de Genesaret. Para no caer en manos de las patrullas del ejército del sultán que deambularan por ahí, intentaron en primer lugar alejarse todo lo posible del lugar de la batalla, por lo que se desviaron hacia el interior montañoso de la región. Al cabo de poco tiempo sintieron hambre. Junto a un riachuelo se encontraron con un caballero que les llamó particularmente la atención por su lujosa e impecable armadura. Con esas pintas, no podía haber participado en la batalla. El forastero estaba arrodillado junto a su caballo, el cual, por lo visto, se había desplomado en un accidente y se había herido una pata. En cualquier caso, todos sus intentos desesperados por levantarlo de nuevo eran en vano.

Kyr du Lac había comprendido de inmediato que tenía delante de él a los gemelos de Montmor, pero cuando se dio cuenta de que ninguno de ellos daba muestras de reconocerlo, dejó las cosas tal y como estaban. No obstante, se mantuvo alerta, pues recordaba muy bien la brutalidad de Gernot y la timidez de Valerian.

Ninguno de los esfuerzos conjuntos de Kyr du Lac y Valerian por levantar de nuevo al animal tuvieron éxito, sobre todo porque Valerian tuvo que apartarse de inmediato cuando su hermano estuvo a punto de caerse desmayado del caballo. Entre los dos colocaron al templario en el suelo. Kyr vendó como pudo las heridas de Gernot, un tiempo durante el cual, en lugar de mostrar su gratitud, el gemelo templario no paró de hacer comentarios sarcásticos sobre los pañuelos de seda que sobresalían de la alforja; también la impecable armadura de Kyr fue objeto de sus burlas.

Kyr du Lac no tenía tiempo que perder, pues, como podía ver fácilmente por el aspecto ajado de los dos hermanos, la batalla ya se había librado. Tanto mayor era su prisa por llegar al lugar donde ahora los muertos y los heridos yacerían miserablemente en medio del sofocante calor y a merced de la corrupción; la idea de que Reinaldo pudiera estar entre ellos era más fuerte que cualquier sano juicio. Fue entonces cuando Kyr du Lac, siempre manteniendo cierta distancia, sacó una bolsa de oro de la alforja y se la entregó a Valerian.

—¡Necesito un caballo! —dijo, proponiéndole el trueque sin rodeos—. ¡Y ese hombre... —añadió señalando a Gernot, que gemía en el suelo—, ya no puede

montar el suyo!

Eso convenció a Valerian, y con el oro podría encontrarse alguna solución que los ayudara a continuar, por tanto, era preferible que no tener el dinero. Gernot, que estaba inconsciente, ni siquiera se enteró cuando Kyr du Lac partió de allí a toda prisa como si mil demonios le pisaran los talones.

Cuando el sultán se dio cuenta de la tremenda sed que padecían los caballeros que había reunido en torno de él en calidad de prisioneros —entretanto se les habían unido otros muchos renombrados barones y algunos caballeros de las dos órdenes—, ordenó que trajeran una jarra con agua de rosas, enfriada con nieve del monte Hermón. Con sus propias manos, Saladino llenó con aquelpreciado líquido un vaso y se lo tendió al rey. Con ese gesto se daba a entender que la vida del prisionero estaba garantizada entre los musulmanes. El rey bebió un largo trago. Ensimismado, le alcanzó el vaso al hombre que estaba a su lado, Reinaldo Chátillon. Saladino palideció. Entonces le dijo a su traductor:

—¡Dile al rey que ha sido él, no yo, quien le ha alcanzado el vaso a ese hombre!

Todos se quedaron como petrificados. El sultán estaba de pie frente a Reinaldo.

—¿Sabéis por qué?

Chátillon se rió en su cara.

—¡Vos admitís que yo pase sed, pero yo puedo renunciar a vuestro bondadoso regalo! —dijo, y vertió el agua en el suelo de la tienda.

Saladino sólo se quedó un breve instante sin habla ante tal desvergüenza. No podía parecer una venganza personal, al contrario: todos debían ver que el sultán tenía de su parte la justicia y la escarniada fe del Profeta.

—¿Y vuestros miserables saqueos, vuestros cobardes asesinatos, vuestras blasfemias contra Dios? ¿Nada de eso cuenta para vos? —lo increpó el sultán con absoluta severidad, pero Chátillon volvió a adoptar un tono malicioso:

—Me tomé la libertad de ponerme por encima de vuestra moral, y vos no habéis podido evitarlo... ¡Jamás estaréis en condiciones de hacerlo!

Saladino cerró los ojos, como si quisiera concentrarse en una callada oración, entonces hizo que uno de sus esbirros le alcanzara su cimitarra, obligó a Reinaldo a ponerse de rodillas y le separó del cuello la cabeza erguida con un terrible golpe de su espada.

—¡Juré ante Alá que este hombre pagaría con la muerte todos sus desmanes! —exclamó el sultán con voz sombría ante todos los presentes, todavía con la cimitarra ensangrentada en la mano y señalando con la mano libre, aun temblando de ira, el torso inerte que yacía a sus pies.

Guido se asustó cuando Saladino se dirigió a él.

—¡Un rey no mata a otro rey! —lo tranquilizó el sultán—, pero ese hombre era un criminal, un ser sacrílego, y lo sería para siempre.

El sultán hizo que les sirvieran agua de rosas a todos los señores presentes. Ése fue el momento en que Rafael de Sidonia consiguió escabullirse por la parte trasera de la tienda, justo en el instante en que retiraban el cuerpo inerte de Chátillon. Sólo Sayf se dio cuenta, ya que estaba de pie junto a Rafael y pudo ver con curiosidad la rendija que quedó abierta en la cortina. Rafael de Sidonia cogió la cinta ensangrentada de la cabeza cortada de Chátillon; de un modo ceremonioso, se la colocó con absoluta naturalidad en la frente y se alejó de allí. Los esclavos encargados de retirar el cadáver no lo detuvieron, y es que en realidad no había nadie capaz de detener a Rafael de Sidonia; tampoco nadie iba a hacerlo cuando tomó un caballo y se marchó a todo galope del lugar.

Entonces Saladino dio la orden de tomar prisioneros al rey y a sus barones, que se ocuparan de su bienestar físico y que los trataran con respeto; eso también incluía a Gerardo de Ridefort, pero no a los demás caballeros de las órdenes, ya fueran templarios u hospitalarios. A éstos los ataron y los condujeron fuera de la tienda de dos en dos. Ninguno de ellos regresó. El sultán se negó a dar información alguna al gran maestre sobre el destino de sus hombres. Sólo mandó que le preguntaran si deseaba compartir su destino. Gerardo de Ridefort se apresuró a negarlo de un modo contundente. De hecho, todos los demás miembros de las dos órdenes fueron masacrados de inmediato junto al campo de batalla por los hombres del sultán, que mostraron un enorme placer al hacerlo. Eran varios, y todo se hizo con suma crueldad, hasta que el último templario y el último hospitalario fueron liberados de sus torturas gracias a la muerte.

Jaluddin, que había regresado a tiempo a Tabor, aceptó la oferta del prior de acompañarlo hasta el campo de batalla junto a los Cuernos de Hattin, siempre encabezados por el visitador Titus de la Porta. Ya se disponían a partir cuando vieron a dos hombres subir dando tumbos hasta el monasterio, dos hombres que al parecer habían conseguido escapar a aquella carnicería. Uno de ellos estaba atado al único jamelgo, y por lo visto su estado era lamentable; el otro guiaba el único caballo que les había quedado, pues arrastraba también la silla y las bridas de un segundo animal. Eran los gemelos de Montmor, templario el uno y hospitalario el otro, y eso podía distinguirse por las diferentes capas, aunque ambas estaban cubiertas de sangre y hechas jirones. Fue Valerian el que les pidió a los monjes que acogieran a su hermano y, con la gracia de Dios, lo curaran, ya que no estaban en condiciones de llegar hasta Safed. Fue así como el maestro de maestros regresó al monasterio con los gemelos, mientras que los hermanos dirigidos por Titus continuaron su camino hacia Hattin con el propósito de encontrar a los heridos. De repente, en aquella silla de montar que Valerian acarreaba en el hombro, Jaluddin reconoció las pertenencias de Kyr du Lac y tuvo enseguida la terrible sospecha de que los dos hermanos podrían haber asaltado a Kyr, que lo habrían saqueado o incluso asesinado, pues la armadura del caballero

estaba entre las más lujosas que conocía. Pero Valerian le contó a Jaluddin la historia sobre el encuentro con ese extraño caballero, y lo hizo con tal viveza que Jaluddin le creyó, sobre todo cuando Valerian le mostró los restos de la carne cruda de caballo de la que se habían alimentado hasta entonces por miedo a hacer fuego y a ser descubiertos por el enemigo. El maestro se ocupó de poner al malherido Gernot en manos de aquel hermano versado en medicina natural, en tinturas vegetales cicatrizantes y analgésicas.

Kyr du Lac se aproximó al campo de batalla. Todavía no se podía ver, pero sí oler. Era ese penetrante olor a quemado, el olor dulzón de la podredumbre y el hedor bestial que surge cuando se mezclan el hierro, la mierda, la sangre, el sudor y el orín. Vio los buitres dando vueltas en lo alto y los primeros chacales disputándose los jirones de carne. Aunque su esperanza iba disminuyendo a cada paso, le clavó las espuelas a su caballo con obstinación. Entonces, un jinete gigantesco se cruzó en su camino, como si hubiera estado acechándola. Tomó su jamelgo por la brida y la obligó a detenerse.

—Ya ha acabado —dijo con profunda tristeza en su sonora voz—. ¡Deberíais ahorraros esa visión, noble dama!

Kyr du Lac estaba confundido. Era la primera vez que un desconocido había distinguido de golpe su disfraz sin que hubiera pronunciado ni una sola palabra.

—¿Quién sois? —le preguntó Kira. Curiosamente, sintió de inmediato confianza por aquel gigante que llevaba un chal ensangrentado alrededor de la frente y, sobre él, el turbante negro de los musulmanes.

—¡Rafael de Sidonia, sacerdote del Señor! —se presentó con orgullosa dignidad—. Estuve presente allí hasta el amargo final...

Kyr luchaba consigo misma.

—¿Son muchos? ¿Quiénes cayeron? —Y entonces la pregunta se abrió paso después de una previsible introducción—: ¿Y Reinaldo de Chátillon? ¿Está muerto?

El sacerdote se dio cuenta de inmediato del dolor que embargaba su alma.

—¡Cayó erguido en su obstinación! —dijo en tono conciliador—. ¡Del mismo modo que vivió! —Se desenrolló el chal de Chátillon de la cabeza y se lo alcanzó sin decir palabra a la bella desconocida.

Kyr du Lac luchaba visiblemente con las lágrimas. Al cabo de un rato, se recompuso y dijo con orgullo:

—¡No habría esperado menos de él! —dijo, y metió la ensangrentada cinta bajo su peto—. ¿Adónde os lleva vuestro camino, monseñor? —le preguntó para cambiar del tema.

El corpulento hombre la miró, examinándola.

—Si Saladino me captura, tendré que estar preparado para resistir considerables disgustos.

—¿Y entonces?! —insistió Kyr du Lac, impasible—. ¿Adónde vais?

—Tendría que ocultarme por algún tiempo —le explicó el sacerdote—, hasta que la situación se haya despejado y tranquilizado. Las fortalezas de esta región, desde Ascalón hasta Acre, no ofrecen ninguna seguridad, el sultán llevará toda su violencia a ellas, una tras otra.

Kyr du Lac examinó al hombre.

—Rafael de Sidonia —le dijo—, yo podría conseguir el escondite más seguro que puede encontrarse entre el Éufrates y el Nilo...

—¿Y cuál sería ese escondite, hermosa dama?

—Es la fortaleza de mi padre, Husain ad-Din Marzuban, el Enviado del imán de Alamut.

La mirada de Rafael a Kyr revelaba más asombro que admiración.

—¿Os referís a Masyaf, la fortaleza de los asesinos?

—Así es —le respondió Kyr du Lac—; ¡yo os acompañaré! Ambos dieron media vuelta a sus caballos y pusieron rumbo hacia el norte.

Los monjes del monte Tabor habían traído a algunos musulmanes heridos desde el campo de batalla hasta el monasterio para, tal y como ordenaba el deber cristiano de la piedad, cuidarlos y curarlos con independencia de su fe. Los gemelos de Montmor, por su parte, abandonaron de inmediato el monasterio en cuanto el estado de salud del templario Gernot hubo mejorado algo. Ni siquiera les habían agradecido a los monjes los desinteresados cuidados, al contrario: maldijeron de un modo indecente a los heridos musulmanes que estaban en el salón de los enfermos, como si ellos no tuvieran derecho a los mismos cuidados.

—¡Agradecemos a Alá que por fin nos hayamos librado de ellos! —gritó el prior del monasterio al visitador Titus de la Porta, de quien sospechaba que aprobaba la manifiesta intolerancia mostrada por los gemelos. El hecho de que luego se pelearan con el maestro de maestros, que ya no ocultaba lo más mínimo su fe musulmana, provocó que Jaludinus tirara de espaldas al hospitalario Valerian, ya que no quiso atacar a su hermano Gernot, todavía convaleciente. ¡Con su partida, el monasterio había recuperado su calma habitual, pero Jaluddin se había ganado el odio de los gemelos para toda la vida! ¡Gracias a su buena acción!

UNA PÉRDIDA IRREPARABLE



EL REGRESO A MONTMOR

EN LA contienda de los Cuernos de Hattin, los cristianos, si bien no habían perdido la batalla decisiva, sí que habían perdido por lo menos el mayor ejército que habían conseguido reunir jamás para la defensa de su reino, un ejército que había sido casi destruido en su totalidad. De ese modo, Saladino pudo descartar cualquier resistencia digna de mención en el momento en que se dispuso a someter a las ciudades y las fortalezas por separado. Comenzó por Galilea, donde la princesa desistió de su resistencia y le entregó Tiberíades a cambio de que trasladaran a su marido a Trípoli. Balián de Ibelín evacuó Naplusa, y su familia pudo marchar con todos sus bienes y pertenencias. El caballero la envió a Jerusalén. El sultán subió luego por todo el litoral en dirección al norte. Su método preferido para la toma sin conflicto de lugares establecidos fue el uso de los respectivos propietarios, los cuales, casi sin excepción, eran ahora prisioneros suyos de alto rango. Los señores eran llevados hasta el pie de las murallas, y sobre ellos pesaba una visible amenaza de muerte, en caso de que las guarniciones se negaran a cumplir la orden de entregar la ciudad. La amenaza era aplicada en pocas ocasiones, ya que la mayoría de las veces causaba el efecto deseado. Saladino encargó la toma de los pequeños castillos a sus emires, que luego recibían autorización para administrarlos en calidad de gobernadores.

Uno de sus jefes militares, Ahmed ad-Din Tush, había recibido la misión de acompañar a *Il Cavalier* Plivano hasta Botrun para recibir de sus propias manos la ciudad y la fortaleza situados junto al mar. Junto al honorable prisionero cabalgaba fiel e incansable su escudero Seyfert de Daula, pues *Il Cavalier* le había prometido que ahora podría abrazar a su novia tanto tiempo echada de menos. El señor Plivano le había indicado que Melusina y su hija se hallaban en manos de Tomás de Niphin, un vasallo extremadamente rebelde, y Plivano podía imaginar que en tal situación su vasallo no accedería a tal petición. Y aunque *Il Cavalier* no apreciaba demasiado a ese salteador, no se lo dijo a su escudero para no desanimar al valiente Seyfert.

Por el camino comenzaron a encontrar un número cada vez mayor de fugitivos que viajaban a Tiro o a Trípoli y que se quejaban con amargura de que el señor Tomás de Niphin los había asaltado y despojado de sus últimas pertenencias. Como Niphin se encontraba en el camino, Ahmed ad-Din Tush no vaciló mucho tiempo para llamar al orden al caballero y, si se diera el caso, despojarlo de Niphin, sobre todo teniendo en cuenta que el tal Tomás era un vasallo de Plivano de Botrun.

Pero cuando llegaron ante la pequeña ciudad, salieron a su encuentro algunos deferentes emisarios del señor Tomás y le pidieron al enviado del sultán que entrara en la ciudad y tomara posesión de la misma. Ahmed dejó la mitad de sus tropas frente a las murallas, también con el propósito de vigilar a Plivano, y aceptó la invitación, seguido de sus hombres. No fue casualidad que encontrara al señor Tomás orando en

la «mezquita» rodeado por todos los habitantes masculinos. La iglesia de Niphin, transformada a toda velocidad, había sido en el pasado una mezquita, y hasta sus minaretes se habían conservado, ya que, gracias a su espigada altura, eran ideales como puesto de observación. El señor de Niphin se presentó a sí mismo, con toda naturalidad, como un musulmán. Ahmed ad-Din Tush estaba impresionado, sobre todo cuando Tomás dio alegremente la bienvenida a la intención de instalar un cuartel en la ciudad. Además de eso, se declaró dispuesto espontáneamente a echarle una mano al emisario del gran Saladino durante la toma de Botrun. Ahmed dejó a casi todo su séquito en Niphin, mientras que el señor Tomás, sin vacilar, partió con toda su banda de salteadores y se le unió en el camino. El hecho de que éstos fueran dos veces superiores en número a los musulmanes que se habían quedado atrás no parecía molestarle demasiado al emisario de Saladino.

Fue así como dejaron el lugar y avanzaron contra la ciudad de Botrun, un enclave mucho más fuerte. Ahmed apenas daba crédito a su suerte de poder poner de ese modo a los pies de su sultán dos sitios fuertes. El único que se mostraba inquieto era Plivano.

—¿Qué mueve a este señor de Niphin a ir tras vos? —le preguntó receloso al jefe del ejército al que lo habían confiado—. ¿Un vasallo desleal que ni siquiera considera necesario dar la bienvenida a su señor?

—Desea mostrarnos el camino —le respondió Ahmed—, quizá esté un poco preocupado también por vuestra seguridad.

La respuesta no consiguió convencer a Plivano, pero la aceptó como tal; al fin y al cabo, no era asunto suyo velar con quién se involucraba el emisario de Saladino. También Seyfert se mostró sumamente decepcionado de que *Il Cavalier* no hubiese pedido cuentas de inmediato al señor Tomás sobre Melou; el vasallo era un hombre de mirada temerosa, con mucha carne y de muy baja estatura, cuya codicia y astucia se reflejaban en su rostro. También le decepcionó que *Il Cavalier* no le hubiese exigido allí mismo, en Niphin, que le devolviera a la joven mujer y a su hija. Sin embargo, el señor Plivano lo consoló más tarde diciéndole que todo se resolvería después, cuando los asuntos restantes se arreglasen en favor del emir.

Así llegaron ante las puertas de Botrun. El señor Plivano se detuvo ante la puerta cerrada y gritó obedientemente a los centinelas de las murallas, tal y como le habían encargado, que le comunicaran a Lucía, su mujer, que entregara la fortaleza de Botrun al sultán y saliera a su encuentro si quería recuperar de nuevo su libertad; y que si el fiel Husain todavía estaba en el castillo —lo que los guardias confirmaron con una sonrisa sarcástica—, él se alegraría de poder abrazar de nuevo a su viejo amigo. Ahmed había seguido con suma satisfacción las demandas del señor de Botrun, acogidas por los guardias sin oponer ninguna réplica; jamás había imaginado que le resultaría tan fácil apoderarse de los castillos enemigos. No transcurrió mucho tiempo hasta que las puertas del castillo se abrieron y, a continuación, salió, del brazo del Enviado, la señora Lucía, la señora de Botrun, y tras ella salió todo el que tuviera

extremidades con las que caminar en la fortaleza. El regordete señor Plivano apenas podía contener su alegría y se abalanzó sobre su esposa con los brazos abiertos; la señora Lucía, sin embargo, no quiso devolverle esa manifestación de entusiasmo por el reencuentro, y casi con un gesto de disculpa, se separó de Husain; pero antes de que los esposos pudieran abrazarse, Plivano cayó de frente, como si un puño invisible lo hubiera golpeado: dos, tres flechas le sobresalían ahora de la nuca y la espalda, y Plivano cayó de cara contra el suelo. Lucía, petrificada, soltó un grito agudo y dio otros dos pasos hacia adelante para luego arrojarle con gesto dramático sobre su esposo. Sin embargo, antes de caer, otras dos flechas le atravesaron el pecho; la mujer se tambaleó, tropezó y cayó de rodillas ante su esposo. Una tercera flecha se le alojó en la garganta, ahogando un apagado grito de dolor, y entonces la señora de Botrun cayó al lado de su marido.

El Enviado se había arrojado al suelo rápidamente, mientras Sayf, que estaba completamente sorprendido, pero no tan perplejo de vivir un recibimiento como ése después de haber visto a Husain, se había tirado en plancha a un lado y apartado ágilmente mientras rodaba fuera de la zona de peligro, aunque estaba absolutamente convencido de que una infamia como aquélla sólo podía haber salido de la mente del Enviado. Sólo cuando se dio cuenta, entre parpadeos, de que habían sido los hombres de Tomás de Niphin los encargados de masacrar al *cavalier* y de poner en peligro la vida de todos los allí presentes, se arrastró hasta donde estaba Husain, que se fingía muerto. El Enviado estaba receloso de que alguien se le acercara, pero cuando reconoció a Sayf —¡justamente él!—, le dio entender al fedayín que procediera del mismo modo. Ya nada podía hacerse por el señor Plivano, de modo que Sayf se hizo el muerto más que los propios muertos, situándose debajo de otros dos cadáveres, para lo cual usó la sangre de éstos y se empapó el pecho, la cara y el cabello, y a continuación se quedó inmóvil. Fue así como los dos hombres, que no eran en absoluto amigos, fueron los únicos en escapar a la masacre. Los musulmanes jamás se percataron de la presencia de la gente de Niphin, que rodeó al pequeño grupo y dejó caer una salva de flechas y clavijas desde todos los puntos sobre la sorprendida y confundida tropa del sultán. Sólo Ahmed ad-Din Tush pudo sobrevivir a aquel cobarde ataque de un enemigo al que no había sabido identificar en ningún momento. El señor Tomás, situado a su lado, lo arrojó consigo al suelo.

—¡Un asalto! —le gritó con un siseo al hombre situado debajo de él, al que tenía agarrado con mano firme.

Mientras tanto, sobre sus cabezas, comenzaba una desoladora carnicería en la que también participaron los habitantes de Botrun, ya que también ellos consideraban a los musulmanes los traidores asesinos de sus queridos señores. Aparte de Ahmed, ninguno de sus hombres consiguió escapar. Cuando pudo levantarse de nuevo, tuvo que constatar que era el único superviviente, y que en adelante serviría como moneda de cambio para Tomás de Niphin, ahora convertido también en señor de Botrun,

quien, de ese modo, pretendía garantizar su futura seguridad. Más tarde, el emir de Saladino sería encerrado en un calabozo en la ciudad de Niphin.

A Husain ad-Din Marzuban el miedo se le metió de tal modo en el cuerpo que se alegró de no tener que correr ni ponerse de pie. De lo contrario, a él también le hubiesen disparado o lo hubieran apuñalado por la espalda. Por eso se apartó del escenario de la carnicería arrastrándose por el suelo, siempre detrás de Sayf. Ambos reptaron por una pestilente fosa de aguas residuales, donde permanecieron inmóviles algún tiempo. Sólo se levantaron de nuevo cuando ya había caído la noche y pudieron escabullirse de allí. No obstante, el Enviado tenía una tremenda ira contenida en su interior: en primer lugar, por la humillación sufrida, pero sobre todo por el pérfido asesinato de un hombre que se había comportado como un honesto amigo, ¡por no hablar de las amabilidades mostradas por su esposa Lucía! Su indignación con el infame señor de Niphin era tan grande que ya ni siquiera sentía aversión por Sayf, uno de los dos odiados protegidos del Viejo de la Montaña. Por eso lo apartó a un lado y le ofreció al fedayín cabalgar con él de regreso a Masyaf. Pero Sayf no tenía intención alguna de desistir en sus esfuerzos por rescatar a Melou. ¡Y mucho menos ahora! Si en ese momento hubiese sospechado que el hombre con el que había estado arrastrándose por la mierda era la persona a la que él y Melou debían todos sus infortunios, le habría aplastado la nariz con tal fuerza en el lodo de la zanja hasta que dejase de vivir definitivamente. Pero Sayf no dijo nada de Melou, y el Enviado se guardó muy bien de mencionar siquiera el destino sufrido por la joven. Así las cosas, Husain emprendió solo el camino de regreso hacia la fortaleza de los asesinos, mientras que Sayf, por su parte, cabalgó hasta Niphin con el propósito de liberar por fin a Melou.

Completamente agotados, dos hombres subían a duras penas la pendiente que conducía hasta la fortaleza de Montmor. Eran Gernot y Valerian, los dos hijos mayores del señor del castillo, Roger du Ferbac. Gernot iba sentado en la silla del caballo, una silla que tenían que compartir, ya que durante el lamentable camino de regreso a la casa paterna nadie, ni los monjes del monte Tabor ni ninguna otra persona, se había mostrado dispuesto a darles un segundo caballo, ni siquiera a modo de préstamo. De todas maneras, ninguno de los dos ofrecía un aspecto muy digno de confianza. Como después de la onerosa partida del monasterio situado encima del lago de Genesaret ambos se habían despojado de los respectivos uniformes de su orden —ya que tanto la capa con la cruz paté roja de los templarios como la túnica blanca de los hospitalarios hubiesen sido demasiado reveladoras—, sólo les quedaban las desvencijadas cotas de malla y las esclavinas de cuero abiertas que llevaban debajo. Ambas prendas de ropa les habían salvado la vida, pero apenas servían ya para nada. Encontraron el castillo paterno mucho más deteriorado de lo que

recordaban de su infancia; el lodo del patio se había transformado en una charca verde.

—¡Aquí apesta a estiércol de tal modo que ni un cerdo se revolcaría en ese barro! —dijo Valerian, tapándose la nariz.

—¡El único cerdo! —gruñó Gernot a modo de respuesta al comentario de su hermano—. ¡Si es que todavía vive!

Nadie les había dado la bienvenida en el portón a medio abrir; la puerta colgaba de las bisagras y, por lo visto, ya no podía cerrarse. Por lo demás, todo estaba en silencio y desolado, como si las personas que habían vivido allí se hubiesen marchado hacía mucho tiempo. Sin embargo, por la chimenea acoplada a un lado del donjón subía una delgada columna de humo. Los hermanos subieron pesadamente los escalones y encontraron a Aziza, su madre, en la gran cocina de forma circular. Dormía con la cabeza apoyada sobre el tablero de la mesa.

—¡Dios santo! —dijo cuándo Gernot dio una patada al mueble—: ¡Qué aspecto tienes!

—¡Nuestro templario se ha batido él solo contra el ejército del sultán! —bromeó Valerian, mientras Gernot se dejaba caer en el banco, gimiendo. Aziza trajo a toda prisa una cesta con tinturas, salvas y todo tipo de hierbas guardadas en pequeños sacos y bolsas, e inspeccionó el sucio vendaje de su hijo mayor, que no había sido cambiado desde que los monjes de San Lázaro lo habían atendido por última vez—. ¿Y el viejo? —preguntó Valerian con poco respeto—. ¿Todavía sigue allí, postrado en su...?

Aziza no levantó la vista, pues en ese momento estaba enfrascada en retirar los trapos en parte mojados y en parte reseco del pecho y de los brazos de su hijo Gernot, de la nuca y los hombros.

—¿Dónde iba a estar si no? —dijo con un suspiro.

Valerian se levantó y salió de nuevo al patio. Con paso vacilante, se movió a través del suelo pestilente en dirección al cobertizo en el que su padre había instalado la capilla. «Por lo menos no ha añadido muchos artefactos —pensó Valerian cuando empujó lentamente la puerta—, pero hay polvo y telarañas por todas partes».

Encontró al anciano delante del altar, en medio de un bosque de cirios y cruces. Estaba arrodillado sobre los escalones y acariciaba una estatua de la virgen fabricada en alabastro. El cuerpo de la virgen, blanco bajo su túnica azul, se parecía más bien al de una Afrodita griega en lugar de la reina de los cielos.

—¡Alabada sea María, señor padre! —le dijo Valerian con cierto retintín irónico, cuando vio que Roger du Ferbac cubría de besos el esbelto cuerpo de la figura, casi lamiéndolo en toda regla, pasando la lengua por entre las piernas castamente unidas y llegando hasta los senos.

—Ha bajado del paraíso para verme —dijo el anciano en un murmullo casi incomprensible—, ha venido desde allí, donde me espera la más hermosa de todas las huríes.

Entonces comenzó a mecer entre sus brazos aquella escultura de casi dos pies de alto, después de haberla cubierto de nuevo con la túnica azul, para impedir que su hijo viera su desnudez. «No sabe que tiene ante sus ojos el cuerpo de su propia hija», pensó Valerian.

—Ella me añora —dijo Roger, jadeante, casi en éxtasis—. No puedo hacerla esperar. —Besó otra vez la estatua con gesto de adoración, la besó en la frente liberada de toda tela y oró con la voz entrecortada, entonando una melodía desconocida con una tonalidad falsa y torturante.

Valerian abandonó de puntillas el recinto iluminado por unas velas titilantes que jamás llegaban a dar a la estancia una claridad similar a la de la luz. Su padre no lo había reconocido; quizá lo había tomado por un ángel.

Sayf no tenía ni la más remota idea de que un ángel de la guarda, quizá el ángel de los enamorados, lo acompañaba todo el tiempo desde que había abandonado Jerusalén. El hecho de que no hubiese sido pasado a cuchillo como la mayoría de sus compañeros, aun a pesar de haber caído preso junto a su señor, *Il Cavalier* Plivano de Botrun, cuando perdieron la batalla en los Cuernos de Hattin, lo debía única y exclusivamente a la generosidad del sultán, que no había querido despojar al *cavalier* de su escudero. Por un instante pensó en lo que habría sido de al-Mansur, al que no había vuelto a ver desde entonces. Ojalá que el amigo hubiera tenido una suerte parecida a la que estaba teniendo él, pues si hubiese llamado la atención de los hombres de Tomás de Niphin, haciéndose pasar por muerto, habrían tenido muy pocos miramientos con él. Sin embargo, esta vez el ingenuo joven había ido demasiado lejos desafiando su increíble fortuna. Casi sin cubrirse, se deslizó a través de los matorrales que crecían frente a los altos muros de Niphin en busca de una puerta lateral olvidada y sin vigilancia que le permitiría la entrada en la ciudad. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que hasta el centinela más adormilado podría verlo desde las troneras. El señor Tomás había ordenado a la guarnición de las murallas que se mantuviera en un estado de alerta extrema, ya que después de su osada intervención en Botrun y de la encarcelación ilegal del emir nombrado por el sultán, el bandido debía contar en cualquier momento con un ataque. Así las cosas, de repente, el soñador enamorado sintió que lo arrojaban al suelo y le doblaban los brazos a la espalda, y en un instante se vio de rodillas ante el mismísimo Tomás de Niphin, que reía con sorna.

Una vez más tuvo la suerte de que no dejaran caer de inmediato sobre él una lluvia de flechas desde lo alto, cazándolo allí como a un conejo fisgón, y que en lugar de eso llamaran a su señor. El señor Tomás reconoció enseguida el escudo de armas de Plivano, y se enojó al pensar que sus soldados no se habían dado cuenta de ello en Botrun y ahora habían perdonado de nuevo al mismo hombre. Tanta buena fortuna despertaba su curiosidad. Sayf quiso ser más listo esta vez y se calló que en realidad

era un asesino de los de Masyaf; tampoco dijo una sola palabra sobre Melou. Simplemente dijo que, tras perder a su señor Plivano, se había extraviado; una explicación demasiado simple para alguien como el señor Tomás. Sus hombres rodearon el cuello de Sayf con una cuerda y pasaron el otro extremo por encima de la horcadura más próxima, al tiempo que obligaban al joven arrodillado a ponerse de puntillas. Empezaron a tirar de la cuerda lentamente, pues no querían que se le rompiera la nuca, querían que cogiera aire y dijera toda la verdad. Sayf sólo recapacitó cuando comenzó a sentir el peso de su propio trasero, hasta el punto de que los soldados comenzaron a divertirse con él, aunque seguramente no lo harían por mucho tiempo, sobre todo después de que el señor Tomás le aseguró con amabilidad que su paciencia tenía un límite.

—¡Melusina du Ferbac! —dijo casi sin aliento—. ¡La amo y pretendía liberarla!

—Eso os honra, buen mozo —bromeó el señor Tomás—, pero ¿no sería apropiado, teniendo en cuenta que soy su dueño, que se me pidiera mi consentimiento?

Sayf callaba con obstinación, pero a continuación su cuello comenzó a estirarse de nuevo, y los dedos de sus pies amenazaron con apartarse del suelo.

—¡Daría mi vida por ella! —dijo, casi en un estertor, mientras Tomás reía rudamente.

—¿De qué me sirve tu vida?! —El señor Tomás miró con deleite a su víctima, que pataleaba—. ¡Quiero ver con mis propios ojos cuánto vale para este amante la libertad de su amada! —Su mirada se oscureció de repente, y la risa de sus siervos se interrumpió de inmediato, ya que con el señor Tomás uno nunca sabía a qué atenerse—. ¡Esperaré tu oferta, que me llegará desde el calabozo más recóndito y agradablemente húmedo de Niphin! —Sonrió, buscando el aplauso de los presentes—. La recibiré en el harén inundado de luz, donde tú Melusina me complace a mi gusto y me colma de cariño.

Sayf intentó en vano soltar la rabia que lo embargaba, pero esa rabia se le atragantó en el pecho. Justo cuando parecía que se asfixiaba, los siervos lo dejaron caer al suelo como un saco de patatas.

—¡Llevadlo al calabozo! —ordenó el señor Tomás, y los hombres se llevaron al hombre encadenado, puesto que Sayf ya no podía andar por su propio pie—. ¡Si te gusta y quieres quedarte, les regalo a ella y a su hija la libertad! —gritó el bandolero con sorna al desdichado que se alejaba—. ¡Eso, sólo en caso de que la hermosa Melusina no prefiera quedarse conmigo!

—¿Y cómo celebra el sultán Saladino su gloriosa victoria? —Aziza no era capaz de ocultar su origen musulmán, pero con su hijo Gernot había ido a dar con la persona equivocada.

—¡Es la peste! —dijo con voz atronadora el malhumorado templario—. ¡Ese sultán de mierda es la peste bubónica! —despotricó—. ¡¿Qué diablos va a hacer ese cerdo?! —gritó, para luego continuar con encono—: ¡Meter su asqueroso hocico en toda la costa, gruñendo, sorbiéndolo todo con sus pelos pringosos, tragándose la tierra cristiana pedazo a pedazo, ciudad a ciudad, castillo a castillo, como si fueran trufas! —El templario debió de darse cuenta de que lo que describía con tanta ira era el proceder normal de cualquier vencedor, y entonces empezó a ensalzar las pequeñas joyas que todavía no habían sufrido el mismo destino—. ¡Excepto Tiro y Acre! —dijo, resoplando, como si el mérito fuera suyo—. ¡En esas ciudades portuarias fortificadas se romperá los dientes! —gritó, orgulloso, justo en el momento en que Valerian entraba de nuevo en el torreón.

—¡Pero Sidonia se entregó sin oponer resistencia! —dijo Valerian, con intención de bajarle los humos a su hermano Gernot—. ¡El señor Reinhold se retiró a su castillo inexpugnable de Beaufort en la cordillera del Líbano...!

—¡Pero en el sur, Ascalón sigue ofreciendo resistencia! —A Gernot le enfadaba la actitud pragmática de su hermano gemelo—. ¡Con insultos y vergüenza respondieron sus habitantes a la exigencia de Guido, ese cobarde, de que se entregaran!

—Saladino nunca renunciará a esa ciudad situada a sus espaldas —le dijo Valerian fríamente—. Es como una espina clavada en sus carnes, sus vías de la retaguardia estarían constantemente amenazadas...

—¡Está bien que sea así! —gritó Gernot—. ¡Y así seguirá siendo!

—¡Pero no por mucho tiempo! —lo interrumpió Valerian, cortándole la esperanza—. El sultán comprará a los ciudadanos ricos y a los comerciantes.

—Pero entonces Gaza resistirá. —Gernot tuvo intenciones de pegar un puñetazo sobre la mesa, pero el dolor que sintió en el brazo le impidió dar esa demostración de resolución desenfrenada—. ¡La guarnición está formada únicamente por caballeros templarios!

En ese momento Valerian soltó una sonora carcajada.

—Precisamente por eso, ése será el lugar donde Saladino lo tendrá más fácil: llevará a vuestro Gerardo de Ridefort, ahora prisionero, ante los muros de la ciudad, le mostrará la hoja desnuda de su cimitarra, Gerardo dará la orden a sus templarios ¡y tendrán que obedecer incondicionalmente a su gran maestro!

A pesar del fuerte dolor, el iracundo templario se preparó para propinarle un golpe a su hermano, pero hacía rato que Valerian se había puesto a salvo, con pie ligero.

—Así sucedió en todo caso en Acre —le respondió su hermano con indulgencia y a modo de escarmiento—, ciudad contra la cual el sultán atacó una segunda vez. Les ofreció a los hombres pudientes una garantía para su integridad física y sus bienes, pero el pueblo humilde no quiso saber nada de esa capitulación y se produjo una rebelión del populacho. Saladino, con audacia, aprovechó entonces la ocasión para penetrar en la fortificada ciudad de Acre. —Valerian disfrutaba torturando a su

hermano gemelo—. ¡En un abrir y cerrar de ojos, la bandera del Profeta estaba ondeando en la ciudadela!

—¡Ah! —se le escapó a Aziza, preocupada por aquella disputa de sus dos hijos—. ¡Qué golpe tan terrible para los vencidos!

—¡Pero todavía tenemos Jerusalén! —dijo Gernot para consolar a su madre.

—¡Todavía! —comentó Valerian, corroyendo aquel consuelo—. Porque Saladino no se contentó aún con aquella victoria, ya que los ricos comerciantes y sus sucursales, inseguros por los turbulentos acontecimientos, le dieron la espalda a la ciudad de Acre, emigraron a Tiro o se montaron en sus barcos y regresaron a Europa...

—Seguramente que al sultán le habría gustado retenerlos —dijo Aziza, que de repente parecía comprender toda la situación—. ¡Al fin y al cabo, ellos eran la columna vertebral del floreciente comercio marítimo!

Valerian miró completamente perplejo a su madre, que continuó hablando como si tal cosa.

—En su generosidad, el sultán liberó incluso al rey, ¡lo sé por mi amiga, la *saida* Tamara! —añadió sonriendo con satisfacción.

—En realidad, no es un hecho beneficioso para nuestro reino —murmuró Valerian, procurando no irritar más a su hermano—, ¡lo hizo con el único y exclusivo propósito de fomentar la división entre los barones y los caballeros de las órdenes!

—¡Y de ese modo, los cristianos perderán también Jerusalén! —concluyó Aziza, pensativa, y se dirigió de nuevo a la cocina.

PALOMITA DE NIPHIN

MELUSINA du Ferbac y su pequeña hija Xenia no eran ni mucho menos tan felices como había descrito el señor de Niphin para regodearse en el sufrimiento de su nuevo prisionero. Melou no era apropiada para el harén, formado en su mayor parte por jóvenes mujeres e hijas raptadas en los alrededores o provenientes de familias fugitivas que habían sufrido algún saqueo. Había algo en ella que provocaba que el señor Tomás se abstuviera, sobre todo teniendo en cuenta que el señor ni siquiera hacía uso de las ofertas de la señora de la casa, y que lo más que hacía en ocasiones era entregar a sus hombres las mujeres a modo de recompensa. Melusina ejercía su fascinación incluso sobre ese monstruo inhumano, una fascinación que el señor de Niphin se sentía incapaz de eludir. La presencia de la joven lo ponía nervioso, pero el señor Tomás sufría incluso aunque Melusina no estuviera todo el tiempo a su alrededor, aunque fuera por la alteración que le provocaba su alegre y pequeña hija. En el trato con él, Xenia mostraba cualquier cosa menos respeto; Tomás, por su parte, jamás se atrevía a castigarla aunque le hiciera alguna de sus continuas trastadas. Aquella criatura vivaracha significaba una enorme molestia para el señor de la casa, pero cada vez que levantaba su mano para pegarle, la radiante y penetrante mirada de sus ojos azules hacía que la bajara de nuevo. La niña le leía la mente, al menos eso le parecía al señor de Niphin. ¿Y cómo se sublevaba contra él luego su madre de alabastro, aquella estatua de la diosa Diana convertida en un ser de carne y hueso?! Tomás de Niphin hacía que Melusina sirviera la mesa cuando tomaba sus comidas en compañía de su valioso prisionero, el emir Ahmed ad-Din Tush. El gobernador de Botrun, elegido por el propio Saladino, evitaba todo cuanto pudiera empeorar su situación, pero sabía que el tiempo jugaba a su favor. Sin embargo, no se cohibía a la hora de hacer llegar galantes cumplidos a la joven y encantadora sirvienta, encargada también de hacer la salva, ni de bromear a la menor oportunidad con la pequeña Xenia. El señor Tomás veía todo eso con ojos recelosos. Apenas retiraban los platos, enviaba a la madre y a la hija a su pequeña habitación situada entre la cocina y la despensa. Le tenía prohibido a Melou trasladarse al edificio de las mujeres que se alzaba en forma de gruesa torre con ventanas diminutas a lo largo del patio, así como entrar en los aposentos del emir Ahmed, quien en varias ocasiones había invitado a la alegre Xenia para que jugara en sus habitaciones. La única prerrogativa que el prisionero sólo había podido sacarle al tirano de Niphin era el permiso para que la niña visitara los baños, el *hamam*^[127], una vez por semana, lo que siempre significaba un placer enorme para Xenia, ya que la «maestra de baños», la gorda Badra, le había cogido cariño de inmediato a la pequeña y le permitía corretear a sus anchas por entre las mujeres desnudas del harén, mientras ella hacía gemir de placer a Melusina bajo las hábiles maniobras de sus manos suaves y de sus brazos musculosos. Badra fue también la que le proporcionó a

Melusina lo que tanto echaba en falta desde su forzosa salida de Masyaf, la «hierba del paraíso», la pipa ocasional o diaria, el aromático y lisonjero humo de la planta de cannabis. Con ese tesoro, la estancia en la habitación de ventanas enrejadas se hacía mucho más llevadera. Como en una ceremonia religiosa, Melusina desmigajaba el valioso terroncillo sobre el rescoldo del *nargilah* y se arrellanaba en el lecho. Pero nada más dar la última calada, se sentía una vez más sobrecogida por la duda y el desaliento. ¿Era ésa acaso la vida que Alá había dispuesto para ella?!

El anhelado cambio llegó como un rayo desde el cielo oscuro y bochornoso el día en que Badra le dijo en los baños, entre susurros, que abajo, en el más recóndito calabozo, se podría un joven que había puesto su vida en peligro por la añoranza que sentía por Melou, un tal Sayf. Melou sintió que le ardían los oídos; su corazón quiso salirse por la boca cuando, ese mismo día, se presentó ante el señor de Niphin y le ofreció su cuerpo. Le dijo que se le entregaría incondicionalmente si, a cambio, le devolvía la libertad a Sayf, su prisionero. La reacción del señor Tomás, que jamás había hecho hasta entonces ningún uso del poder que poseía sobre ella, fue peor de lo que la joven había temido en lo más íntimo.

—Melusina, mi blanca palomita, al parecer habéis olvidado la razón por la que os está negada la entrada en el harén: ¡la virginidad! —su voz tenía un tono estridente, pero de pronto se tornó burlona—: ¡No podéis pretender tener un regazo impoluto y ésa es la premisa fundamental para acceder a la cama del señor! —Examinó a Melusina con una mirada que pretendía borrar en ella toda conciencia femenina y le indicó que saliera de la habitación con un movimiento de la mano.

Melusina, sin embargo, supo estar a la altura de esa humillación; la liberación de Sayf de los calabozos era una tarea que daba nuevo sentido a su vida en ese lugar, por lo que salió de los baños reconfortada y con la cabeza bien erguida. Aceptó aquel ataque de su torturador como un baño de agua fría que reanimaba de golpe, otra vez, su espíritu vital.

Un carro de dos ruedas tirado por un asno avanzaba traqueteando a través de los caminos accidentados de la cordillera de Jabal Bah'ra. Aun mirándolo de cerca, el precario vehículo daba la impresión de que transportaba a un comerciante y a su mujer hasta el mercado más próximo.

—¡No te quejes ahora por tu raído jubón de cuero y la destrozada cota de malla! —exclamó Jaluddin, reprendiendo con enojo a la figura fornida de mujer, un palmo más alta que él, que ahora viajaba a su lado y cuyo rostro estaba cubierto completamente por la redecilla de un *burka*^[128].

El maestro de armas había recogido a al-Mansur en el camino, cuando lo encontró exhausto tirado en el suelo. Al-Mansur había estado varias semanas deambulando por la región, caminando únicamente de noche, a fin de abrirse paso hasta Masyaf. Jaluddin le enfundó enseguida unas ropas de mujer y se deshizo de todo lo que

podiera recordar al guerrero al-Mansur, ya que todavía abundaban los enjambres de esbirros del sultán que andaban a la caza de los soldados cristianos que regresaran a sus casas o deambularan por allí; en la concepción que de la guerra tenían los musulmanes, esos soldados formaban parte de su botín, siempre y cuando no pudieran comprar su libertad. Si fuera descubierta su condición de asesino, al-Mansur no tendría muchos motivos para reír. El rencor de Saladino contra los fedayines del Viejo de la Montaña era profundo, y no era ése precisamente el momento ideal para que los de Masyaf cayeran en manos de los lacayos y los espías del sultán.

—¿Qué sabéis de Sayf? —preguntó al-Mansur secamente, tras aquella máscara poco habitual—. Para mayor espanto mío, lo vi cabalgar entre el grupo de jinetes que el señor Balián de Ibelín condujo a la batalla; pero antes de que pudiera hacerme notar, el señor Reinaldo me espantó de allí de la manera más ruda... —A al-Mansur todavía lo embargaba la amargura cuando pensaba en aquella brusca despedida del señor Chátillon.

El maestro Jaluddin, chasqueando la lengua, volvió a meter prisa al asno.

—Chátillon sabía mejor que nadie en ese ejército lo que los esperaba a todos —dijo en tono pensativo—. ¡Quiso ahorrarte el destino que te habría estado deparado inevitablemente si hubieses caído en manos del enemigo estando todavía a su lado!

—¿Y acaso no es la labor de un guardaespaldas proteger a su señor precisamente en las peores situaciones?! —protestó al-Mansur.

—Pero no cuando el propio señor desea entregar su cuerpo —le explicó Jaluddin al joven entristecido—. A pesar de lo irresponsable de sus actos en otras ocasiones, el señor Reinaldo se comportó contigo como un padre cariñoso...

—¡Pero si me mandó al diablo, y lo mismo hizo con Kyr du Lac, por cierto! —se acaloró al-Mansur, indignado—. Si la viera de nuevo, tendría que darle su mensaje: ¡que, por lo menos en su camino al infierno, no quería volver a tenerla más entre sus piernas!

—¡También eso es una muestra de un amor inmenso! —le respondió el experimentado maestro de armas—. ¡Kyr debía preservar su vida! Algo que, según sabía el propio Reinaldo antes de comenzar la batalla, sería muy difícil. La batalla estaba perdida de antemano para los cristianos aun antes de que comenzara. —Jaluddin, ese viejo zorro, demostraba su capacidad para ponerse en el lugar de aquel incorregible salteador y apasionado de la guerra; algo que al-Mansur no conseguía—. ¡Chátillon era un viejo guerrero, demasiado astuto como para caer en el tumulto de la batalla! ¡Además, el cuerpo le pedía poder mirar a los ojos de su peor enemigo, de triunfar sobre él aun en el momento de morir bajo el filo de su espada! —Una risa sonora se abrió paso en la boca del maestro—. ¡En ese propósito, Kyr du Lac sólo podía convertirse en un estorbo para él! ¡Si le hubiesen cortado su cabeza de pelo rizado delante de él, eso, posiblemente, lo hubiera estremecido demasiado, no le habría sido posible pronunciar entonces las palabras de burla y desprecio de que os

fueseis al infierno! ¡Sus labios hubieran vacilado! —concluyó el comprensivo maestro—. ¡Actuó con justicia contigo, y también con Kyr du Lac!

Al-Mansur intentó mostrarse comprensivo también.

—De todos modos, sólo podrían haber vivido juntos en calidad de amantes...

—¡¿Y eso acaso no es nada?! —le replicó Jaluddin, furioso, tapando aquella boca cubierta por el *burka*—. ¡Quién consiga eso, obtendrá el bien supremo en la tierra, y lo conseguirá todos los días! —Durante un instante se produjo un silencio profundo entre ambos, cada uno pensó en el amor de sus respectivas vidas. Ante los ojos de al-Mansur, ocultos tras la oscura máscara, apareció el conocido rostro de alabastro.

—¿Y si uno desea con añoranza un único y gran amor? —al-Mansur formuló su pregunta murmurando hacia el espacio situado entre el pescante y el trasero del asno, que justo en ese momento comenzó a soltar sus boñigas.

—¡¿Te refieres a Melou?! —dijo Jaluddin, confrontando a su pupilo con sus propios problemas, sin previo aviso ni falsas poses de indulgencia—. ¿Qué tipo de añoranza es ésta? Deseas a un ser vivo para ti solo, pero sólo lo deseas de pensamiento —lo reprendió Jaluddin—. Te interpones como un patriarca entre tu hermana y Sayf, impides sus pretensiones y sus anhelos; anhelos sobre los cuales, por cierto, jamás les has preguntado nada. —El maestro consiguió controlar con esfuerzo la ira que sentía surgir dentro de él—. Hablas de un amor único y grande y tratas a Melou como a un ser muerto, sometido sin voluntad a tus propios sueños. ¡Pero Melou está viva!

Al-Mansur guardó un obstinado silencio durante largo rato, antes de atreverse a responder.

—¿Pensáis entonces que no tengo derecho...?

—Tú me has preguntado —añadió Jaluddin casi en tono de disculpa, para, a continuación, guardar silencio por un rato mientras se sumía en sus propios pensamientos.

En su lento trote, ambos jinetes prestaban atención al intransitable camino de montaña que los conducía ahora por las últimas estribaciones del norte del Líbano. Evitaban las vías comerciales normales, quizá también porque, con el aspecto lamentable que ambos ofrecían, cualquier comerciante auténtico los hubiese considerado unos salteadores, unos taimados tahúres, y lo más seguro es que los vieran como una amenaza para sus bienes o incluso para su propia vida. Tras la fatídica batalla de Hattin, deambulaban todavía por toda la región hombres jóvenes, caballeros y vasallos cuyos señores se pudrían en ese momento en las mazmorras del sultán, o cuyos castillos habían sido tomados por los vencedores. Todos representaban piezas de caza para los hombres de Saladino, por eso no les quedaba más remedio que dedicarse al bandidaje. Por tanto, aun en este recóndito lugar era preciso tener mucho cuidado.

—¿Sabes a cuántas lunas estábamos del lugar que alberga el paraíso en la tierra, el jardín de las hermosas huríes? —preguntó Jaluddin al cabo de un rato.

Al-Mansur miró al maestro de maestros con expresión divertida; en cualquier caso, este último creyó ver cierta mirada burlona a través de la redecilla de la *burka*.

—¿Os referís tal vez a las millas que todavía nos separan de ese lugar? ¿Creéis en serio que el tiempo desperdiciado cubrirá los pensamientos pecaminosos en relación con mi hermana como una gruesa alfombra tejida con blancos cristales de nieve...?

Jaluddin dejó que terminara de hablar.

—Tus floridas contestaciones no son más que un camuflado, si bien no callado, poema de amor dedicado a la misma dama. Al-Mansur rió.

—No tenéis por qué acusarme de incesto sólo porque todas las noches desee ardientemente su cuerpo... —dijo al-Mansur, reprendiendo al maestro de maestros tras haber recuperado su orgullo.

—También lo hace Sayf —replicó el maestro con sequedad—. ¡Ya veremos cuál de los dos, con una sola sonrisa, le proporciona a la eterna amada la esperanza y ella, altanera, se digna escucharlo!

—¡Probablemente ninguno de los dos volverá a ver a Melusina! —dijo el maestro, aplacando las expectativas de su pupilo—; ¡condenada como está a deambular por una región de sueños a varias lunas del paraíso!

—¡Acertáis mejor con las armas que con las palabras, maestro! —rió al-Mansur—. ¡Hace mucho tiempo que la dama de nuestro corazón abandonó ese lugar!

—¡Fue raptada! —le señaló Jaluddin, rechazando su ligereza, pero tampoco tuvo éxito.

—¡Pues por eso! —le respondió fríamente al-Mansur—. ¡Yo llevo el paraíso en el corazón! —a lo que añadió—: ¡Nadie puede despojarme de mis sueños!

Tras el rotundo chasco que se había llevado con el señor Tomás, Melusina puso todo su empeño en trasladarse con su hija al harén. Para conseguir lo que se proponía necesitaba tener algunas aliadas, y las mujeres del serrallo eran las únicas que podían tenerse en cuenta, ya que todas demostraban una especial simpatía —o quizá simplemente otras apetencias más concretas— por el joven que languidecía por amor en las mazmorras de Niphin. Para no darle la más mínima oportunidad al señor Tomás de negarse a acceder a su inusual deseo, Melusina le había planteado el asunto durante una de las comidas, en presencia del emir. En realidad, al señor Tomás le daba igual dónde viviera la joven, ya fuera en la estancia a ella destinada o donde las otras mujeres, y en ese sentido Melusina recibió también el espontáneo apoyo del señor Ahmed ad-Din Tush, de modo que al señor de Niphin, con tal de no perder su prestigio, no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón ante aquella petición. Al mismo tiempo, Melou comenzó a concentrar todos los esfuerzos de su hermosa cabeza en mostrar al tirano su lado más atractivo, a fin de que éste no tuviera ningún motivo para recelar.

No obstante, el señor Tomás no consiguió superar el hecho de que Melusina lo hubiese cogido por sorpresa de aquel modo. Por esa razón, apareció por sorpresa en el harén —algo que evitaba hacer siempre que fuera posible— y anunció ante todas las mujeres reunidas que sus palabras iban dirigidas única y exclusivamente a su «blanca palomita». Melusina, pues su salvador había preferido renunciar a ella y estaba a punto de abandonar la ciudad de Niphin. Lo que no dijo era que tenía intención de que Sayf no llegara muy lejos.

—¡Menudo traidor! —protestaron las mujeres, insultando al hombre al que habían adorado mientras había estado en el calabozo; en todo caso, la imagen del desconocido había dado alas, noche tras noche, a sus sueños más húmedos, en los que ninguna de ellas se cohibía de tocarlo—. ¡Cómo puede un hombre actuar con tanta deslealtad!

En medio de ese «alboroto del gallinero», el eunuco jefe del harén, con su voz de falsete, ordenó que cuatro mujeres se presentaran de inmediato en el hamam de los hombres, a fin de proporcionar al prisionero un buen baño antes de ser puesto en libertad. Esa perspectiva transformó el tono del tumulto, que pasó de la clara indignación a la expectativa lujuriosa. Todas corrieron hacia donde estaba Badra, la «maestra de baños» que tenía a su cargo la dirección del grupo.

—¡Vamos! —le susurró al oído a Melusina la negra llamada Shura, a la que todos conocían con el sobrenombre de «la Tigresa»—. ¡Mézclate con ellas! ¡Tenéis que huir juntos!

—¡No sin mi hija! —le dijo Melusina, muy decepcionada, pero inmovible en su postura.

Shura encogió sus musculosos hombros sin comprender. Allí todas las mujeres la obedecían, pero quizá Melusina fuera la excepción. Con una breve sonrisa forzada, la Tigresa enseñó sus dientes, que resaltaron de inmediato en su oscuro rostro. Ella no tenía hijas, su única amiga era la gorda Badra, que en ese momento se marchaba con las cuatro elegidas y en compañía de los dos eunucos de menor rango. Las restantes mujeres del harén mostraron su envidia a grito pelado, vociferándoles a las otras toda clase de obscenidades para el camino. ¡A fin de cuentas, la visita al baño de los hombres era considerada una provocación inaudita!

Y en efecto, contra toda costumbre, por la mañana Sayf no sólo había encontrado entornada la reja de su celda, sino que vio que todas las demás puertas de la prisión estaban abiertas de par en par. ¡Eso sólo podía ser una trampa! Recordó los alertas centinelas de las murallas de Niphin. ¡Y no en vano! ¡Ya que al señor Tomás le gustaba llevar el juego hasta lo más extremo, como un viejo gato que juega con dos ratones a la vez! Sayf emprendió entonces una huida hacia adelante. Se quejó al centinela de su húmedo agujero, diciéndole que a un prisionero al que se le daba la libertad lo correcto era garantizarle un baño como era debido para que se purificara.

El guardia no comprendió lo que le decía, pero transmitió su deseo a sus superiores. Al señor Tomás le gustó la nueva variante. Fue entonces cuando decidió dar la orden al vigilante principal del harén. Sayf no tenía muy claro cómo podría aprovechar la visita al *hamam* para fugarse, pero de todos modos era una opción bastante prometedora la de tomar por los pelos cualquier oportunidad que allí se presentara, en lugar de ser atacado por la espalda sin antes haberse lavado. Muy sorprendido se sintió al verse de repente rodeado de mujeres excitadas que le arrancaron literalmente la ropa del cuerpo, y acto seguido sintió diez manos que lo palpaban, lo acariciaban y lo obligaban a hundirse en la tina llena con aquel líquido caliente, la cual, de no ser por lo estrecha que era en sus medidas, habría acogido por lo menos dos o tres de aquellos cuerpos de mujer. Gracias a ese detalle, tuvieron que limitarse a enjabonarlo y a restregarlo. Por lo visto, lo que más sucio debió de parecerles fue su trasero y su sexo, porque hubo un momento en que Sayf no fue capaz de contar ni separar los ágiles dedos que estaban atareados por debajo de la turbia superficie. Ese hecho le dio una idea. De un modo inesperado, se levantó de un salto completamente desnudo y les pidió a todas que se despojaran de sus caftanes y sus túnicas y se metieran con él en la tina. Las mujeres, entusiasmadas, no se dieron cuenta de que Sayf había salido de la bañera antes de que la primera de ellas se arrojara en aquel caldo con un grito de triunfo. Sayf se enfundó rápidamente sus pantalones raídos y se marchó de allí a toda prisa con el torso desnudo.

Cuando se dieron cuenta de su fuga, lo primero que pensaron los eunucos responsables no fue en perseguir al fugitivo, sino en castigar a las mujeres, las cuales, en opinión de los vigilantes, debían de estar confabuladas con el prisionero. Tanto la jefa de los baños como las damas que la acompañaban fueron llevadas a la fuerza, como castigo, hasta la sauna situada en el *hamam* de los hombres. Sólo al cabo de varias horas, la gorda Badra consiguió escapar de aquellos penes ávidos y salió corriendo desnuda hacia el harén. Fue entonces cuando el señor Tomás se enteró del incidente, y envió enseguida algunos jinetes para que iniciaran la persecución.

—¡Traedme la cabeza de ese joven! —fueron sus palabras, un rugido que estremeció todo el patio de la ciudadela, seguido de la orden de colgar a todos los eunucos de menor rango.

Pero entonces se desató la rebelión. La Tigresa, temblando de ira, se mostró por lo menos tan furiosa como el propio señor Tomás cuando vio lo que habían hecho con su amiga Badra. Bajo la guía de Shura, todas las mujeres del harén se sublevaron y arremetieron gritando contra el cerrado *hamam* de los hombres; las piedras volaron a través de las ventanas, y las puertas hermosamente labradas amenazaron con romperse en pedazos ante el empuje y las patadas de las mujeres. Mientras tanto, los eunucos de menor rango, temblando de miedo, sacaron a Melusina y a su hija del harén a través de unos pasadizos secretos. No se detuvieron mucho tiempo en hacer preguntas a la madre y a la hija; en lugar de eso, las apremiaron literalmente para que los siguieran. Estos eunucos eran considerados seres bastante infames, lameculos del

señor Tomás, razón por la cual eran temidos en toda la ciudadela. Pero cuando los castrados se enteraron de que iban a ser colgados, desarrollaron de repente un insospechado y provechoso espíritu de colaboración con Melou. No sólo confiscaron el aprovisionamiento necesario en las dependencias de servicio, sino que sustrajeron algunas armas del arsenal, así como una tienda que impediría que la madre y la hija tuvieran que dormir al raso durante la fuga. Luego sacaron a Melusina y a su hija de la ciudadela a través de un túnel secreto que terminaba mucho más allá de las murallas de Niphin. Astutamente, aquellos cuatro seres, cada cual más dispar, permanecieron ocultos en el tubo hasta que todos los esbirros hubieron pasado y afuera reinaba la noche más oscura. Ninguno de los dos eunucos tenía el propósito de regresar para quedar a merced de la bondad o la crueldad de su señor. A partir de ahora estaban decididos a acompañar a sus protegidas hasta la mismísima fortaleza de Masyaf, pues allí, al menos, tenían la esperanza de ser aceptados por el Viejo de la Montaña para servir como guardianes en el «paraíso de los asesinos».

LOS AMANTES

LA PEQUEÑA tropa viajó durante la noche, mientras uno de los eunucos cargaba en sus brazos a la pequeña Xenia. En la siguiente dehesa que encontraron robaron dos asnos, uno para Melusina y el otro para que cargara con la tienda y las provisiones. Melusina soportaba la situación estoicamente, pero a Xenia, que entretanto se había despertado, todo le pareció tremendamente excitante. Melusina se reprochaba que, en medio del tumulto, apenas se había preocupado de si Sayf había conseguido o no su libertad, a pesar de que las palabras del señor Tomás habían dejado en ella una espina de duda sobre si en realidad su amado, quien al fin y al cabo había puesto en peligro su vida por salvarla a ella, había tenido verdaderas intenciones de dejarla en la estacada.

Amanecía en la región del Líbano, donde por lo menos existía todavía una diosa de los amantes. Por tal razón, el fugitivo Sayf, que había conseguido escapar semidesnudo, y que, además, estaba protegido por un ángel de la guarda del que abusaba considerablemente, sintió al cabo de unas pocas millas recorridas, después de haber dormido bajo los árboles, el remordimiento por haber dejado a Melusina a merced de su triste destino, y fue entonces cuando decidió volver sobre sus pasos. Pero entonces, de repente, vio a la niña delante de él; la pequeña Xenia contemplaba divertida a aquel hombre vestido precariamente que todavía temblaba a causa del frío de la noche, mientras su madre quedaba casi petrificada sobre el asno en el que cabalgaba. Sin embargo, tanto la rigidez de Melou como el temblor de Sayf parecieron desaparecer cuando ambos se abrazaron, y Xenia se alegró de ver a su madre reír por fin otra vez.

Melou durmió con Sayf ya durante la primera noche. No fue el tímido tanteo de dos cuerpos extraños. A fin de cuentas, se conocían desde que eran niños; de pensamiento, se habían acurrucado el uno contra el otro en miles de ocasiones, se habían cubierto de besos. Entrega y exigencia, exploración y conquista, todo eso se mezcló de forma salvaje y tierna, ambos bramaron hasta el agotamiento absoluto, hasta la siguiente erupción del fogoso volcán, hasta hundirse en los remolinos de Escila y Caribdis^[129]. A esa noche le siguieron muchas otras; era largo el camino. Melou saboreaba a plenitud el cuerpo musculoso del amado, su piel aterciopelada, mientras Sayf se revelaba como un amante fogoso y apasionado. Se amaron en la tienda que habían llevado consigo, mientras todas las noches los eunucos, con sumo tacto, tomaban distancia de aquel templo de Venus^[130] y de Amor^[131] erigido a toda prisa y se ocupaban de la pequeña Xenia, a quien el ajeteo amoroso de su madre le resultaba tan extraño como el trato con los castrados. Melou, por su parte, podría haber disfrutado con mucha más intensidad de aquellos placeres que Sayf le

proporcionaba de un modo instintivo si su amante no se hubiese pasado todo el tiempo hablando del deseo insatisfecho de al-Mansur. Con ello, la sombra del amigo, quien para Sayf era un ser supuestamente superior, estuvo inmiscuyéndose todo el tiempo en la intimidad de la tienda, el lugar que pudo convertirse en el nido de amor exclusivo de ellos dos. A decir verdad, Melou no habría tenido nada en contra de que el cuerpo de su admirado hermano, un cuerpo cálido y fuerte, se hubiese interpuesto entre ellos. Hacer felices a dos hombres a la vez era algo para lo que se sentía preparada, y de buen grado les hubiese proporcionado tanto a uno como al otro la ternura que sentía por ambos, todo lo que le pidieran sus dos compañeros de juventud. ¡Y lo haría hasta quedar rendida! Pero en lugar de acariciarla, de cubrirla de besos, Sayf se dedicó a luchar con ciertos fantasmas que sólo él invocaba. En vez de demostrar en silencio su amor a la mujer tan ardientemente amada, con un abrazo apasionado, Sayf intentaba defenderse del invisible Sayf por medio de absurdos juramentos de fidelidad que ella jamás le había exigido a él, con alabanzas a un amor incommovible. Melusina hizo todo lo posible por acallar aquellos labios, pero todo fue en vano.

Cuanto más se acercaban a Masyaf, tanto mayor era el acoso de aquel entusiasmo, hasta que una noche, durante las primeras horas de la mañana, Melou puso fin a ese tartamudeo sobre el amor.

—¿Acaso me amas solamente porque soy la hermana de Víctor?

Sayf no se dio cuenta de la seriedad de la situación en la que ahora se veía inmersa su relación, pero le juró a Melusina que no diría ni una palabra sobre su amor en presencia de al-Mansur.

—¿Lo ves, Sayf? —dijo Melusina con tristeza—. Es mayor tu temor al desamor de Víctor que tu voluntad por declarar tu amor por mí —declaró; a lo que añadió, decepcionada—: ¡Y eso sucede sobre todo desde que ya no puedes soñar conmigo junto a él, porque yo siempre fui tu amada en cuerpo y alma!

A Sayf le asustó su tono firme.

—¿Fuiste...? —preguntó todavía con ingenuidad, pero de inmediato recibió una respuesta clara.

—En vistas de que no estás dispuesto a ser el hombre de mi vida —dijo Melou, levantándose lentamente—, tampoco serás algo más, aunque tampoco algo menos... —y añadió con una sonrisa—, ¡que mi examante! —Decidida, se levantó del lecho—. ¡Y seguramente no serás el último!

Fueron palabras amargas, pero así tenían que ser.

Sayf no hizo nada por retenerla. Sólo cuando Melou se detuvo delante de la tienda, hizo un lamentable intento por abrazarla, pero de inmediato dejó caer los brazos. Melusina llamó a su hija y le comunicó a los eunucos que a partir de ese momento deseaba viajar sola. Masyaf ya no estaba lejos. Dio las gracias a los dos hombres perplejos por haberle cedido uno de los asnos y cabalgó sin volver la vista

atrás, alejándose de allí. Sayf, avergonzado, no quiso seguir sintiendo por más tiempo las miradas maliciosas de los eunucos a sus espaldas, y también se marchó.

—Lo sucedido en los Cuernos de Hattin me hace dudar de todo para cuanto he sido preparado hasta ahora por el *sheik* —dijo al-Mansur en tono reflexivo—. Las decisiones verdaderamente importantes se toman en otra parte...

—¡... o las toman otras personas! —lo secundó Jaluddin.

—No son hazañas fortuitas y pequeñas como las que realizan los asesinos... —continuó al-Mansur.

—... sino ciertos acontecimientos forzosos de gran envergadura, acontecimientos que cambian el mundo —lo interrumpió de inmediato el maestro. El carro con el «comerciante y su mujer» rodaba a través de una colina de la sierra de Noasiri. Detrás de una de esas cumbres que se alzaban ante sus ojos aparecería por fin Masyaf—. Pero no subestimes las pequeñas causas, éstas que, si bien no son fortuitas, ¡porque ante Alá no hay nada fortuito!, pueden convertirse en el desencadenante de grandes catástrofes —le advirtió el maestro, pero su pupilo no quería ceder de ninguna manera.

—Entonces sigue siendo válida la importancia de los individuos que actúan —dijo la voz que, a pesar de su ímpetu, quedaba opacada por la redecilla del *burka*—, ¡da igual que sea la de la víctima o la del verdugo! ¡Cuando un gandul mata a otra persona a golpes, no hay ningún reino que se venga abajo!

Al-Mansur estaba orgulloso de sus ideas, pero al mismo tiempo se sentía afectado por la perspectiva de no poder hacer nada grande en su vida.

—¡Daría mi vida —exclamó— por que se me concediera la oportunidad de conseguir algo razonable con eso, algo que sólo yo, sólo nosotros... —dijo, corrigiéndose, intentando incluir a su compañero ausente, a Sayf—, podamos hacer!

El maestro de maestros asintió, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

En el subsuelo de la ciudadela de Botrun había una antigua cantera que databa de los tiempos de los romanos, un profundo agujero con varias cavernas, rodeado de paredes rocosas en vertical, casi lisas. No había escapatoria de ella, a menos que alguien dejara caer una cuerda en esa «caldera del diablo», tal y como se imaginaba con placer el señor Tomás de Niphin. Las mujeres echarían de menos la clara luz del día que habían disfrutado en el serrallo de Niphin. Sería el infierno en la tierra; mejor dicho, un infierno en lo profundo de la tierra, eso les depararía él. ¡Y haría azotar a Shura si su mano o su voz volvían a alzarse en su contra! ¡O, peor aún, la haría colgar de los pies y tendría que ver lo que sus siervos eran capaces de hacer con su gorda amiga!

El señor Tomás decidió trasladar su sede a Botrun, a fin de poder contentarse con el destino de las estúpidas mujeres cada vez que tuviera ganas. A decir verdad, no era capaz de sacar ningún otro placer de su harén, ya que la naturaleza, por desgracia, le había negado las habituales alegrías del sexo, y con eso tenía que vivir.

Gracias al azar, o al incansable ángel de la guarda de Sayf, lo cierto era que después de varios días de marcha solitaria alguien lo puso en el mismo camino que debía recorrer el carro del maestro de armas. Sayf no sentía ningún tipo de remordimiento. ¿Por qué iba a sentirlo? Se había ganado el amor de Melou, aunque luego lo había perdido. Había poseído su cuerpo, le había hecho sentir la fuerza de su miembro, aunque ella había hecho como si nada de eso le importara demasiado. Al-Mansur reventaría de envidia, le corroería la ira si supiera la ventaja que él ahora tenía sobre él en forma de experiencia concreta. Y puesto que seguía pensando intensamente en el compañero al que había echado de menos tanto tiempo, ni siquiera vio el carro de Jaluddin y la campesina cubierta con un *burka* que le pasó por el lado justo en el momento en que vio a lo lejos la fortaleza de Masyaf. Sólo cuando aquella voz familiar gritó su nombre con asombro, Sayf, que se había apartado a un lado, levantó la vista. Al-Mansur y el maestro de armas hicieron como si ese reencuentro fuera lo más natural del mundo, pues la probabilidad de que ambos hubieran encontrado la muerte era mucho mayor que el hecho de que ahora pudieran abrazarse a las puertas de Masyaf.

—¡Precisamente hemos acordado... —le explicó al-Mansur a su amigo de inmediato, después de haberse despojado del molesto *burka*— cambiar el mundo haciendo algo grande!

—¡Algo muy especial! —lo secundó Sayf de inmediato, pletórico de entusiasmo—. ¡Algo que nos saque de esta asquerosa singularidad, de esta amalgama de lo habitual!

Jaluddin los observaba a ambos con expresión divertida.

—¿Qué? ¿Encontrar la perla en una sopa de ostras? —dijo en tono burlón—. Eso sólo depende de vosotros —continuó, esta vez en serio—. ¡Sólo cuenta lo que seáis capaces de hacer con vuestras vidas! —Miró a los dos amigos con gesto examinador—. Yo podría enseñaros algo más que extraordinario, pero para eso es necesario tener cierta persistencia y cierta paciencia —dijo, reflexionó un instante y añadió—: El valor es una cualidad que sé que tenéis como premisa.

Al-Mansur había notado la mirada de entusiasmo de su amigo Sayf.

—¡Confiamos en vos, maestro de maestros! —dijo.

—¡Incondicionalmente! —confirmó Sayf—. ¡No os defraudaremos!

En Montmor la convalecencia de Gernot había hecho tales progresos que su cariñosa madre, Aziza, podía dedicarse ahora a coser para ambos las túnicas con las que los hijos podrían reclamar el honor que merecían en sus respectivas órdenes. Para la capa del templario, Aziza empleó una pieza de tela blanca a la que le colocó, a la altura del pecho, una vistosa cruz paté de color rojo sangre; para Valerian, el hospitalario, la tarea fue un poco más difícil, ya que, antes de coserle la inmensa cruz blanca, tuvo que adquirir la tela negra en el mercado de los beduinos. Su trabajo, sin embargo, fue un claro indicio para la todavía ágil Aziza de que sus incorregibles hijos se marcharían de nuevo, mientras ella se quedaría otra vez sola con su marido, el demente Roger du Ferbac. La madre se quejó de su destino con el más comprensivo de los gemelos, con Valerian, que le prestó atención cuidadosamente.

—Decidme, madre, ¿guardáis todavía rencor al caballero Roger por lo que os hizo a vos y a vuestra hija?

Aziza negó con la cabeza; sus mechones grises se habían multiplicado.

—Melusina siempre fue una chica rara —explicó sin compasión—. ¡Es una albina, esa gente trae mala suerte!

Aziza apartó la mirada de su hijo.

—En lo que a mí respecta, Melusina puede quedarse donde está —añadió.

Valerian se puso la túnica negra preparada por su madre y disfrutó la visión de la cruz de los caballeros hospitalarios sobre su pecho. Era hora de abandonar Montmor.

EL PASTELERO Y LA PRINCESA

AQUEL hombre ostensiblemente inclinado hacia adelante, de anchas espaldas y brazos desacostumbradamente largos, cabalgaba en compañía de sus dos pupilos a través de la cárstica región de colinas. Tras aquellas cumbres montañosas, las murallas de Masyaf desaparecieron con la misma rapidez con que habían aparecido. Nunca habían recorrido aquella región hasta que emprendieron la gran aventura que el maestro Jaluddin les había prometido. Lo último en desaparecer de su campo visual fue el torreón de Montmor. El precavido maestro de armas se cercioró de que así fuera antes de señalarles a Sayf y a al-Mansur la cumbre rocosa ligeramente transversal que destacaba en el anchuroso valle por encima de todas las demás.

—Subiremos hasta allí —les comunicó Jaluddin a sus dos acompañantes—, pero en vistas de que el terreno es muy escarpado, os instruiré desde aquí abajo en «el vuelo del águila».

Los dos amigos se miraron. No les parecía aconsejable mostrarse divertidos ante el maestro de armas, sobre todo porque Jaluddin había hecho ese ofrecimiento con absoluta seriedad, y tampoco su comportamiento posterior les permitió inferir que se tratara de una broma. Desmontó del caballo y sacó de las alforjas un gran fardo rojo cuidadosamente atado. Envuelta en una manta apareció una paca de seda que parecía cosida a partir de varios retazos, de los cuales partían varios cordones finos que se unían en un haz hasta formar unas sólidas cuerdas que culminaban en una especie de manija. En un inicio el maestro de maestros se mantuvo callado. En silencio, les indicó a Sayf y al-Mansur que agarraran cada uno las partes situadas una frente a la otra, que abrieran con cuidado el fardo rojo y separaran las tiras de seda. Surgió entonces un inmenso rectángulo, por lo menos cuatro veces más largo que ancho, y con unos doce pies de envergadura. Al abrirlo se vio claramente que los cordones de diferente longitud estaban fijados a intervalos regulares en los bordes, de modo tal que cuando se tiraba de ellos hacia un punto central daban a la tela la forma de una arcada ligeramente torcida. Unos bultos más gruesos surcaban la frágil estructura en una red de arterias. Tampoco esta vez el maestro les dio explicación alguna, tan sólo se inclinó y les mostró a sus discípulos qué era aquel entramado de arterias. En las bolsas de tela había ocultas unas vejigas de cerdo que era preciso inflar en ese momento.

Jaluddin les hizo la primera demostración, luego cada uno de los dos discípulos tuvo que bombear aire dentro de las tuberías con el esfuerzo de sus propios pulmones y apretando bien los labios; así, hasta que la tubería se tensara dentro de su envoltura abultada. Mientras las caras de los dos jóvenes enrojecían por el esfuerzo, el maestro de maestros, de forma fragmentaria y misteriosa, comenzó a contarles la historia que lo había motivado a hablarles del «vuelo del águila».

—Erase una vez un mozo —comenzó diciendo lentamente, mientras tomaba asiento sobre una piedra y toleraba con un gesto que los dos amigos detuvieran un momento su labor— que tuvo la mala suerte de nacer siendo el último hijo de su padre, un célebre héroe de guerra y reputado emir. Eso, sin embargo, no fue todo; el joven tenía un aspecto desagradable, hasta el punto de que cuando su padre, herido en su orgullo, lo envió a que entrara a servir como paje en la corte del virrey, a los cortesanos les repelía tanto la fealdad del muchacho que lo condenaron entre burlas a trabajar como ayudante de pastelero en la cocina del palacio...

A Jaluddin le gustó mucho que la labor fatigosa e incesante los dos fedayines que llevaban a cabo, soplando en aquellos tubos, se adecuara tan bien al ritmo de su narración, pues en su condición de maestro severo, de vez en cuando pisaba uno de los bultos inflados de aire para verificar si cedían o no.

—Sin embargo, el joven se empleó con tanta habilidad en la panadería que el jefe de la cocina le confió el honor de hornear y preparar las golosinas diarias de la princesa: pasteles de almendras, merengues, rollitos de pistacho y una selección de frutas escarchadas. Todos en la cocina sabían que la princesa vivía encerrada bajo una estricta vigilancia en las habitaciones superiores de la torre más alta, ya que la joven se había negado ante su padre, el virrey, a entregar su mano al hombre escogido para ella...

Finalmente los briosos soplidos de Sayf y al-Mansur habían conseguido henchir los tubos en tal grado que el maestro de maestros ya no tuvo ninguna objeción que hacer. Entonces les dijo, señalando con su fusta, que tiraran de los cordones de tal modo que ninguno se entrecruzara ni pudiera enredarse o anudarse. El error más mínimo provocaría que la vara se atravesase en el medio, deshaciendo las líneas trazadas con tanto esfuerzo, lo enredaría todo y los dos fedayines tendrían que empezar todo el trabajo desde el principio. Lo único que les mantuvo el buen humor fue la continuación de la historia.

—Un día, el joven pastelero encontró un papel bajo la bandeja de plata vacía de la tarta. Con frases breves, escritas a toda prisa, una «prisionera» imploraba en una forma poética indudable que «le obsequiaran la libertad del águila para poder escapar de su jaula a través de los aires, como única forma de salida». Para el joven estuvo de inmediato claro que había sido la propia princesa la autora de esas líneas, y se sintió aludido por su súplica desesperada. Y puesto que no estaba dotado con el don de la poesía, dibujó una águila que sostenía cuidadosamente a una joven niña entre sus garras y levantaba su vuelo con ella desde una torre. Al día siguiente ocultó el dibujo bajo el pastel, pero no pensó que con ello sólo le insuflaría a la princesa el valor necesario para afrontar su triste destino...

La correcta disposición rectilínea de los resistentes cordeles de seda gustó esta vez al implacable maestro, y entonces hizo que los dos amigos, siguiendo el plan que Jaluddin tenía en mente, plegaran de nuevo con cuidado las rojas banderolas de seda,

unas sobre otras, de modo que el fardo fue haciéndose cada vez más pequeño hasta convertirse en un paquete manejable que cabía en cualquier saco.

—Sin embargo, el joven pastelero no había contado con que la princesa tomara al pie de la letra las palabras de aquel desconocido y le exigiera un dibujo anatómicamente exacto del águila, la cual tendría que ser lo suficientemente grande y fuerte para que estuviera en condiciones de devolverle la libertad a la joven. Ahora el pastelero no podía echarse atrás, ya fuera por vergüenza o por el mero hecho de no defraudar a la princesa. En cualquier caso, esa petición le metió el diablillo en el cuerpo. De repente se sintió presa de la ambición de inventar una águila lo suficientemente grande y fuerte, capaz de satisfacer el deseo de la princesa. En primer lugar, el pájaro tendría que estar en condiciones de volar por lo menos durante el tiempo y la distancia necesarios para conseguir la libertad partiendo desde la altura de la torre. Todas las noches, a la luz de la lámpara de aceite de su habitación, el joven dibujaba unos pájaros gigantescos cuyo plumaje estaba compuesto por varios ejemplos de los de la especie, unidos entre sí por articulaciones o piezas rígidas, máquinas de volar parecidas a una ave, capaces de volar con la ayuda del viento, ya que la fuerza muscular de un brazo humano no bastaba para poner y mantener en movimiento esas alas gigantes. Todas las mañanas le enviaba a la princesa sus bocetos con la tarta, y todos los mediodías recibía una respuesta con algunas sugerencias o propuestas para mejorarlos. Ninguno de los dos se habían visto nunca las caras, pero poco a poco se fueron convirtiendo en soñadores entusiastas, ingeniosos artesanos y verdaderos corifeos^[132] de todo cuanto pudiera volar, desde las aves hasta la hoja mecida por el viento en el otoño, desde la mariposa hasta la abeja o el saltamontes. ¡Al menos era así en teoría! De esa pasión compartida surgió muy pronto una callada confianza del uno en la otra, y una vez la princesa hubo apartado sus sospechas contra alguien «de la cocina», y el joven, por su parte, consiguió superar su arrogancia frente al talento técnico de una mujer, no quedó más remedio que estos dos conjurados se convirtieran en amantes, con todos esos otros ingredientes maravillosos como son la curiosidad y el respeto mutuo, el valor de usar la imaginación y el placer por la aventura.

La historia contada por Jaluddin parecía haber llegado a un punto en el que le costaba mucho más de lo que quería dejar entrever. Por esa razón, Sayf y al-Mansur no formularon ninguna pregunta ni le insistieron a su maestro de armas. Jaluddin había recobrado la serenidad y ordenó rudamente a sus pupilos y protegidos que sacaran otra vez el «águila roja» de la alforja de su caballo y la desplegaran de nuevo sobre el suelo. Cuando los jóvenes protestaron, les respondió mordazmente, con un gruñido:

—¡Nunca está de más practicar otra vez cualquier operación de la que tu vida pueda depender luego!

Ya se disponían a retomar el trabajo de mala gana cuando, de repente, a sus espaldas, es decir, desde la dirección de Masyaf, apareció una pequeña nube de

polvo, un jinete que avanzaba velozmente hacia ellos. Era Timdal: ¡el eunuco lo había enviado! «El Viejo de la Montaña ha regresado», dijo el moro, agotado, y seguramente querría verlos a todos.

Sayf y al-Mansur se miraron. Por un momento, se olvidaron del maestro de maestros y de su conmovedora historia. Jaluddin se dio cuenta, y no le pareció del todo desagradable. Fue él el primero en subirse a su caballo. Pero sólo con la intención de enviar al moro delante para que anunciara satisfecho su regreso.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que el maestro tenía pensado no reaparecer en Masyaf con sus dos discípulos. Al cabo de un rato de camino, les ordenó a los dos jóvenes que montaran el campamento para pasar la noche.

El saloncito de la *saida* Tamara estaba abandonado, la ausencia de la señora de la casa se hacía notar, y aunque no estaba cerrado ni mucho menos, ninguna de las huríes sentía atracción alguna por entrar en el recinto. Holgazaneaban por el jardín, y algunas de ellas se dedicaban con gran esmero al cuidado de las plantas de cannabis, aunque éstas prosperaban por sí solas, de modo que lo único que tenían que hacer de vez en cuando era cosecharlas, ponerlas a secar y a fermentar las hojas. Lo que movía a las jóvenes era más el deseo de estar ocupadas que la adicción al hachís. Con el humo de esas plantas en el estómago o en los pulmones, el tiempo de dormir al sol era menos torturante, y los sueños con hombres jóvenes y fornidos de duros traseros y un *qudban*^[133] aún más duro afloraban con mayor facilidad. En eso estaban de acuerdo tanto las que se reunían en pequeños grupos exhibiendo sus cuerpos sudorosos como aquellas que se retiraban silenciosamente a sus aposentos para satisfacerse por sí mismas. Ninguna de las dos cosas tenía mucho de excitante.

Por tal razón, el regreso de Melusina y de su hija no había provocado demasiado alboroto, sobre todo teniendo en cuenta que la joven había vuelto sin hacer grandes aspavientos, y no había dicho ni una sola palabra sobre las experiencias que había vivido. Melusina actuaba como si no hubiese sucedido nada, y le había arrancado a Xenia la promesa de ver toda la historia de su viaje como un «gran secreto» que sólo ellas dos compartirían. Si alguien se le acercaba con preguntas curiosas, ella debía explicarle sencillamente que había estado viviendo mucho tiempo con su abuela Aziza, que estaba enferma.

—¿Y aún está enferma? —preguntó Xenia enseguida, en tono compasivo.

—Ya se ha curado de nuevo —le aseguró Melou.

En el lado interior del muro que cerraba el acceso del paraíso a los acantilados situados encima del estanque se aglomeraban algunas huríes, contentas de haber hallado una ocupación que, además, requería cierto ejercicio físico: agrupar en grandes montones las ramas de cannabis arrancadas, mientras otras mujeres, bajo la supervisión de Shirin, se ocupaban de lanzar al exterior las plantas marchitas, en parte también resacas, a través de un matacán. La abertura, originalmente concebida para

verter aceite hirviendo o brea sobre los atacantes al asalto, era demasiado estrecha como para servirle a alguna de las jóvenes como brecha por la que pudiera fugarse; además, cualquiera que lo hubiese intentado se precipitaría en caída libre por los acantilados. Sin embargo, el agujero sí que era lo suficientemente grande para meter en él las ramas arrancadas y empujarlas hacia afuera con la ayuda del mango de las horquillas, tal y como les había pedido el *kabir at-Tawashi*. Probablemente, si no se quedaban colgadas en las rocas, caerían hasta la gruta del estanque, pensó Shirin, sin que ello le ocupara demasiado la mente. Era un montón bastante grande reunido a partir de la despejada plantación de cannabis. Las huríes empleadas en ello, todas voluntarias, se entregaban con brío a la tarea de limpiar el jardín de su paraíso armadas con horquillas y hoces. Shirin se dio cuenta de que no era necesaria su supervisión para la exitosa continuación de las labores, y salió en busca de Melou, a la que encontró al final del jardín, a la sombra de uno de los árboles de cítricos, mientras hacía una trenza con los cabellos rubios de Xenia, su hija. La pequeña estaba entrando en la edad en la que empezaba a ocuparse de su cuerpo adornando la cabeza. Y su madre, que todavía irradiaba una juventud de edad indeterminada, le colocaba entre las trenzas más cortas, separadas por pequeños intervalos, toda una serie de florecillas diminutas, mientras que en las trenzas más grandes, las que le llegaban hasta la cintura, le ponía ramilletes enteros de flores y capullos. A Melou le encantaba moldear de ese modo a Xenia hasta convertirla en una especie de obra de arte, pero a veces cedía y permitía que Xenia hiciera lo mismo con sus propios mechones de pelo claro. La madre y la hija parecían más bien hermanas, sólo que en el iris de la pequeña había predominado el color azul metálico de los Ferbac. También sus cejas diferían de las típicas cejas descoloridas de los albinos. No eran en ningún modo oscuras, mantenían el delicado color dorado de sus cabellos, pero se dibujaban nítidamente en el rostro uniformemente atractivo de Xenia sin que por ello perdieran el sorprendente parecido con la belleza fatal de Melou.

Shirin se sintió totalmente atraída por esa compenetración entre madre e hija.

—Ahora, a mediodía, todos están tan adormilados que nadie lo notaría si desapareciéramos para ir a bañarnos en el barranco, como hacíamos antes. —Esa idea había ido cobrando forma en su interior, y había hecho el comentario en un susurro, casi en un tono conspirativo.

—¡Oh, sí! —exclamó Xenia enseguida—. ¡Ir a bañarnos al barranco!

An-Nasir, el *kabir at-Tawashi*, había estado contemplando con afecto a las dos jóvenes sentadas en el extremo del jardín, pero en cierto momento algo lo distrajo. Timdal, el moro, le anunció la llegada de dos nuevos *rafiq* enviados desde la fortaleza de asesinos de Khawabi para recibir allí en Masyaf, de manos del *hujja*, las órdenes mayores necesarias para ser enviados a alguna misión. Se llamaban Alí y Yussuf, y como hacía tiempo que no sabían absolutamente nada del Enviado, entre cuyas

responsabilidades estaba reclutar a los nuevos fedayines, ahora esas labores recaían sobre él. Suspirando, el corpulento eunuco se puso de pie.

Shirin caminaba delante. Ella era la única que tenía una llave de la puerta oculta con el «ojo de la cerradura», la misma que conducía desde el paraíso hasta el edificio del pozo, y desde allí a la libertad. La había heredado de su hermana más joven, Kira, quien, a su vez, se la había quitado al Enviado con la ayuda de Timdal y de la *saida* Tamara. Las dos mujeres y la atrevida niña se cercioraron de que nadie las observaba, entonces se deslizaron a través de la puerta entreabierta. Mientras Shirin cerraba tras de sí el portón y guardaba la llave en un lugar bien visible para Melou, la pequeña Xenia ya esperaba en la semioscuridad de la habitación junto a la rueda del pozo y apremiaba para que bajaran cuanto antes a través de la inclinada galería. La gran aventura comenzó en cuanto Shirin y Melou abrieron juntas la escotilla que conducía hacia las profundidades y de pronto vieron los oscuros peldaños.

Sayf y al-Mansur bajaban trotando, malhumorados y exhaustos, detrás del maestro Jaluddin por la lisa placa rocosa en posición inclinada. Habían dormido mal sobre el duro suelo. De un modo implacable, el maestro les había hecho deambular una y otra vez por aquella meseta rocosa. Durante todo el día les había hecho bajar corriendo aquella pendiente, antes limpiada por ellos de cualquier piedrecilla, siempre arrastrando consigo el «águila roja» bajo un sol abrasador. «¡Y ahora otra vez hacia arriba! —rezaba la única y lacónica orden—. ¡Y ahora otra vez!». ¡Aquel hombre era un verdugo despiadado! Sin embargo, en ningún momento las banderolas de seda roja se habían levantado del suelo como era debido, o bien las cuerdas se habían enredado de mala manera antes de que consiguieran hacerlo. Al final, el maestro de maestros dio por terminada la sesión de clases, y fue entonces cuando pudieron volver a doblar la tela enredada del «águila roja» y juntarlo todo hasta formar un paquete, tal y como habían tenido que hacer siempre cada vez que se vieron obligados a interrumpir la carrera. Si Sayf y al-Mansur no hubieran estado seguros de que Jaluddin sólo deseaba su bien, se habrían sentido molestos. Lo que sí les llamó la atención a los dos fue que el maestro de maestros jamás tomaba entre sus manos las garras del águila, aunque siempre les hacía alguna demostración sobre la manera correcta de realizarlo. Pero esta vez el maestro se había colocado a la espalda el fardo de tela y avanzó con energía delante de ellos.

—¿Cuándo podremos por fin...? —al-Mansur intentaba hacer de tripas corazón, pero el maestro lo interrumpió de inmediato.

—¡Sólo cuando hayáis comprendido cómo atrapar el aire! —les dijo desde arriba.

—¿El aire? —preguntó Sayf con un tono más divertido que incrédulo, lo que dio a Jaluddin la oportunidad de ahondar aún más en la incomprensión de sus discípulos.

—¡El viento no es más que aire... —gruñó—, y cuando no sopla, tenéis que ocuparos de todos modos de que el aire fluya a lo largo de toda la tela, que os eleve y os sostenga en lo alto!

Ese comentario envalentonó a al-Mansur para expresar otra de sus objeciones:

—¡Si nunca logramos elevamos en el aire, maestro, entonces jamás aprenderemos esa sensación!

—Sin embargo, al-Mansur, si te elevas demasiado sin saber cómo ni por qué, caerás al suelo como un saco mojado, ¡y reventarás! —respondió el maestro con enfado.

Habían llegado hasta el pie de la meseta, donde los esperaban sus bestias. Jaluddin metió el «águila roja» en la alforja y emprendieron el regreso bajo el sol del atardecer.

Sin previo aviso, pero sintiendo que la «historia del pastelero y la princesa» flotaba ante ellos en los cirros de color naranja y carmín que se formaban en el horizonte, Jaluddin retomó la rara historia de amor nunca confesada con la desconocida princesa.

—Desde hacía algún tiempo el joven pastelero recibía poquísimas noticias desde la torre, lo que, en consecuencia, lo inspiraba cada vez menos para invitar a la princesa a emprender aquellas osadas cabalgatas por los aires. Por otra parte, él era un hombre imaginativo con bastantes nociones artesanales. En una ocasión, le horneó a la prisionera de la torre una ala hecha a partir de cáscaras de naranja glaseadas, una estructura que representaba el costillar del ala, cubierto de una finísima capa de hojaldre para las superficies situadas entre ellas. La estructura tenía una forma torcida gracias a unos finos hilillos de azúcar solidificado, y tenía en el medio un delicado cuerpo de mujer hecho a partir de mazapán blanco que se asemejaba a una avispa atrapada en una telaraña. Quizá el joven, en esa ocasión, había ido demasiado lejos con esa atrevida representación del cuerpo de una mujer, ya que después de eso no recibió jamás una respuesta...

Mientras Jaluddin, con su voz clara, desplegaba esas imágenes ante los ojos de sus discípulos, se había ido acercando tanto a Masyaf en su camino de regreso que de inmediato pudieron reconocer la silueta oscura de las murallas y las torres al otro lado de las colinas.

—Del mismo modo que aquel pastelero hechizado por la diosa del amor se imaginaba el vehículo que raptaría a la mujer adorada hacia la libertad, la princesa desconocida que, sin embargo, ya no era para él una extraña... —Jaluddin cambió de repente el tono, y su voz adoptó una seca objetividad—; así quiero yo que penséis en la manera de fabricaros vuestra propia águila...

—Pero si ni siquiera tenemos los materiales adecuados —protestó Sayf—, ¡y no sabemos manejar las agujas y los hilos!

—¡He dicho que «penséis»! —lo reprendió amablemente el maestro—. Os dejaré el águila roja como modelo. —Su voz era de nuevo la de un instructor—. ¡Cuando

regrese del viaje que debo hacer ahora, espero ver un ejemplar que se iguale al mío en su capacidad para volar, si es que no lo supera! —El maestro de maestros rió al ver los mohines de afectación y las miradas un poco atontadas de sus dos pupilos—. An-Nasir y el moro os podrían ayudar —añadió a modo de consuelo.

—¡Sí! ¡¿Y las huríes lo coserían?! —dijo burlonamente Sayf.

—¡¿Por qué no?! —Sayf recibió una mirada reprobadora. Entonces al-Mansur se animó a decir algo:

—¡Sólo con la condición de que nos contéis cómo termina vuestra historia!

—Eso podría ser muy instructivo para nosotros —dijo Sayf para disminuir en algo la impertinencia de aquella demanda. Jaluddin suspiró.

—Pues entonces se comentó en la cocina que la princesa había cedido en su resistencia contra el deseo de su padre. Pero la hija puso una condición: quería coserse su propio vestido de novia, y hacerlo con la ayuda de su fiel doncella, a la que le habían retirado para hacer el castigo aún más duro de lo que era. Para ello pidió una cantidad enorme de la mejor y más fina seda china, ¡y el color tenía que ser rojo como el fuego! El virrey estaba tan feliz con el cambio de parecer de su hija que ordenó que consiguieran de inmediato el material deseado y envió una caravana compuesta por los camellos más rápidos hacia Tashkent, para adquirir allí, en el gran bazar, justo el tipo de tela y el color solicitados por la princesa.

Entretanto habían llegado hasta el portón de entrada a la fortaleza de Masyaf, y Jaluddin reunió a sus adeptos de nuevo a su alrededor. Su voz se volvió un susurro.

—Mientras la caravana estaba todavía en camino, la princesa volvió a importunar a la corte de su padre con otro deseo estrafalario. Ordenó que le llevaran centenares de yardas del mejor cordón de seda en color negro, verde y blanco, los cuales debían ser finos y resistentes. A la pregunta sobre lo que pretendía hacer con ellos le dijo al mayordomo que era para adornar el vestido de bodas que había diseñado. ¡Quería que fuera así y de ningún otro modo! El mayordomo mandó a las tropas hacia todos los puntos cardinales, y de repente todos los talleres que fabricaban alfombras no tuvieron otra cosa que hacer que trenzar día y noche esos cordones bajo la supervisión de los soldados. Quien no entregara la calidad solicitada, cordones capaces de sostener el peso del propio tejedor, debía ser ahorcado con su propia mercancía de baja calidad hasta que la lengua se le saliera por la boca. Así las cosas, todo el país se vio revuelto de repente, mientras el virrey esperaba con ansiedad el día en que regresara la caravana.

El maestro de maestros era un narrador muy hábil. Introdujo una pausa en ese instante, pero antes de que los oyentes pudieran protestar, volvió a adoptar su tono conspirativo.

—¡A partir de ahora daremos a nuestra empresa secreta el nombre de «dragón blanco»! —dijo, pero de inmediato puso coto al entusiasmo que vio surgir en el brillo de los ojos de los dos pupilos—. Debéis coser vosotros mismos los cordones de vuestro dragón a las banderolas de tela; en todo caso, podréis involucrar a Aziza, para

que ninguna de las huríes pueda sospechar lo más mínimo sobre la finalidad de ese inmenso velamen.

Sayf y al-Mansur se apresuraron a asentir, y los tres entraron a través de la torre de la fortaleza.

Gernot y Valerian, los gemelos, estaban de pie en el patio del castillo de Montmor, junto al portón situado en el «pequeño muro» que separaba el perímetro del castillo del barranco. Allí, las fortificaciones eran de baja altura, ya que se unían sin fisuras al empinado acantilado, lo cual hacía imposible cualquier ataque por ese flanco. Directamente detrás del portón comenzaba la escalera con los escalones esculpidos en la roca.

Al cabo de algunas vueltas del camino cavado en la piedra, la vista se abría hacia el estanque de montaña con sus oscuras aguas azules.

Había allí, en el agua, algunas mujeres, y Valerian reconoció enseguida a su hermana Melusina, que nadaba largos tramos por debajo del agua, muy pegada a la superficie, de modo que su blanco cuerpo relucía a través del elemento cristalino; muy cerca de ella la seguía su versión más pequeña, su hija, que ejecutaba exactamente los mismos movimientos perfectos a la hora de nadar. En el lago había una tercera mujer, pero ésta ni siquiera mostraba una elegancia comparable en sus desplazamientos. Las tres estaban desnudas.

Valerian se volvió para mirar a su hermano, pero éste bajaba torpemente los peldaños con la cabeza gacha. Valerian, que en ese momento se encontraba al alcance de la vista de las bañistas, comenzó a despojarse de su ropa, y una vez llegado a la plataforma rocosa de la orilla, se quitó por último, de un modo insinuante, los pantalones, y acto seguido rugió como un obseso en dirección al estanque:

—¡Esperad un momento, que ya os alcanzaremos!

Melusina y su hija se sumergieron de inmediato en las profundidades, pero Shirin, la tercera mujer en aquel grupo, se sintió presa del pánico, y en lugar de dirigirse rápidamente a la orilla situada del lado opuesto, remó con brazadas violentas y torpes en dirección al lado más estrecho del estanque, donde las rocas de la cascada impedían casi cualquier escapatoria. Valerian sintió de repente cómo por encima de su cabeza chocaban algunas piedras pequeñas, mientras una sombra se deslizaba por su lado y caía al agua. Gernot se había atrevido a dar un salto temerario dentro del estanque. Valerian tuvo poco tiempo para admirar a su hermano, pues se dio cuenta de que éste se había dirigido directamente al punto por donde, según sus cálculos, deberían emerger Melou y su hija. De modo que Valerian también saltó al lago para evitar cualquier intromisión de Gernot.

Melou y su viva imagen, sin embargo, salieron del agua a espaldas de Gernot, como dos delfines, y se burlaron de él con presunción cuando se dio media vuelta,

jadeante, mientras las dos mujeres, madre e hija, desaparecían de nuevo en las profundidades. ¡Gernot no sabía bucear!

Shirin había visto el ataque del templario. Pero no comprendió que Melou y Xenia pudieran rechazar como un juego aquel torpe intento; por eso se vio impelida a intervenir en su ayuda con el propósito de salvarlas. Pataleando con vehemencia, se abalanzó hacia el lugar y se interpuso estoicamente entre Gernot y la orilla con gesto desafiante y respirando con fuerza, pero también ofreciéndole su pecho desnudo. Entonces, Gernot cambió de parecer; ya sus ojos no recorrieron más sin rumbo el espejo del lago en busca de las dos fugitivas, sino que se clavaron en los senos de Shirin, quien no quiso emprender la retirada hasta que no hubo comprobado con una mirada por encima del hombro que la madre y la hija ya habían alcanzado la orilla salvadora. Ella hizo un intento por seguir las, pero en ese tiempo Gernot ya se había acercado lo suficiente para agarrarla por el tobillo y tirar de la joven que pataleaba. ¡La infructuosa resistencia de Shirin lo excitó, a pesar de la temperatura fría del agua! Valerian se le acercó nadando. En realidad, sólo tenía intenciones de estropearle a su hermano el placer en su captura, por esa razón se sumergió por entre los muslos de Shirin, una acción que se convertiría en su perdición, ya que él tampoco estaba preparado para rozar la carne de una mujer; Gernot, por su parte, no se sintió ofendido o celoso en lo más mínimo cuando Valerian se le interpuso. Los dos se estimularon mutuamente, y se arrojaron sobre la presa de caza; mientras uno la rodeaba por delante, el otro se ocupaba de sus alargadas espaldas. Soltaron a Shirin, le permitieron dar un par de brazadas en dirección a la orilla, fomentándole la ilusión de que había conseguido escapar a aquellos dos desbocados hijos de Neptuno, pero enseguida dieron alcance a la joven, cada vez más agotada. Con un par de gestos silenciosos, los hermanos se pusieron de acuerdo para dejar que su víctima llegara a la orilla. ¡En la gruta, antes de que Shirin pudiera alcanzar la reja salvadora, tendría que satisfacer el celo de los dos gemelos!

Con las rodillas temblorosas Shirin salió del agua arrastrándose por encima de las piedras, sin volverse para buscar su ropa, corrió en dirección a la entrada de la gruta, pero Valerian ya estaba parado delante de ella, riendo y dándole vueltas a su cola, mientras Gernot la seguía jadeante como un semental, con la verga erecta. Shirin siguió tropezando en la oscuridad de la gruta, cuando en ese instante uno de los hermanos tiró de ella mientras el otro la empujaba.

Melou había subido corriendo la empinada escalera de la galería, aun corriendo el riesgo de dejar rezagada a Xenia, pero la pequeña mantenía el paso y casi llegaron al mismo tiempo al edificio del pozo. Melou envió a Xenia al camerino común con una leve palmadita, se ató un pañuelo en las caderas y corrió a través del saloncito de la *saida* Tamara, atravesó la puerta que todas las huríes tenían prohibido cruzar bajo pena de muerte y de pronto se vio en medio de aquella confusa y oscura red de

corredores de Masyaf. En realidad, su intención era pedirle ayuda inmediata a An-Nasir, pero en su excitación equivocó la entrada a los aposentos del eunuco. Cualquiera otra hurí, cuya presencia en definitiva era impensable en el interior de la fortaleza, hubiese perdido sin duda la piel a jirones durante esa carrera a través de la jaula del león, todos se habrían lanzado sobre ella, y los más fuertes entre los jóvenes habrían tenido finalmente el privilegio de montarla por tumos. Pero Melou disfrutaba de un estatus especial, el nacimiento de Xenia y la mano invisible del *sheik* la protegían de un modo enigmático, a lo cual contribuía también ella misma con su aspecto rodeado de magia y misterio. Eran muchos los que la temían.

Eso se ponía también de manifiesto ahora, pues cada pareja de fedayines con los que se cruzó en el camino mostraron la misma reacción: hacían como si no oyeran ni comprendieran los reclamos de auxilio de Melou, justamente con la actitud que demuestra mucha gente ante los mendigos que piden una limosna. Todos apresuraban el paso o apartaban la vista. Era cierto, su irrupción en aquel mundo masculino de olor penetrante tenía cierta dosis de impertinencia, pero ¿acaso no sucedía igual con lo que le estaba pasando a Shirin?

Melou estuvo a punto de tropezar con los dos «nuevos» *rafiq* Alí y Yussuf. Sin meditar mucho lo que les estaba pidiendo a aquellos dos desconocidos, les suplicó que acudieran en ayuda de su amiga Shirin, sobre la que pesaba una gran amenaza. Los dos jóvenes comprendieron de inmediato el miedo de la chica y la siguieron sin vacilar con paso presuroso. En ese momento Melou ni siquiera tuvo en cuenta las estrictas normas del «paraíso», al que ningún hombre salvo el *hujja* podía entrar jamás, y en el que sólo les estaba permitido echar una ojeada. Melou condujo a los dos jóvenes a través del saloncito en dirección al jardín, los envió a través de la puerta todavía abierta hacia el edificio del pozo y les indicó la galería que llevaba hasta las profundidades. A Alí y a Yussuf su repentina intervención les resultó tan excitante que ni siquiera se cuestionaron la legitimidad que tenía Melou para pedirles aquello, sino que corrieron escalera abajo blandiendo sus dagas para liberar a una dama desconocida de las manos de dos monstruos.

La imagen que se ofreció a los dos salvadores —que primero se acercaron a toda prisa, para luego hacerlo de un modo cada vez más cauteloso— era muy diferente de la que habían esperado ver.

Cuando Shirin vio a los dos hombres desnudos delante de ella en la oscura y húmeda gruta, sintió de repente cómo se disipaba todo su temor por la violencia inminente. Así, desnuda, era ella misma y estaba en igualdad de condiciones con los dos hombres. Les dirigió a los gemelos una sonrisa sarcástica y les mostró una vía de escape de aquel callejón sin salida en el que se habían metido. Junto a la entrada de la gruta se abría una hendidura que no era nueva, siempre había estado allí, pero a la que ninguno de los hermanos había prestado atención, ya que se habían precipitado

dentro a la carrera, como ciegos, y se habían metido en ese agujero negro. Meciendo sus caderas, Shirin había conducido a Gernot y a Valerian a través de esa ranura estrecha, y de repente ambos vieron sobre sus cabezas el cielo azul y los altos muros de Masyaf, pues se trataba de una caverna a la que se le había derrumbado el techo. El lugar debía de estar justo debajo del matacán, pues allí se amontonaban, formando un bulto enorme, los tallos y las ramas arrancadas de las plantas de cannabis desechadas. Un raro y seductor aroma flotaba en aquella cueva, olía a moho y a flores dulzonas. Shirin, con un gemido, se arrojó de espaldas sobre aquel blando lecho de hojas sin mostrar pudor alguno. Los gemelos estaban ante los muslos abiertos de la joven sin saber qué hacer. Y cuando Shirin notó la timidez de los hombres, reprimió la carcajada que estuvo a punto de salir de su boca; eso habría cohibido aún más a los dos hermanos. Con gesto desafiante, se revolcó de espaldas sobre el montón de hojas y ramas y les ofreció su trasero.

—Dejadme adivinar —dijo, suspirando lascivamente—, ¿cuál de vosotros será el primero —su voz entonces se hizo casi incomprensible, pues tenía el rostro apretado contra las hojas—... que se acercará a mí?

Ese fue el momento en que Alí y Yussuf entraron sin hacer ruido por aquel rincón. Se sintieron como petrificados, al igual que los gemelos de Montmor. Valerian les dio a entender a los dos recién llegados que guardaran silencio, antes de cederle la iniciativa a su hermano Gernot. Con un callado gesto de aprobación, Alí y Yussuf dejaron caer sus pantalones y miraron expectantes a Gernot, que en ese momento tomaba su verga en la mano con un ligero temblor.

EL SALONCITO DE LA SAIDA TAMARA

GRANDES fueron el alboroto y la alegría cuando un buen día la *saida* Tamara reapareció de repente en su saloncito como si nada hubiese sucedido. ¡Esa actitud modesta le servía única y exclusivamente para subrayar la importancia de la mujer cosmopolita que había regresado junto a sus queridas herías, eludiendo con desenvoltura toda suerte de peligros, resistiendo con arrojo y valentía toda clase de esfuerzos inimaginables!

—¿Que si estaba en Jerusalén cuando Saladino...? —fue la primera y más importante pregunta curiosa que formuló, ya que se sentía capaz de responder a ella con superioridad—. ¡Pues claro que estaba, queridas! ¿O qué pensáis? —Su mirada se posó en su hija mayor, cuyo vientre ahora un tanto abultado no podía ocultar ya su estado, aunque Tamara decidió pasar por alto el asunto con una sonrisa—. Ven, Shirin —le dijo con un gesto de invitación—, estoy agotada. Léelas tú a tus amigas mis modestos apuntes de viaje, así te acostumbras a leer cuentos en voz alta por las noches, algo que muy pronto te verás obligada a hacer.

Shirin tragó saliva por la manera en la que su madre puso a las demás en conocimiento de las circunstancias en las que se encontraba. No le hubiera gustado nada que alguien se le acercara para preguntarle «cómo» y «quién» era el responsable de ese estado.

—Del *Diarium itineris* de la *saida* Tamara —comenzó leyendo Shirin en voz alta, fingiendo un entusiasmo que apenas sentía—. El día en que, seguida de Timal, mi fiel moro, entré en la ciudad de Jerusalén, ocurrió un eclipse de sol. En ese mismo instante oscuro Saladino recibía en su campamento de campaña a una delegación de los ciudadanos de la Ciudad Santa que venía con el propósito de informarle sobre sus condiciones para la entrega de la ciudad.

—Por cierto, ¿dónde está Timal? —El grito venía de Melusina, que había traído también a Xenia, su hija. Shirin, que había perdido el hilo debido a esa interrupción, miró a su madre con gesto interrogador.

—¡Se está ocupando del importante huésped que nos acompañó en el viaje de regreso!

Shirin continuó:

—Para gran enfado del sultán, la delegación se negaba a entregarle la ciudad en la que Jesucristo había muerto por ellos en la cruz. Con la cabeza erguida de orgullo, la delegación regresó a Jerusalén.

La *saida* se cercioró en ese momento de que la narración de los hechos vividos por ella fuera seguida con el máximo de atención.

—La próxima jugada de Saladino estaba muy bien pensada: le permitió a la reina Sibila salir de la ciudad para ir a encontrarse con su esposo Guido, quien todavía se hallaba en manos del sultán en calidad de prisionero. Con ello Jerusalén quedaba sin

ningún representante de la casa real en el gobierno; más aún, a partir de entonces la pareja de gobernantes se encontraba bajo su influencia. Sin embargo, el cálculo del sultán no dio los resultados esperados. En la ciudad había permanecido la aún vigorosa reina madre, María de Bizancio. Su actual esposo era el eficiente Balián de Ibelín, quien le preguntó al sultán si le daba permiso para sacar de la urbe amenazada a su mujer y a sus hijos, a fin de ponerlos a salvo tras las murallas de Tiro. Saladino, generoso, aceptó su ruego con la condición de que no permaneciera más de una noche en Jerusalén. Cuando Balián entró en la ciudad, todos se le echaron encima diciéndole que tenía que quedarse y asumir el mando de las tropas defensoras. Entre lágrimas, las mujeres de Jerusalén le juraron que no se entregarían ni darían a sus hijos a las hordas de los musulmanes, por eso no querían verlo marchar otra vez.

La *saida* Tamara debió de sentir que la lectura en voz alta de su hija era demasiado entrecortada y lenta, de modo que intervino de repente sin consideración, en lugar de darle las gracias.

—Balián, ese hombre de buen corazón, le pidió a Saladino que lo liberara de su juramento. El sultán le replicó recordándole su noble condición y diciéndole que no perdonaba a nadie que faltase a su palabra; a cambio, le ofrecía un séquito seguro que acompañara a la reina María y a sus hijos hasta Tiro. Con ello Balián se liberaba de la carga de la familia y podía dedicarse a la defensa de la ciudad, y por las noches, cuando estaba demasiado agotado, ¡allí estaba, junto a él, su vieja amiga Tamara! — La *saida* disfrutó el efecto causado por su repentino comentario y le hizo un gesto de asentimiento a Shirin para que continuara leyendo.

—La misión que Balián se había dejado endilgar era prácticamente imposible. Debido al gran número de refugiados provenientes de las regiones vecinas, la población de la ciudad había aumentado tanto que por cada hombre en edad militar había cincuenta mujeres y niños. No había en Jerusalén ningún caballero, salvo los miembros de las dos grandes órdenes de caballería. Balián elevó al rango de caballero a todos los mozalbetes pertenecientes a la alta nobleza, pero al final sólo pudo juntar a catorce chicos, mientras hacía lo mismo con los hombres de mayor mérito entre la burguesía local; luego puso bajo su mando algunos destacamentos de las tropas reunidas y contratadas, así como algunos sectores de las imponentes murallas de Jerusalén. Confiscó todos los fondos públicos, vació las arcas reales e hizo arrancar y fundir incluso la plata del techo del Santo Sepulcro. Todas las armas que pudo encontrar fueron repartidas entre los hombres que estuvieran en condiciones, ya en ese momento, de portarlas.

Shirin apartó, cansada, el manuscrito.

—¿No podría leerlo otra? —Miró con un gesto de disculpa hacia donde estaba la *saida* Tamara, pero ésta no se mostró dispuesta a tener con ella ninguna compasión —. ¿Y tú, Melou? —le suplicó Shirin, pero fue Xenia, con un rápido movimiento de sus manos, la que se apoderó del libro y lo puso delante de su madre Melusina. Melou se plegó a los deseos de su hija.

—El noble Balián de Ibelín hizo todo cuanto estuvo a su alcance, pero no pudo impedir el asedio absoluto de la ciudad por el enorme ejército de Saladino. Todo parecía indicar que al sultán le importaba mucho tomar posesión de Jerusalén y de sus murallas sin dañar en lo más mínimo la ciudad. Por eso ordenó, desde una prudente distancia, que los hombres de su avanzada excavaran varias galerías en el tramo de muralla situado junto a la puerta de las columnas y la apuntalaran con vigas de madera, que luego llenaran las galerías de material inflamable y le prendieran fuego. El muro cedió y se abrió una enorme grieta. Los defensores desplazaron a sus hombres hacia allí y lucharon con encarnizada furia...

Se produjo una breve interrupción cuando el eunuco entró en el saloncito de puntillas, pero cuando vio que era Melou la que estaba leyendo no quiso estorbar. An-Nasir hubiese deseado explicarle por qué se había visto obligado a mandar apresar a los dos fedayines Alí y Yussuf inmediatamente después de que los jóvenes regresaron del barranco y antes de que pudieran hablar con nadie o incluso, posiblemente, intentaran defender su inaudita hazaña. Melusina le había contado lo sucedido cuando la noticia estaba todavía caliente, y se lo dijo llena de indignación. Sentía pena por ella al haber tenido que reaccionar tan severamente, pero el hecho de que unos fedayines —aun cuando estuvieran castigando un crimen— atravesaran el paraíso como si fuera un paso de dromedarios era algo absolutamente intolerable. Al estar solo al frente de varias tareas que —*yalamu Allah*^[134]!— ni siquiera le correspondían, se había visto obligado a actuar de ese modo. ¡Melusina tenía que comprenderlo! Pero desde ese día había cortado con él y evitaba a toda costa cruzarse en su camino. El eunuco, atormentado, le lanzó una sonrisa a la joven que leía en voz alta, y con un gesto silencioso le indicó que podía continuar. Melusina le devolvió la sonrisa con un gesto de superioridad, y se sumió de nuevo en la lectura del manuscrito.

—Una parte de las tropas bajo las órdenes de los caballeros hospitalarios y los templarios apremiaba a Balián para que iniciara el ataque. ¡Pero ésa era una empresa absolutamente descabellada que sólo les daría mártires, nada más! El patriarca latino, que en ese momento luchaba con su propia vida, apoyó a Balián en su negativa a dar dicho paso desesperado. Uno de los legados papales, por el contrario, un tal Titus de la Porta, apareció de repente en la ciudad como salido de la nada, y conminó al pueblo a agruparse detrás de los caballeros de la orden. Entonces el patriarca mandó apresar al legado en su palacio.

»Balián aprovechó el momento para salir a encontrarse con Saladino, un paso sobre el que yo había intentado convencerlo desde que había comenzado el sitio de la ciudad. Al mismo tiempo, el populacho cambió de parecer, ya que en su mayor parte estaba compuesto por cristianos ortodoxos y comunidades de los primeros años del cristianismo. ¡Sólo las cruzadas les habían endilgado una autoridad espiritual “latina”, es decir, católico-romana, con unos caballeros que les resultaban ajenos y que hablaban una lengua extraña, con arrogantes sacerdotes que utilizaban sus

iglesias y un codicioso clero a cuya cabeza estaba el patriarca con su escandalosa amante, *madame La Patriarchesse*! Bajo un justo dominio mahometano, por el contrario, podían organizar sus oficios divinos como mejor les conviniera. ¡Un vaso de agua, por favor! —pidió Melusina—. ¡De lo contrario, me quedaré ronca!

Xenia se puso en pie de un salto y trajo lo que su madre pedía.

—¿Prefieres que te sustituya de nuevo? —se ofreció Shirin, pero Melou se negó con un gesto.

—¡Ya está mejor! —dijo bebiendo otro trago—. Saladino sabía que Jerusalén estaba en sus manos. Podía ordenar a su gente cuando quisiera que la ocuparan, pero no quería derramamientos de sangre ni saqueos, ninguna destrucción absurda. Le importaba mucho establecer un ejemplo, no con el propósito de ganar popularidad entre la población, sino para avergonzar a los «cruzados cristianos», que al conquistar la misma ciudad habían actuado peor que el diablo y los bárbaros juntos. ¡El baño de sangre ocasionado por los hombres de la primera cruzada, organizado con inigualable crudeza y crueldad, era todavía un hecho terrible en la memoria de todos, particularmente de los cristianos nativos!

—¿Y por qué ellos? —preguntó Shirin, confundida.

—Porque los cruzados no establecieron ninguna diferencia entre los nativos —la instruyó su madre—. ¡Les dio igual que fuesen musulmanes, cristianos o judíos, todos fueron pasados a cuchillo!

—Saladino exigía ahora la capitulación incondicional —continuó Melou con voz firme, sin hacer caso de la interrupción—. Balián, por el contrario, sostuvo que los defensores no aceptarían eso de ningún modo, y le advirtió al sultán que lucharían hasta la última gota de sangre, y que, antes de morir, quemarían en toda la ciudad de Jerusalén cualquier cosa que fuera sagrada para el islam, desde la catedral de la Roca hasta la mezquita de al-Aqsa; ¡de igual modo, masacrarían a todos los mahometanos antes de morir ellos mismos!

—¡Deteneos! —exclamó la *saida* Tamara—. Lo que viene ahora son las aburridas negociaciones, el regateo por el precio que se debía pagar por cabeza, las posibles liberaciones de esclavos y sobre el dinero total del rescate. En cualquier caso, consiguieron ponerse de acuerdo, pues Jerusalén cayó intacta en manos de Saladino, y la fama de su enorme sentido humano y su bondad trascendieron las fronteras, llegando incluso hasta Occidente, donde probablemente nadie estuviera dispuesto a escucharlo.

—¡Tan lejos no llegan ni siquiera vuestros conocimientos, *saida* Tamara! —comentó Melusina en tono burlón—. ¡De ese modo sólo estáis embridándonos vuestras osadas suposiciones!

La mujer del Enviado lanzó una breve mirada a aquella atrevida, y entonces le dijo escuetamente:

—¡La reacción de Occidente está todavía por ver, y la veremos muy pronto, o quizá no!

Melusina le había sostenido la mirada, y volvió a sumirse en la lectura del manuscrito.

—¡Entonces permitidme leer desde el momento en que la historia se pone interesante!

Esta vez la *saida* tragó saliva, pero le permitió que siguiera leyendo con una hipócrita sonrisa, una clara muestra de su vanidad.

—... en cualquier caso, muchos millares de personas podrían haberse ahorrado la marcha hasta los mercados de esclavos si la Iglesia no se hubiese aferrado con su codicia a todos los bienes y los artefactos de oro que le habían donado los fieles y que ahora sufrían las consecuencias; si los despiadados templarios y los tacaños hospitalarios hubiesen abierto un ápice sus arcas llenáis de tesoros. Hasta los propios mahometanos se sentían indignados al ver cómo, simultáneamente con la caravana de los pobres que marchaban camino de la esclavitud, salía de la ciudad el patriarca con toda una carga de valiosas alfombras y vajillas de plata. Saladino y muchos de sus emires compraron de su bolsillo a centenares de madres, hijos y ancianos y les concedieron la libertad. —Melou se detuvo, las jóvenes aplaudieron.

—El resto de mis experiencias —anunció la *saida* Tamara con fingida modestia— tendré que contároslas verbalmente, ya que la precipitación de los acontecimientos no me permitió llevarlas al papel, pues de repente apareció ante mí Jaluddin, nuestro maestro de maestros. Había entrado en la ciudad con los conquistadores. Me oculté con él y con Timdal, pues a las mujeres no se les permitió participar en la oración de gratitud celebrada en la mezquita de al-Aqsa en presencia de Saladino, que estaba rodeado por una inmensa cantidad de fieles; después de que los sitios sagrados fueron depurados de todo rastro dejado por los templarios, se los roció con agua de rosas y fueron reinaugurados para el islam. —Tamara cogió aire antes de continuar—. Unas horas antes, en medio de grandes manifestaciones de júbilo, hicieron bajar la gran cruz cristiana que coronaba la cúpula de la catedral de la Roca. Ya nada me retenía en Jerusalén. Mi estimado amigo Balián había asumido el mando de una imponente caravana de fugitivos que marchó rumbo a Tiro. A modo de despedida, me pidió que le hiciera el favor de sacar de contrabando de la ciudad precisamente al legado papal llamado Titus de la Porta, el mismo que había sido su oponente más encarnizado, y me lo llevara conmigo a Masyaf, ya que el hombre corría grave peligro si caía en manos de los esbirros del sultán. Le aseguré al bueno de Balián que él era el único que no quería tener en Tiro al ambicioso legado papal entre las piernas. Balián rió y me confesó su esperanza de que ésa no fuera la última vez que veía a una mujer tan astuta como yo.

La *saida* introdujo entonces una breve pausa para que todas las oyentes pudieran hacer la misma valoración de su persona.

—Los tañidos de las campanas de la iglesia en la Ciudad Santa se habían acallado y habían sido sustituidos por los clamores de los muecines. Yo me despedí... —En este punto, An-Nasir se puso de pie sin hacer ruido; el corpulento *kabir at-Tawashi*

había seguido en silencio y con sumo interés todo el relato. Se inclinó ante la *saida*, que no supo hacer nada mejor que regalar al eunuco una de sus miradas ardientes para de inmediato cerrar los párpados en un gesto de vergüenza, como una niña pequeña. Aquella bola de grasa sonreía confundido cuando abandonó el saloncito—. Me despedí también de mi amiga Estefanía —continuó Tamara—, la princesa de Transjordania, pero antes había estado junto a ella también en otro momento difícil de su vida, cuando, tras sufrir la pérdida de su marido, Reinaldo de Chátillon, le pidió a Saladino que le devolviera por lo menos a su amado hijo Humfried, que se encontraba todavía entre los prisioneros del sultán desde la derrota sufrida por los cristianos en los Cuernos de Hattin. Saladino accedió a su petición, pero con la condición de que la odiada fortaleza de Kerak se rindiera por fin, al igual que el alcázar de Montreal, situado en el camino hacia Aqaba. Saladino hizo traer a Humfried y lo envió a Kerak. La guarnición del castillo, sin embargo, se negó a obedecerlo, y el joven Humfried regresó a Jerusalén, donde estaba su madre, con las manos vacías. Estefanía, que no había estado en condiciones de cumplir su parte del acuerdo, le ordenó a su hijo que se pusiera de nuevo a disposición del sultán. Ese comportamiento honorable no dejó de causar la buena impresión deseada, y Saladino le concedió la libertad al joven.

También la *saida* Tamara pidió ahora una taza de té, ya que su voz comenzaba poco a poco a graznar.

—El final puede contarse muy rápidamente: aunque el tal Titus de la Porta no me resultaba para nada simpático, se trataba de un hombre culto y con un buen sentido del humor. Tras la partida del patriarca, muy semejante a una huida, él, gracias a su rango, había asumido el mando en su palacio. Por eso estuvo en condiciones de dotar a nuestra comitiva de viaje de todas las comodidades, desde una comfortable carroza hasta el séquito que nos acompañó. El uso dispendioso de las monedas de oro tomadas de un tesoro escondido perteneciente al patriarca, un tesoro que posiblemente habría quedado olvidado debido a la prisa de la fuga, nos permitió abandonar sin ningún impedimento las puertas de la ciudad. Ningún gallo clamó por el legado papal, quien viajaba innecesariamente encapuchado. ¡En eso, el amigo Balián había exagerado bastante! —La *saida* bebió un último sorbo de su té, que ya se había enfriado, y se acomodó satisfecha entre los cojines—. Y así llegamos a Masyaf, un lugar que el legado papal siempre había querido visitar. Nuestro viaje fue muy agradable, pero al llegar aquí he tenido que aceptar la probabilidad de que ahora sea viuda.

Con esto último, la *saida* Tamara había conseguido, a modo de buen final, sacar una pequeña risa a su auditorio, y las chicas abandonaron el saloncito cuchicheando animadamente.

Enfundados en sus nuevas capas, Gernot *el Templario* y Valerian *el Hospitalario* abandonaron a lomos de sus caballos el castillo paterno de Montmor. Se habían despedido del anciano caballero en su capilla, no muy seguros de que su desquiciado padre hubiese conseguido identificarlos, ya que llamó «Víctor» a Gernot y alabó a Valerian por la humildad y la modestia del Temple en Jerusalén. Los dos gemelos dejaron las cosas tal y como estaban, abrazaron a la llorosa Aziza y cabalgaron a través del portón.

—Juntos podríamos llegar hasta la costa —propuso Gernot—, pero luego nuestros caminos se separarán, pues mi Tortosa y tu Marqab están bastante distantes la una de la otra.

—Pero lo suficientemente cerca —bromeó Valerian— para que a la próxima oportunidad nos rompamos otra vez la crisma...

—¡... en lugar de arremeter juntos contra los musulmanes! —rugió Gernot—. ¡Ésa es una ignominia mayúscula!

Valerian caviló si debía sentir o no lo mismo.

—Me parece una infamia aún mayor, insoportable, el comportamiento de nuestro miserable hermano, que tiene la desfachatez de presentarse como asesino y... — Valerian buscó las palabras apropiadas para dar rienda suelta a su odio, pero cuando vio que Gernot no lo estaba escuchando, interrumpió su parrafada. En un silencio de encono, los dos gemelos cabalgaron a través de las agrestes hileras de colinas de la sierra de Noasiri.

*Informe del eunuco a su fiel señor y maestro,
Sheik Sinan*

El regreso absolutamente sorprendente del desaparecido señor Husain ad-Din Marzuban nos sumió a todos en Masyaf en una gran excitación, a pesar de que vos no habéis deseado tomar nota de ello. A mí estuvo a punto de llenarme de los peores temores.

Y con ello puedo pasar a hablaros de un punto penoso que considero también muy crítico. Melusina, a la que, por razones bien fundadas, le consentimos algunas cosas, se ha tomado la libertad de facilitarles la entrada al paraíso a dos fedayines, y a la vez permitirles ver cómo funciona el mecanismo del pozo y de la puerta con el ojo de la cerradura, la que garantiza el acceso a la galería secreta que da al barranco. A mi juicio no tiene ninguna importancia que ella haya actuado por motivos honorables, pues con la intervención de los dos rafiq Melusina intentaba evitar la violación de su amiga Shirin; seguramente se sintió presa del pánico, de

modo que no pensó en las consecuencias de sus actos. Eso no cambia para nada el hecho de que si esta «experiencia» comienza a cursar entre los otros fedayines, todo el sistema de las «huríes del paraíso» perdería su encanto y se rompería, al igual que toda fe en la promesa de recompensa por cualquier acción valiente o el hecho de entregar la vida sin pensarlo dos veces. ¡En consecuencia, se convertiría en humo toda la amenaza implícita en la fatwa^[135] proclamada por vos, esa irrevocable condena a muerte y la beneficiosa llamada de la absoluta infalibilidad de su consumación!

Por eso me he permitido arrestar a los dos fedayines —se trata de Yussuf y Alí, dos jóvenes acogidos por mí, lo que me causa un profundo dolor— inmediatamente después de su regreso del barranco, y de encerrarlos en la zinzanah li madjanin, la celda destinada a los locos rabiosos. Hasta ahora nadie ha tenido acceso a ellos, pues yo personalmente les llevo a diario la comida, y salvo yo nadie más tiene la llave de esa apartada celda. Este arresto inmediato era, como ya he dicho, necesario, pero a la larga no representa ninguna solución. Hay algo en mí que se opone a estimular su liquidación silenciosa, del mismo modo que no abogo por castigar a Melusina. ¡En definitiva, eso no cambiaría nada! Así, dejo en vuestras manos, lleno de confianza, lo que habrá de suceder con esos dos desdichados, noble señor y maestro.

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

El lodo del patio del castillo de Montmor, que normalmente calaba hasta los tobillos, se había secado y endurecido tanto que unas extravagantes grietas lo abombaban y lo hacían reventar como un suelo de mármol mal colocado. Con su conciencia serena y orgullosa por su eficiencia como costurera, Aziza había desplegado sobre el suelo del patio aquel monstruo de banderolas cosidas, pues no había otro rincón de Montmor donde fuera posible hacerlo. Para ella, que estaba parada en el arco de la puerta del torreón con los brazos en jarras, la estructura creada por sus manos era en realidad un «dragón blanco» que le provocaba cierto miedo, sobre todo por el entusiasmo que el único hijo que le había quedado sentía por aquel artefacto del diablo. ¡Justamente era Víctor, su hijo más pequeño, quien se llamaba a sí mismo, de un modo arrogante, al-Mansur el Victorioso!

El maestro de maestros, al que por sus ropas llenas de polvo se le notaba que acababa de regresar de un larguísimo viaje, recorrió la obra con sus discípulos Sayf y al-Mansur. Todavía le faltaban las vejigas de cerdo en las canalizaciones hechas para ese fin, así como todos los cordones.

—¿Queréis que os ponga a un lado el «águila roja»? —propuso diligentemente Aziza—. ¿O es mejor colocarla encima?

—¡No es necesario! —gruñó Jaluddin, en lugar de decirle a la mujer alguna palabra de agradecimiento—. Tengo la estructura en la mente, y éste es todavía demasiado largo —añadió el maestro en un tono casi inaudible, pero enseguida se controló—. ¡¿Tenéis las vejigas?! —le preguntó a al-Mansur en un tono que el joven se asustó por un instante.

Al-Mansur señaló en dirección a la «capilla» de su padre Roger. En la pared del cobertizo de madera se bamboleaban las *vesicae suillae*^[136], ligeramente infladas y puestas a secar en hileras uniformes.

—¡Despedirá un hedor tremendo! —le dijo en tono descarado al maestro.

Jaluddin no quiso responder, pero parecía satisfecho.

—¿Y las cuerdas? —dijo esta vez, dirigiéndose, en un tono mucho más amable, a Sayf.

—¡Las hemos pedido! —fue su concisa respuesta. Sayf no quería darle la espalda a su amigo.

Entonces el maestro se dirigió a la madre Aziza y esta vez su voz sonó dulce como el azúcar.

—Espero que hayáis enseñado a vuestro hijo, quien os debe tanta gratitud, el uso de la aguja y el hilo...

La anciana inclinó la cabeza, sonriente.

—No he tenido mucha suerte con la propia prole —afirmó, un poco afligida, mientras se apresuraba a marcharse arrastrando los pies—. Sayf se muestra mucho más hábil.

Entretanto, Jaluddin había caminado con ambos hasta el muro bajo que se extendía por encima de la escarpada pared de roca. Sólo una puerta sin vigilancia alguna —una puerta que, según recordaba al-Mansur de su infancia, estaba abierta la mayor parte del tiempo— indicaba el camino que llevaba hasta abajo a través de los peldaños esculpidos en la roca. Los tres se detuvieron allí, pensativos, y contemplaron el lago, que despedía su brillo color esmeralda.

—¡Que no se os ocurra —dijo el maestro Jaluddin, sacándolos a los dos de sus sueños—, hacer una escapada durante mi ausencia!

—*Kana Allahu kabla thalik!* —gritó Aziza, temerosa, aunque Jaluddin se había expresado con absoluta claridad—. ¡Que Dios nos ampare!

Su propio hijo le hizo saber, malhumorado, que sus lamentos estaban fuera de lugar, y la mujer se retiró rápidamente a la cocina, agobiada.

Jaluddin todavía miraba fijamente el abismo, el lago situado en el barranco, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

—El joven pastelero —comenzó a contar en voz baja y sin previo aviso— se sentía profundamente triste y decepcionado por su princesa, pues la caravana había regresado de Tashkent con muchos fardos de valiosa seda para el rojo traje de la

novia. También desde todas partes del país habían enviado a la corte los cordones negros, verdes y blancos que se habían encargado. Se decía que dos maestros tejedores habían tenido que probar la resistencia de los mismos en sus propios cuellos, y que los cordones habían pasado la prueba de calidad. Los lentos preparativos para la gran ceremonia de la boda muy pronto tuvieron ocupado también al personal de la cocina, incluido el pastelero de la princesa, cada vez más desesperado, pues a él le correspondía hacer obras de arte nunca vistas, obras de un dulzor inaudito; a él le tocaba transformar recetas nunca escuchadas, de un refinamiento atrevido, para convertirlas en exquisitos dulces y golosinas. Además, todos los días tenía la responsabilidad de enviar a la torre la tarta de la desleal princesa, y siempre intentaba mezclarla con otros ingredientes para despertar en ella otros sentidos, para que un milagro diera a su amor...

»Un buen día, sin embargo, recibió en la bandeja vacía otro papel con su letra, garabateada a toda prisa.

»«¡Ha llegado la hora, querido!», decía. “Espera mañana al mediodía con dos rápidos corceles en el bosquecillo que se halla frente a las columnas del *maabad al muhibin*, el templo de los amantes, situado al este del palacio, de modo que pueda verte desde la torre, del mismo modo que tú podrás verme cuando vuele a tus brazos...”.

»El pastelero estaba inmensamente feliz, confuso como mil estrellas, el mundo giraba en círculos, flotaba de cabeza en una ola marina que lo agotaba en un remolino, y aunque no era consciente de lo que su adorada, su loco amor había querido decir con esas palabras, no sospechó lo más mínimo a qué se refería. No consiguió adivinarlo, era incapaz de pensar con claridad.

»Por tanto, al día siguiente se dirigió fielmente y con el corazón palpitante al lugar de la cita; llevaba consigo dos caballos de raza de los establos del virrey. Los había tomado “prestados” a riesgo de su propia vida, pero, según se dice, Alá protege a los amantes, ya que nos les pregunta por las razones de sus actos.

»Mucho antes de las doce, el pastelero se hallaba ya en el único claro del bosquecillo sin perder de vista la torre. Se había levantado cierto viento, y muy lejos en el horizonte se aglomeraba una negra pared de nubes. Entonces vio algo rojo detrás de las troneras de la torre, algo como una larga llamarada que de inmediato se convirtió en una bola de fuego. De repente sintió miedo, pues empezó a sospechar por fin lo que sucedía allí arriba. Comenzó a manotear y a gesticular con vehemencia con los dos brazos, hasta que se dio cuenta de lo ridículo de su manera de actuar; no tenía ningún sentido gritar o dar voces, sobre todo teniendo en cuenta que el soplido del viento había aumentado en los árboles. La bola de fuego azul y roja se desplegó como una rosa gigantesca, y él creyó sentir en su propio cuerpo cómo la tormenta que se avecinaba deshacía aquella flor, la deshojaba... Sintió frío y calor a la vez, era incapaz de moverse, sólo miraba fijamente aquella roja mariposa que intentaba desplegar las alas. Entonces lo supo, fue un pensamiento implacable que perforó su

aletargada cabeza como un clavo ardiente: “¡Va a saltar!” “¡...cuando vuele a tus brazos!”; la mariposa roja fue arrastrada hacia lo alto por el viento en un remolino, pero se resistió a esa fuerza de la naturaleza, preservó su belleza: ¡la mariposa volaba! Una terca esperanza inundó al pastelero atenazado por su miedo. El viento elevó a la mariposa y la hizo bajar de nuevo como un pétalo de rosa en otoño, la elevó cada vez más alto, y la mariposa se fue haciendo cada vez más y más pequeña. En una ocasión algo se iluminó en la pared de color negro y azul como si de la primera estrella de la noche se tratase, pero luego se apagó también ese fulgor...

A Jaluddin le falló la voz. Al-Mansur y su amigo Sayf dieron un respetuoso paso hacia atrás para no ver su cara. El maestro lloraba. Sentir eso no le impidió que al cabo de poco tiempo pasara a contar el final de la historia.

—El pastelero se vio de nuevo en el bosquecillo llorando a lágrima viva. Caían las primeras gotas de lluvia. Podía calcular que los soldados del virrey llegarían antes que él al lugar de la caída; además, si se dejaba ver allí con los dos caballos robados, lo esperarían sin duda una tortura cruel y una muerte horrible. Pero se sentía culpable, y el hecho de pagar la pérdida de su amada con su propia vida le parecía lo menos que podía sucederle en su impotente desesperación. Por tanto, cabalgó en la dirección donde supuestamente había caído la princesa. Nadie le preguntó de dónde había sacado aquellos dos caballos que llevaban incluso la mantilla del virrey, aunque él, en su dolor, se empeñaba en preguntar todo el tiempo por el camino hacia el lugar de la caída.

»Finalmente llegó al lugar del accidente, y la gente que afluía de allí en grandes grupos le describieron el camino intransitable. Tampoco podría haberse equivocado, porque el *al auwil*, los trinos y los gemidos de las plañideras se oían desde lejos. Las doncellas, a las que los soldados habían mandado buscar, ya se habían llevado de vuelta al palacio el cadáver de la princesa.

»El lugar se parecía en algo al bosquecillo donde él la había estado esperando. Quizá incluso podría haber sobrevivido si la rama de algún árbol la hubiese detenido en su caída. Pero la princesa había escogido el único claro que había entre los árboles. Y el paso a éste estaba ahora bloqueado precariamente con algunos cordones entretejidos de color negro, verde y blanco.

»Fue entonces cuando el pastelero vio algo rojo que relucía entre la maleza. Era el vestido de novia, las “alas rojas de la princesa”, como decía la gente. No lo habían tirado allí porque sí, sino porque la tela les daba miedo. El virrey ni siquiera había querido verlo, contaban los presentes llenos de espanto. Terribles *jinn* habitaban en aquel tejido de seda de color rojo chillón, los gusanos saldrían de los inflados humanos. ¡Nadie debía acercarse siquiera a esa *djallabija* del diablo! Los malos espíritus le saltarían al cuello y se lo romperían... ¡como a la hija del rey! Otros contaban que la princesa había mantenido contacto con *sheitan*. En la torre se habían encontrado cartas misteriosas, llenas de símbolos satánicos, versos apócrifos^[137] y oscuras estructuras de aparatos verdaderamente infernales.

»Entonces el pastelero abandonó el país del virrey con el águila roja en la alforja.

Los dos amigos no se atrevieron a mirarse siquiera; profundamente conmovidos, tenían la vista clavada en el barranco y el estanque. ¡¿Acaso aquello no era también una advertencia para ellos de no llevar las cosas otra vez al extremo en su deseo por Melou?! Ya en una ocasión Melusina había tenido que pagar un alto precio por el poco casto deseo de ambos. ¿Acaso ellos mismos no constituían el mayor peligro para la princesa de su corazón? Sencillamente, no podían actuar de un modo tan irresponsable como el enamorado pastelero; ni siquiera de pensamiento.

De repente ambos jóvenes, casi simultáneamente, se volvieron en busca de su maestro de armas: ¡Jaluddin se había marchado! Y así ellos también se alejaron cabalgando de Montmor y Masyaf con el único propósito de no volver a encontrarse con Melusina.

CORAZONES ARDIENTES



JUEGOS DE PODER

A TRAVÉS de los cristales coloreados del octógono caían los últimos rayos del sol de la tarde. An-Nasir, el *kabir at-Tawashi* del harén, reposaba satisfecho en las redondeces de su imponente barriga y contemplaba adormilado los juegos de luz sobre las parejas que copulaban en sus tapices de seda. Timdal, su fiel moro, le había servido el té y encendido la chimenea, ya que por esa época, a principios del otoño, las noches se hacían frías con suma rapidez. Ese alegre estado contemplativo oriental fue interrumpido de un modo brusco cuando el centinela apenas tuvo tiempo de anunciar al visitante que llegó dando voces y sin llamar a la puerta; como siempre, el Enviado entraba sin previo aviso en sus aposentos, el sanctasanctórum del eunuco.

—La obesa expresión de vuestro rostro me revela la dicha que sentís al verme de nuevo, An-Nasir —le espetó de inmediato Husain a su viejo enemigo—. ¡De modo que dadme solamente la llave de la celda de los que sufren ataques de rabia y podréis libraros de mí de inmediato!

El corpulento *kabir at-Tawashi* no quiso que aquel incidente le robara su serenidad, y bebió con deleite un sorbo de su té de menta fresca.

—¿Para qué la queréis?

—Los dos fedayines que mantenéis encerrados allí, Alí y Yussuf, son demasiado peligrosos para que los deje a vuestro cuidado.

El eunuco se puso en alerta ante tal amenaza.

—¡Tengo la intención, Husain ad-Din Marzuban, de que los dos fedayines reclutados por mí durante mi tiempo de mandato, sea cual fuere el delito del que se han hecho culpables, pasen vivos a la responsabilidad de nuestro noble *sheik* cuanto éste decida emitir su veredicto!

El Enviado, enfadado, se mordió la lengua; ese eunuco obeso ni siquiera le había ofrecido una silla, por eso se sentó desafiante en uno de los mullidos cojines.

—¡Todavía soy el responsable de todos los fedayines de Masyaf, y eso lo ha dispuesto el mismísimo *hujja*!

—¡Aún no! —le informó An-Nasir—. ¡Aún no os habéis presentado ante Sheik Sinan para informarle sobre el supuesto éxito de vuestra misión, la cual, por cierto, duró un tiempo suficientemente largo! —añadió el eunuco.

—¿Y por qué queréis saberlo? —bufó el Enviado—. Vuestra tarea, eunuco, es única y exclusivamente vigilar a las huríes, y hasta en eso dejáis bastante que desear —gritó Husain, alterado.

El Enviado se daba cuenta de que con ese tono no llegaría muy lejos.

—Bueno —ofreció, gesticulando amablemente—, os dejaré la llave si a cambio me dejáis a Sayf y al-Mansur para una misión muy especial, de la mayor importancia para mí —añadió rápidamente cuando vio la sombra de recelo que recorría el rostro

del *kabir at-Tawashi*—. ¡Os dejo también mi cargo, con todas sus responsabilidades y cargas, pues tengo la intención, como ya os he dicho, de partir de Masyaf de nuevo cuanto antes!

—Muy generoso —dijo con sarcasmo An-Nasir—, demasiado generoso, pero vuestros fedayines favoritos aún no han hallado el camino de regreso a Masyaf después de los disturbios provocados por la guerra.

La información decepcionó al Enviado.

—Entonces entregadme por lo menos a esos dos, a Yussuf y a Alí —dijo repasando la nueva situación—, ¡me ocuparé de que no vuelvan a ver Masyaf!

—Ya me había imaginado que con vos esos chicos estarían en buenas manos —resopló el *kabir at-Tawashi*, fingiendo bondad—. Pero, por desgracia —continuó con aflicción—, ¡ya han sido puestos a disposición única de nuestro noble *hujja*!

—Os daré la orden por escrito para que los liberéis —le dijo el Enviado en tono amenazador a su interlocutor—. Yo asumo la responsabilidad —dijo Husain, haciendo rechinar los dientes—. Ése no es precisamente vuestro lado fuerte.

—Sobre todo porque no es mi más apremiante deseo —le respondió el eunuco, sonriendo con moderación—. Pero podéis consignar allí vuestros plenos poderes —le dijo señalando hacia el escritorio—. ¡Se conoce que sabéis usar la pluma y la tinta!

El Enviado se levantó con cierto esfuerzo de los cojines, en los que amenazaba con hundirse del todo, y caminó decidido hasta el escritorio.

—Tomaos vuestro tiempo, y no sólo podréis usar mi pergamino, sino también vuestro espíritu, a fin de redactarlo todo de un modo que me satisfaga. —Husain hundió la pluma en el tintero y dedicó al eunuco una mirada de enfado para que no lo molestara más—. ¡No estaré mirando por encima de vuestro hombro! —lo tranquilizó la mole de carne, al tiempo que, con la ayuda del moro, se levantaba gimiendo de su acolchado asiento—. ¡Pero sí que debéis exculparme de todo! —gruñó, mientras abandonaba la habitación octogonal apoyado en el moro.

Una vez fuera, le susurró a Tindal lo siguiente:

—¡Corre, trae a Melusina ahora mismo!

El moro salió corriendo, y desde el octógono resonó la voz descompuesta del Enviado.

—¡Podrías darme la llave! —le gritó a An-Nasir con entusiasmo cuando éste volvió a entrar en su gabinete de trabajo. Mientras que Husain todavía secaba con arena la tinta mojada, el eunuco revolvió en uno de los cajones y, bajo la mirada ávida de su rival, sacó la llave.

—¡He aquí lo que me habéis pedido!

El Enviado le tendió el escrito al eunuco, mientras mantenía la otra mano extendida para coger la deseada llave. An-Nasir tomó con resolución el pergamino enrollado y le entregó la llave a Husain. Sus ojos repasaron al vuelo lo escrito por el Enviado: «Por orden del actual representante del noble *hujja*, del *kabir at-Tawashi* An-Nasir ad-Daula, los dos fedayines arrestados, Yussuf y Alí, han de ser liberados

de inmediato. Para tal efecto, el visir Husain ad-Din Marzuban ha emitido una declaración de plenos poderes». El eunuco se puso pálido.

—¡Falta vuestra firma, Enviado!

—¿Cómo?! —dijo Husain, fingiéndose muy sorprendido y arrebatando el pergamino otra vez de las manos del eunuco—. ¿Habéis pensado, An-Nasir, que podríais eludir tan fácilmente vuestra responsabilidad?! —le dijo con mirada reprobadora al eunuco, que temblaba por la ira—. ¡Ni vos mismo os creéis que vaya a entregaros plenos poderes y a la vez exculparos! —Dichas esas palabras, Husain arrojó el rollo de pergamino entre las brasas de la chimenea—. ¡Ahora ya no necesito esto! —Con gesto desfachatado y una risa sarcástica en los labios, Husain se había plantado frente al fuego; detrás de él, las llamas consumieron el escrito—. ¡Me marchó otra vez de Masyaf! —dijo, y dio media vuelta con intención de irse—. ¡Podéis soportar la pérdida, apreciado saco de grasa! —y salió con la cabeza erguida.

El eunuco permaneció en una postura inclinada, como un hombre roto, hasta que los pasos del Enviado se apagaron en el pasillo. Entonces se incorporó.

—¡Tráeme a Melou! —le ordenó al moro con una expresión impenetrable en el rostro. La joven apareció en compañía de la niña de sus ojos, Xenia—. Mi querida Melou —dijo el eunuco con amabilidad—, debido a tu irreflexivo comportamiento cuando intentabas plantar cara al destino de Shirin, has puesto en grave peligro a los dos fedayines que involucraste en este asunto...

—Lo sé —dijo la joven madre, apocada—. Yo misma tenía que haber saltado a aquella brecha, pero... —echó una mirada furtiva a Xenia, que escuchaba atentamente—, ¡pero no estaba sola!

—¡No importa! —respondió el eunuco con objetividad—. Por eso ahora tendrás que subsanar el error... —Ella lo miró con gesto interrogador, mientras el hombre corpulento revolvía en los bolsillos de su túnica—. Con esta llave... —An-Nasir le puso la llave en la mano, con un gesto que no admitía resistencia alguna por parte de Melou, que, después de todo, tampoco lo intentó— te meterás en la cripta, y allí, al fondo del todo, encontrarás la celda acolchada.

—¡Ya lo sé! —gritó Xenia, inmiscuyéndose en la conversación de ambos—. ¡La de los que sueltan espuma por la boca!

—¡Correcto! —le confirmó An-Nasir sonriendo a la impertinente niña, y luego se volvió hacia Melou—. Sácalos de allí, hazlo como puedas, pero sin que nadie os vea; llévalos al edificio del pozo y envíalos abajo, al barranco. —Él la miró brevemente—. ¡Ellos ya conocen el camino! —La mirada de An-Nasir se posó en la hijita de Melou—. ¡Mientras tanto Xenia se quedará aquí conmigo hasta que me hayas devuelto la llave! —diciendo esto, acarició con su mano carnosa los cabellos rubios de la niña.

—¡Xenia viene conmigo! —le dijo Melou con igual firmeza—. ¡La necesito!

Y, dicho esto, agarró a su hija de la mano y se marchó.

—Pero ¿y la llave que le habéis dado al Enviado? —retumbó la pregunta de Timdal en el recinto octogonal.

Con una sonrisa, An-Nasir puso su grueso dedo índice sobre los labios al moro.

—¿Es que no era la correcta? —murmuró su duda el eunuco en tono distraído—. ¡Qué lamentable! ¡En ese caso su Banda de los Tres podría llegar demasiado tarde!

Timdal también se sintió eufórico.

—Confío en Melou.

—Y yo confío en la vanidad del Enviado. Se tomará su tiempo hasta mañana por la mañana. Ya esta noche no podrá emprender su viaje. —An-Nasir reflexionó—. No obstante, quiere ir con paso seguro, Timdal, por eso te dictaré ahora algunas líneas que entregarás esta misma noche en los aposentos del *sheik*.

—¿Y qué pasa si el *hujja* no...? —se atrevió a objetar el moro, pero fue interrumpido de inmediato.

—¡El *hujja* lo oye todo y todo lo ve! ¡Siempre!

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Vuestro devoto servidor se dirige ahora urgentemente a vos, todopoderoso hujja. Tal y como había imaginado, el Enviado me ha puesto enseguida en un gran aprieto. Se ha enterado de todos los terribles acontecimientos ocurridos aquí, de los cuales me responsabiliza, y me ha exigido que le entregue a los prisioneros Yussuf y Alí. Yo no me siento en condiciones de llevar a cabo y resistir una guerra palaciega con Husain ad-Din Marzuban. Por eso os ruego que me hagáis saber cuánto antes cómo debo comportarme. Otro de nuestros problemas, quizá el de menor importancia, es que el Enviado ha dejado caer sobre mí un montón de reproches por el mero hecho de que me haya permitido darle cobijo y protección ante los esbirros de Saladino a un clérigo cristiano, el frater superior Titus de la Porta, quien, por cierto, tal y como he averiguado, está investido con el título de legado papal. Hasta este momento me he negado a rendir cuenta alguna ante Husain ad-Din Marzuban sobre todas las cosas que han sucedido en Masyaf durante su larga ausencia, ni una sola palabra le dije acerca de Kira, nuestra fugitiva, ni tampoco sobre la desgracia ocurrida a su otra hija, Shirin, lo que provocó que tuviéramos que asumir su embarazo. De hecho, Husain preguntó únicamente de pasada por ellas y por la saida Tamara. Yo sólo pude contarle malamente que, como ya vos sabéis, fue su mujer la que trajo al clérigo desde Jerusalén. En lo que atañe a nuestro paraíso, tengo claro que nuestras huríes, si es que no se pasan de la

raya por alguna razón y haya que separarlas, irán envejeciendo poco a poco. En algún momento tendré que conseguir otras nuevas. A menos que vos ordenéis liquidar el harén en su conjunto, pero eso querría decir eliminar el paraíso. La única que no me depara esas preocupaciones es Melusina du Ferbac, que tiene una reencarnación en su pequeña hija del mismo nombre, con lo cual se ha ocupado de crear descendencia a partir de su propio cuerpo, casi en una especie de autogénesis. ¡Esa pequeña es un tesoro!

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Me parece que el Enviado ha cambiado mucho desde que estuvo prisionero de Raimundo de Trípoli, una prisión que él sólo mencionó fugazmente. Los grandes acontecimientos pasaron de largo por su lado sin rozarlo, por esa razón parece mantener una actitud ajena al mundo y a la vida, aunque siga siendo terco como una mula. Ha vuelto a preguntarme si podía entregarle esta vez a Sayf y a al-Mansur, pues, según él, se trata de una misión muy especial que no podía explicarme y que para él es de la mayor importancia. No estoy acostumbrado a que Husain ad-Din Marzuban use ese tono, y me sentí contento de poder comunicarle que los dos fedayines estaban de viaje para cumplir una misión encargada por vos, lo que, después de todo, se correspondía con la verdad. Husain pareció sentirse muy decepcionado, casi enfadado, y me pidió entonces que pusiera a su disposición a otros dos fedayines. Yo le indiqué que para ello quería recibir antes vuestra autorización. Esa noticia le provocó un enfado aún mayor, con lo cual he vuelto a convertirlo en mi enemigo. Otra de las cosas que de algún modo vuestro visir se tomó muy a mal fue mi exhortación a que recibiera al legado papal Titus de la Porta. El Enviado reaccionó como si yo hubiera «amenazado al diablo con agua bendita», por usar un símil cristiano. ¡No quiso ver a ese señor ni hablar con él bajo ningún concepto! Eso me hace cuestionarme la manera en que el Enviado se atribuye todos los privilegios de los que puede apoderarse. ¡Él sabrá por qué!

Estaré en vigilia toda la noche, a la espera de una orden clara, aunque sea tan sólo una pequeña señal la que vos, noble hujja, me hagáis llegar.

El eunuco permaneció un instante más en su habitación octogonal, contemplando satisfecho a Melusina du Ferbac, que dormitaba en su camerino. Ella no podía verlo, tal vez ni siquiera pudiera escuchar su pesada respiración. Acurrucada con ella, en

una posición que recordaba a la de una gata salvaje, reposaba también su hija Xenia. ¡Cuánto se parecían! En ocasiones, hasta el propio An-Nasir las había confundido tras una mirada superficial. Y eso sucedía cada vez que alguna de las dos criaturas se encontraba sola en la habitación, ya que Melusina había conservado de tal modo su condición de niña que su cuerpo delicado y esbelto apenas podía diferenciarse del de su hija. El eunuco suspiró lleno de dicha y volvió a su sitio arrastrando los pies.

Era ya pasada la medianoche cuando Timdal lo sacó de su modorra. El moro hacía ondear un papel escrito en el que An-Nasir reconoció de inmediato el sello del *sheik*. Rompió el sello y palideció al leerlo:

—Orden del *hujja*. Es preciso acallar para siempre a los dos fedayines arrestados, de lo contrario habrá que entregárselos de inmediato a Husain sin que puedan entrar en contacto con nadie más. Sheik Sinan. Firma y sello.

—¿Esto es falso o auténtico? —fue la pregunta del eunuco a Timdal.

—¡O es algo auténtico del Enviado! —respondió el moro cuando algo se oyó en la antesala, un ruido que sólo podía ser provocado por la entrada del aludido Husain. Como un toro jadeante, el Enviado irrumpió en el octógono.

—¡¿Y bien?! —rugió, furioso, al eunuco—. ¡¿Cómo pretendéis cumplir la orden?!

—No pretendo cumplirla. Yussuf y Alí fueron puestos ambos bajo vuestras órdenes, como seguramente ya sabéis...

—¡Precisamente por eso! —jadeó el Enviado, alterado—. ¡En su lugar hice encarcelar a vuestros centinelas! De modo que...

—Esos dos fedayines han sido expulsados de la comunidad de los asesinos —lo interrumpió fríamente el eunuco—. ¡Están a vuestra entera disposición!

Husain se sintió inseguro ante ese giro de la conversación.

—¡¿Dónde?! —preguntó, incrédulo.

—Eso lo sabréis cuando me hayáis devuelto la llave robada, que es la del estuche del sello de nuestro todopoderoso *hujja*.

—De eso ya me di cuenta —replicó el Enviado—. ¡La otra se halla en vuestro poder!

—Vos ya habéis hecho uso de ella, Husain —constató el eunuco secamente.

—¡Eso lo decís vos! —respondió el Enviado—. ¡El *sheik* verá las cosas de otro modo, desleal guardián de sus sellos!

El eunuco quiso interrumpir aquel intercambio de golpes.

—Mañana por la mañana, al salir el sol, debéis estar junto a la puerta de la cerradura sin entrar en el edificio del pozo. Sólo entonces y en ese lugar, una joven mujer os dirá dónde Yussuf y Alí esperarán por vos, pero antes tendréis que haber devuelto a la mensajera la llave de marras.

Husain abandonó el octógono dando tirones a las puertas y sin dedicar una palabra de gratitud al hombre que habitaba esa sección del castillo. Ni siquiera tuvo una mirada para los tapices de seda. Era la primera vez que al eunuco se le escapaba

una risotada sin disimulos que acompañó al Enviado hasta que salió a través del oscuro pasillo.

El legado papal dormía en una de las torres. Comparada con la austeridad de los alojamientos de Masyaf, su habitación circular ofrecía una comodidad que el enviado de Su Santidad consideraba acorde con su rango. Además de una cama bastante ancha, la estancia tenía también un panel de madera móvil contra la humedad de la piedra, si bien ese artefacto no podía compararse en absoluto con los tapices del eunuco. Pero por mucho que lo sintiera, no le habían puesto a su disposición —y con buenos motivos— el salón octogonal a modo de alojamiento.

Titus aún no se había sumido en un sueño profundo, ya que el día había sido demasiado turbulento. Además, la luna llena brillaba a través de la ventana. Para evitar su luz, había hundido su iluminada tonsura en la almohada, pero entonces oyó una voz:

—¡Levántate, Titus! —le susurró la voz con sordina, como si le hablara a través de la pared—. ¡Acércate a la ventana y contempla la luna! —El tono apremiante era tan convincente como amedrentador.

Titus obedeció la orden, se levantó dando tumbos ligeramente y se abrió paso, a tientas y descalzo, hasta la estrecha abertura por la que entraba la luz. Apenas había apretado su cara contra las piedras cuando una fuerte ráfaga de viento se coló por debajo de su bata de dormir, acompañada de un silbido horroroso y un golpe seco. Titus se dio media vuelta. El gran candelabro de hierro de tres brazos que colgaba del techo sobre su cama había caído justo en el lugar donde antes tenía apoyada la cabeza; la luz blanca de la luna se lo mostró con toda claridad y sin ningún tipo de indulgencia. En cuanto Titus se dio cuenta de lo sucedido, su mirada recayó en la oscura silueta situada en el fondo. El Enviado había salido sin hacer ruido a través de la pared y volvió a enfundar su daga, que relució brevemente en la oscuridad. Con ese gesto se dejaba entrever claramente que había sido él quien había cortado la cuerda que sostenía la lámpara. ¡No había necesidad de mayores advertencias! Titus sintió un frío de muerte.

—¿Qué queréis, hermano Husain? —el intento por increpar al Enviado le salió poco convincente al *magister venerabilis*. Temblaba de frío.

—¡Más bien soy yo quien debería preguntar eso, Titus de la Porta! ¡Os habéis colado en Masyaf durante mi ausencia! —dijo, y entonces Husain soltó la pregunta, que le llegó al *magister* como otro golpe de viento frío—. ¡¿Con qué propósito?!

—¡He venido en mi condición de *legatus papae*^[138], que todavía poseo, y he solicitado asilo aquí sin sospechar que vos, hermano Husain, no estaríais presente! —El jefe del priorato, tan acostumbrado a dar él las órdenes, se defendía—. ¡Intenté varias veces hablar con vos en privado, pero habéis sido vos quien lo habéis rechazado! ¡¿Por qué?!

—No me gusta nada que alguien intente entrar en contacto con el *sheik* a mis espaldas —lo reprendió Husain con severidad—. Es conmigo única y exclusivamente, y con nadie más, con quien tenéis que hablar sobre la manera de llevar las negociaciones con los asesinos, *frater superior*. Yo también podría entender esto como una traición, y vos, *magister venerabilis*, sabéis lo que acarrea la traición en el priorato...

El agredido se defendió con un contraataque.

—¡Vos queréis andar vuestro propio camino, el que sirva a vuestros intereses, no los del priorato!

—Si se demuestra la incapacidad de nuestros líderes, estaría en todo el derecho de hacerlo... —insistió el Enviado, y permaneció al acecho.

—¡No! —respondió el otro—. El priorato sólo reconoce la aceptación de un miembro, no prevemos ninguna declaración de renuncia unilateral, del mismo modo que no concebimos que se juzgue el camino que es preciso tomar. Sólo los sabios determinan el curso de las cosas...

—¡No podéis amenazarme! —rió Husain—. Yo, en cambio, únicamente tendré oportunidad de advertiros una vez. ¡Y ha sido hoy! El priorato sólo conoce una salida, y esa salida es la muerte. Pero eso también es válido para vos. Buenas noches, Titus de la Porta. ¡Daos de nuevo media vuelta y contemplad la luna!

El legado lo obedeció. El Enviado tenía el poder allí. ¡Pero eso iba a cambiar! Cuando se volvió de nuevo, Husain había desaparecido, y también había desaparecido el candelabro que estaba encima de su cama. Sólo la almohada mostraba la huella que había dejado. Temblando de frío, Titus se metió en la cama, pero ya no pudo pegar ojo.

LEGATUS PAPAE

EL ENVIADO cabalgaba al galope a lo largo de la cordillera de Jabal Bah'ra, la cual no valía la pena atravesar para llegar a Trípoli, ya que si bien no era ése el camino más corto, sí era sin duda el más rápido. Delante de él volaban muy animados los dos fedayines que el odiado eunuco había puesto a su servicio. Parecían ser dos mozos eficientes, y Husain confiaba en que, con su ayuda, podría llevar a cabo su arriesgada empresa. No obstante, todavía no salía de su asombro por la actitud del gordo y viejo An-Nasir, que en primer lugar lo había dejado marchar con desdén y después se había mostrado dispuesto a ayudarlo. El eunuco le había puesto en las manos una llave que jamás había visto antes, a pesar de todos los años que había vivido en Masyaf. Antes de entregársela, puso la curiosa condición de que una joven le dijera dónde podría encontrar a los dos hombres que esperaban, pero sólo una vez él hubiera entregado la llave, de lo contrario, no recibiría nada.

«An-Nasir se vuelve cada vez más extraño con la edad», había pensado el Enviado, pero entonces, en lugar de seguir al pie de la letra las instrucciones recibidas, le entregó a aquella joven extremadamente hermosa una llave muy diferente; la joven, sin embargo, vaciló en el momento de aceptarla. Cuanto mayor era la atención con la que la contemplaba, tanto mayores eran las arrugas que se marcaban en su frente, primero a causa de la sospecha y luego del enojo. Con gesto exigente, la chica extendió su mano sin tocar siquiera la falsa llave que le entregaba Husain. Luego, sus ojos de color gris metálico miraron al Enviado con gesto reprobador. Éste fingió que se había confundido y se apresuró a ponerle en la mano la llave correcta; sólo entonces la orgullosa criatura abrió por fin la boca.

—¡En el barranco! —dijo, y corrió con la llave en la mano de regreso a la fortaleza.

Sólo entonces Husain cobró conciencia de que había estado ante la hija de Melusina. Era igual que su madre, como una gota de agua a la otra. Debería habérselo preguntado, ¡qué estupidez! No obstante, Husain estaba satisfecho. ¡Si todo lo que tenía en mente salía tan a pedir de boca como ese preludio, en ese caso los raros juegucitos del eunuco habrían sido únicamente en su favor!

Por la pendiente montañosa cubierta de árboles situada a su diestra, aparecieron dos jinetes que se cruzaron en su camino. No sabía por qué razón, pero de inmediato vio con claridad que tenían que ser el tal Sayf y su amigo al-Mansur, esa pareja tan molesta para él como inseparable. Sus dos fedayines, Alí y Yussuf, habían detenido

de inmediato sus caballos y dieron media vuelta hacia él con gesto interrogador cuando los dos desconocidos aparecieron en medio del camino.

—¡Son buenos amigos! —les gritó el Enviado a sus atentos hombres, y detuvo su caballo delante de Sayf y al-Mansur, que no estaban menos sorprendidos que Husain de su repentina aparición. El Enviado, sin embargo, no consiguió fingir una auténtica alegría por ese inesperado encuentro. Por esa razón dijo, cortante:

—Si os apetece, podéis acompañarnos en una misión muy especial —dijo, pero al ver que no recibía ninguna muestra de entusiasmo, añadió en tono de misterio—: ¡Es una empresa de urgencia política, para la cual se necesitan varios jóvenes!

Los dos favoritos del viejo lo examinaron con un escepticismo descarado. Husain sintió rabia consigo mismo por acercarse a los dos amigos con esa propuesta. Al mismo tiempo, sin embargo, era consciente de que hacía mucho tiempo que ya no tenía potestad para dar instrucciones a Sayf y a al-Mansur. ¿Por qué diablos les habría preguntado? ¡Tendría que haberles ordenado participar! No obstante, y aunque con mucho esfuerzo, el Enviado fue capaz de reprimir su ira creciente cuando Sayf y al-Mansur apenas necesitaron un intercambio de miradas para hacerle saber con frialdad que después de una ausencia tan larga de Masyaf preferían presentarse de nuevo ante el *sheik*. Contra ese argumento apenas había nada que objetar, y Husain comprendió por fin que no conseguiría convencerlos ni con palabras amables ni con amenazas. Por eso sólo les gritó mientras se alejaba:

—Saludad en Masyaf de mi parte al estimado Sheik Sinan y a vuestro gordo eunuco. ¡Y también a la encantadora Melusina! —dijo, y apresuró el paso detrás de sus hombres.

*Informe del eunuco a su noble señor y maestro,
Sheik Sinan*

Conrado, margrave de Montferrat, hermano del primer marido de la actual reina Sibila, había vivido en Constantinopla y allí se vio involucrado en un asesinato que le aconsejaba desaparecer cuanto antes. Por eso se unió en secreto a una flota de viajeros formada por caballeros francos y navegó en su compañía hasta Palestina. Ninguno de ellos sabía nada acerca del cambio radical en las circunstancias reinantes en Tierra Santa y pusieron rumbo a Acre. Cuando entraron en esa ciudad portuaria al capitán le asombró no oír las campanas que solían sonar cada vez que un barco entraba en el puerto. Una extraña sensación indefinible lo embargó. Algo no iba bien, por esa razón no dio la orden de lanzar el ancla. Enseguida llegó un bote con funcionarios portuarios musulmanes. Conrado, que fingía ser un comerciante, se mostró curioso por saber lo que sucedía, y le informaron de

que el sultán había tomado posesión de la ciudad. El espanto mal disimulado de sus compañeros de viaje despertó el recelo de los funcionarios, que ya estaban a bordo. Antes de que pudieran dar la voz de alarma, los caballeros arrojaron a los funcionarios por la borda sin pensarlo dos veces, y el capitán, con una hábil maniobra, dio un giro a la nave y la flota pudo continuar su viaje costa arriba en dirección a Tiro.

Siempre consideré un error que Saladino no hubiese hecho todo lo posible por tomar esa ciudad hace tiempo por medio de la fuerza. Entretanto, Tiro se había llenado a reventar con todos los dueños de castillos expropiados y caballeros del reino; por tal razón, sus murallas estaban muy bien guarnecidas con soldados. No obstante, Tiro estaba completamente rodeada tanto por tierra como por mar, y sólo era una cuestión de tiempo que la hambruna obligase a rendirse a la ciudad superpoblada.

En ese momento crítico, Conrado de Montferrat entró en el puerto de la ciudad acompañado de los caballeros francos, después de haber roto el bloqueo. Conrado fue recibido por la población rodeada como a un liberador, y en sus manos pusieron el mando de la ciudad. Lo primero que hizo fue arrojar a los fosos del castillo el estandarte que Saladino, seguro de su triunfo, había enviado a la ciudad, y rechazó con rudeza todo tipo de condiciones impuestas por el sultán. Este último, furioso, hizo que le trajeran de los calabozos de Damasco al viejo marqués, el padre de Conrado, y amenazó con asesinarlo debajo de las murallas si la ciudad no se entregaba. El amor del hijo no bastó para hacer cambiar de opinión al general Conrado, que se mostró inmovible ante el destino que amenazaba al anciano. Saladino, por su parte, dejó ver su lado más humano, le concedió la vida al marqués y levantó el sitio de la ciudad. El triunfo de los cristianos, sin embargo, sólo duró hasta que el enemigo volvió a aparecer ante las costas de Tiro, pero esta vez provisto de artillería pesada y en compañía de diez barcos de guerra egipcios que Saladino había hecho venir desde Acre. Los defensores ocuparon cinco de ellos, en un estado intacto, mientras el resto fueron destruidos o tuvieron que emprender la retirada. El sultán convocó un consejo de guerra y dejó que sus emires lo convencieran de que las tropas necesitaban con urgencia una pausa prolongada. Saladino envió a casa a la mayoría de su ejército, pues necesitaba unas tropas descansadas para la mayor tarea de su vida, la cual estaba todavía por venir: ¡La reconquista de la ciudad santa de Jerusalén!

Pero en lugar de ello el sultán realizó otra jugada muy distinta: liberó al rey Guido de Lusignan bajo la condición de no volver a tomar nunca más las armas contra el islam. La reina Sibila encontró con suma rapidez un sacerdote dócil que eximiera al rey de su juramento, ya que sólo había dado su palabra a un musulmán. El clérigo le aseguró a Guido con sutileza que

cualquier juramento hecho ante un hombre sin fe no valía absolutamente nada. El sultán reaccionó con indignación, pero, en mi opinión, no debía de sentirse muy sorprendido por esa ruptura del juramento.

Guido, que no se sentía presa de tales escrúpulos, reunió a sus partidarios a su alrededor y viajó con ellos a Tiro para tomar de nuevo las riendas del gobierno. Conrado de Montferrat, el indiscutido señor de la ciudad y quien, junto a Raimundo de Trípoli, era el oponente del rey con mayores perspectivas, le cerró las puertas en sus propias narices. Desde la derrota en la batalla de Hattin y tras la pérdida de Jerusalén, la capital de su reino, Guido había renunciado a sus pretensiones a la corona y se había dedicado más a ser el «señor de Lusignan».

Vuestro devoto servidor,

AN-NASIR

PD: Titus de la Porta, el señor legatus papae, no da todavía ninguna muestra de querer abandonarnos; en lugar de ello, recorre como un fantasma los pasillos de la fortaleza, les predica a los sorprendidos fedayines sobre el pecado original y la resurrección, algo que nuestros jóvenes escuchan más bien divertidos que asustados. A mi juicio, todavía sano a pesar de la edad y de mi falta de virilidad, este alto clérigo está buscando únicamente tener acceso al paraíso.

Sayf y al-Mansur estaban aproximándose a Jabal Bah'ra, la cordillera que tenían que atravesar para perder de vista definitivamente Masyaf. Cabalgaban a lo largo de un camino hondo y sombreado a cuyos lados había un tupido bosque cuando, de repente, unas piedras cayeron con estruendo por la pendiente y vieron ante ellos al gemelo Gernot irrumpiendo en el camino con un imponente salto de su caballo. El animal estuvo a punto de partirse las patas delanteras y de arrojar hacia adelante a su jinete, pero eso no le impidió al templario gritarles que eran una «maldita escoria de asesinos» y de blandir su espada, que había desenfundado a la ligera durante el salto. Sayf hizo subir a su caballo y se volvió en busca de su amigo al-Mansur, que tenía ante él a su corpulento hermano de sangre, el acalorado templario. Él vio cómo al-Mansur hacía girar su caballo con una maniobra en el último momento, ya que detrás de él había aparecido, por lo visto con las mismas oscuras intenciones, un caballero hospitalario que traía la visera cerrada. Era Valerian, por supuesto, el otro gemelo, quien ya había puesto en posición su lanza y le estaba clavando las espuelas a su jamelgo.

—¡A la Chátillon^[139]! —gritó Sayf a su antiguo compañero de batallas.

Esa maniobra la habían ejercitado cientos de veces con Jaluddin, el maestro de maestros, y del mismo modo la habían probado en medio de la dureza de la contienda durante la agitada temporada pasada junto al señor de Kerak. Al-Mansur azuzó a su caballo para que subiera rápidamente la pendiente, de modo que Valerian falló su objetivo e hincó su lanza en el vacío. Aunque, en realidad, no fue así del todo, ya que apenas había bajado la lanza, chocó a pleno galope con Sayf, que cayó sobre él y disfrutó al arrancarle de un golpe el arma de la mano a Valerian. Gernot vio enseguida la oportunidad de golpear al triunfante Sayf por la espalda, e hizo avanzar su caballo lentamente, como si galopara sobre unas patas de terciopelo. Estaba tan ocupado preparando su golpe a traición —el cual, en realidad, era difícil que fallara— que por un momento perdió de vista a su hermano al-Mansur. Éste volvió a bajar a toda velocidad por la pendiente y le dio una estocada a Gernot en el bíceps del brazo con el que blandía la espada. Con un chirrido, el arma del templario cayó al suelo. Sayf aprovechó la distracción y golpeó a Valerian con todas sus fuerzas en el yelmo; el golpe fue tan violento que el hospitalario se tambaleó un par de veces antes de caer de su montura. Los dos amigos ni siquiera se volvieron para ver a los dos caballeros tan deshonrosamente derrotados cuando continuaron su camino.

—¡Esos gemelos están locos! —le dijo al-Mansur a Sayf en tono de disculpa.

El *kabir at-Tawashi* se disponía a redactar uno de sus informes para el *hujja* cuando fue molestado por los centinelas de la puerta del octógono, que no podían deshacerse de Titus de la Porta, el legado papal. Con un suspiro, An-Nasir apartó la pluma, espolvoreó arena fina sobre el pergamino y se dejó caer agotado en uno de los cojines. Al legado le encantaba visitar al eunuco en su habitación octogonal. En primer lugar, por las increíbles escenas representadas sobre los tapices de seda; y en segundo lugar, porque le parecía excitante permanecer en una habitación situada directamente sobre el harén. Había oído el rumor de que el eunuco podía ver desde allí cada uno de los aposentos femeninos y cada catre de sus huríes. Sin embargo, hasta entonces Titus no había podido descubrir esas mirillas hacia el paraíso, ni siquiera le había sido concedido echar una ojeada desde la ventana al jardín de placeres, ya que el gordo vigilante lo obligaba a tomar asiento junto a la mesa del té en cuanto entraba en el octógono. A An-Nasir le hubiese gustado que aquel alto representante de la curia romana le contara cómo podía conciliarse con el concepto del honor de los cristianos el hecho de que una palabra dada, un juramento, pudiera ser sacudido del manto de un rey como si fuese una molesta capa de polvo, tal y como había sucedido en el caso de Guido cuando rompió la lealtad jurada a Saladino. Pero a Titus no le gustaba para nada entrar en tales disquisiciones.

—¡Ese Enviado! —estalló de repente el legado papal—. ¡¿Hasta dónde alcanzan sus competencias?! —Por su tono, parecía alterado—. ¿Puede ser el portavoz de todos los asesinos en su totalidad?

—¡Ya le gustaría! —El eunuco tenía bien preparada su respuesta—. ¡No puede, pero lo hace! —expuso con suficiencia—. ¿Por qué lo preguntáis? ¿Qué os ha asegurado Husain?

—¡Nada! —respondió Titus con sospechosa rapidez—. ¡Pero lo pregunto para saber si la adopción de la fe cristiana no representaría un problema insalvable para un ismaelita!

An-Nasir estaba perplejo, sus bolsas de grasa en la barbilla y las mejillas comenzaron a temblar.

—Tal y como el Enviado entiende el anuncio de la resurrección del gran maestro oculto, puede que vea alguna vía para hacerlo —dijo en tono meditabundo aquella bola de sebo, pero encendido por dentro—. Pero hasta ahora no ha hablado de eso con nadie. ¡Y con buenas razones! —sonrió con gesto atormentado—. ¡El excelso *hujja*, amo y única voz de todos los asesinos de Siria, tampoco le permitiría tales afirmaciones, o al menos eso espero!

El legado, hombre pelirrojo y con una pálida cara de zorro cubierta de pecas, no aflojó:

—Pero si vuestro *hujja*, Sheik Sinan, un día no pudiera... —Titus se reprimió ante la vergüenza que le daba expresar aquella idea con palabras—. ¿Quién sería el sustituto? ¿El visir Husain ad-Din Marzuban?

—*Kana Allahu kabla thalik!* ¡Dios nos ampare! —exclamó el gordo eunuco.

—En ese caso, ¿haría realidad Husain su palabra de adoptar el cristianismo? —insistió el legado de Su Santidad.

El eunuco levantó sus dos carnosas manos en señal de rechazo.

—¡Si el Enviado llegara a usurpar el poder aquí, y que Alá no lo permita, podéis estar seguro de que nada de lo que haya prometido antes tendrá valor! ¡Ni el cristianismo ni las enseñanzas del imán oculto! ¡Husain lo subordinará todo a sus propias apetencias de poder! ¡Y eso es tan cierto como que ahora estoy aquí sentado ante vos, y que, llegado ese momento, estaré sepultado en una gruta fría!

—¿Queréis decir entonces con eso que no debo dar crédito a ninguna promesa del señor Husain?

—¡Tan poco crédito como a las vuestras, *frater superior* De la Porta!

El legado sonrió con cierta amargura.

—¡Vos sois mi amigo!

—No lo soy —respondió amablemente An-Nasir—. ¡Soy un enemigo convencido del Enviado!

La risa en forma de balido de aquel cabronazo le demostraba a An-Nasir que el legado papal había comprendido. Titus hizo una reverencia y dejó de mala gana el recinto octogonal. Con sumo esfuerzo, el eunuco se levantó de sus cojines y arrastró su imponente cuerpo de vuelta al escritorio.

El Enviado y sus dos acompañantes, los fedayines Yussuf y Alí, ya habían dejado detrás las estribaciones meridionales de la sierra de Jabal Bah'ra cuando vieron a un jinete solitario avanzar de frente hacia ellos. Lo que llamaba la atención en él no era su cota de malla de aspecto refinado, la cual llevaba debajo de una esclavina de cuero abierto, sino la larga espada de dos manos cuyo mango sobresalía por encima del hombro izquierdo. Cabalgaba sumido en sus pensamientos, y sólo levantó la vista cuando los otros se hubieron acercado lo suficiente como para verse obligados a eludir a aquel soñador. Era el maestro Jaluddin, que los examinó con mirada ensimismada.

—¿Adónde os lleva vuestro camino, maestro de maestros?! —lo abordó Husain enérgicamente, mientras el aludido le respondía con frialdad:

—Pues allí donde se deciden los destinos de los pueblos, ¿acaso conocéis el lugar, Husain ad-Din Marzuban?

Husain sólo se sintió fugazmente sorprendido por la concisa respuesta, pero de inmediato comenzó a hablar de nuevo.

—Yo sólo puedo ofreceros un fragmento de lo que tenéis en mente, pero también donde yo voy se producirá un giro del destino. Para bien o para mal...

—Para mí lo único decisivo es si es lo suficientemente importante como para que mi pluma lo escriba para la posteridad... ¿Cuál es el objetivo de vuestro viaje?

Al Enviado empezaba a gustarle ese intercambio de palabras.

—La próxima parada será Trípoli —le reveló al sudado maestro de esgrima—. Allí espero reunir un equipo que esté a mi disposición, con el cual luego...

Jaluddin soltó una sonora carcajada.

—¿Qué os hace creer, *laka Allah*^[140], Husain ad-Din Marzuban, que el conde Raimundo habría puesto a vuestra disposición unas tropas en lugar de encerraros de nuevo en un calabozo?

El Enviado aguzó el oído.

—¿Cómo que «habría»? —preguntó, ofendido.

—¡El conde de Trípoli murió hace unos pocos días sin dejar descendencia! ¡Ha legado su condado, o lo que queda de él, a su joven sobrino Bohemundo de Antioquia, quien, según creo, no estará muy a favor de vuestra empresa!

—¡Mi empresa es también la suya! —dijo indignado Husain, pero de inmediato retiró de nuevo aquel tono agresivo—. ¡Si queréis uniros a mí, estimado maestro de maestros, me consideraría tan honrado como feliz, y también agradecido! *Yuwafikana Allah*^[141]!

Jaluddin lo miró largamente.

—Ya os he dicho cuáles son mis intereses. Si vuestra empresa comienza a aburrirme, os abandonaré.

Esta vez fue Husain quien rió con aires de superioridad.

—Deseo daros un pequeño anticipo sobre nuestro osado proyecto: liberar de los calabozos de Niphin a un jefe musulmán del ejército de Saladino, el noble emir

Ahmed ad-Din Tush, y luego, con su ayuda, o *bí aun Allah*^[142], conquistar Botrun y vengar la muerte de su justo señor. ¿Os basta eso como primera cosa? —le preguntó en tono impertinente, pero Jaluddin no se dejó impresionar tan fácilmente, al contrario.

—Lo primero que yo haría en vuestro lugar sería poner rumbo a las fortalezas de Kahf y Khawabi para reclutar fuerzas... —le respondió Jaluddin secamente—. ¡En definitiva, allí los asesinos son vuestros aliados naturales!

El Enviado guardó silencio, avergonzado, pero sin dejarlo entrever. ¡Eso se le podría haber ocurrido a él mismo! Por eso le propuso a Jaluddin que se adelantara hasta Botrun para explorar la situación y, sobre todo, para vigilar al astuto señor Tomás de Niphin.

Jaluddin estuvo de acuerdo en que Husain fuese con Alí a las fortalezas de los asesinos, las cuales se encontraban situadas entre la costa y la cordillera del Jabal Bah'ra, mientras él se llevaría consigo a Yussuf. A partir de una propuesta de este último fedayín, que era oriundo de la región de Trípoli, acordaron encontrarse en la taberna El León Azul. Entonces se separaron.

EN EL OCTÓGONO DEL EUNUCO

LAMARON a la puerta, y los centinelas, con gesto interrogador, anunciaron al señor Titus de la Porta, el legado papal. El *kabir at-Tawashi*, con un suspiro, dio su aprobación agitando una pequeña campana de plata, y el señor Titus recibió autorización para entrar. La mirada de aquel hombre delgado se quedó fija en las fantasías lascivas y acrobáticas de las parejas que copulaban, fantasías que se extendían por toda la pared tejida en seda. El hecho de que, a pesar de todo, empezara a hablar de los muslos representados en la campana de plata con un elegante rodeo era una muestra de la altura de su dotes retóricas.

—¿Acepto el claro sonido de vuestro *tintinabulum*^[143] como el anuncio de las serias intenciones de los asesinos de Masyaf en favor de Nuestro Señor Jesucristo?!

—Podéis hacerlo —respondió el eunuco, que entretanto había tomado asiento detrás de su escritorio—. Pero ¿cuáles son las intenciones de vuestro soberano, el papa de Roma? ¿Qué le habéis traído de regalo a nuestro excelso Sheik Sinan?

Esa respuesta confundió al legado papal, incluso lo incomodó un poco.

—Nosotros, la *sancta ecclesia catolica* —dijo, recuperándose para dar una respuesta digna—, hemos oído que el Viejo de la Montaña desea convertirse a la fe cristiana, y en esos casos no es apropiado preguntar por los regalos... ¡Ya que, al fin y al cabo, estáis pidiendo el mayor regalo que puede haber en la Tierra, la fe en Nuestro Señor Jesucristo!

—¿Y acaso no deberíamos?! —An-Nasir dejaba que el legado papal se cociera a fuego lento, y éste se apresuró en responder para no dejar surgir ninguna falsa impresión.

—Si Nuestro Señor supremo, Jesús, cree que los asesinos son dignos y les abre las puertas del cielo... —Algo lo interrumpió.

Timdal entró en la habitación sin llamar a la puerta, y eso provocó el enfado del legado, sobre todo al ver que el eunuco le dedicaba su atención de inmediato. Ya durante el viaje desde Jerusalén hasta Masyaf le habían indignado aquellas maneras poco sumisas del sirviente de la *saida* Tamara, que se comportaba como un mayordomo y tomaba todas las decisiones por sí mismo. Tampoco esta vez le dedicó al importante huésped ni un saludo, mucho menos la merecida disculpa por su interrupción.

—¡Los famosos fedayines al-Mansur y Sayf han regresado junto a nosotros! —anunció el moro con alegría a su señor—. ¡Su primer deseo, el más apremiante, es poder abrazaros!

An-Nasir se sintió feliz y conmovido al mismo tiempo, y estuvo a punto de ceder a sus sentimientos de padre hacia aquellos dos jóvenes tanto tiempo echados en falta, pero reflexionó.

—Diles a esos dos señores que me alegro por su regreso como ninguna otra persona, pero corresponde a nuestro noble Sheik Sinan, antes que a ningún otro, el dar la bienvenida a dos fedayines con tantos méritos. ¡Llévalos de inmediato a ver al *hujja* en el observatorio!

Timdal salió presuroso del recinto sin despedirse. Apenas el moro hubo salido, Titus de la Porta estalló en insultos.

—¡¿Sabéis, An-Nasir, cuánto tiempo y con cuánto anhelo llevo esperando una audiencia con vuestro noble *sheik*?! —Titus ya no quería reprimir por más tiempo su frustración—. ¡Y apenas llegan dos fedayines comunes y corrientes, se les organiza al momento una ceremonia de bienvenida! —El legado papal temblaba de ira—. ¡Y yo, *legatus papae* y mediador en esta importante cuestión que debería ocupar a los asesinos en este momento, puedo, debo y —dijo subiendo el tono, furioso—..., y tengo que esperar!

El gordo eunuco parpadeó con sus pequeños ojillos de cerdo.

—¡Aprovechad el tiempo restante en prepararos para lo que pretendéis exponer sobre vuestro propósito, y sobre todo para prepararos en la forma de exponerlo! —El intento de An-Nasir por apaciguar al enojado legado papal falló por completo.

—¡El mundo está al revés! —gritó el legado—. Mi labor consiste en verificar la disposición y la madurez espiritual de vuestro clan, determinar si los asesinos son dignos de los Evangelios, y para ello debo ver pruebas. Pero después de todo lo que he tenido que soportar aquí en cuanto a recibimientos poco amables y falta de respeto...

Sus amenazas chocaron con el eunuco como el agua contra un sapo muy gordo.

—¡En caso de que haya escatimado deferencias para con vos, debéis perdonarme con la misericordia de vuestro profeta Jesús! —An-Nasir introdujo una pausa de expectación—. ¡Y en caso de que no podáis entenderlo, podría acompañaros ahora mismo a la Torre de los Ojos del Cielo para que vos mismo expongáis ante el Excelso las razones que os mueven!

—¡Vosotros debéis moveros! —El legado del papa parecía estar a punto de reventar—. ¡Un converso debe pedir humildemente que se lo escuche! —refunfuñó, alterado, y poniéndose de pie de un salto—. ¡¿Desde cuándo se somete a la bienaventurada Iglesia a un interrogatorio semejante?! —Titus se dirigió impetuosamente en dirección a la puerta, con tal rapidez que el eunuco apenas consiguió seguirlo—. ¡De todos modos, quiero decirle todo esto frente a frente al Viejo de la Montaña!

Sayf y al-Mansur hicieron una profunda reverencia ante el *hujja* y esperaron a que éste los despidiera con su bendición. El *sheik*, sin embargo, les dijo:

—Habéis actuado bien al resistiros a los propósitos de Husain ad-Din Marzuban. No le corresponde a él exigir la presencia de un fedayín para un ajuste de cuentas que

es absolutamente personal. —El anciano los observó largo rato con sus ojos grises como el hielo; una risa atravesó sus curtidas facciones—. Ahora podéis iros. Os haré llamar cuando haya llegado vuestro momento.

Los dos amigos salieron de espaldas del observatorio y casi chocan con el legado papal, que esperaba fuera con impaciencia; no obstante, cerraron la puerta tras ellos y se abalanzaron sobre el eunuco, que con muy buenas razones se había mantenido en un segundo plano. Abrazaron y besaron al viejo amigo, cuyo rostro estaba radiante como la luna a la luz plena de un cielo estrellado. Los centinelas, mientras tanto, le impedían a Titus tocar a la puerta por sí mismo. ¡Era una desvergüenza hacerlo esperar mucho más tiempo a él, el *legatus papae*! Si Titus había esperado recibir de ellos alguna comprensión o deferencia, lo único que obtuvo fueron dos pares de ojos de miradas indiferentes que no hacían ningún ademán de acercarse a la puerta. ¡En consecuencia, ésta permanecía cerrada! ¡Era incomprensible, pero así era!

¿Debía llamar, gritar? ¡No le daría ese gusto a esa banda de asesinos! El legado hizo un gesto despectivo y se alejó a toda velocidad de allí.

La taberna El León Azul estaba situada en la vía que comunicaba a Trípoli con Botrun a través de las montañas del Líbano. El abuelo del dueño había ido allí con Roberto de Flandes durante la primera cruzada, pero había sido herido gravemente por un disparo de flecha durante la interminable marcha sobre Jerusalén, razón por la cual sus camaradas dejaron de contar con él y lo abandonaron a su suerte en una tienda de beduinos. Las mujeres de la tribu lo cuidaron hasta que se hubo repuesto, el hombre se casó con una de las hijas y se asentó en el lugar. Había instalado su taberna en una gruta sombreada, en la que primero sólo servía té de menta y *mayet naba*, agua fresca de manantial, para no meter la pata con los musulmanes; sólo más tarde, cuando los cruzados cristianos comenzaron a determinar las costumbres y también los hábitos de beber, ofrecía bajo cuerda vino y *met*, y fue ampliando la gruta con otras cavernas dormitorio provistas con sacos de paja. Al nieto, el actual patrón, se lo conocía por el sobrenombre de «el Gordo Paul», y su persona, tan popular como pesada, era, con su imponente barriga cervecera, un emblema del querido y casi inevitable punto de encuentro El León Azul. Allí habían acordado encontrarse Jaluddin y Husain cuando este último, acompañado del fedayín Alí, hubiese reunido a los asesinos necesarios provenientes de las fortalezas de Kahf y Khawabi.

La primera pregunta del Enviado, que estaba más que satisfecho consigo mismo al haber reunido una fuerte tropa en tan poco tiempo, se refería al fedayín que había dejado en manos de Jaluddin.

—¿Dónde está Yussuf?!

—Ya está en Botrun —respondió el maestro de maestros, no menos orgulloso de su jugada—. ¡Tiene que ganarse la confianza del señor Tomás, hasta el punto de que éste desee tenerlo siempre consigo!

—¡Eso está bien! —lo alabó el Enviado—. Pero nosotros tenemos todavía que llegar a Niphin y luego liberar a Ahmed ad-Din Tush. ¡Si es que aún está vivo!

Jaluddin pestañeó con picardía.

—He estado hablando aquí con nuestro patrón. —Su mirada señaló hacia el gordo Paúl, que en ese instante estaba ocupado con uno de los surtidores de sus barricadas de *met*—. ¡Pasado mañana hay mercado en Niphin, y a él acudirán infinidad de comerciantes, todos viejos amigos suyos, que estarían encantados de contratar a algunos mozos ágiles para que trabajen de estibadores por ese día!

—¡Entiendo! —dijo Husain—. De ese modo, nuestros hombres de Kahf y de Khawabi pueden escabullirse en la ciudad sin llamar la atención, y podrían...

—Y tendrán que bregar durante todo el día —lo interrumpió Jaluddin riendo—. Cargar fardos y cajas, llenar cestas y hacer rodar barriles, y tendrán que hacerlo con brío y destreza para no llamar la atención.

—¡Eso está bien! —lo alabó de nuevo el Enviado—. ¡Y luego, hacia el atardecer, daremos el golpe!

—¡De eso nada! —lo reprendió el maestro de maestros—. ¡Debemos evitar en lo posible cualquier escándalo, para que la noticia de nuestro golpe no llegue más rápido a Botrun que nosotros mismos!

—¿Cómo os imagináis una liberación «secreta» de un calabozo de la ciudadela? —Husain se mostraba escéptico en lo que respectaba al plan de Jaluddin, pero éste era imparable en su desbocada fantasía.

—El amigo Paúl sabe de una bodega de vinos llena de excelentes cosechas que pertenecen al señor de Niphin y que nadie más conoce salvo el propio señor Tomás, pero él está en Botrun...

—¡Hasta ahí, está muy bien! —gruñó el Enviado, poco convencido.

—Podemos llevar algunos de esos barriles de calidad a la ciudadela, a modo de pequeña recompensa para la fiel guarnición, alabada por su señor Tomás...

—¡¿Y entonces ellos se entregan a la bebida hermanados con nuestros asesinos, a quienes, al final, entregarán la llave de las mazmorras...?! —El Enviado había llegado justamente al punto en el que ya no le quedaba más remedio que reírse del «maestro de maestros», pero su euforia se esfumó rápidamente cuando Jaluddin continuó impasible.

—Eso sólo dependerá de la excelente habilidad del jefe de esta operación que vos dirigiréis en persona, por supuesto. Se dice de vos que tenéis un cierto talento como *incitator animorum*^[144], Husain ad-Din Marzuban, por lo menos en lo que atañe al envío exitoso de los fedayines. ¡Siendo así, seréis capaz de animar a un par de soldados de la guarnición para que beban!

—¿Y si alguien da la alarma?

—En ese caso, espero que sepáis cómo ha de afrontar la muerte un asesino de tan alto rango.

—¡Al parecer, ya estáis ebrio a causa del vino, maestro de maestros! —dijo con rencor el Enviado, aunque desde el comienzo de la conversación apenas habían tocado sus vasos. Jaluddin reaccionó con absoluta serenidad.

—¡Es vuestro plan, Husain, y si no os fiáis de poder llevarlo a cabo con éxito, es mejor que enviéis a los fedayines a casa! ¡Yo os he mostrado únicamente una forma para conseguirlo, pero si conocéis alguna mejor, adelante, aunque en ese caso lo haréis sin mí! Empiezo a aburrirme... —El ultimátum funcionó.

—¡En verdad no me hacéis nada fácil el camino hacia la venganza! —gruñó Husain.

—¡Cualquier venganza requiere la entrega paciente del vengador! —lo animó Jaluddin.

El Enviado quedó conforme con la misión que le habían adjudicado.

—¡O bien conseguimos emborracharlos hasta que caigan al suelo... o tendremos que terminar el trabajo con nuestras dagas!

—¡Eso está bien! —dijo Jaluddin imitando el tono del Enviado—. ¡Lo importante es que nadie de la guarnición esté en condiciones de alertar al señor Tomás en Botrun! ¡Cuidaos, por tanto, de que vuestra propia gente mantenga la mente despejada y la visión de las cosas!

Por fin levantaron sus vasos y bebieron por el éxito de la empresa. Luego reunieron a los fedayines y encomendaron a cada uno la misión que tendría que realizar dos días después. Como a Jaluddin no le pareció necesario emplear en Niphin a más de la mitad de los asesinos disponibles, Husain pudo escoger para su plan a los fedayines más competentes.

Dos jinetes se acercaban a Masyaf, pero cuando vieron desde lejos la fortaleza de los asesinos, cuya posición coronaba desafiante el paisaje de colinas rocosas, uno de ellos azuzó su caballo. Su figura, en comparación con la de su gigantesco acompañante, parecía extremadamente delgada, aun cuando su magnífica armadura, desde la coraza y el peto hasta la greba, relucía en su plata impecable, mientras el penacho del yelmo brillaba como el oro puro. Eso lo distinguía con creces de las sencillas ropas de campaña del hombre que ahora situaba su caballo al lado del hermoso joven y lo contemplaba con gesto interrogador.

—No podré acompañaros hasta la fortaleza, querido Rafael —le explicó Kyr du Lac.

Pero Rafael de Sidonia, el hombre de figura imponente, tomó las riendas de su caballo y le rogó:

—¡¿Qué tal un tramo más del camino?! —y entonces Kyr cedió. Cabalgaron en silencio uno al lado de la otra hasta llegar al pie de la colina, a la vista de la puerta de entrada al castillo, cuando Kyr du Lac cogió su mano entre las suyas y lo hizo

detenerse. Con gesto espontáneo, se arrojó sobre el gigante, que la tomó entre sus fuertes brazos.

—Ya lo sé —dijo Rafael de Sidonia en tono melancólico—, me amenaza de nuevo la soledad de mi oficio...

—¡Espero que también sea la abstinencia! —bromeó Kyr, y le ofreció sus labios carnosos. Se besaron larga y profundamente, disfrutando por última vez de estar juntos y despidiéndose al mismo tiempo—. Monseñor —dijo Kyr, jadeante, mientras se separaba de él—, a partir de ahora podéis fiaros de lo que os diga el eunuco, el buen anciano An-Nasir, un hombre forzosamente abstinente.

Rafael de Sidonia estaba ya a punto de clavar las espuelas a su jamelgo cuando Kyr se volvió una vez más. Vio una silueta de mujer sobre un mulo saliendo por la puerta de Masyaf, seguida de un burro cargado hasta las orejas sobre el que iba sentado el moro: ¡era Tamara, su madre! Era demasiado tarde para huir, y no quería hacerle eso a su madre, que ya los había visto y, probablemente, los hubiera estado espionando todo el tiempo. A la experimentada *saida* no se le notó en absoluto la forma en que miró a Rafael cuando pasó por su lado en dirección a la puerta, pero Kyr podía imaginar muy bien la mirada curiosa con la que Tamara había examinado a su paso al hombre que había besado públicamente a su rebelde hija. ¡Se equivocaba! ¡¿Cómo podía Tamara reconocer a su propia hija en aquella plateada armadura de caballero, alguien que, además, había estado besando sin ningún pudor a un hombre que para colmo era sacerdote?! Tamara no hizo nada de eso; más bien examinó al joven caballero armado con absoluta extrañeza, hasta que Kyr du Lac se levantó la visera, se quitó el yelmo y sacudió su copiosa cabellera. Tamara había contado con todo en esta vida, pero no con un reencuentro con su desaparecida hija más joven. Sin embargo, la *saida* se repuso de inmediato.

—¡¿No será que has llegado a casa por pura casualidad?! —le dijo en tono sarcástico, acariciando con gesto despectivo la armadura de su hija—. No vamos a coincidir —añadió señalando con la mano a Timdal—, pues estoy a punto de partir en un largo viaje.

—Yo podría acompañaros un trecho del camino —respondió Kyr du Lac—. Acompañar a la gente ha sido el sino de la mayor parte de mi vida en todo este tiempo —añadió Kyr con cierto tono amargo—, pero no quisiera importaros, tal vez tengáis en mente alguna *aventure*. ¿Qué me decís, estimada madre?

La *saida* miró a su hija con una leve expresión de asombro.

—¡Siempre tengo alguna en mente! —dijo reprendiendo a aquella preguntona—. ¡¿Pero será posible que seas tú, precisamente, la que vea algo así con malos ojos?!

Kyr se apresuró a cambiar de tema.

—¿Y hacia adónde os llevará vuestro viaje? ¿O acaso no tenéis un rumbo fijo?

—Por supuesto que lo tengo, quiero volver a ver Jerusalén antes de que...

—¡Sois muy valiente, madre! —dijo Kyr rápidamente para hacerla cambiar de idea—. ¡Pero el Jerusalén que vos habéis conocido ya no existe! —La hija se dio

cuenta de que no había conseguido causar ningún efecto con sus palabras; por otro lado, tenía que convencer a su madre para que no cometiera esa estupidez—. ¡¿Qué diablos se os ha perdido allí, precisamente ahora?!

—*L'aventure* —respondió Tamara sonriente, y Kyr no pudo menos que admirar a su madre.

—¿Una historia de amor? —volvió a preguntar, sin especial convicción.

—¿Quién sabe? —respondió la *saida*, indicándole a su hija que había ciertos límites—. Entonces, ¿vienes conmigo?

Kyr se inclinó hacia adelante y puso ambas manos sobre los hombros de la madre.

—Balián ha muerto —le susurró al oído en voz muy baja.

Ahora le daba igual que eso fuera cierto o no. Pero no se atrevió a mirar a su madre a la cara. Un estremecimiento visible sacudió el cuerpo de Tamara y una exclamación salió muy bajito de su boca. Kyr se sintió desfallecer.

—Es mejor que acompañes a la *saida* de regreso a la fortaleza —dijo volviéndose hacia Timdal, el moro—. ¿O acaso debo acompañaros? —le ofreció a aquella mujer derrotada, que de repente había envejecido varios años.

—¡Encontraré mi camino yo sola! —respondió Tamara brevemente—. ¡Qué te vaya bien! —Ése fue el único saludo que dedicó a su hija, que se había vuelto una extraña para su madre.

Tamara hizo dar media vuelta a su caballo y cabalgó detrás del moro sentado en su asno de carga.

Kyr du Lac permaneció un rato contemplándolos hasta que ambos desaparecieron a través de la puerta de Masyaf.

—Añade a nuestro informe, querido Timdal, el siguiente ruego; o no, mejor desplégalo ante los pies del *hujja*, de modo que éste se lo pueda tomar a pecho o pisotearlo.

—¿Acaso lo último no forma parte de lo primero? —quiso cerciorarse el escribano con cautela, pero con cierto tono sarcástico.

El gordo eunuco levantó la mano en gesto amenazador contra el moro, que de inmediato se agazapó con la pluma.

—¡Escribe! —gimió la mole de carne—. ¡En lo que atañe al legado papal Titus de la Porta, me permito la osadía de reprocharos la manera dura con la que estáis actuando con él! Si seguís negándoos a concederle una audiencia y, al mismo tiempo, por otro lado, le insufláis el miedo y el terror por medio de rumores que dicen que fuera de nuestras murallas acechan ya los esbirros de Saladino, un día el enviado del papa terminará en esa silenciosa celda...

—¡Vaya! —se le escapó al divertido moro—. ¿Os referís a la misma donde Yussuf y Alí...?

—... destinada a los que primero pierden el juicio... —dijo jadeante el *kabir at-Tawashi*, esforzándose por irradiar el mayor rigor... y luego pierden el control sobre sí mismos, sobre cualquier sentido y sobre sus miembros. De modo que debéis ser indulgente.

—¡Aunque se trata de un hombre horrible, todo lo contrario de la grata presencia de monseñor Rafael de Sidonia —se permitió añadir el moro Timdal—, quien, además, se ha revelado como un interlocutor culto y fecundo, como seguramente vos, noble *hujja*, habéis constatado ya personalmente!

—Por otro lado, Titus elude todo lo que él considere una traición a la propia causa, es decir, los intereses de la cristiandad —dijo el eunuco, tomando de nuevo las riendas del dictado—. ¡Ah! —recordó—, añade también un *post scriptum*^[145]. Por cierto, entretanto, el señor legado, como un terco balletero, ha convertido en el blanco preferido de todas sus críticas a nuestro al-Mansur, a quien le reprocha constantemente el ser un converso y un traidor a las enseñanzas de Cristo, amenazándolo con todos los tormentos que *sheitan* es capaz de concebir. Sin embargo, el joven ha sabido responderle de un modo viril, diciéndole que por vos, noble señor y maestro Sheik Sinan, estaría dispuesto a saltar a cualquier hoguera del infierno.

—¡Mientras tenga a su lado a su amigo Sayf, a esos dos chicos les hará guiños el paraíso! —añadió Timdal con sarcasmo, pero esta vez sí que recibió un coscorrón de la mano carnosa de su señor.

Un poco enfadado, el *kabir at-Tawashi* puso fin al planteamiento de sus ideas:

—¡Eso es algo que debo alabarme y que también debería alegraros a vos! ¡Al molesto de Titus, por el contrario, si no tenéis intención de recibirlo, podríais espantarlo de aquí como a un perro vagabundo; os aseguro que nadie derramará ni una sola lágrima por él!

—¡Bueno! —suspiró el eunuco, satisfecho—. ¡Y ahora, impertinente moro, llevad mis nobles palabras hasta el observatorio y dile a monseñor Rafael, que está esperando fuera, que entre a verme!

Los centinelas del octógono dejaron pasar al monseñor.

—¡Ahorradme la presencia de ese insoportable representante de la curia! —le hizo saber de inmediato Rafael de Sidonia con absoluta sinceridad a su anfitrión An-Nasir—. ¡La verdad es que no deseo encontrármelo, ni siquiera desearía que supiera que me hospedo bajo vuestro techo!

Al eunuco, un hombre entrado ya en años, nada podía robarle su flemática serenidad.

—¿Qué rasgo tan repulsivo tiene ese legado de vuestro papa que vos queréis evitarlo como a un leproso?

—¡Si se tratase de alguien aquejado de lepra, me gustaría lavarlo y cuidarlo con mis propias manos, pero a Titus de la Porta, a ése no lo toca ni *satanus in personam*^[146] con sus zarpas ardientes! ¡Ya lo experimentaréis en vuestro propio pellejo!

—¡Ya he tenido la experiencia! —An-Nasir se frotó las manos, asqueado—. ¡Hasta ahora no ha habido ismaelitas que sean mártires cristianos! —El eunuco insufló a su malestar cierto aire afligido—. Si vos, Rafael, no deseáis estar a mi lado para consolarme con vuestra cruz y vuestro libro sagrado, entonces debéis poner ahora mismo pies en polvorosa, porque el señor legado papal se acerca.

Rafael de Sidonia dio media vuelta en aquel salón de ocho esquinas buscando una manera de salir, pero ninguno de los tapices de seda china colgados en la pared revelaba la existencia de una vía de escape secreta. Entonces An-Nasir dio muestras ante el enorme sacerdote de su confianza irrestricta. Hizo girar uno de los pilares de la cama que sostenían el baldaquín y todo el lecho, junto con los cojines de damasco, se levantó hacia arriba del mismo modo que se abre la boca de un cocodrilo, dejando a la vista una escalera que debía de conducir inevitablemente hacia el harén.

—¡Timdal os mostrará el camino de la virtud para que no terminéis por equivocación en el paraíso!

En ese instante apareció el moro por entre los cojines, donde debía de haber estado profundamente dormido, se frotó los ojos y salió andando a saltos delante del señor Rafael de Sidonia. Para él esa escalera era una cuestión rutinaria. El alto sacerdote tuvo que agacharse para poder seguir a Timdal hacia abajo.

Tras él, el suntuoso lecho volvió a adoptar su posición horizontal, y como los cojines se habían desordenado un poco, el eunuco dejó caer la cortina de terciopelo que cubría la cama.

Sayf y al-Mansur subían desde el lago y trepaban los últimos metros que faltaban para llegar bajo las murallas de Masyaf. Por ese lado no había peldaños excavados en la roca como los que existían en la empinada pendiente rocosa que subía hasta la fortaleza de Montmor. La galería subterránea que comenzaba en un punto secreto situado bajo las aguas del estanque, la cual se abría paso a través de la roca hasta desembocar en el edificio del pozo, hacía innecesario cualquier otro acceso. Por tanto, los inquilinos del castillo, siempre y cuando pudieran salir de él, tenían que buscarse otro camino entre los altos acantilados desnudos y agrestes, una empresa bastante ardua y no exenta de riesgos. Los dos amigos, a los que el *sheik* en persona les había otorgado el privilegio de bañarse allí abajo en el profundo estanque del barranco cada vez que lo desearan, habían emprendido decepcionados la subida de regreso después de refrescarse, ya que la persona que esperaban encontrar allí no había aparecido en ningún momento. Había permanecido en el lugar hasta que el sol desapareció tras la hondonada del valle y un viento frío los hizo temblar bajo sus

ligeras camisas, mientras ninguno de los dos se mostraba dispuesto a admitir con una sola palabra que esperaban únicamente la aparición de Melou. Melusina du Ferbac — quien desde hacía tiempo era la madre de una niña ya crecida— representaba todavía, desde su más tierna infancia, el gran y único amor de sus vidas. Totalmente absurdos e inútiles se revelaron todos los juramentos sobre sus intenciones de desterrar su imagen de su mente o huir de ella.

Sayf y al-Mansur habían llegado justo bajo la base del muro del bastión de ángulo en el que confluían el muro exterior del paraíso, situado hacia el valle, y el muro divisorio con su edificio del pozo. Allí, en esa sección de las fortificaciones, sólo visible desde abajo, algunas plantas trepadoras como la hiedra se habían aferrado a los muros y formado hacia arriba una tupida alfombra de hojas de color verde oscuro. Pero justo en el momento en que se arrastraron bajo aquel techo de hojas oyeron un crujido sobre sus cabezas, algunas ramas se partieron, y poco a poco fueron apareciendo sobre ellos primero unos pies oscilantes, luego la sotana desordenada y, por último, el resto del cuerpo del legado papal. La razón para que Titus de la Porta cayera delante de ellos así, por etapas, se debía a que estaba aferrado desesperadamente a las plantas, por lo que pasó algún tiempo hasta que su peso arrancó de la pared a la que estaban ancladas. Ahora, en cambio, yacía de espaldas ante ellos como un jabalí recién sacrificado, con las cuatro patas extendidas.

—¡Para echar una ojeada al paraíso es mucho menos peligroso hacerlo a través del ojo de la cerradura! —dijo con sarcasmo Sayf, que de inmediato se había dado cuenta de cuál era la situación.

—¡No digas eso! —exclamó al-Mansur, adoptando el mismo tono—. Una vez que has visto a las huríes, tu vida queda plenamente consagrada a la muerte. ¡Aunque no por una rotura de cuello! —Tampoco él hizo ningún intento por ayudar a levantarse al clérigo desplomado.

Furioso, gimiendo, Titus se incorporó sin ayuda de nadie y se sacudió las hojas delatoras de la sotana.

—Yo sólo quería ver... —les dijo bufando a los dos hombres, que no habían demostrado ninguna disposición a ayudarlo, pero Sayf ya se había preparado para asestar el siguiente golpe:

—¡Queríais ver lo que se esconde detrás de esos altos muros y que, ciertamente, no está destinado a vuestros ojos, Titus de la Porta, *magister venerabilis*!

Titus había sabido esquivar muy bien, una tras otra, aquellas estocadas; pero era la última la que más le había dolido, y eso le hizo suponer que el Enviado, sin ningún pudor y en un acto sacrílego, había revelado su *incognito*^[147] a dos simples fedayines, ¡tal y como se da de comer a los cerdos! Para encauzar su ira por los carriles adecuados tenía que ganar tiempo, y para ello la mejor máscara era la afabilidad.

—¡¿Sois los dos favoritos del Viejo de la Montaña?! —les susurró con su voz estridente. A Titus ni se le pasó por la mente que aquella inconfundible voz metálica

les había revelado hacía mucho tiempo su identidad, la del misterioso cabecilla del priorato.

—¡Nos esperan misiones mucho más importantes —le dijo al-Mansur, altivo— que ayudar a un supuesto delegado del papa en su intento de suicidio!

Titus, sin embargo, tenía demasiada escuela como para dejarse arrastrar a aquella encerrona.

—¡El noble *sheik* debe de haberos elegido para ocupar su lugar cuando haya llegado el momento!

—Para ello al-Mansur no carece de una buena armadura espiritual —atacó Sayf, mientras Titus lanzaba la pregunta que le quemaba su alma negra:

—¡¿Entonces será el Enviado quién...?!

—*Yafathu Allah*^[148]! —exclamaron Sayf y al-Mansur casi al mismo tiempo—. ¡Es una idea espantosa! ¡Habría que evitarlo a toda costa!

—¡Yo también veo las cosas de ese modo! —exclamó con entusiasmo el legado—. Pero... —añadió, dirigiéndose a al-Mansur como si de un buen amigo se tratase—, pero si mañana al *sheik* le sucediera algo, ¡y que Alá no lo permita!, algún hombre capaz en sus mejores años, como vos, al-Mansur —gracias a su voz estridente, sus adulaciones adoptaron de inmediato un tono difamatorio—, podría formar a partir de los asesinos una tropa muy distinta, ¡liberada de toda molesta cuestión religiosa!

—¿Y con qué propósito? —lo interrumpió Sayf—. ¿Por qué nuestra fe común en las enseñanzas de Ismael no habría de seguir guiando nuestras acciones? ¿Sólo porque vos os imagináis un estado divino de otra índole?

—¡... con su propio poder en la Tierra! —dijo Titus, acalorado; entonces su voz se tomó chillona—. ¡Donde los asesinos sean una orden de caballería, por ejemplo! ¡Y las huríes una promesa de placer celestial, un acicate permanente para servir al amor, a Dios y a la Virgen María! —La pausa que se permitió para dar énfasis a sus palabras fue demasiado breve como para permitirles a los desanimados fedayines intervenir—. ¡Para ello tendréis que haceros cristianos!

—¡¿Y eso por qué?! ¡¿Para qué?! —preguntó, indignado, Sayf—. ¡Porque sólo hay y puede haber caballeros cristianos! —anunció el legado como el golpe final de una fanfarria, aunque se mantuvo expectante.

—He conocido en ambos bandos a algunos hombres que no merecen ese título —respondió al-Mansur, pensativo; pero a continuación, se tomó su tiempo—. He conocido a hombres en el mundo del islam que podrían competir con cualquier cristiano en términos de caballeridad.

—No voy a discutir que existan esos casos aislados —transigió rápidamente el legado—, ¡pero la condición de caballero exige estar al servicio de Nuestra Señora, y no al servicio de la meretriz de Babilonia, tal y como la adoráis vosotros aquí en vuestro pecaminoso paraíso, esa criatura de piel blanca salida del infierno! —Titus empezaba a jadear de nuevo; su voz, de repente, amenazó con fallarle—. ¡Esa mujer

que hace que todo hombre arda en los fuegos de su propio infierno! —Dicho eso, observó a los dos amigos con mirada llameante—. ¡Arde! ¡Arde! —gritó y, súbitamente, se lanzó contra las plantas trepadoras tras las cuales se elevaba el muro del paraíso. Se aferró con ambas manos a las ramas y apretó su cara contra las hojas, como si allí pudiera encontrar el frescor y el alivio que mitigaran sus quemaduras. Los dos amigos sólo se miraron brevemente y dejaron el lugar sin hacer ruido.

Los guardaespaldas del Viejo de la Montaña acompañaron a An-Nasir a través del túnel abovedado que conducía a la planta baja de la Torre de los Ojos del Cielo y a la ancha escalera de caracol que subía hasta el gabinete de trabajo del *sheik*. El eunuco encontró al *hujja* en compañía de Rafael de Sidonia mientras ambos escudriñaban el cielo estrellado de la noche. Los dos señores se alternaban para colocar el ojo en el ocular^[149] descollante, en posición fija e inclinada, a través de la ranura del muro que apuntaba hacia lo alto, en dirección al cielo de la noche.

—¿Lo veis, señor Rafael? —dijo el *sheik* con voz sombría—. ¡El Hyleg^[150] sigue estando ahí, inmóvil sobre Masyaf!

El monseñor, pacientemente, sustituyó de nuevo a su anfitrión y volvió a echar una ojeada hacia las estrellas.

—Es el Almutin^[151] —dijo intentado tranquilizar al *hujja*—. Él cubre toda Siria y Palestina; además, tampoco trae mala suerte, como se dice erróneamente, sino que nos da fe de determinadas decisiones que es preciso tomar y que afectan de un modo importante nuestro destino.

—¿Y eso se puede conciliar? —preguntó el *sheik*, con cautela—. ¿O es preciso aceptarlo tal cómo es?

—El temor ante Dios mediante la humildad y la entrega de la oración no pueden causar ningún daño, mi estimado *hujja* dé los asesinos.

—¿De modo que tampoco constituye un peligro inmediato para Masyaf?

—No, pero sí significa que habrá cierto movimiento que cambiará algunas cosas —sonrió satisfecho el monseñor—. Sin embargo, hay alguien para quien Masyaf se convertirá en un peligro mortal...

—Ése no podéis ser vos, Rafael de Sidonia, vos podéis ser nuestro bien estimado huésped cuanto tiempo queráis...

—¡Gracias, mi *sheik*! ¡Sabéis que me siento muy a gusto entre vos, pero en algún momento tendré que regresar a otros lugares menos agradables, adónde me llama mi deber como sacerdote!

—¡El Hyleg no provoca nada por la fuerza! —lo consoló el *hujja*, un poco triste, ya había aprendido a apreciar al monseñor como un hombre inteligente y tolerante.

El eunuco no vio ninguna oportunidad de inmiscuirse en aquella disputa sobre las estrellas.

—Noble señor y maestro —dijo enérgicamente—, como seguramente ya sabréis, nuestra antigua hurí Shirin, la hija mayor del Enviado, ha dado a luz un niño sano...

—Y le hemos dado el nombre de Ramón —respondió Sinan, sonriente.

En su fuero interno, a An-Nasir le entristecían esos aires de superioridad del *sheik*, esa incommovible seguridad en sí mismo.

—¡Titus de la Porta —replicó con suspicacia—, el *frater superior y legatus papae*, exige bautizar al niño por el ritual cristiano! ¡Pero yo he rechazado rotundamente la oferta! —añadió, orgulloso.

—¡No puede ser! —le respondió Sinan, sonriente—. Eso se ajusta perfectamente a nuestros planes. —Entonces el *sheik* se dirigió a Rafael de Sidonia con amabilidad—. ¿No querríais vos asumir esa responsabilidad, monseñor?

Aquel hombre alto y corpulento se volvió pequeñito de repente, algo que contrastaba claramente con sus contundentes palabras.

—Sería para mí un gran honor, pero para ello tendría que salir a la luz, ¡y a partir de entonces tendría encima todo el tiempo a Titus de la Porta! —Rafael parecía más tímido que agobiado; el *sheik*, por su parte, frunció el ceño.

—¡No podéis ocultaros eternamente!

—¡No estoy ocultándome! —Rafael reaccionó indignado—. Sólo estoy evitando cruzarme con ese hermano.

—¡Como os apetezca! —La sonrisa de Sinan fue fugaz. Rafael de Sidonia se puso de pie.

—Le prometí a Kyr du Lac que me ocuparía de su hermana —murmuró con voz poco clara. Una vez en la escalera, se volvió de nuevo hacia el eunuco—. Mucho más urgente que el bautizo es que la madre reciba en su lecho de parturienta nuestro afecto humano.

El *sheik* lo miró, pensativo.

—¿Qué ha traído en realidad a ese Titus a Masyaf? —le preguntó por sorpresa al eunuco, pero éste estaba preparado para responder.

—El señor legado del papa aduce que debe verificar la verdad de ciertos rumores que afirman que los asesinos están dispuestos a convertirse a la fe cristiana...

—Y bien, mi viejo An-Nasir, ¿lo estamos? —bromeó el Viejo—. ¿Qué te dice tu amplia conciencia?

El eunuco no tenía ningún deseo de tomar a la ligera esa pregunta.

—Después de varias conversaciones que el legado ha sostenido preferentemente conmigo, a falta de una audiencia que vos no le habéis concedido hasta hoy —dijo An-Nasir con fluidez, lo que aumentó la euforia del anciano *sheik*—, tengo serias dudas de que el legado papal, que en apariencia se muestra como un misionero al que le interesa sobre todo convertir a una tribu de paganos, cuente para ello con la legitimidad de alguien. Me pregunto más bien si no está actuando por un impulso propio, por un afán devoto mal encaminado.

—¿Quieres decir por fanatismo religioso?

—¡Es fanatismo en cualquiera de los casos! —dijo el eunuco para justificar su examen del clérigo—. Cuando pienso en el interés que muestra por nuestro paraíso...

—El paraíso también desempeña un papel no poco importante entre los cristianos. —El sheik, sencillamente, no podía tomar en serio a ese Titus—. ¡En realidad, en su caso no se trata de un estado de ensoñación, el objetivo de todo esfuerzo en la Tierra, sino de deshonor y maldición!

—¡Así es! —corroboró An-Nasir, satisfecho—. Lo que preocupa particularmente a Titus es el pecado, el pecado original de los hombres, y de nuestras huríes espera la depuración de su alma...

—La salvación de su carne pecadora... —dijo el *sheik*, sonriente, acudiendo en su ayuda con éxito.

—¡¿Sabéis, noble Sinan, lo que ese hombre me ha preguntado completamente en serio?! ¡¿Si no podía meterse alguna vez con las huríes en la tina del baño?!

—¡Pero si ellas nunca se lavan! —El *sheik* estaba a punto de reventar de la risa, pero el eunuco se mostró ofendido: en primer lugar, porque de ese modo veía sus conocimientos muy poco dignificados, y en segundo lugar, porque le afectaba profundamente ese reproche sobre la falta de higiene de «sus» mujeres. Sinan se dio cuenta y cambió de tema—: ¿Y quiénes, según él, le han encargado venir?

—¡La Iglesia occidental del papa de Roma!

—Ahí tienes la respuesta a la pregunta que te formulaba al principio, querido An-Nasir: ¿estamos nosotros, los ismaelitas, listos y dispuestos para entrar en una comunidad religiosa que envía a tales emisarios como ese Titus?

—¡No! —se apresuró a responder el eunuco—. ¡No lo estamos!

—¡Eso puedes reservártelo para ti, An-Nasir! —lo reprendió suavemente el anciano—. ¡Claro que estamos dispuestos! ¡Pero otra cosa muy distinta es si estamos listos!

Jaluddin, el maestro de maestros, sacudió enfadado el polvo acumulado en su ropa durante su cabalgata de exploración antes de entrar en la taberna El León Azul del Gordo Paúl, donde pretendía encontrarse con Husain y los otros participantes en aquel pequeño ejército que había marchado contra Niphin. Ellos ya lo esperaban, orgullosos por el éxito de su expedición.

—A Tomás de Niphin le avisaron por medio de señales luminosas —gruñó Jaluddin—. ¡Las murallas de Botrun están vigiladas!

Se produjo un silencio de turbación.

—Ese canalla ya sabe que estoy en libertad de nuevo —dijo, resumiendo, el liberado emir Ahmed, quien a pesar de todo se mostraba de muy buen ánimo—. ¡Y también sabe que estamos en camino!

—¡Estupendo! —soltó Jaluddin en un tono corrosivo. El reproche iba dirigido sobre todo a Husain, pero éste también se mostraba del todo impasible ante aquel

cambio de la situación.

—Ante esta nueva situación, sólo puede ayudarnos la insolencia como único momento de sorpresa —dijo de repente el Enviado—. Debemos mostrar tal desfachatez ante el honorable señor Tomás que se quede del todo confuso.

—Pero deberíamos emplear también una pizca de astucia —lo interrumpió Ahmed—, ¡y así pondremos algunas hierbas aromáticas de seducción en la sartén donde luego freiremos sus huevos! Por un momento, mientras le proponían tales recetas, Jaluddin no supo si debía reír o llorar.

—¡Lo tengo! —El maestro de maestros estaba de repente rebosante de buen humor—. Sólo dejadme hacer algo. ¡Gordo Paúl! —le gritó al patrón—. ¡Vino para todos! —Entonces reflexionó brevemente—. ¡Del mejor! ¡Pero sólo media jarra para cada uno!

EL VUELO DEL ÁGUILA ROJA

-¿**C**REÉIS en Dios Padre, en Cristo, su Hijo, y en el Espíritu Santo? —quiso saber Titus de la Porta de su interlocutor; el clérigo tenía las manos a la espalda y caminaba nervioso de un lado a otro. El Viejo de la Montaña no lo había recibido en el observatorio, sino en la plataforma de la Torre de los Ojos del Cielo, aprovechando el buen tiempo que hacía.

El Viejo apartó la vista de la agreste cordillera de colinas y miró al legado papal, pensativo.

—¡Vos, los cristianos, no habéis superado todavía del todo el Olimpo de los dioses griegos, ni siquiera lo habéis logrado en la época de la Roma imperial! —El *sheik* dedicó a Titus una sonrisa refinada y divertida—. Si me permitís interpretar que en vuestra pregunta las formas mencionadas no son más que las distintas apariencias de un dios único, podría responder que sí. —Titus lo miró insatisfecho, pero el *sheik* continuó, impasible—: *Allahu ahad, Allahu samad. Lam yalid ua lam yulad, ua lam yakunu lahukufuan ahad'*, lo que, traducido para vos significa, de una manera inequívoca: «Alá es único, Alá es excelso. Ni engendró ni fue engendrado, y no tuvo descendencia».

—Entonces, ¿negáis a Jesucristo su condición de Hijo de Dios?!

—Si intentáis enredar a Cristo en la carnalidad de Miriam...

—¡El ángel! —exclamó Titus, acalorado—. Él representa la Inmaculada Concepción...

—¿Gracias al semen humano? —insistió Sinan de inmediato—. En fin, de un varón... ¿O acaso vuestros ángeles son femeninos?!

—¡No hay nada sagrado para vos! —dijo el legado, poniendo el grito en el cielo—. ¡Ni siquiera la madre de Dios!

—¿Quién? ¿La madre de Jesús el Nazareno, de la casa del rey David? —dijo Sinan, volviendo a la carga.

—¡No queréis ni podéis comprender el milagro de la apoteosis de todos los involuocrados!

—Y vos sólo confirmáis mis sospechas sobre el grado de grave atraso espiritual de vuestra Iglesia. —Con un gesto imperativo, el *sheik* hizo callar a Titus, que ya se disponía a explotar de nuevo—. ¡La idea de un dios único os supera; necesitáis un dios anciano, un dios justo y un dios benefactor, y además queréis un dios creador y un dios sabio, de ahí esa forma espiritual del *spiritus sanctus*^[152]! En total, todos esos dioses abarcan el ámbito de Júpiter^[153] y de Saturno^[154], así como el de la divinidad del sol, el *sol invictus*^[155] de los romanos. Miriam sobre una medialuna en representación de lo lunar, lo femenino por antonomasia; Miriam como madre para Juno^[156], Ceres^[157] y Vesta^[158]; Miriam como virgen para Diana^[159], Atenea^[160] y Artemisa^[161]... Y ahora algo más para la juventud masculina: el «Christos» en

representación de Hermes^[162], el hijo eterno; de Mercurio^[163], el mago, el sanador milagroso, y además alguna que otra pizca de Apolo^[164], una dosis de Dionisos^[165] para la mística y las borracheras... ¡Con esa mezcla, a Pablo le resultó fácil ganar a los romanos para su fe!

El hombre de la Iglesia lo contemplaba, atónito.

—¡Eso es blasfemia! —dijo, jadeando.

—Era eso precisamente lo que quería oír de vos —respondió Sinan con aires de superioridad—. El islam no necesita tales contorsiones, razón por la cual siempre será superior, desde una perspectiva más amplia, a vuestra doctrina difícilmente comprensible.

—¡Satanás! —resopló Titus—. ¡Es Satanás quien habla por vuestra boca!

Sinan rió ruidosamente.

—Mejor dejémoslo a él aparte... ¡Por vuestro bien!

El legado se vio sacudido por un ataque de tos.

—Por fuerza de mi cargo —jadeante, Titus manoteaba de un lado a otro en el aire con la intención de condenar al *sheik* con la señal de la cruz—, de mi ordenación como...

Sus siguientes palabras, pronunciadas entre estertores, fueron incomprensibles, lo que Sinan aprovechó para terminar su discurso.

—Aunque vos, en vuestra profesión de fe, habláis de un ser todopoderoso, de un *Deus omnipotens*, es decir, un dios ubicuo que lo abarca todo y todo lo puede, habéis ignorado a dos importantes dioses de la Antigüedad: Venus, el amor en todas sus posibilidades, y Marte^[166], ¡dios de la guerra! ¡A una la olvidasteis porque os avergonzáis de vuestra carne, y al otro porque os gusta figuraros que la paz y el dominio del bien es el estado que vuestro *dios* desea para la Tierra!

—¡Yo soy testigo de ello! —El legado trazó una vez más la cruz ante el *sheik*, como si el mal en persona estuviera delante de él—. ¡Os demostraré que nuestra fe es la mejor y la más fuerte —el *magister* soltó un gallo—, a la que Jesucristo otorgará la victoria! —diciendo esto, alzó los brazos como si quisiera sacar fuerzas del cielo—. ¡Estoy dispuesto, ante el juicio de Dios, a enfrentarme a cualquiera de vosotros!

Sinan frunció el ceño.

—¡No tentar a Dios es otra de las cosas que prohíbe vuestra religión! —dijo Sinan justo en el momento en que Timdal, el moro, irrumpía en la torre sin aliento.

—¡El rey! —dijo, jadeante—. ¡El rey Guido de Jerusalén está ante nuestras puertas con sus caballeros! —El Viejo miró hacia abajo y vio el brillo de las armaduras, las coloridas mantillas y los banderines ondeantes, los escarceos de los caballos y los siervos que intentaban contenerlos—. ¡Es una visita de Estado! —añadió Timdal innecesariamente.

El *sheik* se dirigió a Titus.

—Continuaremos nuestra conversación en otro momento. Reflexionad mientras tanto sobre las razones por las que un musulmán creyente tendría que abdicar de su

fe, tal y como se la ha enseñado su profeta Mahoma, para acogerse a vuestra doctrina en parte pagana y en parte ocultista.

Furioso y sin despedirse, el legado papal bajó pesadamente la escalera detrás del moro.

Hacía ya un rato que los puestos de las gradas de piedra en el patio superior de Masyaf estaban ocupados cuando el *hujja* apareció con su huésped por el portal de dos batientes de la Torre de los Ojos del Cielo. Los distinguidos señores permanecieron arriba, y sus miradas se deslizaron por la multitud allí reunida. El séquito del rey había tomado asiento en la primera fila, en el mismo lugar donde estaba sentado Titus de la Porta, el legado papal. Monseñor Rafael de Sidonia no se dejó ver en esa ocasión, lo que no quería decir necesariamente que no estuviera presenciando todo aquel ajeteo sin ser visto, ¡pero un encuentro con Titus de la Porta y al mismo tiempo con el rey Guido era demasiado, por lo menos algo más de lo que podía pedirle! Tampoco se veía a Sayf y a al-Mansur; en cambio, Shirin y Melusina tomaron asiento en la segunda fila, aunque su presencia fue notada no tanto por los visitantes foráneos como por los propios asesinos, que al verlas empezaron a cuchichear. Sin embargo, nadie tomó mejor nota de la asistencia de las dos huríes y sus hijos como el legado papal.

La *saida* Tamara se había sentado junto a Xenia con el propósito de que la efusiva niña no hiciera ninguna tontería. Shirin sostenía a su bebé en los brazos; el hecho de que no se pusiera a darle el pecho allí mismo al pequeño Ramón había que agradecerse a su madre y al ojo vigilante de An-Nasir, que ocupaba su puesto habitual allí arriba, desde donde tenía una vista panorámica de todo.

Junto a él estaba el moro. Ambos observaban atentamente la empinada escalera que llevaba hasta el adarve de la muralla, donde una fila de centinelas estaba apostada a intervalos de dos hombres. Caviloso, el *hujja* contempló el círculo reunido a sus pies. Su mirada se deslizó por los muros y se posó en la región llena de colinas. Luego cogió amistosamente al rey por el brazo y lo guió a través de la ancha escalera hasta el estrado con los dos sillones erigido bajo uno de los arcos del claustro. Todos los invitados se habían puesto de pie en silencio y no se volvieron a sentar hasta que los dos dignatarios hubieron tomado asiento en sus sillones. El silencio expectante, por el contrario, perduró. El *hujja* era el encargado de dar la señal para que comenzaran las presentaciones. Nadie sabía en qué consistirían; no todos los días iba a visitarlos un rey cristiano.

Y no era sólo el soberano el que había despertado el interés de los asesinos; también su pequeño y magnífico séquito provocó una gran expectación, de modo muy especial, un caballero cubierto totalmente por una armadura de plata que ahora ni siquiera se dignaba airear su ornamentada visera dorada. Sólo había tres personas en Masyaf que de inmediato supieron de quién se trataba. Eran Sayf y al-Mansur, que

contemplaban la escena desde la torre y al instante reconocieron el regalo de Reinaldo de Chátillon, tras lo cual acordaron guardarse la información. El tercero era monseñor Rafael de Sidonia, quien en un principio se mostró un poco asustado, pero que ahora se alegraba realmente de no haberse exhibido en público cuando descubrió a Kyr du Lac en el séquito del rey.

Nadie sabía nada sobre el contenido de la conversación sostenida en privado entre el rey y el *sheik* en la Torre de los Ojos del Cielo, y hasta el propio *kabir at-Tawashi* sólo podía especular sobre ello. A él le hubiese gustado estar presente, pero el *hujja* no se lo pidió, e incluso ahora estaba demasiado lejos como para enterarse al menos de algunas de las palabras que entre ellos se susurraban.

—No es que desconfíe de vuestra persona, majestad —dijo el *sheik* en voz baja a Guido, aunque sonó como una especie de resumen de lo hablado hasta ese momento —, pero esta vez, dada mi responsabilidad ante mi pueblo, por si algún día, *ba'ada iradatu Allah*^[167], dejo de serlo, le otorgó un gran valor al hecho de que el reino, mientras exista, nos garantice solemnemente la continuidad y la inviolabilidad de nuestras posesiones, así como la protección de nuestro pueblo ante cualquier tipo de persecución. —El *sheik* miró al hombre que estaba a su lado con expresión interrogadora.

Guido asintió mostrando su aprobación, aun cuando sus palabras pusieron de manifiesto ciertas reservas.

—Entiendo que no queráis construir únicamente sobre mi buena fortuna, sobre todo teniendo en cuenta que todos somos mortales y perecederos; pero ¿quién me garantiza a mí el cumplimiento de vuestra parte?

—¡Mi palabra! —le respondió Sinan fríamente—. ¡Yo la puedo hacer cumplir en cualquier momento, mañana, o incluso ahora mismo! —Al *sheik* le desagradaba aquella sombra de duda en el rostro imberbe de Guido—. Puedo fiarme de la obediencia incondicional de mis fedayines. A mis órdenes, son capaces de causar la muerte y de entregarse a ella... —El rey vacilaba demasiado para mostrarse por fin convencido.

Sinan dio dos palmadas y, acto seguido, dos de los guardias apostados en lo alto de la muralla entendieron que la orden iba dirigida a ellos y saltaron sin dudar al patio del castillo, donde murieron reventados al chocar contra las baldosas de piedra.

El rey Guido estaba atónito, pero su estremecimiento sólo se manifestó cuando vio que el *sheik* pretendía seguir con la demostración.

—¡Parad! —gritó, alterado—. ¡Os creo!

Sonriente, el Viejo de la Montaña dejó caer otra vez las manos.

—No cualquier salto los lleva por el camino más corto al paraíso —le hizo saber el *sheik* al rey, impasible—; el *tayaran al nasr*, el vuelo del águila, es con mucho el reto supremo. Se asemeja a la gran valentía de un osado guerrero, realza su gloria y lo eleva en vida a la condición de héroe, y a veces mucho más allá... Sin embargo, un

día él también cae, ¡pero las veintiuna huríes lo estarán esperando en la puerta del paraíso!

—¿¡Pretendéis que crea que...?!

—¡Esperad! —le respondió el *sheik* e hizo una señal.

Comenzó a sonar entonces un redoble de tambor; de repente una águila planeó por encima de las murallas; con un potente golpe de sus alas, describió un círculo alrededor de los allí reunidos y salió disparada hacia las nubes. El redoble de tambor fue disminuyendo y entonces sonó un clarín: sobre el más alto de los muros, el que caía en un ligero declive desde la Torre de los Ojos del Cielo hasta el bastión de la muralla, allí donde estaba la escalera y se elevaba la torre que cerraba la fortaleza, apareció una figura. Era Sayf. El joven hizo una reverencia en dirección al Viejo de la Montaña y de sus huéspedes reunidos en el patio, luego dio un paso atrás, y una elevada puerta se abrió en la torre del águila; entonces apareció también al-Mansur. Hasta donde podía distinguirse, llevaba una cofia de plumas, y las mangas de su caftán también estaban cubiertas con llamativas plumas de águila. Una gran cantidad de finos cordones salían de sus brazos y su fuerte cinturón de cuero. Esas cuerdas terminaban en un fardo de tela de la mejor seda roja de Catay, y que Sayf portaba detrás de él. Mientras al-Mansur avanzaba cautelosamente, su amigo iba desplegando tras él la banderola de seda y ordenando los cordones, hasta que pareció como si al-Mansur, que avanzaba delante, hubiese quedado atrapado en una tela de araña; mientras tanto, a sus espaldas, aquel velamen de seda de color rojo chillón comenzaba a elevarse amenazadoramente, como una águila. Los clarines sonaron de nuevo en un *crescendo* frenético; entonces, al-Mansur comenzó su carrera, con los cordones reunidos en un puño, formando un haz. Sayf intentó seguirlo todavía para que el águila que daba saltos, que se tambaleaba y vibraba no se arrastrara por el suelo de piedra, pero entonces tuvo que soltarlo, pues en ese momento al-Mansur emprendió su carrera, tan rápidamente como se lo permitieron sus piernas, a lo largo de la inclinada corona del muro. La seda se infló, se elevó flotando al viento; al-Mansur alcanzó la plataforma y fue como si el águila roja, con sus alas desplegadas, quisiera evitarle en el último segundo la caída hacia el abismo, como si se opusiera al salto en el vacío con sus cordones tensados, pero apenas al-Mansur se hubo lanzado, el águila roja lo elevó a las alturas en lugar de arrastrarlo consigo en la caída. Salieron volando de allí como una imponente ave de rapiña con su presa entre las garras y desaparecieron tras las troneras de la muralla describiendo un gran arco. Todos los presentes se habían levantado de golpe de sus asientos, pues nadie se había imaginado algo similar ni en sus sueños más osados: ¡uno de ellos había volado de allí por sus propios medios!

Husain había guiado a los restantes asesinos hasta el lugar indicado por el Gordo Paúl. El sitio no era visible para la guarnición de las murallas de Botrun. En unos

muros cubiertos por maleza y plantas trepadoras, pertenecientes a las ruinas de una capilla, encontraron rápidamente la entrada al túnel, situada bajo los tablones podridos que había detrás de la piedra del altar. Desde allí partía un pasadizo muy bajo, algo que el Enviado ya conocía de sus tiempos como prisionero, cuando se ganó la amistad y la confianza del señor Plivano. El pasadizo se deslizaba bajo tierra, pasaba bajo los muros y llegaba hasta el corazón de Botrun, la ciudadela. Se trataba de un antiguo arroyo de montaña a cuyo lecho los constructores le habían añadido una bóveda después de desviar el curso de agua. En aquella época, Husain había pasado mucho tiempo explorando ese mundo subterráneo, los embrollados pasadizos y las bóvedas de Botrun. El nuevo señor de la ciudad, el infame Tomás de Niphin, no conocía todavía ese pasadizo secreto, de eso estaba seguro Husain. Ahora sólo se trataba de avanzar a través de ese largo corredor subterráneo hasta las entrañas de la ciudadela y confiar en que Ahmed ad-Din Tush conseguiría atraer al señor Tomás hasta el punto exacto que él le había descrito con todo lujo de detalles. Formando una larga fila, los asesinos se adentraron en el túnel detrás del Enviado. El maestro de maestros se quedó solo al final. A él, que había concebido aquel plan extravagante, sólo le quedaba esperar que todo saliera bien.

El rey Guido y su séquito se preparaban para la partida de Masyaf. El rey no parecía satisfecho, sino que más bien se sentía bastante inseguro. Antes de subir a su caballo, apartó a un lado al *sheik*, que había salido para despedirlo.

—¿Y bien? —Guido intentó imprimir a su voz un sonido enérgico—. ¡¿Aceptáis mi oferta, noble maestre?! —El rey ni siquiera esperó la respuesta, pues acto seguido añadió, muy seguro de su triunfo—: Quien, como vos, puede declarar de su propiedad a hombres mortalmente cansados no puede tener ningún problema a la hora de satisfacer mi modesto y confidencial deseo, ¿no os parece?

Sinan lo miró, divertido.

—Vuestra oferta, majestad, fue una exigencia sincera... —le hizo saber a Guido el *sheik*— y lo que yo os exijo a cambio os lo comunicará el honorable An-Nasir, el *kabir at-Tawashi* del harén y hombre de mi absoluta confianza —añadió Sinan antes de poner fin a sus palabras con una reverencia—. ¡Sólo me resta pedir os que os lo toméis muy en serio!

Dicho eso, desapareció a través de una entrada lateral de la bóveda de la puerta, y An-Nasir, que ya estaba allí preparado, se dirigió al rey de inmediato y sin rodeos de ninguna índole.

—¡Mi señor y maestro insiste en firmar un acuerdo irrevocable, ratificado solemnemente por el gran tribunal del reino y que recoja necesariamente las firmas de los maestros de las dos órdenes de caballería!

—Eso llevaría su tiempo... —dijo Guido, intentando liberarse de aquella presión, o por lo menos para ganar tiempo—; hasta que el gran tribunal se haya...

El eunuco, sin embargo, lo cortó en medio de la frase:

—De todos modos, se nos ha pedido demasiado —replicó An-Nasir, a modo de protesta—, a la vista del futuro incierto del reino, del cual nadie sabe si mañana todavía existirá... —El eunuco reflexionó; su tono se volvió más amable, pero al contenido de sus palabras no debía faltarle claridad—. Queréis que los asesinos se fíen de una promesa escrita de vuestra parte, ¡mientras que nosotros nunca más podremos deshacer nuestras acciones!

El rey Guido estaba enfadado, indeciso sobre si debía o no responder al anciano *kabir at-Tawashi*; su mirada vagó un momento y fue a posarse en el caballero de su séquito que destacaba entre todos los demás por el brillo de su armadura, pero sobre todo por el hecho de que nadie hasta entonces había visto su rostro. Si en ese sentido Guido representaba una excepción o no, era un secreto muy bien guardado entre el rey y Kyr du Lac. Sólo se notaba que Guido apreciaba mucho el sabio consejo de ese caballero, y un observador atento podía incluso asegurar haber visto en ese momento un gesto de aprobación, a fin de no romper las negociaciones bruscamente a causa de cierta vanidad herida. Sin embargo, justo en ese instante el rey se distrajo a causa de un personaje que se abría paso hasta ellos con vehemencia.

Era Titus de la Porta. Había estado observando al grupo desde hacía un rato, pero sólo se atrevió a inmiscuirse cuando el Viejo de la Montaña hubo desaparecido. El eunuco observó la escena con sumo disgusto. Al señor legado lo movía sobre todo la preocupación de que los derechos y los privilegios de la *ecclesia romana* pudieran salir perjudicados. En cualquier caso, debía de haber oído la última frase de An-Nasir.

—¡Alabado sea Jesucristo! —exclamó de repente—. ¡Poder honrarlo no es una «acción», sino un regalo de Dios a la humanidad!

Probablemente pensara que el tema giraba en torno a la disposición de los asesinos a adoptar la fe cristiana, y en ese sentido se sentía responsable en su condición de prestigioso misionero y emisario de la curia. En tono brusco, se dirigió al rey, que ya se disponía a saltar sobre su silla de montar.

—¡¿Cómo es posible que un soldado del Señor —lo increpó el clérigo con enfado — pueda entenderse con un hombre sin fe sobre si éste desea o no «fiarse» de la doctrina de Cristo?! —La voz de Titus rebosaba de sarcasmo y petulancia—. ¡¿Toleraréis que estos paganos jueguen con la idea herética de que, en caso de recibir ese regalo de Dios, puedan «deshacer» su bautismo?!

Guido dedicó a aquel hombre rabioso una mirada furibunda y clavó las espuelas a su jamelgo; tras él, su séquito comenzó a bajar la colina de la fortaleza de Masyaf.

—¡No se ha «hecho» nada! —le informó fríamente al legado papal el *kabir at-Tawashi*—. ¡A nadie se lo ha obligado a «fiarse» y de nadie se ha «desconfiado»! —Con esas palabras, el gordo anciano de An-Nasir dio la espalda al legado, y Titus de la Porta se vio de repente solo ante las puertas de Masyaf. El clérigo se apresuró a entrar a través del batiente que ya se cerraba.

Por esa razón el legado no vio cuando monseñor Rafael de Sidonia se mezcló entre la comitiva real que partía. El sacerdote llevaba otra vez una armadura sobre la túnica de su rango, su manera preferida de llevarla, y se unió a aquel llamativo caballero del rey, aquella figura esbelta y deslumbrante con la armadura con brillo de plata y oro. Sayf contempló con añoranza la partida de aquel magnífico grupo de caballeros. Oculto bajo el arco de la puerta, había seguido en secreto toda la escena de la partida del soberano.

Sayf esperó a al-Mansur en el edificio del pozo. Así lo habían acordado, ya que tenían que llevar de nuevo el águila roja hasta el lugar donde el maestro Jaluddin la ocultaba. Desde allí, aplicando sus conocimientos sobre cómo abrir la puerta de hierro del *hujja*, podrían llegar al interior de la fortaleza sin ser vistos, mientras llevaban aquel fardo de tela roja ya doblado pero que seguía llamando mucho la atención. El propósito era devolverlo otra vez a su lugar para que el severo maestro no notara nada. ¡Y ojalá no se diera cuenta! Jaluddin les había prohibido estrictamente hacer cualquier intento de volar mientras él no estuviera presente, y nunca había retirado esa disposición.

Sayf estaba preocupado, y su inquietud aumentaba a cada minuto, pues ni siquiera sabía en qué dirección había volado su amigo. El propio hecho de que hubiera estado corriendo todo el tiempo posible detrás del águila en su condición de «pluma de cola» lo obligó a arrojarse violentamente al suelo al final de la carrera, antes de llegar a la puerta, para no ser arrastrado hacia el abismo que allí se abría. Fue así como perdió la visión de conjunto, pues cuando volvió a levantar la vista, el águila ya había desaparecido con su huevo entre las garras. El vuelo podría haber llevado a al-Mansur muy lejos, más allá de los acantilados rocosos situados enfrente; en todo caso, no había podido encontrar a su amigo por esa zona. Sayf ya empezaba a hacerse a la idea de que la espera sería larga cuando oyó unos pesados pasos abajo, en la galería.

Estaba firmemente convencido —y aliviado a la vez— de que sólo podía tratarse de al-Mansur; pero ¿por qué venía de abajo, de la dirección del lago? Los pasos se hicieron más lentos y pesados. Sayf presintió que su amigo tenía problemas, o bien estaba muy agotado o tenía que cargar un peso enorme, y bajó los últimos escalones para salir a su encuentro. Al-Mansur cargaba el águila empapada en agua repartida entre la espalda y la nuca, y la llevaba de tal forma que su rostro apenas podía verse bajo aquel bulto. No obstante, dedicó a Sayf una sonrisa de inmensa felicidad.

—¿¡Qué!? ¿Tenías tantas ganas de darte un baño y refrescarte que también te llevaste el águila al agua? —le dijo de inmediato Sayf, provocándolo.

—¡Hubiese esperado un duro aterrizaje forzoso en las rocas si nuestro querido lago no hubiese aparecido para ayudarme! —Con un suspiro de alivio, al-Mansur arrojó al suelo el pesado fardo, para lo cual se vio en dificultades a la hora de librarse de las banderolas de tela y los cordones mojados que se le habían enredado en el cuello y los hombros como los tentáculos de un pólipo—. Cogí la curva mientras

todavía volaba en picado —el avergonzado «huevo» no ocultaba aquel percance del que únicamente él era culpable—, entonces el viento, indomable, me atrapó... ¡El agua fue mi salvación! —Al-Mansur se frotó la nuca y miró su «pluma de cola» con gesto de interrogación—. ¿Y ahora dónde ponemos a secar el costoso plumaje de nuestro maestro de maestros?

Sayf pensó en lo más procedente sin dejar de reírse por la broma de su amigo.

—¡Lo mejor es que no nos dejemos ver en Masyaf con el trofeo del «vuelo en picado de esta roja águila acuática»!

—El patio del castillo de Montmor sería el mejor sitio —dijo al-Mansur de inmediato—. ¡Ahora entiendo por qué el bueno de Jaluddin nunca ha querido volar con este pájaro púrpura! —exclamó riendo, pero Sayf lo miró con expresión de reproche.

—¡No debemos bromear con los sentimientos de dolor de otras personas, al-Mansur! —Cuando Sayf se dio cuenta de que su amigo se tomaba a la ligera su reprimenda, añadió con sequedad—: La abstinencia del maestro no se puede comparar con la incapacidad de ciertos...

—¡Yo por lo menos me atrevo, a diferencia de ti! —exclamó al-Mansur, colérico.

—Eso también lo hizo la princesa —respondió Sayf—, y el pobre pastelero no pudo evitar...

—¡¿Acaso te ves en ese papel, mi pequeño Sayf?! —se burló al-Mansur—. ¡Estoy capacitado para asumir la responsabilidad por cada uno de mis actos!

—¡Y yo tendré que mojarme contigo! —respondió Sayf serenamente, y le entregó el bulto chorreante a su amigo—. ¿O acaso ya has pensado en la excusa que le darás al maestro por haber violado su claro mandamiento?

—¡Tú me obligaste! —rió al-Mansur, y a continuación se echó sobre los hombros aquella carga pesada empapada en agua—. ¡Además, nuestro dragón blanco todavía está al cuidado de mi madre!

Sayf se dejó contagiar por la euforia de su compañero.

—¡Si nadie se entera de lo mal que terminó tu vuelo, habremos ganado incluso algunos honores para nuestro maestro Jaluddin y su triste secreto!

—¡Lo mantendremos así! —gimió al-Mansur mientras bajaba otra vez los escalones de la inclinada galería que conducía hasta el estanque, recorriendo una vez más el mismo camino que había hecho hacia arriba; ¡mientras tanto, su amigo saltaba alegremente delante de él!

—He visto a Kira otra vez —le contó Sayf—. El brillo de sus claros ojos atravesó su noble rostro...

—¿Cuándo? ¿Cuándo te vio?

—¡No! ¡Cuando ese tal Rafael de Sidonia se unió en el último minuto al séquito del rey que partía!

—¡Un hombre atractivo, simpático e inteligente! —gimió al-Mansur con fingida expresión de pésame.

—¡En todo caso, un falso cura! —dijo acaloradamente Sayf—. ¡Aunque es verdad que tiene buena estatura!

—¡Me alegro por Kira! —resopló al-Mansur—. ¡Le deseo a Kyr du Lac toda la felicidad de este mundo!

—¡¿Cómo habrá acogido Melou tu vuelo como águila roja?! —preguntó burlonamente Sayf, regodeándose en el esfuerzo que tenía que hacer su compañero—. ¡Creo que sólo tenía ojos para su hija!

—¡Dios sabe bien que ella está mucho mejor educada que ese enclenque imbécil llamado Sayf! —bufó al-Mansur, cansado ya de la constante guasa, y le arrojó de pronto la pesada y mojada carga al amigo que saltaba delante de él, que cayó de rodillas y estuvo a punto de rodar escalera abajo—. Ahora puedes subir tú con el águila hasta Montmor —le comunicó el amigo amablemente, ordenando con cuidado los cordones que colgaban sobre sus espaldas—. ¡Presta atención para que no tropieces, mi pobre Sayf! ¡Yo me encargaré de entretener a mi madre para que no te vea ni a ti ni al pájaro rojo!

Ya habían llegado abajo, a la salida de la gruta; ante ellos estaba el lago de su juventud. Un breve intercambio de miradas les bastó a ambos; Sayf dejó caer el bulto y ambos saltaron en plancha al mismo tiempo, describiendo un arco similar, hacia la espejeante superficie de argénteo resplandor.

EL CUERPO DEL SEÑOR



UNA VENGANZA EN OSCUROS PASADIZOS

TOMÁS de Niphin estaba con su nuevo amigo y confidente Yussuf detrás del parapeto de la torre de entrada a Botrun, viendo acercarse lentamente las caravanas de comerciantes.

—Son ellos —dijo Yussuf, y miró hacia donde estaba el señor Tomás, que en ese momento se cercioraba de que a izquierda y derecha, detrás de las troneras de las murallas, sus ballesteros hubieran tomado posición.

—Eso parece —confirmó Tomás, esforzándose por ver a los jinetes que avanzaban en la delantera—. ¡Ha envejecido, mi mameluco! —bromeó con su compañero—. ¡Apenas se puede reconocer al señor Ahmed ad-Din Tush!

—¿Cuántos años pasó el prestigioso emir del sultán en vuestros calabozos de Niphin? —quiso saber Yussuf, fingiendo un amable interés.

—¡Él lo sabrá! —respondió Tomás con desenfado—. ¡Yo no los conté!

—¡El hecho de que ahora ese hijo de puta se atreva a haceros una visita con ese disfraz tan transparente es a mi juicio una absoluta desfachatez!

—Puede que eso sea cierto, querido Yussuf —murmuró el señor Tomás, pensativo—. Pero yo le aguaré la fiesta no reconociéndolo de nuevo...

—¿Y si se presenta con su verdadero nombre? ¿Si os confronta con la iniquidad sufrida?

—Entonces haré como si sufriera de amnesia —rió—. ¡De hecho, en estos últimos tiempos casi lo había olvidado!

—¡Los centinelas de la puerta quieren saber si pueden dejar entrar al comerciante Aladdin Abu ad-Din Plivan!

—¿¿Cómo se hace llamar nuestro amigo?! ¿Ad-Din Plivan?

¡Eso es el colmo de la insolencia! —dijo resoplando el señor de Niphin, y luego se acordó de los guardias que esperaban su orden—: ¡Dejadlos pasar!

—¡Que vos ignoréis completamente la alusión en el nombre, querido amigo, sacará de sus casillas a ese atrevido! —le susurró Yussuf al señor de la ciudad mientras bajaban la escalera de la torre de entrada para dar la bienvenida a los visitantes.

El Gordo Paúl había proporcionado a Ahmed ad-Din Tush todo lo que distinguía realmente a un auténtico comerciante, desde la vestimenta de un hombre pudiente hasta la brida de su caballo, las cajas de mercancías recubiertas de latón, las cestas tejidas y los fardos de costosas telas que cargaban los camellos de la caravana.

Tomás examinó la oferta dando muestras de satisfacción, se hizo presentar a los comerciantes y los invitó sin vacilar ni un instante a cenar con él en la fortaleza.

A continuación, Tomás de Niphin y su confidente Yussuf regresaron pensativos a la ciudadela de Botrun, la misma que había servido como residencia y refugio a todos los gobernantes de la ciudad, una instalación con infinidad de recovecos, cuyas

murallas y patios intercalados, cuyos pasillos y escaleras habían ido siendo superpuestos por varias generaciones de propietarios.

—¿Qué planes tenéis para el hombre de Saladino? O mejor dicho: ¿cómo pretendéis conseguir acallararlo? —Sin proponérselo, Yussuf conducía a su víctima hacia el rumbo previsto.

—No volverá a salir de Botrun —le aseguró Tomás para satisfacer su deseo—. ¡Sólo las tumbas son más silenciosas que las mazmorras de Botrun!

—¡Pues esperemos que sean más seguras que las de Niphin! —Yussuf se permitió este ligero sarcasmo.

Tomás enarcó las cejas.

—¡Estoy absolutamente seguro! ¡Esta vez podéis considerar al emir un hombre muerto!

—¿Y entonces por qué no lo matáis cuanto antes?!

—Podría haberlo hecho mucho tiempo atrás —le explicó el señor de Botrun—, ¡pero para que sirva de moneda de cambio con Saladino tiene que estar vivo!

—En ese caso, no os queda más opción que enterrar a ese hombre en la más profunda de vuestras celdas, ya sea con astucia o por medio de la fuerza —dijo Yussuf para sonsacar al señor de Botrun.

—¡Ese loco lamentará durante mucho tiempo no haber puesto pies en polvorosa! —dijo el señor Tomás, deleitándose de antemano—. ¡Sólo debemos animar al emir para que, como un estúpido ratón que sigue el olor del queso, vaya por sus propios medios hasta allí y caiga en la trampa! Quiero verlo con mis propios ojos.

—Me parece que es un magnífico plan —confirmó Yussuf, visiblemente satisfecho.

El comerciante Aladdin Abu ad-Din Plivan se presentó en la ciudadela puntualmente para la cena. De su abultado séquito sólo lo acompañaba en esa ocasión su confidente y joven amigo Alí, que fue el encargado de entregar los regalos de Aladdin. Habían tomado nota con atención de la alegría con la que, por lo visto, el anfitrión había celebrado su llegada. Eso contribuyó de inmediato a distender la atmósfera, y el señor Tomás quiso saber de su huésped, con gesto «campechano», qué lo había traído precisamente hasta Botrun y cuáles eran las mercancías que tenía en oferta.

Este último se tomaba su tiempo, masticaba con visible placer su *hummus*, el aperitivo hecho a base de papilla de garbanzos con abundante sésamo. Eso le permitió a Yussuf, el amigo del señor de la casa, dar cierto énfasis a su pregunta.

—En lo que al comercio respecta, Botrun siempre estuvo a la sombra de la poderosa Trípoli —preguntó en tono escrutador—, ¿también allí se pagan los mejores precios?

Sin prestar atención a su impaciente interlocutor, Aladdin le llenó solícitamente el plato a su amigo Alí de *baba-ghanouj*, una pasta de berenjenas, antes de servirse él

mismo abundantemente del *tabouleh*^[168].

—¿Y quién os ha dicho que yo tengo la intención de vender algo?

Aladdin pronunció las últimas palabras con la boca llena, luego sólo se percibieron los chasquidos de su boca al masticar. Aquella evasiva evidente animó al señor Tomás a expresar de prisa sus pensamientos.

—¿Acaso esperáis adquirir aquí alguna valiosa pieza? ¡Me sorprendería que alguien pudiera encontrar en Botrun algún objeto tan valioso que hasta ahora yo no conozca...!

En ese momento, el comerciante se mostró menos introvertido; su tono era de superioridad.

—Habláis de adquisiciones... —Para desgracia del anfitrión, el invitado se metió en la boca un trozo del oloroso *samak makleh*.

Masticó con deleite la tierna carne. Todavía pasó algún tiempo hasta que el señor Aladdin se dignó responder.

—¡Yo sólo pienso hacer valer... —tragó el último trozo y lo bajó con un buen trago del *asir lemon*^[169]— mis derechos como propietario!

El señor Tomás aguzó el oído.

—Tal vez yo podría ayudaros, señor Aladdin, en Botrun mi palabra pesa más que...

—¿...más que los derechos de un legítimo heredero?! —lo interrumpió valientemente el joven Alí, pero Aladdin lo reprendió con bondad severa por esa imputación.

—Confío en el célebre sentido de la justicia de nuestro anfitrión, bajo cuya protección estamos ahora.

—De ello podéis estar seguro, apreciado señor, de modo que podéis confiarme lo que queráis, y yo haré todo lo imaginable...

—Es todo mucho más sencillo de lo que pensáis, noble señor Tomás. —Ni siquiera en un momento como ése Aladdin olvidó disfrutar del crujiente *lahem mashwe*^[170]; puso ante Alí los mejores trozos y lo saboreó él mismo antes de seguir hablando—. Los clanes familiares son embrollados —dijo ambiguamente, después de tomar una decisión bastante selectiva al meterse en la boca, de entre los múltiples platos de postres, un trozo de *halawiyat*^[171]—; un pariente cercano de mi señora madre, *rahimahum Allah* (¡Que Alá la tenga en su gloria!), recibió como legado de su excomulgado predecesor, *lakad aakabahu Allah!* (¡Alá lo ha castigado!), la confidencial información sobre el lugar donde se encuentra el considerable tesoro que el señor Plivano quitó en forma de impuestos a sus súbditos y jamás entregó al conde de Trípoli.

Hacía rato que el señor Tomás era todo oídos, pero fue su amigo Yussuf quien sacó la respectiva conclusión:

—¡Entonces ese tesoro sólo puede estar escondido en este castillo!

—¿Y por qué creéis, mi joven amigo, que estoy aquí...? —Ahora Aladdin disfrutaba jugando con ellos al gato y el ratón.

—¡Imposible! —lo contradijo Tomás—. ¡Nosotros hemos palpado cada muro, hemos revuelto cada piedra en las profundidades del castillo!

—¡Y a pesar de eso no lo habéis encontrado! —exclamó con entusiasmo Alí—. Pero nosotros sabemos...

—Cada cual debe saber lo que necesita saber —repuso Aladdin de inmediato, dejando claro que su amigo debía respetar las medidas de seguridad necesarias—, ¡... y también debe saber ocultarlo! —dijo con placer, completando la frase—. Ahora la cuestión es saber cuánto consideráis que sería la parte adecuada que os correspondería a vos y a vuestro amigo Yussuf.

El señor Tomás se sentía completamente desbordado ante aquel cúmulo de informaciones seguidas, de modo que no se veía en condiciones de expresar en cifras su codicia; Yussuf, por su parte, no había perdido el habla en ningún momento.

—¡Dos tercios para el señor de Botrun y el tercio restante para el que lo encuentre!

—O nos ponemos de acuerdo o sin nosotros no hay nada —se apresuró a corregirlo Alí—. ¡Tres quintas partes para el legítimo heredero, y dos quintas partes para el dueño de estas tierras!

El señor Tomás estuvo a punto de estallar, pero Yussuf lo contuvo.

—Deberíamos considerar el conocimiento «de» algo y el poder «sobre» algo como de igual valor —propuso el joven, asumiendo el papel de mediador—. ¡Mitad y mitad! ¡Es nuestra última palabra!

Aladdin y el señor Tomás estaban parados frente a frente como dos perros que se gruñen; Alí tomó la mano de su benefactor, que aún se resistía a aceptar la oferta, y se la tendió al alcaide de la fortaleza. Yussuf apartó a un lado al señor Tomás —como confidente, podía permitírselo— y empujó con fuerza su brazo hacia adelante hasta que ambas manos se unieron en un apretón.

El tiempo restante de aquella deliciosa cena transcurrió de un modo apacible, el señor Tomás hizo que trajeran unas antorchas, pero ninguno de sus sirvientes debía acompañarlo salvo su fiel amigo Yussuf, del mismo modo que, del otro bando, sólo el señor Aladdin y su joven amigo Alí se dispusieron a bajar a la bóveda del sótano. Una vez llegados abajo, los huéspedes, tan impertinentes como falsos, sólo se entendieron por medio de instrucciones susurradas y apenas audibles. Aquello debió de resultar bastante misterioso a los oídos del señor Tomás, quizá incluso le hizo aflorar la sospecha de que el comerciante estaba yendo demasiado lejos con su insolencia, aunque, a decir verdad, a partir de entonces la consigna para Ahmed y Alí era conseguir la máxima concentración para recordar al pie de la letra las instrucciones del Enviado y aplicarlas al extraño mundo de aquel laberinto de piedra

situado en las entrañas de Botrun. De ese modo fueron conduciendo al señor del castillo hacia sitios cada vez más recónditos de su propia bóveda subterránea, sitios que, por lo visto, Tomás jamás había pisado; transitaron por escaleras resbaladizas y junto a frágiles balaustradas, caminaron por corredores llenos de recovecos y por cisternas abiertas de par en par; así avanzaban Ahmed y su joven acompañante, resbalando y tropezando, pero siempre con la tímida esperanza de que la ruta emprendida los llevara hasta el punto de encuentro acordado donde los esperarían Husain y sus asesinos. Sin embargo, desde hacía algún tiempo Alí tenía la sensación de no estar andando a tientas solo con el señor Tomás y Yussuf por aquella maraña de estrechos pasadizos y bóvedas que se abrían de repente, sino que había otras personas deslizándose calladamente y sin hacer ruido detrás de ellos, a espaldas de él y de Ahmed.

En efecto, el señor Tomás, con instinto traicionero y precavido al mismo tiempo, había ordenado que algunos siervos de su confianza, que lo habían acompañado ya durante la «conquista» de Botrun, los siguieran sin que nadie advirtiera su presencia, para que, en el momento de descubrir el tesoro, salieran a una señal suya y eliminaran a aquellos innecesarios participantes en el hallazgo. Ahmed y Alí sabían que ya no podían estar muy lejos del punto de encuentro; tampoco ellos podían aplazar demasiado más el momento del hallazgo, por mucho que aminoraran el paso; entonces, por fin, vieron llamear una antorcha al final de una de aquellas galerías.

Bajo la luz de la antorcha vieron el rostro sonriente de Husain, el Enviado, de quien el señor de Botrun sin duda no se acordaba, pero de quien emanaba un peligro tal que el señor Tomás, asustado, dio la señal acordada a sus hombres y éstos irrumpieron por el pasillo situado a sus espaldas; sus antorchas iluminaron toda la escena mientras los hombres de Tomás tomaban posición junto a las paredes. Husain esperó sonriente a que el último de los siervos entrara, luego accionó una puerta que hasta entonces había pasado inadvertida para todos y la dejó abierta de par en par.

—Por aquí, señores —dijo con un gesto de exhortación, pero ninguno de los hombres de Botrun se movió de su sitio; todos miraban fijamente a su señor, esperando a que éste les diera la orden. El señor Tomás, con expresión triunfal, buscó la aprobación de su confidente Yussuf, pero éste se acercó a él como si quisiera decirle algo al oído. Sin embargo, de repente, sacó la daga y se la colocó a la velocidad del rayo a Tomás de Niphin en la garganta, mientras mantenía la cabeza inclinada hacia atrás tirándole de los pelos.

En medio del silencio surgido, el Enviado repitió una vez más su invitación:

—¡Por aquí! —dijo señalando a la puerta abierta—. ¡Si es que apreciáis en algo la vida de vuestro señor!

Los hombres captaron las miradas de desesperación en los ojos desorbitados de su amo.

—¡Marchaos! ¡Marchaos! —decía furioso, entre estertores. El agarre de Yussuf no cedió lo más mínimo; al contrario, cada vez aumentaba más la fuerza con la que le

tiraba del cuero cabelludo—. ¡Obedeced su orden! —gritó, jadeante y tembloroso; a paso de oca, los primeros hombres de Tomás atravesaron tropezando aquella puerta que conducía hacia lo oscuro; al otro lado debía de haber una pendiente, pues su torpe paso se aceleró, a través de la abertura se oyeron algunas maldiciones y unos ruidos extraños que insuflaban poca confianza. Cuando los últimos hombres obedecieron la orden impartida y sus pasos ya resonaban en lo profundo, Husain cerró la puerta y pasó el cerrojo.

Quien lo conocía podía sospechar que a esos siervos no podía esperarles ningún buen final allí abajo, pero ninguno de los que habían quedado en aquel recinto —con la única excepción del propio Enviado— había contado con el estridente grito de terror que en ese momento se clavó en la puerta de hierro como si de un centenar de cuchillos chirriantes se tratara. Sonaba como un alarido único y salvaje, pero llegaba a sus oídos de un modo estridente, como un bufido, con horribles tonos agudos y unos extraños gemidos de asfixia salidos de decenas de gargantas. El tono fue aumentando cada vez más, alcanzando una estridencia ensordecedora, sonidos de un odio muy profundo, pero también de un júbilo desmedido. Los gritos estremecían a todos, sólo Husain parecía no oír nada. Impasible, hizo una señal a los dos fedayines para que no se detuvieran. Alí y Yussuf ataron los brazos del señor Tomás a la espalda y lo empujaron para que avanzara detrás de Husain. Ahmed ad-Din Tush cubría la retaguardia, a la que muy pronto se unieron los asesinos de Husain salidos de las profundidades. No dijeron una sola palabra acerca de la labor recién realizada, pero sus calzones y sus pantalones estaban salpicados de sangre.

Arriba, en el observatorio del *sheik*, un indignado An-Nasir empezó a hablar de la despedida al rey Guido, la cual se había visto perturbada por el insoportable de Titus.

—¿Por qué no has echado ya de aquí a pedradas a ese perro rabioso?! —dijo despectivamente Sinan—. ¿Podrías contar con suficientes manos deseosas de hacerlo! —El *sheik* se había tomado aquella visita del rey, que en otro tiempo le hubiese resultado tan valiosa, con la misma poca seriedad con que acogía la exigencia que él mismo le había hecho a Guido durante la despedida.

¡El señor Lusignan y su mujer Sibila vivían los últimos días de su poder, y un acuerdo como el que había exigido en beneficio de los asesinos no sería firmado por nadie, al menos no en ese momento, mucho menos por los templarios y los hospitalarios!

An-Nasir seguía con sus pensamientos puestos en Titus. Durante la ceremonia de recibimiento del rey y el vuelo del águila, el eunuco había estado observando minuciosamente al legado del papa, quien, a su vez, mantuvo todo el tiempo la vista clavada en Melusina y en su hija como si se le hubiese aparecido el diablo en persona o si hubiera tenido una anunciación de la Virgen María. Para el inquieto eunuco, lo

que hablaba desde los ojos ardientes de Titus era una lascivia poco disimulada, puro deseo de la carne.

—Deberíamos expulsar de aquí a ese pájaro negro, como si fuese un perro sarnoso...

—¡No! —lo contradijo el *sheik*, cambiando repentinamente de opinión—. ¡Ese representante del Papa romano no debe marcharse de aquí así, tan fácilmente! Claro que no podemos asesinar a un huésped, da lo mismo que sea un indeseable o que tenga una alta posición, pero sí... —Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro del Viejo de la Montaña—. ¿No quería Titus una prueba de Dios sobre la superioridad y el carácter singular de su fe? —Cuando An-Nasir lo miró con expresión interrogadora, el *hujja* de pelo cano soltó una carcajada picara—. ¡¿Quizá él también pueda volar..., igual que una águila?!

El eunuco sentía que aquello superaba sus fuerzas, y al mismo tiempo presentía que algo malo estaba a punto de suceder; pero de todos modos decidió no revolver más ese asunto por su cuenta.

—¡¿El rey Guido no quería la cabeza de Conrado de Montferrat?! —preguntó entonces, y buscó refugio en aquella pregunta que no era tal, sino que sólo pretendía confirmar sus suposiciones.

—¡Claro que sí! —dijo el *sheik*, riendo con ironía—. ¡Y ahora ya conoce el precio! —An-Nasir le pidió permiso para abandonar cuanto antes la Torre de los Ojos del Cielo, pero Sinan no tuvo piedad—. ¡Por la de Lusignan se pagaría mucho menos!

El gordo eunuco dio media vuelta a su inmenso cuerpo.

—¿Debo enviaros al monseñor? —le ofreció al Viejo, pero éste se rió aún con más fuerza.

—¡Rafael de Sidonia ya ha abandonado Masyaf, y lo ha hecho sin llamar la atención, durante la partida del rey!

An-Nasir hizo ademán de abandonar aquel recinto haciendo varias reverencias inusuales por la manera en que se inclinó hacia adelante.

—¡Espera! —gritó el *sheik* a sus espaldas—. ¿Crees que el moderado éxito del vuelo del águila roja fue una mera casualidad o que se afianza en las habilidades verdaderas de nuestro al-Mansur?

Al gordo eunuco el corazón se le bajó a los pies.

—El maestro de maestros debe de haberle enseñado algún truco de magia —dijo An-Nasir, dando un rodeo—, de lo contrario se habría desplomado de inmediato al abismo como una piedra. ¡Pero, por la bondad de Alá, creo que no debe intentarlo una segunda vez!

—¡Envíamelos a los dos! —respondió el *hujja*—. También quiero hablar con Melusina, pero a solas...

Con esas palabras despidió Sheik Sinan a su sudoroso *kabir at-Tawashi*.

Sin ningún contratiempo, el pequeño destacamento de hombres con el prisionero alcanzó el extremo de aquel largo túnel subterráneo. Allí, junto a su salida secreta situada en las ruinas de la capilla cubiertas de plantas trepadoras y maleza, encontraron al hombre que esperaba por ellos: el maestro Jaluddin. Junto a él aguardaban también algunos ciudadanos notables de Botrun. Con rabia contenida y silenciosa, se encargaron del señor Tomás y lo ataron a una cuerda tirada por uno de sus caballos.

—¡Como legítimo señor de Botrun —dijo Ahmed ad-Din Tush, poniendo en claro la situación—, os entrego al asesino de mi honrado predecesor Plivano y de su esposa Lucía!

El destacamento partió a caballo en dirección a la ciudad, donde la población indignada salió a recibirlos en masa a través de las puertas abiertas de la urbe. La gente estaba armada con palos y hachas, con guadañas, azadas y trillos. En un principio, los jinetes mantuvieron el paso que le permitía a Tomás de Niphin correr jadeando detrás de los caballos, pero luego adoptaron un trote más animado y el hombre atado cayó al suelo, fue arrastrado en medio de la multitud furiosa, y cuando los jinetes quedaron visibles de nuevo, la cuerda oscilaba sola tras la cola del caballo; la presa había sido hecha jirones y repartida por todo el suelo, como si pretendieran abonarlo con su cuerpo.

Ahmed ad-Din Tush se despidió del Enviado y de sus dos ayudantes, Alí y Yussuf.

—¡Dad mis recomendaciones a vuestro gran maestro Sheik Sinan, estimado señor Husain! —dijo en tono ceremonioso—. Ya me gustaría a mí presentarme ante él en persona. Dando por sentado el consentimiento de mi sultán, entregaré en calidad de feudo la fortaleza de Niphin, el lugar donde sufrí mi cautiverio, a la orden del Viejo de la Montaña. —El emir carraspeó por la emoción y luego se dirigió a Jaluddin—: Me alegraría mucho que vuestro *sheik* designara a un hombre tan capaz como vos, maestro de maestros, para que fuera su gobernador.

El emir abrazó al Enviado, sorprendido completamente con aquel gesto, besó a Alí y a Yussuf en ambas mejillas y se llevó aparte a Jaluddin.

—Vos me acompañaréis ahora con vuestra gente hasta la ciudad, y allí encontraré regalos lo suficientemente valiosos y caros como para poder demostrar mi profunda gratitud. Luego viajaréis con esos regalos hasta Masyaf y allí los entregaréis a mis amigos.

—Os lo agradezco de todo corazón, también en nombre de mi noble señor, Sheik Sinan. —A pesar de su infinita decepción, el Enviado consiguió reponerse para dar una respuesta adecuada—. Pero a decir verdad, ya no hay necesidad de más regalos, después de que vos me hayáis obsequiado con el mayor de todos: ¡la venganza por la

muerte de mi amigo! —Y con tales palabras se marchó de allí, acompañado por los dos fedayines.

El emir Ahmed ad-Din Tush, por su parte, emprendió la marcha hacia la ciudad de Botrun en compañía de Jaluddin, el maestro de maestros.

OSCURAS ESTRELLAS EN UN FIRMAMENTO CLARO

SAYF y al-Mansur habían entrado al observatorio casi sin aliento. El *sheik* los estaba esperando en la plataforma superior de la Torre de los Ojos del Cielo. Cuando aparecieron a través de la escalera, sus miradas se posaron en la vista que había a la redonda, la cual sólo podía percibirse desde allí arriba. Contemplaron las montañas y los valles, vieron Montmor con su descollante torreón y, abajo, en lo más profundo, vieron el barranco y el oscuro estanque. Sólo entonces vieron al *hujja*. Estaba sentado en la posición del loto sobre un matacán que sobresalía bastante del muro; parecía dormir. Sayf y al-Mansur no se atrevieron a abordarlo. Sospechaban que debajo del muro estaba el paraíso. Sayf recordaba la imagen del momento en que vio al *sheik* por primera vez delante de él; por entonces todavía era un niño y acudió a pedirle al noble Sinan que saliera de lo oculto. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? En ese momento el *sheik* abrió los ojos, al-Mansur sintió que su mirada iba dirigida a él, esos ojos azules como el metal, de los cuales emanaba un resplandor que penetraba en él y en cada uno de sus pensamientos, le revelaba cada uno de sus sueños secretos, como en un *sunniyeh*^[172] de cristal.

—Alá es la memoria de nuestro futuro —dijo el *hujja* en voz baja, de modo que los dos amigos se fueron acercando con paso vacilante. Debajo de aquella figura erguida de pelo blanco como la ceniza se abría, como en un bostezo, la boca de un enorme abismo, el de las murallas verticales de Masyaf—. Nosotros, los hombres, no vemos ni siquiera un palmo más allá del que nos separa del abismo del infierno o de las puertas del paraíso. —Sinan les indicó que se acercaran y se sentaran sobre el muro, pero ellos prefirieron quedarse de pie—. No había previsto que uno de nosotros pudiera volar como una águila. —El *hujja* levantó de repente ambos brazos al mismo tiempo, como si fuesen alas. Los amigos se asustaron—. El que pueda hacerlo está en manos de Alá, el Todopoderoso —dijo, y dejó caer de nuevo las «alas», sonriente—. En una ocasión os enseñé dos dagas que esperarían por vosotros hasta que hubiese llegado vuestra hora. Yo quise anticiparme a Alá, pero Él hizo que las cosas sucedieran de un modo diferente de cómo lo había imaginado mi limitado y pequeño espíritu humano. Tanto más deseo, pues, someterme a él, en lugar de impartiros una orden como si ésa fuese la misión a la que os envío. Tenéis que decidir si queréis confiar una vez más vuestras alas a los designios de Alá, y tenéis también que aceptar el tormento de ponerlos de acuerdo sobre cuál de vosotros dos prefiere elevarse por los aires y a cuál le toca el destino más duro de seguir temeroso desde tierra el vuelo del amigo. Entonces me haréis saber cuál ha sido vuestra decisión...

—¡Yo volaré! —declaró de inmediato al-Mansur con absoluta resolución—. ¡Sólo porque soy el más egocéntrico! No quisiera sufrir si a mi amigo...

—Yo, en cambio, soy el más fuerte —lo interrumpió Sayf—. Y acepto quedarme en tierra después de haber acompañado a al-Mansur, a quien amo por encima de todas las cosas, hasta el momento del salto decisivo.

—Así me lo había imaginado —dijo Sinan—. Lo que las reglas de Masyaf establecen en relación con pasar la noche junto a una hurí vosotros lo habéis infringido ya...

—Los dos amamos a una única mujer... —exclamó al-Mansur.

—¡A ninguna otra! —confirmó Sayf de inmediato.

—Lo sé —respondió el *sheik*—. Aunque seguramente no podréis creer a un anciano como yo, os puedo decir que el amor es como el vuelo del águila roja: dura lo mismo que ese vuelo, y con menos golpes de alas, unos instantes que a los amantes les parecen una eternidad. —El *hujja* los miró a ambos con una infinita bondad, para luego continuar en un tono muy severo—: Cuando el águila vuela, ambos habréis experimentado con esa mujer tan amada las alegrías y las penas del amor. *Allah maakum*^[173]!

Cuando Sayf y al-Mansur se volvieron de nuevo sobre el peldaño superior de la escalera con el propósito de ver al Viejo de la Montaña, el lugar en el sobresaliente matacán estaba ya vacío.

El desconocido castillo de los templarios consistía en una única torre, y para la orden no era rentable establecer allí una guarnición. Dos monjes guerreros, más viejos que Matusalén, mantenían aquella posición que nadie atacaba porque, a fin de cuentas, no tenía absolutamente ningún valor estratégico. Sin embargo, fue allí hasta adónde los llevó sin decir palabra el pequeño destacamento de caballeros de la orden que atajó a Husain y a sus dos acompañantes poco después de salir de Botrun. El Enviado se vio entonces ante Gerardo de Ridefort, el temido gran maestro de los templarios. Por lo visto, viajaba de incógnito, y no tenía deseo alguno de hacer ningún aspaviento por aquel encuentro. Ni siquiera le ofreció un asiento a Husain; al contrario, lo primero que pidió fue que los dos asesinos que acompañaban al Enviado abandonaran la habitación.

—Yo respondo por ellos —Husain intentaba defenderse, o por lo menos salvar su dignidad.

—¡No podéis hacerlo! —le dijo el señor de Ridefort—. ¡Tampoco esos hombres os sirven como guardaespaldas! —Gerardo les mostró la puerta y ellos obedecieron—. Habéis eliminado a Tomás de Niphin —dijo el templario para dar inicio a la conversación, aunque de inmediato añadió un comentario burlón—: ¿Es ésa vuestra contribución al «gran plan» del priorato? —En esta ocasión tampoco le permitió al Enviado responder—. ¡En su lugar, habéis puesto a un musulmán en posesión de Botrun!

—¡En gratitud, el emir nos ha dejado Niphin en calidad de feudo!

—¿A vos o a los asesinos?

—¡No deberíais separar una cosa de la otra! —Husain había recuperado su compostura y comprendido que no tenía nada más que perder salvo la vida.

Gerardo de Ridefort sólo cambió el tono ligeramente.

—¿Entonces puedo considerar Niphin como la primera piedra en la construcción de la gran obra conjunta del priorato? —dijo sarcásticamente.

—¿Para vos o para la Orden del Temple?

—¡Nosotros nos tomamos en serio nuestro voto de renunciar a la propiedad personal! —respondió el gran maestro con severidad.

—¡De cualquier modo, Botrun era una espina clavada en vuestra carne, Gerardo de Ridefort! Vuestra vida hubiese tomado otros derroteros...

—¡Ya está bien! —lo interrumpió el aludido bruscamente—. ¡Cómo maestro de los templarios formo parte de un gran todo!

—Pero sólo una parte ínfima... —Husain intentaba aproximarse emocionalmente a aquel hombre que fingía ser inaccesible—; ¡sustituible, por no decir intercambiable!

—¡Eso es precisamente lo tranquilizador! —Gerardo miró al Enviado con expresión meditabunda; cierto mohín de lamento recorrió sus facciones—. Cuando os hayáis convertido en polvo, Husain ad-Din Marzuban, ¡¿quién mantendrá a los asesinos en el camino que vos habéis jurado ante el priorato?! ¡Ese juramento no puede echarse atrás!

—¡Precisamente por esa razón tengo que mantenerlo mientras viva, Gerardo de Ridefort, porque yo sabía en lo que me involucraba! —Ahora era Husain quien clavaba los ojos en su interlocutor—. ¿Estáis dispuesto a dar un paso más? ¡Yo soy esa persona!

—¿Estáis dispuesto a asesinar a vuestro Sheik Sinan? —le preguntó Gerardo fríamente.

Husain no vaciló.

—¡Cuando llegue el momento! —respondió—. ¡Y cuando vos y vuestra orden hagáis algo comparable!

El gran maestro reaccionó con enfado.

—¡No os comparéis con la Orden del Temple! —dijo con voz chirriante y arrogante—; ¡pues, al ser un poder de alcance mundial, se la mide con otro rasero!

—¿Y qué papel desempeña, entonces, el priorato? —Ahora era el turno de Husain de ser sarcástico—. ¡¿El de representamos a través del imponente *magister venerabilis*?!

La objección le pareció inoportuna a Ridefort.

—¡Titus de la Porta no es más que un sapo hinchado y fanfarrón! De eso deberíais haberos dado cuenta ya en Masyaf, a pesar de que todavía lo dejáis croar y saltar a sus anchas por allí.

—¡Es un estorbo! —admitió Husain.

—¿Y por qué razón no lo hacéis reventar? Bastaría un leve pinchazo...

—¡No usamos nuestras dagas arbitrariamente! —dijo Husain, increpando al templario—. Además, hasta ahora nadie nos lo ha pedido.

El jefe de los templarios no se dejó arrastrar a aquella encerrona.

—¡Haremos el papel de diablo! —dijo Gerardo de Ridefort, despidiendo a Husain de forma imprevista, del mismo modo que lo había recibido—. ¡Y allí me gustaría que estuvierais, Husain ad-Din Marzuban! ¡En algún momento os pudriréis en el infierno!

—¡Y vos estaréis allí esperándome, de eso estoy seguro! —respondió Husain, dando media vuelta para marcharse—. ¡Pero incluso en el infierno estará vigente el juramento que habéis hecho ante el priorato!

Tras aquel encuentro forzoso con el gran maestro de los templarios, Husain condujo otra vez a sus dos acompañantes, los fedayines Alí y Yussuf, hacia la región de colinas situada fuera de la ciudad de Botrun, donde sabía que estaba, oculta tras la maleza y las enredaderas que cubrían la ruina, la entrada a aquel pasadizo secreto que conducía hasta el corazón de la ciudad. Ninguno de los dos jóvenes conocía ese túnel artificial, pues durante la ocupación de Botrun, Yussuf había estado en el comando de avanzada en la fortaleza del señor Tomás, mientras que Alí, en ese momento, acompañaba al emir. Tampoco tenían la más remota idea de lo que los esperaba en aquel pasadizo subterráneo lleno de recovecos, en la barriga y los intestinos de la ciudadela. Ellos eran los únicos fedayines a los que Husain les había ordenado regresar con él a Masyaf; a todos los demás se los había dejado al emir para reforzar la guarnición de Niphin. Nadie sospechaba de qué tipo eran las elucubraciones que ocupaban en ese momento la mente del Enviado. Quien lo conocía podía imaginarse que no soportaría tranquilamente el desplante que le había hecho experimentar el emir al mostrar abiertamente su preferencia por Jaluddin. La respuesta no podía ser una acción rápida y precipitada, sino el resultado de un plan bien pensado y a largo plazo que incluyera también la posesión de Botrun. Niphin sería únicamente el primer paso, pero para ello ya le estorbaban esos dos, Yussuf y Alí, ya que ambos habían sido testigos de la declaración de voluntad de Ahmed ad-Din Tush respecto a entregar la ciudad de Niphin a la orden de los asesinos en calidad de feudo, es decir, a Sheik Sinan y no a él, Husain ad-Din Marzuban, para su uso personal. A ello se añadía la ofensa experimentada, de la cual el Enviado tampoco quería ningún testigo; ¡eso de que el puesto de gobernador no le hubiese sido adjudicado a él, sino a un ilusionista y maestro de armas, el llamado «maestro de maestros»! ¡Era ridículo! Esa indeseada condición de testigos le habría bastado por sí misma a alguien como el Enviado para eliminar a los dos fedayines. Pero a todo ello se le unía, además, el hecho de que esos dos jóvenes también habían presenciado el encuentro con el gran maestro de los templarios, y aunque no habían escuchado la conversación, sabían que Ridefort era, en cualquier caso, un enemigo acérrimo de los asesinos. Aunque con mucha menor

importancia que todo lo anterior, estaba también el delito cometido por ellos en Masyaf cuando entraron en el paraíso, ¡un acto que, ya de por sí, se pagaba con la muerte! Los dos jóvenes admitieron con franqueza su delito, se lo había descrito todo a él con pelos y señales, le hablaron de las huríes que habían visto allí —aparte de la tal Melusina y su hija—, del secretísimo edificio del pozo con el ojo de la cerradura. Encerrarlos a los dos para que guardaran silencio sobre todo lo que habían visto era demasiado arriesgado.

—¿Para qué necesitamos nosotros, los fedayines, a esas muchachas? —había admitido solícitamente Yussuf, quien ese día, excepcionalmente, se mostraba muy locuaz—. Más que la vida de un hombre, lo que merece una mayor estimación es su conciencia, ¡y por encima de eso sólo está la voluntad de Alá!

—¡Cumplir con ella significa alcanzar el paraíso! —estuvo de acuerdo Alí.

El peligro de que a su regreso a Masyaf hablaran de ese tema con los otros *rafiq* exigía que él, Husain ad-Din Marzuban, quien se sentía responsable por la preservación del mito del paraíso y sus huríes, se ocupara de acallar a esos dos fedayines. ¡Y el método más seguro para ellos era sacándolos del círculo de los vivos! El *sheik*, incluso, le agradecería que ese error surgido de la negligencia del obeso eunuco fuera subsanado de nuevo de ese modo elegante y discreto.

Desde que habían dejado atrás el castillo de los templarios, Husain debió de causarles la impresión a sus acompañantes de ser un hombre presa de una gran aflicción. Sólo cuando se detuvieron ante la entrada secreta, Alí se atrevió a abordarlo.

—¡Noble Husain —le dijo tímidamente, pero ferviente de entusiasmo—, si no me tomáis a mal que os diga una palabra sincera, creo que ha sido vuestro mérito y vuestra intervención lo que ha contribuido a que el emir Ahmed tome de nuevo las riendas! ¡Sin embargo, la gloria y la gratitud se las ha llevado ese tal «maestro de maestros»!

—Alí tiene razón —bramó entonces Yussuf, el mayor de los dos fedayines—. ¡Del mismo modo que hizo introducir a otros hombres en Botrun, se fue agenciando el favor del emir! ¡Mientras tanto vos habéis sacado el hierro candente del fuego poniendo en peligro vuestra propia vida!

—Eso es más que injusto —lo interrumpió el flameante Alí—. ¡Es pura astucia malvada, y vos habéis sido su víctima!

—¡No debéis tomároslo de ese modo! —explicó entonces Yussuf con firmeza—. ¡Ese Jaluddin ha merecido la muerte! ¡Ni si quiera es un devoto ismaelita!

El Enviado no cabía en sí de la alegría, algo con lo que hasta ese momento no había contado.

—El Viejo de la Montaña, nuestro grande y justo *hujja*, lo vería igual que vosotros, pero yo no puedo anticiparme a él, de lo contrario le llevaría la cabeza de ese miserable traidor...

—¡Nosotros estaríamos dispuestos! —gritó Alí, no sin antes cerciorarse, con una rápida ojeada a un lado, de la aprobación de su compañero—. ¡Conducidnos por este camino de regreso a Botrun! —añadió, ya que en ese momento Husain acababa de revelarles en silencio la entrada al pasadizo subterráneo—. ¡Y nosotros nos haremos responsables, con nuestras dagas, de que la justicia salga triunfante!

—¡Eso es algo de lo que deberíamos ocuparnos de inmediato! —acotó aprobadoramente su compañero.

—¡Nunca más debemos aceptar tan tranquilamente una injusticia tan evidente como ésta! —amenazó Yussuf con una expresión oscura en el rostro. Los tres habían desmontado de sus caballos.

—¿De verdad queréis hacer eso por mí? —preguntó el Enviado hipócritamente, para asegurarse. Los dos jóvenes asintieron con gesto furibundo. Entonces Husain ordenó atar los caballos y se adentró delante de ellos en aquellas oscuras profundidades.

Había transcurrido apenas una hora cuando Husain ad-Din Marzuban volvió a aparecer allí, solo. Pensativo, se limpió las manos. Ni en ellas ni en sus ropas había rastro de sangre. Cuando se marchó de allí, se llevó consigo los dos caballos restantes.

—¡Veo una gran desgracia cernirse sobre al-Mansur! —dijo el eunuco a su moro Timdal nada más regresar a sus aposentos—. Al *sheik* parece agradaarle la idea de ver volar al legado del papa...

—¡Antes flotaría una piedra en el agua que ese hombre de alma negra se elevara por los aires! —dijo sonriendo sarcásticamente el enano—. Pero ¿qué tiene que ver con eso nuestro al-Mansur?

—El legado del papa insiste en su juicio divino para demostrar la superioridad del cristianismo, y como candidato apropiado de nuestro bando ha puesto sus ojos en al-Mansur desde que vio que a ese «pobre converso» le crecían alas y podía volar.

—Al *sheik* le molesta sin duda la idea de un duelo de esa índole —dijo Timdal, mostrándose muy comprensivo—, al excelso *hujja* siempre le fascinó la idea de vencer la fuerza de la gravedad, sobre todo desde que estudia la cuestión acerca de por qué las estrellas no caen del firmamento —bromeó el moro.

—¿Acaso lo sabes tú? —gruñó An-Nasir, y se dejó caer gimiendo sobre sus cojines—. Yo sólo temo, tal y como conozco a nuestros amigos Sayf y al-Mansur, que se entreguen con placer a ese desafío —bramó el eunuco—, ¡sólo por el placer en ese ajeteo de navegar por los aires con la ayuda de unas sábanas cosidas unas con otras!

El moro contempló pensativo a su anciano amo y señor y su imponente corpachón.

—Yo sólo me preocuparía, si vos, poderoso *kabir at-Tawashi*, quisierais intentar lo mismo personalmente; en el caso de al-Mansur, no temo ningún riesgo mayor que los que cualquier fedayín asume normalmente. —Miró a An-Nasir abiertamente a la cara—. ¡Por tal razón, ambos recibieron con entusiasmo las instrucciones del maestro Jaluddin en ese peligroso arte!

—¿Quieres decir que los dos están sufriendo porque el *sheik* aún no les ha concedido el favor de asumir y realizar una misión?

—¡Hasta ahora no han recibido ninguna! —dijo Timdal, defendiendo a los dos amigos.

El anciano eunuco inclinó con un ligero temblor su obeso cuello.

—¡El noble *hujja* los tiene reservados para algo muy especial! ¡Eso deberían saberlo ellos!

—Saber que existe un plan que otros tienen preparado para ti no significa que lo aceptes en tu más profundo fuero interno —respondió el moro con cierto tono de sabihondez—, y eso es así, particularmente cuando uno tiene sus propias ideas acerca de su vocación; y Sayf y al-Mansur llevan esperando mucho tiempo...

—También la paciencia es una virtud de los fedayines; y para cumplir una verdadera gran misión es preciso ser capaz de esperar, ¡a veces incluso toda la vida! —le replicó el obeso vigilante del harén en tono de reproche, pero el moro lo miró con ojos radiantes.

—¡Al oírlos pronunciar esas sabias palabras sobre la paciencia y la espera, se me ocurre que en ello también podría entrar la «recompensa»! ¿No habéis pensado en realidad que tal vez para el *hujja* la verdadera «misión» pueda ser el propio «vuelo del dragón»? —El gordo eunuco no acababa de comprender adónde quería llegar Timdal; éste carraspeó, impaciente—. Si eso fuera así —le explicó el entrometido moro—, ¿Sayf y al-Mansur no tendrían que pasar antes la noche con las huríes?

—Sé adónde quieres llegar —murmuró An-Nasir, asustado—. ¡Melou! Los dos querrían tener a Melusina. —Un suspiro de preocupación salió de su grueso pecho—. Y ella, ¿estará de acuerdo...?

—Yo me he permitido tantear cuál sería su posición ante este hecho.

—¡Maldito putaño negro! —se le escapó al eunuco—. ¿No crees que te estás pasando?

A la velocidad del rayo, Timdal se había puesto a salvo del puño amenazador del eunuco.

—Sólo fue una especie de conversación de mujer a mujer —dijo sarcásticamente desde su segura distancia—. ¡Fue algo totalmente casual! Melou no vaciló lo más mínimo, y eso seguramente os asombrará. —El moro sabía que la furia del eunuco se esfumaba rápidamente—. Por lo visto estaba preparada para la pregunta, porque ya sabía que al-Mansur se enfrentaría al legado, pues me explicó con pelos y señales que ella, en su condición de hurí, recibiría a cualquier fedayín que el *sheik* le ordenase, tal y como debe ser. No deseaba para ella ningún estatus especial —Timdal parecía

disfrutar de la creciente afectación del viejo An-Nasir—, ¡y eso era válido también para la cercanía familiar con un elegido del *hujja*!

El moro estaba orgulloso de los resultados de sus averiguaciones, hasta el punto de que fue capaz de arrancarle al *kabir at-Tawashi* la gruñona exclamación de «¡Asombroso!».

—¡También he interrogado a nuestros dos héroes! —ahora Timdal soltaba también esa confesión—. ¡Por separado! —diciendo esto, se atrevió a aproximarse un poco más a su señor—. Cuando mencioné la posibilidad de que Melusina fuera la hurí, Sayf, sorprendentemente, se catapultó a un lado. ¡Él no es nada más que la pluma de cola! ¡El único que arriesga la vida es su amigo! Por eso es él quien merece pasar esa noche con la hurí más hermosa del paraíso...

—¡Es extraño! —dijo resoplando el *kabir at-Tawashi*—. Es muy extraño. ¿Y al-Mansur?

—Para mi sorpresa, de repente reaccionó muy retraído: «¡Sólo si Melou lo desea!», dijo. ¡Yo ya no entiendo nada! —se acaloró el moro al contarlo—. ¡Una noche en el paraíso! ¡El sueño de cualquier fedayín!

—¡Pero no para esos dos! —exclamó An-Nasir con aires de superioridad—. Ellos quieren que su sueño jamás tenga fin.

Ante eso, Timdal no supo decir otra cosa salvo «¡Ah, sí? ¡Pues yo creía...!».

Y al ver que su señor lo miraba con gesto de reprobación, se arrojó al suelo ante los pies del eunuco.

—¡Vete al diablo! ¡O mejor vete a donde la *saida* Tamara!

Apenas el eunuco hubo acabado de decir esto, el moro se levantó de un salto y salió a toda prisa de allí.

LAS SANGRIENTAS MUJERES DE BOTRUN

JALUDDIN se dejó caer en el terrado de la ciudadela de Botrun, sobre los cojines que le ofrecía Ahmed. Un doncel trajo una jarra de agua de rosas helada con algunas rodajas de cítricos recién cortados.

—Cuando pienso en lo diferente que podría haber terminado todo... —suspiró, exhausto, el maestro de maestros.

—Fue un trabajo de precisión —le confirmó el emir a modo de reconocimiento—, y sin vuestra ayuda yo todavía estaría en las húmedas mazmorras de Niphin...

—¿Y cómo es que el sultán no os ha echado de menos hasta hoy? —dijo Jaluddin, dando rienda suelta a su asombro.

Ahmed mostró una sonrisa un poco forzada, el asunto le resultaba amargo.

—El señor de Niphin le envió a Saladino la noticia de mi fallecimiento con expresiones de lamentación... —levantó el vaso en honor de su huésped, quien a continuación vació el suyo de un solo trago.

—¡... y para eso aposté mi alma! —dijo Jaluddin, relamiéndose con deleite—; ¡¿para qué el sultán en persona encargara a ese granuja la administración del feudo?!

—Así debió ser —dijo el señor Ahmed, meditando sobre su destino—, pero ahora veamos juntos qué cosas de gran valor ha dejado ese bandido...

En ese momento llamaron violentamente a la alta puerta que separaba a sus espaldas el balcón de la antesala. Era el doncel otra vez, que a punto estuvo de tropezar a los pies del emir, empujado por un amasijo de personas, una multitud de mujeres y guardias que luchaban callada y obstinadamente para ver quién lograba entrar primero.

—¡Esas dos mujeres se han escapado del *kidr al saharrah*^[174] —dijo jadeante el doncel, alterado—, porque tomaron a uno de los nuestros de rehén y lo amenazaron! ¡Un verdadero infierno!

Las miradas de Jaluddin y del emir se dirigieron a la puerta, donde ahora los guardias sostenían a dos mujeres que, a su vez, mantenían agarrado como a un trapo mojado a uno de los siervos del señor Tomás. El hombre estaba pálido de miedo, ya que ellas le sostenían la mandíbula sobre un pedazo de hierro dentado y le metían en las fosas nasales una especie de tenedor de dos puntas. El rostro y los hombros de la víctima mostraban a las claras lo que le esperaba si no se sometía. Las dos mujeres estaban sumamente excitadas, y excitante era también la forma en que llevaban sus ropas, o al menos lo que quedaba de ellas: melladas ranuras que llegaban hasta las caderas y grandes rasgaduras en sus túnicas que más bien dejaban ver la piel desnuda en lugar de ocultarla. Sus brazos mostraban rastros de sangre causados en la riña, pero así y todo no dejaron marchar a su rehén y lo obligaron a ponerse de rodillas ante el emir.

—Noble señor —habló una de ellas, una mujer de piel oscura, pelo rizado y corto y unos ojos de un color verde fulgurante—. ¡Vos habéis vencido al monstruo que nos raptó y nos hizo encerrar en un miserable agujero! —diciendo esto, estiró su cuerpo esbelto como una vara y miró a Ahmed a los ojos con gesto desafiante—. ¡¿Acaso no podemos esperar que ahora nuestro destino cambie para bien?! —dijo expresando con valentía su acusación.

—La mayoría de nosotras podría ser el ornamento de cualquier harén —intervino su compañera gritando a pleno pulmón, no sin antes propinarle una patada al rehén, a falta de tener las manos libres—. ¡De modo que debéis obsequiarnos ropas limpias y permitimos antes las alegrías de un perfumado baño!

Al emir ambas cosas le parecieron lógicas, pues lo que aquellas mujeres llevaban sobre la piel desnuda no eran más que jirones, y el olor que despedían recordaba más bien el de la jaula de unos felinos, no el de las jóvenes damas de un harén.

—¿Cómo os llamáis vosotras dos? —quiso saber Ahmed ad-Din Tush, indignado—. ¿Y cuántas sois en total allí abajo?

—Yo me llamo Badra —le explicó la mujer de piel clara, algo regordeta—, y ella es Shura —dijo señalando a su compañera con una inclinación de cabeza casi sumisa—, ¡pero la apodan «la Tigresa»!

Jaluddin asentía amablemente y atrajo las miradas de las mujeres hacia él.

—¿Y bien? —dijo con un gesto de exhortación a Shura *la Tigresa*, cuyas maneras le gustaban—. ¿A cuánto asciende la cifra de vuestras compañeras de infortunio?

—¿Y por qué no bajáis vos mismo hasta ese agujero en el que hemos tenido que vivir hasta ahora como animales salvajes? —le dijo al maestro—. Esta mañana éramos treinta y siete...

—¿Y ahora? —Jaluddin se mostraba amablemente interesado.

—¡Algunas menos! —dijo la Tigresa, agarrando la mano que se le ofrecía.

Ahora el emir tenía que mostrar su autoridad.

—Debéis preparar un baño a la señora Badra en mis aposentos —dijo—, y a este hombre —añadió señalando con la punta de su bota al siervo que estaba a sus pies— debéis entregarlo al verdugo, que se encargará de interrogarlo; vos, estimada Shura, podéis acompañar hasta las mazmorras a mi ilustre huésped, el maestro de maestros Jaluddin. Sólo él decidirá cuál será vuestro destino a partir de ahora. —Ahmed se inclinó sonriente ante el maestro de maestros—. He oído decir que el paraíso del noble Sheik Sinan ya se precia de tener sus veintiuna flores olorosas, pero pensad en cuánto debo también al noble Husain ad-Din Marzuban, ¡y tampoco os olvidéis de vos mismo por un exceso de falsa modestia! ¡A vos dejo la elección!

Con esa misión un tanto dudosa el maestro Jaluddin fue enviado a un universo sumergido, acompañado de la Tigresa Shura y una escolta de hombres armados. También enviaron con él al joven doncel, pues parecía ser él el único que conocía

bien el camino hasta allí. Su nombre era Shams. Así, sin dar grandes rodeos, a través de una estrecha galería que conducía directamente desde los aposentos del señor de la ciudad hasta las profundidades, llegaron a una bóveda con una puerta de hierro. Curiosamente, el camino conducía también a través de un baño subterráneo que al parecer no estaba en uso, con grandes albercas redondas de mármol que parecían haber sido vaciadas recientemente.

—Éste es el «baño alterno de sensaciones excitadas» —dijo Shams, riendo sarcásticamente y señalando los látigos de tripas de hipopótamo que colgaban de la pared—. ¡Aquí las bestias se transformaban en tiernas compañeras para la noche! —añadió a modo de explicación para Jaluddin, pero nada más decirlo, la Tigresa, emitiendo un resoplido apenas audible, le cruzó la cara con sus cinco zarpas y el joven soltó un alarido de dolor, mientras las gotas de sangre cubrían rápidamente los surcos.

—Aquí el monstruo de Tomás nos obligaba a realizar toda suerte de prácticas contra natura con sus siervos —le explicó la Tigresa, indignada—, ¡todo aquello de lo que su polla atrofiada no era capaz! —dijo, y volvió a golpear al doncel.

Los escoltas quisieron abalanzarse sobre Shura, pero Jaluddin ya la había agarrado por los brazos y la había colocado de espaldas.

—¡Ahorradme esa violencia, Shura! —le dijo Jaluddin con amabilidad, pero sin soltarla, si bien al mismo tiempo rechazó el látigo que le ofrecieron de inmediato, el conocido con el nombre de «gato de nueve colas»—. ¡Me pesaría mucho por vuestra piel!

Aquella belleza de piel oscura bajó los ojos, luchó por un instante con cierto brillo sospechoso en ellos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Pretendéis que os crea? —gruñó con rebeldía—. ¡Maestro de maestros!

Jaluddin no quiso seguirle el juego y le ordenó a Shams que desbloqueara la puerta. Sus antorchas iluminaron de un modo espectral un corredor que descendía aún más hacia lo profundo, en cuyo extremo, de repente, se percibió el titilar de un rayo de luz, así como algunos rumores, silbidos y berridos, los cuales se apagaron de golpe dejando un silencio irreal apenas la puerta de hierro se cerró a sus espaldas. El declive hacía que sus pasos fuesen más acelerados; Jaluddin iba el primero, siempre empujando a Shura delante de él como un escudo que de pronto dobló por un desvío repentino del pasadizo. La imagen que se ofreció a sus ojos lo sorprendió y le provocó un escalofrío en la espalda. La luz extraña e inquieta salía de una especie de hondonada de la roca situada varias brazas más abajo, en lo que quizá antes hubiese sido una cantera. Salía de decenas de fogatas que ardían o humeaban, alrededor de las cuales yacían, más desnudas que vestidas, tres docenas de jóvenes mujeres. Las había de todos los colores: desde las de piel blanca y clara hasta otras con una piel de color negro oscuro y reluciente como el ébano; las había con el cabello de oro y largo, o con los cabellos cobrizos del profundo norte de Occidente o el color oscuro y sedoso de las mujeres que habitaban mucho más allá de las costas del mar Negro, o los

cabellos cortos y rizados de los países situados al otro lado del gran desierto. Igualmente, variados eran los abundantes y llamativos ornamentos: gruesas anillas para los tobillos hechas de plata, brazaletes de marfil que alternaban con cadenas, colgantes y pendientes forjados, con piedras de colores y relucientes, ámbares, corales, jaspes y ágatas, caracoles y cristales.

Todas miraban en silencio y de forma obstinada hacía arriba, a la galería de la pared rocosa donde Jaluddin y sus acompañantes permanecían inmóviles. Ninguno de ellos podía pasar por alto que ninguna de las manos allí abajo estaba desarmada; en la mayor parte de los casos se trataba de herramientas de matar fabricadas por las propias mujeres a partir de tenedores o hebillas de cinturón, horquillas de pelo y cadenas de hierro, bolas provistas de puntas afiladas o barras cuadradas afiladas como cuchillos.

No había ningún muro ni antepecho que separara el camino de una caída en vertical hacia lo profundo.

—¡Si ahora te diera un empujón —le dijo con voz rechinante Shura al hombre que la sostenía todavía con mano férrea—, desearías estar muerto cuando llegaras abajo!

Jaluddin rió con ironía.

—¿Qué? ¿Me pondrían a tostar en el asador por el hambre que padecen o me despedazarían por mero placer? —le preguntó, eufórico.

—¡Por rabia! —le dijo la Tigresa con una mirada fulminante—. ¡Y ahora tenéis que hacer vuestra maldita elección, maestro de maestros! ¡Todo el que viene hasta aquí no puede imaginar nada más bonito que ser follado hasta que le saquen sangre y que luego le arranquen el cuello con los dientes!

—¡Qué final tan placentero! —bromeó Jaluddin sin dejarse impresionar—. ¿Fue acaso ése el destino de los siervos del señor Tomás?

—Sus esbirros sólo experimentaron en carne propia lo que muchas de nosotras hemos tenido que soportar durante semanas y meses —respondió Shura con dureza—. ¡No tenía ningún sentido dejarlos con vida! —dijo, y miró hacia abajo, hacia el agujero—. Sólo siento que también hayan muerto muchos de los jóvenes que se apresuraron a venir para liberarnos... —añadió, pensativa—. Aquí donde estamos ahora tuvo lugar la lucha asesina. Desde allí abajo no podía distinguirse a los amigos de los enemigos —soltó una risa malvada—, sólo sobrevivió ese siervo que habéis visto. ¡La buena de Badra lo ocultó bajo su manta!

Jaluddin reflexionó. ¡Bajar allí era una locura! El tenso silencio de aquellas hienas hacía que las ideas de asesinato resonaran desde aquel agujero con sus fogatas de un modo mucho más nítido, una capa de niebla sulfurosa del infierno como la que se había visto allí unas pocas horas antes, cuando les arrojaron la carne caliente y todavía palpitante de los hombres.

—¡Las fieras están al acecho de su comida! —se le escapó a Jaluddin con un escalofrío. Eso no le hacía más fácil tomar su decisión— ¡Shura, vos tomaréis la

decisión que más os agrade. Confío en vuestro gusto en cuestiones de coños magníficos, senos turgentes y dientes turbadoramente afilados!

La Tigresa lo miró, insegura.

—¿Confiáis en mí, a pesar de haber intentado arrojarme a vuestro cuello...?

—¡Es mejor eso que una mordedura en los huevos! —bromeó Jaluddin, dando muestras de su buen humor.

—¿No necesitáis ninguna virgen para el harén de vuestro sheik? —preguntó Shura, incrédula—. ¡Aquí no encontraréis ninguna!

—¡Eso no importa! —respondió Jaluddin—. ¡Hace mucho tiempo que el vigilante del paraíso, nuestro anciano *kabir at-Tawashi*, no nota la diferencia!

La Tigresa se echó de repente hacia atrás y mordió a su nuevo amo con pasión poco disimulada en el lóbulo de la oreja, su lengua se adentró profundamente en el pabellón. Jaluddin la dejó hacer.

—¡Treinta y tres de tus mujeres preferidas podrán seguirte! —le hizo saber a Shura, y le liberó la muñeca.

Ella se arrojó de inmediato sobre él, pero en lugar de empujarlo por el acantilado, la Tigresa lo rodeó con sus garras y le clavó cariñosamente las zarpas en la espalda.

—¡Yo no me cuento entre ellas! —le susurró al oído—. ¡Yo te pertenezco a ti... sólo a ti! —añadió en tono amenazador.

—Ya lo había imaginado, mi princesa negra —respondió Jaluddin, y sonrió—; y ahora haz tu elección, y piensa que con ello ganaremos muchos honores ante el noble Sheik Sinan, el poderoso Viejo de la Montaña. ¡Tú y yo, princesa!

Ahmed ad-Din Tush hizo esperar bastante en la antesala de sus aposentos a su amigo y huésped el maestro Jaluddin. En cualquier caso, al maestro lo colmaron de atenciones y se deleitó con las frutas enfriadas con nieve. Finalmente, el emir entró en la habitación vistiendo su *roob al sabah*^[175] de seda y se disculpó con un guiño de ojos antes de que Jaluddin, lleno de curiosidad, se hundiera en los cojines.

—De las damas que han quedado, no escogería ninguna para vuestro harén —empezó diciendo Jaluddin pausadamente—. ¡Todas son malvadas y están corruptas!

—¡Badra, en realidad, es todo menos una mujer de malas costumbres! —dijo el emir, aplacándolo—. ¡Es una auténtica almohada para el placer!

Jaluddin, sereno, tomó nota de sus palabras.

—¡Vos sois el señor, Ahmed ad-Din Tush! Tenéis absoluta libertad para actuar con cada una de ellas como mejor os parezca. Pero yo tengo otra propuesta. —Jaluddin le tendió algo al emir, mientras pescaba con gran deleite de la fuente repleta algunas de las cerezas enfriadas con la nieve del monte Hermón y las iba deshaciendo una a una entre la lengua y el paladar—. Ya fuisteis lo suficientemente generoso como para ofrecer Niphin a los asesinos del Viejo de la Montaña en calidad de feudo no heredable. Ahora yo me ofrezco para ir hasta allí y hablar con los asesinos que

todavía estén en esa ciudad, esperando las órdenes del Enviado, Husain ad-Din Marzuban, y convencerlos, siempre y cuando no hayan regresado a Kahf y a Khawabi, para que entren a vuestro servicio. Unos desposorios con un número igual de mujeres facilitarían mucho las cosas y fortalecerían de un modo indestructible la lealtad hacia vuestra persona. —Jaluddin notaba que su oferta despertaba el interés del emir. Tenía que imponer esa solución, pues no podía exigirle al Viejo de la Montaña que aceptara a esa desbocada jauría—. *Yalamu Allah*, sólo Alá sabe lo que vendrá —dijo suspirando, para que el emir no se sintiera ofendido—. ¡Me marcharía mucho más tranquilo si sé que mi amigo Ahmed ad-Din Tush está rodeado por una guardia personal de asesinos que lo protegerán con su propio cuerpo pase lo que pase aquí en Botrun entre vuestro sultán y el conde de Trípoli, por no hablar de otros guerreros!

El emir se puso en pie de un salto y abrazó conmovido al maestro de maestros.

—La mejor protección que desearía sería que os decidierais a quedaros aquí; os entregaría Niphin...

—¡Jaluddin no está hecho para tener un sitio fijo donde quedarse, ni mucho menos para un cargo! Si en algún momento necesitáis de mi brazo o de mi consejo, enviad a dos asesinos para que me busquen.

El emir no se sintió feliz con esa negativa, pero se resignó a ello.

—¿Y quién organizará ahora el transporte de las mujeres que prometisteis llevar a vuestro *sheik* con mis más humildes saludos y buenos deseos?

—¡Yo! —dijo el maestro riendo irónicamente—. ¡Me ocuparé de todo antes de partir, así como de las bodas de las mujeres restantes asociadas al juramento de fidelidad de sus esposos hacia vuestra persona!

—¡Os lo agradezco! —dijo el emir, aliviado.

—Ya le di la orden a Shura *la Tigresa* en relación con el viaje de las otras mujeres. ¡Me da igual si dispone que las compañeras escogidas por ella sean trasladadas a Masyaf en jaulas, bajo la estricta vigilancia de una fuerte escolta, o si lo hacen en forma de caravana bien armada que decide su propia ruta a través de las montañas! ¡Ella cuenta con mi absoluta confianza! Os pido que satisfagáis sus deseos como si yo todavía estuviera aquí.

En ese instante el doncel los molestó de nuevo. Su rostro marcado por cinco verdugones rojos parecía petrificado; con gesto callado, señaló la llana cesta de frutas que dos sirvientes traían delante de él. Los dos señores sospecharon que no eran calabazas lo que estaba oculto bajo el paño mucho antes de que Shams retirara la tela de un tirón. Allí estaban las cabezas cortadas de Yussuf y Alí sobre dos dagas clavadas por debajo de la cesta, a través del mimbre.

—Las encontramos en el «baño de las sensaciones», en la alberca de mármol vacía —dijo Shams describiendo con sobrecogimiento la repentina aparición de los trofeos—. Las mujeres afirman que ellas nada tienen que ver con esto, y ninguno pudo explicar cómo llegaron hasta allí...

Asqueado, el emir les indicó a los sirvientes que se alejaran con la cesta.

—Retiro lo dicho —soltó Jaluddin entre dientes—. No quiero tener nada que ver con esas mujeres; tampoco las llevaré al harén del *sheik*, ¡ni siquiera como regalo!

—Me avergüenzo de haberlo considerado siquiera —dijo el emir, pálido y jadeante—. ¡Es espantoso! —gimió—. Cuando pienso en la amable entrega con que Alí me acompañó siempre en esta empresa...

—También a Yussuf le debemos mucho... —dijo, pensativo, el maestro—, a su cautela...

—Se marcharon en compañía de vuestro Husain ad-Din Marzuban —dijo el emir, intentando hallar una explicación para aquel hecho inexplicable—. Deben de habersele escapado... —fue su siguiente conclusión—, para luego, por su cuenta...

—No —dijo Jaluddin—. ¡Eran fedayines! ¡La desobediencia o la huida quedan descartadas! ¡Jamás lo harían!

—¿Y qué hago ahora con esas hienas? Porque ya no deseo llamarlas mujeres —se lamentó Ahmed.

—¡Quemadlas! —le propuso Shams, que todavía estaba parado en la puerta. Le temblaba todo el cuerpo—. ¡O arrojadlas al desierto! ¡Sacadlas de aquí!

—Tienes razón, hijo mío —dijo el emir, aceptando agradecido la propuesta—. ¡Tienen que desaparecer de mi vista!

—Matarlas sería más seguro —dijo Jaluddin.

—En ese caso nos pondríamos a la misma altura de esas criaturas deshumanizadas —objetó Ahmed de inmediato—. Pero ¿para qué existe la ley del «destierro»?

—¡Ciertamente no para criaturas sin ley, no para las bestias! —dijo, indignado, Shams.

—¡Haz lo que tu padre te dice! —intervino el maestro en tono conciliador, y luego se dirigió al emir—: Dejad la responsabilidad en manos de esa Tigresa, la mujer llamada Shura, para que se lleve de Botrun a ese puñado de mujeres, pero no le digáis que no quiero verla más.

—¡De lo contrario la tendríais muy pronto encima de vos en Masyaf, maestro de maestros! —comentó Shams con cierto atrevimiento.

—¡Yo seguramente no, pero sí quizá el Enviado! —le aclaró Jaluddin, benévolo—. Enviad vuestra gratitud a Sheik Sinan por medio de otros regalos, en lugar de preocuparos por su harén. ¡Las mujeres sólo traen problemas! ¡Ahora desapareceré, pero comportaos como si todavía estuviese aquí!

Los dos hombres se abrazaron y se besaron una vez más, y el emir soltó un suspiro.

—¡¿Sabéis qué sería lo más caro para mí?! —dijo el emir, y añadió—: ¡Que os pudierais fiar de mí, estimado Jaluddin, maestro de maestros!

El gordo *kabir at-Tawashi* se sumió en la lectura de las líneas que había dictado antes al moro *Timdal*:

... El señor Guido de Lusignan, quien todavía sigue siendo llamado «rey de Jerusalén», apareció por segunda vez ante las murallas de Tiro. En esta ocasión había traído también consigo a su esposa, la reina Sibila, y en su nombre había solicitado una vez más la subordinación, de Conrado a su alteza en su condición de rey legítimo. Montferrat ni siquiera dejó entrar en la ciudad a la delegación, que tuvo que entregar su mensaje en la puerta. Guido esperó pacientemente una respuesta frente a las murallas, y mientras tanto tuvo que experimentar cómo cada vez era mayor el número de barones y señores de su corte que se pasaban al bando de Conrado y eran recibidos en Tiro como amigos.

En su desesperación, el desdichado Guido decidió dar un paso muy osado. Levantó su campamento y se marchó con los pocos fieles que le habían quedado. Todos, tanto los amigos como los enemigos, pensaron que se retiraba otra vez a Trípoli; pero en su lugar tomó la dirección justamente opuesta, ¡y fue directamente a Acre! De algún modo puedo entender esa mezcla de insolencia y tozudez; Guido tenía que demostrar que era «él», y «no». Conrado, el que todavía era el rey, y para ello necesitaba urgentemente una nueva capital; ¡pero primero tenía que conquistarla!

El eunuco estiró la mano para coger la garrafa de agua fresca de manantial que estaba siempre a su disposición sobre el ornamentado *tabouret*^[176] y, respirando pesadamente, se sirvió un poco de aquel delicioso líquido en un cuenco de cristal. Bebió satisfecho tragos muy cortos. Cuán agradable era terminar de leer un informe como aquél en lugar de estar todo el tiempo de pie ante el *maktab*^[177], concibiéndolo uno mismo y teniendo luego que asumir la labor de escribirlo. Cuántas veces había maldecido a su tío, no sólo por haberlo hecho castrar después de la muerte de sus padres, sino también por haberle enseñado a leer y, sobre todo, a escribir; ¡qué tortura tan insoportable para la vida floreciente de un joven!; ¡qué manera de quemarle los dedos y de sacarle las lágrimas! Y qué goce significaba oír el esfuerzo de una pluma ajena deslizándose sobre el papel:

*Ahora bien, la guarnición que el sultán había designado para esta importante ciudad portuaria y comercial, una ciudad también vital para él, era casi el doble de fuerte que el pequeño grupo de hombres con el que contaba Guido; además, el ejército principal de Saladino estaba acampado no muy lejos de Acre. Cuando el sultán conoció la noticia sobre la marcha de Guido sobre Acre no le dio importancia y se tomó su tiempo. El rey Guido, entretanto, había llegado a Acre y había emplazado su campamento junto al riachuelo *Belus*, a tan sólo una milla de la ciudad y de la costa.*

Algunos barcos pisanos y sicilianos lo habían acompañado hasta allí, no tanto con el propósito de acudir en su ayuda, sino más bien por su disgusto debido a la preferencia de los genoveses por el Tiro de Conrado. Los barcos echaron sus anclas a la vista en la bahía situada entre Acre y Haifa.

La guarnición de Acre, que en ese momento todavía podría haberse servido de su superioridad, no hizo nada, sobre todo tras haber podido rechazar sin esfuerzo alguno un ataque tan vehemente como descabellado del pequeño grupo de hombres del rey. Los musulmanes esperaban por su sultán para atrapar a Guido, es decir, para aplastar a los cristianos en ese espacio situado entre sus murallas y el ejército principal.

De igual modo, Guido, tras ese primer fracaso, aguardó a que llegaran otros refuerzos.

El eunuco interrumpió la lectura de su informe. Había oído unos sonidos poco habituales llegados desde el harén situado bajo sus aposentos; era la voz de un hombre que penetraba en su oído. An-Nasir no perdió tiempo enfadándose, sino que alzó su corpachón sin hacer ruido para, consciente de cuál era su deber, corroborar cuál era la verdad de todo aquello. Los ruidos, algo así como un intercambio de palabras curiosamente apagado, apasionado y fragmentario, llegaban de la espaciosa habitación que Melusina compartía con Xenia, su hija. An-Nasir caminó arrastrando los pies en sus pantuflas de fieltro con la mayor precaución que pudo, se acercó a la pared exterior de su gabinete octogonal, el cual, empotrado como estaba en las localidades del harén, le permitía al *kabir at-Tawashi* poder echar una ojeada desde arriba, a través de una reja, a cualquiera de las habitaciones sin que sus inquilinas notaran nada. Miró directamente a Melusina, que estaba echada sobre su amplio lecho como una Venus nacida de la espuma; su cuerpo de alabastro apenas estaba cubierto por una finísima tela de muselina. Junto a ella, como una ninfa, estaba Xenia, cuyo cuerpo infantil se ofrecía desnudo al mudo espectador. Dormía. Ante su cama estaba arrodillado el legado papal.

—Escúchame, diosa —le suplicaba Titus, con un dramatismo desesperado y su voz ronca, a una Melusina que estaba tumbada en una pose encantadora—. Me estoy consumiendo...

Aquel desfachatado clérigo debía de haberse colado en el harén aprovechando la protección de la noche, y Melusina le indicaba que debía hablar más bajito.

—Moderaos, señor Titus, ¿o acaso debo llamaros padre? —le susurró en tono conciliador cuando vio que sus gestos no daban ningún resultado, y que precisamente ese tono enloquecía aún más a Titus de la Porta.

—¡Llamadlo dispensador celestial de alegrías, cirio consagrado, *chierichetto*^[178] —se lamentó balbuceante, como si estuviera fuera de sí—. Burlaos de él llamándolo «vuestra eminencia», *venerabile, santità*^[179]! —continuó jadeante el hombre

arrodillado—. ¡Llamadlo como mi reina prefiera, pero, por favor, en nombre de la sagrada Virgen María, apiadaos de vuestro esclavo!

Melusina tuvo que contenerse mucho para no soltar una sonora carcajada; se mostró entonces como una mujer digna de confianza, pero severa.

—¡Cuando mañana iniciéis esa prueba divina que vos mismo habéis reclamado, saltad primero! —Aquel delicado cuerpo blanco, por lo visto, enloquecía al hombre de la Iglesia. El eunuco aguzó el oído, lleno de curiosidad—. No dejéis que al-Mansur os tome la delantera —murmuró la enigmática mujer en tono conspirativo—. ¡Sólo así caeréis primero en la red salvadora, y el fedayín tendrá que sufrir el destino que estaba reservado para vos!

El legado extendió su mano para tomar la de ella y llevársela a los labios.

—Volaré —gimió, hechizado—, ¡arriba y abajo, arriba y abajo! ¡El cielo es mío!

Melusina lo contempló con los ojos muy abiertos, desanimada.

—¡Y ahora, idos! —le susurró la seductora—. ¡Mañana por la noche cumpliré vuestra voluntad!

En medio del silencio surgido de repente, al eunuco An-Nasir, que estaba al acecho, le asustó la manera penetrante con la que Titus miraba fijamente a la mujer.

—¡No seréis vos! —dijo en un estertor, y a continuación señaló con el dedo a la hija de Melou, que dormía—. ¡Ella tiene que ser mía! —Su voz jadeante adoptó un tono estridente—. Su cuerpo deberá mostrarme los dulces tormentos del infierno...

Una capa de hielo invisible cubrió el rostro de Melusina, sus ojos se oscurecieron; temblando, le puso un dedo a Titus sobre sus labios babeantes.

—¡No la despertéis! —lo reprendió ella, conteniéndose, y a continuación retiró la mano—. ¡Y ahora, idos!

El legado del papa salió dando tumbos y afligido del camerino, pero el eunuco, sumido en sus pensamientos, volvió arrastrando los pies a su sitio y, con una queja, se hundió de nuevo en el cojín. ¡Ese Titus de la Porta era un enviado de la muerte!

Ahora el sobrecogido *kabir at-Tawashi* lo tenía bien claro. ¡Tanto como hombre, ya que había dado suficientes muestras de ser un cerdo repugnante, como en su condición de representante de esa iglesia de los cristianos! ¡Si el papa de Roma elevaba a la condición de legado a un pederasta tan infame como ése, entonces su iglesia era la iglesia del demonio! ¡Y si Satanás se oponía a cualquier intento por exterminar a ese «representante de Dios» junto a «su hijo» y al «Espíritu Santo», entonces se debería pasar a cuchillo a cualquiera de los heraldos suyos que cayera en manos de un hombre de fe, sin importar la persona! El sabio Sheik Sinan había tomado una vez más todas las precauciones necesarias, y era tranquilizador saberlo.

Con un suspiro de alivio, el eunuco An-Nasir retomó el informe escrito por el moro a fin de continuar la lectura interrumpida.

... Acre era una fortaleza natural; tras la toma de la ciudad, el sultán había ordenado de inmediato reforzar sus murallas, y el jefe de su

guarnición disponía de suficientes hombres armados; también había suficientes provisiones para resistir sin riesgos un asedio prolongado.

Pero el rey Guido no se dejó contrariar por ello; poco a poco fueron llegando los refuerzos que había estado esperando. La primera en aparecer fue una gran flota de frisonas y danesas cuyas galeras y raudos botes alargados hacían pensar en un ataque por el flanco del mar como algo concebible. Pocos días después, unos barcos provenientes de Italia trajeron tropas oriundas de Flandes y de Francia. Con ellas pusieron pie en tierra numerosos nobles y caballeros, como el joven conde Andreas de Brienne.

También llegó el landgrave Luis de Turingia, quien en lugar de emprender el arduo viaje por tierra para acompañar al emperador Federico Barbarroja, prefirió el viaje por mar. En su séquito se encontraban también varios obispos junto con sus célebres maquinarias de asedio, y lo que era más importante: durante su paso por Tiro, el landgrave había conseguido convencer a Conrado de Montferrat para que se uniera al ejército cristiano, con la única condición de que no tendría que participar en los combates bajo las órdenes de Guido.

Entonces Saladino comenzó a inquietarse.

Inquietud sentía también el eunuco. En su condición de *kabir at-Tawashi*, estaba en el deber de actuar directamente contra aquel hombre sacrílego o, teniendo en cuenta que se trataba de una personalidad de alto rango —¡*porcus excelsas*, esos malditos cerdos de curas!—, poner en conocimiento del *hujja* el insólito incidente. Pero ¿acaso tendría que perturbar el reposo nocturno del *sheik*, para una cosa así? ¡Mañana por la mañana el crimen estaría todavía lo suficientemente fresco! An-Nasir, excitado, retomó otra vez la lectura jadeando ligeramente.

Saladino se dio prisa. Un sorpresivo ataque al campamento del rey podría haberlo obligado a retirarse, pero el sultán consiguió rodear las líneas de los francos y establecer contacto con la ciudad. Sin embargó, antes de que pudiera ponerse de acuerdo con los defensores sobre la estrategia común que debían seguir, los cristianos comenzaron el gran ataque. Fue una batalla encarnizada.

El sobrino de Saladino, Taki, se retiró al flanco derecho para hacer que los templarios, situados frente a él, lo siguieran. Saladino se dejó confundir por esa maniobra, y debilitó inmediatamente el sector central de sus fuerzas para salvar a Taki. El resultado: que tanto el centro como el ala derecha tuvieron que sufrir enormes pérdidas y huyeron.

El joven conde Andreas de Brienne logró incluso penetrar hasta la mismísima tienda del sultán, si bien luego pagó su osadía con la vida. La rápida victoria hizo que los cristianos comenzaran a pensar a la ligera, y

salieron en persecución de los fugitivos. Entonces Saladino en persona guió el intacto flanco izquierdo de sus tropas a la batalla, su asalto hizo que los cristianos, que ya se creían victoriosos, se retiraran a su campamento fortificado, donde Saladino no se atrevió a atacarlos. Pero no todos consiguieron dar ese salto salvador tras la protección de las empalizadas. Las pérdidas fueron elevadas en ambos bandos. Los templarios perdieron a su gran maestro, Gerardo de Ridefort, que fue hecho prisionero y decapitado al instante por órdenes del sultán. Su guardaespaldas, el caballero Gernot, había intentado en vano evitarle ese destino. Conrado de Montferrat escapó a la prisión, al menos eso es lo que se dice, sólo gracias a la audaz intervención de su rival Guido. Pero hasta el propio rey estuvo a punto de ser asesinado, y ello se evitó gracias a que el caballero que estaba a su lado, muy llamativo debido a su brillante armadura de oro y plata, logró sacarlo rápidamente de aquella multitud, cargando en su caballo al soberano, que ya estaba inconsciente.

Ninguna de las dos partes puede proclamarse vencedora, aunque, desde un punto de vista meramente estratégico, el sultán puede atribuirse las mayores ventajas. Sin embargo, tras esta confrontación, la moral de combate de los cristianos se encuentra otra vez en ascenso. Le han demostrado fehacientemente a Saladino que todavía no están acabados y que tampoco él, el gran sultán, es invencible.

Desde Europa están llegando nuevos cruzados, heraldos de los vacilantes reyes occidentales, que siguen involucrados en sus rencillas internas. Pero incluso eso insufla valor al ejército cristiano reunido frente a Acre...

Satisfecho, el eunuco apartó a un lado las páginas y se durmió exhausto en el sitio, con el cuerpo hundido en el gran cojín que le servía de asiento.

EN LA TORRE DE LOS OJOS DEL CIELO

EL SOL se ponía tras las murallas de Masyaf con un color rojo encendido. En el alojamiento de los dos amigos apareció Timdal, el moro, con el rostro surcado por una sonrisa inocente.

—El *hujja* desea veros —dijo dirigiéndose a al-Mansur.

—¿No desea vemos a los dos? —preguntó Sayf sin ningún tono de suspicacia.

—¡No, a vos no, sólo al héroe de mañana! —A Timdal le gustaba verse desempeñando el papel de heraldo del *sheik* que decidía los destinos de otros.

—¡A las «plumas de cola» no se les da la bendición! —le dijo al-Mansur a su compañero con cierto tono amable de burla, y siguió al moro.

Consideraba superflua una nueva instrucción del excelso, ya que eso sólo podía sacarlo bruscamente de su recogimiento interior; con el cual se estaba preparando para realizar al día siguiente el vuelo del dragón blanco.

Atravesaron los pasillos de la fortaleza, Timdal avanzando siempre delante, cruzaron el patio interior de arriba, los escenarios de su hasta entonces única aparición ante el gran público, ¡y en presencia del rey! El moro enfiló conscientemente hacia la Torre de los Ojos del Cielo, la sede oficial del *hujja*, coronada por su descollante atalaya, el observatorio. Pero apenas pasaron junto a los guardias apostados en la entrada, desde donde partían hacia arriba, artísticamente insertados unos en otros, los escalones de mármol, el moro abrió una puerta invisible y ambos bajaron a las profundidades. El moro encendió una antorcha para iluminarle a al-Mansur los pocos peldaños que conducían hacia abajo. A continuación se le unía un largo túnel abovedado que los llevó desde la base de la torre, tal vez siguiendo el trazo del muro de la fortificación, a través de complicados pasillos y que terminaba en el punto donde comenzaba una escalera de caracol muy estrecha. Por los conocimientos que al-Mansur tenía de las instalaciones del castillo, concluyó que en ese momento estarían bajo la torre de las águilas, el sitio bien resguardado que albergaba la biblioteca secreta de Masyaf. Quiso cerciorarse de ello con Timdal, pero de pronto el moro se había vuelto sordo y mudo, o ambas cosas a la vez. Sin decir palabra, le entregó a al-Mansur la antorcha, hizo una reverencia exagerada y emprendió el camino de regreso. Por lo visto, tenía una excelente visión nocturna, pues rápidamente la oscuridad del pasillo se lo había tragado.

Al-Mansur subió agachado los altos peldaños. Tenía que estar oculto en el muro exterior de la torre, pues de vez en cuando alguna ligera ráfaga de viento le mostraba pequeñas ranuras parecidas a troneras a través de las cuales podía ver, con mucho esfuerzo, algunas estrellas aisladas del cielo nocturno que se oscurecía. La escalera concluía en una puerta bastante baja que no tenía echado el cerrojo. Cuando al-Mansur la abrió de un empujón, se vio en medio de una inmensa colección de obras apócrifas sobre cuya existencia el mundo jamás había tenido conocimiento,

debido al éxito con que se había sabido guardar el secreto. Ante él se elevaba una especie de pila bautismal llena de agua, rodeada de soportes de hierro provistos de antorchas apagadas, pues éstas apuntaban, todas sin excepción, hacia abajo, en dirección al agua. Al-Mansur, razonablemente, siguió las instrucciones y también apagó la llama crepitante de la suya con un leve siseo. Sólo entonces se dio cuenta del tenue rayo de luz que se veía a través de los altos armarios de madera, rebosantes todos de pergaminos amarillentos y folios cubiertos de polvo. Andando a tientas y con suma cautela, y evitando hacer cualquier ruido estridente, fue avanzando hacia aquella fuente de luz, con la esperanza de encontrar allí al *sheik* leyendo en medio de sus valiosos libros.

Rodeada de armarios como en un relicario muy valioso, iluminada por una lámpara de aceite que colgaba del techo, y extendida sobre una sencilla cama hecha sobre una alfombra estaba Melusina. Con la cabeza apoyada de lado y la pierna colocada seductoramente en ángulo, examinó al desconcertado joven con su mirada enigmática que indagaba, desafiaba y perturbaba al mismo tiempo. Diminutas chispas de fuego parecían centellear de forma aislada en sus ojos, saltar de ellos y apagarse sobre su blanca piel. Estaba desnuda, y yacía así con gran naturalidad.

—Desnúdate, al-Mansur —le dijo con la voz tomada y sin apartar la vista de él.

Él estaba parado allí, indeciso, sin que todavía se hubiese atrevido a dar ni un solo paso desde que había visto a su hermana. ¿Cuánto tiempo había esperado a que llegara ese instante sin que, al mismo tiempo, alcanzara a imaginarlo nunca? Estaba como paralizado, sentía que su cuerpo había perdido todas las fuerzas, por no hablar del vigor de su miembro. Deseó que Sayf estuviese con él, entonces le daría un empujón para que fuera él quien por fin se moviera. ¡No! ¡No podía hacerlo!

Melou sonrió con superioridad.

—Siempre hay cierta diferencia —dijo en voz baja— cuando las cosas suceden en sueños, cuando uno mismo puede usar sus manos y se hace con una cosa indefensa —Melou se estiró con una seductora inocencia—, pero ahora se trata de un encuentro cuerpo a cuerpo...

—¡No me hables de ese modo, Melou! —balbuceó al-Mansur, furioso consigo mismo y en un tono casi suplicante. La voz de ella se volvía cada vez más ronca.

—... o si el hombre —repitió, implacable, y en los oídos de al-Mansur sus palabras cobraron un tono cada vez más vulgar—, al menos en una primera fase, consigue llegar al *coitus*^[180], si quiere hacerlo, ¡o si puede!

Melusina echó la cabeza hacia atrás, de modo que sus turgentes senos ocuparan el primer plano, y fue abriendo lentamente las piernas.

—¡Y ahora ven de una vez! —le ordenó, molesta.

—¿Por qué me haces esto, Melou? —se quejó al-Mansur, que ahora, por lo menos, se puso de rodillas, intentó abrazarla y acariciar su cuerpo.

Ella se dejó hacer sin mostrar ningún gesto de rechazo, pero sin manifestar tampoco ninguna sensación. Estaba allí, encamada, a su plena disposición.

—¿Qué te he hecho yo?! —en ese dolido arranque de desesperación se mezclaron algunas lágrimas.

—¿Que qué me has hecho, al-Mansur? —dijo en voz baja, atrayendo su rodilla hacia ella—. ¡Has abusado de mi amor fraternal por ti, el cual no aspiraba a «fornicar», pero tampoco lo excluía del todo! —Ella permitió que la rodeara con su brazo—. Has abusado de mí en cada uno de tus sueños húmedos, me has metido bajo tu manta sin preguntarme siquiera. —Melou lo miró pensativa desde arriba, mientras la cabeza de al-Mansur se hundía en su regazo.

—¿Y por qué yo, por qué únicamente yo?! ¡¿Por qué no también Sayf?!

—¡Saca a tu amigo del potaje! —Ella lo apartó enérgicamente de un empujón—. ¡También has destruido ese amor en mí!

—¡Melou! —se quejó al-Mansur, incorporándose de mala gana, para, a continuación, dejarse caer otra vez sobre sus senos—. ¡Mi querida Melou! —dijo, y añadió con una queja—: ¡¿Qué debo hacer?!

—¡Follarme de una vez! —dijo ella secamente, y abrió despacio su regazo.

Como perseguido por las Furias, al-Mansur salió corriendo de la biblioteca del *hujja*.

La mañana cubría todavía con su color gris la fortaleza de Masyaf cuando Sayf intentó despertar con sacudidas a su amigo al-Mansur. ¿Cómo podía el joven estar durmiendo todavía profundamente como una piedra? Él, Sayf, no había podido pegar ojo en toda la noche, debido a la preocupación que lo embargaba por su compañero. Por fin cambió el ritmo calmado de la respiración de al-Mansur, que intentó girarse hacia el otro lado, pero Sayf lo sostuvo por el hombro.

—Me alegro de que Jaluddin no haya regresado todavía —dijo lo suficientemente alto como para que el amigo que dormía lo oyera—. ¡Jamás te dejaría volar!

Lentamente, al-Mansur se colocó de espaldas y abrió los ojos.

—¡Como tú tampoco me dejarías! —gruñó de mal humor, pero en un tono amigable.

—¡Claro que no! —le confirmó Sayf en tono de reproche, y al-Mansur se incorporó apoyándose en los codos.

—Tal vez suceda —le dijo al-Mansur, compartiendo sus conocimientos con su amigo— que el que no cuelga de la vela muera miles de veces. —Poco a poco fue retirando la cálida manta y sacó las piernas fuera del lecho, sobre el que entonces se sentó—. ¡Yo, sin embargo, me siento liberado... —dijo pensativo justo en el momento en que echaba mano a sus pantalones— cuando el suelo desaparece bajo mis pies... —con un gesto enérgico, se subió los pantalones—, y completamente seguro... —añadió poniéndose de pie de un salto—, porque existe una relación franca y clara entre el viento y yo!

—¡Y Alá! —añadió Sayf en tono de reprimenda.

—Si el Supremo tiene a bien llamarme junto a Él —respondió al-Mansur apretándose el cinturón—, entonces sabré que las estrellas de los ojos de Melou estarán contemplándome cuando entre en el paraíso.

Sayf forzó una sonrisa.

—¡Eso no te lo consentiría jamás, de modo que no puedes caerte!

Al-Mansur señaló el fardo de tela de seda clara que se apilaba sobre la mesa de su alcoba compartida.

—Entonces doblemos ahora esta tela como es debido, tal y como nos ha enseñado el maestro —dijo, empujando a su amigo por delante—. ¡Los cordones en orden, los intestinos de oveja bien inflados!

Ambos comenzaron a manosear entonces aquella tela compuesta por varias banderolas individuales cosidas en grupos de dos o de tres, la alisaron y fueron colocando, uno tras otro, los distintos dobleces, siempre cuidando que los cordones no se enredaran ni se anudaran entre sí y corrieran en línea recta sobre los extremos abultados que tenían la forma de manijas. Mientras al-Mansur contemplaba la obra, pensativo, mientras la palpaba y la acomodaba, Sayf se había asomado a la ventana y observaba con atención el horizonte que cambiaba rápidamente de color, pasando de un rojo carmín a un color dorado. Quiso pensar que ese color rojo de la mañana podría ser un buen augurio.

—¡Va a hacer un día precioso! —aquello sonó como un conjuro, y al-Mansur se volvió hacia su amigo y sonrió con picardía.

En el recinto de la base de la Torre de los Ojos del Cielo los dos hombres estaban parados frente a frente. La habitación sin ventanas estaba iluminada por una luz crepuscular que caía a través de una estrecha tronera abierta en la pared situada encima de una redonda galería de madera. El *sheik* examinó a su visir con frío interés, como si Husain se presentara por primera vez ante él, pero sin hacerle ningún gesto despreciativo.

—¡Me he permitido prepararlo todo tal y como corresponde a tus intenciones, Enviado!

Husain pudo notar la burla implícita en las palabras del *sheik*.

—La eliminación de Titus de la Porta también debería ser algo de vuestro interés... —objetó rápidamente.

—¡Yo sólo te he quitado de en medio la primera piedra del arduo camino que conduce hacia arriba, hasta la cúspide del priorato, *magister venerabilis in spe*^[181]!

—¡Con ello estáis jugando un peligroso juego a favor del *opus magnum*, noble *hujja*!

—¡Un juego que tú has querido asumir sin haber sido en lo más mínimo llamado para ello! —respondió Sinan con sarcasmo a la sutil amenaza—. ¡En las normas de los asesinos no está prevista una intromisión de esa índole!

Husain tragó en seco.

—Pero eso no quiere decir que ellos no puedan aspirar a tener una parte de ese poder futuro. —El visir intentaba no decir ninguna palabra irreflexiva, pero no estaba a la altura del *sheik*—. Los asesinos están obligados a reafirmarse en medio de fuerzas que son cada vez más hostiles para ellos —dijo, dejándose arrastrar de nuevo por el énfasis—. ¡Tenemos que pensar en el futuro!

—¿Qué futuro, Enviado? ¿El nuestro o el tuyo?!

—¡Vos mismo me habéis nombrado visir de todos los asesinos de Siria! —se defendió Husain con tono de reproche, pero en vano.

—Con ello te puse únicamente en el escalón anterior para llegar a alcanzar la dignidad suprema de un *hujja* —la voz del *sheik* rezumaba sarcasmo—, pero todavía tienes que esperar un tiempo para que yo abandone mi sillón.

—Nunca en la vida se me ha ocurrido esa idea —aseguró Husain con clara indignación fingida.

—Ya conozco tu lealtad inquebrantable, Husain —le dijo el *hujja* interrumpiendo el inminente juramento de fidelidad. Su tono de voz se hizo más bajo y también más peligroso—. ¡Una cosa es eliminar al gran maestro en activo de una orden, que es sustituible cómo puedo serlo yo, y otra muy distinta es, y eso te lo advierto, poner en peligro la autonomía o incluso la existencia de la hermandad de los asesinos! —Sinan dirigió la mirada de sus ojos azules como el acero al Enviado, que no fue capaz de eludirla—. Espero que me hayas entendido.

Como un perro apaleado, Husain siguió a su señor. Una vez más, Sinan había demostrado que era el más fuerte, ¡pero las cosas no tendrían que seguir siendo así necesariamente! Antes de que llegaran a la puerta que conducía al patio de la fortaleza de Masyaf, la figura del Enviado se había erguido de nuevo.

Los fedayines Sayf y al-Mansur se encontraban en la torre de las águilas, en un frugal entresuelo situado a bastante altura por encima de la base, pero aún antes de llegar a la última planta, reservada únicamente para el *hujja* y su biblioteca. A falta de un sitio donde sentarse, los dos amigos estaban agachados en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, esperando. Ante ellos aguardaba también el fardo correctamente doblado con la tela de seda y las cuerdas de sostén y guía de su Dragón Blanco. Esperaban a que les dijeran el momento en que tenían que aparecer. Sabían que la única puerta en aquel redondel de piedra de la habitación conducía afuera, al alto muro en declive por el que ambos, con al-Mansur delante, tendrían que realizar la carrera hasta que, una vez llegado al final, le tocara saltar. Entre ellos, los amigos llamaban al que saltaba «el huevo». O bien el águila lo llevaba hasta un nido seguro, o el huevo se soltaba de sus garras y, ¡plas!, reventaba. A Sayf le correspondía correr detrás del águila haciendo las veces de «pluma de cola», y hasta el final tenía que procurar desplegar el plumaje sin cometer ningún error; de ello dependía todo, sobre todo la vida de su amigo.

En el centro de la habitación se encontraba la escotilla con la escalera plegable. De ese modo habían llegado hasta allí, con sumo esfuerzo.

—¿Y el *sheik*? —preguntó Sayf, mirando la escotilla ensimismado, dándose cuenta de que arriba, en el techo, no había otra igual—. ¿Cómo entra y sale?

—Tiene que haber una escalera aparte oculta entre los muros —le dijo al-Mansur, que estaba con sus pensamientos en otro sitio—, pues por encima de nosotros hay todavía por lo menos otras dos plantas que deben de estar repletas de pergaminos y libros tamaño folio, «La Biblioteca Secreta del Gran Maestro»...

—He oído decir que allí arriba también está el nido de amor secreto del *hujja* —especulaba Sayf, cuando de repente oyó un sonido chirriante a sus pies.

La escotilla situada delante de sus narices en el suelo de madera se movió, se abrió luego un tramo amplio y por ella apareció la cabeza peluda de Timdal. El moro salió reptando diestramente del agujero y se irguió ante los dos fedayines.

—¡Orden del *hujja*! —anunció, radiante—. ¡Tenéis que entregarme la tela! —añadió el moro, subrayando su importancia con la manera de colocar los brazos sobre las caderas—. ¡Vuestro dragón, tal y como está, lo usará Titus de la Porta! ¡Porque él saltará primero!

La noticia confundió a los amigos; se pudo oír cómo Sayf hacía una larga inspiración, mientras al-Mansur se enfadaba.

—¿Y por qué ese ilustre señor no viene hasta aquí?!

Timdal tampoco se cohibió a la hora de responder a esa pregunta.

—Porque le da vértigo estar encima del alto muro —dijo riendo sarcásticamente el atrevido moro—. ¡Quiere hacer la carrera ceremonial a través de la multitud!, ¡uno, dos, arriba!, ¡uno, dos, arriba! ¡Y así hasta salir por la puerta del águila!

Pasó algún tiempo hasta que Sayf pudo imaginarse el procedimiento y recuperó el habla.

—Y si la valiosa tela queda hecha jirones, ¿con qué saltará después al-Mansur?!

—¡El maestro de maestros pondrá a disposición de su mejor discípulo su propia Águila Roja!

—¿Qué?! —exclamó al-Mansur, asustado—. ¿Cuándo ha regresado Jaluddin?

—¡Esta noche! —dijo el moro concisamente.

—¡Gracias a Alá! —así de breve fue también el suspiro de Sayf.

—*Khara*¹⁸²! —siseó al-Mansur—. ¡Me habría alegrado tanto cagarme en ese clérigo!

Sayf sacudió su cabeza llena de preocupaciones.

—¿Y quién correrá detrás de él haciéndole de «pluma de cola» y sosteniéndole la tela?!

—¡Yo! —les explicó Timdal, orgulloso.

—¡Burro de carga de su santidad, el *legatus papae*! —se burló al-Mansur.

—¿Y bien? ¿Me dais ahora mismo la tela deseada?! —les exigió Timdal a modo de ultimátum.

—¡Tómala! —gruñó al-Mansur—. ¡Y no te caigas de narices!

—Si te enredas con los cordones, puedes ser arrastrado con todo el velamen —le advirtió Sayf al moro.

—¡Y al final habrá dos huevos fritos sobre la piedra caliente! —se mofó al-Mansur—. ¡Un gran huevo de avestruz con una cuculla^[183] blanca y un pequeño huevo de codorniz con pintas negras!

Timdal se apoderó de la tela y desapareció a través de la escotilla del suelo con el fardo de seda y arrastrando los cordones tras de sí.

—¿Y ahora qué debemos hacer nosotros? —gruñó Sayf, aliviado—. ¡Será mejor que bajemos y presenciemos cómo obra tu rival...!

—¡Da igual cómo obre! —replicó al-Mansur—. Ni el vuelo logrado ni la suerte en la caída representan una prueba sobre cuál es la mejor fe...

—¡... ni siquiera la opinión de Alá sobre esa sacrílega tentación de que un hombre quiera volar como una águila! —enfaticó Sayf—. ¡Es obra del diablo, y a manos del diablo van a parar las almas, tanto la del que revienta contra el suelo como la del que sobrevive!

—¡Y usa la pluma de cola para ponérsela en el sombrero! —se mofó al-Mansur—. ¿O acaso crees que el cómplice puede eludir el infierno? —dijo, pero su amigo no se dejó contrariar por la burla.

—Te consideras un huevo duro, al-Mansur —objetó Sayf, excitado—. Pero para demostrarte lo contrario no es necesario ni siquiera invocar a Alá —añadió maliciosamente—. ¡Para ello bastaría simplemente la ira del maestro Jaluddin, quien ahora nos espera! —Sayf consiguió esquivar hábilmente la patada de enfado que le lanzó su compañero.

Ambos salieron de la habitación de la torre y se dirigieron abajo.

¿EL JUICIO DE DIOS?

LOS PELDAÑOS de piedra de la tribuna del patio interior de Masyaf estaban ocupados hasta el último asiento. Como era habitual, los demás ancianos estaban sentados en las primeras filas, detrás del sitio de honor del Viejo de la Montaña, que todavía estaba vacío, pero flanqueado por dos fedayines que habían tomado posición a izquierda y a derecha. Como siempre, uno de los dos jóvenes portaba las tres dagas metidas unas en otras, y el otro llevaba el paño de lino. Separados del resto por un pasillo central, se mantenían en la mitad opuesta, y frente a ellos estaba sentado el *kabir at-Tawashi*, las damas de mayor edad del harén, las cuales habían perdido de un modo tan visible su «juventud eterna» que ya no podían servir como huríes. En realidad, no debían mostrarse jamás en ningún tipo de acto público. Tal y como pudo constatar con amargura el anciano vigilante jefe An-Nasir, a su regreso, Husain ad-Din Marzuban le había anunciado que había que hacer una limpieza a fondo del harén y «sacar el estiércol» —fue su expresión—, para renovarlo del todo y rejuvenecerlo. El *kabir at-Tawashi* se mostró indignado por esa intromisión del Enviado en sus legítimas potestades, y no estuvo dispuesto a dejarse retirar por un hombre como Husain, como sí sucedió con las maduras vírgenes allí sacadas a la luz.

Directamente detrás del eunuco, cubierta con un enorme velo, estaba la *saida* Tamara, y bajo su sombra estaba Shirin, quien, para gran alivio del obeso *kabir at-Tawashi*, ya por lo menos no tenía que darle el pecho a su hijo Ramón, pues el chico ya podía correr y hablar como una traqueteante rueda de molino en un arroyo, y podía hacerlo en tres idiomas: árabe, franco y, para desconcierto de todos, ¡también en latín de la Iglesia, pero todo mezclado! En contra del protocolo, Melusina se había sentado al lado de An-Nasir, e iba acompañada de Xenia, su encantadora hijita, que se parecía a su madre como una gota de agua a la otra. Eso sólo podían juzgarlo las huríes y los pocos que conocían el rostro de Melou, como el eunuco, Timdal y, por supuesto, el *hujja*. Ahora la joven llevaba un tupido velo, como el de una novia, y también Xenia había insistido en imitar a su joven madre, razón por la cual llevaba un velo transparente de fina gasa.

La multitud que esperaba se mostraba inquieta, sus miradas no se dirigían tanto a las alturas, hacia el portal de la Torre de los Ojos del Cielo por donde solía aparecer el *hujja*, sino que se posaban una y otra vez en la mesa de madera cubierta de damasco blanco, el altar que el tal sacerdote cristiano se había levantado justamente en el extremo inferior del pasillo central. Lo que atraía esas miradas no eran sólo los adornos que engalanaban el altar, varios candelabros de plata de diferentes formas, con gruesos cirios de cera encendidos, sino también el símbolo del enemigo cristiano que se alzaba en el centro: una pesada cruz de hierro, artísticamente labrada y con un

Crucificado tallado en marfil. Se trataba de objetos facilitados en préstamo por la capilla del señor de Montmor.

A Titus le habría gustado contar con la presencia del señor Roger para que le hubiese echado una mano como auxiliar durante la misa, pero el anciano caballero, bastante trastornado mentalmente y temeroso, se había negado a entrar de nuevo en la fortaleza de Masyaf. En cambio, sí estaba presente su esposa Aziza, quien, con un gesto de humilde orgullo, ocupaba un asiento en la segunda fila, detrás de su hija y de su nieta.

Titus de la Porta, el *legatus papae*, ordenaba nerviosamente los accesorios necesarios para officiar ante a los asesinos, pues era una de las condiciones puestas por él, para lo cual necesitaba ahora por lo menos a un monaguillo, por muy inexperto que fuera. Su vista se había posado en vano varias veces en la hija de Melusina, pero ni la niña de piel de marfil ni su madre le dedicaron al clérigo ni una sola mirada. Titus ya estaba pensando en confiarle al moro el puesto —¿daba igual si estaba bautizado o no!—, cuando el pequeño Ramón se separó del regazo de su madre Shirin, caminó silenciosamente y con paso torpe hasta el altar, agarró con mano segura el incensario que Titus acababa de encender y lo agitó en el aire con un ademán tan digno como si Dios le hubiese dado ese don desde la cuna. En cualquier caso, a Titus le pareció un milagro —¿o acaso era una manifestación de la fuerza del bautismo cristiano?—, pero ya no tuvo más tiempo para pensar en otra solución, pues desde arriba bajaba en ese momento, pausadamente, el *hujja*, el noble Sheik Sinan.

Tras él venía, con gesto sombrío, el Enviado, y para completar aquella escena tan poco habitual, Husain ad-Din Marzuban estaba flanqueado por los dos fedayines Sayf y al-Mansur, ninguno de los cuales podía considerarse amigo suyo. Por lo menos daba la impresión de que lo estaban acompañando a un tribunal o al cadalso, pero eso tampoco aclaraba si el *sheik* se había reconciliado o no con el Enviado.

Titus, que en ocasión de la ceremonia del día se había puesto una sotana de gala limpia, adornada con un *cingulum*^[184] bordado y un magnífico escapulario^[185] sobre los hombros —dos piezas de las que el anciano señor de Montmor se había separado sólo de muy mala gana—, le hizo una señal al moro, tras lo cual el sirviente llevó hasta el altar el imponente fardo de tela del Dragón Blanco. De repente, al hermano Titus le parecía que la consagración de ese velamen y la invocación de la ayuda de todos los santos eran más importantes que la misa cuya solemne celebración se había propuesto.

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi!* —Las rodillas comenzaron a temblarle, pero no fue capaz de ponerles freno—. *Dona nobis pacem*^[186]!

El pequeño Ramón hizo ondear la caldera del incienso con brío, y todo se cubrió con la niebla de aquel humo consagrado. Titus sufrió un ataque de tos y echó una ojeada de reojo al grupo reunido al pie de su altar sin poder ver absolutamente nada. Vio cómo el maestro Jaluddin le entregaba al converso al-Mansur un fardo similar al que le había traído Timdal. Sólo que en aquel otro caso la tela era roja. De inmediato

aumentó el recelo de que su rival pudiera adelantársele o disponer incluso de un velamen mejor, el cual, posiblemente, contara con la ayuda de ciertas fuerzas satánicas. Abandonó su sitio frente al altar con paso inseguro para acercarse al grupo sin llamar la atención. Timdal, entonces, arrastró el Dragón Blanco tras el clérigo, y al hacerlo se enredó los pies con las cuerdas.

El aplauso de los asesinos reunidos se había apagado, y el *hujja* ocupó su puesto. Al ojo atento de Jaluddin no se le había escapado cuál era el estado en que se encontraba el Dragón Blanco del legado. Le hizo una señal a Timdal para que se acercara y le ordenó que doblara de nuevo la tela como era debido. Sayf acudió en ayuda del moro, mientras Jaluddin se esforzaba por ponerle al ignorante Titus las cuerdas correctas en las manos, tras lo cual tuvo claro definitivamente que el legado no tenía la más mínima idea sobre el uso correcto del artefacto.

El pequeño Ramón cubrió de incienso también el Águila Roja, y envolvió a los sudorosos presentes en una densa humareda, pero nadie se atrevió a quitarle el incensario de las manos. A pesar de la confusión, Sinan le hizo al Enviado la señal para que comenzara la ceremonia.

Husain trepó al altar con la cruz de hierro de los cristianos y concentró la atención de todos al grito de «¡Alá!»; enseguida reinó el silencio, y fue entonces cuando el *hujja* se puso en pie y tomó la palabra.

—No puede gustarle a Alá —comenzó diciendo para asombro de todos— que su supuesto favor se saque a relucir para decidir sobre la fe o la falta de fe. Un verdadero musulmán siempre está seguro de su salvación por fuerza de sus oraciones. —An-Nasir, como hombre devoto, pensó en la desventaja a la que se enfrentaba Titus, quien por lo visto no tenía ninguna experiencia con el plumaje del águila—. Ni siquiera un mártir cristiano puede apartar a un auténtico creyente del camino que el Profeta nos ha señalado. —Titus comprendió que esas palabras iban dirigidas a él; aunque todavía no habían terminado del todo los preparativos de su vela, se sintió apremiado a acercarse al *sheik*, ¡y lo hizo con tal ímpetu que Timdal apenas podía seguirle los pasos con el fardo! No era que el legado pontificio estuviese interesado en no perderse ninguna de las palabras de Sinan, sino que más bien quería estar preparado para una réplica que ya empezaba a quemarle los labios—. Por tanto, ahora quisiera preguntarle al legado del papa —continuó el Viejo de la Montaña—, ¿qué espera encontrar al venir a buscar aquí lo que los cristianos denominan erróneamente el «juicio de Dios»? ¿Acaso su intención de convertirnos al cristianismo no sería mucho más útil si el legado se subiera a su «altar» y nos predicara desde allí su mensaje? —Para encontrar una contraparte adecuada, el *sheik* no tuvo que pensarlo mucho—. ¡Confiamos al Enviado Husain ad-Din Marzuban la responsabilidad de pronunciar la réplica con la cual defenderá las enseñanzas de Mahoma!

A casi nadie le gustó ese repentino peligro de convertir en lo contrario el programa del espectáculo que la mayoría esperaba ver, es decir, de hacer de él una hora de discursos más o menos edificantes; por tal razón, el público comenzó a

murmurar muy bajito. Al Enviado le molestaba ser rebajado de la agradecida posición de maestro de ceremonias a la de predicador, pues tampoco se sentía preparado para ello. El legado, por su parte, intuyó que tras esa propuesta se ocultaba, sencilla y llanamente, una malévola trampa, pues si lograra vencer al converso en el «vuelo del águila» con ayuda de Cristo y de la Virgen María, eso sería un resultado claro e inequívoco que nadie podría deshacer; sin embargo, en una competición por medio de la palabra, ante la cual ciertamente no tenía nada que temer, habría que preguntarse primero si alguien podría atestiguar quién era el ganador. ¿Y según qué criterios? ¿El aplauso de la masa, el juicio del *sheik*...?

Todas esas reflexiones quedaron apartadas a un lado cuando de repente Sayf, con un alarido de desesperación, se arrojó sobre el Águila Roja y ante todos los presentes se dirigió con estas palabras a al-Mansur:

—¡Si uno de los dos debe morir —dijo casi sin aliento—, yo quiero hacerlo en tu lugar!

La declaración perturbó a todos, incluso trastornó por un instante a Titus, quien enseguida, sin embargo, soltó una estridente exclamación de triunfo.

—¡Mía es la victoria! ¡Dios se la proporcionará a su servidor, pues en este caso no puede obrar de otro modo!

El Enviado le arrebató a Sayf el Águila Roja y se la devolvió a al-Mansur.

—¡Esto es un juicio divino, no un sacrificio por amor! —dijo burlescamente, pero la mirada infinitamente comprensiva y bondadosa del *sheik* hizo que el joven fuera de sí recuperara el buen juicio y ocupara de nuevo su posición como obediente «pluma de cola».

Titus se presentó ante el Viejo de la Montaña, hizo una reverencia y dijo:

—A mí, noble *hujja*, me basta esa palabra vuestra con la que habéis accedido a que me mida con un candidato de mi elección precisamente en el terreno que me ha motivado a buscar la voluntad de dios. El «vuelo del águila» me sigue pareciendo un medio excelente y único, ideal para provocar una decisión con respecto a la verdadera fe. Pues, ¿en qué otro lugar está el hombre más en las manos del Señor, sino en ese elemento que se extiende hasta el cielo y nos permite respirar...? —En ese momento, Titus se dirigió al moro para cerciorarse de que ya tenía dispuesto todo lo imprescindible para la misión—. ¡Volaré! —le hizo saber el legado papal al *hujja* en tono triunfal. Sorpresivamente, se colocó de un salto al lado del Águila Roja y puso una mano sobre ella—. ¡Y para que nadie crea que he manipulado de algún modo mi tela, emprenderé ese vuelo con las alas de mi adversario! —Dicho esto, miró al *sheik* con ojos desafiantes y haciendo rechinar los dientes, como si estuviera ante el mismísimo demonio—. ¡Si vuestro fedayín teme al poder de Dios, el triunfo será sin duda de mi señor Jesucristo!

—¡Ni hablar! —al-Mansur había tenido que dominarse bastante para no interrumpir antes a su rival—. ¡Cumpliré la orden que vos me habéis impartido, noble señor y maestro! —le dijo a Sinan, que sonrió con gesto caviloso. El ademán de

asentimiento del *sheik* indicaba su aprobación y la callada exigencia de aceptar ese cambio de última hora.

—¡Pues que así sea! —dijo Husain tomando la palabra—. Si gana el honorable Titus de la Porta, *legatus papae* de Roma, los asesinos bajo el ámbito de dominio del excelso Sheik Sinan adoptarán la fe cristiana, pagarán tributo a la *ecclesia catolica* y permitirán que un obispo latino establezca su sede en Masyaf. —Todos miraron al *hujja*, que asintió con la cabeza, a raíz de lo cual su entorno también dejó oír su aprobación. El Enviado no se dejó contrariar por eso—. En cambio, si el triunfo corresponde al fedayín elegido... —dijo señalando a al-Mansur, sin poder ocultar su desprecio—, a vos, Titus de la Porta, en caso de que sobreviváis a la prueba, os espera con toda certeza el calabozo. Permaneceréis allí hasta que tanto la orden de los templarios como la de los caballeros hospitalarios hayan renunciado mediante un acuerdo jurado y sellado al pago de cualquier tributo por un período de tiempo de doce años. —El Enviado miró a Titus con expresión agradable, como si acabara de pronunciar una amable invitación—. ¡¿Estáis listos?!

La pregunta iba dirigida a ambos, pero antes de que al-Mansur pudiera responder que sí, el *legatus papae* levantó su mano derecha y exclamó:

—*Deus lo vult*^[187]!

El Enviado frunció el ceño y le lanzó una mirada de reprobación.

—¡En ese caso, el maestro de maestros os explicará cuáles son las reglas!

Jaluddin, que hasta ese momento había estado ocupado poniendo de nuevo en orden la tela del legado, entregó a Timdal las cuerdas del Águila Roja para que éste las pusiera una a una en las manos de su «huevo».

—Después de saltar a través de la puerta del águila, los dos contrincantes por la honra de Dios rodearán volando el torreón de Montmor —dijo Jaluddin señalando la pequeña fortaleza—, cuya punta es bien visible para los dos participantes en el vuelo. —El maestro se detuvo brevemente, pues en ese momento, a una orden del Enviado, todos los fedayines se pusieron en pie y tomaron posición a ambos lados del camino empedrado y ligeramente inclinado que seguía a continuación del paso central situado entre las tribunas y conducía hasta la puerta del muro—. Luego tendrá lugar... —Jaluddin parecía inseguro, pues era la primera vez que su dragón recibiría las órdenes mayores allí en Masyaf, en medio de una ceremonia de tal envergadura— el aterrizaje seguro en el «paraíso» —aunque el comentario no le pareció el más apropiado, luego sintió el morbo de confrontar al legado pontificio con la tentación de la carne—... en medio de las veintiuna huríes.

La mirada de Titus buscó a Xenia, que en ese momento estaba sumamente contenta de poder ver por fin a al-Mansur, completamente vestido de blanco, y a su amigo Sayf. Radiante como estaba, los saludó a ambos con la mano. Los amigos se dieron cuenta porque los ojos de los dos estaban posados en ese momento en Melusina, oculta tras un tupido velo. La imagen de la niña junto a su invisible e inalcanzable madre despertaba viejos recuerdos, le provocaba a cada uno una

punzada en el corazón; de repente, los dos se miraron involuntariamente y tuvieron que sonreír; Xenia, por su parte, que presentía que el asunto iba con ella, les devolvió la sonrisa. En cambio, Titus captó la sonrisa de la muchacha y la aceptó, satisfecho, como si hubiese estado dedicada única y exclusivamente a él.

La ancha puerta del águila, situada en el muro exterior, se fue abriendo lentamente; tras ella se extendía a lo largo y ancho un terreno rocoso. De todos modos, el salto podía muy bien conducir a la nada, pues debajo de la puerta se abría el abismo. Al-Mansur se acercó al *sheik* y le hizo una reverencia, mientras Titus, por su parte, se apresuraba a imitarlo. Los fedayines empezaron a aplaudir, y sus aplausos fueron subiendo de tono hasta convertirse en un torbellino frenético. Titus echó una mirada de reojo a al-Mansur y creyó ver en él cierta disposición para comenzar primero la carrera. Entonces empujó a Sayf a un lado, corrió desaforado a lo largo del camino en declive, los dos puños levantados sosteniendo las cuerdas, mientras Timdal corría tras él portando el fardo de tela, todo lo rápido que se lo permitían sus pequeños pies; de repente, sin embargo, el moro tropezó y se dio de narices contra el suelo; el rojo plumaje del águila se le escapó de las manos, pero Titus no se dejó detener por eso y saltó... Las rojas banderolas de seda se arremolinaron en el aire, una cálida corriente de viento ascendente la infló brevemente, y la arrastró una vez más hacia las alturas antes de ser presa definitiva del remolino de la caída...

Al-Mansur, algo atónito, miró a Sayf, que sólo supo encogerse de hombros. Luego los dos comparecieron ante el Viejo de la Montaña, que les puso a ambos una mano apaciguadora en la frente, hasta que toda excitación se hubo disipado y los dos recuperaron sus fuerzas.

El Enviado se había desplazado hasta el umbral de la puerta y mirado hacia abajo, a las profundidades. Allí estaba el cuerpo aplastado de Titus de la Porta con su sotana de gala, dramáticamente extendido y cubierto a medias por las rojas alas del águila. Husain ordenó que cerraran de nuevo la puerta, mientras Jaluddin, sin tropezar con ninguna réplica, recibió de las manos de Sayf la seda inutilizada del Dragón Blanco. El maestro estaba feliz de que todo hubiera terminado así, por eso renunció a hacerles ningún tipo de reproche; por el contrario, le dedicó una sonrisa de complicidad a al-Mansur, y al pasar por su lado le dio una palmadita en el hombro.

El *sheik*, entonces, se puso en pie y la multitud se dispersó.

Al salir, mientras caminaba en dirección a su Torre de los Ojos del Cielo, el *hujja* le hizo una señal al *kabir at-Tawashi* para que se ocupara de su antiguo hijo adoptivo Sayf, mientras él enviaba a dos de sus sirvientes para que le dijeran a al-Mansur que lo siguiera. El joven volador de los cielos, despojado repentinamente de su oportunidad de actuar, estaba todavía un poco aletargado cuando se puso en camino para ver al *hujja*. Se sentía realmente como un huevo que alguien ha dejado caer por

descuido, y ahora yacía en el suelo, reventado. En retrospectiva, envidiaba a Sayf por su papel como ligera pluma de cola. ¡El peso estaba injustamente repartido!

Encontró al *sheik* en el observatorio. Durante largo rato, Sinan no dijo absolutamente nada. Observó a al-Mansur con aquellos ojos únicos, capaces de penetrar cualquier embrollo, cualquier pensamiento oculto, pero que también sabían hacerse cargo de cualquier cosa, llevárselo todo consigo al silencio de un lago de montaña. Esos ojos podían ser transparentes como el agua sobre los guijarros de la orilla a la luz del sol, pero también podían ser oscuros como las profundidades inaccesibles.

Al-Mansur sintió primero cómo se disipaban los últimos espasmos de la tensión, cómo aquella inmensa decepción desaparecía de él y poco a poco podía irse sumergiendo en aquellas aguas, para beber y ahogarse al mismo tiempo. Entonces el *hujja*, con absoluta calma, tomó un *daurak*^[188] de cristal. El excelso *sheik*, al que, según el conocimiento de los humanos, jamás nadie había visto beber vino, sirvió mesuradamente un poco de aquel líquido de color rubí para él y para su huésped, y ambos lo bebieron en silencio. Bebieron mucho, sin decir palabra, hasta que al-Mansur se desplomó al suelo. Todavía alcanzó a sentir cómo Sinan extendía una manta sobre él, lo acariciaba bondadosamente en la frente y, a continuación, abandonaba la habitación.

Al-Mansur se sumió en un profundo sueño. Sin embargo, luego todo fue como en una ensoñación, como en esos sueños que con tanta frecuencia había soñado, y sintió que el cuerpo cálido de su hermana se acurrucaba contra él. Ella no tuvo que guiar su miembro; sin decir palabra, sus cuerpos se fundieron. Pasaron el resto de las horas no como si estuviesen en medio de una borrachera, sino como en una nube, una nube de entendimiento y confianza mutua, una nube que sólo les pertenecía a ellos, cuyos abrazos, cuyas caricias, cuyos actos de dar y tomar, ajenos a toda codicia, eran insaciables.

Al día siguiente ella lo abandonó para marcharse de Masyaf. Melou seguiría a Jaluddin hasta Niphin, no como su mujer, sino como responsable de todos los asuntos de la corte y de su modesto palacio. Ambos lo habían puesto como condición, y el *hujja* les había dado su visto bueno. El maestro de maestros había asumido en nombre de los asesinos el cargo de gobernador de la ciudad que el emir había puesto a su disposición. Xenia también acompañaría a su madre Melusina, pero aparte de eso, aquella mujer enigmática no quiso llevarse nada más de Masyaf.

Ni a Sayf ni a al-Mansur les fue concedida la gracia de despedirse de ella. La amada quiso ahorrarles ese momento. El Viejo de la Montaña acompañó a Melou y a Xenia hasta la puerta de la fortaleza; nadie más lo hizo.

El *hujja* señaló a los dos amigos en dirección a la biblioteca situada en lo alto de la torre del águila. Los dos debían instalarse allí y no podrían ocuparse de otra cosa que

del estudio de las sagradas escrituras, sobre todo de aquellas que hablaban de la *da'wa*, del amoroso mensaje que sabe hablar del amor entre los hombres.

Allahuakbar, ¡sólo Dios es grande!

EPÍLOGO

LA MUERTE violenta del legado del papa fue atribuida, naturalmente, al Viejo de la Montaña y a sus asesinos, ya que nadie acudió para pedir explicaciones en Masyaf, y de ello se ocuparon, con una unanimidad poco frecuente, las órdenes de templarios y hospitalarios. Si alguien hubiese prestado oídos a los «tristemente célebres asesinos a sueldo», las «circunstancias no esclarecidas», los descabellados rumores sobre la muerte de Titus de la Porta habrían encontrado, en cambio, mucho mayor crédito. Con ello desapareció también de la faz de la Tierra la estúpida pregunta sobre si los asesinos cambiarían o no las doctrinas de Ismael por las del cristianismo. Con el asesinato del legado pontificio Titus de la Porta —*de facto* se trataba de un asesinato—, los asesinos habían abandonado el terreno de los asesinatos estrictamente políticos para adoptar una postura —así por lo menos lo consideraron los cristianos de Tierra Santa— en el terreno de confrontación entre los dos grandes bloques religiosos. Es cierto que sus temidos golpes, que hasta ese momento sólo habían sido perpetrados en Persia, tenían que entenderse como las picaduras del escorpión militante de Ismael contra la autoridad de Bagdad. Pero éstas habían sido cuestiones internas del islam. El ataque contra un alto representante de la curia ya no tenía nada en común con la política de poder practicada hasta entonces, la cual a menudo sólo perseguía satisfacer claros intereses económicos. De ese modo, el mencionado asesinato sentó precedente. A partir de entonces, tanto sus rivales como sus enemigos —porque amigos apenas tenían— ya no consideraron más a los asesinos como a unos guerreros de la fe, indiferentes y difíciles de clasificar.

La secta del Viejo de la Montaña volvía a estar allí donde siempre había estado: entre las sillas de un islam en sí mismo desunido y un Occidente beligerante. Ambas partes parecían estar esperando a ver de qué manera Occidente aceptaría el desafío que representaba para la cristiandad la reconquista de Jerusalén por el islam.

En lo relativo a las luchas de poder internas dentro de Masyaf, Sheik Sinan supo imponerse. Al *Enviado* Husain se le ordenó regresar a Alamut, la sede central de los asesinos. Salió de Siria sin pena ni gloria, dejando atrás a su familia. Shirin fue siguiendo cada vez más los pasos de su madre, la *saida* Tamara. Con mano maternal, dirigió el harén, que poco a poco se fue quedando huérfano de mujeres. De su hermana, la aventurera Kyr du Lac, sólo se oyó decir en una ocasión que su vida oscilaba entre su servicio en el séquito del rey Guido —evitando siempre cualquier encuentro con Sibila— y el hogar compartido con el predicador de la corte, Rafael de Sidonia.

Melusina du Ferbac comenzó a preparar su partida de Masyaf inmediatamente después del ominoso «juicio de Dios». Como nadie puso inconveniente alguno, todos supusieron que el *sheik* sabía lo que estaba haciendo y aprobaba el paso que estaba a punto de dar. Una de sus condiciones fue que la acompañara el moro Timdal. Contra

ese deseo protestaron de un modo vehemente, pero sin éxito, tanto la *saida* Tamara como el propio An-Nasir, el *kabir at-Tawashi*.

Melou abandonó el paraíso con su hija Xenia, escoltada por un destacamento de *rafiq* de mayor edad que el maestro de maestros había escogido personalmente. Había suficientes fedayines pasados de edad que jamás entrarían en acción, pero que, al mismo tiempo, eran incapaces de asumir los honores y los deberes de un *da'i*.

Los dos fedayines Sayf y al-Mansur fueron ascendidos por el *sheik* a la categoría de *da'i*, después de que quebrantaron las normas tradicionales de una misión a raíz de lo sucedido con el «vuelo del águila». Precisamente porque ésta había transcurrido con éxito y ambos, de un modo imprevisto, todavía estaban entre los vivos.

Hasta el último momento habían confiado en que Jaluddin los exhortaría para que lo siguieran a Niphin, ¡ya que ninguno de los dos quería ni podía renunciar a Melou! Con amarga decepción, aceptaron lo dispuesto por su benefactor Sinan y adoptaron la torre del águila como refugio, dedicándose en adelante al estudio de las escrituras en la biblioteca como si se tratase de la misión de sus vidas. Para ambos aquella decisión era como una suerte de exilio interior.

El botón del paraíso se había cerrado, pero sólo dormitaba, y en cualquier momento estaría en condiciones de desplegar de nuevo todo su esplendor.

Peter Berling
Roma, marzo de 2006.

APÉNDICE

NOTAS

SALIENDO DE LO OCULTO

alhamdulillah! (ár). ¡Alabado sea Alá!

djallabija (ár). Túnica larga.

sutra (ár). Chaqueta.

sarawil (ár). Especie de calzones para montar.

al athim (ár). El Excelso.

imán (del ár). Jefe religioso de los chiíes (probado descendiente de Mahoma).

Alamut. Sede central y fortaleza de los asesinos en la cordillera persa de Khurasan; fue la más importante de alrededor de treinta fortalezas de asesinos; cuartel general y sede del imán, situada al suroeste del mar Caspio, junto a la antigua ruta de la seda. Actualmente sus ruinas son de difícil acceso.

asesinos. Secta secreta chií-ismaelí con sede principal en Alamut, establecida en Siria en el año 1176. Su primer gran maestro en esa región fue el *sheik* Rashid ad-Din Sinan, que se hizo tristemente célebre por su sobrenombre del «Viejo de la Montaña». La palabra «asesino» deriva supuestamente de la voz *hashashyn* (derivada, a su vez, del consumo de hachís atribuido a los miembros de la secta) y sigue siendo utilizada hasta hoy, en todo el ámbito del Mediterráneo, para designar a un «alevoso asesino a sueldo».

caballeros templarios. La fecha y las circunstancias sobre la fundación de la orden siguen siendo un enigma. Inmediatamente después de la conquista de Jerusalén (primera cruzada, entre 1096 y 1099), algunos caballeros emparentados con Bernardo de Claraval recibieron autorización para establecerse en el edificio del antiguo templo. En el año 1118, su primer gran maestro, Hugo de Payens, solicitó el reconocimiento como orden de caballería, que le fue concedido en el año 1120. El uniforme de la orden era el siguiente: una capa blanca con una cruz paté de color rojo. La orden de los *Sacrae domus militiae Templi Hierosolymitani magistri* fue disuelta en el año 1307 mediante un proceso

iniciado por el rey francés Felipe IV el Hermoso, y su último gran maestro, Jacques de Molay, fue quemado en la hoguera en 1314 en la isla del Sena, en París.

caballeros hospitalarios. Orden de caballería surgida a partir de la hermandad del hospital de Jerusalén, la cual se encargaba de cuidar allí a los peregrinos enfermos desde antes de la primera cruzada. En 1099, el procurador del hospital, Gerald de Provence, solicitó la fundación de la orden, confirmada varios años más tarde, en 1113, por el papa Pascual II. En el año 1220, su primer gran maestro, Raimundo de Puy, la transformó en una orden de caballería, y el santo de la orden, san Juan el Limosnero, fue sustituido por el combativo evangelista. El uniforme de la orden: capa negra (en tiempos de guerra se sustituía por un faldón rojo) con una cruz blanca. De acuerdo con la sede de su fundación, el hospital de Jerusalén, se les dio el nombre de «hospitalarios». En el año 1291, tras la caída de San Juan de Acre, la orden se trasladó a Chipre, en 1309 a Rodas, en 1530 a Malta (hasta 1798, de ahí el nombre de «caballeros malteses»). Existe todavía hoy con el nombre de «Soberana Orden de Malta» y es un Estado no territorial, con sede en Roma, en el monte Aventino.

Krak des Chevaliers o Krak de los Caballeros (en ár. *Qal'at al-Hosn*). Fortaleza principal de los caballeros hospitalarios en Tierra Santa.

salat al dhuhur (ár). Oración de mediodía.

muecín (del ár). Pregonero que llama a la oración desde la torre de la mezquita (el minarete).

a'imma (ár). Recitador.

Sheik Rashid ad-Din Sinan. El primer gran maestro de los asesinos de Siria, llegó a ser tristemente célebre bajo el sobrenombre del «Viejo de la Montaña». El uso de ese sobrenombre se extendió a todos los sucesores que ocuparon luego el cargo de gran maestro sirio de los asesinos.

donjón (del fr. *donjon*). En la arquitectura de fortalezas normandas, es el calificativo habitual para designar la torre principal fortificada, la cual luego fue adoptada por otros constructores de fortalezas. Estaba destinada a la defensa última (torre para facilitar la huida).

peire Roger. «Padre Roger», en provenzal. (N. del t).

Masyaf. Fortaleza principal de los asesinos sirios. Situada entre Homs y Hama, a la altura de la ciudad portuaria de Tortosa (Tartus), en la sierra de Noasiri.

hashashyn (ár). Fumador de hachís.

ismaelitas. Chiíes radicales; en los comienzos del islam, tras la muerte del Profeta, se produjo una escisión entre los adeptos de la *shiat* (los chiíes), que pretendían designar como sucesores del Profeta únicamente a su parientes de sangre, y los partidarios de la Sunna (suníes), que propagaban la idea de un califato por elección. Los abasidas que gobernaban en Bagdad eran suníes y fueron combatidos de un modo sangriento por los asesinos chiíes.

kamis saghir (ár). Camisa pequeña.

fedayín (del ár). Voto, rango; los fedayines son los novicios de la orden de los asesinos, el joven que ha hecho ya su voto pero aún no es un iniciado. La iniciación tenía lugar a más tardar con el «envío», la misión para matar.

bantalonat (ár). Pantalones.

hurí (del ár.; en plural, huríes). Las habitantes del paraíso.

paraíso. Nombre dado a los jardines del harén del gran maestro de los asesinos. Según cuenta la leyenda, a los miembros de la orden, antes de ser «enviados» a una misión, se les permitía, en plena borrachera de hachís, echar una ojeada a las huríes o pasar una breve estancia con ellas, de modo que la añoranza por el paraíso se hacía inconmensurable y les permitía enfrentar la muerte sin ningún tipo de temor.

thukb al muftah (ár). Ojo de la cerradura.

muselina. Ligero tejido de algodón típico de la ciudad de Mosul.

jinn (ár). Espíritus (casi siempre malignos).

filius (lat). Hijo.

castellano o alcaide (del lat). Señor, alcaide o gobernador de un castillo.

da'wa (ár). Originalmente significaba «invitación» a los no musulmanes para que se convirtieran al islam. En este contexto es una proclamación, un mensaje.

sha'ria (ár). La ley religiosa del islam.

felonía. Infidelidad (en el Medievo, era cualquier tipo de deslealtad al señor feudal).

Sunna (ár). Origen, costumbre, mensaje. Legado de las sentencias del Profeta que sirve a los musulmanes suníes como línea directriz de su manera de obrar.

hujja (ár). Originalmente significa «la prueba»; en este contexto se refiere al gran maestro de la secta de los asesinos.

fuego griego. Medio de combate inventado por Calínico en Bizancio en el año 671, el cual era arrojado por las catapultas en calderas cerradas, y ardía también sobre el agua; estaba compuesto por una mezcla de azufre, sal gema, resina, petróleo, asfalto y cal quemada; en el año 672 fue empleado con éxito por los bizantinos en la defensa de Constantinopla contra los árabes.

saida (ár). Dama, señora (apelativo).

alhamdulillah (ár). Gracias a Dios.

kabir at-Tawashi (ár). Vigilante jefe del harén.

sufíes (del ár). Literalmente significa «vestidos con ropa de lana»; adeptos del sufismo, una doctrina islámica que, por un lado, elevó a la categoría de ciencia la indagación en lo espiritual mediante el ascetismo y la meditación, y por el otro fomenta un florecimiento del sublime arte de la poesía.

comendador. Gobernador de la fortaleza de una orden o de una región perteneciente a la orden.

turcopolos. Nombre con el que se designaba a una tropa auxiliar de nativos de los barones de ultramar y de las órdenes de caballería. En ocasiones, los turcopolos ni siquiera eran cristianos, sino que servían en calidad de mercenarios a los señores que gobernaban el territorio del que eran nativos. En el caso de las órdenes, existía para ellos la institución del turcoplero, el comandante de una tropa de turcopolos.

beauséant (fr). Estandarte de guerra de los templarios, el cual debía mantenerse siempre en alto durante el combate. Mostraba una imagen de María.

rafiq (ár). Camarada, miembro de una orden de asesinos, el cual, a diferencia de los fedayines y los *da'i*, miembros de mayor rango, era aceptado en la secta, pero sólo parcialmente iniciado. Era el calificativo que usaban los fedayines entre sí.

da'i (ár). Maestro, los «sabios ancianos», constituían la élite dirigente espiritual de los fedayines.

magister venerabilis (lat). Maestro venerable.

Priorato de la Santa Magdalena. Legendaria orden secreta de la «Virgen Negra», es considerada herética.

senescal (del alto alemán medio *Seneschalt*). Funcionario de la corte de los francos; el más alto funcionario en la corte de los francos, encargado del avituallamiento, el ejército y la justicia.

mariscal. En las órdenes de caballería era el responsable de las cuestiones relacionadas con el ejército.

capitulum (lat). Capítulo, corporación espiritual; en los monasterios, formaban los consejos de los monjes.

silentium! (lat). ¡Silencio!

opus magnum (lat). Obra maestra, obra magna o principal, término de capital importancia en la alquimia.

hidjab (ár). Velo para el rostro.

mustajib (ár). Asesino que aspira a ser acogido en la orden, un estadio anterior al noviciado.

shiat (ár). El rastro, la huella, la línea, el partido; sus partidarios, los chiíes, sólo reconocen como imanes o califas a los descendientes directos de Alí (*shi'at Alí*) y de Fátima (hija del Profeta, véase fatímidas) y el legado de las palabras del Profeta que se remonta hasta ellos.

el Profeta. El profeta Mahoma (en árabe, significa el Alabado), cuyo nombre real era Abdul Kasim Muhammad ibn Abdullah (571-632), fundador del islam; en sus orígenes fue comerciante; hacia el año 610 tuvo unas visiones y se sintió llamado a convertirse en profeta; sus revelaciones están recogidas en el Corán. Su peregrinación de Mahoma desde La Meca hasta Medina en el año 622 se considera el comienzo de la era islámica.

EL ILUSIONISTA

saffa (ár). Prestidigitador, ilusionista.

nargilah (ár). Pipa de agua.

shai ma nana (ár). Té de menta fresca.

commilito (lat). Compañero de batallas, compañero de armas.

mercurium (lat). Mercurio.

ecclesia catolica (lat). La Iglesia común; denominación oficial de la Iglesia católico-romana de los papas.

dégoutant (fr). Asqueroso, repugnante.

de iure (lat). De derecho, de acuerdo con la ley.

de facto (lat). De hecho, de acuerdo con los hechos.

Ayub. General y padre de Saladino (los ayubitas, dinastía suní).

fatímidas. Dinastía chií (909-1171), originales del norte de África (Mahdia), luego sultanato de El Cairo, la cual remite sus orígenes a Fátima. Saladino, que era suní, puso fin a la dinastía en el año 1171 con la conquista de Egipto.

LA TERCA VIDA DEL SULTÁN

sheitan (ár). También *shaitan* o *shaytan*: diablo, Satanás.

reino de Jerusalén. El reino de Jerusalén, resultado de la primera cruzada en el año 1099, abarcaba una franja costera que iba desde Gaza, en el sur, hasta Beirut en el norte, y cuya capital era la propia ciudad de Jerusalén; asociados al reino estaban los condados de Trípoli y el principado de Antioquia, que se extendía hasta la frontera del reino de la pequeña Armenia, en el norte. En 1188 Saladino reconquistó Jerusalén. Entonces la capital del reino pasó a ser San Juan de Acre. En el siglo XIII el reino consistía en este puerto fortificado y en el de Tiro. La toma de esas dos ciudades por los mamelucos en el año 1291 puso fin al reino de Jerusalén.

repúblicas marítimas. Amalfi, Pisa, Génova y Venecia.

emperador Manuel. Emperador Manuel I, de los Comnenos de Bizancio (1143-1180). Fue derrotado en el año 1176 en Mantzikert por los selyúcidas.

Allah maak! (ár). ¡Dios sea contigo!

Ultrajordán (del fr. *Oultre-Jourdain*). «Tierra al otro lado del Jordán», Transjordania, principado de los cruzados.

haqawati (ár). Narrador de cuentos.

chubs (ár). Panecillo.

ouazir al-khazna Gran ayuda de cámara.

besantes de oro. Moneda de oro bizantina muy difundida desde las cruzadas.

al-hamdulilah rabbi al-alamin... (ár). ¡Alabado sea Alá, gobernador de los universos, misericordioso y benévolo, que gobierna el día del juicio! ¡A ti te servimos, y a ti te pedimos ayuda! ¡Guíanos por el camino recto, el camino de aquéllos a los que les has mostrado misericordia; no el camino de los que han padecido tu ira y andan extraviados!

gran maestro. Comandante supremo de una orden militar; en el caso de las órdenes alemanas se los llamaba también «maestro supremo».

Malik (ár). Rey.

caballeros del Templo de Salomón (del lat. *militiae templi Salomonis*). Parte del nombre propio de la orden de los templarios, el cual se refiere al lugar de fundación de la misma, aunque en esa fecha el templo judío ya no existía y los primeros templarios establecieron su sede en el ala de vivienda de la mezquita de al-Aqsa.

misbah (ár). Candelabro.

sayadun (ár). Esbirro.

saydalanjun (ár). Farmacólogo, boticario.

matraz. Vasija de vidrio de forma esférica y cuello largo y estrecho.

región de Catay o Catai. (*Kithei*). Derivado del nombre kitán, pueblo periférico de China en el Medievo, de ella deriva el nombre que designa la región del norte de China.

FALSOS ALIADOS

tarbush (ár). Sombrero alto en forma de fez con un pequeño turbante.

mauclerc (fr. antiguo). Mal sacerdote.

Languedoc. Región en el suroeste de la actual Francia que existió hasta el siglo XIII independiente del reino galo, preservando su propia cultura e idioma (la llamada «Langue d'Oc»), Oc se basaba esencialmente en el condado de Toulouse (Tolosa); fundada por los godos.

tamrin (ár). Ejercicio espiritual.

Alilat (ár). Diosa de la sabiduría, de las acciones y del amor.

khanjar (ár). Daga oriental de forma curva.

Agli ordini, signore mío! (ital). ¡A la orden, mi señor!

EL TERRIBLE CHÁTILLON

cávea (del lat). Grada de espectadores.

hach Viaje de peregrinación a La Meca que todo musulmán creyente debe hacer por lo menos una vez en la vida.

herencia vitalicia. Feudo, originalmente significaba dote.

Comment j'ai mérité cette disgrâce? (fr). ¿Cómo he merecido esta ingratitud?

terra sancta (lat). Tierra Santa.

diarium itineris (lat). Diario de viaje, relación de viaje.

Hermandad de Caballeros de Stade. Asociación de cruzados del norte de Alemania.

ad vespers (lat). Oración de la tarde.

Deus in adiutorium meum intende... (lat). Dios, que me escuchas, acude en mi ayuda...

Dixit Dominus! (lat). ¡Así habló el Señor!

cellularius (lat). Oficial de la bodega.

Stante pede et ex! (lat). ¡Bebed de inmediato y hasta el final!

completorium (lat). Oración de la noche.

Noctem quietam... ad finem... (lat). Para que el final sea perfecto, ¡que Dios nos depare una noche tranquila!

refectorio. Comedor en un monasterio.

vigilia (lat). Oración de la mañana, oficio nocturno.

matutino (lat). Primer oficio de la mañana.

Silentium ante laudes! (lat). ¡Silencio durante las alabanzas matutinas!

monitum in obscuro (lat). Amonestación velada, amenaza oscura.

meditatio (lat). Meditación, recogimiento interior.

Silentium absolutissimum (lat). ¡Silencio absoluto!

Gardez-vous, chevalier! (fr). ¡Cuidaos, caballero! Llamada de alerta obligatoria durante el juego de ajedrez cuando la reina está en peligro.

in personam (lat). Personalmente.

trinchante. Responsable de la administración, entre otras cosas, del cuidado de la mesa de un rey.

EL OJO QUE VE

Quelqu'un qui va faire carrière! (fr). ¡Uno que va a hacer carrera!

reina María de Bizancio. María Comnena (quien por su origen griego era llamada «de Bizancio»), fue la segunda esposa del rey Almarico I de Jerusalén y madre de Balduino IV e Isabel.

condestable. Especie de mayordomo real con una función militar especial, jefe de la guardia personal del rey y de la guardia del palacio.

mamelucos. Guardias personales de los sultanes fatímidas de Egipto (esclavos turcos), usurparon el trono tras la caída del último sultán ayubita (en 1250, tras el asesinato de Turan Shah) y fundaron una dinastía propia.

visitor (lat). Alto dignatario de la Iglesia, por ejemplo, un obispo que hace una visita de control a una provincia bajo su jurisdicción.

frater superior (lat). «Superior», en la mayoría de los casos, se refiere a la máxima autoridad de un monasterio, al que todavía no se le ha otorgado el título de abad.

homo litterarius (lat). Literato, escritor, erudito.

adlatus (lat). Auxiliar, asistente.

maximae fortunae adversae (lat). Adverso a la dicha suprema.

malum (lat). Malo.

pluralis maiestatis (lat). Plural mayestático, hablar de la propia persona en plural; es habitual en comparecencias públicas y en expresiones de los monarcas.

los Cuernos de Hattin. Grupo de colinas situadas por encima del lago de Genesaret; allí derrotó Saladino, en el año 1187, al ejército de los cruzados (lo que trajo consigo la reconquista de Jerusalén para el islam ese mismo año).

UNA PÉRDIDA IRREPARABLE

burka (ár). Velo que cubre todo el rostro, con una ranura para los ojos.

hamam (ár). Baños, sauna.

Escila y Caribdis. Figuras de la mitología griega (*Odisea*, Leyenda de los argonautas); Escila era un monstruo de seis cabezas que vivía en el estrecho de Messina, frente al remolino de Caribdis, y se tragaba los barcos.

Venus. Diosa romana del amor.

Amor. Dios romano del amor (hijo de Venus).

corifeos (del gr). Sabios destacados, en su origen eran los chantres, los que establecían el tono.

qudban (ár). Miembro, pene, «polla».

yalamu Allah! (ár). ¡Dios lo sabe!

fatwa (ár). Veredicto religioso, visto bueno jurídico que sólo puede ser emitido por un sabio en cuestiones de derecho, pero que puede ser encargado por cualquier musulmán.

vesicae suillae (lat). Vejigas de cerdo.

versos apócrifos (del gr). Símbolos ocultos, escritos con un sentido oculto; denominación de ciertos textos cristianos antiguos que no fueron acogidos en el canon de la Biblia oficial.

CORAZONES ARDIENTES

legatus papae (lat). Legado pontificio o papal, emisario.

A la Chátillon! (fr). ¡Como Chátillon!

laka Allah (ár). ¡Con Alá!

yuwafikana Allah (ár). ¡Que Alá nos depare el éxito!

bi aun Allah (ár). Con la ayuda de Alá.

tintinabulum (lat). Carillón, campanario, campanilla de mano (usada en la liturgia).

incitator animorum (lat). Incitador de las almas, maestro en el arte de la persuasión.

post scriptum (lat). Posdata, añadido.

satanus in personam (lat). El diablo en persona.

yafathu Allah! (ár). ¡Dios nos proteja!

ocular (del lat). La lente cercana al ojo en un aparato óptico.

Almutin (ár). Estrella predominante en el horóscopo.

Hyleg (ár). Así se denomina el Almutin cuando se trata de determinar en el horóscopo cuánto tiempo durará un acontecimiento o una vida; se lo considera erróneamente un heraldo de la muerte.

incognito (lat). De incógnito, sin ser reconocido.

spiritus sanctus (lat). Espíritu Santo.

Júpiter. Padre de los dioses romanos (Zeus para los griegos).

Saturno. Dios romano de la vejez, la sabiduría y la severidad.

sol invictus (lat). El sol invicto, título divino de la Roma tardía, con el cual se engalanaban sobre todo los Césares.

Juno. Madre de los dioses romanos.

Ceres. Diosa romana de la agricultura.

Vesta. Diosa romana del fuego del hogar.

Diana. Diosa romana de la caza.

Atenea. En la mitología griega, es la hija predilecta de Zeus, patrona de la ciudad de Atenas, diosa de la guerra y de la paz, de la sabiduría, de las artes y los oficios.

Artemisa. Diosa griega de la caza.

Hermes. Mensajero de los dioses griegos y dios del comercio.

Mercurio. Mensajero de los dioses romanos y dios del comercio.

Apolo. Dios del sol para griegos y romanos y dios de la poesía (inventor de la lira), tiene su origen en Asia Menor (Baal).

Dionisos. Dios griego del vino (en latín, Baco).

Marte. Dios romano de la guerra.

ba'ada iradatu Allah (ár). Según la voluntad de Alá.

EL CUERPO DEL SEÑOR

tabouleh (ár). Ensalada, aperitivo frío a base de grano de trigo, menta, tomates y cebollas.

asir lemon (ár). Limonada.

lahem mashwe (ár). Plato a base de pescado.

halawyat (ár). Dulce, postre.

sunniyeh (ár). Bandeja.

Allah maakum (ár). ¡Que Alá sea con vosotros!

kidr al saharrah (ár). Caldera de brujas, infierno.

roob al sabah (ár). Bata.

tabouret (fr). Mesa auxiliar (en ár., *tarabesa*).

maktab (ár). Estrado para escribir.

chierichetto (ital). Monaguillo.

Venerabile, Santità (ital). Venerable, santidad.

coitus (lat). Coito, acto sexual.

in spe (lat). Futuro.

cuculla (del lat. *cucullas*; capucha). Parte superior del hábito de una orden con una capucha integrada.

khara (ár). ¡Mierda!

cingulum (lat). Cinta de tela a modo de cinturón, faja, cuerda (correa que se lleva alrededor de la cintura), parte de los hábitos de una orden, símbolo de casta abstinencia.

escapulario (del lat. *scapulae*, omóplatos). Pieza de ropa que forma parte de muchos hábitos, que cubre los hombros y se pone mediante un agujero central en la tela para meter la cabeza; originalmente era un delantal de trabajo.

Agnus dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem (lat). Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz.

Deus lo vult! (lat. dialecto occitano). ¡Dios lo quiere!

daurak (ár). Garrafa.

AGRADECIMIENTOS

Simplificar y reducir los agradecimientos puede que signifique una alegría para el lector, pero no corresponde casi nunca al mérito legítimo de las personas que merecen tales honores.

Pienso sobre todo en mi antigua colaboradora de muchos años, Sylvia Schnetzer, quien ha acompañado mi trabajo en este libro con ojo de experta y abnegación desde los primeros bocetos manuscritos hasta esta versión final, pasando antes por todas las versiones intermedias. ¡Y eso lo ha hecho incansablemente durante todo un año!

Le siguen aquellas otras personas que, con su trabajo adicional, han facilitado de un modo para nada despreciable mi labor: Anke Dowideit-Ceccattelli, Shirin Fatemi y Julia Wolters.

También deseo dar las gracias a mis probados y fiables especialistas en cada materia: en cuestiones de la liturgia latina, a Dario della Porta, catedrático en la Universidad de Aquila; y para temas relacionados con el islamismo árabe, al profesor independiente Daniel Speck.

En la editorial Gustav Lübke mi gratitud va dirigida al director editorial Marco Schneiders, a mi editora, Daniela Bentele-Hendricks, siempre tan comprensiva y enérgica, así como a su amable colaboradora, Heike Rosbach.

Por la cubierta, gracias a Beate Stefer, y por el diseño de las «entrañas» del libro, a Reinhard Bomer y a Yvonne Schlitt.

Sólo podría reconocer de una manera insuficiente los méritos de la agencia AVA-International, en particular los de mi agente Roman Hocke. En ese reconocimiento es preciso incluir también la meritoria asistencia prestada por el señor Reinhold G. Stecher y por las señoras Claudia von Homstein y Christine Ziehl. Todos ellos le permiten al autor tener la mente y la mano despejadas para lo esencial: ¡escribir!



PETER BERLING (Meseritz-Obrwalde, antigua Posen - Prusia Occidental y actual Obrzyce, Polonia, 20 de marzo de 1934 - Roma, Italia, 21 de noviembre de 2017). Fue una de las personalidades más insólitas y reveladoras de la actual literatura europea. Políglota y erudito en numerosas disciplinas, trabajó como escenógrafo, actor en más de sesenta películas, productor de varios film del célebre director R. W. Fassbinder, relaciones públicas y restaurador, amén de cultivar la pintura y, durante los últimos años, la literatura. Precisamente en esta última fue autor de una ambiciosa tetralogía de novelas históricas que han obtenido un fulminante éxito de crítica y público, integrada por *Los hijos del Grial*, *Sangre de reyes*, *La corona del mundo*, *El cáliz negro* y *El kilim de la princesa*. Residió en Roma durante más de veinte años. Destaca también sus novelas *La condesa hereje* y *La noche de Iesi*.

Notas

[1] *alhamdulillah!* (ár). ¡Alabado sea Alá! <<

[2] *djallabija* (ár). Túnica larga. <<

[3] *sutra* (ár). Chaqueta. <<

[4] *sarawil* (ár). Especie de calzones para montar. <<

[5] *al athim* (ár). El Excelso. <<

[6] imán (del ár). Jefe religioso de los chiíes (probado descendiente de Mahoma). <<

[7] Alamut. Sede central y fortaleza de los asesinos en la cordillera persa de Khurasan; fue la más importante de alrededor de treinta fortalezas de asesinos; cuartel general y sede del imán, situada al suroeste del mar Caspio, junto a la antigua ruta de la seda. Actualmente sus ruinas son de difícil acceso. <<

[8] asesinos. Secta secreta chií-ismaelí con sede principal en Alamut, establecida en Siria en el año 1176. Su primer gran maestro en esa región fue el *sheik* Rashid ad-Din Sinan, que se hizo tristemente célebre por su sobrenombre del «Viejo de la Montaña». La palabra «asesino» deriva supuestamente de la voz *hashashyn* (derivada, a su vez, del consumo de hachís atribuido a los miembros de la secta) y sigue siendo utilizada hasta hoy, en todo el ámbito del Mediterráneo, para designar a un «alevoso asesino a sueldo». <<

[9] caballeros templarios. La fecha y las circunstancias sobre la fundación de la orden siguen siendo un enigma. Inmediatamente después de la conquista de Jerusalén (primera cruzada, entre 1096 y 1099), algunos caballeros emparentados con Bernardo de Claraval recibieron autorización para establecerse en el edificio del antiguo templo. En el año 1118, su primer gran maestro, Hugo de Payens, solicitó el reconocimiento como orden de caballería, que le fue concedido en el año 1120. El uniforme de la orden era el siguiente: una capa blanca con una cruz paté de color rojo. La orden de los *Sacrae domus militiae Templi Hierosolymitani magistri* fue disuelta en el año 1307 mediante un proceso iniciado por el rey francés Felipe IV el Hermoso, y su último gran maestro, Jacques de Molay, fue quemado en la hoguera en 1314 en la isla del Sena, en París. <<

[10] caballeros hospitalarios. Orden de caballería surgida a partir de la hermandad del hospital de Jerusalén, la cual se encargaba de cuidar allí a los peregrinos enfermos desde antes de la primera cruzada. En 1099, el procurador del hospital, Gerald de Provence, solicitó la fundación de la orden, confirmada varios años más tarde, en 1113, por el papa Pascual II. En el año 1220, su primer gran maestro, Raimundo de Puy, la transformó en una orden de caballería, y el santo de la orden, san Juan el Limosnero, fue sustituido por el combativo evangelista. El uniforme de la orden: capa negra (en tiempos de guerra se sustituía por un faldón rojo) con una cruz blanca. De acuerdo con la sede de su fundación, el hospital de Jerusalén, se les dio el nombre de «hospitalarios». En el año 1291, tras la caída de San Juan de Acre, la orden se trasladó a Chipre, en 1309 a Rodas, en 1530 a Malta (hasta 1798, de ahí el nombre de «caballeros malteses»). Existe todavía hoy con el nombre de «Soberana Orden de Malta» y es un Estado no territorial, con sede en Roma, en el monte Aventino. <<

[11] Krak des Chevaliers o Krak de los Caballeros (en ár. *Qal'at al-Hosn*). Fortaleza principal de los caballeros hospitalarios en Tierra Santa. <<

[12] *salat al dhuhur* (ár). Oración de mediodía. <<

[13] muecín (del ár). Pregonero que llama a la oración desde la torre de la mezquita (el minarete). <<

[14] *a'imma* (ár). Recitador. <<

[15] Sheik Rashid ad-Din Sinan. El primer gran maestro de los asesinos de Siria, llegó a ser tristemente célebre bajo el sobrenombre del «Viejo de la Montaña». El uso de ese sobrenombre se extendió a todos los sucesores que ocuparon luego el cargo de gran maestro sirio de los asesinos. <<

[16] donjón (del fr. *donjon*). En la arquitectura de fortalezas normandas, es el calificativo habitual para designar la torre principal fortificada, la cual luego fue adoptada por otros constructores de fortalezas. Estaba destinada a la defensa última (torre para facilitar la huida). <<

[17] peire Roger. «Padre Roger», en provenzal. (N. del t). <<

[18] Masyaf. Fortaleza principal de los asesinos sirios. Situada entre Homs y Hama, a la altura de la ciudad portuaria de Tortosa (Tartus), en la sierra de Noasiri. <<

[19] *hashashyn* (ár). Fumador de hachís. <<

[20] ismaelitas. Chiíes radicales; en los comienzos del islam, tras la muerte del Profeta, se produjo una escisión entre los adeptos de la *shiat* (los chiíes), que pretendían designar como sucesores del Profeta únicamente a su parientes de sangre, y los partidarios de la Sunna (suníes), que propagaban la idea de un califato por elección. Los abasidas que gobernaban en Bagdad eran suníes y fueron combatidos de un modo sangriento por los asesinos chiíes. <<

[21] *kamis saghir* (ár). Camisa pequeña. <<

[22] fedayín (del ár). Voto, rango; los fedayines son los novicios de la orden de los asesinos, el joven que ha hecho ya su voto pero aún no es un iniciado. La iniciación tenía lugar a más tardar con el «envío», la misión para matar. <<

[23] *bantalonat* (ár). Pantalones. <<

[24] hurí (del ár.; en plural, huríes). Las habitantes del paraíso. <<

[25] paraíso. Nombre dado a los jardines del harén del gran maestro de los asesinos. Según cuenta la leyenda, a los miembros de la orden, antes de ser «enviados» a una misión, se les permitía, en plena borrachera de hachís, echar una ojeada a las huríes o pasar una breve estancia con ellas, de modo que la añoranza por el paraíso se hacía inconmensurable y les permitía enfrentar la muerte sin ningún tipo de temor. <<

[26] *thukb al muftah* (ár). Ojo de la cerradura. <<

[27] muselina. Ligero tejido de algodón típico de la ciudad de Mosul. <<

[28] *jinn* (ár). Espíritus (casi siempre malignos). <<

[29] castellano o alcaide (del lat). Señor, alcaide o gobernador de un castillo. <<

[30] *da'wa* (ár). Originalmente significaba «invitación» a los no musulmanes para que se convirtieran al islam. En este contexto es una proclamación, un mensaje. <<

[31] *saida* (ár). Dama, señora (apelativo). <<

[32] *sha'ria* (ár). La ley religiosa del islam. <<

[33] felonía. Infidelidad (en el Medievo, era cualquier tipo de deslealtad al señor feudal). <<

[34] *Sunna* (ár). Origen, costumbre, mensaje. Legado de las sentencias del Profeta que sirve a los musulmanes suníes como línea directriz de su manera de obrar. <<

[35] *hujja* (ár). Originalmente significa «la prueba»; en este contexto se refiere al gran maestro de la secta de los asesinos. <<

[36] fuego griego. Medio de combate inventado por Calínico en Bizancio en el año 671, el cual era arrojado por las catapultas en calderas cerradas, y ardía también sobre el agua; estaba compuesto por una mezcla de azufre, sal gema, resina, petróleo, asfalto y cal quemada; en el año 672 fue empleado con éxito por los bizantinos en la defensa de Constantinopla contra los árabes. <<

[37] *alhamdulillah* (ár). Gracias a Dios. <<

[38] *kabir at-Tawashi* (ár). Vigilante jefe del harén. <<

[39] sufíes (del ár). Literalmente significa «vestidos con ropa de lana»; adeptos del sufismo, una doctrina islámica que, por un lado, elevó a la categoría de ciencia la indagación en lo espiritual mediante el ascetismo y la meditación, y por el otro fomenta un florecimiento del sublime arte de la poesía. <<

[40] comendador. Gobernador de la fortaleza de una orden o de una región perteneciente a la orden. <<

[41] turcopolos. Nombre con el que se designaba a una tropa auxiliar de nativos de los barones de ultramar y de las órdenes de caballería. En ocasiones, los turcopolos ni siquiera eran cristianos, sino que servían en calidad de mercenarios a los señores que gobernaban el territorio del que eran nativos. En el caso de las órdenes, existía para ellos la institución del turcoplero, el comandante de una tropa de turcopolos. <<

[42] *beauséant* (fr). Estandarte de guerra de los templarios, el cual debía mantenerse siempre en alto durante el combate. Mostraba una imagen de María. <<

[43] *rafiq* (ár). Camarada, miembro de una orden de asesinos, el cual, a diferencia de los fedayines y los *da'i*, miembros de mayor rango, era aceptado en la secta, pero sólo parcialmente iniciado. Era el calificativo que usaban los fedayines entre sí. <<

[44] *da'i* (ár). Maestro, los «sabios ancianos», constituían la élite dirigente espiritual de los fedayines. <<

[45] Priorato de la Santa Magdalena. Legendaria orden secreta de la «Virgen Negra», es considerada herética. <<

[46] *magister venerabilis* (lat). Maestro venerable. <<

[47] senescal (del alto alemán medio *Seneschalt*). Funcionario de la corte de los francos; el más alto funcionario en la corte de los francos, encargado del avituallamiento, el ejército y la justicia. <<

[48] mariscal. En las órdenes de caballería era el responsable de las cuestiones relacionadas con el ejército. <<

[49] *capitulum* (lat). Capítulo, corporación espiritual; en los monasterios, formaban los consejos de los monjes. <<

[50] *silentium!* (lat). ¡Silencio! <<

[51] *opus magnum* (lat). Obra maestra, obra magna o principal, término de capital importancia en la alquimia. <<

[52] *mustajib* (ár). Asesino que aspira a ser acogido en la orden, un estadio anterior al noviciado. <<

[53] *shiat* (ár). El rastro, la huella, la línea, el partido; sus partidarios, los chiíes, sólo reconocen como imanes o califas a los descendientes directos de Alí (*shi'at Alî*) y de Fátima (hija del Profeta, véase fatímidas) y el legado de las palabras del Profeta que se remonta hasta ellos. <<

[54] el Profeta. El profeta Mahoma (en árabe, significa el Alabado), cuyo nombre real era Abdul Kasim Muhammad ibn Abdullah (571-632), fundador del islam; en sus orígenes fue comerciante; hacia el año 610 tuvo unas visiones y se sintió llamado a convertirse en profeta; sus revelaciones están recogidas en el Corán. Su peregrinación de Mahoma desde La Meca hasta Medina en el año 622 se considera el comienzo de la era islámica. <<

[55] *hidjab* (ár). Velo para el rostro. <<

[56] *saffa* (ár). Prestidigitador, ilusionista. <<

[57] *nargilah* (ár). Pipa de agua. <<

[58] *shai ma nana* (ár). Té de menta fresca. <<

[59] *commilito* (lat). Compañero de batallas, compañero de armas. <<

[60] *mercurium* (lat). Mercurio. <<

[61] *ecclesia catolica* (lat). La Iglesia común; denominación oficial de la Iglesia católico-romana de los papas. <<

[62] *de iure* (lat). De derecho, de acuerdo con la ley. <<

[63] *de facto* (lat). De hecho, de acuerdo con los hechos. <<

[64] Ayub. General y padre de Saladino (los ayubitas, dinastía suní). <<

[65] fatímidas. Dinastía chií (909-1171), originales del norte de África (Mahdia), luego sultanato de El Cairo, la cual remite sus orígenes a Fátima. Saladino, que era suní, puso fin a la dinastía en el año 1171 con la conquista de Egipto. <<

[66] *sheitan* (ár). También *shaitan* o *shaytan*: diablo, Satanás. <<

[67] reino de Jerusalén. El reino de Jerusalén, resultado de la primera cruzada en el año 1099, abarcaba una franja costera que iba desde Gaza, en el sur, hasta Beirut en el norte, y cuya capital era la propia ciudad de Jerusalén; asociados al reino estaban los condados de Trípoli y el principado de Antioquia, que se extendía hasta la frontera del reino de la pequeña Armenia, en el norte. En 1188 Saladino reconquistó Jerusalén. Entonces la capital del reino pasó a ser San Juan de Acre. En el siglo XIII el reino consistía en este puerto fortificado y en el de Tiro. La toma de esas dos ciudades por los mamelucos en el año 1291 puso fin al reino de Jerusalén. <<

[68] repúblicas marítimas. Amalfi, Pisa, Génova y Venecia. <<

[69] emperador Manuel. Emperador Manuel I, de los Comnenos de Bizancio (1143-1180). Fue derrotado en el año 1176 en Mantzikert por los selyúcidas. <<

[70] *Allah maak!* (ár). ¡Dios sea contigo! <<

[71] Ultrajordán (del fr. *Oultre-Jourdain*). «Tierra al otro lado del Jordán», Transjordania, principado de los cruzados. <<

[72] *chubs* (ár). Panecillo. <<

[73] *haqawati* (ár). Narrador de cuentos. <<

[74] *ouazir al-khazna* Gran ayuda de cámara. <<

[75] besantes de oro. Moneda de oro bizantina muy difundida desde las cruzadas. <<

[76] *al-hamdulilah rabbi al-amin...* (ár). ¡Alabado sea Alá, gobernador de los universos, misericordioso y benévolo, que gobierna el día del juicio! ¡A ti te servimos, y a ti te pedimos ayuda! ¡Guíanos por el camino recto, el camino de aquéllos a los que les has mostrado misericordia; no el camino de los que han padecido tu ira y andan extraviados! <<

[77] gran maestro. Comandante supremo de una orden militar; en el caso de las órdenes alemanas se los llamaba también «maestre supremo». <<

[78] *Malik* (ár). Rey. <<

[79] caballeros del Templo de Salomón (del lat. *militiae templi Salomonis*). Parte del nombre propio de la orden de los templarios, el cual se refiere al lugar de fundación de la misma, aunque en esa fecha el templo judío ya no existía y los primeros templarios establecieron su sede en el ala de vivienda de la mezquita de al-Aqsa. <<

[80] *misbah* (ár). Candelabro. <<

[81] *sayadun* (ár). Esbirro. <<

[82] *saydalanjun* (ár). Farmacólogo, boticario. <<

[83] matraz. Vasija de vidrio de forma esférica y cuello largo y estrecho. <<

[84] región de Catay o Catai. (*Kithei*). Derivado del nombre kitán, pueblo periférico de China en el Medievo, de ella deriva el nombre que designa la región del norte de China. <<

[85] *tarbush* (ár). Sombrero alto en forma de fez con un pequeño turbante. <<

[86] *mauclerc* (fr. antiguo). Mal sacerdote. <<

[87] Languedoc. Región en el suroeste de la actual Francia que existió hasta el siglo XIII independiente del reino galo, preservando su propia cultura e idioma (la llamada «Langue d'Oc»), Oc se basaba esencialmente en el condado de Toulouse (Tolosa); fundada por los godos. <<

[88] *tamrin* (ár). Ejercicio espiritual. <<

[89] *Alilat* (ár). Diosa de la sabiduría, de las acciones y del amor. <<

[90] *khanjar* (ár). Daga oriental de forma curva. <<

[91] *Agli ordini, signore mío!* (ital). ¡A la orden, mi señor! <<

[92] cávea (del lat). Grada de espectadores. <<

[93] *hach* Viaje de peregrinación a La Meca que todo musulmán creyente debe hacer por lo menos una vez en la vida. <<

[94] herencia vitalicia. Feudo, originalmente significaba dote. <<

[95] *Comment j'ai mérité cette disgrâce?* (fr). ¿Cómo he merecido esta ingratitud? <<

[96] *terra sancta* (lat). Tierra Santa. <<

[97] *diarium itineris* (lat). Diario de viaje, relación de viaje. <<

[98] Hermandad de Caballeros de Stade. Asociación de cruzados del norte de Alemania. <<

[99] *ad vesp̄eros* (lat). Oraci3n de la tarde. <<

[100] *Deus in adiutorium meum intende...* (lat). Dios, que me escuchas, acude en mi ayuda... <<

[101] *Dixit Dominus!* (lat). ¡Así habló el Señor! <<

[102] *cellularius* (lat). Oficial de la bodega. <<

[103] *Stante pede et ex!* (lat). ¡Bebed de inmediato y hasta el final! <<

[104] *completorium* (lat). Oración de la noche. <<

[105] *Noctem quietam... ad finem...* (lat). Para que el final sea perfecto, ¡que Dios nos depare una noche tranquila! <<

[106] refectorio. Comedor en un monasterio. <<

[107] *vigilia* (lat). Oración de la mañana, oficio nocturno. <<

[108] *Silentium ante laudes!* (lat). ¡Silencio durante las alabanzas matutinas! <<

[109] *matutino* (lat). Primer oficio de la mañana. <<

[110] *monitum in obscuro* (lat). Amonestación velada, amenaza oscura. <<

[111] *meditatio* (lat). Meditación, recogimiento interior. <<

[112] *Silentium absolutissimum* (lat). ¡Silencio absoluto! <<

[113] *Gardez-vous, chevalier!* (fr). ¡Cuidaos, caballero! Llamada de alerta obligatoria durante el juego de ajedrez cuando la reina está en peligro. <<

[114] *in personam* (lat). Personalmente. <<

[115] trinchante. Responsable de la administración, entre otras cosas, del cuidado de la mesa de un rey. <<

[116] *Quelqu'un qui va faire carrière!* (fr). ¡Uno que va a hacer carrera! <<

[117] reina María de Bizancio. María Comnena (quien por su origen griego era llamada «de Bizancio»), fue la segunda esposa del rey Almarico I de Jerusalén y madre de Balduino IV e Isabel. <<

[118] condestable. Especie de mayordomo real con una función militar especial, jefe de la guardia personal del rey y de la guardia del palacio. <<

[119] mamelucos. Guardias personales de los sultanes fatímidas de Egipto (esclavos turcos), usurparon el trono tras la caída del último sultán ayubita (en 1250, tras el asesinato de Turan shah) y fundaron una dinastía propia. <<

[120] *visitor* (lat). Alto dignatario de la Iglesia, por ejemplo, un obispo que hace una visita de control a una provincia bajo su jurisdicción. <<

[121] *frater superior* (lat). «Superior», en la mayoría de los casos, se refiere a la máxima autoridad de un monasterio, al que todavía no se le ha otorgado el título de abad. <<

[122] *homo litterarius* (lat). Literato, escritor, erudito. <<

[123] *adlatus* (lat). Auxiliar, asistente. <<

[124] *maximae fortunae adversae* (lat). Adverso a la dicha suprema. <<

[125] *pluralis maiestatis* (lat). Plural mayestático, hablar de la propia persona en plural; es habitual en comparecencias públicas y en expresiones de los monarcas. <<

[126] los Cuernos de Hattin. Grupo de colinas situadas por encima del lago de Genesaret; allí derrotó Saladino, en el año 1187, al ejército de los cruzados (lo que trajo consigo la reconquista de Jerusalén para el islam ese mismo año). <<

[127] *hamam* (ár). Baños, sauna. <<

[128] *burka* (ár). Velo que cubre todo el rostro, con una ranura para los ojos. <<

[129] Escila y Caribdis. Figuras de la mitología griega (*Odisea*, Leyenda de los argonautas); Escila era un monstruo de seis cabezas que vivía en el estrecho de Messina, frente al remolino de Caribdis, y se tragaba los barcos. <<

[130] Venus. Diosa romana del amor. <<

[131] Amor. Dios romano del amor (hijo de Venus). <<

[132] corifeos (del gr). Sabios destacados, en su origen eran los chantres, los que establecían el tono. <<

[133] *qudban* (ár). Miembro, pene, «polla». <<

[134] *yalamu Allah!* (ár). ¡Dios lo sabe! <<

[135] *fatwa* (ár). Veredicto religioso, visto bueno jurídico que sólo puede ser emitido por un sabio en cuestiones de derecho, pero que puede ser encargado por cualquier musulmán. <<

[136] *vesicae suillae* (lat). Vejigas de cerdo. <<

[137] versos apócrifos (del gr). Símbolos ocultos, escritos con un sentido oculto; denominación de ciertos textos cristianos antiguos que no fueron acogidos en el canon de la Biblia oficial. <<

[138] *legatus papae* (lat). Legado pontificio o papal, emisario. <<

[139] *A la Châtillon!* (fr). ¡Como Châtillon! <<

[140] *laka Allah* (ár). ¡Con Alá! <<

[141] *yuwafikana Allah* (ár). ¡Que Alá nos depare el éxito! <<

[142] *bi aun Allah* (ár). Con la ayuda de Alá. <<

[143] *tintinabulum* (lat). Carillón, campanario, campanilla de mano (usada en la liturgia). <<

[144] *incitator animorum* (lat). Incitador de las almas, maestro en el arte de la persuasión. <<

[145] *post scriptum* (lat). Posdata, añadido. <<

[146] *satanus in personam* (lat). El diablo en persona. <<

[147] *incognito* (lat). De incógnito, sin ser reconocido. <<

[148] *yafathu Allah!* (ár). ¡Dios nos proteja! <<

[149] ocular (del lat). La lente cercana al ojo en un aparato óptico. <<

[150] Hyleg (ár). Así se denomina el Almutin cuando se trata de determinar en el horóscopo cuánto tiempo durará un acontecimiento o una vida; se lo considera erróneamente un heraldo de la muerte. <<

[151] Almutin (ár). Estrella predominante en el horóscopo. <<

[152] *spiritus sanctus* (lat). Espíritu Santo. <<

[153] Júpiter. Padre de los dioses romanos (Zeus para los griegos). <<

[154] Saturno. Dios romano de la vejez, la sabiduría y la severidad. <<

[155] *sol invictus* (lat). El sol invicto, título divino de la Roma tardía, con el cual se engalanaban sobre todo los Césares. <<

[156] Juno. Madre de los dioses romanos. <<

[157] Ceres. Diosa romana de la agricultura. <<

[158] Vesta. Diosa romana del fuego del hogar. <<

[159] Diana. Diosa romana de la caza. <<

[160] Atenea. En la mitología griega, es la hija predilecta de Zeus, patrona de la ciudad de Atenas, diosa de la guerra y de la paz, de la sabiduría, de las artes y los oficios. <<

[161] Artemisa. Diosa griega de la caza. <<

[162] Hermes. Mensajero de los dioses griegos y dios del comercio. <<

[163] Mercurio. Mensajero de los dioses romanos y dios del comercio. <<

[164] Apolo. Dios del sol para griegos y romanos y dios de la poesía (inventor de la lira), tiene su origen en Asia Menor (Baal). <<

[165] Dionisos. Dios griego del vino (en latín, Baco). <<

[166] Marte. Dios romano de la guerra. <<

[167] *ba'ada iradatu Allah* (ár). Según la voluntad de Alá. <<

[168] *tabouleh* (ár). Ensalada, aperitivo frío a base de grano de trigo, menta, tomates y cebollas. <<

[169] *asir lemon* (ár). Limonada. <<

[170] *lahem mashwe* (ár). Plato a base de pescado. <<

[171] *halawyat* (ár). Dulce, postre. <<

[172] *sunniyeh* (ár). Bandeja. <<

[173] *Allah maakum* (ár). ¡Que Alá sea con vosotros! <<

[174] *kidr al saharrah* (ár). Caldera de brujas, infierno. <<

[175] *roob al sabah* (ár). Bata. <<

[176] *tabouret* (fr). Mesa auxiliar (en ár., *tarabesa*). <<

[177] *maktab* (ár). Estrado para escribir. <<

[178] *chierichetto* (ital). Monaguillo. <<

[179] *Venerabile, Santità* (ital). Venerable, santidad. <<

[180] *coitus* (lat). Coito, acto sexual. <<

[181] *in spe* (lat). Futuro. <<

[182] *khara* (ár). ¡Mierda! <<

[183] cuculla (del lat. *cucullas*; capucha). Parte superior del hábito de una orden con una capucha integrada. <<

[184] *cingulum* (lat). Cinta de tela a modo de cinturón, faja, cuerda (correa que se lleva alrededor de la cintura), parte de los hábitos de una orden, símbolo de casta abstinencia. <<

[185] escapulario (del lat. *scapulae*, omóplatos). Pieza de ropa que forma parte de muchos hábitos, que cubre los hombros y se pone mediante un agujero central en la tela para meter la cabeza; originalmente era un delantal de trabajo. <<

[186] *Agnus dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem* (lat). Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz. <<

[187] *Deus lo vult!* (lat. dialecto occitano). ¡Dios lo quiere! <<

[188] *daurak* (ár). Garrafa. <<

Índice de contenido

Dramatis personae

SALIENDO DE LO OCULTO

Las profundidades del lago
El ojo de la cerradura
Corazón puro, inmoral
Magister venerabilis

EL ILUSIONISTA

El asno no es un asno
Favor y servidumbre
Las perfidias de la orden

LA TERCA VIDA DEL SULTÁN

La amenaza
Un panecillo recién salido del horno
La noche de las capuchas blancas
El castigo

FALSOS ALIADOS

No todo crimen puede vengarse
Los conjurados
Vendida como esclava
Una jugada infeliz

EL TERRIBLE CHATILLON

Barcos en el desierto
Corazón oprimido
La hermandad de Karleman

EL OJO QUE VE

Intrigas palaciegas
El diablo en el monte Tabor
Orgullo en la desventura
Los cuernos de Hattin

UNA PÉRDIDA IRREPARABLE

El regreso a Montmor
Palomita de Niphin
Los amantes
El pastelero y la princesa
El saloncito de la saida Tamara

CORAZONES ARDIENTES

Juegos de poder
Legatus Papae
En el octógono del eunuco
El vuelo del águila roja

EL CUERPO DEL SEÑOR

Una venganza en oscuros pasadizos
Oscuras estrellas en un firmamento claro
Las sangrientas mujeres de Botrun
En la torre de los ojos del cielo
¿El juicio de Dios?
Epílogo

Apéndice

Agradecimientos

Sobre el autor